



La
tristeza
del
BARÓN

Los caballeros III

Dama   *Beltrán*

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Copyright](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[Seis meses después...](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía de la autora](#)

[Otros títulos](#)

**La tristeza
del
barón**

Los caballeros III

Dama Beltrán

©*La Tristeza del barón*

©Dama Beltrán

ASIN: B076529QVR

Primera edición noviembre de 2017

Fotos de cubierta: ©Adobestock

Corrección y maquetación: Paola C. Álvarez.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito, que, como es lógico, no lo dará porque me he pasado muchas horas y he perdido muchos acontecimientos familiares por escribir la novela.

Mi querido/a lector/a:

Aquí tienes el tercer libro de la serie Los Caballeros. Espero que las palabras que ocultan estas páginas te trasporten a esa vida que tanto esperábamos descubrir del último caballero: Federith Cooper. Como en las anteriores novelas advierto que todo lo que vas a leer a continuación es producto solo y exclusivamente de mi imaginación. Aclarado esto, espero que disfrutes de la lectura.

Atentamente,
Dama Beltrán.

Para Paola C. Álvarez con mucho cariño.

Gracias por continuar a mi lado y no rendirte ante mis locuras.

«Soy un hombre de palabra. Lo he sido y lo seré siempre. Te prometí que cuidaría de ti y, aunque ha pasado mucho tiempo, mantengo mi promesa».

Federith Cooper.

Prólogo



Londres, 1855. Thowermet, residencia de campo de la familia Cooper.

—¡No pares! Te aseguro que queda muy poco —la animó, cogiéndola de la mano y tirando de ella con brío.

—No puedo más, Fed. Estoy cansada. —Intentó llamarlo al orden para que aminorara el paso.

Sus piernas no eran tan largas como las de él, ni tampoco vestía con comodidad. Pero Cooper no reparaba en detalles tan ínfimos como esos. Si algo le interesaba, si algo le emocionaba, olvidaba todo aquello que tenía a su alrededor y se obcecaba en alcanzar su objetivo.

—¿Desde cuándo eres tan débil? —preguntó haciéndola parar y fijando sus azulados ojos en ella.

—No soy débil —masculló enfadada—. Ya lo sabes...

—¿Entonces? ¿De qué te quejas? —insistió divertido.

—Me quejo, Fed, porque acabo de escaparme por la ventada de mi alcoba, porque me haces correr por el campo, porque no me dices qué pretendes y porque...

—Es un secreto... —la interrumpió—. Pero te encantará, te lo prometo.

La agarró de nuevo, pero esta vez sus dedos se enlazaron con los de ella. Notó cómo aceptaba su atrevimiento, pues no era apropiado que dos adolescentes se cogieran de la mano con tanta comodidad. Tampoco era habitual que apareciera bajo su ventana y tirara unas piedrecitas en los cristales hasta que Anais se asomara. No era normal que la incitara a abandonar su hogar a deshoras, que la arrastrara por terrenos oscuros, que caminaran solos, pero, pensándolo bien, nada entre ellos era común.

Para ambas familias, eran unos niños jugando a ser mayores y apenas les prestaban atención. Sin embargo, los sentimientos del joven fueron creciendo con el paso del tiempo y el juego pasó a convertirse en una etapa real de su

vida. Federith asumía con entusiasmo su papel de salvador y Anais vivía feliz bajo su cuidado. Era tal el afán de protegerla que ningún conocido suyo, salvo sus padres, sabía sobre la existencia de la muchacha. Ni se lo había contado a su mejor amigo, William Manners, el futuro duque de Rutland, que, por supuesto, se habría carcajeado después de confesarle que, como un perro doméstico guarda el hogar en el que vive, él también mostraba sus dientes cuando Anais estaba a su lado. Aquello que nació como apoyo hacia una niña miedosa, se había transformado en algo que ni él mismo podía definir. Lo único que entendía era que se había vuelto muy posesivo con la joven y que se sentía feliz, libre y afortunado por tenerla.

—Casi hemos llegado —apuntó al notar cómo empezaba a rezagarse de nuevo.

—Espero que esta carrera haya servido de algo. Tengo el vestido manchado, los pies doloridos y mi peinado... —refunfuñó.

—¡Mira! —exclamó dirigiendo su mano libre hacia el cielo.

Anais se quedó sin habla, no solo por el esfuerzo que le supuso subir la montaña, sino también al ver la causa por la que había decidido llevarla hasta allí. Era la primera vez que la admiraba tan hermosa. Pese a que desde su ventana podía verla con claridad, en aquel lugar parecía como si no existiera distancia entre ellos y la grandiosa luna.

—¡Es magnífica! —dijo Anais con entusiasmo—. Nunca me ha parecido tan cercana, tan extraordinaria, tan bella.

—Te lo dije —comentó Cooper orgulloso—. Sabía que te encantaría.

—¿Podría rozarla si...? —Dio unos pasos hacia delante, estirando sus brazos para tocarla. Sin embargo, olvidó su propósito al notar cómo las manos de Federith se aferraban a su cintura. Asombrada por aquel tierno contacto, giró la cabeza para mirarlo.

—Ten cuidado, Anais. Puedes caerte —le advirtió.

La muchacha apreció el sonrojo que brotó en el rostro de su acompañante al aventurarse a tocarla. Aunque su única intención era evitar una caída, se ruborizaba, exageradamente, por un inocente roce. Retiró con rapidez las manos de su cuerpo, como si la pequeña figura de la joven le quemara.

Anais sonrió al observar el estupor que mostraba en las mejillas. Jamás malinterpretaría un acto tan cándido como algo descarado o impuro. Eso no era propio de Federith. Su Fed, como le llamaba a pesar de insistirle que no era una manera varonil de referirse a él, era un muchacho honesto y decente.

Él jamás le haría daño, al contrario, todo lo que realizaba era para beneficiarla. Eso, en cierto modo, le perjudicó puesto que, cuando él estaba cerca, no prestaba atención a los peligros que la rodeaban. En más de una ocasión, mientras paseaban por algún camino, le había empujado hacia un lado u otro, para que sus pies no quedaran atrapados en las enormes grietas creadas por las lluvias. Se había librado, varias veces, de no ser atropellada por algún cochero imprudente. Hasta la salvó de ser golpeada por una piedra que apareció del cielo sin más. En aquel momento, tras deducir que el pedrusco impactaría sobre su cabeza, él la cubrió con su propio cuerpo y esa pequeña roca, que pareció un proyectil, chocó contra la delgada espalda masculina.

Dos semanas. El pobre Federith estuvo quejándose de un terrible dolor durante dos semanas. Cuando lo escuchaba quejarse, entre bromas, equiparaba sus lamentos con el que emitían las damas hipocondríacas, esas que acudían a diario a las aguas termales para que estas aliviaran sus males. Pero un día, cansado de sus hirientes alusiones, el joven se alzó la ropa y le mostró el resultado que produjo el impacto de la *pequeña* piedra. Con lágrimas en los ojos y temblorosa tras descubrir lo que ocultaba la tela, Anais decidió tocar con la yema de sus dedos aquella monstruosidad y calmar la dolencia con una suave caricia. Sin embargo, justo en el momento en el que consiguió palpar la profunda herida y esas olas que la rodeaban de color púrpura, Federith soltó la camisa, se la arregló bajo el pantalón y puso distancia entre ellos. Aquella herida consolidó lo que ya sabía, nada malo le sucedería si *su* Fed permanecía cerca. No obstante, ¿qué ocurriría después del alba, cuando no volvieran a verse?

—Noto como si mi corazón deseara salir del pecho —habló en voz baja, para escucharse ella sola, pero Federith, siempre atento a todo lo concerniente a Anais, la oyó.

—¿Por la emoción de la luna? Es preciosa, sí. Desde esta posición —comentó dirigiendo un dedo hacia el satélite, como si estuviera dibujada en una pizarra—, puedes ver unas manchas, pero, en realidad, dicen que son sombras del sol...

—No, Fed, mi corazón no se sobresalta por la luna, sino por mi partida. —Se volvió hacia él para afrontar, por fin, el tema del que evitaban hablar.

Federith se había puesto tenso y mantenía una figura más propia de un hombre, que la de un joven apenas imberbe. Colocó las manos sobre la espalda y empezó a caminar sobre el estrecho sendero que había en la cima.

—Todavía no he asimilado esa decisión... —respondió con voz rota al igual que roto tenía el corazón.

No habían hablado del asunto para no provocarse daño, aunque, partiendo al día siguiente, no les quedaba otra opción. Anais desaparecería de su vida al alba y él moriría de pena después del amanecer.

—Mis padres dicen que es lo mejor para la familia. Ya no podemos permanecer aquí durante más tiempo —confesó sin apenas fuerza en su voz.

Lo añoraría, lo extrañaría y, por supuesto, lloraría cada día por todos los recuerdos que habían construido en aquellos cinco años de amistad. Pero no le quedaba otra alternativa. Ese era su sino, esa era su vida: huir de un lado a otro hasta que abandonara a sus padres. Y eso, solo tendría lugar mediante un matrimonio.

Anais lo contempló en silencio, intentando averiguar qué pasaría por su mente y, si no erraba después de tantos años de amistad, si estaría pensando en la verdadera razón de esa marcha. Sus padres habían difundido que el único motivo por el que dejaban Londres tan precipitadamente era la mala salud de lady Claudine, su abuela materna. Pero la verdad era bien distinta. En la tranquilidad de la noche, los condes no pudieron apaciguar las conversaciones airadas entre ellos; los reproches, los lamentos, la ira que mostraba su madre en cada grito dirigido hacia su esposo recorrían cada rincón del hogar. La culpa de todo lo que sucedería en el futuro la tenía su padre. El famoso conde de Kingleton había perdido la fortuna que poseía; la riqueza que le proporcionó el título y la dote que recibió al casarse fueron lapidadas. Su adicción al juego, a la bebida y a mantener costosas amantes le había llevado a la ruina y ahora necesitaban vivir de la caridad que le proporcionaría su abuela materna. Una mujer que Anais apenas conocía y que, salvo al nacer, no se dignó a verla de nuevo. Aunque según su propia madre, era tan maligna como el mismísimo diablo.

—Me gustaría tener, al menos, seis años más. Quizá, de esa forma, no te obligarían a marcharte con ellos —indicó con pesar.

—Ellos no me dejarían bajo la tutela de nadie y mucho menos la tuya —apuntó dibujando en su rostro una pequeña sonrisa.

Puso las manos en su espalda, como hacía él, y pegó una patada a una piedra que encontró en mitad del sendero.

—Habrían terminado por convenir... —masculló frunciendo aún más su ceño y convirtiendo esas manos que colocaba sobre la espalda en dos duros puños.

A Anais no le cabía duda de que lo haría. Si él hubiera tenido la edad apropiada, habría corrido hasta el salón de la casa donde permanecería su padre con algunas copas de más y se habría enfrentado a él, con su típica locuacidad y rectitud, hasta hacer que su progenitor aceptara su pretensión. Por su bien, para protegerla, para cuidarla como había hecho desde el momento que ella lo conoció y le preguntó si había monstruos en el bosque.

—¿Sabes si en ese bosque hay monstruos? —Sus ojos verdes brillaban en la oscuridad debido a las lágrimas que retenía. Su madre le había dicho, en más de una ocasión, que las futuras damas no podían llorar en público. Pero ella quería hacerlo, puesto que aquel jardín estaba muy cerca de una alameda bastante tenebrosa y sentía pavor.

—No. ¿Por qué? —preguntó intrigado.

—Porque me da mucho miedo —se sinceró acercando su mano a la de él. Por un momento creyó que, al ser un chico mayor que ella, apartaría su mano y la repudiaría. Pero nada más lejos de la verdad, Federith la aceptó y la apretó con fuerza.

—Pues no temas —le dijo con una solemnidad impropia en un niño de tan solo doce años—. Yo siempre estaré aquí para protegerte.

—¿Me lo prometes?

—Sí —respondió con firmeza.

Y desde ese día, había cumplido su palabra y ella no volvió a sentir miedo de los monstruos porque, si aparecían, él lucharía contra ellos.

—Federith... —susurró.

El muchacho se giró hacia Anais y, por mucho que intentó apaciguar su ira, no lo consiguió. Además, escuchar que ella lo llamaba por su nombre completo le destrozaba el corazón. En esos momentos, libraba dos batallas dentro de su interior, dos combates que arrasaban, poco a poco, su alma; no solo se marchaba la joven de la que estaba, en secreto, enamorado, sino que, por su edad, no podía impedirlo.

—¡No, Anais! —exclamó después de sus divagaciones, airado—. ¡No es lógico que los hijos paguemos la irracionalidad de nuestros padres! Deberíamos...

—¿Qué, Fed? ¿Qué deberíamos hacer? ¿Acaso no eres consciente de que tengo trece años y tú diecisiete? ¿Qué pueden hacer dos personas tan jóvenes?

—Pero soy muy maduro para mi edad... —se defendió.

—¡Por supuesto que lo eres! ¿Quién es capaz de pensar que no muestras el comportamiento típico de un hombre de avanzada edad, de un futuro barón? —En sus palabras no había ira, sino mofa.

Federith alzó la ceja y la miró con ferocidad. Se burlaba de él, como siempre. Insistía en encolerizarlo al recordarle cómo de honrado era, cómo de caballeroso se comportaba frente al mundo, cómo cuidaba cada detalle, cada palabra, cada gesto que realizaba. Pero lo hacía con todos salvo con ella... No había nada que ocultar a Anais. Podía ser él mismo cuando estaba a su lado sin avergonzarse de sus sentimientos, de sus deseos o de sus anhelos. Si ella se marchaba, si en verdad partía al alba, toda aquella liberación desaparecería y, su verdadero ser quedaría oculto bajo llave en algún lugar de su corazón.

—¿Crees que traerte aquí es una actuación digna de un futuro Barón? —inquirió enfadado—. ¿Qué pensarían si nos descubrieran, Anais? —masticó cada palabra que salía de su boca.

En el fondo, había cometido una locura y, pese a que no era razonable, le entusiasmaba. Tal vez si alguien les encontraba, ambas familias concertarían un matrimonio para evitar un escándalo, antes de que ella pudiera presentarse en sociedad. Quizá, de esa forma, impediría que partiera hacia algún lugar que ni ella misma conocía. Y, de repente, sin saber por qué, rezó para que aquella atrocidad ocurriera.

—Mi padre me daría una buena zurra. De eso no me cabe la menor duda y tus padres... Bueno, te llevarían con rapidez a ese monasterio en el que pasas un mes al año —comentó con firmeza—. Pero, por suerte, nadie nos descubrirá. Estamos muy alejados de nuestros hogares y si escucháramos a alguien aproximarse, confío en ti para salvaguardar mi honradez.

—No estoy muy seguro de eso... —susurró apretando la mandíbula.

—¿Cómo que no...? —No le hizo falta terminar la frase, el rostro de Federith lo decía todo.

La había llevado allí, no solo para mostrarle la luna, sino también pretendía que los encontraran. Imaginaría que era la única alternativa que les quedaba para permanecer siempre juntos. Pero ella todavía era muy joven, apenas acababa de cumplir los trece años. ¿Qué haría él con una niña? ¿Y si, con el tiempo, se arrepentía de tenerla a su lado? Sabía, por oídas de las conversaciones entre las amigas de su madre, que un hombre no tenía en cuenta el intelecto de una mujer. Se basaban más en cómo se comportaba en

sociedad y en la belleza. Ella tenía demasiado de una cosa y poco de otra. Gracias a Federith enriqueció su mente, pero la herencia genética de su madre hacía mella en su físico. Apenas tenía busto. Su cintura no era delgada, más bien gruesa. Sus piernas podían medir tres palmos desde sus tobillos a las caderas. Bueno, había exagerado, mejor decir cinco palmos. Su pelo, apenas le prestaba atención desde que despidieron a la doncella. Ella misma se lo arreglaba, y no muy bien, por cierto. Había intentado que su madre ocupara algún tiempo en mostrarle el arte de la coquetería, pero estaba más interesada en llorar y asumir la desgracia que en atender a su hija. Su nariz era demasiado puntiaguda para agraciarse un rostro femenino. En un hombre, como le había dicho su nana en más de una ocasión, sería muy varonil, pero para una mujer era una desgracia. Lo único que valía la pena de ella eran sus ojos y sus labios. Unos por ser tan verdes como su gema preferida, la esmeralda, y los otros por ser voluptuosos, carnosos y con un color carmesí tan intenso que apenas tenía que pintarlos.

—Anais... —pronunció su nombre con ahogo, con amargura, con muchísimo pesar.

Se acercó despacio, tanto que, en vez de sentir que andaba un trecho de menos de cuatro pasos, creyó recorrer una distancia semejante a la que existía entre Londres y España.

—Federith —dijo otra vez su nombre completo.

Alzó su rostro y lo miró obnubilada. Era, sin duda, el joven más apuesto de Londres y sería el hombre más hermoso del mundo. Pero ella no estaría a su lado cuando se convirtiera en un barón digno y bello. No gozaría del placer de poder bailar con él cuando fuera presentada en sociedad. No se deleitaría de su caballerosidad, paseando de su brazo por las calles de la ciudad. No, no haría nada de aquello que había soñado desde que le apretó su mano para aliviarla de sus temores. Estaría lejos, muy lejos de su lado.

—No quiero que te marches... —dijo agachando la cabeza cuando estuvieron tan cerca, que podían rozarse al respirar.

—Yo tampoco quiero hacerlo —coincidió con un suave hilo de voz.

—Pero debes hacerlo... —continuó con tono gélido.

—Pero debo hacerlo... —repitió sin apenas escucharse.

Aquella proximidad no debería alterarla, casi siempre estaban uno al lado de otro, pero esta vez era diferente. Junto a ella no se encontraba lord Federith Cooper, futuro barón de Sheiton, un joven de diecisiete años, el muchacho que vería terminados los estudios que había comenzado ese mismo

año, el hijo en el que habían puesto todas sus esperanzas los barones, ni tampoco era el chico que andaba por las calles de Londres mostrando su impecable comportamiento. Era su Fed. Ese muchacho tierno, cariñoso, risueño y que se había nombrado su protector. Una inexplicable emoción recorrió su pequeño cuerpo. No entendió el sofoco que sentía al ver cómo los ojos azulados se clavaban en su boca. ¿No pretendería...? ¿No osaría...? Pero si lo hacía, ella le respondería, porque había imaginado muchas veces cómo sería besarla. Continuó elevando su rostro, intentando acercar su boca a la de él. Observó cómo él alargaba sus manos hacia ella, cómo empezaba a cerrar sus ojos. Ella también los cerró y esperó ese beso soñado.

—Debemos marcharnos. Ha pasado demasiado tiempo desde que abandonaste tu alcoba y mucho me temo que, si descubren que no te encuentras allí, saldrán en tu búsqueda —expuso Federith, obligándose a dar dos pasos hacia atrás para poner cierta distancia entre ellos.

Había estado cerca, muy cerca de besarla. Sobre todo, cuando ella cerró sus ojos esperando el contacto de su boca con la suya. Pero no debía hacerlo. No podía realizar un acto semejante puesto que, si sus labios conseguían unirse y adquiriría el placer que sabía que tendría, ¿cómo iba a ser capaz de dejarla marchar? La raptaría. ¡Por supuesto que lo haría! ¡Y esa misma noche!

Al separarse de ella, se quedó helada. Como si alguien le hubiera retirado la manta para desperezarla una mañana fría. Anais permaneció inmóvil, esperando a que avanzara hacia ella de nuevo y terminara por besarla. Pero no, por supuesto que no. Él no la ofendería tocándola de esa manera. Sería incapaz de cometer un acto tan inmoral. Federith la podía sacar de su habitación, conducirla por el campo, agarrarle la mano y ofrecerle la mismísima luna, pero era incapaz de besarla, de tocarla más allá de lo que sería un mero acto de afecto. Sin embargo, ¿y ella? ¿Quería zanjar una relación de esa manera? ¿Quería marcharse sin tener el recuerdo de sus labios?

—Federith... —musitó de la misma forma que quien ruega obtener algo que ansía más que nada en el mundo. Pero él seguía avanzando, sin contestar a su llamada—. ¡Federith! —gritó desesperada.

—¡Silencio! —gruñó enfadado. Giró sobre sus pies y, advirtiendo que ella no había dado ni un solo paso, determinó por avanzar hasta Anais, agarrarla y arrastrarla de nuevo—. ¿Por qué gritas?

—Porque no me respondías —sentenció enfadada. Igual que una niña

que no ve cumplido su capricho. Solo le faltaba patalear para ofrecerle aquello que tanto le señalaba: que era una pequeña consentida.

—Como te he dicho, no es oportuno permanecer aquí más tiempo —dijo sin mermar su enfado.

—¿Me acabas de poner la luna a mis pies y me dices que no es *oportuno* permanecer aquí durante más tiempo? —refunfuñó enojada.

—Anais, reflexiona. Ha sido una locura...

—La única locura que podríamos cometer en estos momentos —susurró acercándose igual que había hecho él con anterioridad—, sería que me besaras. Pero como puedo comprobar, no lo harás, ¿verdad?

—No es honroso hacer eso a una muchacha como tú, Anais. Sabes que te respeto, que te admiro, que...

Y fue ella quien le besó, zanjando todos los argumentos posibles que alegraría para no realizar un acto tan poco decoroso.

La joven, al notar cómo su cuerpo empezaba a temblar, dirigió sus manos hacia la camisa de Federith y se agarró a ella. Mientras tanto, él la rodeaba con sus brazos para que aquella muestra de amor no finalizara nunca. No sería el mejor de los besos, sobre todo, porque era la primera vez para ambos, pero aquella caricia se convertiría en un recuerdo imborrable para los dos.

—No debiste... —cuchicheó cuando sus labios se separaron de los de ella.

Su corazón latía sin freno, su respiración era agitada y un extraño dolor en su abdomen brotó causándole casi la propia muerte. Sabía que no debía besarla, que cuando lo hiciera él no podría apartarla de su lado. Sin embargo, ¿cómo podía retenerla?

—Te amo, Federith Cooper, futuro barón de Sheiton. Te amo y te amaré siempre —afirmó Anais antes de emprender una huida por el terreno que había ascendido.

El muchacho se quedó inmóvil. Jamás había imaginado que ella albergara esos sentimientos hacia él. Creyó que, debido a su edad, no estaría preparada para amar, pero estaba confundido. Anais era, sin duda, una mujer muy especial y la única que debía permanecer a su lado el resto de su vida. Tras su reflexión, dirigió la mirada hacia el lugar por donde había desaparecido Anais y, sin pensárselo dos veces, corrió hacia la joven. Debía aclararle que su amor era correspondido y que la lejanía entre ellos sería tan solo pasajera. La buscaría cuando tuviera la edad necesaria y, por supuesto,

en ese momento, la convertiría en su esposa.

No fue hasta pasados unos minutos que lo escuchó respirar detrás de ella. Quiso correr, para que no contemplara la vergüenza que le había provocado el osado acto y sus palabras. Pero justo en el instante que aligeraba el paso, su antebrazo fue atrapado por la mano de él, haciéndola girar hasta quedarse uno frente al otro.

—Yo también te amo, Anais Price. Te amo y te amaré siempre. Y, juro por mi honor, que cuando el tiempo lo permita, te buscaré y te casarás conmigo. De este modo, nadie nos separará jamás.

Y tras su promesa, la besó con tanta pasión que notó cómo ella levantaba uno de sus pies.

A la mañana siguiente, tal como ya sabían, Anais se montó en el carruaje. Las lágrimas surgidas durante la noche no tenían fin. Sus padres discutían sobre el futuro que ambos sufrirían y se olvidaron de que ella permanecía allí, con la cabeza apoyada en el frío cristal, observando en silencio cómo dejaba atrás todo lo que amaba. Estuvo a punto de correr la cortina, cuando lo vio. Galopaba en su caballo y se dirigía hacia ellos. Pero Anais sabía que no se acercaría. Continuó mirándolo, pese a que sus lágrimas habían aumentado y apenas podía distinguir su figura con claridad. De repente, observó que alzaba su mano. No pretendía decirle adiós, se habían jurado no hacerlo. La intención del joven era mostrarle el regalo, ese que había colocado bajo su almohada la tarde anterior, cuando su familia fue a despedirse de los barones y ella aprovechó un descuido para acceder a la habitación de Federith. Se lo había comprado su madre, quien se había encargado primero de empeñar las pocas joyas que tenía pensado llevar en su presentación en sociedad. Cuando la condesa le preguntó qué deseaba regalarle, ella le contestó que le gustaría algo para que la recordara siempre. «Te prometo que no te olvidará nunca», le aseguró.

Anais suspiró porque la agonía que padecía era insoportable. Pero le había prometido que la buscaría y confiaba en su palabra; Federith nunca la decepcionaría. Con amargura, observó cómo la figura de su amado se hacía diminuta.

No había vuelta atrás, sus destinos estaban escritos. Su única opción era esperar...

I



Londres, 1865. Hemilton, residencia de Federith Cooper.

Cuando la observó acceder a su hogar, se extrañó y miles de preguntas aparecieron en su mente: ¿qué hacía allí, de noche y sin carabina? La respuesta surgió con rapidez al verla con más precisión. Sus ojos, hinchados y rojos por un incesante llanto, le indicaron el motivo por el que le visitaba a esas horas y en esas condiciones. Le abrió los brazos para que se sintiera reconfortada en el calor de su cuerpo y poder consolarla. No necesitaba saber la causa de su presencia, aunque ella se lo explicó de todas formas.

En ese preciso momento, al escuchar de la boca de la mujer lo que ya se temía, se giró y caminó hacia la ventana. Tenía que meditar, que recapacitar sobre cómo liberar la daga que atravesaba su corazón, pero, por mucho que intentó sacársela y escribir un nuevo capítulo del libro que comenzó en su niñez, fue incapaz de hacerlo. Había albergado la esperanza de encontrarla pese a los infortunios de la vida. Rememoró la última vez que supo algo de ella y la amargura que sintió al comprender que había desaparecido para siempre.

Por mucho que intentara asimilarlo, hasta el momento en el que entró Caroline en su hogar, imaginó que ese día podía llegar en cualquier instante.

Descorrió la cortina. Parado frente a la ventana, miró hacia el cielo y la contempló. Hacía mucho tiempo que no la observaba de aquella manera. Desde aquel día, tan solo se atrevía a mirarla cuando no estaba en la fase de luna llena. Y, después de tantos años, la admiraba absorto, en silencio y rogándole que le perdonara por haberla apartado de su vida durante tanto tiempo. Creyó, inútilmente, que si la admiraba con la misma intensidad que aquella noche obtendría la respuesta que necesitaba. Apoyó la frente sobre el cristal y suspiró. ¿De verdad su futuro ya estaba determinado? ¿Debía olvidar la promesa de buscarla? En efecto, ya no le quedaba otra alternativa y, a pesar

de no poder imaginarse una vida al lado de Caroline, esta se convertiría en la mujer con quien tendría que convivir en el futuro.

La buscó durante los meses posteriores a su partida. Indagó sobre la familia del conde Kingleton en todos los acontecimientos en los que aparecía. Pero nadie supo informarle hacia dónde pudieron marchar. Sin embargo, años después, en la universidad, un pequeño mundo apartado del resto de la humanidad, una persona mencionó aquel apellido...

Estaba sentado en el salón de descanso. El día, como era habitual, había amanecido lluvioso y ningún estudiante decidió abandonar la residencia. Pese a que odiaba a sus compañeros, porque continuamente alardeaban de sus futuros títulos y las riquezas que disfrutarían una vez acabados los estudios, él se quedó sentado en uno de los sillones orejeros que había junto a la chimenea. El respaldo, al ser tan grande, evitaba que ellos advirtieran su presencia y él, por supuesto, eludía la de ellos. De repente, a uno de los insensatos se le ocurrió un juego para matar el aburrimiento. No se trató de ajedrez, damas o póker, no, la idea de aquel asno fue enumerar a todos los lores que habían destrozado su título por su mala vida. Procuró hacer que sus oídos se cerraran, aunque cada vez que intentaba leer una línea del periódico, era interrumpido por las carcajadas de los jugadores. Quiso hacerles callar, y para tal fin, se levantó y caminó hacia ellos. Pero en el instante que su boca se abrió para increparles por el estruendo, se quedó congelado y mudo.

Uno de ellos, el más risueño, evocó el título del padre de Anais. Primero, pensó que no había escuchado bien. Después, tras las acostumbradas risotadas, el muchacho que habló sobre el conde explicó, con terrible crudeza, que se lo había gastado todo en bebidas y costosas fulanas. «¡Tened cuidado con vuestras carteras, amigos! —expuso el joven, divertido—. Si queréis mantener a una amante, que no sea muy caprichosa porque, si es así, os quedaréis como dicho conde, arruinado y en la calle». Federith, que se había acercado a ellos en silencio, como un depredador se aproxima a su presa, se quedó mirándolo fijamente, sin parpadear. El muchacho, al ver que lo observaba, creyó que tenía la intención de apuntarse al juego, pero cuando Cooper alargó las manos y le agarró del cuello de la camisa, levantándole como si no pesara más que una pluma, entendió que el propósito del estudiante más hostil de la universidad no era el que imaginó.

—Repite ese nombre —gruñó. Acercó tanto su nariz a la del joven, que

la presión. Sus ojos azules se clavaron en los castaños.

—¿Cuál? —dijo el muchacho atemorizado.

Miró a ambos lados, esperando a que alguno de sus amigos le socorriera. Pero nadie acudió en su auxilio puesto que era muy comentada la destreza con los puños de lord Cooper.

—El que acabo de escuchar —masticó cada palabra con fuerza. Sus ojos no eran azules, sino rojos. Sus dientes, blancos como el nácar, se apretaron y su voz... su voz era muy semejante a la que tendría el mismísimo Lucifer.

—¿Conde Kingleton? —Federith afirmó con la cabeza—. Según se dice —comentó el estudiante esperando una pronta liberación—, la familia se marchó de Londres hasta Guilford, donde vivía la madre de la antigua condesa. Ella solo recibió a su hija y a su nieta, así que el conde tuvo que marcharse a otro lugar. Pero solo permaneció apartado de ellas durante un breve tiempo porque, según cuentan, un día las reclamó y, a pesar de que la anciana intentó evitarlo, no lo consiguió, pues murió de manera repentina. Finalmente, terminaron en Bournemouth, ciudad de la que provengo. Pero solo llegaron dos, el padre y la hija. Según narró el propio conde, su esposa enfermó por el camino y nadie pudo salvarla.

—¿Continúan viviendo allí? —Federith soltó al joven, dio unos pasos hacia atrás y esperó la respuesta.

—No. Se marcharon antes de que me enviaran a este lugar —dijo el muchacho algo más sosegado.

—¿Hacia dónde? —Su única esperanza para encontrarla solo alzó los hombros, dándole a entender que no conocía el nuevo paradero.

Enfadado, se dio la vuelta y caminó hacia su habitación. Tenía mucho que pensar sobre la información que había obtenido y, por supuesto, solo una persona podía ayudarlo: su padre. Esa misma tarde le escribió. En la carta le indicaba que buscara la dirección de la abuela de Anais, que habían llegado ciertos rumores sobre la desgracia que sufría la familia y necesitaba encontrarla. Semanas después, recibió una respuesta que no se esperaba y que lo dejó destrozado.

«Mi querido hijo:

Las desgracias del conde Kingleton no nos eran desconocidas. Supimos, con exactitud, la razón por la que se marchaban de Londres y nos sentimos felices de esa partida. Tanto la baronesa como yo descubrimos que tus

sentimientos hacia la hija de los Kingleton estaban cambiando y, tarde o temprano, nos teníamos que plantear cómo poner fin a esa inoportuna relación, y más, sabiendo que terminarían arruinados. Has de comprender que nuestra misión en este mundo es seguir ensalzando el título que poseemos, puesto que, como bien conoces, ostenta el nivel más bajo de la sociedad. Es nuestro deber sentirnos orgullosos de ser barones y vivir acorde con nuestra posición. Tu madre y yo estamos eligiendo ciertas jóvenes que sí pueden ser unas buenas baronesas. No solo los títulos de sus padres son superiores al nuestro, sino que aportarían una distinción adecuada a los Sheiton. Espero que no te decepciones ante la verdad, hijo. Nosotros confiamos en que sigas siendo el muchacho que hemos educado. Recuerda comportarte como es debido y olvida de una vez a esa muchacha. Si, tal como indicas, su madre murió, tal vez ella también lo haya hecho y, si fuera así, tan solo deberíamos dar gracias a Dios por ser tan piadoso con los menos afortunados.

Atentamente,
Julian, barón de Sheiton».

Arrugó la carta en sus manos y gritó encolerizado. No se había esperado eso de sus padres. Ellos, que tanto se afanaban en mostrar unos ideales permisivos, una conciencia libre de prejuicios, le desvelaban que conocían el secreto de los padres de Anais y que, además, daban gracias a Dios por alejarla de su lado. Se sintió atrapado, engañado y con un carácter demasiado agrio como para asistir a las clases que tenía programadas.

Después de beber una botella entera de ron y de reflexionar qué futuro debía elegir, si el suyo o el que tenían marcado sus padres, le escribió a su mejor amigo. En la misiva le contó todo, se desahogó en cada palabra que plasmó en el papel y liberó la presión que sentía en su pecho. Tres semanas después, William apareció en la puerta de su habitación. Venía acompañado de un joven más alto que él y rubio, tan rubio como su amada Anais. Creyó, esperanzado, que era un familiar de ella y que venía a darle noticias, pero erró. Aquel muchacho era Roger Bennett, el futuro marqués de Riderland. Evitando mostrar la decepción que le produjo la identidad del acompañante, les hizo pasar, les invitó a una copa y conversaron con familiaridad como si aquel desconocido no lo fuera. Cuando terminó de exponer todo aquello que ya le había apuntado a William en la carta, el joven Roger habló:

—Me parece extraño que un hombre se enamore de esa forma de una

mujer, habiendo tantas en el mundo...

—¡Nadie es como ella! —clamó Federith, enfadado.

—No hemos venido hasta aquí para aumentar tu ira ni tampoco para juzgar ese indebido enamoramiento, Cooper. La verdadera razón es confirmar si de verdad quieres hacer lo que me dijiste —medió William.

—¡Por supuesto! ¿Por qué crees que desvelé su existencia después de tantos años de silencio? Necesito que mientras esté de viaje seas mis ojos y mis oídos. Es la primera vez que mentiré a mis padres y no deseo que eso destruya la poca relación que queda entre nosotros.

—Bien. Si tan seguro estás, te diré que Roger tiene un barco —comenzó a decir Rutland—, y mientras veníamos hasta aquí, hemos pensado que sería un buen plan utilizarlo.

—¿Un barco? —Federith enarcó las cejas y lo miró asombrado—. ¡Me basta un carruaje, William!

—Dirás a tus padres que has decidido viajar antes de tomar como esposa a alguna de las que te han elegido —habló Roger al ver al joven Cooper tan confundido—. Eso te dará tiempo suficiente para buscarla, si es lo que en verdad deseas. —Sonrió—. Aunque insisto que, en Londres, muchas damas se lanzarán a tu cuello y te darán ese amor que tanto ansías.

—Vuelve a hablar sobre ese tema —gruñó levantando los puños y enfrentándose al hombre aun sabiendo que un puñetazo de aquel mastodonte lo dejaría inconsciente—, y haré que esa bonita nariz sangre.

—Mon dieu! Oui, il est amoureux! —exclamó Roger, divertido.

—Debe de estarlo si hasta hace unas semanas no conocía la existencia de lady Anais Price —dijo William con tono hosco. Era la primera vez que entre los dos había un secreto y le dolió haberse enterado años después y a través de una carta.

—Ella es especial, Manners... —le confesó en voz baja.

—Por eso, mi querido Cooper, he enviado a una persona de confianza en su búsqueda. Si la encuentra, podrás ir a por ella mientras les haces creer a tus padres que viajas en mi barco hacia Europa —expuso Bennett con determinación.

—¿A quién has enviado? —Miró a uno y luego al otro. La idea era bastante buena, pero le urgía saber quién hallaría antes que él a su amada. Como era lógico, ya no confiaba en nadie. Después de la actuación de sus padres, no podía fiarse de ninguna persona salvo de Manners.

—A mi amigo John, un indio que salvé...

—¿Un indio? ¡¿Has mandado a un hombre salvaje en busca de Anais?!
—gritó tan alto que ambos hombres lo miraron perplejo.

—John no es ningún salvaje —masculló Bennett, enfadado—, y apostaría mi cabeza que sabrás algo de esa muchacha antes de que acabe el mes. Y te advierto algo. —Levantó el dedo inquisidor hacia Federith—. Como vuelvas hablar así de John, te dejaré sin dientes.

—¿Y si no la encuentra? —preguntó obviando la amenaza de Roger y mirando a su amigo.

—Te vendrás a Londres con nosotros y te enseñaremos cómo gozar de los placeres carnales que te ofrecerán decenas de damiselas solitarias —sentenció Roger algo más sosegado.

Miró al muchacho con atención y descubrió que no le gustaba la idea de estar en los brazos de otra fémica que no fueran los de su amada. Estaba muy enamorado. Se encontraba tan loco de amor que incluso se había atrevido a enfrentarse a él. Lógicamente, no se habría defendido porque el joven Romeo podía acabar en una camilla, pero ese estado de locura le dio qué pensar y, en ese preciso instante, se hizo un juramento: no amaría a ninguna mujer lo suficiente como para sentir el dolor que aquel joven padecía en su corazón.

—¿Estás de acuerdo? —Rutland amusgó sus ojos y sostuvo la mirada en su amigo.

—Sí —respondió Federith mediante un suspiro.

Tal como le afirmó quien se convertiría en uno de sus mejores amigos, el indio le ofreció noticias antes de que terminara el mes, pero no fueron las que esperaba. El padre de Anais había muerto en una horrenda reyerta ocurrida en un barrio peligroso de un pueblo llamado Thyndleton, y nadie conocía el paradero ni la existencia de la muchacha. «Cuando este apareció —dijo la persona que habló con John—, no venía acompañado de ninguna dama». Federith se encerró en su habitación y lloró durante varios días. Estaba desesperado, no sabía qué camino tomar para averiguar algo más de Anais. Pese a las indagaciones que realizaron William y Roger, no encontraron otro familiar de la joven para que les ayudara. Cooper terminó por sumergirse en una depresión que no vio finalizada hasta que terminó sus estudios.

El mismo día en el que dejaba la universidad y regresaba a su hogar, cogió el reloj que le había regalado Anais, lo abrió y leyó mil veces la frase que tenía grabada en su interior: «Un verdadero amor no desaparece con el

paso del tiempo». Lo cerró, lo guardó en el bolsillo que tenía junto a su corazón y se hizo una promesa: nadie sustituiría el amor de Anais y haría pagar a sus padres todo el dolor que le habían causado. Para conseguir tal fin, viviría como sus amigos, siendo un calavera, un libertino; seduciría con caballerosidad a todas las mujeres que desearan yacer en sus brazos, sin dejar que ninguna alcanzara su corazón porque, para su desgracia, ya tenía dueña.

—¿No me respondes? —preguntó Caroline con un halo de indignación.

La voz de la mujer hizo que retirara la vista de la luna y la clavara en ella. ¿Cuánto tiempo había permanecido en silencio? El suficiente para descubrir que se había sentado, que había cogido el pañuelo de su chaqueta y se limpiaba las lágrimas con este. Pudo ver sus iniciales, F. C., bordadas en la tela. Sí, ese era él, Federith Cooper, un futuro barón y a quién le iba a cambiar la vida drásticamente.

—Solo estoy pensando... —dijo con voz tosca—. La noticia que acabas de exponerme necesita ser meditada en profundidad.

—No puedes dejarme así, Federith. Necesito una respuesta con urgencia. Como bien sabes, pronto aparecerán cambios en mi cuerpo y no me gustaría que la gente empezara a cuchichear... —sollozó.

Levantó la mirada hacia él, esperando descubrir qué paso sería el siguiente en dar. Pero cuando lo vio parado frente a ella, en silencio y con una expresión en su rostro de duda, tembló. No podía negarse, no se lo consentiría. Él era la única opción que tenía, ya no era posible encontrar a otro hombre, ya no había más tiempo. Caroline tomó aire, reunió las fuerzas necesarias para enfrentarlo y, justo en el momento que abrió la boca para hablar, él extendió una mano hacia ella.

—Me casaré contigo, Caroline, así que no te inquietes ni llores más. Mañana mismo acudiré a la oficina de mi administrador para que nos consiga la licencia que nos permita contraer matrimonio lo antes posible. —Su voz era firme, solemne, autoritaria. No mostró en sus palabras ni un ápice de temblor, aunque su interior vibraba como un flan.

Efectivamente, lo que iba a hacer era lo que se esperaba de un caballero, de un hombre que había tomado en su lecho a una dama y con consecuencias inesperadas. Nunca imaginó que, aunque puso todos los medios posibles para evitar dejarla encinta, ella terminara con un hijo suyo en su seno.

Esperó a que Caroline se levantara, aceptara su mano para levantarse y

finalizar la conversación con un abrazo, tal como solían hacer las parejas que vivirían una vida juntos. Pero, para su sorpresa, no lo hizo.

—Gracias, Federith, hemos hecho lo correcto —respondió después de alzarse del asiento sin aceptar la ayuda de su futuro esposo—. Si no te importa, dejaré que seas tú quien informe a mis padres de nuestro compromiso, les hará muy felices. —Dio unos pasos hacia atrás, se sacudió el vestido y, tras girarse sobre sí misma, caminó hacia la puerta como si le urgiera salir.

—¿No vas a pedirme un anillo? —Fue lo primero que le surgió a Federith en la cabeza al verla marcharse de aquella manera.

No daba crédito a lo que contemplaba. En cuestión de segundos, la dulce y frágil Caroline había cambiado a una mujer muy diferente. Sus ojos, aquellos que habían llorado pidiendo clemencia, tras obtener la oferta de matrimonio, se congelaron y mostraron una frivolidad, una apatía, que no agradó a Cooper.

—¿Acaso tienes alguno guardado? —le increpó volviéndose y clavando su mirada gris en él.

—No, no tengo ningún anillo que ponerte en el dedo, Caroline —mintió. Sí que tenía uno. Lo había comprado años atrás, cuando decidió buscar a la mujer que amaba. Pero al no encontrarla, lo guardó en un cajón, al igual que su corazón—. Pero si he de presentarme ante tu padre para pedirle permiso, tendré que llevar uno, ¿no crees?

—Me parece una idea estupenda, Federith. Si te parece adecuado, podemos vernos mañana, después del desayuno, y visitaremos varias joyerías buscando el apropiado para mí. —Ahora sí que regresó hacia Cooper, alargó las manos para que este las tomara entre las suyas. Pero al hacerlo, ninguno de los dos sintió calor, más bien frío y un distanciamiento poco apropiado en dos personas que iban a permanecer una vida juntos.

Cooper sopesó si dirigir esas manos hacia su boca para besarlas. No, no quería hacerlo, ni tampoco volver a tocar aquel cuerpo, ni saborear aquella boca. Mas, ya era demasiado tarde. Quizá si en aquella fiesta, si en aquel momento, no hubiera seguido el juego que ella empezó para seducirlo, no habrían terminado en su residencia, entregándose a una pasión que, como era habitual en él, tan solo duraría esa noche y que nadie descubriría. Porque, aun teniendo muchas más conquistas que sus amigos, jamás hablaba de ellas.

—¿Federith? —Llamó de nuevo su atención al verlo pensativo.

—Sí, Caroline. Mañana, después de desayunar, iremos a comprarte el

anillo —respondió sin entusiasmo.

—¿No estás feliz? —preguntó la mujer, apoyando sus palmas sobre el pecho y colocando la cabeza bajo su barbilla.

—Mucho —contestó sin pensar—. Y no te haces una idea, de lo felices que harás a mis padres cuando les dé la noticia.

—Los míos también... —murmuró después de suspirar.

El abrazo duró menos de un minuto. Sin besarlo, sin tocarlo más, Caroline caminó hacia la puerta y, después de murmurar un tosco «buenas noches», cerró la puerta y dejó a Federith solo en el salón. Este se quedó mirando hacia la salida durante mucho tiempo. Mientras clavaba los ojos en la puerta, confirmaba que no tardaría mucho tiempo en arrepentirse de la decisión que había tomado. Tal vez, solo era miedo por lo que iba a vivir, o quizá fue el asombro que le había producido advertir que su futura esposa no deseaba celebrar el compromiso con unos momentos de pasión. Fuera la razón que fuese, allí estaba, en su casa, solo, agobiado por el futuro que tendría con aquella mujer y llorando por el desvanecimiento de un sueño.

Se giró, caminó hacia el mueble bar y cogió la botella de whisky más llena que tenía. Regresó al sillón donde había estado sentado antes de que Caroline apareciera, se sentó, dirigió su mano hacia el bolsillo de su chaqueta y sacó el reloj. «Lo siento mucho, mi amor. Lo siento muchísimo», susurró antes de abrir con los dientes el tapón de la botella y dar el primer sorbo de la velada.

II



Caroline soltó una carcajada nada más subir al carruaje. Lo había logrado. Su plan resultó tal como esperaba. Atrás quedó el dichoso sentimiento de humillación que padeció al tener que entregarse a un hombre por quien no sentía nada. Por supuesto, después de su triunfo, borraría de la mente la tenebrosa noche que pasó con el que en breve le ofrecería un apellido al hijo que esperaba. Tuvo que sacrificarse para salvaguardar su honor y su secreto. Y, pese a que el físico del hombre era bastante deseable para cualquier mujer, sentía repulsión cuando la tocaba, la besaba o la poseía.

Levantó la mano derecha hacia el techo y golpeó tres veces. El cochero emprendió la marcha hacia el lugar que le indicaba. Apoyó la cabeza sobre la almohadilla y mantuvo la sonrisa en su rostro durante todo el trayecto. Era cierto que, por unos instantes, temió que Federith le insinuara que mentía, que no podía ser suyo puesto que habían utilizado medios para que ese suceso no ocurriera. Aunque, después de permanecer junto a la ventana como si la respuesta estuviese escrita en el exterior de su mansión, se giró hacia ella y le propuso lo que ella esperaba: matrimonio.

—¡Por supuesto que lo haría! —exclamó divertida Caroline—. ¡Lord Cooper jamás se desentendería de algo como esto! —prosiguió burlona—. El *afamado lord Cooper* es incapaz de no cumplir con su deber.

Continuó carcajeándose durante un buen rato hasta que un pensamiento apareció en su cabeza e hizo que esa risa se convirtiera en sollozos. Lo que emergió de su mente, haciendo que la calidez de su cuerpo quedara gélida como un témpano de hielo, no fue otra cosa que la imposibilidad de cumplir un deseo. Caroline había soñado que, con el tiempo, se casaría con Eric y que la vida sería perfecta a su lado. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. No se esperó la reacción del verdadero padre de su hijo. Su enfado, su desentendimiento, su abandono, la dejó rota, destrozada y, por supuesto,

traicionada.

Ocurrió un mes atrás, en la residencia campestre de lady Johanna Baithlarin. Habían buscado, durante la velada, un instante para estar a solas. Él imaginó que, la insistencia a tener cierta intimidad, se debía a que necesitaba sus caricias, sus besos, pero aquel día, Caroline tan solo deseaba confesarle que esperaba un hijo suyo. Creyendo, inocentemente, que brotaría de él la misma ilusión que ella sentía, pero no fue así...

—¿Estás segura? —volvió a preguntarle tras la confesión.

—Por supuesto —afirmó ella con rotundidad.

—Tal vez deberías buscar a alguien que elimine el problema. La mejor opción es hacerlo desaparecer lo antes posible. —Eric Graves empezó a caminar por el ancho del balcón llevándose las manos a la cabeza. La noticia no era buena. Si alguien los descubría, si alguien tenía sospechas de lo que sucedía entre él y la muchacha, su posición, su dinero y todo aquello por lo que había luchado desaparecería de un plumazo—. No me mires así, Caroline, yo no puedo hacerme cargo de ese niño. Debes entenderlo.

—¿Te desprendes de mí? ¿Me abandonas a mi suerte? —dijo con pesar—. Entonces... Todo este tiempo que hemos pasado juntos, nuestro amor, nuestra pasión, ¿han sido falsos?

Eric se acercó a Caroline, quien, tras sus palabras, se había sentado en uno de los bancos de piedra donde continuarían ocultándose de las miradas de los invitados. Se colocó a su lado, le cogió las manos y se las llevó a la boca.

—Sabes que te amo y que soy incapaz de perderte. Pero si se descubre nuestro romance, mi suegro me arrojará a la calle como un perro y mi esposa me pedirá el divorcio. ¿Cómo podré ayudarte si ni yo mismo tendré con qué sobrevivir?

—¿Qué he de hacer entonces? —Se volvió hacia él y, llorando amargamente, esperó una respuesta útil. Una que salvara de esa situación a ambos.

—Si no quieres abortar, deberías entonces buscar alguien a quien puedas engatusar. Eres una mujer hermosa, la más hermosa que he visto en mi vida, y si lo haces esta misma noche, no dudará sobre la paternidad del niño. Es una suerte que te hayas dado cuenta tan rápido, la mayoría de las mujeres no son capaces de descubrir que están embarazadas hasta que ya es demasiado tarde.

—¿Me estás diciendo...? ¿Pretendes que...? —titubeó sorprendida. Retiró sus manos con rapidez y las aferró entre sí.

—Es lo justo, Caroline. Debes entenderme...

—¿Justo para quién? —espetó enfadada.

—Para los tres. —Dirigió su mano hacia el vientre de la mujer y lo acarició con ternura.

—No entiendo cómo puedes alejarte de mí sin tan siquiera pararte a pensar en lo que hemos vivido durante estos años —comentó afligida—. Eres muy cruel, Eric.

—¿Quién ha hablado de alejarnos para siempre? ¡Jamás me separaría de ti! —dijo airado—. Seguro que después de casarte con el hombre que consideres apropiado para ejercer de padre de nuestro hijo continuaremos la relación con más tranquilidad.

—¿Y si yo no quiero? ¿Y si me enamoro de ese hombre? —replicó levantando su mentón y entrecerrando sus marrones ojos.

—Nunca... —le susurró en el oído mientras le agarraba las manos con fuerza y las dirigía hacia su sexo erecto—, podrá darte nadie lo que yo te ofrezco.

—Eso... no es suficiente —habló entrecortada.

Su cuerpo temblaba y apenas podía articular palabra al notar la exaltación que provocaba en Eric. Pese a sugerirle que se convirtiera en la esposa de otro hombre, no le cabía duda de que ellos continuarían con sus encuentros esporádicos. Pero... ¿eso es lo que ella deseaba? ¿Casarse con un hombre para seguir manteniendo una relación secreta con el hombre que amaba?

—Es suficiente por el momento... —Graves la levantó del banco, la condujo hacia el muro que estaba detrás del banco y la apoyó en este—. Ahora, querida —prosiguió entre susurros al tiempo que metía su mano bajo el vestido para levantárselo—, busca de entre todos esos hombres uno al que puedas utilizar. Te recomiendo que sea viudo o longevo, así, cuando le anuncies su paternidad, estará tan feliz que no la cuestionará.

—No quiero casarme con un viejo... me producen repugnancia —murmuró con voz entrecortada. Eric mordía con descaro su cuello, acariciaba su bajo vientre y la excitaba de nuevo.

—Será muy fácil, pequeña. Cada vez que te toque, cada vez que te bese, cierra los ojos y piensa que soy yo...

—¿Cómo voy a lograr tal cosa? —respondió confundida.

—Pues entonces, querida... —Se retiró de ella con rapidez dejándola anonadada y bastante fría—, piensa qué hombre soltero de esa fiesta no te causará asco y lucha por conseguirlo. Pero ten en cuenta una cosa, Caroline, no vuelvas a la casa hasta que logres encontrar un padre para tu hijo —sentenció.

Sin mediar palabra, lord Graves se estiró la chaqueta de su traje y se adentró en el salón. Caroline lo observó perpleja. No salía de su asombro. ¿La estaba abandonando a su suerte? ¿Tan poco la amaba? Después de llorar hasta quedarse sin lágrimas, se recompuso. Debía acceder al interior de aquel salón y buscar al candidato perfecto. Pero no sería viejo, ¡por supuesto que no! Vomitaría cada vez que intentara besarla o tocarla. Tenía que ser joven y bastante respetable. Solo un hombre con honor haría frente a una situación como esa.

Se paró en la entrada del salón para observar quién podría ayudarla. Casi todos los caballeros apuestos estaban comprometidos, solo tres quedaban libres para elegir. Sin embargo, dos de ellos jamás la creerían. El primero era el futuro duque de Rutland, un hombre alto y fuerte, pero no podía acercarse a él. Cada vez que lo hacía, sentía un terrible temblor en su cuerpo. La mirada oscura del hombre y su actitud respecto a los que le rodeaban no era amable ni educada, sino autoritaria y soberbia. Además, pudo observar, antes de hablar con Eric, que iba tras las faldas de lady Blatte, la diabólica esposa de un comerciante que, por lo que advertía, estaría fuera de Londres.

El segundo al que dirigió su mirada era el hombre más hermoso que había visto jamás. Más alto que ninguno de los presentes, con un cabello tan rubio como los rayos del sol, pero con una mirada más peligrosa que la del duque. En algunas charlas que había mantenido con el futuro marqués de Riderland, lo encontró encantador, demasiado. Sin embargo, aquellos ojos mostraban dureza, dolor y odio. Sí, mucho odio hacia todos los que le rodeaban. También era conocida su fama de no querer crear una familia. Sus amantes, esas que suspiraban cuando pasaba cercano a ellas, murmuraban que lord Bennett jamás terminaba su cópula, que él mismo se saciaba cuando notaba la simiente vagar por su sexo. Así que, por mucho que codiciaba la riqueza de ambos caballeros, estaban eliminados.

Solo quedaba uno. Un futuro barón que, pese a ostentar el título social menor, era un hombre respetable, honrado y, por supuesto, noble. Nadie en la ciudad conocía las amantes del caballero, pero sabían que debía tenerlas.

No obstante, era tal su respeto hacia ellas, que no había salido de su boca ninguna difamación para perjudicarlas. Ese era su única opción, la salvación que esperaba, la única alternativa en aquella fiesta. Alzó el mentón, caminó hacia lord Cooper y, ofreciéndole la mejor de sus sonrisas, lo sedujo.

—Milady... —El cochero, después de ocultar el carruaje en el lugar habitual, abrió la puerta para que la muchacha saliera.

—Gracias, Parker —contestó tras alzarse el vestido y bajar con cautela—. Puedes marcharte, no requeriré de tus servicios hasta el alba.

—Como desee... —Hizo una leve reverencia, esperó a que ella se acercara a la puerta y, una vez que la joven accedió a la vivienda, el sirviente se marchó.

Una vez que sus pies pisaron el *hall*, sus labios se extendieron dibujando una gran sonrisa. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza no verlo más? ¡Imposible! Ella no podía abandonarlo, por mucho que sopesó la descabellada idea de construir una nueva vida junto al hombre que se convertiría en su esposo, le resultaba imposible hacerlo. Eric, a pesar de haberla abandonado a su suerte y ordenado que hallara otro padre para su hijo, era la única persona que amaba. Lo había hecho desde que lo conoció, desde el incidente, desde que él la besó. Era incapaz de eliminar todos los recuerdos vividos durante dos años y, por supuesto, no existía la posibilidad de sustituirlo. Nadie podía quererla como Eric y ella sería incapaz de entregar su corazón a otra persona porque... ¿cómo iba a ofrecerlo si ya tenía dueño?

Agarró el vestido con ambas manos cuando estuvo frente a la escalera, levantó el rostro y suspiró. Había regresado, había vuelto al único lugar en el que se sentía feliz, amada y en paz.

Caroline paró de correr cuando se quedó frente a la entrada del dormitorio. Su corazón palpitaba con tanta fuerza que movía su cuerpo al compás de los latidos. Intentó mantener una respiración pausada y eliminar, de una vez por todas, la angustia que había padecido al no tenerlo durante tanto tiempo. Empujó la puerta con suavidad pensando que, si la suerte la acompañaba, lo encontraría frente al ventanal, esperándola. Pero no fue así. Allí dentro no había nadie. «Tampoco sabía que hoy vendría», se dijo para sí. Aunque no lo admitiría nunca, Caroline siempre defendía el comportamiento de su amante, fuera el que fuese.

Con cierta tristeza, abrió sus manos y dejó caer la falda del vestido. Sin

hacer que los latidos de su corazón aminoraran, caminó hacia la ventana que daba al hogar de Eric. En el pequeño trayecto, Caroline advirtió que nada había cambiado y eso, en cierto modo, la reconfortó. Si en la habitación hubiese olores extraños, si las sillas se hubieran movido de ambos lados de la mesa, si cualquier ornamento no se encontrara en su lugar... ella estallaría de celos y, en vez de recibir a su amor tal como merecía, abriendo los brazos y colmándole de besos, en cuanto apareciese le soltaría un bofetón. Pero no vio nada que le provocara aquel resquemor. Todo estaba igual que cuando se marchó la última vez.

Cuando se acercó al ventanal, en vez de mirar a través del cristal, contempló la mesa de escritorio que estaba bajo esta. Allí es donde Eric escribía sus poemas, sus versos de amor dedicados a ella. Estiró la mano izquierda y con sumo cuidado tocó los papeles que yacían sobre la mesa. «Para mi dulce amor», leyó Caroline en silencio.

«Mi corazón llora tu ausencia. Sufro días y días de pérdida. ¡Oh, Dios! ¿Por qué me duele tanto este sentimiento? Noches de llanto, noches de frío, noches sin besos, sin caricias, sin sexo. ¿Cuándo aparecerás para saciar mi hambre?».

Pese a que no era el mejor de sus escritos, la mujer se emocionó. La había añorado tanto como ella a él. Feliz al descubrir que el sentimiento era mutuo, abrió el último cajón del escritorio, cogió el pañuelo rojo y, después de forzar el pestillo de la ventana, colocó la tela como si fuera una pequeña bandera que ondeaba fuera de la habitación.

Sin poder borrar la sonrisa de su rostro ni esfumar la exaltación que le provocaba tenerlo de nuevo entre sus brazos, encendió la vela, miró de nuevo hacia la residencia y suspiró. Si él permanecía en la casa, acudiría pronto. Mientras llegaba, Caroline se dio la vuelta y empezó a quitarse las horquillas que sujetaban su pelo. A su amado le encantaba verla con el pelo suelto, libre de cualquier adorno que le impidiera acariciarlo. Sacudió el cabello de un lado a otro varias veces, hasta que las ondas cubrieron sus hombros. A continuación, dirigió sus manos hacia los lazos de su vestido y comenzó a desanudarlos. No era digno que lo recibiera en ropa interior, pero las ganas de ser tocada por él le urgían. Quería borrar las caricias, los besos y cualquier rastro que todavía permaneciera en su piel de Cooper. No era el perfume de su futuro esposo el que deseaba respirar, sino el de Eric.

Tras colocar el vestido sobre el butacón de terciopelo negro que había a los pies de la cama, Caroline empezó a dudar si él vendría. Quizá, al no saber

que ella aparecería, estaba fuera de su casa. La incertidumbre se convirtió en tristeza y esta en la aparición de unas lágrimas que caminaron por su rostro. Se había colocado frente a la cama, mirando la colcha roja para recordar momentos entre ellos, cuando escuchó unos pasos por el pasillo que había tras la cámara. No se atrevió a girarse. Aunque las ganas de lanzarse sobre sus brazos eran inmensas, quiso esperarlo de espaldas. Escuchó el suave chirrido de la puerta al abrirse. Caroline notó las palpitations de su corazón en la garganta. Cada latido se hacía más grande, más fuerte, llegando, incluso, a zarandear su figura.

Cerró los ojos al cerciorarse de que caminaba hacia ella. Sus pasos, lentos y firmes, retumbaron en sus oídos como si gritara sobre la cima de una montaña. De pronto, notó cómo se calentaban sus hombros con las ardientes y poderosas manos viriles. Despacio, demasiado despacio para una mujer ansiosa de ser amada, esas palmas fueron bajando hasta colocarse sobre ambos codos. Abrumada por el deseo, Caroline apoyó la cabeza en el firme tórax. En aquella posición, pudo embriagarse del perfume que desprendía su amado. Gimió al oler el aroma que tanto había necesitado y que no había tenido desde aquella noche. Esa mezcla de virilidad y esencia a mar la excitaron hasta tal punto que, cuando Eric liberó sus brazos para atrapar el pecho femenino, los pezones estaban tan duros como piedras.

Extasiada hasta tal punto de no saber si lo que sucedía era real o soñado, creyó escuchar un sonido ronco. Cerró los ojos e intentó descubrir de dónde procedía y sonrió al descubrir que ese gemido provenía de la garganta de él. Como respuesta a ese delicioso sonido, alzó su pecho descaradamente para que no cesara de acariciarla. Como era habitual en los encuentros románticos con Eric, sus toques no fueron suaves ni calmados sino todo lo contrario. Apretó los sensibles pechos con tanta fuerza que Caroline gritó. Pero aquel alarido no le hizo parar, sino que aumentó la presión sobre ellos. Cuando los liberó, cuando la muchacha pudo tomar aire y respirar, la boca masculina empezó a besar el largo y delgado cuello.

—Imagino que si has regresado es porque lo has conseguido —dijo con voz ronca mientras apretaba con suavidad los pezones femeninos entre sus dedos.

—Sí —murmuró.

Tras la afirmación, notó que los labios dejaron de besarla y, a continuación, percibió la humedad y calidez de su lengua. La fue lamiendo con tanta calma que Caroline sintió una terrible debilidad al no ser satisfecha

con prontitud.

—Bien hecho —comentó con dificultad.

La mano derecha empezó a bajar hasta alcanzar la piel femenina. Despacio, sin prisa, como si tuviera pereza por tocarla, por palpar la piel que tanto había anhelado, descendió hasta llegar al final de la tela. Entre largos y profundos suspiros provocados por el deseo que sentía hacia la joven, Eric fue levantando la prenda que cubría el cuerpo de Caroline con verdadera tranquilidad. Sin embargo, cuando la palma alcanzó el sexo húmedo y caliente, toda aquella placidez desapareció. Sin prepararla como debía para que la invasión de dos de sus dedos no le dolieran, él la penetró con fuerza. Escuchó cómo ella volvió a gritar por el duro asalto, pero después de unos instantes, los lamentos se convirtieron en sollozos de placer.

—¿Quién es el afortunado? —preguntó sin dejar de mover sus dedos en el interior.

—Lord Cooper —consiguió decir entre exhalaciones.

—¡Perfecto! —gritó entusiasmado.

Después de la exclamación, sacó los dedos del interior femenino, la agarró por la cintura y la colocó frente a los pies de la cama.

—Levanta tus manos —le ordenó al tiempo que le subía la blusa—. Ahora, extiéndelas y apóyalas sobre la cama.

Una vez que ella acató la orden, Eric sacó del pantalón su duro sexo y la penetró con más brutalidad que la usada por sus dedos.

—Grita que eres mía. Grita que no perteneces a nadie más —dijo entre gruñidos. Agarró con más fuerza la cintura de la joven. Sus embates eran tan vigorosos que las piernas de ella se levantaban del suelo y apenas conseguía agarrarse a la colcha—. Caroline, no te escucho... —insistió, enfadado.

—Sí, Eric —respondió sin apenas voz. Deseaba complacerle como siempre había hecho, pero le resultaba difícil hablar. Todo aquello que le ofrecía, todo aquello que le provocaba, era tan sublime que no era capaz de pensar con claridad—. Soy tuya y no pertenezco a nadie más —dijo al fin.

—¡Oh, amor mío! —exclamó el hombre cuando notó que su acto de pasión estaba a punto de culminar—. ¡Te he echado tanto de menos!

III



Marzo 1867, Londres.

—Vuelve a decirme por qué tomé la imprudente decisión de trasladarme a Londres.

Lady Priscila Appelton, viuda del conde Crowner, se reclinó en el asiento del carruaje y miró al exterior con hastío. Odiaba la aglomeración de edificios, el bullicio de la gente y, por supuesto, el clima de la ciudad. Estaba acostumbrada a vivir apartada del resto del mundo y, aunque para los demás podía ser una tortura, para una joven que padecía una timidez tan extrema, le resultaba beneficioso.

Desde que ella recordaba siempre había sido bastante retraída. Apenas mantenía relaciones con amistades y sus padres temieron que por culpa de ese defecto jamás encontrara un marido con el que poder convivir. Aunque por suerte erraron. Antes de poder presentarse en sociedad y padecer los horrorosos encuentros, las conversaciones sin sentido o el tener que bailar contando los pasos para no pisar a su acompañante, Anthony la encontró y se enamoró de ella. Él le proporcionó la protección que tanto ansiaba encontrar en un hombre y la vida que deseaba. Quizá para otra mujer convivir con su marido hubiera sido un infierno, pero para ella fue todo lo contrario. Él aceptaba sus miedos, sus inquietudes y sus deseos de vivir alejada de la sociedad. Desde que contrajeron matrimonio, jamás abandonaba su casa sola. Tenía el beneplácito del conde para eludir las visitas que aparecían en el hogar, para evitar todas las fiestas en las que él no podía asistir y el conde también supervisaba que los viajes de su esposa en carruaje no sobrepasaran el tiempo que duraba un fugaz trayecto. Por ese motivo, permanecer en un carruaje durante varios días, aunque habían parado para descansar, le había provocado un terrible dolor de espalda, de piernas y de cabeza. Mas no le quedaba otra alternativa.

Tras la muerte de su esposo, ella debía hacerse cargo de ciertos asuntos que Anthony redactó en su testamento. Nunca imaginó que el hombre que conocía a la perfección su debilidad, la obligara a algo tan terrible como alejarse del apacible hogar en el que vivían y trasladarse a una ciudad en la que no sería feliz, pero ya no podía discutir la demente decisión. Tenía que armarse de valor y conseguir permanecer en la residencia de Londres los dos años que le exigían. De lo contrario, el sobrino de su esposo no solo se quedaría con el título de conde, sino también con todo lo que por derecho le pertenecía a ella.

—Como bien ha comentado en anteriores ocasiones —empezó a decir con mucha cautela la dama de compañía—, era su obligación venir hasta aquí. Su difunto marido así lo deseaba cuando la obsequió con la mejor propiedad que poseía.

—No lo denominaría obsequio... más bien tortura —contestó con tristeza—. El conde no fue coherente cuando redactó el testamento, él conocía muy bien mis temores y no entiendo cómo pudo imaginar que vivir en Londres durante tanto tiempo podría beneficiarme. Me siento igual que un pobre pececito al que, de la noche a la mañana, le han cambiado la pecera y se ve rodeado, por primera vez, de otros seres semejantes a él. Pero es tan ingenuo que no sabe qué pez, de entre todos, podría hacerle daño. Así que tarde o temprano seré devorada por...

—Lo hará magníficamente —la interrumpió para darle ánimos. Alargó las manos para colocarlas sobre las de la afligida muchacha y le dio unos pequeños golpecitos—. Nadie se comerá a una mujer como usted, milady, y si lo intenta, yo estaré a su lado para cerrarle la boca de un puñetazo.

—Eres tan bondadosa... —respondió con apenas un hilo de voz mientras se dejaba calmar por el tacto de la mujer—. Me alegro tanto de que continúes a mi lado. —La joven de ojos oscuros la miró con cariño y le sonrió tiernamente—. Sé que es egoísta por mi parte, Anais, y que deberías haberte marchado con aquel hombre cuando te propuso matrimonio, pero me alegro que decidieras quedarte conmigo. No sé qué habría hecho sin ti.

—No tiene nada que agradecerme, señora. Soy yo quien le da las gracias por dejar que permanezca cuidándola. —Apartó sus manos de las de ella y se reclinó en el asiento.

Anais no tenía la menor duda de que lady Priscila no sería capaz de afrontar una vida en Londres sin su ayuda. Desde que la conoció, y de eso hacía ya algo más de una década, siempre le pareció una joven tan frágil

como los pétalos de una flor. Siempre andaba escondiéndose en su habitación, sentía miedo por cosas insignificantes, la aterraba estar con la gente y ni qué decir de mantener una conversación distendida. La sobreprotección de los padres de la muchacha, más que beneficiarla, la perjudicó.

Pese a que su llegada al hogar de los Appelton fue como un vendaval de aire fresco, la joven seguía sin poder realizar una tarea tan sencilla como pasear más allá de los jardines de su hogar. Por eso no le cabía duda de que tanto el viaje como la nueva vida que la condesa viuda iba a soportar, le causarían muchos problemas. Aunque dichos pesares serían insignificantes comparado a lo que sucedería si el sobrino del difunto conde fuera una persona muy distinta a como lo habían descrito. Ninguna de las dos lo conocían, ni habían oído hablar de él salvo cuando su excelencia lo mencionaba en alguna tertulia. Durante el tiempo que duró el matrimonio de Priscila, el supuesto vizconde de Dankwourth no había aparecido por Bournemouth jamás y ese inapropiado comportamiento hacia un familiar que le cedería su título nobiliario daba mucho qué pensar. Sin embargo, Anais se había propuesto ser positiva en esta nueva etapa de su vida. Además, el no tener a su alrededor nadie que custodiara a la joven con tanto fervor la enseñaría a valerse por sí misma y, tal vez, podía transformar a la débil flor en una grandiosa y fuerte figura de mármol.

—¿Crees que decidirá visitarme cuando me acomode? —comentó Priscila sin apartar la mirada del exterior.

Su pelo color miel se había soltado de la trenza enroscada y el rostro se había ensombrecido por el cansancio; el efecto en una tez tan pálida era estremecedor. No solo estaba destrozada por el viaje, sino que, aunque no quisiera admitirlo, desde que su marido falleció ella no parecía tan saludable como quería aparentar.

—¿Quién debe aparecer, milady? —La pregunta la desconcertó. Esperaba que, como le había sucedido con anterioridad, sus pensamientos no se hubieran exteriorizado sin querer.

—Me refería al vizconde —aclaró al apreciar la confusión en el rostro de la mujer—. ¿Crees que se dignará a aparecer en Longher o mandará a otro abogado en su lugar?

Las últimas palabras de lady Appelton habían sonado bastante irónicas y ese humor repentino hizo que Anais soltara una carcajada. La joven nunca hablaba de tal forma, pero debido al episodio vivido cuando se leyeron las

últimas voluntades, era normal que lo hiciera. Ambas habían esperado con impaciencia la aparición de dicho caballero. Hasta hablaron de él la velada anterior a la lectura del testamento. Miles de preguntas surgieron en Priscila puesto que su futuro dependía de la actitud de dicho hombre. Así que fue normal que, cuando se abrió la puerta de la oficina del administrador, ambas mujeres dejaran de respirar al aparecer un caballero apuesto y bien vestido. Por supuesto, lo examinaron con precisión para buscar algunas semejanzas con el fallecido. Aunque no hallaron nada, cosa que era de suponer puesto que aquel extraño se presentó como el representante legal del futuro conde de Crowner.

Las dos se quedaron heladas cuando explicó que su cliente no había podido acudir por causas sociales. ¿Qué motivo sería tan importante como para no hacer acto de presencia en el entierro de la persona que te cambiaría la vida?

—No lo creo, milady. Si no apareció en un momento tan considerable como fue el sepelio de su esposo y la lectura de sus últimas voluntades, ¿qué le hace pensar que ahora cambiará de idea?

—No lo sé... Quizá... Bueno, tal vez decida a hacerlo pues, como bien sabes, Longher era la residencia habitual de la familia de Anthony. Todos los condes Crowner han vivido ahí. Solo mi esposo, y tras conocerme, decidió residir en el pequeño hogar de Bournemouth —indicó con tristeza.

—E imagina que aparecerá para recriminarle que viva en ella, ¿estoy en lo cierto? —soltó malhumorada.

—No espero que acepte de buen grado la decisión del conde. Ten en cuenta que no debe ser grato heredar un título y la pequeña fortuna que hemos dejado en Bournemouth. Ansiará más, y eso significará que luchará por Longher y...

—¿Qué le parece si nos preocupamos de ese problema cuando surja? —la interrumpió de nuevo—. Creo que en estos momentos lo único que debe inquietarnos es hacer el poco trayecto que nos queda más tranquilo. Y, como ha podido comprobar, cuando se duerme el viaje se hace más rápido y menos lacerante.

—Tienes razón, Anais —respondió con una leve sonrisa—. Cerraré los ojos y soñaré con el baño caliente que obtendré cuando llegue a mi nuevo hogar. Estoy segura de que calmará todas las dolencias aparecidas en esta ardua travesía.

—Pues descansemos y hagamos que el tiempo merme —comentó

ahuecando las almohadas que Priscila tenía sobre el asiento contiguo y, manteniendo como pudo el equilibrio, se las colocó en la espalda—. Cierre los ojos y sueñe con ese baño... —susurró con suavidad.

Tal como le indicó, lady Appelton cerró los ojos y, en breve, la respiración comenzó a ser pausada. Anais apoyó la cabeza sobre su almohadón y miró hacia el exterior. El paisaje le resultaba familiar. No obstante, todos los lugares cercanos a la ciudad eran similares; inmensas arboledas, caminos estrechos y grandiosos edificios construidos apartados de la vista de posibles curiosos. Intentó también cerrar los ojos para descansar, pero le resultó imposible hacerlo cuando, en el instante que pretendía cerrarlos, un grandioso árbol partido en dos apareció frente a ella. Sin hacer apenas ruido, se acercó a la ventana y lo observó mientras se alejaban. El corazón le dio un vuelco y contuvo la respiración. No había duda alguna, era el viejo roble.

Miró hacia lo lejos y apreció el brillo de unas luces encendidas. Su estómago se empequeñeció y las manos comenzaron a temblar. Los recuerdos del lugar que un día llamó hogar aparecieron en su mente sin poder detenerlos. Con lágrimas en sus ojos volvió a sentarse adecuadamente. Intentó mantener la calma y no despertar con sus sollozos a la joven, pero el dolor que sentía era tan fuerte que le resultó difícil aplacar sus gemidos.

Regresaba.

Volvía a la ciudad que odió con todas sus fuerzas, en la que solo halló falsedad de quienes la rodeaban. Ninguno de aquellos que se habían golpeado el pecho insistiendo en la amistad que tenían con el afamado conde Kingleton ayudó a la familia cuando esta la necesitó. Odiaba tanto a todos los londinenses que pedía a Dios que nadie la reconociera, aunque sería imposible que alguien se acordara de la pobre hija de los Kingleton. Durante sus años en Londres apenas había sido vista. Solo la familia que colindaba con su residencia conseguiría averiguar su identidad y esperaba que se hubiesen marchado como tantos otros.

De repente el rostro de un muchacho y su nombre apareció sin avisar. Federith. Anais tapó su boca con fuerza para no gritar. No, él tampoco la reconocería puesto que por suerte había cambiado mucho. Ya no era la niña bajita y regordeta que fue en aquel entonces, había estilizado su figura y, tras convertirse en mujer, consiguió sobrepasar la altura de su madre. Ya no quedaba mucho de la muchacha que permaneció en aquel lugar hasta su partida. Salvo su pelo y el color de sus ojos, todo en ella se había

transformado.

Anais miró al techo del carruaje y suspiró. No tenía por qué preocuparse en salvaguardar su identidad, nadie la recordaría, ni tan siquiera el muchacho al que amó tanto que luego no pudo hacerlo con nadie más. Juntó sus manos sobre sus piernas y las entrelazó al evocarlos. De nuevo aparecieron esos sentimientos que brotaban cuando su mente le ofrecía aquellas imágenes pasadas. Era tan gentil, tan guapo, tan terriblemente encantador... No lo había olvidado, ¿quién puede hacer desaparecer el amor más puro de su vida? Pese a que eran unos niños, ella lo amó tanto que, después de los años que habían pasado, aún perduraba una pequeña estela de ese sentimiento.

Durante mucho tiempo esperó que cumpliera su promesa. Sí, esa en la que el hijo de los Cooper abría la puerta de dónde su padre la mantenía retenida y la liberaba de su encarcelamiento, pero no ocurrió. Pasaron los días, las semanas, los meses e incluso los años y, así, su única esperanza desapareció. Entonces la vendió. En efecto, su padre, como buen sinvergüenza, decidió venderla a la familia de Priscila y conseguir de este modo la cantidad suficiente para seguir derrochando hasta el final de sus días.

No lloró. Cuando supo de la muerte de su progenitor no derramó ni una sola lágrima. Como tampoco nadie derramó una sola por ella. Pero Dios la había compensado con la bondad de la familia Appelton. Fueron muy pacientes y amables y la trataron como otra hija. Jamás hubo diferencias entre Priscila y Anais hasta que ella misma las puso. Debía enfrentarse a la realidad, a su nueva vida; ella ya no era la servida sino la sirvienta. Anais limpió las lágrimas que bañaban su rostro con un pañuelo, volvió a suspirar y cerró los ojos prometiéndose que nadie volvería hacerle daño y que, si lo intentaban, ella utilizaría la maldad que heredó de su padre para impedirlo.

La brusquedad con la que el carruaje paró su trayecto la despertó con rapidez. Aturdida, se acercó a la puerta y contempló el exterior. Ya estaban en el nuevo hogar.

—Milady... —habló con un susurro mientras tocaba el hombro de la joven—. Hemos llegado.

—¿De verdad? —respondió la condesa sobresaltada. Apartó los cabellos que habían caído sobre su rostro y miró a través de la ventana—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó al contemplar lo que había en el exterior—. ¡Es preciosa!

—Señoras, si son tan amables de aferrarse a mi mano, las ayudaré a salir —comentó el cochero tras abrir la puerta.

La primera en hacerlo fue Priscila. Mantenía sus ojos abiertos de par en par mientras contemplaba lo que tenía a su alrededor. Luego la siguió Anais, que se quedó igual de impresionada que la señora. Ambas mujeres empezaron a dar vueltas sobre sí mismas y cada vez que descubrían algo nuevo, sollozaban de alegría. Ahora entendían la razón por la que el conde deseaba que su esposa viviera en aquel lugar; era un paraíso, una magnífica obra divina.

—¿Cómo seré capaz de hacerme cargo de esto? —soltó de repente Priscila. Sus ojos mostraban temor, su figura se había quedado rígida y el entusiasmo de su rostro había desaparecido.

—Estaré a su lado —la reconfortó Anais. Se acercó a ella y le cogió una mano—. Y lo hará perfectamente.

—¿Te has dado cuenta de la grandiosidad de estos jardines? ¿Has apreciado la majestuosidad de la residencia? —insistió aterrada.

—Milady, no se exalte, se lo suplico. Si no se tranquiliza tendrá otro ataque de pánico —indicó en voz baja.

Priscila empezó a respirar agitadamente. Agarró con fuerza la mano de Anais y cerró los ojos. Sí, el ataque estaba a punto de hacerla desmayar. Notaba cómo sus piernas temblaban, cómo era incapaz de mantenerse de pie.

—¿Qué le parece si preparamos ese baño que mencionó? —La giró hacia la entrada de la casa y la condujo sin soltarla hasta el interior.

En la puerta las aguardaban algunos miembros del servicio. Esperaban que la nueva propietaria se presentara y empezara a ordenar. Pero lady Appelton no estaba en condiciones de realizar ninguna tarea propia de una dueña. Así que, como era costumbre en Anais, ella fue quien las realizó.

—Buenas tardes —saludó a las doncellas cuando subieron el último escalón—, la condesa está muy cansada. Ha sido un viaje arduo y necesita un baño. ¿Alguna de vosotras nos puede indicar dónde está su aposento?

—Buenas tardes, excelencia —respondió una mujer entrada en años y dirigiéndose hacia la condesa—. Si me lo permite, yo la conduciré hasta su alcoba. —Miró hacia su derecha y observó a dos de las jóvenes que se habían quedado pétreas al ver el frágil cuerpo de la mujer—. Preparad ahora mismo agua caliente y decidle a la señora Alyes que la cena se servirá en la habitación de la condesa.

—Por supuesto —respondieron ambas jóvenes. Realizaron una leve genuflexión y entraron deprisa hacia el interior de la mansión.

—Si son tan amables de seguirme... —dijo la sirvienta al tiempo que se

colocaba frente a ellas.

Durante el camino, Anais levantó varias veces la mirada para contemplar lo que guardaban aquellas paredes. No podía compararlo con la residencia en la que había vivido el matrimonio en Bournemouth. Era, como mínimo, cuatro o quizá cinco veces más grande. A su alrededor solo descubría pasillos, como si hubieran construido un laberinto en aquella mansión. Intentó no prestar atención a lo que le rodeaba salvo en aferrar el cuerpo de la condesa y que esta subiera los escalones sin tropezar.

—Por este lado —indicó de nuevo la doncella al llegar a la primera planta.

Ambas la siguieron sin decir ni una palabra. Solo cuando se quedaron frente a la entrada del dormitorio, Priscila le agradeció su labor. Sin embargo, Anais fue incapaz de hablar cuando descubrieron la inmensidad de la alcoba.

—Es... es tres veces mi... —comenzó a decir lady Appelton cuando cerró la puerta y quedaron solas.

—Bueno, no deje que la atemorice este lugar, milady. Todas las residencias se cuidan de la misma forma.

—¿Has visto los jardines? ¿Has visto las fuentes? —espetó Priscila al tiempo que se sentaba sobre la cama. Alargó las manos y sintió el suave tacto de la colcha.

—Sí —respondió al tiempo que abría las puertas de los guardarropas.

—¿Cuántas clases de flores albergará?

—Miles, tal vez millones —contestó dibujando una gran sonrisa.

—¡Oh, santo cielo! —exclamó cubriendo su rostro con las manos—. ¡No seré capaz de hacerlo!

—Lo hará —dijo con firmeza Anais. Caminó hasta sentarse a su lado y apartó aquellas temblorosas palmas de la cara de la joven—. Lo hará perfectamente. Debe comer y descansar, eso es todo. Mañana, cuando amanezca, podremos salir y disfrutar de esos jardines. Ya verá como no les parecerá tan grandes cuando hayamos paseado varios días por ellos.

Priscila suspiró y se alzó de la cama tras escuchar cómo alguien deseaba acceder al dormitorio.

—Excelencia —dijo una criada—. Venimos a prepararle su baño.

—Gracias —respondió Priscila en el mismo momento que notó las manos de Anais desabrochándole el vestido.

IV



—Creo que hoy la suerte me sonríe. —Leopold Spencer, vizconde de Dankwourth, colocó las cartas sobre la mesa para que los demás jugadores comprobaran la veracidad de sus palabras.

Una vez que las extendió frente a ellos, se recost  sobre el respaldo de su asiento y, sin borrar la sonrisa que le provocaba ser de nuevo el ganador, llevó la mano derecha hacia su barba y la acarició.

Había decidido salir del despacho y malgastar algo de su tiempo jugando y bebiendo en el club Reform. Pens  que perder algo de calderilla y frustrarse por no tener la fortuna de su lado le haría olvidar el futuro que pronto debía poseer. Sin embargo, en vez de frustración encontró diversión. Con la última jugada eran cinco las que había ganado y, por las caras que mostraban sus rivales, también sería la última.

— No desean la revancha, señores? —les incit  cuando empezaron a levantarse de sus asientos—. Les prometo que la próxima vez jugar  con los ojos cerrados.

—Yo que usted no me burlaría así de su buena racha —comentó uno de los caballeros mientras colocaba la capa sobre sus hombros. Los largos bigotes grises se extendieron sobre el labio formando una línea recta—. Alguna vez la necesitar  de verdad y no la encontrará.

—Si llegara ese momento, señor Hyde, tocar  la puerta de aquel que haya condenado mi futuro y le pegar  un tiro —dijo con aparente seriedad.

—Un conde no debería hacer falsos juramentos, milord. Nunca se sabe quién puede escucharlos —habl  otro de los participantes que también se disponía a abandonar la sala.

—Nadie me educó para serlo... —murmuró apretando los dientes.

—Pero es su sino y, como tal, debería aceptarlo —determinó el hombre de gran bigote—. Su nuevo título es una bendición, no la condenación que pretende mostrar. Nuestro orgullo británico debe proclamarse con firmeza y

no con debilidad. Somos los únicos en el mundo que podemos sentirnos dignos de la superioridad que disfrutamos. Tenemos que honrar a nuestros ancestros, no escupirles en sus tumbas y, mucho me temo, que las nuevas generaciones como usted destruirán siglos de ardua labor. Piense mejor en el bien que realizará y olvide lo que deja atrás, ser conde implica mucho más de lo que imagina. Y si no está conforme con su nueva situación, devuelva el título a la corona —sentenció antes de colocarse el sombrero, hacer una leve inclinación y marcharse erguido.

Leopold miró desafiante a los demás esperando que alguno de ellos continuara con la conversación, pero nadie se atrevió a hablar. Tan solo decidieron marcharse en silencio y despedirse con un ingrátido movimiento de cabeza. Lo sabían. No solo ellos sino también toda la sociedad londinense estaba al tanto de su malestar por ser nombrado heredero tras la muerte de su tío.

Cuando tuvo entre sus manos el contrato que lo nombraba futuro propietario de la vieja imprenta, no consideró que su futuro fuera muy distinto del que se había propuesto. Su deseo por despojarse de toda esa presión que conllevaba poseer un título aristocrático solo había sido una ilusión. Se alegró muchísimo el día que se anunció el nuevo matrimonio del conde. Si por fin engendraba un heredero, nada entorpecería su ansiado destino. Pero pasaron los meses e incluso los años y la noticia que tanto ansiaba no llegó. Mantuvo su esperanza hasta el mismo día que uno de sus empleados entró en la oficina y posó una carta con su nombre sobre la mesa. En ese instante supo que todo había acabado y que su temido fin estaba escrito en el papel. Tardó en leerla, como si de esta manera pudiera detener el tiempo, pero terminó por abrirla y confirmar sus sospechas. Fue entonces cuando un apellido surgió en su mente: Lawford. Un afamado administrador que alcanzaba, con medios sospechosos, todo lo que sus clientes le demandaban. Pero el hombre fue rotundo sobre el asunto que lo condujo hasta él: «Lo siento mucho, milord. Este caso se escapa de mis posibilidades. No puedo luchar contra un legado de la corona», comentó.

Así que rezaba para que la muerte fuera piadosa y lo visitara antes de lo estipulado. Aunque, por mucho que lo intentó, Leopold fue incapaz de darse por vencido y decidió centrarse en la única alternativa que le quedaba. Según su abogado, quien acudió a escuchar las últimas voluntades en su nombre, todavía existía una esperanza: si durante los próximos dos años la condesa viuda era capaz de permanecer en Londres, la residencia de los condes le

pertenecería y, salvo la propiedad en la que habían vivido en Bournemouth y el afamado título, él no tendría más responsabilidades al respecto. Pero si por el contrario, ella decidía regresar a la pequeña ciudad, no le quedaba otra alternativa que aceptar su sino.

—Deja una botella donde mi mano pueda alcanzarla —dijo de manera tosca al mozo que lo observaba desde un rincón de la habitación y se mantenía en silencio—. No quiero estar toda la velada pidiéndote que llenes el vaso.

El camarero contuvo la respiración al coger la botella de ron que estaba sin abrir e intentó que su mano no vibrara al depositarla justo donde Spencer tenía las monedas ganadas.

—¿No había otro lugar donde posar la maldita botella? —soltó alzando más de lo debido su voz.

—Lo... lo... siento... —balbuceó el lacayo.

—No debería hacer que sus adversarios huyan asustados, señor Spencer, ni tratar así al servicio —señaló una voz masculina—. Si no cambia su actitud, terminará por perder a los posibles jugadores que sueñan con ganarle y espantará a los pocos criados que puedan saciar su sed.

Leopold dirigió la mirada hacia el caballero que acababa de acceder a la pequeña sala de juego y sonrió.

—Buenas noches, Riderland, ¿me hará el honor de convertirse en mi próximo adversario? —le incitó señalándole con la mano uno de los asientos vacíos—. Como ya he comentado a esas gallinas que se proclaman caballeros distinguidos, mis próximas partidas las realizaré con los ojos cerrados.

—No me gusta tener ventaja, insulta mi ingenio —indicó Roger mientras colocaba su capa sobre el perchero que había junto a la entrada—. Pero acepto su proposición. Le confieso que me sentiré muy satisfecho cuando elimine esa sonrisa de su rostro.

—Le resultará muy difícil conseguirlo, milord. He de advertirle que no he perdido ni una mano desde que tomé asiento —aclaró Leopold complacido al ver que los rumores sobre el marqués eran ciertos.

Según decían no había nada en el mundo que le provocara temor. Aceptaba cualquier desafío porque, hasta ahora, había salido victorioso. También comentaban que solo un hijo del mismísimo diablo podía vivir sin miedo al futuro. Pero Spencer sabía que la actitud de su nuevo contrincante no tenía nada que ver con esas habladorías. El marqués, al igual que él, había esperado que su vida fuera muy distinta y trabajó concienzudamente para

ello.

Riderland tenía un gran barco y se dedicaba a realizar viajes comerciales. Esa decisión de salir de Londres y surcar los mares, no hizo sino aumentar las especulaciones de las mentes de aquellos que se resignaban a no abandonar la ciudad por temor a perder el prestigio que poseían en esta. Aunque también era un punto importante para el marqués haber salvado a unos niños huérfanos de morir pasto de las llamas. Por su parte, él no era un héroe, pero sí que había logrado que una vieja y arruinada imprenta se convirtiera en la empresa más fructífera de Londres sin tener que mencionar quién llegaría a ser.

—Me parece increíble —comenzó a decir Bennett mientras caminaba hacia el mueble bar para coger un vaso—, que sea usted un joven tan imprudente. ¿Acaso sus padres no le enseñaron que un rival ha de ser, ante todo, humilde? —Se desabrochó los botones de la chaqueta, tomó asiento, vertió ron de la botella que había sobre la mesa, colocó las cartas a su lado y cogió un puro para posarlo en sus labios sin encenderlo.

—Mis padres jamás se ocuparon de mi educación y quienes velaron por ella no creyeron que tal asignatura fuera importante para mi futuro —expuso jocoso.

Alzó su vaso y tras aceptar Roger el brindis que le dirigía, ambos bebieron el licor que había en el interior.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Bennett con interés.

—Veintiséis —respondió mientras volvía a colmar su copa.

—Buena edad para tomar las nuevas riendas de su futuro, ¿no le parece? —Aproximó su vaso para que Spencer le sirviera.

—¿A qué edad las tomó usted, milord? —Leopold le sirvió, posó la botella sobre la mesa, se reclinó en el asiento y lo observó sin pestañear.

—Para serle sincero, desde que contraje matrimonio. La marquesa ha sido la única persona que ha logrado estabilizarme —expuso sonriente.

Y era cierto. Evelyn le cambió la vida. Desde que puso sus ojos en ella supo que era la mujer ideal y cuando estuvo a punto de perderla, creyó que su existencia ya no tendría sentido. Pero la increíble fortaleza de su esposa la hizo sanar y, desde que se levantó de la cama, no había parado de ordenar y manipular a su antojo.

—Yo tardaré en hacerlo... —refunfuñó Spencer—. Mis obligaciones laborales no permiten descuidos y, como bien sabe, las mujeres obstaculizan todo tipo de propósitos.

—¿Está seguro de lo que dice? —Roger enarcó las cejas rubias y lo miró sorprendido. Daba gracias a que fuera él quien estaba sentado en aquella silla porque si en su lugar hubiera estado Evelyn o la mismísima duquesa de Rutland, aquel hombre no saldría ileso del club.

—¡Por supuesto! —exclamó con rotundidad—. Soy un hombre muy ocupado y dudo mucho que una esposa sea consciente del tesón que se requiere para hacer próspera una empresa como la mía.

Roger lo contempló en silencio durante unos instantes. La actitud de Spencer le recordaba mucho a la suya, salvo por la descabellada idea de no tener a una mujer a su lado. Al igual que él, no se había contentado con vivir bajo la protección que le ofrecía el título nobiliario de su familia, sino que se había construido una vida laboral muy diferente. La imprenta que abrió años atrás estaba siendo más próspera de lo que todo el mundo imaginó. Los tres periódicos más importantes de la ciudad requerían de sus servicios. Pero no solo se basaba en la impresión de los noticiarios, también se hacía cargo de los carteles que lucían los nuevos empresarios en sus edificios. Constructores, comerciantes, navegantes, hasta los nuevos autores que luchaban por publicar sus escritos hacían cola en la puerta para que aquel caballero estampara en fino papel sus proyectos.

—Pues mucho me temo que el destino le dará una patada en el estómago, señor Spencer. —Cogió los naipes y empezó a barajarlos.

—¿Por qué dice eso? —inquirió Leopold enarcando las oscuras cejas.

—Porque eso mismo pensaba yo un mes antes de casarme... —soltó sin mirarlo.

Leopold no prosiguió con el tema. Él no era como el marqués y jamás se dejaría embaucar por una mujer. Controlaba sus sentimientos, sus pensamientos e incluso sus necesidades sexuales. Había soportado dos años enteros sin mantener una relación pasional y podía estar una década si se lo proponía. Sin embargo, quien estaba sentado frente a él tenía una reputación de libertino, de calavera y, aunque había contraído matrimonio un año atrás, no entendería jamás que un hombre pudiera vivir sin satisfacer ciertos instintos.

—Por si no se ha dado cuenta, milord, está repartiendo para tres jugadores y, si el alcohol no nubla ya mi raciocinio, aquí solo estamos dos —comentó perplejo.

Mientras meditaba sobre la gran diferencia que había entre ellos dos con respecto al tema de las féminas, no había fijado su atención en cómo el

marqués distribuía la baraja, pero una vez que le prestó interés, descubrió que los naipes estaban agrupados en tres montones.

—No tardará en acudir... —dijo Roger sin eliminar la sonrisa de su rostro.

—¿Quién no tardará en llegar? —insistió el joven con inquietud.

—Él —respondió el marqués al observar que la puerta se abría de nuevo.

—Buenas noches, caballeros —les saludó Federith. Se quitó el sombrero y la capa y los puso en el perchero—. Perdona la tardanza, espero no haberme perdido algo importante.

—No mucho —contestó Roger reclinándose en su asiento—. Solo la exposición del señor Spencer sobre lo inapropiado que le resulta tener una mujer a su lado.

—¿Solo eso? —preguntó divertido Cooper. Caminó hasta el mueble bar, cogió una copa y regresó a la mesa.

—Nuestras opiniones son opuestas con respecto a ese tema. —Leopold extendió su mano para saludar al recién llegado.

—No todo el mundo debe pensar de la misma forma, ¿no le parece? —Aceptó el saludo y ocupó uno de los asientos después de desabrocharse los botones de la chaqueta.

—Aunque, según tengo entendido, ambos están felizmente casados, ¿verdad? —inquirió Leopold mirando primero a uno y luego al otro.

—En efecto —respondió Federith.

—Sin embargo, señor Cooper, su esposa sí debe entender que un hombre requiere de tiempo para ocuparse de sus quehaceres profesionales —indicó Spencer mientras dirigía la mano hacia la copa.

—¿Por qué lo dice?

—Porque, salvo la nota que imprimí en el periódico sobre su compromiso, nadie diría que usted contrajo matrimonio —explicó el futuro conde sin percibir las arrugas que Federith empezaba a mostrar en el rostro.

—Le advierto, señor Spencer —intercedió con rapidez Roger—, que no todas las mujeres son tan solidarias como lady Cooper. La marquesa ha posado sus lindos pies en mi barco cada vez que me he dispuesto a navegar.

—Entonces anhelo un casamiento como el que él posee. —Alzó su bebida hacia Federith y le dedicó un brindis.

Pero como era de esperar, Cooper no brindó. ¿Cómo iba a dedicar un sorbo de buen ron por una mujer como Caroline? No, no se merecía ni eso ni

cualquier otra forma de halago. Por mucho que aquel hombre quisiera tener una vida como la suya, no se la deseaba ni a su enemigo más despreciable.

—Pensé que estaríamos solos —indicó Federith un tanto malhumorado. Se ajustó el chaleco, sacó el reloj y miró la hora.

—Yo también —respondió divertido Roger—. Pero he cambiado de opinión al ver cómo el señor Spencer se burlaba de los caballeros que abandonaron la sala antes de mi llegada.

—¿Una noche acertada? —preguntó Cooper al muchacho mientras cogía las cartas que tenía a su lado y las observaba.

—Me considero un hombre afortunado, señor —respondió Leopold encogiéndose de brazos y no prestando mucha atención a la negación del brindis.

—Uhm... Es usted un hombre arrogante —dijo el futuro barón sin apartar la mirada de sus naipes—. ¿A quién me recordará?

—Tal vez a mi padre —respondió con rapidez Leopold—. Él también era un hombre venturoso... —aclaró con orgullo.

—No tuve el placer de conocerle. —Federith posó una de sus cartas sobre la mesa y depositó las monedas con las que comenzaba la partida—. Pero imagino que se sentiría muy agradecido de tener un hijo como usted.

—¿Acaso no es lo que un padre ansía?

La pregunta fue directa al corazón de Cooper, clavándose como un afilado puñal. ¿Eso es lo que se esperaba de un hijo? ¿Qué esperaba él de Eric? ¿Y sus padres? ¿Se contentarían con mantenerse al margen con la educación de su nieto o lucharían para transformarlo en un ser tan semejante a él? No podía permitir que ellos intercedieran en la enseñanza del pequeño, pondría todos los medios a su alcance para evitar que frustraran su futuro. Le enseñaría que no todo se basa en ensalzar el título que ostentaría cuando él falleciera, sino que la vida era mucho más que un nombre aristocrático. Debía ser feliz, disfrutar de cada momento y, por supuesto, no sentirse en la obligación de hacer lo que se espera al convertirse en un barón.

—¿Qué era ese tema que deseabas explicarme? —intervino Roger al percibir en la mirada de su amigo cierta amargura.

—Tiene algo que ver con el ferrocarril —dijo Federith apartando sus ojos del tapete de la mesa para observar a su amigo. Él era el próximo en echar la carta y mucho se temía que tardaría en hacerlo. Todo dependía de lo que deseara esa noche: perder la partida, ganarla o tal vez...

—Según tengo entendido —participó Leopold—, pronto dejará de

producir grandes beneficios. Creo que se empieza a ver el transporte de carretera como un firme sustituto al tren.

—En efecto —secundó Cooper—. Así que deberíamos plantearnos invertir en ese proyecto si no queremos ver mermadas nuestras ganancias.

Roger por fin colocó sobre la mesa la carta que todos esperaban y, al contemplar la sonrisa triunfante de Spencer, arrugó la frente.

—Deberíamos hablar de ello con Rutland. Creo que tenía planeado firmar un contrato con un posible inversor. —Se recostó sobre el asiento e inspiró del puro que no había prendido. No podía fumar, ese era el pacto que había hecho con Evelyn, pero no hablaron de mantener un cigarro apagado en la boca.

—De ahí mi obstinado interés por reunirnos lo antes posible, Riderland —explicó Federith. Siempre se dirigían con el nombre del título que ostentaban o con el apellido si no habían tomado posesión cuando no estaban solos—. No podemos dejar que nuestro amigo se arruine por ignorar un asunto tan importante. Según me han informado, podemos ofrecer una suculenta cantidad para poder convertirnos en socios capitalistas.

—¿Cuándo? —soltó Roger al tiempo que tomaba entre sus manos la baraja para mezclarla de nuevo.

—Un mes a lo sumo. Después de ese plazo no te confirmo nada —explicó con seriedad Cooper.

—¿De cuánto es la inversión inicial? —Se interesó Spencer.

—¿Le parece atractiva la propuesta? —Leopold afirmó con un leve gesto de cabeza—. Pero he de advertirle que no puede invertir cualquiera. Hasta ahora, solo los que poseen un título aristocrático pueden participar en la financiación del transporte por carretera —aclaró Federith.

—Por si no se ha enterado, lord Cooper, mi tío, el conde Crowner, ha fallecido y como no ha conseguido engendrar un heredero, me veo en la obligación de ostentar dicho cargo —expuso Leopold con una mezcla de solemnidad y enfado—. Así que, obviando ese impedimento inexistente, ¿cuánto hay que invertir?

Federith miró a Roger asombrado. Este se encogió de hombros y sonrió.

—Se baraja la desorbitante cifra de ocho mil libras —dijo al fin el futuro barón de Sheiton.

—Está bien —comentó Spencer levantándose de su asiento—. Antes de un mes tendrán noticias mías. Caballeros...

—No creo que deba... —intentó decir Bennett.

—Milord, con el debido respeto, he de advertirle que dónde y cómo quiera destinar las ganancias que poseeré como conde, solo me incumben a mí.

—¿Y si las pierde? —insistió Cooper.

—No arriesgaré nada de lo que he conseguido por méritos propios, señor. Solo expondré aquello que se me ha otorgado sin esfuerzo y sin interés. Si lo pierdo, no sentiré pesar alguno, pero si gano, podré ver cómo mi pequeña empresa inglesa se extiende por otros confines —declaró con magnificencia.

—Si tan claro lo tiene, esperaré noticias tuyas. —Tanto Roger como Federith se levantaron para despedir al hombre. El apretón de manos fue la firma de un contrato futuro entre caballeros.

—Las tendrá —sentenció Leopold antes de abandonar la sala.

Durante unos instantes, que ambos emplearon para tomar el resto de licor que quedaba en sus copas, permanecieron callados. La mente de Federith no dejaba de pensar que no era adecuado introducir otro socio. Sin embargo, Roger concluía de una forma muy distinta. Para él, cuantos más inversionistas hubiese en el proyecto, menos riesgo de pérdidas existiría. No le importaba que las ganancias no fueran tan suculentas, lo único que le interesaba al marqués era no gastar demasiado para poder seguir ofreciendo una buena vida a sus hermanastros.

—Espero que hayas hecho lo correcto —murmuró Federith.

—Sabes que siempre lo hago —pronunció Bennett muy seguro de sí mismo.

V



—Mi carruaje está en la puerta —dijo Roger cuando ambos salieron del club—. Puedo llevarte a casa si lo deseas.

—Muchas gracias, pero prefiero caminar —respondió tras suspirar—. Quiero aprovechar el trayecto para reflexionar sobre el tema que acabamos de zanjar. —Se giró hacia su amigo y le tendió la mano para despedirse, aunque este la rechazó.

—En ese caso te acompañaré. Además, me vendrá bien airear mis ropas antes de llegar a casa. Como bien sabes, Evelyn no se toma de buen agrado que desprenda olor a alcohol y estoy seguro de que me hará dormir en el butacón.

Después de ofrecer la primera excusa que le vino a la cabeza, indicó al cochero que le esperara en la residencia de los Cooper y regresó junto a su amigo.

Últimamente lo notaba más serio de lo habitual, como si estuviera meditando sobre algún tema de difícil solución. Roger no debía preocuparse por el comportamiento de Federith, él siempre actuaba como si cada día, cada minuto de su vida, fuera imprescindible para sobrevivir. Sin embargo, esta vez Bennett tenía un extraño palpito gritándole que la actitud tan distinguida escondía mucho más de lo que intentaba aparentar. Por eso se había tomado la licencia de indagar, desde un tiempo atrás, todo lo concerniente a su amigo.

Pese a los gritos y amenazas de Evelyn por persuadirlo para que no metiera las narices donde no le incumbía, había encargado a John que lo investigara. Por supuesto no estaba solo en esa locura. Tenía el beneplácito de William, al que le pareció la mejor forma de averiguar qué le sucedía al hombre que adoraba como a un hermano. La premisa del duque era que el malestar de Federith emergía desde el instante que se comprometió con su esposa.

Rutland desconfiaba sobre la paternidad del niño que ella esperaba, puesto que Cooper siempre había sido muy cuidadoso en sus relaciones. Intentó que cambiara de opinión respecto al tema. Cuando lo visitó antes de que se marchara a Haddon Hall, mantuvo con él una acalorada discusión sobre el inminente propósito. Pero no le hizo cambiar de idea. Él argumentó que estaba enamorado de Caroline y que debía hacer lo correcto. Pese a su convencimiento sobre el inesperado amor hacia la mujer, William sabía que no era cierto. Federith solo había amado una vez y ese estado de enamoramiento hizo que perdiera toda la cordura que poseía. Permaneció años enteros anhelando a la joven que se alejó de su vida y, aunque se dio por vencido al no encontrarla, su corazón seguía perteneciéndole.

Por eso Rutland tenía la certeza de que los sentimientos hacia lady Cooper no eran los que él insistía en poseer. Si la amaba, si de verdad sentía algo por la mujer, no hubiese aparecido en su residencia londinense para debatir sobre el casamiento. ¿Debió recordarle cómo se sentía un hombre enamorado? ¿Debió hablarle de la desesperación y la locura que mantuvo mientras buscaba a la joven Anais Price? Tal vez, pero Federith no le dio la oportunidad para exponerle nada. Huyó con la misma urgencia y miedo que una rata de un barco hundiéndose en el mar. Por ese motivo decidieron averiguar qué sucedía en el hogar de los Cooper. Todo lo que descubrieran les tendría alertados sobre lo que acontecería en el futuro y, si William y Roger no erraban, pronto sucedería algo terrible.

—¿Crees que ha sido acertada la intromisión de Spencer? —preguntó Cooper al tiempo que aminoraba el paso.

—Sí —respondió Bennett dibujando una gran sonrisa—. Por eso te hice llamar con tan poco tiempo. No esperaba que esta noche apareciera en el club. Es sabido que ese hombre apenas deja la imprenta y, como debes de comprender, era la única oportunidad que tenía —explicó.

—¿Por qué? —Federith levantó la ceja izquierda para acentuar su interés.

—¿Por qué qué? —contestó Bennett.

—¿Por qué quieres que se ocupe de tu mitad? —matizó Cooper.

—Tengo esperanzas en ese muchacho... —expuso con tranquilidad.

—¿Esperanzas? —Se paró frente a su amigo y lo miró desafiante—. ¿Piensas que un hombre que no es capaz de afrontar la suerte que le ha ofrecido su destino puede hacerse cargo de un puesto tan importante?

—Si no me falla la memoria, y estoy seguro de que a ti tampoco, yo no

quería el maldito título que cargo sobre mis espaldas —gruñó.

—Pero tienes una gran familia a la que cuidar y gracias a la posición que te ha otorgado ser marqués ellos viven sin estrecheces —insistió.

—Hasta ahora, mi querido amigo, mi gran familia, como tú los denominas, ha subsistido con las ganancias que he obtenido de los viajes comerciales, pero no siempre será así —habló con cierto halo de miedo.

—¿Piensas dejar los contratos mercantiles? ¿Quién ocupará tu lugar? —inquirió desconcertado.

—Logan, por supuesto —aclaró con firmeza.

—Es muy joven para ocupar esa posición. Apenas tiene diecisiete años... —Como Bennett prosiguió caminando, Federith le siguió. Estaba seguro que sus pensamientos no permanecían distorsionados por el alcohol, apenas había tomado dos copas. Esa idea, la que confesaba bajo la oscuridad de la noche londinense, debía haberla tomado desde un tiempo atrás.

—Tiene las cualidades necesarias para ocupar mi lugar cuando se requiera —indicó con solemnidad—. Sus tutores tratan de instruir a un futuro marqués y, aunque les está produciendo úlceras en los estómagos, lo lograrán.

—No sabía que estabas haciendo planes sobre tu futuro... —Soltó un largo suspiro tras decirlo.

—¿Acaso no te lo has planteado? —Observó a su amigo con la mirada perdida, como si en verdad no pensara en ello. Haciendo acopio de sus recuerdos, insistió—: Si no lo has hecho, deberías hacerlo. Aunque sea de forma diferente, tú también has creado una familia. ¿No me digas que te has rendido? ¿De verdad piensas hacerle padecer a tu hijo lo que te han hecho a ti?

—Ser barón tampoco es un trabajo muy apesadumbrado... —susurró.

—¡Esto es increíble! —exclamó Roger ofuscado—. ¿Cuántas veces hemos conversado sobre tus aspiraciones para convertirte en un ilustre magistrado? ¿No has aprendido de los errores cometidos? ¿Qué serán de sus deseos, de los tuyos? —incredó alzando un poco la voz.

—Estás hablando de los anhelos de un adolescente —se defendió—. Ahora, como bien dices, soy esposo y padre y mis... —Tragó saliva e intentó mantener la calma—. Mis aspiraciones son otras. He de mostrarle a Eric la vida que tendrá y qué mejor forma de enseñarle que con mi ejemplo.

—¡Por el amor de Dios, Federith! ¿Te estás escuchando? ¡Eres la viva imagen de tu padre! ¡Solo te falta indicarle a tu hijo que no debe enamorarse

y que tendrá que casarse con la mujer que creas apropiada! —gritó con tanta fuerza que unos mendigos los observaron atemorizados.

—El destino está escrito, Roger, y uno no debe hacer nada más que aceptar lo que se le impone —respondió con voz pausada y tranquila.

—¡A la mierda con eso! ¿Dónde está el hombre que descubrí en aquella universidad? ¿Dónde está la pasión de un joven que luchaba por sobrevivir? ¿Ha muerto? —Se giró hacia él enfadado, le cogió de las solapas de la chaqueta para zarandearlo y volvió a clamar—: ¡Dime, Federith! ¿Ha muerto?

—Sí —respondió ahogado por la tristeza.

De repente, el silencio que ambos mantuvieron tras la afirmación de Cooper se vio interrumpida por las campanadas del Big Ben. Doce, para ser exactas. Roger soltó a su amigo, intentó mantener una compostura adecuada y dejó que el mutismo entre ambos permaneciera hasta que llegaron a la puerta de la residencia de Federith. Sin que este fuera consciente de la investigación rápida de Bennett, el marqués advirtió que solo había estacionado un carruaje, el suyo. ¿Dónde estaría el de Cooper? Enfadado a la par que decepcionado, prosiguió con los labios cerrados hasta que escuchó a su amigo hablar entre susurros.

—Yo tampoco deseé aceptar mi vida, Riderland. Pero cuando el destino te clava un puñal en el pecho, solo debes resignarte a sentir su dolor y llorar en silencio.

—Hablas como un hombre a punto de tirarse al Támesis —indicó con tristeza—. Jamás imaginé que te rendirías, que dejarías de luchar por cambiar tu vida.

—Eso lo dices porque eres afortunado. Tanto a William como a ti os ha sonreído la suerte. —Se paró frente a las escaleras que le conducían a la entrada de su hogar y clavó la mirada en aquel armazón de madera.

—Pues no dejes de luchar, amigo mío. Nunca se sabe qué sucederá mañana. —Roger extendió la mano hacia Cooper y esperó a que la estrechara.

—Mañana no será diferente a hoy —dijo con pesar al tiempo que se giraba hacia su amigo y aceptaba la mano.

De pronto notó cómo Roger tiraba de él hacia su cuerpo para darle un fuerte abrazo. No se retiró. Lo necesitaba, ansiaba tanto ser reconfortado que se sentía igual que una damisela en apuros. Avergonzado por mantener el contacto entre ambos más de lo que debiera, Federith dio unos pasos hacia

atrás y miró a los ojos de su amigo.

—Si piensas que voy a robarte un beso, te equivocas —expuso burlón Roger.

—No quiero tus muestras de amor, querido —respondió con el mismo tono burlón—. Solo te advertiré que esta noche volverás a dormir en el butacón.

—Eso no sucederá —dijo apretando los dientes.

—Evelyn olfateará tus ropas, y he de indicarte que sigues apestando a ron.

—¡Maldita sea! —exclamó Bennett poniendo los ojos en blanco—. Tendré que despertar al servicio para que me preparen un baño. No quiero que ese pulgoso vuelva a ocupar mi lugar.

—¿Capitán ha terminado por quedarse en Lonely? —preguntó divertido Federith.

—¿Quién es capaz de obviar los encantos de un perro tuerto y con tres patas? —respondió malhumorado Roger.

—Por supuesto que tus mujeres no... —dijo Cooper antes de soltar una gran carcajada.

—Por supuesto... —afirmó Riderland antes de girarse y caminar hacia su carruaje.

Federith no se movió de la entrada hasta que el transporte de su amigo desapareció. Ni borró de su rostro la sonrisa hasta que se dio la vuelta y entró en su hogar. El ama de llaves salió a su encuentro para cogerle el abrigo y el sombrero.

—Buenas noches, milord —le dijo con tono somnoliento.

—Buenas noches, señora Gordon. Disculpe si la he despertado —se excusó, como siempre hacía cuando sus trasnochadas obligaban a la mujer a permanecer desvelada.

—No me he dormido todavía, señor. Estaba revisando el hogar cuando escuché que llegaba.

—Eric... ¿sigue llorando? —preguntó preocupado.

La inesperada llamada de Roger interrumpió la rutina entre padre e hijo y, como era de esperar, el pequeño no se tomó bien que fuese apartado de sus habituales juegos antes de descansar.

—La nodriza lo calmó hace algo más de una hora. Creo que finalmente desistió —señaló la mujer mientras esperaba inmóvil que su amo decidiera subir al piso superior.

—Iré a ver cómo está —indicó Federith al tiempo que escuchó la llegada de su carruaje.

—¿Desea alguna cosa más? —preguntó la ama de llaves con urgencia.

No quería estar presente cuando la pareja se encontrara. Aunque todo el servicio estaba al tanto de las discusiones de los amos, ellos se mantenían al margen, en silencio y discretos. No les incumbía nada los temas de los señores. Sin embargo, en cocina las conversaciones sobre el trato de la señora hacia su esposo se hacían más habituales.

—Puede retirarse —dijo Federith volviéndose hacia el *hall*.

—Buenas noches, milord. —Y como si quisiera iniciar una carrera, la señora Gordon aceleró el paso para adentrarse en la casa.

Cooper sintió que la corbata le asfixiaba, que su corazón se ralentizaba y que un sudor frío brotaba de sus manos. El enfado, la ira, la ansiedad que le producía el inapropiado comportamiento de su esposa lo alteraba tanto que se transformaba en una persona demente. Caroline no era la mujer que esperaba. Ella no actuaba como se imaginó. Desde que se casaron, provocaba cualquier situación embarazosa entre ellos para no permanecer a su lado ni un solo instante. La actitud de Federith había sido siempre la misma; la esperaba en la biblioteca mientras bebía una o varias copas, miraba el reloj de la pared cuando esta aparecía en el hogar y se mantenía allí encerrado hasta que escuchaba cómo la puerta de su habitación se cerraba. No le hacía falta preguntarle de dónde venía, sabía la respuesta. Caroline tenía un amante y no había dejado de visitarlo ni un solo día desde que nació el pequeño.

Cuando tras las nupcias se instalaron en la residencia, ella ordenó que se le asignara una habitación propia. Al principio no le extrañó la decisión de su esposa, sabía que muchos matrimonios descansaban en alcobas diferentes. Pero con el tiempo, la duda sobre ellos empezó a emerger. Llegó a convertirse en un tema hiriente para él. ¿Quién, después de casarse, no yacía con su esposa? Imaginó que todo era producto del embarazo. Muchas mujeres cambiaban su comportamiento al quedarse encintas. Hasta la propia duquesa abandonó el estado de ternura mientras mantuvo a Elliot en su vientre. Miles de quejas brotaron de la boca de William en el último trimestre de gestación. Pero en ningún momento Rutland indicó que Beatrice lo hubiera abandonado. Ella continuó al lado de su marido y se encargaba de las necesidades de este hasta que llegó el momento del parto. Sin embargo, Caroline no admitió ni un casto beso, ni una caricia, nada que conllevara contacto alguno entre ellos. Era fría, gélida y se mantenía distante todo el

tiempo.

Federith concluyó, en varias ocasiones, que lo había utilizado. Sí, él era una marioneta para la mujer. Hasta llegó a pensar que el encuentro que mantuvieron fue una ilusión fruto de la embriaguez. Apenas recordaba cómo había sido, solo que ella le tomó la mano y lo condujo hacia los apartados jardines de la señorita Baithlarin. Allí, entre la oscuridad que les proporcionaba los robles, ella aceptó que la poseyera. No hubo amor entre los dos, solo pasión, o eso pensó en aquel momento Cooper, que, deseoso por saborear unos labios que le indicaban una lujuria divina, se arrastró tras los pasos de la mujer. ¿Por qué? ¿Por qué ella eligió seducirlo? Esa era la pregunta que aparecía en la mente de Federith sin descanso. No entendía la razón por la que insistió en mantener un idilio con él si, como ella misma expresó el día que le dijo que iría a su habitación, sentía repulsión hacia su persona.

—No te atrevas a venir —le advirtió Caroline levantando su dedo inquisidor—. Jamás dejaré que me toques.

—Entonces, ¿por qué accediste a casarte conmigo? —increpó furioso. Hasta ese momento, siempre había tratado a las mujeres con la ternura y delicadeza que se merecían, pero en ese instante, se abalanzó hacia ella y la zarandó.

—¿No tienes la respuesta? —gritó liberándose de su brutal amarre.

—¡No! —clamó Federith más enojado si cabía.

—Pues sube a la habitación de tu hijo, él te dará la contestación que tanto ansías —dijo dibujando una enorme sonrisa.

—He dudado hasta de que Eric sea hijo mío... —habló alejándose de ella y dándole la espalda para que no descubriera la tristeza en su rostro—. Si tanto me odias, si tanto asco te doy, ¿por qué no mostraste esa repulsión aquella noche?

—Estaba ebria —soltó sin pensar—. Si no hubiese bebido tanto champán, ni me habría acercado a ti. ¿Crees que no tenía más aspiraciones que convertirme en una miserable baronesa?

Esas palabras tan hirientes provocaron una ira tan inmensa en Federith, que se dio la vuelta, se acercó a la mujer y, presa de una locura momentánea, le dio un bofetón. Al escuchar cómo su palma golpeaba el rostro de Caroline, se quedó desconcertado y toda la rabia desapareció con rapidez, pasando a un estado de confusión y arrepentimiento.

—Caroline... —dijo atónito—. Lo siento... No quería... Perdóname.

—No vuelvas a acercarte a mí. ¿Me escuchas? —gritó la mujer calmando el dolor que sentía en la mejilla colocando sus propias manos sobre ella—. ¡Eres un monstruo! ¡Un monstruo! —repitió antes de salir del salón y cerrar la puerta con brusquedad.

Desde ese momento, desde ese preciso instante, Federith asumió que nada entre ellos florecería salvo odio. La había maltratado. Presa de un episodio de demencia, había abofeteado a su esposa y, lógicamente, ni ella ni él mismo se perdonarían ese acto tan cruel.

—Buenas noches, Caroline —la saludó cuando hizo acto de presencia en el hogar—. ¿Te has divertido esta noche?

—Mucho más de lo que esperaba —fue su respuesta antes de quitarse el abrigo y tirarlo sobre el suelo descuidadamente. Sin mirarlo, empezó a ascender hacia el piso que la llevaba a su dormitorio.

—Eric sigue llorando, por si te interesa saber cómo está nuestro hijo últimamente.

Sus palabras provocaron el efecto que deseó causarle. Ella se quedó parada en la tercera escalera, se agarró al barandal y lo observó ceñuda.

—Si está enfermo, haz llamar al doctor.

—Ya ha venido varias veces —alegó—. Según su diagnóstico, la irritación de Eric se debe a la aparición de sus primeros dientes.

—Bien, entonces te habrá dicho que le des bálsamo de sándalo. Eso calmará su dolor. —Volvió su mirada hacia el final de las escaleras y prosiguió.

—Creo que deberías consolarlo de vez en cuando —soltó Federith sin alzar la voz.

Caroline se detuvo de nuevo, sin dirigir el rostro hacia su marido inspiró con profundidad y respondió.

—Para eso ya tiene a la nodriza.

—Ella no es su madre... —murmuró Cooper afligido.

—En ese caso ofrécele lo que tanto ansía. Quizá, si lo consuelas y él te consuela a ti, me dejéis en paz de una vez.

Y subió las escaleras hasta que llegó al final. Sin aflojar la rigidez de su espalda, Caroline se dirigió hacia el dormitorio, cerró la puerta y el silencio regresó a la residencia Hemilton.

VI



No se molestó en preguntar al mayordomo quién osaba presentarse en su casa a horas tan inadecuadas porque sabía la respuesta. Después de ofrecerle a Anderson la capa, caminó siguiendo la estela de humo del puro que debía disfrutar John en el salón de visitas. Llevaba sin verlo casi una semana. La última vez que apareció por Lonely le comentó que solo tenía conjeturas y que no regresaría hasta saber la verdad. Roger estaba ansioso por conocerla. Llevaba tiempo sospechando que Cooper no era la misma persona. Era cierto que continuaba comportándose con la caballerosidad y la educación de siempre, pero poseía esa mirada atormentada que Roger había tenido más de una vez.

¿Qué razón tendría Federith para padecer un suplicio de tal envergadura? Hasta lo que él sabía, logró todo aquello que una vez planeó; una buena residencia, una familia, una buena posición social y se mantuvo alejado de la opresión que le generaban sus padres. Nadie en la ciudad dudaba del intelecto y el saber estar de un hombre como Cooper, sin embargo, Bennett no podía hacer callar ese pálpito que le gritaba con fuerza que su amigo estaba a punto de hacer algo que se arrepentiría el resto de su vida. Con paso firme y agitado por aclarar sus temores, abrió la puerta con rapidez.

—Buenas noches, Roger —lo saludó el indio.

Este no se giró para recibirlo, ni tan siquiera hizo el amago de levantarse. Con la tranquilidad que le proporcionaban los años de camaradería, continuó sentado en el sillón del marqués, apoyando, de manera descuidada, las piernas sobre la mesita baja donde Evelyn acostumbraba a servir el té.

—Si no has podido esperar hasta mañana para visitarme, he de deducir que has descubierto todo lo que me dijiste, ¿verdad? —Roger se colocó frente a su amigo. Su mirada azul se clavó en la oscura y, tras ver cómo este asentía,

se desbrochó la chaqueta antes de ocupar el asiento de su esposa.

—Tenías razón —empezó a decir el hombre al tiempo que se llevaba la copa que se había servido hacia sus labios.

Roger notó cómo le faltaba el aire. Su garganta se sentía tan oprimida que, de forma instintiva, dirigió sus manos hacia la corbata y la desanudó. Pero no fue suficiente, todavía no llegaba el aire a sus pulmones. La presión en el pecho crecía al igual que su agonía.

—¿En qué tenía razón? —preguntó expectante, deseoso quizá de que John expusiera algo diferente a lo que ya había concluido.

—En la pareja hay una tercera persona. Sin embargo, es la esposa quien mantiene el *affaire* —respondió sin mostrar emoción alguna ante la noticia. Aunque rara vez John desvelaba sus emociones, su esposa le reprochaba que fuera igual de expresivo que una roca en mitad del camino.

—¿Ella?! —soltó Bennett desconcertado.

Se llevó las manos hacia su cara y la frotó con fuerza. Había imaginado que Federith era el que se encontraba con una mujer. Era lo esperado cuando se vivía con una esposa como Caroline. Pero el repentino giro que había dado la situación provocó en el hombre una mezcla de tristeza y furia. ¿Cómo actuaría Cooper al descubrirlo? ¿Cómo actuaría un esposo al averiguar que la mujer que ama yace con otro?

Una punzada en el estómago surgió al recordar que ellos habían ocupado el lugar de ese amante. Esa tercera persona que, para obtener placer, destrozaba una familia. Tragó saliva, miró hacia su derecha y deseó tomarse una o dos botellas enteras de aquel whisky escocés. Pero la promesa realizada a la mujer que adoraba, a la mujer que no podría imaginar en otros brazos que no fueran los suyos, le hizo desistir.

—¿Quién es? —soltó después de encontrar algo de calma.

—Un fantasma —dijo John divertido.

—¿Un fantasma? —repitió levantando la ceja derecha.

—Sí —respondió con rotundidad el indio.

—No estoy para bromas, John. La reputación de Federith está en juego —aseveró.

—Te lo juro, no estoy bromeando. He permanecido en esa casa hasta que ella salió y no he visto aparecer a nadie. Primero pensé que la persona con quien se ve estaría allí antes de su llegada, pero no fue así. La señora Cooper entró en una casa donde no había luz. Ella fue encendiendo las velas mientras accedía por el interior. Sabes que no me burlaría de una cosa así,

Roger. Solo de pensar que Sophie metiera entre sus piernas a otro hombre, me volvería loco —explicó al hombre enfadado.

—Está bien, te creo. Aunque me gustaría que me dieras todos los detalles que has reunido. Cuando terminemos esta reunión, haré llamar a William. No puedo enfrentarme solo a una situación semejante. Debo conseguir toda la ayuda posible —dijo mientras se apoyaba en el amplio sillón y cruzaba las piernas por las rodillas.

John se recostó en el asiento y narró, con bastante precisión, todo lo que había averiguado de lady Caroline.

Hora y media más tarde, Bennett abrió la puerta de la alcoba de Natalie. Le gustaba ver cómo la pequeña descansaba y cómo aquel desagradable perro, al que habían llamado Capitán, permanecía cuidando a su dueña. Aunque jamás lo admitiría, confiaba en el instinto del animal para mantenerla a salvo. Después de lo sucedido con su hermano Charles, apenas descansaba escuchando de nuevo el llanto de la niña al encontrarse en peligro. Entrecerró sus ojos al ver que el can no dormía a su lado. Se acercó a la cama y observó lentamente a su alrededor. No, allí no se encontraba aquel holgazán realizando sus funciones. Enfadado por la distracción del animal, se dijo que cuando lo encontrara le grabaría a fuego cuál era su puesto si quería vivir en Lonely. Despacio, se aproximó a la niña para contemplar el rostro infantil y estiró la mano para apartarle unos mechones dorados que caían como cascadas sobre la pequeña frente. Nadie pensaría que aquella preciosidad no fuera su hija. Ni él mismo era capaz de asumir que no lo fuese. Era tan idéntica a él que le dolía el alma al mirarla. ¿Un hijo suyo sería tan parecido?

La pregunta le golpeó en la cabeza. No debía hacerse ese tipo de cuestiones, no solo porque Evelyn no podía tener hijos, sino porque tampoco los necesitaba. Ya albergaba bajo su cuidado los que descuidadamente había procreado el fallecido marqués de Riderland. Además, todo aquello que podía hacer como padre ya lo realizaba con Natalie y Logan. Aun así, Evelyn no estaba muy conforme con su opinión. En más de una ocasión la encontró llorando, lamentándose por no poder ofrecerle un vástago. Un fruto de su amor, como ella decía. Pero él no quería a nadie que no fuera su esposa. Nada podía solapar la pasión que sentía por ella y no necesitaba un hijo para reforzar ese amor.

Sin hacer apenas ruido caminó hasta el ventanal y confirmó que estaba bien cerrado. Volvió a echar un vistazo en el interior de la habitación para cerciorarse de que todo estaba correcto. Un gruñido de enfado apareció

cuando no halló al sabueso bajo la cama. ¿Dónde estaría aquel desertor? Con paso silencioso salió de la habitación para continuar su habitual excursión nocturna.

La siguiente parada era evidente: la habitación de Logan. Abrió despacio, con recelo de poder hallar a su hermano en una situación bochornosa. Rememoró la noche de dos meses atrás; como no había llamado y tampoco era demasiado tarde, abrió la puerta sin pedir permiso y encontró a su hermano en un momento bastante incómodo. Pero esta vez, para su tranquilidad, se encontraba descansando sobre el lecho. Roger evitó esbozar una gran carcajada tras observar cómo dormía el joven. Por supuesto, era un Bennett, ¿cómo si no iba a descansar? Exhibía su cuerpo desnudo sin pudor. La sábana apenas ocultaba el miembro que se convertiría en la agonía de las amantes estrechas. Los brazos permanecían ocultos bajo la almohada, como si necesitara sentir la presión del almohadón. Las piernas, demasiado largas para un joven de su edad pero rasgo propio de los hombres de su familia, se alargaban por la cama. Hasta los tobillos. Aquel jergón solo conseguía alcanzar los tobillos del muchacho. Debía decirle a Evelyn que Logan necesitaba otro colchón. Si continuaba creciendo de ese modo, pronto las plantas de aquellos enormes pies tocarían el suelo.

Sin poder borrar la sonrisa generada por el orgullo, caminó con mucho sigilo hasta el gran ventanal de la habitación. Logan no acostumbraba a correr las cortinas. Riderland no sabía si aquella decisión se debía a un posible temor por no ver lo que había tras los cristales o por si ansiaba que el amanecer lo despertara con prontitud. Fuera lo que fuese, no se atrevía a cambiar nada de lo que el muchacho requería. De espaldas a su hermano, Roger admiró el exterior de su hogar. Todo era tan apacible, tan calmado que una ola de calor brotó de su interior. Nunca había imaginado llegar a ser el hombre en el que se había convertido. En menos de un año no solo había encontrado una mujer extraordinaria, sino que había conseguido una familia casi incontable.

De pronto, un suave y casi imperceptible sonido surgió a su espalda y Bennett movió la cabeza hacia la derecha con rapidez.

—Buenas noches, hermano —dijo Logan con voz somnolienta.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Roger fijando sus ojos en la hoja afilada que se había clavado en el delgado marco del cristal—. ¡Podías haberme herido! —Cogió el cuchillo por el mango y lo miró con detenimiento.

—Sabía que eras tú —soltó Logan con socarronería.

—¡Imposible! —exclamó Roger enojado—. Apenas hay luz en esta habitación para que...

—Las maderas suenan diferente cuando tú las pisas —empezó a explicar el muchacho, que colocó el codo de la mano utilizada para el lanzamiento sobre el colchón—. Tienes un paso característico. —Bennett arqueó las cejas en señal de pregunta—. Nadie más puede caminar como si quiera atravesar el suelo con una pisada. Por eso la madera suena de manera distinta. También respiras diferente.

—No son suficientes señales —gruñó Roger mientras tiraba el cuchillo sobre la cama.

—Son suficientes para mí —concretó Logan estirando el brazo para coger el arma y colocarlo en su lugar, bajo el almohadón.

—Creo que hablaré con John acerca de estas proezas nuevas —dijo serio.

No era una amenaza sino un halago. Antes del incendio, Logan era un crío asustadizo, temeroso y frágil. Se notaba que vivía bajo la protección de una mujer. Sin embargo, desde que se hallaba bajo su cuidado estaba convirtiéndose en una persona diferente. Por supuesto continuaba creando terribles dolores de cabeza a sus profesores. Es más, había sopesado la idea de enviarlo a la residencia en la que estudió Cooper con la esperanza de hacerle cambiar. Pero sabía que todo aquello no serviría y, tal vez, obligarle a hacer lo que no quería resultaría más perjudicial que beneficioso. Resignado por el carácter rebelde de Logan, Roger determinó que no había mejor forma de enseñanza que su propia experiencia. Solo esperaba que, algún día, el odio que mostraba aquella mirada azul desapareciese.

—No te hará caso si intentas evitar que desarrolle mis habilidades como... —comentó malhumorado.

—No me refiero a eso, joven insolente. El día de mañana serás mi sucesor y será apropiado que aprendas algo más que manejar un simple cuchillo para rebanar pan —aseveró.

—Tengo mucho tiempo para aprender. —Logan se sentó sobre el lecho y miró a su hermano con tristeza.

No podía escuchar esas palabras y menos de la persona que adoraba, que veneraba como si fuera un Dios. Él nunca ocuparía su puesto porque jamás sería el hombre idóneo para ello. Por mucho que insistieran en que ambos eran semejantes, no lo eran. Mientras que Roger carecía de miedo y afrontaba

todos los problemas con increíble solemnidad, él se autodefinía como un cobarde, un miserable que no fue capaz de actuar cuando observó la agonía de su hermano al tener a Evelyn medio muerta en sus brazos. No, él no era un Bennett, aunque corría la misma sangre por sus venas. Por mucho que le doliera admitirlo, jamás podría ser como la persona que tenía frente a él.

—Tienes razón, hay tiempo... —contestó con tranquilidad al advertir, nuevamente, una inmensa oscuridad en la mirada de su hermano—. Buenas noches, Logan.

—Buenas noches, Roger.

No cerró la puerta hasta que observó cómo el muchacho se recostaba y extendía la mata de pelo negro sobre la almohada. Bennett suspiró profundo al ser consciente de la tristeza de Logan cuando hablaban sobre el futuro. El joven rechazaba la propuesta por algún motivo que él no conseguía descubrir y que, por supuesto, no tardaría en averiguar. «Hablaré con John de esto», se dijo antes de apretar los pies sobre el suelo y girarse hacia el pasillo que conducía a su habitación.

Respiró de nuevo al advertir que todavía le quedaba otra batalla que lidiar, la última del día y la más delicada, enfrentarse a Evelyn. No esperaba que Evelyn lo recibiera con una pistola. No, no se trataba de eso. Pero cada vez que se marchaba de Lonely después de cenar, ella dejaba de hablarle durante unos días. Roger sabía que sufría cuando se alejaba a esas horas. La incertidumbre de qué estaría haciendo la atormentaba. Aunque él era honesto con su esposa y le explicaba dónde y con quién se encontraría. Sin embargo, entendía su tormento.

Era cierto que cuando el sol se ocultaba, Londres se oscurecía y se volvía impúdica. Todo aquello inmoral que se deseaba se podía hallar tras el crepúsculo. No obstante, él no deseaba ni buscaba nada que no tuviera en su casa. No añoraba las salidas con sus amigos, ni trasnochar ni asistir a las fiestas pomposas en las que todas las mujeres aleteaban sus pestañas al verlo entrar y movían los abanicos para incitarle a robarles un beso. Las únicas pestañas que deseaba ver agitadas eran las de Evelyn cuando le hacía el amor, cuando la poseía con tanta necesidad que la urgencia lo volvía demente, y los únicos labios que deseaba besar eran los de ella. En el mundo existía solo un cuerpo que le proporcionaba una erección tan grande que apenas podía contener su sexo bajo las prietas calzas, el de su esposa.

Giró despacio el pomo de la puerta y, aunque intentó no hacer ruido, el leve chirrido al mover los ejes se hizo estridente en el mutismo del hogar.

Roger clavó sus azulados ojos en la marcada silueta que se encontraba recostada sobre el lecho. Evelyn había corrido la cortina de seda blanca que instalaron alrededor de la cama y aquella visión era demasiado sensual para él. Nunca imaginó que verla de esa forma, tras el fino viso y oculta bajo la delgada sábana, le proporcionaría tanta lujuria que podría arrodillarlo. Pero si la visión de entrever el talle de su esposa bajo las sábanas le puso duro, advertir que los hombros no estaban escondidos por alguno de sus camisones, le hizo tensar cada músculo de su cuerpo. Era perfecta. Ninguna otra mujer podía hacerle sombra a Evelyn y, por supuesto, ninguna otra podría robarle el corazón como lo había hecho ella.

Tragó el exceso de saliva que creó su boca al conocer qué delicioso manjar degustaría aquella noche. Percibió cómo sus latidos aumentaban el ritmo, cómo sus manos se extendían intentando alcanzar la figura de su esposa. ¿Cómo podía creer que la abandonaría algún día por no ser capaz de darle hijos? Eso era una maldita locura. No añoraba ser padre, ya tenía a Natalie para ofrecerle todo lo que un verdadero padre podía desear. Hasta ejercería como tal el día que un pretendiente osara pedirla en matrimonio. Nadie se atrevería a tocar a su delicada niña. Nadie le robaría un beso ni se acercaría como él se acercaba a Evelyn. Todo aquel que lo intentara sería abatido como si se tratase de un jabalí en tiempo de caza. Y también tenía un heredero, Logan continuaría el título de marqués. Entonces... ¿qué temores podría tener su esposa? ¡Ninguno! El único miedo que podía padecer Evelyn era el de ser la mujer de un hombre que nunca se encontraría saciado de amarla, de besarla y de poseerla.

Antes de dar un paso hacia el interior del dormitorio, se despojó de la chaqueta. Cuando dio el segundo, la corbata y el chaleco habían ido a parar al suelo. Se quitó la camisa y esta corrió la misma suerte que las otras prendas. Se disponía a quitarse el pantalón, cuando un suave movimiento entre las piernas de Evelyn lo paró en seco y lo encolerizó.

—¡No, no, no! —exclamó entre susurros—. ¡Fuera de aquí, maldito chucho! ¡Ella es mía! —Alargó las manos para arrojar a Capitán de la cama, pero no lo consiguió. Se quedó quieto al ver cómo el pequeño perro se enfrentaba a él gruñendo y enseñándole los dientes—. ¿Crees que no yo no sé gruñir? —le increpó malhumorado—. ¡O te marchas de aquí o mañana descubrirás lo que hace una soga alrededor de tu cuello! —le amenazó alzando un poco la voz.

—Capitán —dijo Evelyn que se había sentado sobre la cama al escuchar

los apagados gritos de su esposo—. ¡Abajo!

El perro la miró con tristeza, sollozó y movió la cola, esperando que ella cambiara de opinión.

—No —ordenó la marquesa—. ¡Abajo!

Finalmente, Capitán se levantó y saltó sobre el suelo. Con un caminar lento y torpe, el único que podía mantener un animal que tenía partida una de las patas de atrás y apenas veía porque no poseía más que un solo ojo, pasó junto a las piernas de Roger no sin antes volver a gruñirle.

—Juro que algún día de estos ese chucho no volverá a pisar esta casa — exclamó Bennett cerrando la puerta y echando el pestillo.

—Tienes que apiadarte de él —comentó cariñosa Evelyn—. El pobre ha vivido una catástrofe.

—¿Catástrofe? —repitió dando dos grandes zancadas con las que consiguió llegar hasta su esposa.

—Ha perdido un ojo... —expuso divertida la marquesa al ver el rostro airado de su marido—. Y tiene una patita rota...

—¿Catástrofe? —volvió a decir Roger quien se había despojado de los pantalones y las calzas. Apoyó las rodillas en la cama y miró a su mujer con deseo—. Voy a enseñarte yo lo que es una catástrofe, señora Bennett.

—Roger... —murmuró Evelyn cogiendo con fuerza las sábanas.

—Evelyn... —susurró el marqués caminado sobre la cama, como si fuera un enorme felino a punto de lanzarse sobre su presa.

—¡Es demasiado tarde! —exclamó intentado cubrir su cabeza con la tela.

—¡No para mí! —gritó Roger antes de saltar sobre ella.

No tardó en apartarle el embozo y dejarla expuesta para su deleite. Los cabellos rojos se extendieron sobre el almohadón y Bennett los contempló con la misma admiración de quien tiene fuego en sus manos y no le quema. Alargó las manos para acariciar con suavidad el cuello, el pecho, el vientre y el montículo de rizos pelirrojos. No había nada más bonito ni nada más deseoso que su mujer.

—Te quiero —susurró Roger antes de acercar su boca a la de ella—. Te quiero muchísimo, amor mío.

—Yo te quiero más —murmuró Evelyn colocando las manos sobre el cuello de su marido para que este no se distanciara.

La besó con tan necesidad, con tanto ardor, que parecía que no la había besado en años. Era tanta la pasión a la que fue sometida, que Evelyn se

sintió perturbada e incluso mareada cuando los labios se distanciaron. El cuerpo femenino se debilitó y, pese a que deseaba seguir agarrando a su esposo, las escasas fuerzas se lo impidieron.

—Roger... —murmuró sin aliento.

Pero él no contestó a su llamada de atención. Loco de lujuria, Bennett levantó a su esposa de la cama, para colocarla sobre su cintura. Las infinitas piernas de Evelyn se enroscaron en el cuerpo duro de su esposo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la marquesa al ver cómo la conducía lejos del lecho—. ¿Qué pretendes...? ¡Oh!

La llevó hasta el butacón, el lugar donde le había hecho dormir la noche anterior. No la dejó hablar. Su boca fue embestida como una brava ola de mar contra un acantilado. Evelyn no luchó para frenar la pasión que su marido sentía hacia ella, al contrario, la alentó con suaves gemidos. Percibió el sabor a licor que había tomado, pero era tan suave que no le disgustó. Abrió los ojos al notar el frescor del asiento en su espalda. La depositaba con delicadeza y la observaba con la misma devoción que un humano a su diosa. Se acercó de nuevo a ella para besarla, pero esta vez los labios de Roger se dirigieron hacia los pequeños montículos turgentes que se alzaban proclamando su atención. Ella solo pudo arquearse cuando sintió el aliento caliente en sus pechos. Quería más de él, necesitaba más de esa pasión.

—Eres mi mujer... —ronroneó Bennett mientras lamía aquellas protuberancias erectas—. ¡Mía! —exclamó antes de morder con fuerza y tirar de uno de sus pezones.

Aquel acto no supuso crueldad ninguna para ella, al contrario, le produjo un deleite tan intenso que todo su cuerpo vibró de placer. Cerró de nuevo sus ojos al sentir cómo descendía una gran mano por su piel. Acariciándola sin prisa, con suavidad. Escuchó un gruñido de satisfacción en el momento que ella abrió más las piernas. Deseaba sentir aquella palma acariciando, frotando su sexo. Roger la complació. Una vez que notó el calor en su mano, la movió en círculos, haciendo que el pequeño botón se hinchara para él. Prosiguió con movimientos ávidos, más rápidos, y no mermó la intensidad hasta que el cuerpo de Evelyn se levantó como si quisiera salir corriendo.

—Mi dulce amor...—susurró Roger con una voz tan ronca que no se reconoció al hablar.

Cuando la cabeza de su amada regresó al asiento, los dedos de esa mano húmeda, caliente por haber llevado a su esposa al clímax, se abrieron. El pulgar se dedicó a incitar el pequeño montículo, mientras que otros dos se

hacían camino entre los delicados pliegues para llegar al interior.

—Roger... —murmuró de nuevo—. No te pares, por favor. Más... necesito más —dijo suplicante. La continua invasión de aquellos fuertes dedos la retorcían de agonía, de impaciencia.

Bennett intentó no dejarse llevar por las palabras de su esposa. Pero los ruegos, los sollozos que emitía al penetrarla con sus dedos, lo excitaron tanto que creyó que terminaría perdiendo el control y eyacularía en cualquier momento. Respiró hondo, relajándose. Planeó, desde que accedió a su hogar, poder aplacar el sabor del ron con otro más salado y exquisito. Levantó las caderas de Evelyn lo justo para hacer que su boca pudiera alcanzar la zona erógena. La miró ardiente, alocado por la necesidad, y, cuando su nariz se aproximó a la pequeña mata rizada, notó cómo el delicado cuerpo se sacudía anticipándose a lo que provocaría su lengua entre los voluptuosos y mojados pliegues.

Controlándose, abrió la boca para deleitarse de ese brebaje tan exquisito como era el sabor de su mujer. No aflojó el ritmo de su lengua ni las continuas presiones de sus dientes hasta que percibió la llegada de otro estado de frenesí. Evelyn agitó las piernas con tanta brusquedad que tuvo que agarrarla para que no cayera. Sonriente, mostró el brillo de sus labios y los lamió como había hecho momentos antes en su sexo. Ella se abrió más, esperando que él la tomara y aplacara la tortura que le proporcionaba ser amada por su esposo. Pero la mirada picante de Roger le indicaba que no iba a poseerla allí.

—¡Roger! ¿No tendrás...? ¡Oh! —exclamó de nuevo al descubrir la intención de su esposo.

Antes de poder decir algo más, la alzó sobre su regazo, haciendo que sus piernas rodearan de nuevo la dura cintura. Con paso firme, la condujo hasta la pared existente entre la pequeña estantería y la ventana. Roger necesitaba tomarla de esa manera en determinadas ocasiones y cuando lo hacía, se volvía un bruto, un salvaje, un ser posesivo que la marcaba en cada centímetro de su piel con besos y caricias.

Al notar la dureza de la pared en la espalda Evelyn sollozó.

—Mañana mismo haré que acolchen este lugar, te lo prometo —comentó con voz ahogada por la pasión.

Pero eso sería mañana, no en ese momento. Enderezó el cuerpo de su esposa y le inclinó las caderas hasta que su miembro se situó frente a la entrada que deseaba conquistar. Agarró con fuerza la cintura de Evelyn y la

penetró con la urgencia que necesitaba. Un grito salió de su boca cuando fue invadida con aquella brutalidad. Pero Roger no aminoró sus empujones, al contrario, los aumentó tanto que perlas de sudor brotaron de su ruda piel.

—Dime que me quieres. Dime que me amas —pidió Bennett mientras la embestía con más fuerza, con desesperación.

Evelyn intentó agarrarse al cuello de su esposo, pero el sudor que emanaba su piel le impedía hacerlo. Estaba a merced de su marido. Su cuerpo se zarandeaba al ritmo que él marcaba y su respiración, agitada por el deseo, hacía que sus pezones se sensibilizaran cuando rozaban el duro vello del torso que adoraba. Vivía una tortura idílica, un momento que solo ella podía disfrutar.

—¡Dímelo! ¡Dime que eres mía! —insistió el hombre mediante un gruñido desesperado.

Quería que ella gritara que le pertenecía, que nadie más podría amarla como él. Un aterrador sentimiento de vacío apareció en Roger al imaginarse que ella lo abandonaba. No, él no permitiría que Evelyn se alejara de él. La saciaría tanto que no tendría que buscar a otro hombre que ocupase su lugar.

—¡Oh, Roger! ¡Soy tuya y de nadie más! ¡Te quiero solo a ti, amor mío! —gritó la mujer cuando notó la llegada del orgasmo. Este arremetió contra ella con más intensidad, con más energía, con más pasión. Apenas fueron conscientes de los escandalosos gemidos que realizaron al culminar. En el mundo solo existían dos seres: Roger y Evelyn.

Sin moverla de esa posición, Roger colocó la frente sobre el pecho de su esposa. Ambas respiraciones estaban alteradas, agitadas, alocadas. Evelyn consiguió extender las manos y lo abrazó. Eso era lo que necesitaba en ese momento su esposo, el fuerte consuelo de su mujer.

Cuando notó en su espalda los suaves dedos, Bennett se atrevió a mirarla, a contemplarla con tanto amor que sintió cómo su corazón se partía en dos.

—Te amo, Evelyn Bennett —le dijo como si se sintiera avergonzado de ello, como si la exposición de sus sentimientos pudiera herirla.

—¡Dios mío, Roger, yo te amo más!

Enredó los dedos en el cabello denso de su marido, haciendo que él la mirara fijamente y, antes de que pudiera decir una palabra más, ella lo besó con tanto ardor que la dureza mantenida aún en su interior no decayó durante toda la noche.

VII



Las campanas del reloj le anunciaron que el mediodía había llegado. Leopold levantó la mirada de los papeles y frunció el ceño. Desde la conversación con el señor Bennett y el señor Cooper, había estudiado al detalle cómo podía hacer frente a la inversión inicial. Tal como se imaginó aquella noche, solo podía suministrar la cuantía necesaria si tomaba el cargo que tanto odiaba. Enfadado y con un terrible malestar, metió la carta en un sobre y escribió el nombre y la dirección a la que debía llegar. No quería hacerlo. Se había negado a ello desde que lo supo, pero era la única alternativa viable si quería que su empresa prosperara. Abrió el cajón derecho de su escritorio, sacó el sello que debía plasmar en el envoltorio y lo miró durante unos instantes. Allí estaba su marca, el futuro que había intentado eludir. Ese emblema que sellaba con una gran C cualquier documento en el que fuese plasmado mostraba que la fatalidad estaba escrita para él. Después de suspirar, apretó la cera negra sobre el anverso del papel y gruñó el nombre de su secretario. Este apareció antes de que Leopold dirigiera su mirada hacia la puerta.

—Sí, milord —respondió el joven a su llamamiento.

—Necesito que lleves esta carta a lord Seymour, él sabrá qué hacer cuando la lea —indicó con voz tosca al tiempo que sacudía el sobre para que su empleado lo cogiera. Agitaba tanto la mano que el gemelo dorado ajustado al puño de su camisa creaba una estela de luz.

—Sí, milord. ¿Desea alguna cosa más antes de mi partida?

Aunque llevaba trabajando para el señor Spencer algo más de un año y entre ellos había crecido cierta amistad, Karl no se atrevió a preguntarle qué le inquietaba tanto como para que no se marchara de su oficina durante una semana. El señor Spencer había acampado en el despacho como si no tuviese hogar. Comía y dormía en aquel cuadrilátero y estaba seguro que, si abría una de las puertas de los armarios cercanos al archivador metálico, encontraría

varias prendas limpias y dobladas esperando a ser utilizadas durante dos semanas más. Porque ese era Leopold Spencer, un hombre tan entregado a su trabajo que, cuando levantaba la cabeza, había perdido la noción del tiempo.

—Dígale al cochero que tenga preparado el carruaje, he de salir en breve —respondió con voz ruda.

—Por supuesto —dijo el joven sin mostrar ni un ápice de aflicción por el trato de Leopold. Como si no hubiese escuchado la mismísima voz de Lucifer, cogió la carta, hizo una leve reverencia y se marchó.

En el momento que Spencer volvió a sentirse solo, se levantó del asiento y caminó con lentitud hacia el ventanal que tenía a sus espaldas. Desde allí podía ver cómo los empleados realizaban sus labores, cómo los pedidos se empaquetaban y cómo el futuro se hacía cada vez más próspero. No obstante, su codicia había crecido desde que habló con los lores y necesitaba hacer realidad su deseo de conquistar otras partes del mundo. Pronto la pequeña empresa se expandiría y nadie podría hacerle sombra. Arropado por ese sentimiento de satisfacción, colocó sus manos sobre la espalda aparentemente relajado. Aunque no era así como se encontraba. En su mente bullían miles de ideas, cientos de propósitos que añoraba alcanzar. Si la propuesta de ambos caballeros era real, si no se trataba de un malvado engaño, su deseo de abandonar Londres y dejar atrás a todos aquellos que le acusaban de traidor social se quedarían en el pasado. Con paso decidido, anduvo por el despacho hasta llegar a la puerta. Alargó la mano para coger el sombrero y la capa que colgaban del perchero, y se los colocó con desgana. Todavía le quedaba un asunto pendiente antes de que la Cámara de los Lores confirmara su nueva posición y le ofreciera el asiento, por ese motivo, zanjaría ese insignificante problema antes de acabar la nueva semana.

—Bueno, condesa... —murmuró—, ya es hora de que nos conozcamos. Pero se lamentará muchísimo de que este día haya llegado. —Una sonrisa maléfica se dibujó en su rostro—. Porque juro por mi honor que, como no abandone mi propiedad, le haré sufrir el resto de su vida.

Después de ajustarse el sombrero para que el ala ocultara su mirada pernicioso, Leopold abandonó el despacho con rumbo a Longher.

El plan de Leopold era muy sencillo; necesitaba que la condesa viuda se sintiera en peligro para hacerla regresar a su antigua residencia. Por supuesto que sería benevolente con ella. No pondría objeción alguna en dejarla vivir en la pequeña vivienda de la que procedía. Una vez resignada a sobrevivir el resto de sus días confinada en una ciudad con menos actividad social que

Londres, él vendería el hogar en el que habían permanecido todas las generaciones de los Crowner. Eso era lo que andaba buscando desde que habló con su abogado y este le advirtió que apenas conseguiría dos mil libras por aquella humilde propiedad. Sabía que vendiendo Longher superaría con creces las ocho mil libras que le exigían. Sí, era cierto que podía ayudarse con la considerable renta que poseería una vez se proclamara conde, pero la paciencia de Leopold era minúscula y tampoco había tiempo que perder. Ya solo le quedaban tres semanas.

Suspiró profundamente al pensar que nadie le aseguraba que aquella inversión fuera rentable. Era verdad que se especulaba mucho sobre el futuro del ferrocarril y cómo El gran Dios de Hierro sería reemplazado por simples transportes de calle. Sin embargo, apenas había coches impulsados por vapor. La alta sociedad se resistía a abandonar la pomposidad que le ofrecían los carruajes de caballos. Pero si un hombre como Riderland creía que el futuro sería la llegada de vehículos propulsados por gasolina, él aceptaría tal determinación sin pestañear.

Aun así, se encontraba también en otra tesitura bastante compleja; la ampliación del negocio. La duda de si las nuevas imprentas tendrían el mismo éxito que la primera le provocaba un terrible ardor de estómago. Leopold sabía que después de un año de costosa labor humana y maquinaria, si no conseguía alcanzar el suficiente beneficio en cada sucursal, terminaría por cerrar la que tuviese más pérdidas y el rumor que produciría dicho cierre provocaría desconfianza en los clientes. Estos, al no estar seguros de ser atendidos como era debido, no realizarían pedidos y si no había trabajo, tendría que despedir empleados, vender las máquinas... Efecto dominó se llamaba en el mundo económico. Una ficha empujaba a la próxima y esta, a la siguiente y así sucesivamente hasta que no quedara ninguna en pie.

Si eso ocurría, Leopold terminaría en la quiebra y no estaba dispuesto a convertir su vida en un abismo sin final. Él tenía que aferrarse al plan. Vendería Longher y la mitad de las ganancias serían invertidas en el proyecto de Riderland. La otra mitad la destinaría a un excelente plan de ahorro que utilizaría en el futuro. Sin sentir vergüenza alguna por jugar con la desesperación de una viuda, Leopold se metió en el carruaje y gritó al cochero la dirección a la que debía llevarlo. Cuanto antes terminara, mejor.

El vehículo empezó a ralentizarse cuando se aproximó al lugar indicado. Leopold apartó las cortinas color borgoña de la ventana y miró hacia el exterior. Frente a sus ojos se hallaba Longher, la residencia de los condes de

Crowner. La última vez que apareció por allí estaba a punto de cumplir los veintidós años. Sus padres, con orgullo y satisfacción, le mostraron lo que un día llegaría a ser suyo. Pero cuando Leopold pisó la entrada de aquel lugar, no sintió ni una pizca de amor. Todo a su alrededor le resultó frío, distante e incluso pérfido. La supuesta felicidad que debía sentir tras visitar la propiedad se manifestó justo cuando se marchaba, cuando el aire fresco acarició su anguloso rostro. Pasó unos días inquietos ante el conocimiento que le produjo averiguar qué supondría ser el próximo conde de Crowner.

Cuando le llegó la noticia de la próxima boda de su tío, la presión de su pecho disminuyó y volvió a sentirse libre. Sin embargo, la desesperación retornó cuando el tiempo pasaba y la nueva condesa no concebía el vástago que necesitaba para apartar a Leopold de sus obligaciones. Dos condesas, dos esposas y ninguna de ellas aportó descendencia. Spencer se enfadó con Dios por no haberle otorgado a alguna de ellas el don de la fertilidad. No entendía cómo un hombre era incapaz de lograr una cosa tan sencilla como gestar un hijo. No se debía a la falta de tiempo o de ocasiones, puesto que el primer matrimonio duró seis años. Momento en el que, por desgracia, lady Samantha enfermó y falleció.

Todo el mundo rumoreaba que la anterior condesa era una mujer enfermiza y dieron por sentado que esa había sido la razón por la que no engendraron un heredero. No obstante, la segunda alternativa de su tío, según escuchó en varias conversaciones, era una mujer joven y saludable. Si no erraban las deducciones de aquellos imprudentes comentarios, el conde superaba a su esposa en algo más de cuatro décadas. Pero Spencer no opinó al respecto. Le daba igual la edad de la condesa, solo quería que ella fuera fértil. Pero el destino le dio otra patada en el estómago. Después de la boda, el tiempo pasó sin recibir la ansiada noticia y Leopold no podía creer que aquella jovencueta tampoco pudiera quedarse encinta. ¿Cuántos lores se habían casado con prontitud porque sus futuras esposas llevaban en el vientre el fruto de un momento apasionado? Decenas e incluso centenares de compromisos se terciaban debido a ello. Sin embargo, su tío, después de estar casado durante diez años con diferentes mujeres, no logró nada.

Enfadado por sus pensamientos, Leopold arrugó la frente y convirtió sus grandes palmas en dos duros puños. ¿Cómo podía ser la vida tan cruel?

—Milord... —El sirviente estaba a punto de estirar la escalera metálica para que su amo se apoyara en ella, cuando advirtió que este salía despavorido del interior del carruaje como si hubiese fuego dentro.

Asombrado, se echó con rapidez hacia atrás y se quedó inmóvil.

—No tardaré mucho —comentó Leopold tras pisar el suelo. Sus plantas quemaban al tocar el firme pavimento. Había proyectado, en un simple movimiento, toda la ira contenida en su interior y, aunque jamás lo admitiría, le dolían las piernas por el impetuoso acto.

—Como desee, señor —respondió el lacayo, que cerró la puerta y retornó a su asiento delantero.

Leopold se cubrió con la capa, no por el hecho de que hiciera frío, al contrario, una cálida mañana de primavera se alzaba sobre él, sino porque últimamente apenas había tomado alimento sustancioso y su temperatura estaba desequilibrada. La dieta de la semana anterior se basó en cafés, sándwiches, frutas y oporto. Era de esperar que para reavivar una figura tan grande como la de Spencer hiciera falta mucho más que unos míseros rayos de sol.

Con premura, dirigió la mano al sombrero y se lo ajustó con ahínco. Intentaba exhibir la imagen de un hombre tenebroso y mordaz, de este modo la condesa no dudaría en salir huyendo cuando le indicara qué le sucedería si ella no se marchaba. Izó el rostro y echó un rápido vistazo a su alrededor. Para su pesar, nada había cambiado. Todo permanecía igual que la última vez. La residencia continuaba protegida por un inmenso jardín en el que algún inepto decidió crear un pequeño lago artificial. Leopold nunca entendió por qué se había construido una cosa tan innecesaria en una residencia de Londres. Si alguien quería disfrutar de un bonito paseo rodeado de árboles, agua y cuidada vegetación, podía caminar por Hide Park sin problemas. Era mucho mejor sentir la libertad que ofrecía el inmenso parque que conformarse con pasear por los alrededores del hogar fingiendo estar en un pequeño edén.

Riéndose entre dientes por la ingeniosa comparación, avanzó por el sendero que finalizaba en la misma entrada de la mansión. No pudo admirar esa belleza del que todo el mundo hablaba porque su enfado no le dejó. Los primeros sentimientos que tuvo cuatro años atrás aún perduraban. La sobriedad de la residencia reforzaba la solidez y ostentación que le causaría al convertirse en un conde. Leopold dirigió sus pupilas hacia las grandes columnas dóricas de la entrada. No le agradaban esas piedras en aquel lugar, pero no tenía dudas de que la función de estas era la sostenibilidad del edificio.

Con desgana, hizo un rápido recuento de lo que recordaba de Longher:

treinta habitaciones repartidas en las tres plantas se iluminaban mediante la luz que entraban por las ventanas; dos hermosos comedores, una biblioteca tan grande que le costaría todo un año llenarla de libros, dos cocinas y un inmenso salón de baile se escondían bajo aquellos muros. Leopold miró hacia el balcón que daba acceso a uno de los salones que los condes tenían destinados para las visitas y clavó su mirada en las cortinas que ondeaban desde el interior. Por unos instantes su mente vagó sin censura y concluyó que, si aquello fuera realmente suyo, haría desaparecer habitaciones innecesarias para transformarlas en un amplio almacén. Ya estaba cansado de tener que alquilar uno para guardar el material de la imprenta y vivir angustiado sabiendo que algún día el cobertizo sería asaltado por un astuto ladrón y perdería la gran inversión que allí tenía.

Pero, ante tales pensamientos, agitó la cabeza suavemente haciéndolos desvanecer. No había abandonado la oficina para especular sobre sandeces. Su objetivo era deshacerse de ella lo antes posible, no contemplar cambios innecesarios. Sin embargo, el hecho de realizar un recorrido visual para tasar de manera precisa la vivienda le pareció adecuado. De este modo, podría calcular la suma por la que debía venderla. Así que, interesado en seguir valorando el lugar, cambió su recorrido.

Aunque él no estaba de acuerdo, todo el mundo decía que la parte más hermosa de Longher era la zona del estanque. Quizá porque, además de la innecesaria alberca, se había construido en aquella zona un pequeño jardín de verano en el que miles de flores brotaban desde febrero a julio. Leopold admitió que el momento idóneo para venderla era en ese período de tiempo, puesto que un sinfín de colorido ofrecía a la tosca mansión una calidez que en verdad no poseía. Para llegar hasta aquel paraíso multicolor y contemplar por el mismo la belleza de la que hablaban, tenía que atravesar una pequeña arboleda. Un lugar ansiado por aquellos que buscaban cobijarse de los intensos rayos del sol.

Una vez que se adentró en el diminuto bosque miró al cielo, buscando un espacio libre de hojas para contemplar el raso firmamento o gozar de la claridad producida por el sol, pero no halló ni una cosa ni la otra. La abundancia de verdor en las copas le impedía distinguir una mísera nube, e incluso la luz del astro más poderoso no alcanzaba a atravesar el inmenso manto de hojarasca. Arrugó la frente al no salirse con la suya. La frustración de no alcanzar lo que deseaba provocó en él un enfado similar al de un niño al que se le niega degustar su ansiado caramelo. Tal estado de rabia le hizo

volverse sobre sí mismo y continuar con su propósito de llegar a la entrada principal, sin embargo, algo captó su atención y lo paralizó.

Escuchó muy cercano a él unas lejanas voces femeninas. Debía regresar al camino y presentarse a la condesa como era debido, pero el deseo de averiguar quién disfrutaba de los espacios que vendería, superó ese propósito. De repente, una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro al imaginar que una de las voces que había escuchado pertenecía a la condesa. Si Dios era generoso con él por una vez, no le haría falta emplearse a fondo para lograr que aquella mujer se marchara. ¿Qué viuda decidiría permanecer en un hogar donde cualquiera podría asaltarla? Leopold continuó sonriendo mientras aprovechaba las colosales envergaduras de los troncos para ocultarse. Sí, ese era un buen plan. Hacerle ver a la condesa que Longher no era un lugar seguro para vivir.

Con mucho cuidado fue de árbol en árbol buscando el ángulo de visión perfecto. La adrenalina que generó su cuerpo por la excitación fue tan exorbitante que estuvo a punto de soltar una carcajada. Aunque ese mismo exceso de felicidad que deseaba expresar surgió de otra boca que no era la suya. Leopold se quedó paralizado al escuchar el eco de la risa dispersándose en el bosquecillo. Sus oídos se engatusaron de un sonido tan espléndido que no pudo hacer otra cosa que dirigir su mirada hacia el lugar de donde procedía aquella risotada alegre. Ansioso por averiguar quién había esbozado tal muestra de entusiasmo, avanzó hasta la siguiente hilera de robles y desde allí descubrió a dos mujeres vestidas de riguroso luto que conversaban con tranquilidad.

Echó un vistazo fugaz por los alrededores confirmando que las mujeres estaban solas. En efecto, ningún lacayo velaba por la seguridad de las damas. Si fueran asaltadas, no podrían recurrir a nadie salvo a la ayuda que ellas mismas podían ofrecerse. Esa conclusión le hizo feliz, demasiado feliz. Sin embargo, ese estado de euforia desapareció cuando descubrió que una de las mujeres, la más pequeña, avanzaba por el jardín hasta arrodillarse. La proximidad entre ellos produjo que Leopold lograra contemplarla con detalle, descubriendo una delicada silueta oculta bajo un tosco vestido negro.

El corpiño de su vestido se ajustaba a la perfección al torso femenino. Apenas distinguía la forma de su pecho, pero sin duda era generoso. Sus brazos, largos y delgados, se hallaban bajo una capa de encaje que se extendía hasta el ansiado escote. Sin entender la razón, su cuerpo empezó a calentarse, como si alguien hubiese colocado a su lado una chimenea con

fuego vivo. Se llevó una de sus manos hacia la frente y advirtió con sorpresa que estaba sudando. Enfadado por la pérdida de control, prosiguió la observación de la joven. El sombrero impedía que los rayos del sol tocasen su pálido rostro. Sin embargo, aquel complemento no impidió que apreciara unos labios rojos, voluptuosos y terriblemente sensuales. Spencer advirtió que se quedaba sin aliento, que su corazón dejaba de latir y que la sensación de calor aumentaba. Atontado, se aferró con más fuerza al árbol que lo ocultaba. Quiso alejarse de allí, pero fue incapaz de hacerlo porque no podía dejar de mirarla. Si ella se movía, sus ojos también lo hacían. De pronto, la muchacha estiró sus manos para rodear con ellas los pétalos de una flor y, por muy demente que pareciera, Leopold sintió celos de aquella planta.

—No debería acercarse tanto a esas flores, milady —indicó Anais mientras continuaba riendo.

—¿No crees que son hermosas? —Priscila acercó su nariz a la flor e inspiró el aroma que desprendía.

—Sí, sin duda son tan hermosas como peligrosas. Por si no se ha dado cuenta, los tallos están poblados de espinas y podría hacerse daño —dijo con seriedad.

—La próxima vez que desee acariciarla, tendré que ponerme guantes —dijo con sarcasmo la condesa viuda.

—Creo que lo más sensato sería que un criado las recolectara por usted —matizó Anais al tiempo que volvía a fijar su mirada en el libro que tenía sobre las manos.

—¿Qué sucederá ahora? ¿La encontrará? ¿Brenda será capaz de olvidar su pasado para ser feliz junto al hombre que siempre ha amado? —preguntó lady Appelton sin dejar de acariciar los pétalos de la flor.

Anais enarcó la ceja izquierda y sonrió.

—¿Quiere que le explique qué va a hacer el protagonista?

—¡Por supuesto! —exclamó Priscila al tiempo que se alzaba con rapidez.

En ese momento, la suave brisa se intensificó e hizo que el sombrero saliera despedido de su cabeza. Entre carcajadas, la condesa corrió detrás de la prenda. Cada vez que estaba a punto de alcanzarlo, otro descarado vientecillo lo movía y lo distanciaba de ella. En el empeño de cogerlo, varios mechones de cabello se soltaron de su recogido. Aquella imagen de descuidada ingenuidad proporcionaba una sensación de pecaminosa liberación a la viuda.

—¿Necesita mi ayuda? —preguntó Anais levantándose de su asiento.

—¡No, por Dios! ¡Este sombrero no se saldrá con la suya! —exclamó alegre.

Leopold extendió los brazos y se agarró con fuerza al tronco del árbol que lo escondía. La poca energía que poseía tras su mala alimentación lo abandonaba. No tenía ni una pizca de fortaleza para mantenerse de pie y sus ojos seguían clavados en aquel menudo cuerpo que corría tras el bonete. El sol, ese que había buscado entre las copas de los árboles, se centraba en el pelo amelado de la mujer. Mientras ella continuaba con su propósito, los mechones ondulados se movían al compás de su carrera. Pudo apreciar mejor el rostro de aquella dama y al contemplarlo sintió un terrible dolor en su pecho. El deseo de extender sus manos y acariciar las sonrojadas mejillas aumentaba por momentos. Quería con urgencia sentir la suavidad de aquellos mechones entre sus dedos, al igual que le ansiaba saber cuán delicada era aquella piel.

Desconcertado, frunció el ceño. ¿Qué narices le ocurría? ¿Por qué estaba tan agitado? Intentó evocar a la cordura, a esa racionalidad que poseía, pero fue incapaz de hacerlo. Temeroso de ese indecente impulso que le gritaba que saliera al encuentro de ella y le ofreciera él mismo el travieso sombrero, abrió sus manos y retrocedió. Debía marcharse de allí antes de ser descubierto. Nadie podía verlo de una forma tan inapropiada. Hasta se avergonzaba de no ser capaz de controlar algo que había dominado durante años: mantener su sexo relajado. Estaba duro, necesitado, ardiente. Ese estado de frenesí desconcertó a Leopold tanto que apenas podía caminar. Se dijo así mismo que llevaba demasiado tiempo manteniendo un estricto celibato y aquel infantil episodio lo había despertado de una manera sobrehumana.

Torpemente, anduvo hacia atrás, pero en su empeño por alejarse no consiguió dejar de mirarla. Una inquietud aún mayor apareció al comprobar que la joven se dirigía hacia donde él se encontraba. No había tiempo que perder. Debía huir de allí si no quería...

—Milady —gritó Anais al ver que ella caminaba hacia la alameda—. ¡No se aleje tanto!

—¡No pasará nada! —le respondió Priscila volviéndose hacia ella—. ¿Quién, salvo nosotras, puede acceder a este jardín?

Anais afirmó con un leve movimiento de cabeza. Regresó a su asiento y cogió el libro que había depositado sobre la mesa. No tenía que preocuparse en aquel lugar. Todo estaba cercado y era una buena oportunidad para que

Priscila gozara de unos momentos de libertad. Si quería que la condesa sintiese el bienestar que le proporcionaba actuar por decisión propia, era una buena forma de comenzar. Nunca había dado un paso sin su marido o sus padres, jamás se había alejado más de un palmo de ellos y estaba dispuesta a ayudarla a salir de ese cautiverio. Con tranquilidad, pasó las hojas del libro hasta llegar a la página por la que se había quedado y se sumergió de nuevo en la lectura. Al igual que Priscila, Anais estaba ansiosa por averiguar si Brenda perdonaría a James por no buscarla como le prometió hacer.

Priscila cogió el vestido con ambas manos y corrió desesperada tras su sombrero. El viento lo había llevado hasta el pequeño bosque que había junto al lago. Miró de reojo a su dama de compañía y sonrió al verla de nuevo leyendo. Sin duda, aquel libro era muy interesante. La vida del personaje, ese que lloraba la pérdida de su amada por no haber sido capaz de enfrentarse al mundo y correr tras ella, era más cautivador que perseguir una prenda. Sin embargo, aquella inesperada situación le ofreció lo que ella ansiaba, alejarse de todos durante unos instantes y tener cierta intimidad. Hasta ahora nunca había gozado de ella y, pese a saber que Anais le enseñaría cómo debía enfrentarse a su nueva vida, ella quería adquirir experiencia por sí misma.

—Eres una tonta —se dijo al tiempo que caminaba entre los árboles—. Un pequeño paseo por unos dominios seguros no te aportará nada.

Pero sí le ayudarían. Cualquier pequeño paso para los demás, era un gran alcance para ella. Cuando llegó a Longher era incapaz de salir de la mansión. Sin embargo, dos semanas después había logrado perseguir un sombrero sin la necesidad de pedir auxilio. Priscila clavó los ojos en el suelo. Estudiaba cada tramo del sendero para no tropezar. Lo último que deseaba era torcerse un tobillo. Si aquella torpeza ocurriese, mostraría a todo el mundo lo que ya daban por sentado, que era una inútil. Dio un suspiro hondo, luego otro y así hasta que advirtió que la prenda que buscaba se hallaba cerca.

Dejó que su vestido tocara el suelo, se inclinó hacia el sombrero y justo cuando sus manos iban a cogerlo, un ruido sonó tras ella. Se giró con rapidez sobre sí misma, enfada por advertir que Anais no había aceptado su decisión. Pero no era ella quien se encontraba a su lado, sino una gran figura. Una tan alta como un gigante. El titán tenía su mirada azulada clavada en ella. La observaba con la misma admiración que un entomólogo a una nueva especie de insecto. Sin embargo, un hombre de campo no vestiría como aquel coloso. Con un traje de impecable corte moderno, las prendas se ajustaban a cada

palmo de piel con perfección. Pero lo que dejó anonada a Priscila no fue la figura hercúlea del hombre, sino la oscuridad que sus ojos mostraban al contemplarla. Una tenebrosidad que aumentaba con las sombras que yacían bajo aquella mirada. De repente sintió miedo, tanto que apenas podía respirar.

—¿Quién... quién es...? —intentó decir.

La gran figura oscura se abalanzó sobre ella como si fuera un gato saltando sobre un ratón. Atemorizada, intentó gritar, aunque un nudo en la garganta le impidió hacer un acto tan trivial. Cerró los ojos, para no ver de cerca el rostro de quien la asaltaba. Su corazón se agitó de tal forma que sus vigorosos latidos zarandeaban el frágil cuerpo. Se dijo así misma que continuara con los ojos cerrados para no seguir apreciando aquel duro semblante, aunque tuvo que abrirlos al notar cómo su espalda chocaba contra algo duro. Cuando sus pestañas se alzaron, se encontró frente a una hermosa mirada azul. Esos dos luceros la contemplaban con sorpresa mientras que unas descomunales ojeras intentaban arrebatarse la intensidad. Abrió la boca, justo para decir alguna palabra que hiciera frenar lo que estaba pensando el hombre que la apresaba. Sin embargo, continuó callada al sentir unos rudos pulgares acariciar sus mejillas. La tocaba con delicadeza, como si quisiera reconfortarla, tranquilizarla. Pero ella no podía mantener la calma, ¿quién puede sentir apacibilidad en un momento así? Su mirada vagó por el rostro de aquel desconocido. De cabello rubio, concluyó, puesto que las cejas eran tan claras como la paja de un establo. Continuó recorriendo aquel semblante, admirando si ser consciente cada milímetro de piel masculina. Una nariz grande pero hermosa, unas mejillas angulosas pero varoniles y una boca... De repente, Priscila mordió su labio superior, provocándose un pequeño dolor que le hizo fruncir el ceño. Era la única manera que tenía para despertar de ese sueño puesto que, estaba segura que allí no podía haber nadie salvo ella.

—Que Dios me perdone... —dijo el hombre con voz ronca.

Priscila clavó sus pupilas en él preguntándose la razón de dicha frase. Pero antes de que pudiera seguir pensando, aquella boca seductora presionó la suya. Un repentino deseo de apartarlo de su lado provocó que, torpemente, posara sus palmas sobre el torso de aquel extraño. Cuando notó la calidez de aquel vigoroso abdomen se sintió tan mareada que la idea de alejarlo de ella se evaporó. Nadie hasta ese momento la había besado de aquella forma, ni tampoco había sentido cómo su cuerpo era conquistado por un simple beso.

Intentando no aumentar el ardor de esa invasión, Priscila mantuvo sus

labios pegados, pero su fuerza de voluntad fue desapareciendo al sentir cómo aquellos pulgares se deslizaban por las mejillas hasta alcanzar la barbilla. No la presionó con rudeza, al contrario, la acarició con mucha suavidad. Entonces, tras bajar la guardia y hacer que aquella presión en sus labios se debilitara, el beso se intensificó. La lengua masculina alcanzó el interior de su boca. Se movía en ella como si quisiera alcanzar algo que nadie había logrado. Priscila saboreó el sabor de aquel hombre, una mezcla de café y vacío que le provocó un efecto narcótico. Aturdida, se dejó llevar. Su cuerpo, hasta ahora rígido como una tabla, se relajó y empezó a responder de una manera inapropiada a las caricias de aquel extraño. Continuó con la terquedad de que aquello no podía ser real, que solo era un producto de su imaginación. Pero la insistencia de aquellos besos cálidos, lujuriosos, eran tan certeros como el agitado ritmo de su respiración.

Se ruborizó aún más cuando una de las manos masculinas bajó hasta su pecho. No había nada de piel que tocar. Ella cubría su escote con un encaje de seda negro. No obstante, aquella gran mano se deleitó con lo que palpaba. Priscila tembló tanto que sus rodillas empezaron a doblarse. Juraba que, si no estuviera apoyada sobre el tronco de un árbol, se habría caído al suelo sin poder evitarlo. De repente, aquella mano que acariciaba su pecho se dirigió hacia su cintura, atrayéndola con más fuerza hacia aquel enorme e imponente cuerpo. El leve contacto provocó un gruñido en quien la asaltaba que la dejó perpleja. La sorpresa que debió mostrar en su rostro no pasó desapercibida para quien la asaltaba puesto que, por unos instantes, relajó sus caricias. Pero fue unas milésimas de segundo lo que se calmó ese contacto. Como si aquel hombre hubiese descubierto algo que ella guardaba con tesón, la aproximó tanto a él que no conseguía respirar.

Aturdida, creyó percibir una presión en su cadera. Quiso apartarse y averiguar de qué se trataba, pero... ¿quién es capaz de liberarse del fuerte abrazo de un oso? Expectante y sofocada, advirtió que aquella dureza, que emergía de la parte superior del hombre, comenzaba a balancearse en ella, como si quisiera frotarse o esparcir su aroma entre sus ropas. Tenía que gritar. Priscila debía correr y pedir auxilio, aunque no lo hizo. De manera inexplicable, abrió sus piernas lo suficiente como para que aquel extraño pudiera colocar una de las suyas entre el vestido. Entonces, unas insólitas sensaciones surgieron en el cuerpo de Priscila. El calor obtenido por la carrera dio paso a un intenso fuego. Un fuego que le quemaba su bajo vientre y le provocaron ciertas necesidades indescriptibles. Solo sintió algo de calma

cuando el hombre dirigió su rodilla hacia su sexo y lo apretó con fuerza. Priscila echó la cabeza hacia atrás, esperando encontrar algo de aire fresco que la recompusiera. No lo encontró. Aquella boca continuaba aferrada a la suya. No podía ver con claridad, no podía abrir los ojos y hacer frente a su agresor. No, no podía, ni quería. Necesitaba esto. Aunque fuera producto de su imaginación, le urgía tener esas sensaciones.

Dejándose llevar por esa pasión fantasmal, Priscila agarró con fuerza las solapas de la chaqueta del hombre y lo atrajo más a ella. Al notar ese gran cuerpo tan unido al suyo, arqueó la cadera con la esperanza de percibir con mayor intensidad la presión que este escondía en su pantalón. Le agradaba sentir eso en aquel lugar y, aunque nadie le había hablado de lo que provocaría un acto así, ella sospechaba que la desesperación que se había despertado en su cuerpo, solo podía sofocarlo él. Pero los actos temerosos e inocentes de Priscila hicieron que Leopold reaccionara al fin. Aquella cordura que había desaparecido tras estar a su lado regresaba, por fortuna. Apartó las manos de la cintura femenina y dio unos pasos hacia atrás.

—Lo siento... —dijo con ahogo—. Le pido mil disculpas...

Priscila no quería escuchar nada porque seguía empeñada en que lo sucedido era solo un sueño y como tal, no deseaba oír los ansiados perdones de un fantasma. Volvió a cerrar los ojos, para no contemplar la tristeza de aquella mirada y darle la oportunidad a ese personaje ficticio de evaporarse. Tal como esperaba, nadie había a su alrededor cuando abrió los ojos. Estaba sola y su apasionado desconocido se había marchado. Tras hacer que sus pulmones tomaran el aire que tanto habían anhelado, se atusó el pelo, se estiró el vestido y caminó hacia el lugar donde se encontraba el sombrero prometiéndose que no escucharía otro capítulo del libro de Anais.

—¡Tú! —le gritó al sombrero tras zarandearlo con fuerza—. ¡Tú has sido el culpable de esta locura! —Lo azotó como si fuera el pompis de un niño travieso y se lo encajó en la cabeza—. La próxima vez que te escapes, arderás en la hoguera —le amenazó.

Después de recomponerse y asegurarse de que no había nadie a su alrededor, Priscila regresó al jardín.

—¡Milady! —exclamó Anais al verla aparecer—. ¿Cómo ha podido terminar de esa guisa?

—No ha sido nada, Anais. Tan solo necesito un refrigerio —dijo Priscila intentando controlar su estado de nerviosismo y obviando responder a la pregunta de su dama de compañía—. Creo que este inaudito calor me ha

provocado cierto aturdimiento mental.

Anais miró ceñuda a lady Priscila intentando averiguar qué finalidad tenían sus palabras, pero no descubrió nada. Refunfuñando, caminó tras ella y solo consiguió alcanzarla cuando la joven estuvo a punto de desmayarse.

—No volverá a alejarse tanto —le dijo.

—¡Oh, sí que lo haré! —exclamó esbozando una gran sonrisa—. Y muchas veces...

Con la agilidad utilizada por un hábil ladrón para huir del peligro, Leopold corrió hasta el carruaje. Después de gritarle al cochero que regresara a la oficina, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Había cometido una locura, una demencia insólita. ¿Cómo fue capaz de asaltarla? ¿De someterla a sus besos y caricias? No podía dar crédito a lo sucedido. Él no era de esa clase de hombres. Él sentía un tremendo respeto por todas las mujeres y de ahí que se aferrara a su celibato. Sin embargo, aquella muchacha lo había conducido hasta una locura tan irreal que, por unos instantes, creyó que estaba soñando. Posó las piernas sobre el asiento de enfrente, se cruzó de brazos y meditó sobre lo acontecido. Terminó por concluir que la desesperación que padecía para obtener Longher lo había trastornado por completo. Además, su plan era avasallar a la condesa no a una joven inocente. Porque estaba seguro que bajo su cuerpo había permanecido una muchacha virtuosa.

Frunció el ceño e intentó rememorar las palabras que habían mantenido ambas mujeres. La que se quedó leyendo la llamó milady y eso le hizo deducir que era la viuda de su tío. Pero no fue así. Bajo sus manos, bajo su ardiente figura encontró una mujer inexperta, asustadiza e insegura. De ser la condesa su experiencia habría florecido con rapidez. Los besos hubieran sido más profundos, más pasionales y sus manos no se habrían agarrado torpemente a las solapas de su chaqueta. Una mujer con destreza en el arte amatorio habría posado sus brazos alrededor de su cuello, incitándole a que continuara. Y, por supuesto, se habría acercado a él con menos decoro. No, ella no podía ser la viuda que ansiaba asustar, tenía que ser una invitada, una amiga de la condesa que pasaría unos días en Longher.

De repente, la visión de ella bajo su cuerpo, dejándose llevar por los cautelosos movimientos de su cintura, le provocaron que, aquella excitación, continuara dura, erecta, anhelando el calor que ella podría ofrecerle en su interior. Ahogado por el deseo, Leopold se golpeó en la cabeza con el respaldo del asiento y gruñó con vehemencia. No podía volver a verla, no

olería de nuevo ese aroma a rosas que ella desprendía, no se acercaría a la mujer, aunque le costara la vida. Sin embargo, su corazón le gritaba todo lo contrario, que deseaba tenerla a su lado, que deseaba averiguar quién era y, por supuesto, ansiaba tocar de nuevo aquella aterciopelada piel. Sofocado, se hizo una promesa: evitarla. Sí, la evitaría como el gato evita un baño, como el fuego evita el agua, porque si no lo hacía, si ella reaparecía frente a él, todo su dominio se esfumaría y la haría suya dónde y delante de quién fuera.

VIII



—¿Vestidos?! —preguntó Anais fijando los ojos en lady Priscila—. ¿Quiere salir a comprar vestidos? —repitió con tanta intensidad, que le fue imposible no mostrar en cada palabra la sorpresa que había creado una sugerencia tan banal.

—Sí, creo que he de cambiar el vestuario. Los que tengo son demasiado abrigados para este tiempo y últimamente siento que me ahogo entre esas prendas —explicó sin darse cuenta de que otra vez se sonrojaba.

—¿Por eso anda usted tan extraña? —Priscila arqueó una de sus cejas y la miró dubitativa—. Desde que se aventuró a caminar sola hacia ese pequeño bosque, he advertido que se sonroja con demasiada habitualidad, por no hablar de los intensos suspiros que se le escapan sin darse cuenta.

Anais describió las cortinas, después se dirigió hacia la palangana y vertió el agua que una de las sirvientas había dejado en la habitación minutos antes. No podía creer lo que veían sus ojos. Aquella tímida mujer estaba cambiando a pasos agigantados y, aunque sabía que ella la había estimulado para hacerlo, esperaba que, como mínimo, tardase meses o quizás años en lograrlo, no horas.

—El clima de Londres es más caluroso que el que tenemos en Bournemouth... —apuntó mientras saltaba de la cama y se estiraba como si fuera un gato.

—¿Caluroso? —soltó Anais atónita—. Mucho me temo que ese intenso sol, del que hemos gozado un solo día desde que aparecimos, la ha hecho enfermar.

Anais se quedó callada, arrepentida de cómo le había hablado a quién servía, pero cuando la condesa esbozó una sonora carcajada, la tensión retenida en su cuerpo durante unos instantes se desvaneció y pudo continuar con la conversación.

—Lady Priscila, discúlpeme. Pero no encuentro nada coherente en sus

pensamientos. No sé si se ha dado cuenta de que esta... —se retuvo para no soltar un improperio—, esta ciudad se caracteriza, *principalmente* por ser fría, lluviosa y, por consiguiente, bastante húmeda. Así que permítame que no esté de acuerdo con sus reflexiones.

—Estás perdonada... —respondió sin suprimir la sonrisa del rostro—. Pero no entiendo cómo puedes alterarte tanto por salir unas horas de compras. Has de entender, y esto mismo lo has dicho tú en más de una ocasión, que necesito cambiar mi vestuario. Estoy cansada de llevar esas prendas tan toscas. —Señaló con un dedo el vestido que Anais había elegido para ella—. Tú misma admites que pesan una barbaridad y no le hacen justicia a mi figura.

«¡Maldita sea mi lengua descarada!», pensó la señorita Price. Dándose por perdida y muy conmovida por la situación tan inesperada que estaba viviendo, Anais caminó hacia el ventanal e intentó hacer algo que ya había hecho, apartar las cortinas. Cuando descubrió la torpeza, se enfureció aún más consigo misma.

—Está bien, milady —murmuró la dama apretando los dientes—. Le indicaré a la doncella que desea salir de compras y ella misma hablará con el cochero para que todo esté preparado tras el desayuno.

—Gracias por ser tan considerada.

Lady Appelton caminó hasta la palangana, se lavó con rapidez la cara y corrió hacia el tocador para que su dama empezara el ritual diario. Cuando antes terminara, antes saldría y, si Dios había escuchado sus miles de plegarias durante los tres últimos días, en cualquier momento, en cualquier lugar, su atrevido fantasma aparecería de nuevo para robarle más besos apasionados.

—Cuando vivías en Londres... —empezó a decir la condesa mientras era vestida—, ¿no te llevaba tu madre de compras? ¿Por eso estás tan inquieta?

Un sonido surgió de la garganta de Price. Fue como un gemido o una especie de quejido. Priscila la observó con recelo y se arrepintió rápidamente de ponerla en tal aprieto. Según le habían contado sus padres, la vida familiar de su fiel asistente había sido trágica. Le narraron pinceladas sobre las vivencias que sufrió en Londres, pero nunca le relataron toda la verdad. Hasta ese momento, Priscila no había querido tampoco averiguar nada sobre el pasado de ella, pero se disponían a pasear por la ciudad y si su dama de compañía se hallaba en algún aprieto, ella la ayudaría.

—Era muy niña por aquel entonces, milady. Apenas tengo vagos recuerdos de mi vida en Londres. —Las manos de Anais empezaron a temblar por el recuerdo de un pasado que no deseaba evocar.

Por supuesto que había ido de compras, su madre era una experta en gastar aquello que no tenían. De ahí que dejaran deudas en varios comercios londinenses. Pese a sentir cómo perdía las fuerzas, vistió a la condesa como si los recuerdos de su infancia no le provocaran dolor. No podía dejarse llevar por el pasado. Aquello fueron otros tiempos y ahora debía saber en qué lugar se hallaba y cómo actuar al respecto.

—¿Qué te parece si empezamos a visitar las tiendas de la calle Oxford? Según escuché de las esposas de los amigos del conde, es uno de los lugares más concurridos de Londres —propuso la joven dando un pequeño saltito por el entusiasmo.

Anais se giró con rapidez hacia la señora y la miró con el ceño fruncido. Había albergado la esperanza de espabilar a la asustada niña que ocultaba en el interior, pero no se imaginó que fuera tan rápido. Mientras la observaba atónita, se preguntaba otra vez qué le habría sucedido aquella tarde. El paseo por el pequeño bosque no podía provocarle un despertar como aquel. Tenía que haber sucedido algo más, algo que la acaloraba, que le hacía suspirar y que la transportaba a un mundo muy alejado del que se encontraban. Pero... ¿qué estímulo hallaría en un lugar como ese? ¿Quizá vio una ardilla saltar de árbol en árbol? ¿Un conejo correr en libertad? Fuera lo que fuese, la condesa había cambiado y eso, en cierto modo la atemorizaba. No quería que de repente quisiera gozar de todo aquello que se había perdido puesto que, por desgracia, nunca terminaría de manera satisfactoria. De repente sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y un inesperado sudor provocó un suave resplandor en su rostro. No, no podría soportar vivir de nuevo la desesperación que padeció en su niñez. La estabilidad que sentía bajo la protección de la condesa debía permanecer muchos años más.

—¿Anais? —inquirió Priscila asombrada por el pánico que su dama mostraba en el semblante—. ¿Qué sucede?

—Nada, señora. Mis disculpas. Si es tan amable de sentarse, cepillaré y moldearé ese cabello indomable —dijo fingiendo una sonrisa.

—Sabes que puedes hablar conmigo de todo lo que deseas. Sea lo que sea, bueno o malo, perverso o decente... —Priscila tomó asiento y miró el reflejo de su dama en el espejo. Estaba pálida y no había brillo en sus ojos, como si la luminosidad propia de la vida hubiese desaparecido. Para calmar

la inquietud despertada en ella, lady Appelton aferró la mano que no sostenía con afán el cepillo de plata y la apretó—. Sea lo que sea, Anais... —repitió con un susurro.

—Y usted sabe que permaneceré a su lado siempre que lo requiera, ¿verdad? —Priscila asintió y dejó que aquel cabello fuera cepillado.

No podía apartar la mirada de la ventana. Estaba tan eufórica que apenas conseguía respirar. Era la primera vez que salía de compras sin nadie que le indicara cómo actuar, qué debía hacer y, sobre todo, qué conversaciones evitar. Su felicidad era tal, que apenas había tomado bocado de lo que le habían servido en el desayuno. Priscila se llevó la mano al corazón, intentando aplacar los agitados latidos. De repente, la fuerza que había tenido horas antes empezó a desaparecer, convirtiéndola de nuevo en una mujer indecisa, apocada y cobarde. ¿De verdad sería capaz de afrontar una vida así? Aunque se lo había propuesto, después de la aparición de ese fantasma y de hacerla despertar de un profundo letargo, ya no estaba tan segura. Sin embargo, volvió a recordar cómo aquella alucinación le había tocado, cómo la había besado y, sobre todo, cómo la había hecho sentir. Viva, muy viva. Hasta esa misma tarde, nunca imaginó que su mente y su cuerpo necesitaran tales emociones, quizá, porque su vida solo se centró en sobrevivir en una cárcel y nunca albergó la esperanza de liberarse de tal reclusión. Primero fueron sus padres. Ellos estaban empeñados en convertirla en una mujer perfecta y no cesaron en su empeño hasta que descubrió al conde. Dio gracias a Dios por tropezar con aquel hombre y que este se interesara por su bienestar. Después de asegurarle que se encontraba bien, que no había sufrido daño alguno tras el impacto de ambos cuerpos, empezaron una conversación distendida. Aquel hombre le otorgó tal bienestar que le confesó la amargura en la que vivía. Le habló de la insistencia de sus padres por convertirla en una mujer muy diferente, de sus deseos, de la ansiedad que le provocaba no poder abandonar su hogar. Entonces el conde sonrió y un brillo apareció en sus envejecidos ojos. «Yo puedo cambiar eso, pequeña —le dijo mientras apoyaba una mano sobre las suyas—. Si quieres ser libre, cástate conmigo y lo serás». Sin embargo, tampoco halló lo que buscaba.

Tras el casamiento, entre ellos creció una amistad en la que ninguno de los dos ocultaba nada. Quizás ese fue el error, poseer una increíble confianza, puesto que desde que Anthony le desveló su secreto, se aferró a ella más de lo que ansiaba. Nunca la dejó asistir al teatro o a una fiesta sola. Siempre debía permanecer a su lado. Si alguien se le acercaba para entablar una

conversación, él aparecía con rapidez. Luego la interrogaba sobre los temas que habían hablado. Priscila le juraba una y otra vez que nadie insinuó nada que pudiera dañarle, que su secreto seguía protegido. Pero hasta que no murió el conde, no sin antes hacerle prometer que su confidencia se iría con él a la tumba, no se sintió libre. No obstante, cuando creyó que todo a su alrededor cambiaría, descubrió que Anthony le tenía una sorpresa. Tal vez imaginó que, alejándola de Bournemouth, evitaría que se difundiera el escándalo que tanto temió en vida. Pero ella no estaba dispuesta a crear nada doloroso a su alrededor. ¿En qué posición quedaría si el secreto de su marido saliese a la luz? Todo el mundo la miraría con lástima y, no le cabía duda de que sus padres la recluirían de nuevo en su hogar. No solo con la intención de guardar el prestigio de su hija, sino de salvar el propio.

—Estamos cerca, milady —la informó Anais.

Priscila la miró de reojo, observando en silencio la palidez de su rostro. Supo, desde el momento en que le anunció que saldrían de Longher, que no le agradaba la idea, pero ella necesitaba respirar, sentirse libre y vivir algo que nunca había tenido. Ya era el momento de hacer realidad sus sueños.

—¿Aún sigues sin recordar nada de esto? —preguntó lady Appelton volviéndose hacia ella.

—No. Imagino que durante mi ausencia Londres ha cambiado bastante —respondió con sarcasmo.

El silencio volvió a reinar entre las dos. Priscila dirigió sus pupilas hacia el exterior otra vez, reteniendo en su mente cada rincón del lugar por el que circulaban. ¿Cómo pudieron privarle de algo tan maravilloso? ¿Cómo fueron capaces de ser tan egoístas? Porque así se habían comportado tanto sus padres como Anthony. A pesar de que ellos lo llamaban amor, recelo e incluso protección, ella lo llamaba cautiverio. Sí, así se había sentido, cautiva de una dictadura parental y presa de un secreto que, si hubiese salido a la luz, la honorabilidad de su difunto marido se habría destrozado. «Por desgracia, pequeña, nuestra sociedad no está preparada para hombres como yo. Aunque somos muchos los que sufrimos este calvario, no podemos hacer nada. Solo espero que en el futuro todo el mundo pueda gritar a quién pertenece su corazón sin miedo a las represalias. Pero mucho me temo que no seré testigo de ese cambio tan maravilloso...». Esa era la explicación que le ofreció Anthony para que no se sintiese abandonada, para que entendiera la razón por la que no se acercaba a ella como debía hacer un esposo y, por supuesto, para que sus labios perduraran sellados. Y por respeto a él y a su amante,

continuaban cerrados.

—¿Cuántos desea comprar? —la pregunta de Anais le hizo volver de nuevo al lugar en el que se encontraba.

—¿Cuántas invitaciones tenemos? —respondió sonriente.

—Si me permite darle un consejo, milady, yo que usted no aparecería a todas las fiestas a la que es requerida. Una viuda, a quien nadie conoce todavía pero causa gran expectación, no puede aceptar todas las invitaciones. Debe ir seleccionando cuáles son las apropiadas. No sería acertado que la gente pensara que se toma ciertas libertades ahora que ha enviudado... —comentó Anais de manera prudente.

—¿A qué clase de libertades te refieres? —Extendió sus manos sobre el vestido y la miró con cautela.

—Sé que usted actuará con sensatez, pero he de advertirle que debe tener cuidado.

—¿De qué? —inquirió arqueando las cejas.

—Los caballeros... —Anais no sabía si debía explicar tales inmoralidades a su señora. Pese haber estado casada durante cuatro años, ella apenas tenía experiencia con hombres y, mucho se temía, que lo que pretendía indicarle le causaría pánico. Pero estaba segura que más de un caballero la asaltaría en las fiestas a las que ella apareciera. Posiblemente la verían como una mujer deseosa de seguir satisfaciéndose en sus noches de soledad. Y... ¿quién, en su sano juicio, podría resistirse a tener una amante tan bella, exquisita y tímida?

—¿Anais? —soltó la muchacha expectante.

—No todo el mundo es bueno, señora. He de advertirla que encontrará muy interesante la compañía de algunos lores, sin embargo, ha de tener cuidado. Muchos de ellos no pretenderán ponerle un anillo en el dedo sino llevarla a la cama —explicó sin titubeos.

—¿Crees que...? —Priscila se llevó una mano a la boca y soltó una carcajada—. ¿De verdad piensas que mi presencia en esas ceremonias indicará que ando buscando un amante?

—Sí —afirmó sin dudar.

—¡Pues están muy equivocados! —exclamó entre risas—. Solo quiero bailar, charlar y disfrutar de todo aquello que no he tenido hasta ahora.

—Sin embargo... —intentó decir Anais.

—¡No hay sin embargos o peros! —pronunció lady Appelton severa—. No busco un hombre que caliente mi lecho. Por suerte, he disfrutado cuatro

años de eso. Solo quiero alcanzar lo que no he tenido.

—Por supuesto... —respondió la dama con voz neutra.

Priscila se reclinó en el asiento. No debía hacerlo, su madre había insistido que una dama de su estatus social y educación mantenía la espalda rígida, pero ya no estaba su madre para soltarle el sermón. Con sus ojos clavados en la calle por la que paseaban repasó las palabras de Anais. No, ella no se convertiría en la amante de nadie. Ella solo trataba de encontrar a ese hombre que la había asaltado y que la había tocado con ternura. Deseaba saber quién era porque, por mucho que se decía que era un fantasma, un espectro jamás dejaría impregnado en su vestido un perfume tan masculino. Evocando de nuevo la escena de los dos en el bosque, sus mejillas volvieron a teñirse de rojo y un inesperado calor asaltó su cuerpo. Inquieta en el asiento, por cómo el palpito aparecía de nuevo entre sus piernas, tragó saliva e intentó calmarse.

—¿Otro sofoco? —soltó Anais ceñuda.

—Como te he dicho, estas ropas no son apropiadas para el clima de Londres —aclaró sin más.

Anais echó un rápido vistazo hacia el exterior y confirmó lo que ya sabía; el día había amanecido gris y bastante fresco. Luego, con suspicacia, fijó sus ojos verdes en la muchacha. Tenía las mejillas ardiendo y era incapaz de quedarse quieta. Esa intranquilidad pasó a su cuerpo, alterándose ella también. Algo ocultaba. No le cabía duda de ello, pero... ¿de qué se trataba?



—Por favor, mantente quieta durante unos minutos más —indicó Evelyn a Natalie cuando advirtió la desesperación de la modista por tomarle las medidas a la niña—. Si no lo haces, no podrás lucir un bonito vestido y ya sabes lo enfadado que se pone tu hermano cuando compramos prendas inapropiadas.

Natalie se puso tensa, estiró las manos y esperó a que la dependienta extendiera la cinta de medir por todo su cuerpo. Pese a no querer moverse, un tirabuzón cayó sobre su rostro y empezó a soplarlo para que se apartara.

—Natalie... —murmuró la marquesa. Al desistir la pequeña en su empeño, ella le premió con palabras rebosantes de ternura—. Vas a ser la niña más bonita de la fiesta, cariño. Estoy segura de que todas las miradas se

centrarán en tu vestido nuevo y muchas damas te envidarán.

—¿De qué color será este? —Esos bucles dorados que intentaban tocar las pestañas de la niña se movieron al ritmo de su cabeza al mirarla.

—Creo que esta vez será rosa con lazos azules, ¿te parece bien? — Evelyn cogió la copa con champán que la dueña de la tienda le ofreció y dio un diminuto sorbo.

—¿Y el tuyo? —continuó el interrogatorio la inquieta Bennett.

—Azul. Esta vez me he decantado por el tono azul cielo —respondió la marquesa dibujando una leve sonrisa al comprender que nada haría que la niña se mantuviese inmóvil.

—¿Por qué no en rojo? —insistió.

—Ya tengo muchos de ese color...

—Pero a Roger le encanta que te pongas vestidos de color rojo. Le he escuchado susurrarte que le excitas mucho cuando luces ese color...

—¿Cómo dices?! —soltó Evelyn abriendo los ojos como platos e intentando no escupir el trago de champán que mantenía en el interior de su copa—. ¿Cuándo has escuchado tú eso?

—Muchas veces —resopló Natalie—. Siempre que os escondéis, mi hermano te abraza y te dice que le excitas cuando te vistes de rojo. ¿Qué significa esa palabra, Evelyn? —preguntó la pequeña al tiempo que sus ojos se clavaban en los de ella.

Si la marquesa estaba asombrada, la empleada no podía borrar la sonrisa que se había dibujado en su rostro. Acalorada, la señora Bennett intentó buscar un significado lógico a esa palabra, pero... ¿cómo explicarle a una niña tal cosa?

—Significa que le gusta mucho cómo le favorece a su excelencia ese color. Sin duda alguna, milady, el marqués tiene buen gusto y es acertado con la elección de tonalidades que benefician a su esposa —se aventuró a decir la dependienta al presuponer que la marquesa estaba tan avergonzada que no sabía qué responder.

—Sí, eso mismo —afirmó Evelyn tomando de un solo trago lo que quedaba de bebida.

—¿Puedo yo excitarlo también?

—¡Por el amor de Dios, Natalie! —exclamó Evelyn horrorizada—. Sigamos con las medidas y dejemos ese tema.

La niña, al no entender el enfado de la mujer a quien amaba como a una madre, empezó a sollozar. La marquesa, apenada, se levantó de su asiento y

la consoló.

—Cariño, deja que el tiempo pase y descubrirás cómo provocas esa palabra en el hombre que te quiera. ¿Entendido? Te prometo que cuando estés preparada, te vestiré para... —dudó durante un segundo—, para excitar. —Natalie asintió y dejó de lloriquear.

De repente, las campanillas que había sobre la puerta comenzaron a tintinear, las tres dirigieron sus miradas hacia la entrada y descubrieron la presencia de dos mujeres. Ambas vestían de riguroso negro y sobre sus cabellos lucían dos sombreros del mismo color. Evelyn miró primero a la más alta que ocultaba hasta la piel de su cuello. Su vestido, de menos consideración que la otra mujer, indicaba que era una dama de compañía o una institutriz, a juzgar por la juventud de la otra mujer. Esta se quitó el sombrero, con una elegancia que desconcertó a la marquesa de Riderland. Continuó contemplándola pese a desear no hacerlo. Su figura era esbelta, con curvas marcadas, aunque no con exceso. Pero Evelyn abandonó la silueta de la mujer para dirigir sus pupilas hacia el cabello. Estuvo a punto de llevarse la mano a la boca cuando descubrió que era muy semejante al de Natalie o al de su marido. Tan rubio que podía considerarse blanco.

Mantuvo la mirada clavada en ella, buscando en su memoria algún recuerdo en el que apareciera esa mujer, pero no lo obtuvo. No la conocía ni la había visto en otra ocasión. Luego observó a la mujer más pequeña. No se trataba que fuera de un tamaño muy inferior a la media, sino que, comparándola con la otra, sí que lo era. También era más joven. Su aterciopelado rostro así lo indicaba. Evelyn calculó que no tendría más de veintidós años y, como había hecho con la anterior mujer, prosiguió su inspección. Su talle era delgado, no frágil pero sí flaco. La anchura de su vestido mostraba que había perdido algo de peso. La marquesa imaginó que se debía al dolor padecido tras la desaparición de un pariente, de ahí el luto. Ella también perdió el apetito cuando murió Colin. Suspiró al acordarse de él, aunque la tristeza del recuerdo no mermó su interés hacia la joven. Prosiguió admirando el pelo. Pese al estirado y cuidado moño bajo, varios mechones tocaban el hombro izquierdo de la joven. Ella, tímidamente la miró, como si supiese que la estaban estudiando, y se ruborizó. Evelyn se sintió malvada por provocar el rubor a la muchacha y apartó la mirada, no sin antes decirse a sí misma que muchas damas de Londres envidiarían el color amelado que la joven poseía.

—Buenos días —empezó a hablar Priscila—. Soy la condesa... —se

detuvo, como si le costara decir su nombre—. Soy lady Priscila Appelton.

—Mi señora necesita un par de vestidos nuevos —intercedió Anais—. Y nos han comentado que esta es la mejor modista de Londres. —Priscila le dirigió una cálida mirada a su dama, dándole las gracias por intervenir. Pero quería hacerlo sola. No deseaba que otra persona hablara por ella. Como era de esperar, Anais la entendió y echó un paso hacia atrás para dejarla hacer.

—Quiero cambiar todo mi guardarropa —aclaró la condesa—. Aunque mucho me temo que el color debe ser el mismo que luzco.

—Buenos días, milady —saludó la dependienta mientras se dirigía hacia ellas—. Si me disculpa un momento, la atenderé en cuanto termine con la señorita Bennett —aclaró—. Mientras tanto, si lo desea, puede ir ojeando los diferentes modelos que ofrecemos a nuestras clientas. —Al advertir que la joven estaba confusa, le ofreció un panfleto—. Estas páginas muestran los vestidos que confeccionamos. Son nuevos, milady. Nadie ha lucido en Londres unas prendas semejantes. Aunque, si no le agrada alguno de los que encuentre sepa usted que mañana tendré otra gaceta con patrones diferentes.

—Gracias, revisaré los que tiene —indicó Priscila aceptando aquella revista.

—Estupendo, regreso en cuanto termine de concretar el modelo del vestido. —Dio dos pasos hacia atrás y se giró para regresar junto a la joven que parecía desesperada.

Priscila miró a la pequeña y sonrió. Era muy joven, de unos ocho o diez años, pero la pose que mantenía le daba un halo de absoluta superioridad.

—Milady... —susurró Anais tras ella, como si le estuviese llamando la atención por su descarada mirada.

Priscila se centró en las hojas que tenía en sus manos. Uno a uno fue admirando los patrones y bocetos de los vestidos. Sin duda alguna eran bonitos, mucho más hermosos de los que ella había visto jamás. En ese momento, volvió a asaltarle la duda, esa indecisión que le impedía decantarse por uno en especial. Nunca había tenido la posibilidad de realizar una tarea tan sencilla como esa. Su madre se había encargado de hacer llamar a la modista y confeccionarle aquellos que ella creía apropiados para su silueta y ocasión. Los que ambas llevaban desde que el conde falleció fueron elaborados tras la muerte de un tío paterno y, aunque austeros, no se veía mal con ellos. Pero eso debía cambiar, se había propuesto hacerlo y cuanto antes, mejor. Era demasiado joven para vestir con prendas tan arcaicas. Le daba igual que el negro fuese el tono elegido, pero se negaba a cubrir toda su piel

con telas centenarias. Si hubiese tenido escote... Si el empuje de su pecho no hubiera estado oculto bajo la áspera tela, ella habría sentido la calidez de aquella mano con más exactitud. Inquieta, al evocar de nuevo la imagen de él apretándola bajo su cuerpo, acariciándola y besándola, pasó las hojas. Le temblaron las manos y el sonrojo regresó. Intentó calmarse, hacer desaparecer aquellas imágenes que aparecían en su mente sin control y la única forma que encontró fue prestando atención a la conversación que mantenía la dependienta y la clienta.

—Entonces, ¿tendrá pronto otros modelos? —preguntó Evelyn mientras regresaba su mirada hacia Natalie.

—Si el señor Spencer mantiene su palabra, mañana mismo —le explicó la modista con entusiasmo.

—¿Se los ha encargado a él? —preguntó la marquesa con interés.

—No, no, no... —dijo la empleada sonriendo—. El señor Spencer, aunque posee una gran inteligencia, sería incapaz de hacer patrones de vestidos —continuó riendo—. La semana pasada le hice llegar los modelos que la señora Parks ha diseñado para la próxima temporada. Él los encuaderna en su imprenta y, como ha podido apreciar usted misma, los transforma en la preciosa gaceta que ofrecemos a nuestras clientas —explicó—. Solo espero... —dijo después de suspirar.

—¿El qué? —insistió Evelyn.

—Que no cierre la imprenta si decide hacerse cargo del título que le reclama. Muchos comerciantes quedaríamos desolados si lo hiciese —indicó la mujer.

—Por supuesto —dijo Evelyn sin dejar de mirar por el rabillo del ojo a las nuevas clientas.

Por la expresión que mostraba el rostro de la joven, parecía dudar cuál de todos elegir. Supuso que no hallaría ninguna de aquellas prendas apropiadas para tejerlas en negro. Era normal, aquellos vestidos eran magníficos con la tonalidad seleccionada, sin embargo, bajo la sobriedad del luto, nada parecía hermoso. Se apiadó de ella al verla dudar. Qué injusta era la vida si una muchacha como ella debía pasar gran parte de su juventud ocultándose bajo ese color.

—¡Terminado! —exclamó eufórica la dependienta—. Ya puede moverse, señorita Bennett. Las medidas están apuntadas. —Cogió el papel y lo llevó hasta el mostrador. Observando el desconcierto de la nueva cliente, se aventuró a decir—: ¿No le agrada ninguno, milady?

—¡Oh, no, no! —respondió con rapidez Priscila—. Son todos preciosos, por eso no me decido cuál escoger.

—¿Puedo ayudarla? —Evelyn se levantó del asiento y caminó hacia ellas.

Priscila la miró asombrada. Frente a ella se encontraba una mujer hermosa. Su cabello era de un color tan rojo que parecía llevar fuego sobre la cabeza. Sus ojos, tan hermosos y brillantes, palidecerían al mismísimo sol. Pero no fue la única en percibir la belleza y solemnidad que la marquesa desprendía, Anais, quien contemplaba todo lo que acontecía en un discreto segundo plano, también la notó. La forma de caminar, cómo estiraba su cuerpo y mantenía recto el cuello eran signos evidentes de una educación y posición cercana a la corona. Alejándose más de Priscila, continuó conservando su discreción sin apartar la mirada de la mujer que se dirigía hacia ellas.

—No quiero molestarla señora... —comentó Priscila abochornada.

—Evelyn Bennett —aclaró. Extendió la mano derecha para estrechar una de las suyas.

Priscila miró su mano enguatada y se quitó con rapidez el guante.

—Priscila Appelton —indicó aceptándole el saludo.

—Bueno, señorita Appelton, ¿qué vestidos le han agradado?

Anais se mordió la lengua para no aclarar que Priscila no era señorita, sino señora y viuda, pero como no escuchó queja de su señora al respecto, se mantuvo callada. Sin duda alguna, debían hablar de ciertos temas cuando estuviesen solas. En primer lugar, que no debía estrechar la mano de una mujer aunque esta se la ofreciera y, en segundo lugar, no debía olvidarse que era una viuda, ¡y la de un conde!

—Son todos tan bonitos que me cuesta decantarme por uno —soltó Priscila mostrándole a la mujer los que había seleccionado.

—Si me permite una sugerencia, este. —Señaló un vestido con el corte a media manga, con escote de hombros caídos y una falda con un pliegue de seda cruzado en la cintura—. Es una preciosidad.

—¿No será muy atrevido? —inquirió Priscila ruborizada.

—Si se cubre con un chal, no —afirmó Evelyn tras descubrir que la joven se refería al amplio escote del vestido—. Sin embargo, si usted desea algo más convencional... —Pasó las páginas hasta llegar a un vestido que era más propio de una mujer octogenaria que para ella—. Este es el ideal.

—Creo que ese será magnífico —apuntó lady Appelton.

—¿Este? —señaló la marquesa al tosco vestido.

—No, el otro. —Y Priscila volvió a sonrojarse después de sonreír—. Pero he de elegir algunos más.

—¿Cuántos necesita?

—Como mínimo, tres más —anunció.

—Entonces le recomendaría que volviera la página y...

Evelyn se sintió como un hada madrina. La joven iba eligiendo vestidos sin cesar de preguntarle dónde y cuándo serían apropiados lucirlos. Ella le explicó al detalle todo aquello que demandaba. De repente, en un abrir y cerrar de ojos, crearon una simpatía inusual, una especie de insólita amistad. Parecían estar muy conectadas. Se hablaban con un tono más cálido que el utilizado para el respeto. Anais incluso apreció un sentimiento de cariño en lady Riderland. Pese a la imponente figura, ella era dócil y tierna con su señora, cosa que le agradó puesto que no deseaba que Priscila fuera aconsejada por una arpía.

—Entonces, lady Appelton —empezó a decir.

—Puede llamarme Priscila —le aclaró.

—Bien —dijo Evelyn, aceptando hablarle con su nombre de pila—. Y usted puede llamarme Evelyn. —Priscila asintió feliz—. ¿Lleva mucho tiempo residiendo en Londres?

—Algo más de dos semanas, creo... —miró a Anais para confirmar su afirmación.

Como era de esperar, Evelyn también dirigió su mirada hacia la mujer que permanecía en silencio junto a ellas.

—¡Oh, perdóneme! —dijo Priscila ruborizada—. Ella es mi dama de compañía, Anais Price.

—Milady. —Anais hizo una leve genuflexión como saludo.

—Anais Price... —murmuró para sí Evelyn.

—Cuando enviudé, decidimos venir a Londres —explicó Priscila al notar que su dama se inquietaba.

—¿Es usted...? —Asombrada ante tal descubrimiento, Evelyn fijó los ojos nuevamente en la joven.

—Sí —asintió Priscila—. Soy la viuda del conde Crowner —confesó al fin.

—Entonces, he oído hablar de usted —declaró Evelyn.

—¿De mí? —Las cejas color miel de Priscila se arquearon y sintió cómo el fuego quemaba sus mejillas.

—Por supuesto —afirmó la esposa de Roger moviendo ligeramente su cabeza—. Aunque Londres es una ciudad bastante grande, los rumores de la aparición de una condesa viuda se expanden sobre los londinenses como el humo de las chimeneas.

—No sabía que... —murmuró desconcertada.

Aquel descubrimiento alteró a Priscila. Pero de repente se acordó de las invitaciones que habían llegado a su hogar y de la conversación que mantuvo con Anais en el carruaje. Nadie imaginaría que su aparición en Longher tuviese otro motivo salvo el de buscar un amante. Un nudo en la garganta le produjo tal dolor que se llevó la mano hacia esa parte de su cuerpo. En milésimas de segundo desapareció la joven que había decidido aventurarse a una nueva vida. Quería regresar a su hogar, volver a Bournemouth lo antes posible.

—No se angustie... —dijo Evelyn mientras le daba unos pequeños golpecitos en la mano para calmar su inquietud—. Los cotilleos son muy típicos aquí. Le aseguro que las habladurías que crearon la familia de mi marido han estado pululando por la ciudad durante meses —comentó burlona. Eso hizo que Priscila se relajara y que la palidez de su semblante desapareciera—. Si lo desea, podemos hablar con mayor tranquilidad en mi hogar. Estaré encantada de invitarle a un té con pastas.

—No quiero molestarla... —murmuró Priscila.

—No será ninguna molestia, al contrario, me hará un gran honor si lo hace. —Evelyn rebuscó en su pequeño bolso. Cuando halló lo que buscaba, extendió la mano hacia la joven—. Aquí tiene una tarjeta de visita. No es lo apropiado en estos casos, pero en ella encontrará la dirección de mi hogar.

—Gracias... —continuó Priscila con tono débil.

—Esta tarde estoy libre, por si decide aceptar mi invitación. —La marquesa miró hacia su falda. Natalie se había agarrado a ella. Los ojos maternales adivinaron qué deseaba la niña—. Te lo has ganado —le dijo.

—¿Solo uno? Me he portado muy bien... —comentó compungida.

—Creo que tengo una promesa que cumplir —aclaró mientras acariciaba el cabello de la pequeña y sonreía a Priscila.

—¡Quiero dos de sabor a fresas! —exclamó Natalie feliz.

—¿No crees que será demasiado?

—¡No!

Después de una corta despedida en la que ambas mujeres volvieron a estrecharse la mano, Evelyn y Natalie abandonaron la tienda.

Priscila fue incapaz de moverse. Su cuerpo volvía a estar tenso, rígido tras averiguar que su presencia en Londres era motivo de tertulia. Miró con desesperación a Anais, pero el rostro sombrío que ella mostraba no le produjo ninguna tranquilidad, al contrario, la inquietó aún más.

—¿Ha decidido cuáles desea? —intervino la dependienta dibujando una gran sonrisa.

Priscila afirmó y señaló aquellos que había elegido.

—Su excelencia tiene un gusto exquisito —expuso la empleada. Al ver que su nueva clienta arqueaba las cejas en señal de pregunta, concretó—. La señora que acaba de marcharse es la marquesa de Riderland, una de las mujeres más deseadas y envidiadas de Londres.

—¿Envidiada? —soltó Priscila sin pensar.

—Sí —afirmó la dependienta enfatizando su respuesta con un sutil movimiento de cabeza.

—¿Por qué? —insistió la muchacha.

—No solo porque es una mujer bella, sino porque está casada con uno de los hombres más atractivos y deseados de Londres. —Al escucharla, Priscila sonrió—. Sin lugar a dudas, nadie creyó que el futuro marqués pudiera contraer matrimonio algún día.

—Ella es muy hermosa... —susurró lady Appelton como si eso fuera motivo suficiente.

—Pero le aseguro que hay muchas damas tan espléndidas como ella en esta ciudad.

—Si él la eligió, sus motivos tendría, ¿no le parece? —soltó Priscila suspicaz.

—Sí, por supuesto. Pero no puede hacerse una idea de la frustración que causó ni el revuelo que se formó entre las damas solteras cuando descubrieron que uno de los tres lores más deseados se casaba —explicó divertida.

—¿Tres? —Aunque no debía escuchar, aunque se había quejado y sentido dolida por saber que la gente rumoreaba sobre ella, la curiosidad era más fuerte que el sentido común.

—Eran y son tres, milady. Tan guapos como libertinos. Nadie imaginó que encontrarán una mujer apropiada puesto que para ellos todas lo eran. —Sin poder apartar la mirada de la empleada, Priscila escuchaba atenta—. El primero en casarse fue el duque de Rutland, aunque todo el mundo pensó que no lograría encontrar a una mujer después de lo que le sucedió.

—¿Qué le pasó? —la animó a seguir. Pese al gruñido proveniente de Anais, Priscila no mermó ni un ápice su deseo por eludir la conversación.

—Según cuentan, un marido le desafió a un duelo y este aceptó. Pero la puntería de ese esposo despechado fue certera y lo dejó muy mal herido. Por lo visto, medio cuerpo del apuesto duque se quedó inmovilizado.

—Pobrecito... —murmuró Priscila.

—Pero la suerte le sonrió y encontró a la duquesa, una joven tan llena de vida que ha provocado un milagro. Gracias a su amor, el duque se recuperó casi en su totalidad. El segundo caballero en contraer matrimonio fue el adorable lord Cooper. Nunca se ha visto un hombre tan honrado, tan recto, tan increíblemente correcto como él. Allí donde acudía, escuchaba los suspiros de las mujeres encandiladas por su elegancia y saber estar.

—¿También sufrió antes de casarse?

—No, por suerte él no tuvo percance alguno. Se casó con la hija de los Midlenton. Una joven extraña, si me lo permite decir. Y, según hablan las malas lenguas, ella lo condujo al altar porque estaba embarazada.

—¡Oh! —exclamó Priscila horrorizada.

—Y el tercero, como ha podido usted misma apreciar, se casó con la mujer que se ha marchado.

—Entonces... —intercedió Anais un tanto enfadada. No solo su cólera se debía al escuchar que Cooper se había casado, sino porque no deseaba ver a su señora tan interesada en ese tipo de chismorreos. Si continuaba indagando, si el afán de saber no cesaba, pronto adivinaría quién era ella y la desafortunada vida que padeció—. Ya no quedan más solteros, ¿verdad? —Fue tal el sarcasmo utilizado que provocó un rubor intenso en la dependienta.

—Solo el señor Spencer y, mucho me temo, que nadie accederá a ese desdichado hombre —aseveró la empleada mientras cogía la cinta para medir a Priscila.

—¿Por qué? —No entendió muy bien la razón de su interés, pero un palpito o tal vez una corazonada provocó que lady Appelton soltara por su boca la pregunta de manera involuntaria.

—Porque ya está casado, milady. Su esposa es el trabajo y lo mantiene ocupado todo el tiempo. Salvo que la mujer que desee llevarlo al altar aparezca en esa oficina, no hay otra posibilidad de cazarlo —declaró.

—Vaya... —susurró Priscila conmovida.

IX



Sentado y con la atención fija en las hojas que los dos sobres contenían, Roger se frotó rudamente el rostro y después continuó con el cabello. Eran malas noticias para afrontarlas a la vez, aunque ya lo había sospechado cuando las recibió. La primera en abrir fue la de William. En ella le explicaba que no podrían viajar antes de un mes porque el segundo embarazo de Beatrice no estaba siendo tan bueno como el primero. Según las indicaciones del médico que la atendía, debía permanecer en reposo y no sufrir alteraciones que le provocaran malestar. Por supuesto, la noticia de que la esposa de Federith no le era fiel y que este vería destrozada su inmaculada honorabilidad, eran motivos suficientes para perturbarla. Le pedía paciencia y que actuase como si no supiese nada. ¿Cómo pretendía tal cosa? ¿Cómo iba a ser capaz de mantenerse impassible ante una situación así? Federith era uno de sus dos mejores amigos y su yo honesto lucharía con afán por salir cuando ambos permanecieran juntos.

Era una locura. El duque no actuaba con sensatez debido a la preocupación que sentía por su esposa. Lo entendía. En el fondo de su ser podía aceptar la postura de William. Para él era más importante velar por la seguridad de su esposa y de su futuro hijo que luchar por disminuir las desgracias de Cooper. Siempre tan educado, tan hermético y duro como un paredón. No obstante, Roger estaba seguro que una vez desvelado el secreto de su esposa, este se derrumbaría y toda aquella conducta honorable, tan educada, se disiparía.

Obligado a aceptar la decisión de Rutland, abrió la segunda misiva. Esta pertenecía al lord Spencer. En apenas cinco líneas le explicaba que no había posibilidad de reunir la suma que le pedían y que, lógicamente, no respaldaría esa cantidad poniendo en peligro su imprenta. Sin embargo, en la última línea encontró un halo de esperanza. En ella le indicaba que esa misma tarde se presentaría en Lonely Field, si no le causaba molestia alguna, para hablar del

tema. Roger cogió la pluma y contestó con rapidez. Le manifestaba que podía visitarlo sobre las cinco de la tarde y que pediría a lord Cooper que acudiera también. Tras firmar la carta y estampar su sello, llamó a Anderson.

—¿Sí, excelencia?

—Necesito que un criado entregue esta carta al señor Spencer y que hagan saber a lord Cooper que requiero su presencia en mi hogar a las cinco de esta tarde —pronunció con tono firme.

—Ahora mismo, milord. —Cogió el sobre y dejó que el marqués continuara con sus pensamientos que, tal como había apreciado, eran bastante inquietantes.

Roger continuó sentado, ensimismado en sus ideas. Sabía que la participación de Spencer era vital para alcanzar su objetivo y por eso debía de insistir. Aunque el señor Lawford le informó de la cuantía aproximada que el joven recibiría una vez tomado el cargo, también fue claro al explicarle la segunda parte del testamento. Sí, aquel administrador con aspecto desaliñado averiguó lo que ocultaban las últimas voluntades del conde Crouner. No le preguntó cómo lo había conseguido, las artimañas del administrador eran incalculables, pero le agradó que fuera tan eficiente.

Según Lawford, Spencer obtendría una buena renta cuando fuera conde, pero eso no era nada comparado con la gran residencia unida al título que poseía en Londres. Un extraordinario e inalcanzable paraíso que, a pesar de no ser tan grande como Haddon Hall, tenía un valor semejante por situarse en el centro de la ciudad. ¿Quién no ambicionaría ser el dueño de hectáreas de libertad y de ostentación? Sin embargo, el difunto le había hecho ese regalo a su esposa. La viuda disfrutaría de lo que tantos ansiaban si lograba permanecer en ella dos años. Era demasiado tiempo para Roger. No podía esperar tanto. Necesitaba obtener su propósito de otra forma. Sí, podía hablar con William y persuadirlo para que participara en la inversión, pero mucho se temía que el duque no aceptaría. Desde que se casó, no deseaba comprometerse con nada que requiriera de su tiempo, puesto que pretendía emplearlo en el cuidado de su esposa e hijos.

La única opción que le quedaba era la de buscar un nuevo lord. El señor Spencer era un hombre trabajador y se apasionaba con todo lo que hacía. Eso indicaba al marqués que no había otro igual. No se vanagloriaba de sus logros, siempre se posicionaba en un segundo plano y lo que más apreciaba del caballero era la tozudez por sacar adelante su pequeña empresa sin la necesidad de apoyarse en el título que obtendría en un futuro inminente.

Con la mente hirviendo ante la afluencia de ideas, Roger se reclinó en su asiento y no tomó conciencia del presente hasta que oyó los pasos de su mujer. Había llegado. Podía escuchar cómo se agitaba la falda al caminar e incluso podía oler su perfume. Riderland miró hacia la puerta del despacho, esperando con entusiasmo su aparición. Intentó mantenerse callado, para lograr percibir las palabras que ella utilizaba para preguntarle a Anderson dónde se encontraba. Sonrió al notar cómo se le agitaba el corazón cuando estaba próxima. Pese a creer que algún día esa desazón por tenerla a su lado desaparecería, como les había sucedido a muchos lores casados, a él no le ocurría. Siempre quería tenerla cerca. Se había vuelto tan egoísta que apenas la dejaba tranquila. Allí donde la encontraba, la asaltaba con besos y abrazos. Estaba claro, no podía vivir sin su mujer. Nada tendría sentido si ella se alejaba de su lado.

De repente le invadió la tristeza y estuvo a punto de doblar su cuerpo por el cruel dolor que emergió desde sus entrañas. No podía perderla. No podía ni pensar que ella dejara de amarlo algún día. Él no sería capaz de mantenerse cuerdo y, desde luego, no conservaría la actitud con la que Federith se enfrentaba a la vida. Si su esposa lo engañara, si algún día no deseara su cuerpo, él moriría de tristeza. Su pesar fue corroborado los días en los que Evelyn estuvo postrada en la cama tras el disparo, creyó que todo se había acabado, que ella no lucharía por vivir. Se vio solo, desamparado, perdido sin la mujer que amaba. Pero cuando abrió los ojos, cuando la luz de su mirada alcanzó la suya, se prometió que jamás habría en el mundo una persona tan digna de venerar como su esposa. Arrastrado por el sentimiento de dolor, frunció el ceño y apretó los puños sin percatarse de que ella estaba en la puerta y lo observaba anonadada.

—¿Qué sucede? —preguntó con rapidez al notar la tensión que sostenía su marido. No solo convertía sus grandes manos en dos bolas de acero, sino que también exhibía un rostro lúgubre.

—Nada —dijo tras suspirar y calmarse. Con la agilidad que le caracterizaba pese a ser un titán, se levantó de su asiento y en dos zancadas ya estaba a su lado con los brazos abiertos—. ¿Qué tal tu día de compras? ¿Habéis gastado todas mis riquezas? —preguntó antes de darle un beso.

Que Evelyn diera un paso hacia atrás, le pusiera las palmas sobre el pecho para empujarle y que no aceptara un recibimiento cariñoso, provocó un gran desconcierto en el marqués. Este entrecerró sus ojos y miró a su esposa preguntándole qué ocurría.

—¡Roger! —exclamó Natalie detrás de ellos.

—¡Hola, princesa! —la saludó mientras se arrodillaba frente a la niña. La respuesta al esquivo comportamiento la halló en la niña con bucles agitados que saltaba hacia él—. ¿Te has comprado los vestidos? ¿Evelyn te ha dejado que elijas los más hermosos?

—Sí y no —respondió la niña.

—¿Y eso? —miró de reojo a su mujer que parecía enfadada, abochornada por algo.

—Sube a tu alcoba, Natalie —le ordenó Evelyn—. Debes quitarte ese vestido repleto de manchas de fresa.

—¿Te has comido un helado? —preguntó él mientras se levantaba y enredaba uno de los tirabuzones de la niña en uno de sus dedos.

—Dos —aclaró la pequeña—. Como me he portado bien en la modista, Evelyn me ha premiado con dos grandes bolas de...

—Natalie... —murmuró la marquesa con un tono que no admitía réplica.

La niña extendió los brazos hacia su hermano para que este la cogiera, pero Roger no estaba dispuesto a interponerse en una orden de su esposa. Si lo hacía, tendría consecuencias fatales esa noche. Además, cuando ella acogió a la pequeña bajo su cuidado, él le prometió que jamás intercedería en su educación y, hasta ahora, lo estaba cumpliendo. Aunque le costaba horrores no poder consentirla como en aquellos momentos.

—Te cogeré cuando te cambies ese sucio vestido —dijo Riderland con cariño—. No querrás ensuciarme a mí también, ¿verdad? —La niña negó con la cabeza y tras mirar a ambos, salió del despacho corriendo.

—¿Puedes decirme por qué estás tan enfadada? —Aquellos brazos fuertes apresaron la cintura de su esposa antes de que esta intentara apartarse de nuevo.

—Debemos tener cuidado —indicó Evelyn abochornada.

—¿Cuidado? —espetó Roger arqueando las doradas cejas.

—Natalie te ha escuchado decir que te excito cuando luzco un vestido de color rojo y en la tienda, delante de la empleada, ha dicho que ella también quiere excitarte —explicó sofocada.

—¿Eso es lo que te perturba? —preguntó antes de soltar una gran carcajada—. ¿Qué mi hermana vea cómo te adoro, cómo te deseo, cómo te amo?

—Roger... —gruñó al tiempo que colocaba los antebrazos entre ellos

para distanciarlo. No se podía mantener una conversación locuaz ni firme cuando su marido apretaba la rigidez en su cintura. Todo a su alrededor se disipaba, hasta las ganas de regañarle.

—Prefiero que ella aprenda en qué consiste un verdadero amor a que el día de mañana... —Una de sus manos vagó lentamente por la espalda de ella, colocándose justo en la delgada nuca. Despacio, inclinó la cabeza de Evelyn hacia atrás y, antes de poder terminar la frase, la besó.

Todo el enfado que sentía desapareció con el beso. La marquesa alargó las manos hacia el cuello de su marido y lo atrajo hacia ella. Nunca había imaginado que Roger la amaría tanto o que la adorara de esa forma. No obstante, en momentos como esos, le daba de nuevo las gracias a su hermano por haberlo puesto en su vida. Si él no se hubiese atrevido a jugar aquella partida de cartas con su marido, ella habría sido la mujer más desdichada del mundo.

—No es el momento... —susurró Evelyn haciendo un gran esfuerzo por apartarse del cálido cuerpo.

—Siempre es el momento —le replicó él.

—No, cariño. Te aseguro que este no lo es. Si estoy en lo correcto, esta tarde puede que alguien nos visite y te prometo que no me gustaría recibirla desnuda —dijo con sarcasmo.

—¿Quién ha dicho que voy a desnudarte? —preguntó burlón—. Podemos hacerlo sin quitarte la ropa —prosiguió con tono ahogado.

—Por favor... —le suplicó cuando advirtió que su falda empezaba a subir.

—No hay ruegos cuando se trata de hacerte mía —comentó antes de alzarla sobre su cintura y conducirla hacia la puerta. Con Evelyn apoyada en la entrada, evitarían que alguien interrumpiera unos instantes tan lujuriosos. O eso pensaba Roger hasta que alguien tocó—. Un momento —bufó.

Evelyn arregló su vestido antes de que accedieran a la habitación. Miró con enfado a su marido mientras él exhibía la sonrisa más falsa que podía mostrar.

—Su excelencia —dijo Anderson que, con prudencia, había aguardado fuera un poco más de lo que le habían indicado—. He recibido esta carta para usted.

—¿De quién se trata? —espetó el marqués acercándose al mayordomo.

—No es para usted, milord, sino para la marquesa. —La sonrisa de Anderson le cubrió la cara. Le encantaba provocar en su amo algo de

contrariedad. Tenía la esperanza de que tarde o temprano lograría algo que nadie había conseguido: modestia.

Riderland la miró con el ceño fruncido. Hasta ahora jamás había llegado una nota explícita para Evelyn. Todas iban dirigidas a los marqueses. Sin apartar la mirada de ella, observó cómo la cogía y la leía con atención. De pronto sus ojos brillaron.

—Gracias, puedes marcharte —le ordenó tajante a Anderson.

—Sí, milord. —Hizo una leve genuflexión y los dejó solos. Cerró la puerta y soltó una gran carcajada. Tal vez no todo estaba perdido con el marqués, quizás aquella mujer era la salvación por la que había rezado. Con paso firme, se dirigió hacia la cocina para confirmar si el almuerzo estaba preparado.

—¡Te lo dije! —exclamó Evelyn entusiasmada.

—¿El qué? —protestó. Su cuerpo permanecía rígido, demasiado. La tensión que sostenía su cuerpo no podía ser calmada por nada. Se regañó por sentir ese tipo de celos, de posesión hacia su mujer, pero desde que descubrió la aventura amorosa de la señora Cooper, era incapaz de pensar en otra cosa.

—Que esta tarde tendría visita. ¡Lee! —Extendió su mano y dejó que leyera la nota.

—A la atención de su excelencia la marquesa de Riderland —comenzó a leer en voz alta—. Si, como ha dicho cuando nos hemos conocido, no le desagrada mi visita, estaré encantada de aceptarla. Atentamente, lady Priscila Appelton, condesa Crowner. —Los ojos de Roger se abrieron de par en par. Estaba asombrado, atónito e incluso un poco atolondrado. Miró a su esposa y la carta varias veces—. ¿Cómo la has conocido? —soltó con una mezcla de estupefacción y sátira.

—En la tienda donde fui a comprar el vestido de Natalie —respondió Evelyn con cierto recelo—. ¿Por qué? ¿Acaso la conoces tú? —El tono que utilizó al hacer la pregunta denotó confusión.

—¡No! —exclamó Roger con rapidez—. No la conozco, cariño. Solo que...

—¿Solo que...? —repitió ella expectante.

—Solo que he oído hablar mucho de ella —dijo al fin.

—Pues es una joven muy cariñosa e incluso... —se calló para buscar las palabras exactas—. Yo diría que es muy tímida. Se ruboriza con facilidad, como si fuera una niña inocente.

—¿Inocente? —soltó él con sarcasmo.

—De verdad, Roger, es una muchacha muy tierna. Como si fuera una figura de cristal y, por supuesto, no me ha dado la impresión de que bajo esa apariencia inocente se esconda la mujer despiadada del que todo el mundo habla —aclaró con firmeza.

—¿Cómo denominarías tú a una muchacha que, antes de presentarse en sociedad, aceptó la petición de matrimonio con un hombre cuatro décadas mayor que ella?

—¿Desgraciada? —respondió a la ironía con otra. Las pardas cejas de la marquesa se alzaron tanto que Roger juró que se habían unido para formar una sola línea.

—Tienes razón —dijo dándose por vencido al ver que Evelyn se había proclamado protectora de la viuda—. Esa joven no merece que la castigemos antes de conocerla. —Caminó hacia ella intentando recobrar la pasión que habían mantenido con anterioridad.

—Lady Priscila y la señorita Price podrán visitarme cuando quieran y cuantas veces deseen —ronroneó Evelyn al notar la presión de unas duras manos en sus nalgas.

—¿Price? —Roger estaba a punto de morder el cuello de su esposa cuando escuchó el apellido—. ¿Has dicho Price? —repitió al tiempo que la miraba atónito.

—Sí —declaró ella sorprendida—. La dama de compañía de la condesa se llama Anais Price.

—*Mon dieu!* —exclamó Roger en francés, idioma que no utilizaba desde que ella le advirtió que no le hablara como a sus amantes—. *Ce n'est pas possible!*

—¿Qué sucede? ¿Por qué dices que no es posible?

Evelyn estuvo a punto de alejarlo de su lado para pedirle una explicación sobre por qué había roto una promesa y la causa por la que el nombre de la señorita Price provocaba en él un sofocado entusiasmo, cuando la cogió de la cintura, la levantó del suelo y le dijo:

—¡Eres un ángel, cariño! El ángel de fuego que más quiero y querré en esta vida.

—¡Suéltame! Roger... Por favor...

—Oh, sí. Te prometo que te soltaré, pero sobre nuestra cama. Voy a recompensarte por todo lo que acabas de hacer —soltó mientras la posaba sobre su hombro y corría hacia la puerta.

—Pero... ¿qué es lo que he hecho? —gritó al tiempo que extendía sus

manos sobre la musculosa espalda y soltaba una carcajada.

X



Federith levantó la mirada del plato y la fijó en Caroline. Como solía hacer desde que se casaron, un día al mes ella adoptaba el comportamiento de una verdadera esposa. Se mostraba cariñosa, atenta y se transformaba en esa mujer que él hubiese deseado tener algo más de un mísero día de cada treinta. Pero debía conformarse con lo que poseía, no podía ansiar algo más puesto que ella le reprocharía su egoísmo, su falta de tolerancia y, después de haberla agredido, no podía recriminarle su actitud esquivada.

La observó almorzar. Los gráciles movimientos de su mano con el tenedor eran tan elegantes como enigmáticos. Apenas tomaba bocado y resultaba imposible captar el ruido que provocaba su boca al masticar. Educada y preparada para convertirse en una baronesa que no ansiaba ser. Había despreciado su futuro, ridiculizado el título de Sheiton como si poseerlo conllevara denotaciones repulsivas. Era cierto que sus padres habían luchado por destacar en la sociedad, en hacerse valer, pero eso no significaba que intentaran ocultar una lacra bajo un escudo de respetabilidad. Ellos eran admirables y bondadosos y comprendió su lucha cuando nació Eric. Él también deseaba que su hijo se convirtiera en un hombre próspero, honesto y sobre todo consecuente con su cargo. Sin embargo, ella no pensaba lo mismo. Caroline no era feliz con él ni con el destino que tenían. No hacía falta que nadie le abriese los ojos, él mismo era consciente de ello. Sin embargo, después del nacimiento de Eric y lo agraciado que sería el futuro del hijo de ambos, conservaba la esperanza de que ella cambiara su actitud.

—¿Qué deseaba el lacayo del marqués?

La pregunta pilló tan desprevenido a Federith que el trozo de bistec que había cortado no se lo llevó a la boca.

—Riderland quiere verme esta tarde en su casa —contestó sin demasiado entusiasmo.

—¿Has aceptado la invitación? —consultó tras posar la servilleta sobre

la falda del vestido.

Sus ojos grises se clavaron en él provocándole la sensación habitual, frialdad.

—Sí —respondió tosco. Las cejas rubias de Federith se arquearon, cuestionándose el repentino interés sobre algo que no le incumbía.

—Bien... —dijo con un suspiro—. Entonces, me dispondré a retirarme pronto para arreglarme. Esta tarde quiero acompañarte.

—¿Acompañarme? —inquirió con sorpresa—. ¿Deseas ir a Lonely? —Caroline asintió—. ¿Qué motivo tendrías para realizar un acto tan inverosímil? —insistió ante la extrañeza que le provocó escuchar la inesperada decisión.

—Creo que ya es tiempo de que entre la marquesa y yo aflore una relación afectuosa. En verdad, apenas nos conocemos y no me gustaría que todo el mundo empezara a hacer falsas conjeturas sobre la razón por la que las esposas de unos buenos amigos no mantienen una amistad semejante —indicó tras dibujar una pequeña sonrisa—. Además, será beneficioso para una futura baronesa, pasear al lado de la mujer más envidiada de Londres.

—¿Envidiada? —Federith depositó los cubiertos sobre la mesa y la contempló con detenimiento. La conversación entre ellos estaba resultando bastante reveladora puesto que nunca imaginó que la conveniencia social fuera otro de sus grandes defectos. Se reclinó en el asiento y la escuchó perplejo.

—Sí, envidia. ¿Acaso tú no has escuchado lo que hablan de ella? —Cooper lo negó con un suave movimiento de cabeza. Caroline se mantuvo erguida y se preparó para la explicación—. Hasta que el marqués se casó, todas las damas solteras codiciaban alcanzarlo. Es comprensible puesto que se trata de un hombre rico, educado, pasional y...

—Peligroso —añadió Federith con mofa.

—Por supuesto, pero eso le hace más interesante si cabe. Ninguna mujer desea tener un esposo sensato o insulso a su lado. Quiere vivir en un continuo sobresalto, en un constante estado de frenesí.

Ante la afirmación, él sonrió con desgana. Como era de esperar, esa definición no le describía. Él siempre había mostrado caballerosidad, educación, sensatez y nada a su alrededor provocaba inquietud alguna. Hasta mantenía una actitud rutinaria que inició en la infancia. Prosiguió callado, expectante a las palabras de su mujer.

—Pero cuando se difundió la noticia de que el marqués se había casado

repentinamente, muchas de las que desearon atraparlo se sintieron afligidas. Los propósitos de alcanzarlo como esposo desaparecieron y las que no perdieron la esperanza de yacer en sus brazos, lo ansiaban como amante. Sin embargo, su excelencia no ha dado señales de que busque un *affaire*. Jamás abandona a su esposa y la trata como si no existiera otra persona salvo ella.

—Aunque te parezca extraño, Caroline —dijo con frivolidad—, cuando un hombre se enamora y se compromete a permanecer al lado de una mujer el resto de su vida, ha de cumplir los votos de cuidarla y amarla hasta la muerte. Para la marquesa ha sido una suerte que su marido decida mantener su promesa.

—¡Oh, claro que sí! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. Esa es la razón por la que la envidian aún más. Ninguna imaginó que el marqués fuera tan leal a su esposa. Allá donde su excelencia acude, se escuchan los suspiros y los rumores de las damas que no lograron alcanzar su hermético corazón. Creo que en el fondo se preguntan cómo lo consiguió —dijo perspicaz.

Hizo una pausa otorgándole algo de tiempo a Federith para que desvelara el mayor secreto de Londres. Si ella lo descubría, si ella conseguía saber la verdad, muchas damas la invitarían a sus residencias y quizás, aunque fuese de este modo, alcanzaría llegar al hogar de Eric. Tenía la esperanza de que si se ganaba la confianza de la esposa del hombre que amaba, podrían verse durante esos tiempos en los que la señora Graves regresaba de sus viajes y él la apartaba de su lado alegando que no debían levantar sospechas. Caroline sonrió involuntariamente al pensar que ya no tendrían excusas para mantenerse distanciados, que por fin podían estar juntos.

—Mucho me temo —empezó a decir él mientras se inclinaba hacia la mesa para coger la copa de vino que había sobre ella y la observaba sonreír—, que eso debes preguntárselo tú misma. Seguro que estará ansiosa de revelar cómo consiguió un hombre como Riderland.

—¡Eso no sería cortés! —exclamó indignada.

—En efecto, no sería correcto proceder como una vulgar chismosa, pero sin duda alguna aplacaría ese desasosiego que posees, ¿me equivoco? —Tomó un sorbo de la bebida y sonrió tras ello.

—No quiero intimidarla el primer día que decido visitarla para tomar el té, es inapropiado, pero estoy segura que, con el paso del tiempo, lo averiguaré —le desafió sin mostrar ni un ápice de dolor ante la insinuación de que era una entrometida.

—Entonces... —habló él.

—Entonces debes esperarme junto a la puerta cuando estés preparado para salir —sentenció.

—Por supuesto. Será un honor conducirte hasta la casa de los marqueses agarrada de mi brazo. —Se levantó del asiento y se acercó a Caroline—. Te esperaré en el *hall* a las cuatro y media y, como advierto que hoy no te desagrada mi presencia, no reprimiré las ganas de dar un largo paseo contigo.

—¿Pasear? ¿Los dos? ¿Hasta Lonely? —titubeó con una mezcla de asombro y espanto.

—Sí, querida. No acostumbro a llevar mujeres en brazos puesto que, como bien sabes, la sensatez de la que me siento orgulloso poseer me advierte que tal esfuerzo no sería bueno para mi espalda. Y ahora, si me disculpas, voy a subir al dormitorio de nuestro hijo. Ese de quien no preguntas desde hace días... —Y se marchó después de hacer un leve movimiento de cabeza.

Federith frunció el ceño al no salirse con la suya. Creyó que obligándola a caminar junto a él declinaría su oferta, pero no lo hizo. Se mantuvo callada, erguida y con la mirada clavada donde él había permanecido. Sin dejar de preguntarse cuál era la verdadera razón por la que decidía visitar a Evelyn, subió las escaleras y se dirigió hacia el dormitorio de Eric. Frente a la puerta, respiró hondamente e hizo que todos los pensamientos que lo perturbaban desaparecieran. No quería sostenerlo en brazos mientras que su mente vagaba muy lejos de allí. Abrió con suavidad por si descansaba, pero el pequeño no lo hacía. La habitación estaba en penumbra. La niñera siempre tenía una de las cortinas extendidas para que la luz no lo deslumbrara. Junto a los pies de la cama en la que algún día descansaría Eric, se hallaba la cuna cubierta con una suave seda que impedía el paso de los insectos. Pero el bebé no estaba en el interior, sino en los brazos de la nodriza. Federith se quedó parado en la entrada, observando la tierna imagen. La señora Meild acariciaba la cabeza del niño al tiempo que le ofrecía su pecho para alimentarse. El bebé, sin dejar de succionar, levantaba uno de sus pies para agarrarlo con la mano. No era una escena erótica, ni Cooper pensaría de esa manera, sino más bien un bello y apacible momento en el que una mujer vela por un hijo que, pese a no ser suyo, amaba.

Había tenido mucha suerte al encontrarla. Dios le había compensado tanta tristeza con una gran alegría porque, cuando Caroline le comunicó que

ella no lo alimentaría, Federith se desesperó. Por suerte, Dorothy, su cocinera, conocía a una comadrona y, tras averiguar la decisión de la señora Cooper, no dudó en indicarle a su señor la dirección de la mujer con quien debía hablar para solucionar el problema. Ni meditó sobre ello. Horas después de charlar con su sirvienta apareció en la casa de la partera pidiéndole ayuda. Ella le habló sobre una mujer que dos noches antes había tenido un bebé pero que, por desgracia, había fallecido horas después de su nacimiento. Federith vaciló durante unos instantes sobre dicha opción, no quería que Eric se alimentara de una mujer carente de salud. Sin embargo, la matrona lo tranquilizó al explicarle que el bebé había nacido con una malformación y que Dios se había apiadado de él. Cuando supo la verdad, regresó al carruaje y se dirigió hacia el hogar de la señora Meild para ofrecerle el empleo. Tras ser recibido, Cooper insistió que la necesitaba para alimentar a su hijo y ella, después de pensárselo durante unos instantes, aceptó vivir en la misma casa por un sueldo de cinco libras al mes.

—Por favor no se levante —comentó Federith al intuir que iba a hacerlo tras advertir su presencia—. Déjele que coma tranquilo.

—Buenas tardes, señor —susurró la niñera.

—Buenas tardes —respondió acercándose a ellos. No quería molestarlo en un momento tan vital para el niño, pero cuando Eric lo escuchó, dirigió su mirada hacia él y dejó de mamar para sonreírle.

Cooper no pudo contenerse y alargó las manos para cogerlo. La satisfacción que le provocaba tener a su hijo en brazos era inimaginable. Al igual que notaba cómo su orgullo paterno aumentaba al ver el brillo de entusiasmo en los ojos del bebé. Por lo menos había hallado algo bueno en un matrimonio destructivo, algo por lo que luchar y levantarse cada día.

—Hola, hijo mío —murmuró mientras besaba la frente del pequeño—. ¿Has comido lo suficiente? ¿No he entorpecido tu momento?

—Si continúa comiendo de este modo, señor, pronto se convertirá en un muchacho tan fuerte y apuesto como usted —habló la nodriza levantándose al fin de la butaca—. He de informarle que me enorgullece alimentar a una criatura con tanto apetito.

—Si crece fuerte y sano será por el alimento que usted le proporciona —dijo Federith sin dejar de mirar al bebé—. Doy gracias a Dios todos los días por ponerla en nuestro camino, señora Meild.

—Cualquier mujer se sentiría venturosa de alimentar a su hijo —dijo involuntariamente. Al observar cómo el señor arrugaba la frente, quiso

enmendar sus palabras—. Seguro que habría tenido una docena de nodrizas esperando en la puerta para ser la elegida.

—No es solo el sustento que le da sino también el cariño que le brinda. Algunas veces creo que piensa que usted es su verdadera madre —señaló con pesar.

—Milady tiene que ocuparse de otros asuntos. Además, ¿qué futuro tendrían las nodrizas si las señoras decidieran amamantar a sus hijos? —La mujer volvió a sonreír al tiempo que alargaba sus manos para coger al niño—. Si no le importa, este pequeño debe descansar. Como bien sabe, esta noche no ha dormido suficiente y está un poco penoso. Creo que el dolor causado por la aparición de sus primeros dientes es la razón de su insomnio.

—¿Vuelvo a llamar al doctor? —preguntó preocupado. Federith accedió a entregar su hijo a la niñera. Ella conocía mejor que él las necesidades del pequeño y no deseaba entorpecer la crianza de este.

—No se moleste. Le volverá a sugerir que le dé un remedio casero de los que hacen que los críos arruguen la frente. Lo mejor para estos casos es que muerda algo fresco, eso calmará el dolor. —Arrulló el niño en su pecho y lo dirigió hacia la cuna.

—En ese caso, le diré a una doncella que moje paños en agua fresca y se los suba. —Observó cómo ella aceptaba su decisión con un movimiento de cabeza—. Es usted muy amable, señora Meild, y le estoy muy agradecido por cómo trata a mi hijo.

—No tiene por qué agradecerme nada —le respondió mientras posaba el niño sobre la sábana—. Es un gran honor trabajar para un hombre como usted —aclaró.

Federith se dio la vuelta y salió despacio de la habitación. Sonrió al recordar las palabras de la mujer. «Si continúa comiendo de este modo, pronto se convertirá en un muchacho tan fuerte y apuesto como usted». Él no se definía como fuerte, sino más bien delgado, pero iba a tener un niño que doblaría sus dimensiones. Orgulloso de esa proeza se dirigió hacia su dormitorio.



Anais se había retirado a su alcoba para descansar, pero no pudo hacerlo. Cada vez que se recostaba sobre la cama, el corazón palpitaba con

tanta fuerza que terminaba por levantarse y deambular por el dormitorio. Se miró en el espejo y se apartó de inmediato. El horror que reflejó, el miedo que descubrió al observar su semblante, la perturbó aún más. Sabía que regresar a Londres le provocaría angustia, dolor y desesperación, pero siempre mantuvo la esperanza de que volvieran a Bournemouth antes de un mes. Sin embargo, no lo harían. Priscila estaba pletórica, entusiasmada y, sobre todo, cambiada. Parecía una mujer diferente y debía alegrarse por ello. Desde que la conocía, nunca la había visto tan feliz, tan ilusionada por vivir aquello que no había tenido. De manera sarcástica se dio a sí misma las gracias por el cambio que habían producido sus conversaciones con la señora. Había sido una magnífica consejera puesto que logró despertar a la muchacha en menos de tres semanas. No obstante, y pese a que se estaba definiendo como la mejor asesora del mundo, repasó los momentos en los que habían dialogado.

Priscila se mantuvo retraída hasta el día que paseó por el jardín. No le cabía duda de que algo había sucedido para que ella actuase de aquel modo. Rememoró esa tarde no hallando nada interesante salvo la expectación que la muchacha mostró en la historia de James. Anais resopló y vagó su mirada hasta el tocador. Frunció el ceño y gritó:

—¡Tú! ¡Tú has sido el culpable de esto!

Caminó enfadada hasta el libro, lo cogió y deseó lanzarlo, pero se contuvo porque no deseaba destrozar una historia tan tierna. Con el tomo en sus manos, se dirigió hacia la cama. Se sentó a los pies de esta y buscó la última página, justo antes de que la autora diera por concluida aquella narración de amor.

«Y mirándola, cómo solo puede hacer un hombre enamorado, James le declaró su amor.

—Te quiero, Brenda.

—Yo también te quiero —respondió la mujer acurrucando su rostro en el torso masculino.

James levantó aquel semblante que adoraba con un solo dedo, acercó sus labios a los de Brenda y la besó, haciendo desaparecer tantos años de agonía, tanto tiempo de desesperación, tanto tiempo de angustiosa búsqueda...», leyó Priscila.

No, la historia de aquellos personajes no tenía la culpa de que su señora se despertara, pero sí que la incitó a hacerle miles de cuestiones. Entre las cuales se encontraba cómo sabía una mujer, al ser besada, que era el hombre

adecuado. Eso dejó petrificada a Anais. No supo muy bien qué responderle. Ella había besado a dos hombres y no tenía experiencia suficiente para desvelarle lo que ansiaba.

—Imagino que es el corazón el que te indica si es el adecuado —dijo para salir del aprieto.

—¿Cómo te lo indica? —insistió la muchacha—. ¿Acaso sale de nuestro cuerpo, se planta frente a nosotras y nos habla? —soltó entre carcajadas.

—Tal vez si notas cómo se agita, cómo eres incapaz de frenar esos latidos... —empezó a decir.

—¿Y se siente calor? ¿Fragilidad? ¿Te tiemblan tanto las piernas que no puedes mantenerte de pie? —continuó Priscila que, de repente, su rostro se volvió de color rojo.

—Puede ser... —comentó sin apartar la mirada de la joven.

Pero no solo hubo entre las dos ese episodio de confidencialidad sobre el comportamiento entre dos amantes. Priscila fue cuestionando cada capítulo que leía e incluso le hacía volver a leer aquellos en los que sus páginas estaban llenas de pasión. Anais no salía de su asombro. No era habitual que una mujer viuda realizara aquel tipo de demandas. Las casadas debían tener experiencia en el arte amatorio, sin embargo, lady Appelton mostraba tanto interés como una muchacha inexperta. ¿Tan apático había sido el matrimonio con el conde? ¿Tan poca maestría tendría el caballero para que su viuda se interesara en un acto habitual entre casados?

Era cierto que ella nunca había prestado atención a las noches que el conde visitaba a su esposa, pero aunque fueron escasas estaba segura que no habían pasado la velada hablando. Angustiada, cerró el libro y se centró en lo que sucedería horas después. Priscila había aceptado la invitación de la marquesa y, aunque sabía que era la mejor manera que tenía su señora para acceder a la alta sociedad londinense, Anais seguía inquieta. Su alma se dividía en dos y esas dos partes la quemaban: por un lado, deseaba que la joven continuara su vida y disfrutara de aquello que no tuvo, pero por otro lado estaba ella. Si alguien descubría quién era, todo lo que había intentado olvidar, retornaría. ¿Qué dirían de una joven que vio interrumpido un futuro prodigioso por la insensatez de un padre? ¿Quién no le preguntaría por la repentina muerte de su madre, de su abuela?

Anais agarró con fuerza el vestido haciendo que sus manos palidieran.

No había culpable al que acusar, el criminal había fallecido, pero nadie sentenciaría a un muerto sino a la única persona viva, ella. Con la respiración entrecortada y un nudo en la garganta tan duro que no le dejaba ni tragar saliva, dejó que las lágrimas mojaran su rostro y que el secreto que había mantenido durante tanto tiempo la destrozara de nuevo.



—Milord, es la hora —le indicó Karl desde la puerta.

Si la actitud normal del señor Spencer era agria, esta se había intensificado desde días atrás. El empleado no entendía el motivo que tenía para ser tan tosco. Todo a su alrededor marchaba como ansiaba. Los pedidos aumentaban, la fama de la imprenta era considerable y, sobre todo, la labor de un caballero como él era elogiada. Sin embargo, el semblante del propietario de la empresa era tenebroso, demasiado. Karl lo achacó al cansancio. No debía ser bueno para la salud del lord permanecer encerrado en aquella oficina durante tanto tiempo. Pero nada ni nadie le hacían salir de allí. Parecía que lo habían clavado a la silla.

—Gracias —respondió sin apartar la mirada de los albaranes que tenía en sus manos.

Cuando el empleado cerró la puerta, Leopold se levantó de su asiento. Había llegado el momento de explicar al marqués la razón por la que no se convertiría en un inversor. Se reiría. Por supuesto que se carcajearía de él si le desvelaba la verdad. Él lo haría si estuviera en su lugar. Ningún hombre debía explicar que la razón por la que no ve un sueño hecho realidad era una mujer, pero así era. Desde que visitó Longher y la descubrió, había estado indagando sobre la muchacha. Nada de lo que supuso era cierto. No se trataba de una invitada de la condesa viuda, sino que ella era la condesa viuda. Se horrorizó al conocer la verdad puesto que saberlo le produjo la mayor vergüenza de la historia. Su sobrino, sí, su propio sobrino la había asaltado para besarla, acariciarla y había jurado tenerla en sus brazos de nuevo. Quiso obviar aquel juramento, deseó borrarlo de la memoria, pero, cada vez que lo intentaba, ella aparecía de nuevo.

No solo su mente evocaba la tierna imagen de la mujer sino que le proporcionaba de nuevo el sinfín de sentimientos que tuvo por ella, hasta podía oler de nuevo su perfume, esa mezcla de flores que lo había

embelesado tanto que le había vuelto en un hombre inconsciente. Era una mujer especial, una mujer que, bajo aquella mirada infantil, se escondía una hechicera. No tenía otra explicación a la intensidad de aquel beso, a la pasión que la muchacha le provocó. Solo una mujer especializada en el arte de la seducción podía conducirlo a tal locura.

Leopold gruñó al tiempo que daba un fuerte puñetazo en la mesa. No podía dejarse llevar por esa tontería. Lo que había sentido aquella tarde se trataba solo de eso, de un hechizo, de un encantamiento que despertó el deseo en él. Ya no volvería a verla, ¡por supuesto que no! Se propuso mantenerse distante y evitar cualquier nuevo encuentro entre ellos. No solo por salvar su honradez, ¿qué pensarían sus clientes si descubrían que había asaltado a su propia tía como si fuera un violador? Pero... ¿y ella? ¿Qué pensaría ella si averiguaba que el hombre que la besó, que la acarició, era su propio sobrino?

—¡Maldita sea! —clamó mientras adhería el cuerpo tenso a la chaqueta de su traje—. ¿Por qué narices no te has marchado? ¿Por qué no has huido tras ser asaltada? ¿Por qué me hiciste creer que era la primera vez que te besaban, que te acariciaban? —Enfadado, más de lo que usualmente solía estar, Leopold salió de su despacho no sin antes provocar un estruendoso ruido al cerrar la puerta.

XI



—¡Vivir para ver! —exclamó Roger asombrado. Apartó aún más la cortina de la ventana y confirmó que no era una alucinación—. ¡Esto es un milagro!

Evelyn se levantó del asiento donde tejía mientras esperaba la visita y corrió hacia su marido. El reloj había sonado cinco veces así que no podía ser otra persona que la condesa viuda, pero cuando se colocó junto a él, también se contagió de su sorpresa.

—¿Estará enferma? —preguntó burlona.

—Si lo estuviese, no vendría —comentó mordaz.

—¿Sabías que ella se presentaría con Federith? —Roger lo negó con un suave movimiento de cabeza—. Bueno, pues mucho me temo que tendré que mantenerme serena y recibirla como es debido. No quiero que se sienta desdichado o inquieto por traerla. Aunque para serte sincera, ha elegido un día bastante inapropiado para visitarme.

—No deberías... —Sus palabras iban a salir de la boca involuntariamente, pero se detuvo al recordar la carta de William. Necesitaba actuar como si no supiese nada, como si todo lo que guardaba en su mente sobre la señora Cooper no existiera. Sin embargo, que aquella mujer permaneciera al lado de su esposa, bajo su respetable techo, le reconcomía las entrañas.

—¿El qué no debería? —insistió Evelyn mirándolo fijamente.

—Quedarte a solas con ella —dijo al fin. Acarició el cabello de su esposa y la apretó contra él—. Tengo entendido que es tan venenosa como una serpiente y si no recuerdo mal, tienes miedo a ese tipo de bichos. Así que si estuviera en tu piel me mantendría distante... por si intenta morder —alegó sarcástico.

—¡No seas tan malévolo! —le recriminó dándole un pequeño palmetazo en su hombro—. Además, no estaré sola. Si no se retrasa, pronto aparecerá la

condesa y será divertido ver cómo actúa con ella. Seguro que, si pretende morderme, esconderá sus colmillos mientras lady Appelton y la señorita Price estén presentes.

—Si sucediera cualquier cosa, si ella se comportara inadecuadamente, acude a la biblioteca, estaré allí con Federith y lord Spencer —aclaró apretando tan fuerte su mandíbula que podía desencajarla con facilidad.

—¿El señor Spencer? —preguntó intrigada—. ¿Por qué te reúnes con él?

—Como bien sabes, es el dueño de Simple Prints, la imprenta que hay junto a Brompton Road.

—Esta misma mañana he hablado con la dependienta de la tienda sobre él. Dice que es un hombre leal con sus clientes y que la empresa está bastante bien considerada entre los comerciantes —aclaró Evelyn.

—Por eso mismo le brindé la oportunidad de invertir en las acciones que se han ofrecido del transporte de carretera —explicó Roger.

—¿Aceptó?

Ella conocía el asunto. Desde que el señor Lawford les informó que las ganancias producidas por el ferrocarril mermarían, su marido buscó una manera de invertir los beneficios obtenidos de ese negocio. Fue estudiando con meticulosidad cada empresa que aparecía en la ciudad, pero ninguna le aportaba lo que andaba buscando. Entonces apareció Federith con una proposición. Un amigo de su padre le habló sobre las acciones que algunos caballeros estaban adquiriendo en el transporte de carretera. Pese a ser arriesgado, despertó la curiosidad de Roger. Por supuesto, él investigó el tema, no solo en Londres sino también en aquellos lugares a los que alcanzaba visitar en sus viajes en barco. Parecía que Federith tenía razón, dejarían de usarse los cabriolés o los grandes y amplios ómnibus para dar paso a los vehículos de vapor. Era más, Riderland descubrió que pronto esos coches de vapor también serían sustituidos por otros con un combustible tan potente que les haría correr mucho más que cuatro caballos a la vez. Pero no quería correr el riesgo de invertir tanto dinero sin estar completamente seguro. Roger prefería destinar menos cantidad, aunque los beneficios fueran insignificantes, a perder la suma empleada.

Evelyn entendía su temor y se culpaba de ello. Desde que se recuperó del disparo, todo cambió en la vida laboral del marqués. Al principio sus viajes comerciales duraban entre quince y veinte días, pero poco a poco él fue rechazando todos aquellos encargos que lo alejaban más de dos días de su

lado. No quería dejarla sola tanto tiempo y no estaba dispuesto tampoco a abandonar a sus hermanos. Decía que era el padre de una gran familia y, como tal, tenía que protegerlos y cuidarlos. Esa limitación provocó que muchos de sus clientes se marcharan. Sin embargo, Roger no se sentía frustrado por ello, al contrario, cada día era más feliz. Evelyn incluso creyó que terminaría por vender el barco, pero cuando se lo preguntó él le respondió que tenía la esperanza de que Logan fuese su sucesor.

—En un principio pareció bastante interesado —respondió con voz serena—. Nos dijo que antes de final de mes podría hacer frente a la suma requerida. Pero esta mañana he recibido una carta suya en el que me informa que desestima la oferta.

—¿Por qué? —preguntó interesada—. Si todo indica que la imprenta está teniendo buenos resultados, ¿cómo que no es capaz de respaldar esa cantidad?

—Mucho me temo que tenía las esperanzas en otro objetivo y creo que no lo ha conseguido...

El tono burlón que empleó picó tanto la curiosidad de Evelyn, que se mantuvo en silencio mientras él hablaba.

—Hace algo más de dos meses —empezó a explicar Roger mientras agarraba con más fuerza a su mujer puesto que sabía lo que acontecería cuando descubriese la verdad—, un familiar del señor Spencer murió y al no tener descendencia, él debe aceptar el título de ese pariente.

—¿Acaso solo le dejó deudas de las que debe hacerse cargo?

—No. Ese pariente no tenía pagos sin cumplir. Era bastante rico, incluso más que Rutland. Pero la mayor parte de esa fortuna está invertida en una propiedad cuyo valor se estima en cincuenta mil libras.

—¿Entonces? —Enarcó las cejas—. ¿Por qué rechaza tu propuesta?

—Quizá porque tenía la esperanza de quedársela y, por alguna razón, no ha conseguido su propósito. Tal vez no sea tan insensible como creía —dijo sonriente.

—¿Qué título ostentará?

—El de conde Crouner —anunció Roger sin apartar la mirada de su mujer.

—¿Lord Spencer es el hombre del que todo el mundo habla? ¿Él es...? —Evelyn se sacudió bajo los brazos de su marido hasta que se alejó. Perpleja, cubrió su boca para no gritar. Ahora todo cuadraba, a eso se refería Roger cuando horas antes le daba las gracias por lo que había hecho—. ¡Por el amor

de Dios! ¿Cómo no me has advertido sobre eso? —le recriminó—. ¿Sabes lo que cuentan? ¿Sabes qué dicen sobre ese hombre?

—Sí, claro que lo sé. Por eso mismo te necesito —alegó acercándose a ella.

—¿Qué me necesitas? ¿Para qué? —preguntó a gritos—. ¿Qué pretendes hacer, Roger? ¿Sabes qué escándalo se formaría si ellos coincidieran? ¡Y en nuestra casa!

—Tranquila... Respira... Todo va a salir bien. Te prometo que me preocupa más la aparición de la señora Cooper que el comportamiento de esos dos si se encuentran. —La abrazó intentando consolarla—. No se verán, te lo juro. Permanecerás con tus invitadas en este precioso y acogedor saloncito mientras que yo mantendré una reunión de trabajo con ellos en la biblioteca. Pero necesito que averigües qué pretende hacer la condesa. Lawford me dijo que si se marchaba antes de dos años, la residencia pasaría a Spencer y me gustaría...

—¿Quieres que indague sobre las futuras pretensiones de esa muchacha? ¡Por el amor de Dios! ¿Quién eres tú y dónde está mi sensato marido? —habló indignada.

—Lo necesito, Evelyn...—le suplicó—. Si no lo haces por mí, acuérdate de todas esas sonrisas que te ofrecen mis hermanos cuando visitas Children Saved —la chantajeó con sutileza.

—¡Maldita sea! —clamó vencida—. Pero hazme el favor de reuniros en el salón próximo al de la música. Natalie tiene clases de piano esta tarde y me parece ideal que no alcancen ni tan siquiera a escucharse.

—No creo que se deba tomar esas medidas tan...

—¡No admito discusión! —murmuró levantando el dedo—. Yo acepto, tú aceptas y si ocurriera... —No terminó la frase. Roger saltó sobre ella para hacerla callar con un beso. No retiró sus labios de Evelyn hasta que la notó debilitarse, calmarse.

—Te quiero... —ronroneó.

—No responderé a eso —dijo con firmeza. Se alisó la falda y se retiró de su esposo al escuchar que los invitados hablaban con Anderson—. Estoy demasiado enfadada para hacerlo.

Roger se sintió un villano al verla tan airada, pero la necesitaba y estaba segura que, tras nombrarse la salvadora de la condesa, haría cualquier cosa para anular la invitación. De pronto sonrió y Evelyn lo miró preguntándole qué le hacía tanta gracia. No podía contárselo, quizás en otro momento,

porque si se había disgustado al saber que el malvado conde del que todo el mundo hablaba era el señor Spencer, ¿qué pensaría si le informara que la señorita Price era el amor perdido de Federith?

La sonrisa burlona desapareció al recordar el segundo propósito que había elaborado tras escuchar el nombre de la dama de compañía de la condesa. Tenía que cambiar el plan, no podía hacer que coincidieran si la esposa de Federith estaba cerca. De repente se acordó de William y lo enfadado que se pondría cuando le contara lo ocurrido aquella tarde. Tantos años buscando a la famosa señorita Price, tantos llantos y estados de embriaguez sufridos por Federith al no encontrarla y creerla muerta, para que, años después, ella apareciera frente a él transformada en dama de compañía. «¡Desdichado destino!», exclamó para sí.

—Sus excelencias —dijo el mayordomo desde la entrada del salón. Con rapidez y discreción miró a ambos y se preguntó qué había hecho ahora el señor para enfurecer tanto a su señora—. El señor y la señora Cooper —informó.

—Gracias, Anderson, hazlos pasar —dijo Roger con tono sereno.

Los dos pares de ojos se clavaron en la entrada. Evelyn contuvo la respiración y dibujó una sonrisa. No le agradaba la presencia de aquella mujer en su casa, pero era más gratificante que pensar lo que podía suceder si la condesa se encontraba con el hombre que luchaba por arrebatarse la mansión en la que vivía. Lo sabía, hasta las ratas del embarcadero eran conocedoras de ese tema. Era un cotilleo muy jugoso, demasiado para dejarlo pasar. ¿Quién no puede hacer conjeturas sobre dos personas que luchan por alcanzar el mismo objetivo? Aunque, desgraciadamente, la condesa tenía muchas cosas en su contra; la primera, ser mujer.

—Lord Riderland, marquesa... —Federith les saludaba con la misma frialdad que utilizaba cuando alguien a su alrededor no era de confianza. Evelyn suspiró al ver los ojos entristecidos de su amigo, pero mantuvo la compostura.

—Señor Cooper —le dijo ella.

—Cooper —respondió Roger acercándose a él para extenderle la mano.

—Su excelencia —murmuró Caroline haciendo una leve genuflexión—. Espero que mi presencia no la perturbe demasiado —comentó a modo de excusa—. Mi esposo no me ha informado de la visita que tenía pensado hacerles hasta que se disponía a salir.

Al escucharla Federith la miró suspicaz y arqueó una ceja.

—¡Por supuesto que no! —contestó Evelyn acercándose a ella—. Es un honor verla de nuevo y me apetece mucho tomar un té con usted. Estoy segura de que tenemos muchos temas de qué hablar.

—Gracias —indicó Caroline al tiempo que se apartaba de la entrada al advertir que el marqués tenía la intención de dejarlas solas.

No pudo evitar mirarlo, observarlo con detenimiento. Sin lugar a dudas era el hombre más hermoso de los que había conocido. Sin embargo, la mirada que él le dedicó le provocó repelús. No era cálida sino fría y dañina. Como si le indicara con ella que no intentara hacerle daño a su esposa o la aniquilaría. Sin dejarse inquietar por esa oscura mirada, caminó hasta el sofá que la marquesa le señalaba.

—Hoy estoy complacida —apuntó Evelyn sin eliminar la sonrisa—. Gozaré de dos visitas increíbles.

—¿Dos visitas? —se interesó Caroline al tiempo que tomaba asiento.

—Sí, la suya y la de condesa viuda de Crowner —le informó.

La señora Cooper no podía sentirse más afortunada ante la noticia. Permanecería una tarde con las dos mujeres más importantes de Londres. Todo el mundo requeriría de su presencia cuando descubriesen que había estado tomando té con ellas. Una por ser la dama más envidada al casarse con el marqués, y la otra por no saber con certeza qué buscaba una viuda tan joven y acostumbrada a vivir apartada del resto del mundo en una ciudad como aquella.

—Espero que su presencia no haya supuesto problema alguno para Evelyn —apuntó Cooper cuando cerraron la puerta.

—Ella sabe protegerse bastante bien —aclaró Roger.

—Te puedo asegurar que no ha sido idea mía. Ella misma decidió venir cuando descubrió la razón por la que tu criado vino a casa —se excusó.

—Es tu esposa y como tal tendrá las puertas de mi casa abiertas si ella sabe comportarse —sentenció mientras caminaban hacia el salón que le había indicado Evelyn, el que había justo al lado del salón musical.

—Eso es lo que me preocupa, que sepa comportarse, porque si lo hace, mucho me temo que algo trama... —murmuró el futuro barón tras resoplar.



—No pongas esa cara... —dijo Priscila apesadumbrada.

—No pongo ninguna cara, milady —replicó Anais al tiempo que se tensaba de nuevo.

—No me mientas, Anais. Parece que voy a quemarte en una hoguera en vez de llevarte a tomar el té con la marquesa —comentó con cierta diversión esperando a que la joven sonriera.

Pero no obtuvo lo que ella pretendía. El rostro de Anais seguía ensombrecido y sus manos se movían inquietas sobre la falda. Priscila se apiadó de ella sin saber el motivo por el que se sentía tan triste. Imaginó que se comportaba así por el descubrimiento sobre los rumores que se habían propagado en Londres ante su aparición. Era tan bondadosa, tan amable, que nada le importaba salvo protegerla. Se acercó y alargó la mano para calmar el tembleque que mantenían las de ella.

—No puedo permanecer oculta siempre, he de hacer cosas que me liberen de la prisión en la que vivo —declaró.

—Por supuesto que no debe mantenerse escondida. Usted no debe sentirse ultrajada por las insolencias que promulgan los demás. Ha de comportarse como la señora más caritativa y encantadora que he conocido —apuntó con seriedad.

—Si estás a mi lado, seguro que haremos callar todos esos rumores malignos —dijo la muchacha sin borrar la sonrisa de su rostro al tiempo que apretaba sus manos en las de su dama.

—Nada me haría más feliz que ser testigo de ello —repuso con firmeza.

—¡Mira! —exclamó lady Appelton cuando el cochero se adentró en la residencia de los marqueses.

—Es... increíble —murmuró Anais observando las esbeltas figuras realizadas en los arbustos—. ¿Qué serán? —preguntó interesada.

—No lo sé —respondió Priscila que, al fijar su mirada en la entrada, observó otro coche.

Se mantuvo callada e intrigada por averiguar quién visitaría esa misma tarde a los marqueses. Se había propuesto ir poco a poco, primero con la marquesa, luego con varias damas y después acudir a esas invitaciones. Aunque parecía que todos sus planes debían cambiar si en la residencia había más gente. Sin poder apartar la mirada del otro carruaje, observó cómo el lacayo descendía y abría la puerta. Algo le dijo la persona que ocupaba el interior, puesto que el sirviente afirmó con la cabeza. Este se apartó para dejar espacio, Priscila sonrió al ver que se distanciaba demasiado para ayudarle. Pero la figura que apareció no necesitaba ayuda, sino, como bien

entendió el criado, espacio. Un inmenso hombre que posaba los pies en el suelo como si quisiera clavarlos. Estiró su traje una vez que salió y miró a su alrededor. Priscila se escondió para que el caballero no advirtiera su presencia, aunque observó que hizo un mohín desagradable cuando advirtió su coche parado unos metros del suyo. Se inclinó levemente, dejando a Anais boquiabierta ante el inesperado comportamiento.

—¿Lo conoce? —preguntó la dama de compañía.

—No —respondió con rapidez Priscila que, para su desgracia, vio cómo su corazón palpitaba descontrolado.

—Pues nos mantendremos alejadas de él si no le importa —aclaró Anais.

—¿Por qué? —murmuró Priscila de forma automática.

—Porque un hombre así solo puede provocar pánico —indicó.

Priscila continuó observándolo. No podía ser cierto. Debían existir muchos caballeros como el que se encontró en su jardín escondido. Él no era aquel hombre. Por mucho que su cuerpo y su mente le gritaban que estaba en lo cierto, no lo era. El fantasma que la besó, que la acarició y que dejó impregnado su olor en el vestido, no tenía esa forma de caminar, no podía mostrar el sobresalto que aquel hombre causaba. Se reclinó en el asiento y suspiró, mientras se arrepentía de haber aceptado la invitación de la marquesa.

XII



Enfado no era la palabra que buscaba para definir lo que sentía en aquel momento. Leopold subió los peldaños que le conducían hacia la entrada de la residencia pisándolos con la misma similitud que si aplastara piedras. ¿Qué narices pretendía el marqués? Sin ser capaz de mirar de nuevo hacia el carruaje que mostraba el escudo del título que pronto poseería, intentó mantener la calma y dejar que la ira se aplacara. Pero... ¿cómo hacer tal cosa? ¿Cómo iba a hacer llamar a la razón si no le quedaba nada de juicio en ese momento? Así que cuando el mayordomo de Riderland le abrió, el señor Spencer entró en el hall como si la vida le fuera en ello.

—¿Milord? —preguntó Anderson con preocupación. El criado miró por detrás de la gran figura, intentando averiguar qué podía alterar al invitado, pero no halló nada salvo el carruaje del caballero y el de la condesa viuda de Crowner, invitada de su señora.

—Hágale saber al marqués que he llegado —escupió cada palabra con un tono tan mordaz que produjo un escalofrío al mayordomo.

—Mi señor le espera en el salón diurno, milord —le informó recobrando su compostura—. Si es tan amable de seguirme, le llevaré ante él.

No respondió. Ni quiso hacerlo. Su mente estaba tan llena de rabia que abandonó los modales que le caracterizaban. Amable, gentil, educado y sobre todo un hombre locuaz, eran las descripciones de aquellos que acudían a su imprenta, pero en ese momento no tenía nada de eso. Su cuerpo estaba tenso, exhibiendo una figura más ruda de la que ya le ofrecía por su desesperante altura. Con una envergadura de casi dos metros y cien kilos de peso, Leopold no podía presentarse de otra forma ante los demás que la que mostraba, como la de un titán. Sin embargo, hasta que le llegó la noticia de que debía convertirse en conde, su rostro amable equilibraba el aspecto rudo. Aunque cuando se enfadaba, como en aquel momento, lo único que hacía su semblante era confirmar que era una especie de monstruo.

—Su excelencia —empezó a decir Anderson—. El señor...

—¿Qué diablos pretendes, Riderland? —Leopold accedió al salón sin ser presentado y bajo la mirada estupefacta del mayordomo.

—Buenas tardes, lord Spencer —respondió Roger levantándose de su asiento y dándole a entender al criado, con un leve gesto de su mano, que podía marcharse.

—Señor Spencer... —Cooper, quién se había levantado de su asiento al escuchar la voz ruda y airada de Leopold, miraba atónito a ambos caballeros.

—No sé qué le habrá hecho enfadar, pero siéntese, tómese una copa y hablemos con calma —indicó Roger, que no se alteró ni un ápice al ver la ira de aquel gigante. Aunque para ser sincero, cuando lo vio sentado en el club de Caballeros, no le pareció tan inmenso.

—¿Qué no sabe de lo que hablo? —repitió la pregunta Leopold masticando cada palabra—. ¿Acaso cree que estoy ciego? ¿Qué me resultaría difícil averiguar a quién pertenece el carruaje que se encuentra en la entrada de su casa? ¡Solo le ha faltado estamparme el blasón en la cara! —exclamó sarcástico y sin apenas respirar.

—Mucho me temo que esa pregunta tendría que responderla mi esposa, pero como está tomando té con sus amigas, no la molestaré —respondió con amabilidad.

—¡Miente! —gritó.

—Si me permiten la intromisión —intercedió Cooper asombrado—. Me gustaría ser informado de lo que está aconteciendo. Posiblemente se encuentre confundido porque...

—El queridísimo marqués ha indagado no solo en mi vida laboral, señor Cooper, sino también en la personal —dijo de manera agria—. Como le he explicado en la misiva que le envié esta mañana, no voy a participar en la inversión que me ofreció sea cual sea el motivo por el que no lo acepte— explicó sin moverse de la entrada.

El traje parecía encoger mientras su cuerpo alterado se ensanchaba, provocando que sus músculos empezaran a tomar unas dimensiones que, si seguían así por más tiempo, harían estallar el impoluto traje azul marino que lucía. Pero no solo el traje empequeñecía, la corbata que rodeaba el cuello de la camisa blanca parecía estrangularlo, o eso pensaron los amigos al observar cómo su cara enrojecía y una gruesa vena afloraba de su enorme cuello.

—Usted indicó que deseaba verme esta tarde —se defendió Roger, sin achantarse—. Y como buen caballero, acepté su proposición.

—¡Pero ha tenido que invitarla a ella! —clamó dirigiendo la mano derecha hacia la salida—. ¡A ella! —repitió.

—Caballeros, por favor... ¿No creen que nos estamos convirtiendo en...?

—Federith, no intercedas. Esto es un asunto entre lord Spencer y yo, y creo que debo aclarar esta situación.

—Estoy deseando escucharle, *excelencia* —apuntó punzante, mientras se cruzaba de brazos.

—Mi esposa ha conocido a la condesa viuda de Crowner esta mañana en un comercio —dijo al fin. Miró a Federith y, por cómo abría los ojos, supo que había escuchado todo lo que se rumoreaba en Londres sobre ellos dos—. Ella la invitó a tomar un té, puesto que, según dice, la condesa todavía no tiene amistades en esta ciudad.

—¡Ella debe marcharse de aquí, no ha de conseguir amigas! —exclamó Leopold enfadado—. ¿Acaso no entienden que si ella... si no se marcha...? —Tanto Roger como Federith asintieron.

—Estamos informados de todo —aclaró Roger—. Pero le pido un favor, señor Spencer. Le prometí a mi esposa que no montarían un escándalo bajo nuestro apacible hogar y pretendo cumplir mi promesa. Si usted se siente incómodo porque se encuentra a unos metros de distancia de la mujer que odia y que según se rumorea no conoce aún, puede marcharse. Entiendo que no pueda permanecer próximo a la única persona que le impide conseguir lo que tanto ansía —le chinchó.

A Roger no le cabía duda de que aquellas palabras tocarían la hombría de Spencer. Ningún caballero que presumiera de serlo dejaría a un lado una reunión tan importante por sentirse molesto ante la presencia de una mujer. Aunque esa mujer fuera la condesa viuda de Crowner y el hombre que permanecía en la puerta se convirtiese en el sucesor del título.

—No me produce ningún tipo de angustia que esa viuda se encuentre bajo el mismo techo que yo —dijo mordaz presionando con fuerza la mandíbula—. Me enfado porque pensaba que usted era un caballero y que no utilizaría ciertas artimañas para conseguir su propósito.

—Está usted muy equivocado, lord Spencer —soltó con tono serio y contundente—. No necesito ningún tipo de patrañas para lograr aquello que me propongo. Como le he informado, todo ha sido una absurda situación producida por el destino.

Cooper seguía en silencio, observando la tensión que exhibían aquellos

inmensos cuerpos masculinos. Siempre pensó que Roger era un hombre alto, demasiado para considerarlo adecuado al canon de belleza, sin embargo, el que proyectaba una mirada asesina hacia su amigo le sacaba dos palmos por lo menos. Rezó para que el silencio que apareció en el salón fuese una tregua entre ambos. Necesitaba que los dos se calmaran porque, de lo contrario, no sabría cómo hacerlos parar. Aunque ellos sí que podían asemejarse a dos Goliat, él no era David ni tenía una honda cerca para abatirlos.

—Está bien —dijo Leopold después de mantenerse callado y reflexionar sobre la explicación del marqués. Caminó hacia el asiento contiguo a Cooper y se sentó.

—Gracias —respondió Roger tomando asiento de nuevo—. Y ahora, si es tan amable de explicarme por qué no puede convertirse en socio, le estaremos muy agradecidos.

Cuando consiguió mantener la calma, Spencer les narró todo lo que ansiaban saber. No se dejó nada guardado, hasta les habló del plan que había intentado ejecutar para asustar a la condesa y que esta se marchara de Londres. Tal vez fueron las tres copas de oporto, el magnífico puro que se fumó o la comodidad que terminó por sentir con aquellos dos caballeros lo que le impulsó a expresarse con sinceridad. Aunque se reservó para sí la sensación de placer que le provocaron aquellos besos, cómo fue incapaz de pensar en el asunto que lo había llevado hasta ella cuando sus pulgares acariciaron la tersa y delicada piel, la emoción que obtuvo cuando sus manos sintieron el latir de aquel pequeño corazón y la razón por la que deseó que ella fuera suya para siempre. Eso solo le importaba a él.

—Ya veo... —dijo Roger acariciándose la barbilla—. No juzgaré la crueldad que ha intentado hacer, señor Spencer. Si yo estuviese tan desesperado, actuaría de la misma forma.

—Si el marqués no tuviera esposa y se encontrara en una situación similar —apuntó Federith burlón—, le aseguro que no solo la habría asaltado, sino que la hubiese poseído en ese momento.

Sin saber la razón exacta, Leopold gruñó y sus grandes manos se cerraron en dos puños. Ambos amigos descubrieron la reacción del hombre y se miraron. No les cabía duda de que algo más había sucedido en aquel ataque, algo que había vuelto loco a Spencer, pero se mantuvieron callados, porque nadie mejor que ellos para testificar qué producía la mujer adecuada en un hombre.

Estuvieron conversando durante un buen rato. El marqués tenía otro plan

para hacer que lord Spencer consiguiera el dinero requerido y, con paciencia, se lo hizo saber. Federith lo miraba sorprendido, dando gracias a Dios por haberle hecho llegar a aquel caballero algo de juicio y por la relajación que todos mantenían en aquel momento. Estaba a punto de servirse otra copa cuando, de repente, una suave melodía atravesó las paredes del salón donde se encontraban. Roger y Spencer no prestaron atención, pero él sí. Al principio intentó centrarse en los últimos detalles del contrato, pero poco a poco su mente se fue alejando, vagando tras esa música. Su cuerpo se puso rígido y apenas pudo respirar. Quien estuviese tocando el piano no exhibía destreza sino impericia. Se enfadó al escuchar semejante presión sobre las teclas. No había oído destrozarse un vals tan hermoso como el de Chopin desde su infancia. Y, a pesar de que luchó por hacer que ella mejorase, nunca logró su propósito porque se marchó...

Sintió cómo la corbata intentaba asfixiarlo y un repentino sofoco tintó sus mejillas. Se dijo a sí mismo que debía salir de aquella habitación lo antes posible y reprender a quien estuviese frente al piano. Sin pedir permiso y con las miradas de ambos caballeros fijas en él, Federith se levantó de su asiento para dirigirse hacia la insensata que le había hecho despertar unos sentimientos tan suyos, tan inalcanzables, tan desesperantes y tan dolorosos...

Pese a que Riderland debió llamarle la atención cuando su amigo se disponía a marcharse, no lo hizo. Su rostro desencajado, el semblante enrojecido y la mirada de aturdimiento, le indicaron al marqués que Federith sufría a causa de un recuerdo. No era la primera vez que le sucedía. Entonces escuchó la melodía que emitía el piano. Si no entendió mal, Evelyn le anunció que la señorita Dooye daría clases musicales a Natalie. Pero esa misma mañana tuvo noticias de que la profesora no podía acudir de nuevo porque seguía en cama a causa de un resfriado. Si la terquedad de la niña era la misma que la suya habría obligado a alguna de las invitadas a acompañarla y, mucho se temía, que la única que se ofrecería para tal acto sería la señorita Price.

Supo entonces que el momento había llegado. Por fin se encontrarían y, por supuesto, no lo impediría. Federith debía ser feliz de la manera que fuera y mucho más después de descubrir que su mujer no le era fiel. Así que sacó los documentos que debía firmar Spencer y los extendió hacia él. Este, al ver que la interrupción de Cooper no parecía entorpecer la conversación sobre el nuevo contrato, los cogió, se reclinó en el asiento y empezó a leer. Acto

seguido, Roger se levantó y caminó hacia la vitrina acristalada para coger otra botella de oporto.



—No se deje impresionar, milady —murmuró Anais al ver que su señora permanecía frente a la puerta inmóvil y pálida—. Seguro que actuará correctamente.

Priscila no pudo ni afirmar ni negar las palabras de aliento que le ofreció su dama de compañía. Se ubicaba en un momento tan extraño en su vida que no era capaz de reaccionar. Todo su ser le gritaba que él estaba allí, que permanecería en el mismo lugar que ella, pero tenía que ser incierto. Aquel ajeteo, aquella inquietud no podía gritarle que el hombre del carruaje y quien la asaltó en el jardín eran la misma persona. Poseían las mismas dimensiones, sí, tenían el cabello rubio, también, pero eso no era suficiente para afirmar que se trataban del mismo hombre. Sintió una leve presión en la mano enguatada derecha, al mirar hacia ella descubrió que Anais la agarraba para tranquilizarla. La pobre mujer pensaba que el estado de inquietud que sentía se debía a su primera salida de Longher. Tal vez tenía razón y su mente entusiasta le había provocado otra alucinación. Pero no estaba soñando, aquello era real al igual que había sido auténtica la aparición de aquel extraño en su casa.

De pronto apareció un sinfín de preguntas en su mente. No había reparado en ellas porque no se había parado a meditarlo. Quizás el estado de ensimismamiento, de aturdimiento que le hizo sentir aquel hombre cuando la besó, cuando la tocó, desencadenó unas emociones tan extrañas en ella que le impidieron pensar con claridad. Pero ahora, tomando algo de sensatez, fluían sin cesar. ¿Qué hacía aquel hombre en su casa? ¿Por qué la espiaba? ¿Qué motivo tenía para ocultarse y asaltarla? Estas y otras más ocasionaron en el pequeño cuerpo una fuerte sacudida. ¿Estaría la marquesa involucrada en aquella visita? ¿Tendrían planeado arruinar su reputación? Debía ser algo así. ¿Quién no desearía destrozar la reputación de una viuda que se presentaba en Londres sin proclamar su verdadero propósito? Asustada, echó un paso hacia atrás, intentando huir, escapar de la posible traición a la que se vería sometida. Aunque no pudo alejarse, la mano de Anais seguía agarrándola. La miró con desesperación, pidiéndole ayuda en silencio. Sin embargo, ella no

dedujo la causa de la inquietud.

Creyendo que el pavor que afloraba en su señora era debido a esa reunión, la señorita Price llamó a la puerta.

—Buenas tardes, miladys —Como era habitual, Anderson recibía a los invitados con una gran sonrisa.

—Buenas tardes —intercedió Anais al ver que Priscila no abría la boca—. ¿Puede hacerle saber a la marquesa que la condesa Crowner y su dama de compañía han llegado?

—Por supuesto —respondió el mayordomo dejándolas pasar y realizando su típico movimiento con la cabeza—. Si son tan amables de darme sus capas y bonetes —prosiguió.

Las dos se desanudaron la capa y con suavidad quitaron las horquillas que inmovilizaban los sombreros. Cuando Anderson sostenía sobre sus brazos las prendas de las invitadas, caminó hacia el salón donde las esperaban.

—Su excelencia, ha venido la condesa Crowner y su dama —anunció desde la entrada.

Evelyn fue la primera en alzarse de la silla. Con una sonrisa que le cruzaba la cara, caminó hacia Priscila extendiéndole las manos.

—Gracias por aceptar mi invitación —le dijo mientras le daba un beso en la mejilla.

—Espero que nuestra presencia no altere... —comentó Priscila al descubrir que no estaba sola.

Al lado de la marquesa, sentada en un alargado sofá de color miel, se hallaba una mujer. Al levantarse, la condesa advirtió que era hermosa. Su vestido color limón con elegantes encajes de seda verde esmeralda ensalzaban las curvas femeninas. Pero no se quedó perpleja por la belleza de la mujer, sino por la forma de mirarla. En ese momento se acordó de Anthony y la advertencia que le hizo antes de morir.

—Cuando yo no esté, prométeme que disfrutarás de la vida que no te he dado —le dijo mientras le agarraba la mano. El conde llevaba postrado en la cama varios días y aunque Priscila tenía la esperanza de que terminara levantándose, el médico le aseguró que ya no le quedaba tiempo.

—No puedo escuchar esas palabras... —sollozó al tiempo que agachaba la cabeza para besar la vieja y temblorosa mano.

—¡Oh, mi florecilla! Eres tan delicada, tan tímida que eso te causará

problemas —le advirtió.

—No tendré ningún problema porque jamás abandonaré Bournemouth. Permaneceré a salvo aquí, en nuestro hogar —declaró.

—Si no te quisiera como te quiero, esas palabras me sabrían a dulce, pero no puedes encerrarte en este hogar. Debes salir, vivir lo que no has vivido —reiteró—. Sin embargo, debes estar preparada para el mundo que descubrirás. Escúchame y no intentes negarlo. Cuando yo no esté, cuando no pueda protegerte, tendrás que hacerlo sola.

—No me digas eso —le interrumpió—. ¿Qué será de mí si me dejas?

—Tendrás que luchar contra las adversidades de la vida y espero que Thomas te ayude. Pero sé consciente de una cosa, pequeña. Allá donde estés, allá donde decidas estar encontrarás una mirada fría y envidiosa de aquellas damas que no alcancen tu hermosura, y encontrarás también las miradas lujuriosas de los caballeros que deseen tenerte en sus brazos. Solo elige a quien te demuestre que te ama como yo te he amado estos años. ¿Podrás prometerle a un viejo esa última voluntad?

—¿Condesa? —preguntó Evelyn al ver que la mujer parecía distraída.

—Lo siento... —se excusó al tiempo que dirigía la mirada hacia la anfitriona. Priscila se relajó al ver que la marquesa no mostraba en su semblante frialdad ninguna. Ella era cariñosa, tal como le dio la impresión en la tienda. Cogida de la mano la llevó hasta la otra mujer.

—Condesa, le presento a la señora Cooper, futura baronesa de Sheiton y esposa de uno de los mejores amigos de mi marido.

Anais permaneció varios pasos por detrás de la señora. Intentaba mantener esa calma que le había dicho antes a Priscila, pero al escuchar el nombre de la mujer que acompañaba a la marquesa, se tensó. Él estaba allí, o eso imaginó al ver a su esposa. De repente, la desesperación se adueñó de ella. Necesitaba alejarse de la residencia, evitar cualquier encuentro entre ellos. Si la descubría, si él averiguaba quién era, tendría que abandonar la vida que tenía para no hacerle daño a la dulce Priscila. ¿Qué bochorno y aflicción sufriría la condesa si supiera que durante tantos años había acobijado a una criminal? Porque así se definía Anais. Aunque las manos que sesgaron la vida de su madre no eran las suyas, aunque ella no propició la inesperada muerte de su abuela, sabía quién había sido. Y su silencio era peor que las acciones de su padre.

—Ella es la señorita Price, mi dama de compañía —escuchó la voz de la

condesa presentarla.

Con la mirada clavada en el suelo, Anais hizo una leve reverencia a las damas, mientras rezaba para que Priscila no la obligara a permanecer en aquel salón.

—Siéntese con nosotras, señorita Price —oyó decir a la marquesa—. Será un honor que nos acompañe.

Todas las maldiciones que conocía aparecieron en su mente. Pero no le quedaba otra alternativa que aceptar la proposición. Dándole las gracias, mediante una sonrisa, por la consideración hacia ella, Anais caminó por el salón con la intención de mantenerse en un segundo plano, discreta. Pero la anfitriona no pretendía alejarla de ellas. Justo cuando iba a tomar asiento en una silla que había al lado de la ventana, la marquesa negó su decisión y le ofreció un asiento próximo al que permanecerían.

—Anderson, ya puede decirle a Wanda que nos sirva el té —ordenó Evelyn.

—Sí, excelencia —dijo antes de marcharse.

—Me alegra conocerla en persona —rompió el silencio Caroline—. He de decirle que me picaba la curiosidad saber quién era la condesa viuda de Crowner.

—Espero no haber defraudado sus expectativas —respondió Priscila sin borrar la sonrisa de su semblante.

—¡Por supuesto que no! —exclamó lady Cooper sonrojándose—. Es usted una joven hermosa y, si le soy sincera, no se parece en nada a la descripción de bruja que se ha extendido.

—Los cotilleos en Londres suelen ser bastante dañinos —intercedió Evelyn—. Nuestra familia ha padecido ese tipo de mezquindad en más de una ocasión.

Intentó hacer que la mujer de Federith fuese recatada en la conversación, pero por la mirada que mostraba, por el entusiasmo que exhibía, mucho se temía que no iba a ser así. «¡Me las pagarás!», juró Evelyn mientras pensaba en su marido.

—Tiene razón, excelencia —afirmó Caroline—. El último que han sufrido ha sido horroroso —expuso abochornada.

—La mejor actitud para no sentir dolor ante comentarios hirientes —dijo mirando a Priscila—, es no escucharlos.

—¿Le ha gustado Londres, milady? —Cambió de tema lady Cooper.

Al notar cómo ambas mujeres empezaban a posicionarse en su contra,

reaccionó con rapidez. Si de verdad quería alcanzar su propósito, debía ser más sutil. Aunque estaba tan entusiasmada que no podía controlarse.

—Apenas he salido de Longher para responder a la pregunta adecuadamente. Pero lo poco que he visto, me ha agradado —expuso midiendo cada palabra. La mirada grisácea de aquella mujer hacía que se le erizara el pelo. No entendía la razón por la que lady Cooper intentaba atacarla si no se conocían. Pero estaba segura que, después de tomar el té, sabría la causa de la insistencia por averiguar ciertos temas de su vida.

—La condesa y yo nos hemos conocido esta mañana —explicó Evelyn—. Coincidimos en la tienda de lady Parks mientras la ayudaba a elegir un nuevo vestuario para...

—Lady Parks es una gran diseñadora —la interrumpió Caroline—. Estoy segura de que sus vestidos no solo se harán famosos en Londres sino que alcanzarán toda Europa. Aunque será muy doloroso para usted tener que lucir prendas tan exquisitas con ese color tan frío.

¿Podía saltar sobre el cuello de aquella mujer? ¿Le permitirían que hiciera callar a aquella gallina dañina? Anais enredaba la tela de la falda entre sus manos para contenerse. No era justo que la primera vez que su señora se decidía a abandonar Longher topara con una mujer tan malvada. Pensó en poner cualquier excusa para sacarla de allí, pero nada de lo que le pasaba por la mente era acertado. Fijó los ojos en Priscila quien parecía serena a la vista de las otras mujeres, sin embargo, ella sabía que no lo estaba. El pequeño e imperceptible tic en el ojo izquierdo le indicaba que estaba nerviosa. ¿Quién podía soportar una mujer como esa? ¿Cómo pudo casarse Federith con una mujer así? ¿Le habrían obligado a hacerlo sus padres?

Las repentinas preguntas le provocaron rubor. En verdad, no conocía al señor Cooper para juzgar el matrimonio con aquella arpía. Solo conservaba de él unos leves recuerdos infantiles y, el paso del tiempo le habría hecho cambiar al igual que cambió ella. Se mantuvo callada, dejando que su mente le transportara a un pasado que, aunque no fue malo porque él estuvo a su lado, deseaba olvidar. Era cierto que el muchacho mostraba esa pose y carácter aristocrático que le correspondía, pero nunca halló en él la maldad que esa mujer atesoraba a raudales.

—Como bien sabrá, si ha escuchado los rumores que se han extendido por la ciudad —dijo con firmeza Priscila—, soy viuda y no puedo juzgar si el color de mi vestido es frío, tosco o inapropiado para lucir los vestidos que diseña lady Parks.

—Por supuesto —respondió Caroline suavemente—. Pero cuando el período de luto finalice y usted pueda elegir el color que desee, estoy segura de que romperá más de un corazón.

—Tal vez no esté aquí cuando llegue ese momento —comentó suspicaz la condesa.

—¿Se marchará? ¿Acaso no ve apropiado Londres para una mujer viuda como usted? —insistió lady Cooper.

Gracias a la intervención de Wanda, quien llamó a la puerta para poder entrar. Priscila no tuvo que responder a la pregunta, aunque se mordió la lengua para no hacerlo. Sabía que todo el mundo conocía las últimas voluntades de su difunto marido. Tarde o temprano el abogado del sobrino de Anthony hablaría sobre ello. Ningún hombre era capaz de admitir una derrota cuando se trataba de posición y poder económico. Volvió a respirar para calmarse. Fijó su mirada en la marquesa y advirtió que se encontraba tan incómoda como ella. Pero estaba segura que ninguna de las dos se rendiría ante la conversación de aquella ofensiva mujer.

—¿Elegiste algunos? —preguntó Evelyn cuando Wanda se marchó.

—Sí, tres. Pero quiero ver más modelos. Según la empleada, los próximos serán espectaculares —concretó.

—¿Otros modelos? —espetó Caroline antes de tomar el primer sorbo del té.

—Solo pude elegir los que tenían en ese momento —indicó Priscila moviendo la cucharilla dentro de su taza—. La nueva revista de patrones llegará a la tienda entre mañana o pasado.

—No la crea —dijo con firmeza la mujer de Federith—. Esas dependientas engañan a los clientes con falsas promesas.

—No creo que mintiese —respondió visiblemente enojada Priscila. Que fuera más joven que ella no significaba que también fuera más ingenua. Por suerte, captaba con rapidez cuándo alguien le mentía o quería hacerle daño, tal y como esa mujer pretendía con sus comentarios—. El señor Spencer ya tiene en su imprenta las hojas y solo ha de maquetarlas para convertirlas en una gaceta.

—¿El señor Spencer? —Enarcó Caroline las cejas y miró atónita a la condesa.

Justo cuando una sonrisa se dibujó en su rostro malvado al adivinar que aquella jovencita no tenía ni idea de quién era lord Spencer y que iba a ser ella la que le desvelara la identidad de dicho caballero, Natalie abrió la puerta

desesperada.

—¡No ha venido! —gritó—. ¡Hoy tampoco ha venido! —Y corrió hacia Evelyn para posar la cabeza en su regazo.

—¿Quién no ha venido? —preguntó la marquesa mientras acariciaba el cabello dorado de la niña y daba gracias a Dios por hacer que la niña apareciera en el salón como si fuera un tornado.

—La señora Dooye —sollozó—. Es la segunda vez que no toco el piano esta semana.

—No pasa nada, cariño —la tranquilizó—. Haremos que recuperes las clases cuando regrese. —Miró a sus invitadas y les informó—. Natalie adora tocar el piano. Es su asignatura preferida y sufre mucho cuando la señora Dooye, su profesora, no acude a darle clases.

—Para mí habría sido un placer tener una profesora así —le dijo Caroline como si sus palabras pudieran reconfortar a la niña—. Me horrorizaba dar clases de piano, creo que mis manos están destinadas a realizar otro tipo de proezas.

—¡Pero las mías son perfectas! —exclamó la niña airada.

—Cálmate, cielo... —susurró Evelyn conteniendo la carcajada que estaba a punto de soltar. Era una auténtica Bennett, de eso no le cabía duda.

—Si quieres, la señorita Price puede ayudarte —intervino Priscila con una voz tan dulce que cualquier niño se habría parado a escucharla en mitad de una rabieta.

Anais abrió tanto los ojos que casi notaba cómo intentaban abandonar su rostro. Miró a su señora levantando una ceja y preguntándole qué se proponía. Ella no tocaba el piano, aporreaba ese dulce instrumento.

—¿De verdad? —Natalie levantó el rostro lloroso y miró a quien le hablaba esperanzada—. ¿Puede ayudarme, señorita Price?

—No... no sé si me acuerdo de... —No terminó su excusa. Natalie corrió hacia ella, le cogió la mano y la levantó de su asiento.

—Dese prisa, señorita Price —la incitó—. ¡El piano nos espera!

Sin poder negarse, Anais anduvo tras los pasos de la alterada niña. Antes de abandonar el salón, echó una ojeada a su señora y por cómo la miraba sabía que no debía preocuparse por ella. Pero debía hacerlo. Ella no estaba acostumbrada a lidiar con mujeres como aquella. Resignada por la nueva situación, terminó por sentarse frente al piano, con la niña a su lado y pasando las hojas de las partituras.

—Este vals —señaló Natalie entusiasmada—. Quiero tocarlo la primera

vez que me presente en sociedad.

—¿Está segura? Podría intentar destrozar otra melodía, señorita Bennett, porque le prometo que cualquier persona que me escuche tocarla llorará.

—No se preocupe, yo la ayudaré —dijo la pequeña con una gran sonrisa.

—Pues empecemos...

XIII



Tras cerrar la puerta con aparente tranquilidad, Federith caminó hacia el salón musical. Apenas había quince pasos de distancia entre la habitación que había elegido Roger para llevar a cabo la reunión con el señor Spencer y el lugar donde Natalie y su profesora daban clases de piano. Por culpa de esa proximidad podía escuchar cómo alguien destrozaba un vals tan maravilloso, un vals que solo aquellos afortunados que habían alcanzado el verdadero amor entendían. Tenía que zanjar lo antes posible ese tormento, debía interrumpir aquella atrocidad inmediatamente. Le urgía presentarse ante la persona que osaba tocar la pieza y obligarla a renunciar a ello no solo esa tarde, sino el resto de su vida.

De pronto se quedó confundido, aturdido por sentir una angustia de tal índole. Hacía mucho tiempo que no sufría un enojo de esa magnitud. Pero también era cierto que hacía algo más de una década que alguien no le hacía desear haber nacido sordo... Intentó recomponerse de ese pensamiento, de esa sandez. Ella ya no existía y tenía que seguir centrándose en Eric. Toda la obsesión que mantuvo hasta que nació el niño por Anais desapareció al tenerlo en sus brazos. Aquella criatura necesitaba a su padre puesto que, para su desgracia, su madre no se preocupaba de nadie más que de ella misma. Sin embargo, la manera tan particular de tocar provocó que Federith se acordara de ella.

Anais, la única mujer que hacía que su odio por la imperfección desapareciera con una leve sonrisa. La única que podía romper sus tímpanos sin pensar que cualquier gallina de granja era más diestra en el arte musical que la muchacha. La única que se sentaba a su lado mientras él le mostraba cómo debía sonar una pieza de amor tan entrañable sin dejar de mirarlo con aquellos tiernos ojos verdes. Sin esperarlo, ese estado de irascibilidad se tornó en tristeza, en dolor, y en cada paso que daba hacia el salón, su deseo por hacer parar la música se hacía más agónico, más desesperante. No era

justo que alguien le recordara, mediante un horroroso vals, el mayor fracaso de su vida: no vivir al lado de la mujer por la que latía su corazón.

Alargó la mano hacia la manivela para abrir la puerta e interrumpir esa barbarie, pero cuando apreció que sus dedos no eran capaces de enredarse en la manilla para hacerla girar, decidió calmarse antes de entrar. Tuvo que respirar varias veces, aunque no alcanzó el ansiado sosiego, seguía roto de dolor, destrozado por el recuerdo de un imposible. Apoyó la frente sobre la puerta y dejó que la mente le ofreciera lo que tanto había evitado pensar desde que se casó con Caroline. Vio de nuevo el pequeño cuerpo de Anais sentado frente al piano, destrozando con gracia la pieza que tocaban sus delicados dedos. La escuchó reír y sonaron de nuevo las burlas que la niña le dedicaba cuando le indicaba que era demasiado perfeccionista con todo aquello que le rodeaba. La recordó a su lado dirigiéndole unas miradas de complicidad que solo ellos captaban, los paseos por el campo mientras le hablaba sobre las expectativas que sus padres habían fijado en él. De repente, un nudo en la garganta le presionó con tanta fuerza que solo se calmó tras acariciarse esa parte del cuerpo. No la había olvidado, pese a crear un capítulo nuevo de su vida, ella seguía presente. ¿Cómo eliminar la mejor época de su vida? Esa inquietud que le sobrecogía cuando la esperaba. Ese estado de agitación que sentía al notar la presencia de Anais a su lado. Y por supuesto, jamás podría borrar las emociones que sintió al besarla. Su primer beso, su primera muestra de amor hacia ella. Con la luna como testigo, con la noche ocultando sus figuras, se unieron dos bocas temblorosas por el deseo.

«Anais...», murmuró sin voz. Nunca había amado a una mujer de forma semejante. Nadie había ocupado su lugar desde que se marchó. Sí, se había casado. Sí, había desistido en su afán por encontrarla, pero ni mucho menos compartía la absurda idea de que ella estaba muerta, se negaba a ello. Su interior le gritaba que vivía, tal vez en un lugar muy alejado de Londres, en otro continente quizá, pero seguía respirando. «Lo siento... Lo siento mucho, mi amor», volvió a susurrar.

De pronto la música paró y sus recuerdos cesaron también. Tragó saliva e intentó recomponerse. Era una locura, una demencia presentarse en el interior de aquella habitación y gritar que no se le ocurriera tocar una pieza que le hacía daño. Él debía seguir su vida sin mostrar el pesar que sentía al no encontrar a la mujer que amaba. Debía ocultar sus sentimientos como había hecho hasta ahora. Sin saber el motivo por el que lo hizo, cogió el reloj, este temblaba al igual que su mano, y leyó la frase grabada: «Un verdadero amor

no desaparece con el paso del tiempo». Pero debía desaparecer, necesitaba olvidarla de una vez por todas. Nada podía entorpecer la convivencia que sobrellevaba con su esposa, con la madre de su hijo.

Fijó las plantas de los pies en el suelo y se giró para marcharse, para no cometer una tontería. ¿Qué pensarían si el educado señor Cooper blasfemaba por una sandez semejante? Posiblemente que se había vuelto loco. No, no debía continuar, necesitaba olvidar todo y dejar que la vida fluyese al ritmo que había decidido. Frunció el ceño y apretó la mandíbula antes de dar un paso hacia el salón en el que se encontraban Roger y Spencer, sin embargo, al escuchar las risas de quienes permanecían en el interior, se quedó inmóvil. No podía marcharse sin averiguar al culpable de su perturbación, sin poner rostro a quien le rasgó una herida casi cicatrizada.

Abrió la puerta con sigilo, apoyó la cadera en el marco de la puerta y se cruzó de brazos sin apartar la mirada de las dos figuras que permanecían sentadas frente al instrumento. Solo reconoció a Natalie, quien movía su cabeza de un lado para otro divertida. Pero Federith clavó sus ojos en la otra silueta. Era una mujer. Su cabello rubio, muy parecido al de la niña, estaba recogido en un moño bajo embellecido por dos grandes trenzas. El vestido negro ocultaba la esbelta silueta, aunque dejaba entrever que se trataba de una mujer con exuberantes curvas. Permaneció callado, expectante. Se sintió como un vulgar mirón, como esos hombres que miraban con lascivia a todas las hermosas jóvenes de una fiesta, pero a pesar de intentar alejarse de allí y dejarlas disfrutar de un momento tan íntimo, no consiguió dar un paso. Necesitaba averiguar quién era ella y por qué había tocado tan mal como su Anais.

—¡Dios mío! ¡Ha sido espantoso! —exclamó Natalie entre risas.

—Ya se le dije, señorita Bennett. Por desgracia, no poseo el don musical que usted necesita —dijo Anais contagiándose de las risas de la niña.

—Si la señora Dooye la escuchara, la tendría practicando todo el día —continuó la pequeña riéndose.

—¿Qué serían de aquellos que no pudieran taparse los oídos si lo hiciera? —afirmó antes de soltar una gran carcajada.

—Ha sido la interpretación más penosa que he escuchado en mi vida —comentó Federith desde la entrada—. Si Chopin hubiera tenido la oportunidad de oír cómo un vals tan hermoso se destruye bajo unas manos tan inexpertas, habría muerto en el acto.

—¡Tío Federith! —gritó la niña al tiempo que se levantaba del asiento y

corría a sus brazos.

Anais dejó de respirar al oír su voz. Podían existir en el mundo miles de hombres que se llamasen Federith, pero solo uno podía tener un tono tan cálido y especial. Intentó levantarse y saludarlo como debía hacer una criada, pero su cuerpo estaba rígido y las piernas le temblaban. Él estaba allí, detrás de su espalda. Si se giraba, si lo miraba, todo su afán por ocultarse se desvanecería. Había rezado para que no coincidieran, para que la señora Cooper hubiera visitado a la marquesa sin su esposo o incluso que se tratara de otro hombre con el mismo apellido, pero Dios la había ignorado de nuevo, seguía sin dejarla vivir.

Miró sus manos, no paraban de temblar, la inquietud producida por la aparición de aquel hombre era cada vez más intensa. Con torpeza las posó sobre la falda, creyendo que de este modo se calmarían, pero no fue así. Seguían vibrando y, para su desgracia, con más ímpetu.

—Hola, Natalie, ¿cómo se encuentra la niña más bonita de Londres? —preguntó mientras alzaba a la pequeña Bennett para hacerla girar sobre sí misma.

—Triste, bastante triste —respondió la niña cuando la dejó en el suelo y apartó uno de sus mechones de la cara.

—Yo también lo estaría si la persona que debe instruirme en un arte tan bello como la música tocara de esa forma —comentó sarcástico.

Debía mirar a la niña, debía dirigir su mirada hacia ella al hablar, pero sus ojos se habían clavado en aquella figura femenina que no se había movido de su sitio y que, según parecía, no tenía la intención de levantarse para saludarlo. ¿Cómo podía ser una persona tan maleducada? ¿Acaso la vergüenza que padecía tras tocar de una manera atroz le impedía comportarse como debía?

—¡Ella no es la señorita Dooye! —exclamó sonriente—. Ella es la señorita...

—Mil perdones, milord —respondió Anais interrumpiendo a la pequeña para que no desvelara su nombre. Hizo un gran esfuerzo al hablar porque no le salían las palabras. Pero no había manera coherente de salir de aquella situación. No podía convertirse en ratón y escabullirse, debía enfrentarse y salir ilesa. Respiró profundamente antes de levantarse, dar dos pasos hacia ellos y ocultar su rostro agachando la cabeza—. Siento si sus oídos han sufrido por el desastre que he creado. Como informé a la señorita Bennett antes de comenzar, no soy diestra en dicho instrumento.

Anais hizo una pequeña genuflexión y mantuvo el rostro inclinado hacia el suelo. Presa del miedo, intentó hacer que su mente se relajara y le ofreciera alguna solución a su problema. Debía salir de allí lo antes posible, pero como era lógico, no podía echar a correr sin más, necesitaba hacerlo de manera correcta, sin levantar sospechas.

—¿Tan mal sonó? —preguntó Natalie mirando a ambos.

—Horroroso —afirmó Federith sin dejar de observar a la mujer.

Podía sentir la inquietud, el bochorno que padecía tras su aparición y la tensión que había provocado sus inapropiadas palabras. Él no debería haberle hablado con tal descaro, no era propio que un caballero opinara de manera semejante de una desconocida. Pese a que se sentía enfurecido por haberle recordado que la herida que creyó sanada no lo estaba, su actitud era recriminable.

—Si me disculpa —empezó a decir Anais mientras se dirigía hacia la salida—, he de volver con...

—Siento si le han molestado mis palabras, señorita... —Cooper esperó a que la mujer se presentara y le diera la oportunidad de excusarse por su comportamiento, aunque por cómo ella se acercaba a la salida, por cómo su cuerpo seguía tenso, mucho se temía que no deseaba una disculpa sino alejarse.

—No se preocupe, milord. Quien debe pedir perdón soy yo por destruir un hermoso vals. —Estaba cerca de la salida, apenas le quedaban cuatro pasos para liberarse. Pero él no se movía. No se apartaba de la puerta para facilitarle el paso. ¿Por qué? ¿Acaso debía ponerse de rodillas e implorarle que no la mortificara más por haber destrozado un vals? «¡Oh, Dios mío! —pensó Anais—. ¡Sigues siendo el mismo estirado y perfeccionista de siempre!».

—Tío Federith, no seas tan duro con la señorita Price. Yo la obligué a tocar a pesar de que me advirtió de que no lo hacía con soltura —medió la niña preocupada por la situación que estaba padeciendo la señorita Price. No era correcto que la regañaran por algo que ella había provocado y se sentía culpable de ello.

Federith contuvo la respiración al escuchar el apellido. Perplejo miró a ambas. Natalie había dejado de sonreír y lo miraba suplicante. Tal vez la pequeña creyó que él estaba enfadado por la aberración ocurrida con el piano, sin embargo, su estado de perplejidad no se debía a eso, sino al escuchar el apellido de aquella extraña.

—¿Cómo has dicho que se llama? —insistió Federith procurando que su tono de voz no mostrara la desesperación que vivía, tratando de ocultar que su corazón latía con tanta fuerza que estaba a punto de saltar del pecho.

—Es la señorita Price, ¿Anais Price, verdad? —preguntó la criatura inocentemente mirando a la mujer para que esta confirmara su respuesta. Al no hacerlo, al verla tan petrificada, prosiguió con la aclaración—: Tío Federith, la señorita Price es la dama de compañía de la condesa Cwoner, la invitada de Evelyn.

—¿Se llama usted Anais Price? —soltó alzando la voz.

La pregunta la realizó solo para ella. Necesitaba que le confirmara o le negara las palabras de la impetuosa niña, pero no le contestó. La mujer seguía callada, agarrando con fuerza la tela de su vestido. Federith la miró con descaro, sin importarle la presencia de Natalie. Observó la esbelta figura femenina, la claridad de aquel cabello e incluso prestó atención a la forma de sus manos. No, no podían ser la misma persona. Ella no era su Anais. Aquella mujer no tenía en común nada con la niña que mantenía en su recuerdo. Sin embargo, todo su ser le gritaba que estaba en lo cierto, que no había en el mundo dos mujeres que tocaran de igual forma. Con una aparente tranquilidad, se arrodilló frente a Natalie y con voz dulce le dijo:

—Natalie, ¿podrías hacerme un favor? —Ella asintió ilusionada—. La reunión que convocó Roger ha terminado y me gustaría marcharme lo antes posible. ¿Puedes informarle a la señora Cooper que me espere en el *hall* dentro de diez minutos?

—¿Vas a regañarle? —inquirió la niña preocupada.

—No, solo deseo averiguar quién la enseñó a tocar de esa manera para no contratarlo jamás —respondió tranquilo, mientras dibujaba una sonrisa.

—Está bien —resopló la niña—. Te haré el favor. Pero prométeme que no...

—Prometido —afirmó Federith sin borrar la sonrisa.

Natalie abandonó la sala dejándolos solos. Anais había dado unos pasos hacia atrás, esperando que, si aumentaba la distancia, él fuera consciente de la inapropiada situación. Ya no era un hombre soltero, estaba casado y no debía comprometer su reputación por una tontería semejante. Sin embargo, si el hombre que recordaba seguía oculto bajo aquel traje impecable, no la dejaría marchar hasta que consiguiera su objetivo y, muy a su pesar, el propósito de Federith era averiguar quién era ella.

—Milord... —susurró suplicante.

Federith se levantó, colocó sus manos en la espalda y caminó hacia ella. Deseaba mirarla a los ojos, necesitaba verlos y descubrir que sus sospechas no eran ciertas. En el mundo debían existir miles de mujeres con el mismo nombre y apellido. Sin embargo, necesitaba aclarar esa duda, que aquella desconocida le indicara que sus pensamientos erraban. Porque de lo contrario, si aquella mujer era quien creía que era, toda su vida se trastornaría.

—Así que... Anais Price —dijo con tono sereno pero firme—. ¿Es usted acaso pariente de los fallecidos Kingleton?

—No, milord, no conozco a esa familia —mintió y tras ello, echó unos pasos hacia atrás para evitar aquella cercanía que intentaba crear entre los dos.

—¿De dónde es usted, señorita Price? —Se quedó parado. No quería asustarla, no pretendía que echara a correr y que huyera como si frente a ella se encontrara el mismísimo Lucifer.

—Milord, ¿no cree que es inapropiado que permanezcamos a solas?

Intentó hacerle entrar en razón indicándole que aquella intimidad entre ambos no era correcta. Además, si continuaba preguntando, si continuaba acercándose, descubriría que la sospecha que rondaba por su mente era cierta. Si bien había pasado el tiempo, si bien ella no había mantenido semejanza alguna con la niña que se marchó de Londres una década atrás, estaba segura de que Federith encontraría algo que le desvelara su verdadera identidad. Siempre había sido muy observador. Al contrario que ella, él nunca abandonaba su estado de alerta, de alarma. Por eso le salvó de aquel impacto, de aquella piedra que, con su cuerpo como escudo, no la dañó. Anais, aunque se hallaba en un estado de nervios desmesurado, rememoró aquel momento al igual que la sensación de protección que él le proporcionó. Pero todo había cambiado, ya no podía salvarla de su pasado, de los hechos realizados por un padre demente, ya no era la misma niña...

—Tiene razón, señorita Price, pero no debe preocuparse por su honor. Todo el mundo conoce que soy incapaz de asaltar a una mujer y mucho menos después de casarme —dijo sardónico.

—Aun así, no es adecuada esta situación, milord —alegó mientras procuraba mantenerse firme.

—¿Está intentado eludir mis preguntas, señorita Price? —soltó levantando una de sus cejas rubias.

—No, señor —respondió sin mirarlo.

—Entonces, deje de rehusar mis demandas y dígame quién es la persona que ha estado cerca de la hermana de mi mejor amigo. Como comprenderá, mi deber es proteger a aquellos a los que amo —expuso con calma.

—Si desea saber quién soy, tan solo debe preguntarle a la mujer a quien sirvo, milord. La condesa viuda de Crowner le ofrecerá toda la información que desee al respecto —se defendió.

—Tiene usted razón, señorita Price —dijo mientras dibujaba una enorme sonrisa en su rostro—. Pero mucho me temo que soy un hombre muy impaciente y creo que su señora tiene otras cosas más interesantes que apaciguar las inquietudes de un hombre casado. Además, podría sospechar, erróneamente por supuesto, que mis pretensiones hacia usted abarcan algo más que averiguar quién es la persona que tengo frente a mí.

—¿Qué desea saber, señor Cooper? —preguntó alzando por fin su rostro y enfrentándose al hombre que, según advertía, no la dejaría marchar hasta que contestara sus preguntas.

—¿De dónde es? ¿Está segura que no conoce a la familia de los condes Kingleton? —Sus palabras apenas se escucharon. Su tono sonó suave, débil, apagado desde el instante que sus ojos se clavaron en aquel iris verde.

—Soy la dama de compañía de la condesa Crowner —reafirmó endureciendo la mandíbula—. Creo que eso es más que suficiente para usted —soltó antes de tomar fuerzas y caminar decidida hacia la salida.

No podía permanecer allí por más tiempo, tenía que correr y sentirse a salvo de sus propios deseos. Aquella arrogancia, aquella forma de hablarle, la estaba enfureciendo tanto que deseaba gritarle quién era en realidad y que la dejara en paz, como había hecho durante tanto tiempo. Anais caminó tan rápido que, para su desgracia, levantó más de lo debido las puntas de sus zapatos y se quedaron atrapados en el vestido. Alargó las manos, intentando aferrarse a la banqueta donde minutos antes habían permanecido sentadas la niña y ella, pero no alcanzó a tocarla. Antes de apoyarse en el asiento, unas grandes manos rodearon su cintura.

—Señorita Price, ¿está usted bien? —Federith notó un extraño calor en sus manos. La razón de ese aumento de temperatura no tenía nada que ver con sostener el cuerpo de la mujer, sino de sentir esa figura viva en ellas. Notaba cómo su respiración le acariciaba las manos y cómo emanaba de ella el aliento que creyó no tener. Era real. Era ella. Debía soltarla, debía alejarla de su lado y no asustarla más, pero no, no lo hizo. ¿Cómo iba a ser capaz de aflojar el agarre y perderla de nuevo?

—Suélteme —susurró la mujer agachando aún más su rostro hacia las fuertes muñecas. Notaba el aliento de Federith en su espalda, sentía cómo sus dedos atravesaban la tela de su ropa, percibía algo que ni su único prometido le provocó en los meses de cortejo, ansiedad y necesidad de permanecer así durante el resto de su vida.

—Anais... —susurró suavemente Cooper—, no quiero hacerte daño. Solo quiero saber si eres tú.

—¿Quién milord? ¿Quién cree que soy? —Se liberó de aquellos firmes brazos y se giró hacia él.

La distancia era tan minúscula que podían rozar sus labios con un pequeño movimiento. Anais advirtió cómo el pecho masculino se elevaba y bajaba al compás de una respiración agitada y que la indiscreta cercanía la dejaba escuchar el fuerte latir del corazón. Sin saber por qué, cerró los ojos e inspiró hondo. Oía demasiado bien. Esa mezcla de ropa almidonada, tabaco y el perfume que, para su desgracia era el mismo que utilizaba desde su juventud, le causaron un aturdimiento tan increíble que perdió las fuerzas. Creía que lo había olvidado, creía que todo se había quedado en el pasado, pero no, allí estaba. Doce años después, seguía sintiendo una atracción inexplicable hacia el hombre que prometió protegerla, cuidarla y que faltó a su promesa. Desesperada, colocó las manos sobre el pecho del hombre y lo empujó.

—No vuelva a acercarse a mí, milord —gruñó enfadada—. Si vuelve a hacerlo, tomaré medidas al respecto.

Y sin alegar nada más, se giró sobre sus pies y caminó hacia la salida sin mirar atrás.

Federith continuaba en estado de *shock*. No sabía cómo afrontar todo lo que había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Ella estaba viva, ella estaba allí. Pero... ¿por qué no quería decirle quién era? ¿Quizá se sentía azorada por la situación en la que había regresado a Londres? ¿Quería mantenerse oculta porque era una dama de compañía? No, eso no era el único motivo. Tenía miedo, demasiado. Sus ojos verdes desvelaron que sentía pavor, no solo por su inapropiada cercanía, no solo porque al ver cómo cerraba los ojos él había estado tentado de besarla. Era algo más y estaba seguro que aquel pavor se había creado en el pasado. Con paso lento y cabizbajo, se dirigió hacia el salón donde Roger y Spencer permanecían encerrados. No tardarían en salir, pero no les esperaría fuera. Tenía la intención de entrar y beberse al menos tres copas de oporto antes de sujetar el brazo de la mujer que se había

convertido en su esposa.



—Inoportuno... —murmuró Caroline enfadada cuando salió del salón.

La pequeña mocosa le había informado que su marido la esperaba en el *hall* para marcharse y aunque le dijo que le hiciera saber que todavía no deseaba regresar a su hogar, aquella niña de pelo rubio insistió en la decisión de Federith. Terminó por levantarse y despedirse de la marquesa y la condesa. No podía quedarse sentada esperando la respuesta a la pregunta que le había hecho a la viuda. «Se sentirá muy triste por no haberle dado un heredero al conde y encontrarse en esta situación, ¿verdad?». Esa fue su demanda cuando hablaron sobre la razón por la que aquella joven viuda permanecía en Londres. Pero justo cuando iba a tener lo que deseaba, fueron interrumpidas por los gritos de la pequeña insolente. Caroline miró por encima de su hombro hacia el interior del salón. Permanecían sentadas, tranquilas e incluso algo aliviadas por su ausencia. Hablaban entre cuchicheos, evitando que ella escuchara, desde la puerta, la nueva conversación. Había estado cerca, muy cerca de lograr lo que tanta gente deseaba averiguar.

Airada, decidió esperar la aparición de su esposo sin moverse de allí. Quizá conseguiría afinar su oído lo suficiente para obtener más información. De repente, escuchó unos pasos dirigirse hacia ella. Con rapidez, enderezó su espalda y dibujó una leve sonrisa, que aumentó al ver que no era su esposo quien se acercaba sino el señor Spencer. «¡Oh, gracias, Dios mío!», dijo para sí. La suerte estaba de su parte. ¡Por supuesto que sí! No habría tenido la oportunidad de averiguar por qué la condesa no había dado hijos a su esposo, pero tenía otra opción, una que sería mucho más interesante en las conversaciones que mantendría con el resto de las damas de la sociedad. ¿Quién rehusaría a hablar con ella del primer encuentro entre dos personas que no se conocen y que se odian por un legado tan importante?

—Buenas tardes, señor Spencer. —Caroline, al advertir que el hombre andaba con enormes zancadas para alejarse con rapidez del hogar, lo frenó con su saludo.

—Señora Cooper —respondió Leopold alargando su mano y rozando los dedos femeninos con un leve toque de sus labios.

—Perdone si le interrumpo —dijo con un falso sofoco—. Pero ¿sabe si mi esposo tardará en salir? Llevo tiempo esperándolo aquí fuera y me hubiese gustado permanecer algo más con la marquesa y la condesa viuda de Crowner —soltó con ironía.

Leopold dio un paso hacia atrás. Procuró que su rostro no mostrara el asombro de las palabras de aquella mujer. Ella aún seguía en aquella casa y más cerca de lo que ansiaba. Clavó sus ojos en la puerta, todavía sin cerrar como era debido para respetar la intimidad del interior, y mantuvo una pose tranquila, relajada, mientras contestaba a la mujer que tenía frente a él.

—No tardará, cuando salí del salón, ellos se disponían a abandonar la sala —aclaró rápidamente—. Si me disculpa, he de marcharme. Tengo asuntos que atender en mi negocio.

Pero la intención de la mujer no era que se alejara sin crear un encuentro entre ambas personas. Debía proseguir con su plan, así que intentó dar dos pasos hacia la salida cuando, desafortunadamente, sus pies se entrelazaron y perdió el equilibrio. En ese momento, Spencer que continuaba mirando hacia el interior de la salita, advirtió el tropiezo de la señora Cooper y, como haría cualquier caballero, se abalanzó sobre ella para que no terminara en el suelo. De manera deliberada, Caroline extendió una mano hacia atrás y empujó la puerta donde se encontraban las mujeres. El portazo y la extraña forma en la que se encontraron los dos, provocó que tanto Evelyn como Priscila interrumpieran su diálogo para levantarse de sus asientos y mirar perplejas hacia ellos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué torpeza! ¡Gracias, señor Spencer, por no dejarme caer! —exclamó con supuesta vergüenza.

—¡Lady Cooper! ¿Qué sucede? —preguntó Evelyn sorprendida al tiempo que caminaba hacia ellos.

—¡Oh, querida! Mis pies han tropezado y gracias al señor Spencer no he caído al suelo.

Leopold soltó con rapidez a la mujer, mantuvo la distancia y se quedó mirando a la mujer que no deseaba ver. Ella tenía los ojos clavados en él, asombrada, pasmada al tenerlo delante. No le cabía duda de que sabía quién era; el hombre que la asaltó en su jardín. El que la besó y la acarició sin poder frenar su instinto más primario, su deseo.

—¿Se encuentra bien? —se interesó la marquesa que no dejaba de mirar a Priscila y a Leopold. Se extrañó al ver aquel tipo de mirada. Según había hablado con anterioridad, ella no conocía al sobrino de su difunto marido,

pero aquellos ojos, aquella expresión, indicaban que no era cierto.

De repente dos figuras aparecieron junto a ellos. Roger presentaba en su rostro el mismo asombro que Evelyn. Sin embargo, Federith evitaba observar la situación ocurrida con su esposa centrándose en el interior del salón donde solo había permanecido una mujer, la dama de la condesa.

—¿Qué sucede? —gritó Roger con una mezcla de ira y de incertidumbre. El rostro aturdido de su esposa lo enfureció de manera sobrehumana.

—Parece ser que la señora Cooper ha tropezado y el señor Spencer ha evitado una desafortunada caída —indicó Evelyn con retintín.

—¡Caroline! —exclamó Federith enfadado.

Al centrarse en lo ocurrido descubrió que la maldad de su esposa iba más allá de lo que nunca hubiera imaginado. Rápidamente observó a las dos figuras que se mantenían rígidas, tirantes y eran incapaces de apartar los ojos uno del otro. Abochornado, enfadado por el acto tan cruel de su esposa, la cogió del brazo y habló a Roger.

—Si no le importa, me gustaría regresar a mi hogar en unos de sus carruajes, mucho me temo que mi esposa puede haberse torcido un tobillo en este desafortunado incidente. —Ambos se miraron durante unos instantes. Sin tener que decir ni una sola palabra, Cooper se disculpaba por la actuación inoportuna y malvada de Caroline.

—Por supuesto, le informaré a Anderson que... —empezó a decir mientras colocaba sus palmas en la espalda e intentaba mantenerse sereno.

—Puedo acompañarles yo mismo —dijo con tono serio Leopold.

Quiso dejar de observar tan descarado a la condesa, quiso darse la vuelta y no tener que seguir presenciando el asombro de ella, pero era imposible hacer cualquier cosa que deseara. La tenía enfrente, a escasos pasos de él y, aunque pareciese aterrador, todo su cuerpo demandaba acercarse y abrazarla. Necesitaba respirar su aroma, su esencia, el olor a mujer y flores silvestres. Ese repentino apetito, ese repentino deseo, provocó en Leopold una inmensa discrepancia entre el deber y el placer. No, no podía dejarse llevar por algo tan efímero, tan absurdo, tan inaudito. Aunque el marqués le había ofrecido una buena alternativa para que el propósito de echarla de Longher desapareciera, había nacido otra razón por la que debía mantenerse alejado de ella, la necesidad de tenerla a su lado.

—No quiero causarle molestia alguna... —comentó Caroline manteniendo esa falsa inocencia.

—No será ninguna molestia, señora Cooper —afirmó tenso.

—Gracias, señor Spencer, por su ofrecimiento, nos vendrá bien regresar a nuestro hogar para averiguar el alcance de este tropiezo —señaló Federith visiblemente enfadado.

Apretó con más fuerza el brazo de Caroline, se despidió de las mujeres y de su amigo y sin poder echar un último vistazo a Anais, que continuaba paralizada en mitad de la salita, caminó hacia la salida.

Roger esperó a que Leopold anduviera tras ellos, que se alejase, pero se quedó parado unos instantes. Observó cómo aquel titán volvía a tensar sus tendones, aumentar sus músculos hasta querer hacer girones el traje que vestía. Parecía consternado y mucho más enfadado que cuando apareció en la reunión. Pero tras contemplarlo con más detalle descubrió que no era enfado lo que sentía sino asfixia. Aquel inmenso hombre se sentía turbado ante la presencia de la condesa. Sus ojos se habían ennegrecido y brillaban mucho más que las estrellas del cielo. La mandíbula, oculta bajo una oscura barba descuidada, estaba tensa. Con discreción observó el pequeño cuerpo de la mujer y lo que vio lo dejó sin aliento. No, no podía ser. Ellos no se conocían para reaccionar de aquel modo, sin embargo, lo hacían.

Apenas habían salido los Cooper cuando Spencer se decidió a actuar con corrección. Extendió la mano hacia Roger y, después de un fuerte apretón, miró a las señoras.

—Buenas tardes —comentó con aparente tranquilidad.

—Milord —respondió Evelyn.

Los marqueses esperaron a que la condesa procediera de la misma manera, pero no fue así. Seguía rígida, asombrada y perdida en sus pensamientos. Evelyn terminó por cogerle del brazo para hacerla regresar a la salita, aunque no advirtió la mirada que se echaron aquellos dos antes de que Leopold abandonara la casa. Por supuesto, Roger sí que la descubrió y tras dibujar una pequeña sonrisa en su rostro, se giró sobre sus talones y regresó al salón intermedio. «Ahora entiendo tu ira —pensó—. No es fácil admitir que la mujer a quien deberías odiar provoca en ti un sentimiento muy diferente al que deseas». Y tras cerrar la puerta, se sentó en su sillón y tomó el resto de licor que había dejado en su vaso antes del alboroto.

XIV



Anais, tras recobrar el aliento cuando Federith se marchó, caminó hacia Priscila una vez que accedió al salón. Su deber era auxiliarla, conseguir que mermara el sofoco que le había producido aquella situación. Se culpaba de no haber insistido en que rechazara la invitación, puesto que la muchacha nunca se había visto involucrada en circunstancias parecidas. Jamás había presenciado tanta furia o rabia en un grupo de personas, siempre se mantuvo alejada de conflictos que no le correspondían. Sin embargo, mientras aferraba la mano de su señora para conducirla hasta el sillón, Anais empezó a meditar sobre las posibles razones de aquel sofoco. Era inaudito que sintiese tanta empatía por los anfitriones y que actuara de esa manera. Procuró rememorar la situación, una mujer agarrada de la cintura por un hombre que no era su esposo, la desesperación de los marqueses y Federith observando con cautela la escena. No había nada que justificase su aturdimiento, pero notaba cómo le temblaban las manos y su semblante palidecía, y no le resultó coherente que exhibiera la actitud de una niña asustada.

—¿Desea un vaso de agua, señora? —preguntó intentando hacerla despertar de aquel extraño trance. Priscila asintió despacio, como si le costara mover la cabeza para afirmar.

—Creo que será mejor que le traigan una infusión de tilo —comentó la marquesa mientras se sentaba junto a la condesa.

—No quiero que se moleste —dijo Priscila sin dejar de mirar al suelo—. Es mejor un vaso de agua.

—No es ninguna molestia, querida. Además, yo también necesito tranquilizarme después de lo ocurrido.

Anais las miró desconcertada. Seguía sin saber qué estaba sucediendo. ¿Qué habría pasado en su ausencia? Entonces un temblor semejante al de la condesa recorrió su cuerpo. Ella también necesitaba calmar la inquietud que le provocó ver a Federith y que, para su desgracia, la reconociera. Creía que

sus cambios físicos y el paso del tiempo harían que se olvidara de ella, pero no fue así. Él la había llamado con familiaridad, había susurrado con la misma calidez que antaño su nombre y, para su padecer, le causó un efecto tan sedante como aterrador. En mitad de sus cavilaciones escuchó la voz de la marquesa.

—Lo siento mucho... —murmuró Evelyn acariciando las manos agitadas de la condesa—. Le prometo que en ningún momento quise que esto ocurriera.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué todo el mundo se ha alterado por un traspié? —se aventuró a preguntar Anais que se había retirado unos escasos pasos de las señoras y las miraba ansiosa.

—Mucho me temo que una desgracia —respondió Evelyn con tristeza.

—¿Señora? —preguntó la muchacha intentando escuchar la razón por la que se sentía tan desconcertada.

—No ha sucedido nada —dijo al fin Priscila. Levantó el rostro hacia su dama y dibujó una pequeña sonrisa.

—Le juro que mi esposo me prometió que no se encontrarían —empezó a decir la marquesa—. Me prometió que ninguno de ustedes se verían.

Ante la confesión de Evelyn, Priscila se movió hacia ella y abrió los ojos como platos. ¿Qué sabía aquella mujer sobre el encuentro que había tenido con aquel hombre? ¿Acaso todo el mundo ya había descubierto que fue asaltada, besada y acariciada por el extraño?

—Explíquese —dijo la condesa expectante.

—De manera fortuita —habló Evelyn tras resoplar—, mi esposo tenía una reunión con lord Cooper y lord Spencer. No sabía que ellos aparecerían en nuestro hogar hasta que me resultó imposible advertirla de tal encuentro.

—Prosiga —la animó Priscila con una aparente calma.

—Como bien sabe, el señor Spencer posee la imprenta a la que hizo referencia la dependienta de la tienda de esta mañana y mi esposo quería ofrecerle cierto negocio. —Evelyn tomó aire y observó a la muchacha. Parecía ansiosa por averiguar qué estaba intentando decir. Sin embargo, dudaba de si lo que iba a contarle era lo que esperaba puesto que, si no recordaba mal, durante la conversación indicó que no conocía al sobrino del conde. Aunque aquella manera de mirarse, aquella tensión que ambos mantuvieron, la advertía que las palabras de la mujer no eran ciertas—. En su defensa, alegaré que no conocía nada sobre la invitación ni tampoco su aceptación a visitar mi hogar. Pero ya sabe usted los testarudos que se ponen

lo hombres en cuanto a temas de negocios y por mucho que le increpé su inoportuna decisión, él, como caballero, no podía posponer esa reunión tan importante.

Anais se sentó inadecuadamente, su instinto femenino le gritaba la verdadera razón de aquella explicación. El señor Spencer, el caballero que se había quedado petrificado al ver a su señora salir del salón, era el sobrino del conde. Pero, aunque fuese así, ¿qué razón tendría Priscila para alterarse de esa forma? Ella no lo conocía, ella no sabía quién era el pariente de su difunto marido así que... ¿por qué sintió aquel malestar?

—Creí que mantendría su palabra y pienso que hubiese cumplido su promesa si no llega a tener la señora Cooper ese inoportuno tropiezo —expuso con retintín—. No sé cómo compensarla, Priscila. No sé cómo hacer que su inquietud desaparezca después de conocer al sobrino de su difunto marido.

Priscila dejó de respirar, incluso notó que su corazón se paralizaba. No daba crédito a lo que afirmaba la marquesa. No. No era cierto. Aquel hombre no podía ser el futuro conde Crowner. De golpe, su cabeza se llenó de dudas y de respuestas dolorosas. Empezó a sentirse mareada y todo a su alrededor comenzó a dar vueltas. Aquel hombre la había asaltado en su jardín para asustarla, para evitar que se quedara con la residencia. Era malvado. Un ser sin escrúpulos. De pronto cerró los ojos, intentando evocar aquel momento, intentando descubrir en qué instante él quiso hacerle daño, pero no halló nada salvo calidez, ternura y suavidad.

—¿Priscila? ¡Hábleme, por favor! —exclamó Evelyn mientras palmeaba la mano de la desfallecida muchacha.

Anais corrió a su lado y se quedó sin habla al ver a su señora desmayada.

—¡Por el amor de Dios, milady! —exclamó al tiempo que le hacía aire con una servilleta que encontró en la mesa—. ¡Despierte!

En ese instante, entró Wanda con la tetera de agua caliente y las ramitas de tila. Al ver tal escenario, posó los utensilios sobre la cómoda que había en la entrada y corrió hacia las mujeres.

—¡Se ha desmayado! —dijo Evelyn angustiada.

Sin pensárselo dos veces, la doncella cogió la servilleta con la que Anais abanicaba a su señora, regresó hacia el lugar donde tenía la tetera y metió la prenda en su interior. Una vez impregnada en agua caliente, regresó hacia la condesa y sin pensárselo dos veces se la colocó en el rostro.

—¡Está loca! —gritó Anais—. ¡Puede quemarla!

Wanda no replicó. Dejó posada la prenda húmeda hasta que el calor provocó un tono rosado en las mejillas de la condesa. Cuando apartó el paño, los ojos de la joven estaban abiertos.

—Bienvenida —dijo satisfecha por su acto.

Miró con desdén a Anais y, sin poder borrar la sonrisa de su rostro, decidió no encararse con aquella mujer. Prefirió dejarlas solas. Aunque, como era de esperar, escucharía tras la puerta.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Evelyn. La condesa viuda intentó incorporarse, pero ella evitó que lo hiciera—. Descanse un poco. Debe recomponerse del mareo.

—Informaré al cochero que nos espere en la entrada —habló Anais con determinación—. He de llevarla a casa lo antes posible.

—Espera... —murmuró Priscila sin apenas voz.

—¿Milady? —preguntó enarcando las rubias cejas.

—Antes de marcharnos necesito hablar con la marquesa —comentó mientras empezaba a levantar la espalda.

—No creo que sea...

—Déjanos solas, Anais. Cuando hable con ella regresaremos a Longher —dijo mostrando en cada palabra algo más de firmeza.

—Como desee —soltó a regañadientes la joven que, después de hacer una leve reverencia, salió de la salita.

Evelyn la miró con tristeza. Había sido una incauta por desvelar quién era el señor Spencer, pero había dado por sentado que la muchacha lo sabía por la manera en la que se miraron y la tensión que mostraron al estar uno al lado de otro porque, si no era ese el motivo de aquel alterado encuentro, ¿qué sería?

—Quiero preguntarle algo —comenzó a decir Priscila mientras miraba a la mujer sin parpadear.

—Puede preguntarme lo que quiera, Priscila.

—Bien. Como habrá podido advertir, no tenía conocimiento de que el señor Spencer era... es el sobrino de mi difunto esposo —expuso evitando no mostrar dolor, uno muy semejante al que podía sentir una mujer con un corazón roto. Porque así se hallaba en ese momento. No solo traicionada, no solo humillada, sino también dolida por entender que aquel hombre tan solo quería asustarla para obtener la segunda parte que le correspondía por convertirse en el futuro conde.

—Lo siento, de verdad que... —intentó excusarse de nuevo.

—Por favor, no quiero más disculpas. Tarde o temprano el encuentro entre ese caballero y yo era inevitable, aunque para ser sincera me alegro que haya sucedido en su presencia. Pienso que usted es una mujer bondadosa y clara puesto que, de lo contrario, no me habría informado de la verdadera identidad de ese caballero.

—He de decirle que después de apreciar cómo lo observaba y la perturbación que ha suscitado su presencia en usted, deduje que ya conocía al señor Spencer —expuso mientras se sentaba a su lado.

—Su conjetura es cierta. Conocía a ese hombre, pero por otro motivo —dijo sin poder contener el rubor—. Sin embargo, me gustaría aclarar la razón por la que el señor Spencer y yo nos hemos visto en otro momento. Siempre que usted me prometa que esta conversación no saldrá de aquí.

—¡Oh, por Dios! ¡Claro que no saldrá de aquí! Pese a lo que acaba de vivir, soy una mujer... —empezó a alegar.

—Solo quiero una amiga, Evelyn. Una que me ayude a responder a la pregunta que no alcanzo a entender. Tal vez crea usted que debido a mi vida matrimonial tengo mucha experiencia en temas de caballeros, pero no es así. Soy bastante inepta en ello. Aunque después de hoy, he aprendido que los hombres no son lo que desean aparentar, que bajo un rostro afable esconden la malicia de un monstruo.

—Priscila, puede confiar en mí y le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla. Sea lo que sea —sentenció Evelyn antes de agarrarle las manos y apretarlas con fuerza.



—¡A la imprenta! —gritó a viva voz Leopold a su cochero cuando los Cooper bajaron del carruaje.

Sin tan siquiera pensar en ofrecer ayuda al matrimonio, Spencer echó la cabeza sobre el almohadón no sin antes golpeársela varias veces. Había sucedido la mayor catástrofe de su vida y no sabía cómo remediarla. Intentó relajarse meditando sobre el contrato con el marqués, sobre la nueva forma de inversión, aunque no logró tranquilizarse nada en absoluto. Seguía viéndola frente a él, asustada por su presencia, por descubrir que el hombre que la asaltó se encontraba a escasos pasos de ella.

Leopold apretó sus puños con tanta fuerza que dejaron de tener ese color rosado para convertirse en blanco. Estaba tan confundido, tan destrozado, que lo único que deseaba era aparecer en el club y enfrascarse en alguna pelea. Sí, necesitaba eliminar su ira a base de golpes, de asestar todos los puñetazos que pudiera a un contrincante y que este le propiciara los suficientes para relajarlo. Pero mucho se temía que esa confrontación no lo liberaría de ese estado de malestar, de tristeza, de aflicción. Ella lo había mirado con miedo, con un exagerado pavor. Añadiendo, por supuesto, la inoportuna visión que le ofreció mientras agarraba por la cintura a la señora Cooper. Habría pensado que era un depravado, un hombre acostumbrado a asaltar a las mujeres que se cruzaran en su camino. Por eso percibió ira en sus ojos, por eso se quedó tensa, inmóvil al verlo.

Leopold gritó con fuerza y su grito hizo que el carruaje parase de inmediato. Al advertir que el cochero bajaba, sacó la cabeza por la ventanilla y vociferó que continuara. El sirviente, desconcertado y asustado por la actitud de su señor, regresó a su asiento y prosiguió. Leopold estaba demasiado agitado para ir a la imprenta. Se pondría a chillar a cualquier que se pusiera delante. Resignado, golpeó tres veces el techo del coche, pero el conductor no paró. Lo intentó de nuevo, esperanzado a que comprendiera que en ese momento sí que deseaba que parase.

—¿Milord? —preguntó el hombre desde su asiento.

—Dirígete a Reform —comentó con un tono menos airado.

—Por supuesto, señor.

Y tal como le había indicado, cambiaron de rumbo. Aunque no era un hombre que ahogara sus penas en alcohol, esa noche haría una excepción. Tal vez hasta conseguiría estar tan ebrio que terminaría durmiendo en la cama de alguna prostituta del burdel de la señora Johnson, y finalizaría ese tiempo de celibato que se impuso para no dejarse llevar por los placeres carnales dejando a un lado su verdadero objetivo: convertirse en un hombre de provecho.



—¿Ahora te duele el otro pie? —preguntó Federith tras observar que su esposa había cambiado la cojera—. Creí que te habías torcido el derecho —dijo con sarcasmo.

—Me duelen ambos —comentó Caroline enfadada.

—Ya veo...

Sin soltarla, llegaron hasta la puerta de la casa. Tras ser recibidos por el mayordomo, Cooper decidió alejarse de Caroline para poder relajar ese estado de nerviosismo que le había producido descubrir que Anais estaba viva. Ella no había fallecido como le habían hecho creer y, para su fortuna, estaba en Londres. Sin lugar a dudas era la noticia más importante de su vida. Ahora nada le impediría averiguar dónde había permanecido, qué le había sucedido para ocultarse de todo aquel que la buscaba y por qué intentaba resguardar su verdadera identidad a la única persona que ansiaba ayudarla.

—¿No vas a acompañarme hasta mi dormitorio? —La demanda de Caroline lo dejó inmóvil. La miró por encima del hombro y observó que ella se encontraba dispuesta a soportar su compañía. Pero él no podía aceptar esa proposición. No iba a dejar que su propósito, el único que ansiaba lograr después de tanto tiempo, fuera abandonado por meterse en las sábanas de una mujer tan cruel y falsa.

—Esta noche no. Necesito repasar ciertos documentos antes del alba — se excusó mientras caminaba hacia el despacho.

—Pero puedes hacerlo después de acompañarme. Te prometo que no te entretendré demasiado... —comentó con un tono tan cariñoso que Federith deseó vomitar.

—En otro momento, Caroline —pronunció al tiempo que cerraba la puerta.

Enfadada por su rechazo, subió las escaleras con rabia. No podía creer que rehusara su presencia. Aunque no se iba a dar por vencida. Una noche, solo una de cada mes lo utilizaba por si volvía a quedarse embarazada de Graves. La única ocasión que Eric le permitía entregarse a su marido por el bien de la relación puesto que, si volvía a quedarse encinta y no consumaba la unión matrimonial durante ese período, Federith sospecharía sobre la fidelidad de ella y no estaba dispuesta a alejar a su amado por unos minutos de tormento.

Con el ceño fruncido sentenció que, aunque él intentara evitarla, terminaría cediendo. ¿Qué hombre la rechazaría si apareciera desnuda en su alcoba? Con una sonrisa que le cruzaba la cara, Caroline subió las escaleras y pidió que le prepararan un baño. Debía llevar a cabo su plan y nada ni nadie se lo impediría.

Dos horas más tarde, cuando el silencio reinaba en el hogar. La señora

Cooper se puso una bata de seda y, tras averiguar que su esposo no se hallaba en la habitación, bajó las escaleras para dirigirse al salón donde debía de permanecer. Sin embargo, se quedó desconcertada cuando allí tampoco lo encontró.

—¿Dónde está? —espetó al mayordomo cuando lo vio aparecer en el pasillo con la intención de dirigirse a la cocina.

—¿Señora? —preguntó el criado abochornado ante la inapropiada vestimenta de la esposa.

—Mi marido, ¿dónde está? —insistió airada.

—Ha salido, milady —respondió agachando la cabeza.

—¿Cuándo? ¿Hacia dónde? —La ira se reflejaba en sus mejillas.

—Momentos después de subir usted a su alcoba, señora —dijo antes de esperar el tiempo prudencial para que ella dijera si necesitaba su servicio. Al no hacerlo, al no ordenar nada, caminó con rapidez hacia la cocina. No deseaba que cualquiera de los empleados del señor lo descubriera en una situación tan azorada.

—¡Bastardo malnacido! —exclamó Caroline mientras regresaba a su habitación.

XV



Anais esperaba que, después del altercado y de la inquietud de su señora, esta decidiera regresar a Longher lo antes posible, pero erró en su suposición. Tras mantener una intensa charla con la marquesa, la condesa la reclamó para informarle que había aceptado pasar el resto de la tarde con los anfitriones y que ella podía acompañarles a cenar. Al principio luchó para hacerla cambiar de opinión con toda la verborrea posible, pero no sirvió de nada. Priscila fue terca en su decisión y para ello utilizó el chantaje emocional, algo que dejó a Anais sin palabras. Cuando escuchó de la boca de la mujer que asistía, que ella misma no había dejado de decirle que debía encontrar una amiga con la que mantener una buena amistad, con la que poder intercambiar confidencias, y que por fin la había encontrado, quiso retroceder en el tiempo y morderse la lengua. Tenía razón. Durante sus años de servicio y al verla tan sola, insistió en que debía hallar una mujer amable para poder vivir el apego, el apoyo y la simpatía que podía ofrecer una buena amistad, pero no quería que empezara a poner en práctica sus consejos en ese momento, le urgía regresar al hogar para averiguar la causa de ese desmayo.

Por mucho que Priscila le dijo que el sofoco se debió al nerviosismo que padeció al malinterpretar la escena que encontró en la puerta, puesto que creyó que eran dos amantes escondiéndose del esposo, sabía que mentía. Cada vez que ella intentaba ocultar una verdad, por el motivo que fuese, Priscila se tocaba el lóbulo derecho y acariciaba con suavidad el pendiente. Y eso fue lo que hizo. Allí, frente a ella, mientras le hablaba del sofoco que debió padecer la esposa al encontrarse en tal situación, Priscila subió la mano e hizo el gesto sin percatarse de ello. La señorita Price se mantuvo callada y evitó que su señora no notara que reconocía la falacia en sus palabras. Si ella prefería mantener oculto el verdadero motivo por el que padeció el disgusto, sus razones tendría.

Resignada por permanecer unas horas más en aquel lugar, comenzó a

caminar por el largo pasillo que conducía hacia la cocina. Aceptaba a regañadientes que la condesa cenara con los marqueses, pero ella se mantendría alejada. No debía exhibirse en público, necesitaba resguardarse de todas las miradas que pudieran perjudicarla, y evitar la presencia de la única persona que conocía su identidad era primordial. Mientras recorría con lentitud la galería, observó con sumo cuidado todo aquello que encontraba a su alrededor. Desde su llegada había estado tan preocupada por el estado de la condesa y por evitar otro encuentro con Federith, que no había prestado atención a la residencia de los Riderland. Cualquier persona acomodada a un título aristocrático como el de marqués debía exhibir en el interior de su casa esa riqueza y poder social, sin embargo, no estaba contemplando nada de lo que suponía habitual. No era propio que unos marqueses apenas utilizaran muebles, ornamentos o enseres poco ostentosos. Lo habitual en la mansión de una familia con dicho título era que todo lo que alcanzara su vista mostrara el poder adquisitivo que poseía, pero nada de lo que contemplaba tenía un gran valor económico. Desde los cuadros que cubrían las paredes nacaradas, los floreros rebosantes de flores cogidas del jardín, las alfombras colocadas bajo los muebles de caoba, donde no podían ser ensuciadas por las pisadas, e incluso las cortinas que cubrían los ventanales eran demasiado sencillos para unos marqueses.

Anais rememoró la ostentación que presentaba la casa en la que vivió durante su niñez. Su madre, desde que se casó, procuró adquirir todo aquello que podía sugerir riqueza en los Kingleton. Hasta decidió exponer una figura con silueta de mujer en el salón principal. Como era de imaginar, ese modelo de madera no estaba desnudo, sino que lucía el tesoro máspreciado de los Kingleton: el vestido que llevaba puesto la abuela de su padre en la ceremonia matrimonial. Un precioso ajuar de seda blanca comprada en Francia. Anais solo recordaba los bordados de ese vestido. Para una niña pequeña no eran más que dibujos de color dorado, pero para aquellos que ya tenían algo de madurez advertían que el hilo entrelazado estaba bañado en oro. Sí, su bisabuela había llevado un vestido de novia bordado en ese precioso metal. Por supuesto, la pomposidad de los Kingleton era inmensa y por ese motivo añadieron al maniquí las joyas que la primera condesa lució en la boda.

Los ojos de Anais se ensombrecieron al evocar el día que aquel tesoro desapareció de su hogar. Su madre sufrió un desmayo y su padre clamó al cielo palabras que no debería escuchar una niña tan pequeña. Según alegaron,

había sido robado, aunque mucho se temía que la verdad no fue esa, sino que su padre lo empeñó para pagar cualquier deuda que le reclamaban. Con la tristeza del primer momento en el que su vida empezó a destruirse, prosiguió avanzando por el pasillo. Llegó a la puerta del salón musical. La miró con temor, con cierto recelo incluso. Allí había permanecido Federith escuchando la pieza hasta que decidió intervenir. Había aguantado estoicamente el destrozo de su amada obra de Chopin.

Anais apretó los puños y continuó el paso. El recuerdo de ese hombre volvía a inquietarla, o tal vez ese estado de desasosiego se debía a cómo reaccionó su cuerpo ante la presencia de él. Por un instante, tan solo por una milésima de segundo, le hubiera encantado mantenerse más tiempo sostenida en sus fuertes brazos y dejar que el confort que estos le proporcionaban continuara el resto de su vida. Pero debía mantenerse firme y evitar otro encuentro furtivo con él. Porque lo que fue en el pasado nada tenía que ver con lo que era en el presente. Atrás quedó la niña que necesitaba la fuerza de la mano de Federith para enfrentarse a sus miedos. Se había convertido en una mujer fuerte, luchadora, pero también atormentada por el hecho más cruel que podía realizar el ser humano: sesgar vidas. No, no podía permitir que alguien descubriera en qué se había convertido aquella inocente niña...

Estaba a punto de darse la vuelta para redirigirse a la cocina cuando una hermosa luz del exterior captó su atención. Avanzó lo justo para quedarse frente a los ventanales y mirar hacia el cielo. Todavía no habían corrido las cortinas de aquella zona de la residencia y el brillo de la luna provocaba la falsa ilusión óptica de que aún perduraba el día. Caminó tan silenciosa hacia el ventanal que apenas se escucharon sus pasos. Se colocó frente al cristal y vislumbró el paisaje del exterior, interesándose en las montañas, los árboles, el jardín y el pequeño balcón por el que se accedía a él por la última ventana del pasillo. Anais miró a ambos lados, esperando encontrar a alguien que la detuviera, pero las sonrisas que escuchaba de los sirvientes de la casa le indicaron que estaban más ocupados en alimentar sus estómagos que en descubrir dónde se ubicaba la dama de compañía de la invitada.

No sopesó por más tiempo su decisión, avanzó rápida hacia la ventana, se situó frente a los tres metros de cristal, alzó la mano hacia el cerrojo y, pese al estruendo que formó la oxidada cerradura y el esfuerzo que realizó para desencajarla, la abrió.

La suave brisa que corría, las figuras que dibujaban las nubes en el cielo y esa luminosidad que le ofrecía una visión tan íntima del lugar en el que se

encontraba causaron en Anais una sensación de libertad que no sentía desde tiempo atrás. ¿Cómo podía definir con una palabra lo que sintió al dar el primer paso hacia el exterior? La presión, la angustia vivida durante tantos años, desapareció como por arte de magia. Había añorado Londres, había añorado aquella humedad, aquel frío que calaba hasta alcanzar los huesos y el paisaje que, aunque para algunos resultaba sombrío, para ella era maravilloso. Cerró sus ojos dejando que el vello de su cuerpo se erizara ante la caricia del ligero viento. Y entonces sucedió algo que había evitado con todas sus fuerzas. Su mente le ofreció un sinfín de imágenes en las que se encontraba feliz, alegre. Correteaba por los alrededores de su hogar con libertad. Saltaba muros, trepaba árboles y caminaba descalza por la hierba. Su pelo siempre bailaba al compás del viento, por eso, cuando trotaba libre por los alrededores de su hogar debía tener cuidado de no enredarse el vestido entre las piernas, si es que esa noche no había decidido escaparse en camión. Cualquier jovencita se habría avergonzado por realizar tales hazañas, pero ella no. Ella se sentía demasiado bien como para reprocharse ese inapropiado comportamiento.

De repente abrió los ojos, deseando hacer desaparecer aquellas felices representaciones, aquel maravilloso pasado. Mas su mente no obedeció a ese mandato. Como si se tratara de una película, las imágenes en las que se veía riendo, carcajeándose o incluso llorando de felicidad no tenían fin. Entonces lo vio. Allí, a su lado, cogiéndole una de sus manos, acompañándola en cada momento inolvidable, se hallaba el muchacho de ojos azules y de cabello dorado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó al sentirse igual que Pandora cuando abrió la caja que debía mantener cerrada.

Aturdida, caminó con torpeza hacia el barandal de piedra que intentaba alertar del peligro a todo aquel que merodeara en el balcón. Posó sus manos sobre la balausta extendiendo sus brazos y metió la cabeza entre ellos para apaciguar el sinfín de arcadas a las que le sometió su cuerpo. Aquellos recuerdos, aquella felicidad, le estaban causando en el presente un increíble deseo de sacar de su estómago lo poco que había ingerido esa misma tarde. Ya no sentía alivio con el aire que entumecía su cuerpo, ni quería mirar el resplandor de esa luna que aparecía tras la montaña. Deseó cerrar los ojos y que al abrirlos nunca hubiese nacido. Que su padre jamás hubiera conocido a su madre, que nunca se encontraran, ni que pactaran su matrimonio. Sin embargo, nada de eso podía cumplirse. Si ella ansiaba terminar con todo, si

de verdad necesitaba que su existencia finalizara, tendría que hacerlo ella misma.

Levantó la cabeza y dejó las manos temblorosas extendidas hacia el horizonte. Parecía una sonámbula caminando hacia adelante. Notó cómo la piedra tocaba su cintura, cómo presionaba su abdomen. Si tan segura estaba de ello, si tan firme era su decisión, qué mejor lugar para terminar con su vida que en la ciudad donde fue feliz. Anais cerró los ojos, respiró y...

—Si está pensando en volar, siento anunciarle que no lo conseguirá. El ser humano no posee alas y, según tengo entendido, son indispensables para realizar un acto de tal magnitud. —La voz de un hombre que se escondía entre las sombras hizo que ella se parase en el acto.

Anais no tuvo que darse la vuelta para averiguar quién era la persona que estaba a su lado. Esa forma de hablar, ese tono aristocrático, solo podía pertenecer a un hombre, Federith.



Cuando cerró la puerta del salón donde pretendía pensar en lo ocurrido, descubrió sorprendido que no ansiaba resguardarse entre cuatro paredes sino que deseaba volver a casa de los Riderland y averiguar si su conclusión era cierta. Por mucho que la mujer esquivaba afirmar su identidad, por mucho que intentaba alejarse de él para que no la descubriera, él sabía quién era en realidad. Sin embargo, esa insistencia por ocultarse le causó un desconcierto que, aunque no era oportuno dada su situación familiar, debía calmar. Habían pasado muchos años, demasiados quizá. Pero ella había regresado. Por suerte, por una vez en su vida, el destino le había premiado.

Tras beberse su quinta copa de jerez, se levantó del cómodo asiento y caminó hacia la puerta. No podía permanecer allí por más tiempo, necesitaba respuestas y la única manera de encontrarlas era enfrentándose a la mujer que no quería verlo. Despacio y un poco aturdido por la embriaguez, salió del salón para dirigirse al *hall*. Como era de esperar, su mayordomo lo escuchó y salió a su encuentro.

—¿Milord?

—Voy a salir. Necesito una capa —dijo con calma. Aunque esa paz tan solo era aparente. Su cuerpo se hallaba en un estado de agitación tan inmenso que apenas podía respirar.

—Por supuesto, señor —respondió el sirviente posando la prenda en sus manos—. ¿Desea que informe a la señora Cooper de su ausencia?

—Si ella pregunta, sí. Si no lo hace, no se moleste en dar explicaciones —apuntó al tiempo que se anudaba el cordón en el cuello.

—Como desee —contestó el fiel mayordomo mientras cerraba la puerta tras la salida de su amo.

Federith miró hacia el cielo. Otra vez había luna llena, aunque las nubes intentaban ocultarla. Se levantó una suave brisa que agitó su capa como si se tratara de una bandera ajustada a un mástil. Bajo la oscuridad de la noche y vestido de aquella manera, más que un lord parecía un bandido a punto de asaltar a una víctima. Y así se sentía. Iba a asaltarla y no regresaría a su hogar hasta que Anais respondiera a todas sus preguntas y, para el padecer de la mujer, tenía más de cien.

Metió las manos bajo la prenda y bajó las escaleras con rapidez. La necesidad, la urgencia de verla era tal que en vez de esperar a que el cochero apareciera con el carruaje, decidió caminar bajo la tenebrosa noche. No había mucha distancia, la justa para meditar qué razones lógicas podía alegar cuando apareciera en Lonely Field. De repente, una duda lo confundió. Estaba demasiado seguro de que aún permanecía allí, pero ella podía haber abandonado el hogar de los Riderland para regresar a la residencia de la condesa viuda. Federith suspiró profundamente. Se encontraba tan aturdido, tan confuso, que le resultaba difícil determinar qué dirección tomar. Presa del pánico se llevó la mano hacia el corazón. Este latía desmesuradamente. «Llévame ante ella —susurró—. Indícame dónde puedo encontrarla, por favor». El viento volvió a soplar. Esta vez más fuerte. La capa se alejó de su cuerpo, marcando una dirección que él reconoció con rapidez. El destino no estaba escrito todavía, necesitaba cambiar muchas cosas y entre ellas, todo lo referente a Anais.

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro cuando advirtió que el carruaje de la condesa viuda permanecía estacionado en el jardín de los marqueses. En ese momento, justo en ese instante, Federith quiso llorar de alegría. Era la primera vez que se alejaba de su estimado raciocinio y confiaba en las palabras que su corazón le gritaba. Ella estaba allí. En algún lugar de aquel edificio permanecía su querida Anais. Controlando las ganas de correr y golpear la puerta para que Anderson le abriera, subió las escaleras con su habitual tranquilidad. La brisa continuaba moviendo su capa y era tal la insistencia en retirarse de su cuerpo, que el cordón empezaba a asfixiarlo.

Maldijo en silencio la intensidad del viento y el desesperado deseo por dejarlo sin respiración. Se llevó las manos hacia el cordón para aflojarlo y fue en ese momento cuando escuchó el chirrido de una ventana. Federith dirigió sus ojos hacia el balcón de la izquierda.

Se sorprendió de que algún sirviente lo abriera después de la orden de Roger tras descubrir que Logan se escapaba por las noches, así que, creyendo que el jovencuelo intentaba abandonar de nuevo la residencia, se dirigió hacia allí. No había duda de que ambos hermanos tenían el mismo carácter. Nada les frenaba si algo les rondaba por la cabeza y, en el caso de Logan, ese algo era el burdel de la señora Johnson. Para su décimo sexto cumpleaños a John se le había ocurrido la ingrata idea de despertar al muchacho el deseo por las mujeres. Aunque lo que no parecía entender el indio era que los Bennett no necesitaban ese tipo de enseñanzas. Su sangre ya les gritaba dónde y cómo debían actuar frente a una mujer. A pesar de que Riderland se había jactado de yacer con un centenar de féminas, ansiaba evitar que su hermano siguiera sus pasos. Tenía la firme idea de que, en alguna de sus escapadas, Logan terminaría preso de un acto de pasión y se arrepentiría el resto de su vida. Así que le prohibió todo lo que le pareció inapropiado.

Escondiéndose entre las frondosas hiedras que cubrían los muros de la mansión, avanzó hasta el balcón. Sus ojos seguían buscando la silueta del joven, sin embargo, lo que vio en el exterior no era la figura de Logan sino la de una mujer. Sorprendido a la par que confuso, decidió preservar la intimidad de aquella persona y continuar con su propósito, pero al ver cómo ella extendía sus manos hacia la baranda y metía la cabeza entre los brazos, se quedó perplejo. La persona que se hallaba en aquel lugar no se encontraba bien, algo terrible le sucedía. Pero... ¿quién sería? ¿Por qué alguien del servicio de Roger se encontraba en una situación tan agónica? Inmóvil y sin poder apartar la vista de la silueta, permaneció oculto, expectante a los movimientos de la mujer. Deseaba no mostrarse, continuar camuflado entre la vegetación, pero al ver que ella se decidía a saltar hacia el jardín, desistió en su empeño. Avanzó dos pasos y habló.

—Si está pensando en volar. Siento anunciarle que no lo conseguirá. El ser humano no posee alas y, según tengo entendido, son indispensables para realizar un acto de tal magnitud. —Su tono, pese a ser suave, exhibía sarcasmo. Se colocó detrás de ella, observando cómo su aparición la tensaba —. ¿No había pensado en ello? —insistió al advertir que la mujer no se giraba para averiguar quién había interrumpido su deseo de saltar.

—No tenía la intención de volar, señor Cooper —dijo al fin Anais. Le hizo falta recopilar toda la fuerza que poseía en su afligido cuerpo para responderle con palabras.

—¿Señorita Price? —espetó asombrado a la par que aterrorizado—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué ansiaba saltar? —continuó preguntando mientras sus pies avanzaban hacia ella.

—Sigue errando en sus conjeturas, milord —alegó al tiempo que se giraba para enfrentarse a aquel hombre—. Mi propósito no era saltar, sino dejar que el viento...

—¡No mienta! —gruñó Federith. Antes de que ella decidiera salir corriendo, como parecía desear, la cogió de los brazos con fuerza y la zarandó—. ¡No vuelvas a mentirme!

—¡Milord! —exclamó Anais atónita. Su mirada bajó hacia las manos de Federith, que la agarraban con ímpetu, como si quisiera evitar que la sangre fluyera por sus miembros.

—Anais, ¿por qué quieres hacerme creer que no eres tú? ¿Por qué insistes en...? —continuó haciéndole preguntas sin dejar de apretar la mandíbula.

—¡Está borracho! —le increpó al inspirar el aroma a licor que desprendía el hombre. Presa del pánico empezó a moverse, se afanó por escapar, por alejarse de él.

—Sí, lo estoy —afirmó sin titubeos—. He bebido todo lo que he tenido en mis manos para no volver hasta aquí, para hacer desaparecer esa maldita idea de haberte encontrado, de no sentir esta felicidad al descubrir que sigues viva.

—Suélteme, se lo suplico. Deje que me vaya... —murmuró agachando su rostro. Evitando encontrarse cara a cara con él.

—Te soltaré, Anais. Prometo que lo haré si tú me hablas con franqueza —señaló con la poca cordura que poseía.

No recordaba cómo le hacía sentir cuando estaba tan cerca, ni el poco control que poseía a su lado. Anais volvía a enloquecerle, a dejarlo en un estado de aturdimiento que le resultaba imposible controlar. Pese al tiempo transcurrido entre ellos, la química que desprendían aun encontrándose enfadados, brotaba por cada poro de sus pieles.

—¿Qué desea saber? —dijo después de tomar aliento, de abandonar las ganas de huir y darse por vencida.

¿Para qué enfrascarse en una batalla que ya estaba perdida? Federith no

había sido nunca un hombre que se convenciera con facilidad ni tampoco se retiraba ante el primer obstáculo que hallara en su camino. Era determinante en sus pensamientos, si se obstinaba en alcanzar un objetivo luchaba por lograrlo hasta el final.

—Todo —sentenció Federith—. Quiero saber todo de ti. ¿Dónde has estado? ¿Cómo fue tu vida? ¿Cómo llegaste a convertirte en la dama de la condesa? Y... —se paró un segundo, tiempo que necesitó para tomar aire y reanudar el interrogatorio—. ¿Por qué ansías hacerme creer que no eres la hija de los condes Kingleton? ¿Qué te sucedió para rehusar con tanto ímpetu el apellido de tu familia?

Anais notó cómo su cuerpo empezaba a debilitarse. Se le aflojaron las rodillas y las manos permanecieron laxas a ambos lados de su cuerpo, sintiéndose incapaz de mirarlo. No podía responder a todas sus interrogantes y ni mucho menos estaba dispuesta a declarar que no deseaba comentar los desastres que había padecido su familia. La condenaría. Por supuesto que lo haría, como tantos otros si descubrieran que las muertes de su abuela y de su madre fueron causadas por el maldito bastardo que la engendró.

—Anais... —susurró. Al ver cómo ella se debatía con sus pensamientos, cómo luchaba en su interior, aflojó las manos para liberarla. Pero en vez de apartarla de él, Federith la retuvo mediante un abrazo—. Dime qué ha sido de la muchacha que conocí. Dime qué atrocidades padeciste hasta llegar hasta aquí. Cuéntamelo, Anais, cuéntamelo todo. Te prometo que nada de lo que escuche saldrá de mi boca. Recuerda cómo éramos y la complicidad que siempre hubo entre los dos. Yo no he cambiado y estoy seguro de que tú tampoco.

No podía hablar. Tan solo deseaba mantenerse así, sintiendo el calor de él. La esencia masculina, el olor a prenda almidonada, su perfume e incluso el aroma a licor provocaron en la mujer un estado sedante, narcótico. No era adecuado notar un bienestar tan inmenso. Debía apartarlo, alejarse y correr hacia el interior de la casa. Pero esa cercanía le proporcionaba un confort que no había tenido durante años. Para su desgracia, para su terrible pesar, él era el único ser que podía consolarla. Tal vez por eso insistió en evitarlo, en que no descubriera quién era en realidad. Ella sabía que, en sus brazos, a su lado, perdería toda esa fuerza que necesitaba para continuar siendo la mujer en la que se había convertido.

—Háblame, te lo suplico —dijo Federith mientras colocaba la barbilla sobre la cabeza de Anais y la abrazaba con fuerza—. Necesito escuchar tu

voz. Necesito oírla para continuar respirando —confesó—. No te imaginas el calvario que he padecido durante estos años. Te busqué, te juro que lo hice. Indagué sobre tu familia, sobre los posibles lugares en los que habías permanecido, pero nadie te recordaba. Nadie sabía nada de ti. Habías desaparecido de la faz de la Tierra y todo el mundo te creyó muerta —expuso antes de suspirar—. Todo el mundo menos yo.

—Tenía que haber muerto... —dijo sin apenas voz antes de romper a llorar.

Después de la revelación, las manos de Cooper regresaron a los débiles brazos femeninos. La distanció lo justo para poder contemplar su rostro. Las lágrimas vagaban libres por las mejillas de Anais, sus ojos mostraban una descomunal tristeza y su boca, aquella maravillosa boca, temblaba de miedo. En ese momento la ira se apoderó de él. Se convirtió en un monstruo. Nunca había sentido una rabia semejante, siempre había sido un hombre tan sensato que, cuando contemplaba ese comportamiento en Roger lo reprendía por no entenderle. Pero ahora la situación había cambiado, ahora comprendía cómo un hombre cabal se transformaba en un ser despiadado. Solo el daño causado a la persona amada provocaba dicho trastorno. Maldijo al destino, al futuro y a todo lo que podía haberle sucedido durante todos esos años. Deseó apartarse de la mujer y golpear lo que encontrara a su paso. Necesitaba descargar su ira y aplacar la mente. Pero en vez de eso, sin dejar de sentir el temblor que le ocasionaba el aumento de adrenalina en su cuerpo, acercó los labios a las sensibles mejillas femeninas y besó cada lágrima que vagaba por el atormentado semblante.

—Si hubieses muerto —retomó su exasperada confesión—, si mi corazón me hubiera gritado en algún momento de mi vida que no te volvería a ver, ambos estaríamos ocultos bajo tierra.

—Federith... —balbuceó la mujer asombrada por las palabras de él.

—Anais... ¡Dios mío! —exclamó al tiempo que la atraía hacia su boca—. Te he echado tanto de menos... He soñado miles de veces con este día...

Cooper posó sus labios temblorosos sobre los de su querida Anais. No fue más que un beso casto, sin lujuria. Pero esa muestra de ternura fue suficiente para destrozarse la barrera que la mujer había construido durante su pasado. Como por arte de magia, todas las atrocidades vividas se borraron de su mente. Solo alcanzaba encontrar los momentos que vivió felices con el hombre que le proporcionaba el desahogo que su cuerpo había demandado durante años. Notó cómo un extraño calor surgía desde sus entrañas,

haciendo que recobrar vida, aliento y un desesperante deseo por vivir. Azorada, alejó lentamente su boca de la de él. Le urgía ver el rostro del hombre que le despertaba la necesidad de seguir respirando. Aunque se quedó sin aire al ver cómo los rayos de la luna iluminaban sus lágrimas. Él también lloraba, él también mostraba sin pudor el sentimiento que se había despertado entre ellos. Sus brazos, esos que hasta ahora se mantenía extendidos hacia el suelo, ascendieron despacio, alcanzando los pómulos masculinos. Lentamente, deleitándose en esos leves movimientos, Anais eliminó las gotas salinas con los pulgares.

—Un caballero no debería llorar —murmuró sin apenas voz—. No es propio de un hombre que...

No terminó la frase, Federith cogió las muñecas de la mujer, las apartó y volvió a besarla, pero en esta ocasión el beso se hizo más profundo, más impetuoso. La lengua masculina ahondó en su boca, encontrando la suya, atrapándola, capturándola, provocando que los sabores se mezclaran en aquel frenesí de ansiedad y anhelo. No cesó aquella íntima caricia hasta que ambos gimieron de placer, hasta que sus cuerpos se tensaron por una causa diferente a la extrañeza.

—Anais... —susurró nuevamente Federith. Unió su frente a la de ella. Acarició con su nariz la de la mujer y rozó sus labios con su aliento—. No vuelvas a alejarte de mi lado nunca más. Si lo hicieras, si después de encontrarte decidieras apartarte de mí, te juro por mi vida que no habría en el mundo un lugar donde pudieras esconderte.

—Mi querido Fed —murmuró la mujer—. No te imaginas lo alentadoras que son tus palabras. No ha habido un momento de mi vida que no te imaginara así, a mi lado. He luchado contra este terrible deseo durante años y, aunque creí que era firme, después de verte esta tarde descubrí que no es así. Pero has de ser consecuente en una cosa, tu vida ha cambiado, ya no eres libre y yo no soy la hija del conde que conociste. Ahora soy una simple dama de compañía. Una criada, una sirvienta a las órdenes de una buena mujer.

Justo en el instante que iba a debatir sus palabras, escucharon que alguien se acercaba. Federith se apartó de ella, no sin antes cogerle las manos y besarlas. Anais se giró con rapidez hacia el ventanal, mirando de reojo cómo él se escondía entre las sombras. Intentó aplacar el agitado palpitar de su corazón e incluso calmar ese estado de frenesí que él había causado. Respiró hondo una y otra vez, pero nada podía tranquilizarla. Había vuelto, lo había encontrado y seguía haciéndola sentir una mujer especial. Una mujer

que podía enfrentarse al mundo entero sin temor.

—¿Señorita Price? —preguntó Wanda, la doncella personal de la marquesa.

—Sí, estoy aquí —respondió apareciendo a su lado.

—La he buscado por todas partes —comentó enfadada—. Su señora ha decidido marcharse y requiere su presencia.

—Gracias —dijo al tiempo que enderezaba la espalda y se dirigía hacia el *hall*.

Wanda no la siguió, permaneció en la terraza observando a su alrededor. Al no ver nada que le provocara interés, se volvió y cerró la ventana. Esta vez se aseguró de que el candado estuviera bien cerrado. No podía permitir que las órdenes del marqués no se acataran y si, para su desgracia, se escapaba de nuevo aquel granuja, su puesto peligraba.

Cuando Anais llegó al *hall*, casi se desmayó al ver que su señora ya estaba preparada para marcharse. A ambos lados se encontraban los marqueses que dejaron de mirar a la condesa tras su aparición. Como era de esperar, la contemplaron con semblantes interrogantes. Se preguntarían dónde habría podido ocultarse y el motivo por el que no se encontraba al servicio de la dama.

—Disculpen mi tardanza —dijo haciendo una leve reverencia—. Me entretuve en una de las terrazas que su señoría posee al final del pasillo.

—Me han informado que no acompañaste al servicio en su cena —soltó Priscila preocupada.

—No tengo hambre, milady —dijo dibujando una pequeña sonrisa.

—Si lo desea, señorita Price, puedo pedirle a la cocinera que le prepare algo para el camino —intercedió Evelyn tan preocupada como la condesa viuda.

—No se moleste, le prometo que no tengo apetito —reforzó su decisión.

—Entonces —se entrometió Roger que no apartaba la mirada de la recién llegada—. Si me disculpan, he de retirarme. Tengo documentos que atender. Espero verla de nuevo, milady. Ha sido un verdadero placer gozar de una visita tan encantadora y de mantener una tertulia tan animada. —Tomó la mano de la condesa y la besó castamente.

—Lo mismo digo, excelencia —respondió Priscila.

Evelyn lo miró de soslayo, intentando averiguar qué razón tenía su esposo para abandonarlas antes de que las invitadas atravesaran la puerta.

Pero no descubrió nada que le indicara el motivo por el que huía de aquella situación. Una vez que Roger se alejó, se giró hacia su nueva amiga y, tras cogerle las manos, le dijo:

—Esperaré con ansia su presencia en Lonely, Priscila.

—Por supuesto que volveré. Tenemos muchas cosas de las que hablar —manifestó la joven antes de darle un beso en la mejilla.

Expectante, Anais se colocó la capa y caminó al lado de su señora. Algo había ocurrido entre ellas. Aquella forma de hablarse, la complicidad que mostraban, las leves sonrisas dibujadas en sus rostros, no era propio de dos mujeres que acaban de conocerse, sino más bien de unas amigas que confabulaban sobre un tema íntimo. Dio un leve suspiro, uno que solo escuchó ella. Solo esperaba que la marquesa no se asemejase a la esposa de Federith, puesto que aquella dama le había provocado escalofríos. Ese pensamiento volvió a alterarla. Había sido una insensata al dejarse besar por un hombre casado. Pese a que era y, según parecía seguía siendo, su Fed, él había decidido unirse a otra mujer y eso no podía ser obviado. Una promesa de matrimonio, los votos que se realizaban frente a Dios debían cumplirse y si para ello debía alejarse de Federith, haría todo lo que estuviese a su alcance para hacerlo.

—Tenías razón —comentó Priscila cuando el carruaje emprendió el trayecto de regreso a Longher.

—¿En qué, mi señora? —La miró con los ojos entreabiertos, observando cada movimiento que ella realizaba con cautela.

—Necesitaba una amiga y la marquesa es, sin duda alguna, la persona idónea para ese puesto —dijo antes de dibujar una sonrisa que provocó en Anais un increíble estremecimiento.

Roger se dirigió hacia el despacho en el que mantuvo la reunión durante la tarde. Mientras caminaba no cesaba de rememorar la figura de la señorita Price. Estaba tensa y exhibía una fragilidad extraña. Su pálido semblante, el temblor de sus manos y la mirada ausente le señalaban que le había sucedido algo perturbador. Pero su hogar era tranquilo, nadie podía hallarse en peligro entre los muros de Lonely. Buscando la única razón por la que la mujer podía alterarse, accedió al salón y, tras cerrar la puerta, se giró con rapidez hacia su mesa. No estaba solo. Alguien más se encontraba en aquella habitación.

—Acabas de responder a la pregunta que me perturbaba mientras caminaba hasta aquí —dijo con una enorme sonrisa—. Espero que la señora Cooper no descubra tu desaparición porque si es así, pronto la tendremos

tocando la puerta —añadió con mofa.

—¿Desde cuándo sabías que Anais era la dama de compañía de la condesa? —gruñó.

Su mandíbula se apretaba con tanta fuerza que le causaba un gran dolor. Pero más dolor le provocaba sentirse traicionado por su amigo. Después de conocer su historia, después de saber qué importancia tenía Anais para él, no entendía cómo no se lo había comunicado de inmediato.

—Desde esta mañana —concretó Bennett sin hacer caso al enfado de su amigo.

—Y supongo que no has tenido tiempo para mandarme una misiva y explicarme el descubrimiento —dijo con sarcasmo.

—Tenía la esperanza de hablar contigo en persona antes de que la encontraras, pero ya veo que he llegado tarde —indicó divertido—. Aunque no entiendo la razón de esa mirada. Parece que deseas destrozar mi bello rostro a puñetazos. Si estuviese en tu situación intentaría tranquilizarme, además, no te corresponde mantener esa actitud airada.

—¿Cómo quieres que me comporte, Roger? —gritó agarrando con fuerza el vaso que tenía en su mano derecha—. ¿Crees que debería seguir viviendo como si ella no hubiese aparecido? ¿Crees que sería capaz de darle la espalda a la única persona que he amado y amaré? No, no lo haré. Sería incapaz de ser tan ruin. Además, le hice una promesa que debo cumplir. —En cada palabra fue descendiendo su tono de voz.

Llegó un momento en el que ni él mismo se escuchó. Ahogado por la presión, por los sentimientos que le oprimían el pecho, se bebió todo el licor que tenía en el vaso.

—Si eludieras esa promesa me defraudarías. Sin embargo, he de admitir que jamás imaginé que ese amor continuaba vivo después de casarte —habló con un tono tan firme que ni él mismo se reconocía.

Odió en ese momento a William y a su insistente deseo de llenar el mundo con pequeños Rutland. Si el duque hubiera llegado a Londres cuando se lo pidió, le habría dado a Federith un buen consejo. Sin embargo, no había nadie más que pudiera liberar aquella alma en pena y, después del descubrimiento sobre el posible amante de Caroline, no era la persona idónea para ayudarlo. Enfadado, caminó hacia la vitrina para llenar una copa de oporto.

—No voy a abandonarla de nuevo —afirmó con rotundidad—. Ella no volverá a marcharse de mi lado.

—Olvidas una cosa, ya no eres libre. Estás casado y mucho me temo que ese gran amor no se merece que la conviertas en tu amante —concretó el marqués con firmeza.

—¿Por qué piensas que le ofreceré un segundo lugar cuando ella solo se merece el primero? —espetó sorprendido.

—¿Qué otra opción te queda, querido amigo?

—Ya pensaré en ello... —murmuró entornando los ojos.

Roger se dirigió hacia él para sentarse justo en la silla de enfrente. Solo la mesa repleta de papeles los separaba. Esa cercanía ocasionó que pudiera contemplarlo con precisión y, para su asombro, aquel rostro que observaba no era el de su amigo. No distinguió ni una mínima señal de cordura, de sensatez o de amabilidad. Se había transformado en otra persona y, aunque parecía imposible, por una vez en su vida se preocupó por cómo actuaría Federith cuando abandonara Lonely.

XVI



Se tumbaba en la cama, se cubría con la sábana, sentía calor al pensar en lo que iba a hacer al día siguiente y se apartaba la sábana, se levantaba y caminaba por la habitación. Así pasó la velada Priscila. Fue incapaz de descansar ni un solo minuto. Estaba tan nerviosa y tan excitada que deseaba descorrer la cortina y que el amanecer llegara antes de tiempo. Nunca había vivido un estado de agitación semejante. Pero debía ser normal que una persona se comportara así si tenía la intención de realizar algo inapropiado y ella lo iba a hacer.

Sentada frente al espejo, contempló su imagen reflejada. No vio nada en común con la mujer que era meses atrás. Había cambiado. Sus ojos brillaban, sus mejillas se sonrojaban con frecuencia y sus labios engordaron sensualmente, como si invitaran a ser besados. Era una locura sentirse así. Tenía que recobrar la compostura y hacer regresar a la mujer que fue, pero su interior le gritaba que siguiera adelante puesto que ya era hora de vivir lo que tanto anhelaba. Aburrida y desesperada, permaneció en el asiento del tocador rememorando la conversación con la marquesa.

Creyó que Evelyn se horrorizaría al narrarle el encuentro que había tenido aquella tarde con el señor Spencer, aunque no fue así. Tras la última palabra, la marquesa se levantó de su lado y caminó despacio hacia el centro del salón. No la miraba, le daba la espalda, como si sintiera como propia la vergüenza de la joven. Sin embargo, en el preciso momento en el que Priscila empezó a arrepentirse de desvelar su secreto, se giró hacia ella y presentó un rostro repleto de furia.

—Los hombres suelen ser bastante exasperantes —comentó al tiempo que ponía sus manos en la cintura—. Nunca imaginé que el comedido lord Spencer intentara asustarla de ese modo tan ruin. Se tiene merecido haberse encontrado con una mujer tan bonita como usted —sentenció.

—¿De verdad piensa que el motivo por el que apareció en Longher era

asustarme? —espetó Priscila con tristeza—. He albergado la esperanza de que tan solo lo interrumpí cuando merodeaba por los alrededores calculando cuánto podría obtener de la residencia si alcanzaba a quedársela.

—Podría ser otra de las razones... Sin embargo, apuesto mi cabeza que el principal motivo por el que se escondió entre la arboleda para asaltarla era atemorizarla y que usted huyese a la mañana siguiente —señaló con firmeza.

—Entonces... ¿por qué actuó de esa forma? ¿Por qué me trató con dulzura? ¡No lo entiendo! —exclamó entre sollozos mientras cubría su rostro con las manos.

—Me gustaría aclararle esa duda, querida, pero solo podría decirle que, tal vez, en el momento en el que la vio, todo lo que pretendía hacer se desvaneció como la niebla. —Se acercó a la joven e intentó reconfortarla.

—Él me tocó, me besó... —continuó lloriqueando la desconsolada muchacha.

—Pero no fue rudo en esas caricias ni en los besos, ¿verdad? Según ha contado, él no intentó forzarla a ello —prosiguió con tono suave.

—No. No lo hizo —aclaró con rapidez—. Sin embargo, después de meditarlo y de descubrir quién es en realidad, mucho me temo que pretendió aturdirme con esa amabilidad. Es más fácil enfrentarse a un adversario que muestra brusquedad que a uno que, con cada caricia o con cada beso, provoca una alteración extraña por todo el cuerpo.

—Esa alteración se llama deseo —matizó—. Aunque no creo que él imaginara que tras esas caricias ambos lo sintieran. No obstante, he de confesarle que cuando la ha mirado durante el desafortunado incidente no he percibido odio o ira en sus ojos, sino sorpresa y anhelo —concretó con suavidad.

—No entiendo lo que trata de decirme... —murmuró apartando sus manos de la cara y observando a la marquesa con interés.

—Lo que intento explicarle es que, si estuviera en su lugar, aprovecharía la perturbación que le causó para hacerle desistir en su empeño. ¿Su objetivo era que se marchara? Pues no lo haga. Cambie su comportamiento, muéstrese como una mujer segura de sí misma y luche por mantener la posición que se merece. Después de eso, solo debe dejar que el destino prosiga con aquello que pretende hacer.

—¿Y qué cree que el destino nos tiene deparado, Evelyn? Porque estoy confusa. Si él desea que me marche, si él ansía mi propiedad, ¿está segura de que aferrarme a mi hogar con uñas y dientes cambiará los pensamientos de

ese hombre? —preguntó expectante.

—No lo sé con certeza, lo único que puedo decirle es que, mucho me temo, el destino les tiene algo preparado y será muy distinto al que imaginan... —comentó pensativa.

Después de la conversación sobre el encuentro con el señor Spencer ambas tramaron el plan que debería cumplir esa misma mañana. Priscila no estaba muy conforme con la actitud que iba a aparentar, ni tampoco le apetecía encontrarse cara a cara con aquel hombre, pero creía firmemente en el consejo de la marquesa y si ella creía que era la mejor opción para que todo el mundo supiera que no era la mujer frágil o descarada que pensaban, no le quedaba otra alternativa. Volvió a mirarse en el espejo, sus mejillas se habían sonrojado de nuevo. Cada vez que pensaba en aquel hombre, cada vez que su mente le recordaba las imágenes de aquella tarde, su rostro ardía con fervor. No entendía la causa de tal excitación, ni por qué su corazón se agitaba al pensar en él. Era tan solo un monstruo que se había propuesto apartarla de su camino para lograr quedarse con la herencia de Anthony.

Enfadada, se levantó del asiento y se dirigió hacia la ventana, los primeros rayos de sol aparecían tras las montañas, advirtiéndole que el tiempo de su venganza estaba próximo. De repente, el miedo la asaltó provocándole un sinfín de dudas. ¿Y si no conseguía finalizar aquel plan? ¿Y si la marquesa erraba en su premisa y su aparición no lo confundía? Ella no solía sacar fuerzas y luchar contra el mundo sola, hasta ahora los demás lo habían hecho en su lugar. Sin embargo, necesitaba cambiar su vida. Era el momento idóneo para coger las riendas y enfrentarse al único ser viviente que la detestaba.

—Buenos días, milady. —Anais apareció en la habitación haciendo que su señora diera un respingo—. Lo siento, no creí que...

—Buenos días, Anais. No te disculpes. Mis pensamientos me habían transportado a un lugar muy lejano de aquí y no te escuché llegar.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Porque la noto ausente desde hace algunos días. Tal vez el ambiente de Londres no es el apropiado para usted —se aventuró a decir.

Lady Appelton miró hacia el exterior, pensativa de nuevo. Adoraba lo que tenía frente a ella. Nunca se había sentido tan feliz en un lugar. No, no podía marcharse sin más.

—No me iré a ninguna parte —dijo con firmeza después de unos

instantes.

—Como desee... —susurró al tiempo que caminaba hacia el vestidor para elegir las prendas que debía lucir su señora—. Hoy parece que la lluvia nos ha dado una tregua —cambió rápidamente de tema—. En estos días, los londinenses salen a las calles para pasear. ¿Le apetecería caminar después del desayuno? Podríamos visitar Hyde Park, en esta época del año está precioso. —Cogió del perchero un vestido y, tras observarlo con detenimiento, lo posó sobre la butaca situada a los pies de la cama.

—La verdad es que tengo muchas cosas que hacer. Tal vez en otro momento visitemos Hyde Park —declaró con indiferencia.

—Entiendo... —murmuró clavando su mirada en la muchacha—. ¿Tiene planes con la marquesa, milady? —decidió preguntar. Las damas no intentaban averiguar los planes de las personas a quienes servían, sino que se mantenían expectantes a sus órdenes. Pero Anais nunca fue una doncella que se comportara según los cánones establecidos.

—No, hoy no. Mi presencia en la residencia de los marqueses debe postergarse. He decidido visitar a lady Parks. Si la dependienta no erraba, ya tendrán los nuevos patrones y necesito elegir otros modelos —respondió mientras caminaba hacia la palangana.

—Comunicaré al mayordomo sus deseos —declaró Anais atenta a las palabras y a los movimientos de lady Appelton.

Tenía una corazonada. Desde que se levantó y se dirigió hacia la alcoba de la viuda, su instinto le gritaba que la muchacha ocultaba algo que la perturbaba y que no deseaba desvelarle. Sin embargo, no se daría por vencida. Iba a averiguar de qué se trataba y si tal como imaginaba el aire de Londres no le sentaba bien, la llevaría por la fuerza a Bournemouth.

—Hoy no requeriré de tus servicios, Anais —declaró la condesa después de un prolongado silencio.

—¿Disculpe? —preguntó al creer que no había escuchado bien.

—He pensado que después de tantos años sería justo que disfrutaras de un día libre. Sin duda alguna te lo mereces y estoy segura de que te apetecerá visitar lugares que viste de niña —expuso antes de lavarse el rostro.

—No tengo nada que hacer —señaló aturdida—. Y sobre el deseo de caminar sola por Londres, no me parece una idea aceptable. Como pudo advertir ayer mismo, todo el mundo está pendiente de sus movimientos y sería un escándalo que la gente la contemplara sin una compañía femenina —intentó hacerla razonar.

—¿De verdad piensas que las habladurías de aquellos que no me conocen pueden evitar que prosiga con mi vida? —preguntó disgustada.

—No deseo hacerla enfadar, milady. Sabe usted que es lo último que ansío. Lo que intento explicarle es...

—¡Me da igual lo que opinen los demás sobre mí! —exclamó en voz alta—. He tomado una decisión y la llevaré a cabo.

Anais se quedó paralizada, inmóvil y confundida. La mujer que tenía frente a ella no era la misma que había cuidado durante años. Algo le había sucedido tras la visita a la marquesa. Quizá la influencia de esta no era tan buena como imaginó. Sin embargo, ante un mandato así, tan solo podía acatarlo en silencio. Aunque por dentro le ardía el estómago por hacerla entrar en razón, por debatir aquella inapropiada orden y hacer que su sensatez regresara.

—Puedes hacer lo que desees... —dijo Priscila algo más calmada al observar el aturdimiento que habían causado sus palabras en Anais.

—Lo único que anhelo, señora, es seguir velando por su bienestar —manifestó con suavidad mientras agachaba la cabeza.

—Siempre has cuidado de mí. No ha habido un solo día en el que me hayas abandonado y de corazón te agradezco esa fidelidad. Pero hoy necesito hacer algo por mí misma, sin la presencia de una persona que controle mis determinaciones.

—Señora... —murmuró aterrada.

—No te asustes, no voy a matar a nadie —comentó burlona—. Solo quiero averiguar hasta dónde puedo actuar sin protección. Tú, mejor que nadie, sabes que primero me custodiaron mis padres, luego el conde y después...

—Yo —respondió Price.

—Solo será un día. ¿Acaso no se me puede permitir que durante un día descubra quién soy en realidad y hasta dónde puedo llegar?

Anais, pese a no estar de acuerdo, asintió. Era justo lo que ella pedía. Nunca había podido decidir nada por sí misma y si le bastaba con un día para averiguar cuál era el alcance de su carácter, tendría que aceptarlo.

—Prométame que el cochero velará por usted —dijo dándose por vencida.

—Te lo prometo —soltó antes de caminar hasta ella y abrazarla con fuerza—. Gracias por ser tan comprensiva, eres una mujer muy especial para mí.

Quiso rectificar esa afirmación, pero en vez de hablar la abrazó. Era una muchacha bondadosa y con un enorme corazón. Solo esperaba que nadie le hiciera daño porque si lo hacían, si alguien osaba destruir a la joven, se las tendría que ver con una sirvienta furiosa.



—Señor Spencer... —murmuró Karl con cautela.

Cuando abrió la puerta del despacho y lo vio tirado en el suelo, creyó que estaba muerto. ¿Quién no lo pensaría si encontrase una figura de dos metros desparramada sobre el frío mármol? Pero tras acercarse y observar cómo su abdomen se movía, se tranquilizó. Sin apartarse de su lado, esperando a que este notara su presencia, el empleado no cesaba de pensar en el motivo por el que el sereno y prudente Leopold se había transformado en el insensato y airado lord Spencer. Era cierto que desde días atrás no abandonaba el despacho. Dormía, comía e incluso se cambiaba de ropa en aquella pequeña habitación. Sin embargo, al principio no le dio mucha importancia. No era la primera vez que lo hacía cuando aumentaba la demanda de pedidos. Pero el comportamiento que apreciaban sus ojos no se debía a un exceso de encargos, sino a otra cosa que ni él mismo podía alcanzar a descubrir.

Lo contempló de nuevo, asombrado por la apariencia que exhibía: despeinado, sucio, emanaba una horrible pestilencia a alcohol y presentaba una espesa barba que, al no pasar por un experto ayuda de cámara, crecía silvestre alrededor de su masculino rostro. Karl dio varios pasos hacia atrás, suspiró y pidió auxilio a Dios. El dueño de una empresa tan próspera no podía tener ese estado tan lamentable. Debía entrar en razón lo antes posible. Necesitaba solucionar el problema con prontitud puesto que, si se rumoreaba que el señor Spencer se había convertido en una persona abandonada de la mano de Dios, peligrarían muchos puestos de trabajo y, por desgracia, muchas familias sobrevivían de ello.

Tras suspirar e implorar al Todopoderoso que tuviese clemencia, volvió a susurrar:

—Lord Spencer, ¿puede oírme?

A Leopold le resultaba imposible abrir los ojos. Había terminado la noche peor de lo que esperaba. Después de emborracharse en el club, de

sufrir algún que otro altercado y de ser arrojado a la calle como si fuera boñiga de caballo, desestimó la idea de visitar el burdel para aplacar el apetito sexual que la pequeña hechicera le había despertado. Quizá los litros de licor que corrían por sus venas calmaron esa necesidad que emanó desde que la descubrió, desde que la besó, desde que sintió el aliento de aquella sensual boca en la suya, desde que escuchó el palpitar del corazón, desde que deseó levantarle el vestido para hacerla suya en aquel momento... O tal vez, la verdadera razón por la que decidió no yacer al lado de una prostituta no era otra que tener la certeza de que ninguna ramera experta saciaría la lujuria que aquella muchacha le causaba. Más bien fue ese el motivo por el que se dirigió a su despacho, pero como cabezota obstinado que era no lo afirmaría jamás. Atolondrado y con un terrible dolor de cabeza alzó la mano para que su empleado comprendiera que, por lo menos, seguía vivo.

—Le traeré una taza de café —habló el joven mientras se dirigía hacia la salida.

—Que sea un cubo —comentó Leopold con una voz que no reconoció como propia.

Nunca había tocado fondo. Nunca se había embriagado tanto, pero algo había cambiado y ese algo tenía nombre de mujer. Despacio, se fue levantando del suelo. Tuvo que colocar las palmas sobre el piso y arrodillarse para conseguir su objetivo. Todavía sentía el alcohol recorrer sus venas bailando la danza del triunfo. Tras conseguir erguir su inmenso cuerpo, posicionó las manos a ambos lados de su cabeza para aplacar el vaivén que padecía. Todo le daba vueltas, nada ante él se quedaba inmóvil. Enfadado por no poder controlar su pésimo estado, deambuló hasta llegar al sillón. Allí era donde pretendía llegar cuando apareció en el despacho de madrugada. Si lo hubiese alcanzado, Karl deduciría que volvió a quedarse otra noche trabajando, algo normal en períodos de auge laboral, pero como no logró dar más de dos pasos, el empleado lo descubrió de la peor manera posible, tirado en el suelo y seminconsciente.

—El café —anunció Karl alzando un poco más la voz de lo necesario.

—No chilles, bastardo —soltó Leopold apretando con fuerza su cabeza—. ¿Acaso no te has dado cuenta de cómo me encuentro?

—Por supuesto, milord. He sido consciente de su situación en el preciso instante que lo he visto tendido en el suelo —contestó con sarcasmo.

—Pues ten piedad, malnacido. ¿Dónde está ese café? —gruñó extendiendo una mano para que le acercara la taza.

—¿Una mala noche? —preguntó mientras le aproximaba el vaso.

—No recuerdo si fue una noche o fueron varias, pero sí, ha sido desastrosa —comentó antes de dar el primer sorbo.

—Pues he de advertirle que tenemos mucho trabajo y que se requiere de su presencia en el almacén —indicó con cierto recelo.

—¿Para qué? —farfulló sin mirarlo.

—Tres de los empleados que se dedican a la carga de mercancías no han aparecido y mucho me temo que sin ellos no finalizaremos los repartos que teníamos programados para hoy —explicó alejándose unos pasos.

—¿Quiénes? —preguntó mediante un bufido.

—David Sempher, Carl Blue y Jason Monster —enumeró.

—¡Bastardos malnacidos! —exclamó antes de beberse todo el café.

—Ya le dije que no tenían buena reputación, señor. Y, como ha podido comprobar, desde que los empleó se han ausentado en varias ocasiones.

—Cuando esos sinvergüenzas aparezcan por la imprenta, infórmales de que sus trabajos han cesado en esta empresa. Eso enseñará a los demás que si no puedo fiarme de un empleado, será despedido —comentó al tiempo que se levantaba de su asiento.

—Si lo desea, puedo ir al puerto y buscar otros hombres que lo sustituyan. Como bien sabe, hay mucha gente honrada y dispuesta a trabajar —intentó serenarlo ofreciéndole una buena alternativa.

—No hay tiempo que perder. Hoy deben ser entregadas las doscientas cajas del señor Fish. Si no recuerdo mal, el barco zarpará antes del mediodía —dijo mientras se desabrochaba los primeros botones de la camisa y se remangaba hasta los codos. Tenía trabajo que realizar y por mucho que le doliese la cabeza, aquella jornada había que sacarla con éxito.

—De hecho, el señor Fish ha venido hace un par de horas para confirmar que su pedido ya estaba preparado —aclaró Karl.

—Y... ¿qué le has dicho? —Leopold abrió tanto sus ojos que estuvieron a punto de salirse de las cuencas.

El señor Fish era uno de sus mejores clientes. Cada vez que realizaba un pedido ganaba los beneficios suficientes para pagar a sus empleados durante tres meses. No podía perderlo. No podía permitir que la imprudencia de varios trabajadores o su desesperación ante la llegada de la condesa le hicieran descuidar el encargo de un hombre tan crucial en la empresa.

—Que lo tendrá a la hora acordada —dijo con firmeza.

—Perfecto. Ahora quítate esa chaqueta y acompáñame al almacén. No

podemos perder más tiempo —sentenció antes de salir de la oficina.



Estaba nerviosa, más de lo que debía si quería llevar a cabo el plan. Había sido capaz de aparecer por la tienda y, pese a que no estaban preparados los vestidos que compró, ni habían llegado los nuevos patrones, la señora Parks la obsequió, en agradecimiento por su paciencia, con una prenda que guardaba para otra dama. No quería hacer que la modista perdiera una cliente por su culpa, pero después de tanta insistencia y de los ruegos de esta, terminó aceptando el regalo. Por supuesto, la intención de la modista no era que guardara la prenda para una ocasión importante, sino que ella la luciera esa misma mañana. Para lograr su propósito, la misma diseñadora la vistió.

Priscila estaba más aterrorizada si cabía. Aquella ropa, pese a ser negra, era muy diferente a las que había exhibido hasta el momento. La tela no cubría su cuello, sino que mostraba un generoso escote y se ceñía a su figura más de lo debido. Pese a ocultarse bajo el abrigo, impidiendo que advirtieran su inapropiada vestimenta, lady Appelton se sentía indecente. Durante el trayecto, ese que la conduciría hasta la imprenta del señor Spencer, estuvo tentada de darse la vuelta y regresar a su hogar. ¿Cómo iba a llevar a cabo su plan enseñando a dicho hombre el nacimiento de sus senos? Podía tratarla de fulana, de una ramera que buscaba algo que ella no pensaba ni remotamente. Solo quería dejarle claro que, a pesar de su malvado empeño por alejarla de Londres, ella no se marcharía. Longher se había convertido en su hogar. Nunca albergó la esperanza de sentir aprecio hacia un lugar extraño, pero allí, entre la inmensidad de su jardín, rodeada de sirvientes amables y a la amistad que tenía con la marquesa, se sentía feliz. No podía dejarlo todo por el afán de un hombre, tenía que luchar con los pocos medios que poseía.

Cuando el carruaje aminoró la velocidad, Priscila enderezó su espalda y suspiró varias veces. Solo debía entrar, hablarle con desdén y realizar un pedido. Luego, tras dejarle claro que pese a su patraña permanecería en la residencia del conde, regresaría a su carruaje y se marcharía sin mirar atrás.

—Milady... —El cochero abrió la puerta, extendió las escaleras y le ofreció ayuda para bajar.

Como si estuviese acostumbrada a realizar tal hazaña durante todos los días de su vida, descendió las escaleras con una gracia y calma asombrosas.

Parada frente a la puerta de la imprenta advirtió sorprendida que el señor Spencer no era un hombre ostentoso. La fachada era bastante sencilla, al igual que la placa clavada en el muro de la entrada. No encontró ornamentos llamativos, ni carteles de vivos colores que atrajeran las miradas de los viandantes que merodeaban la calle. Simpleza, más de la que hubiese imaginado para un empresario que deseaba hacerse notar entre la sociedad londinense.

Con paso firme, se dirigió hacia la entrada. Se extrañó aún más al descubrir que no había una aldaba con la que golpear la puerta, sino un grueso cordón de color marrón oscuro que surgía del marco superior de la puerta. Asombrada, tiró de él y, tras soltarlo, escuchó un sinfín de campanillas que, para su desgracia, armaron un inmenso estruendo.

Mientras aguardaba para ser recibida, entrelazó sus manos enguatadas y agachó la cabeza. Seguía dudando sobre lo que estaba a punto de hacer. Todavía podía darse la vuelta y abandonar su propósito. Pero... ¿qué obtendría si desistía? No, no podía marcharse. Debía dejarle bien claro a aquel hombre que no la había intimidado, que no se alejaría de Londres aunque la besara mil veces más. Atolondrada al recordar el sabor de aquella boca, no se percató que llevaba frente a la puerta algo más de diez minutos.

—Señora —intercedió el lacayo—, mucho me temo que no hay nadie. Si lo desea, podemos venir en otro momento.

Justo en el instante en que se decidió subir al vehículo, oyó unas voces en la portalada que había a su derecha. Un enorme carruaje permanecía estacionado en mitad de la calle. Curiosa, Priscila caminó hacia allí.

—¡Cargad esas cajas! —alguien gritaba a viva voz—. ¡No podemos perder más tiempo!

Asustada por el ímpetu de aquellos gritos, se mantuvo parada en la entrada de lo que suponía que era un almacén. Había más de una docena de hombres trabajando sin cesar. Cargaban en el vehículo una gran cantidad de cajas que debían ser muy pesadas, por cómo gruñían los mozos al transportarlas.

—¡Apártese mujer! —gritó uno de los hombres al verla—. ¿Acaso no ve que entorpece nuestra labor?

Priscila abrió los ojos como platos. No lo hizo a causa de aquellas palabras tan inapropiadas para una dama como ella, sino porque justo en aquel lugar, al fondo de dónde se apilaban las cajas que debían ser cargadas

en la parte trasera del carruaje, una enorme figura trabajaba con afán. Estaba en mangas de camisa, sucio y con el pelo alborotado. Él mismo iniciaba la cadena de hombres que llevaban a cabo la ardua labor. Tragó saliva al contemplar una imagen semejante. El enorme titán, el que sobresalía en altura a todos los que permanecían a su lado, era el primero en ensuciar sus manos y en enseñar a los demás cómo debían realizar su trabajo.

—¡Maldita sea! —vociferó alguien—. ¿Quién ha hecho llamar a una puta? ¿Acaso es el premio que obtendrá quien se deje la piel esta mañana? —prosiguió gritando antes de soltar una enorme y repugnante carcajada.

En ese momento, Priscila se ruborizó y un horroroso tembleque la azotó. No daba crédito a la rudeza y crueldad de aquellas palabras. ¿Cómo se atrevían a decir tal cosa sin saber quién era ella? Nerviosa, se giró para alejarse de allí. Se sentía desconsolada y absurdamente débil. Los hombres de aquel lugar, fueran nobles o plebeyos, tenían un concepto bastante concreto sobre las mujeres y eso la enfadó enormemente. ¿Cómo podían ser tan primitivos, tan obtusos?

—¿Deseaba algo, milady? —La voz tranquila y cálida de un hombre la hizo parar a dos pasos de su carruaje.

—En estos momentos estoy tan enfadada por cómo he sido tratada, que soy incapaz de acordarme del motivo por el que he llegado hasta aquí —dijo airada y con un tono de voz que nunca imaginó tener. No había calidez en sus palabras sino rudeza y crueldad. Tal vez emanó aquel tono por la presión que sentía en su garganta. Fuera el motivo que fuese, esa voz no era suya.

—Disculpe a mis empleados, pero no están acostumbrados a que nos visite una mujer. Por favor, ¿sería mucho pedir que olvide ese comentario? —Leopold intentó excusarse, pero mucho se temía que aquella pequeña figura no admitiría disculpa alguna.

Tenía la cabeza agachada y sus hombros se inclinaban hacia delante mientras sus pequeñas manos enguantadas formaban dos puños. Si no se confundía, y rara vez lo hacía en temas de mujeres, se daría la vuelta y le daría un bofetón por insinuarle que ignorara semejante humillación.

Cuando Priscila se tranquilizó y descubrió quién se encontraba tras su espalda, estuvo a punto de desmayarse. Era Leopold y le hablaba con tal suavidad que su voz le erizaba el vello. En mitad de una lucha mental sobre si debía darse la vuelta o continuar, decidió enfrentarse a él.

—Debería indicarles a sus hombres que no todas las mujeres que habitamos en esta ciudad somos putas —dijo con firmeza al tiempo que se

giraba hacia él.

—¿Qué hace usted aquí? —soltó Leopold aturdido. En ese instante sintió cómo el alcohol que continuaba vagando por sus venas se evaporaba. No podía dar crédito a lo que le mostraban sus ojos. Ella estaba frente a él, azorada por la humillación que le habían causado aquellas palabras y, para más inri, había intentado que olvidara ese altercado.

—Eso mismo me pregunto yo, señor Spencer. —Lo miró desafiante, esperando a que continuara con su ruego para hacerla ignorar lo vivido.

Debía de sentirse el hombre más feliz, el más satisfecho del mundo. Allí se encontraba, frente a la persona que intentaba alejarla de la ciudad, ultrajada por uno de sus empleados. El plan, ese que había ideado para convertirse en el dueño de Longher, estaba saliendo mejor de lo que esperaba y ella tenía gran parte de culpa por adoptar un papel que no le correspondía.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó cogiéndola del brazo y arrastrándola por la calle hasta el interior del almacén.

No escuchó sus quejas, ni sus insultos. Se hallaba en un estado tan obcecado que le impedía oír todo lo que le gritaba. Se había propuesto conducirla de nuevo hacia el lugar donde la habían menospreciado. ¿Para qué? ¿Para seguir riéndose de ella?

—¿Quién la ha insultado? ¿Quién la ha llamado puta? —ladró Leopold tras colocarla frente a él y sin dejar de mirar a sus empleados con los ojos inyectados en sangre. Su rostro había cambiado de color, ya no tenía el tono de la piel sino del fuego.

Aquellos que la habían admirado con cierta lujuria, ahora la contemplaban con asombro, con miedo incluso. Murmuraron preguntándose quién había sido capaz de nombrar así a la mujer que el dueño de la empresa aferraba del brazo y por la que, según parecía, mostraba cierto interés.

—No debería... —murmuró Priscila con miedo.

—Lo repetiré otra vez —advirtió, sin prestar atención al ruego de la joven—. ¿Quién ha llamado de esa forma tan insensata a la condesa Crowner?

¿Podía alguien aniquilar con tan solo unas palabras? ¿Alguien en el mundo podía asesinar con unas simples frases? Porque esa era la impresión que Leopold causó en la muchacha. Estaba a punto de asesinar con sus propias manos al incauto que la había nombrado de aquella manera. Por un momento, solo por un instante, Priscila temió por la vida del osado. Sin embargo, en mitad de la confusión que le produjo la conducta de Leopold,

pensó que en el fondo todo lo que había pensado sobre él no era cierto. Si lo fuera, si él tan solo deseaba que regresara al lugar del que había venido, ¿por qué ansiaba proteger su honor?

—Milord... —dijo al fin uno de los empleados, que dio un paso hacia delante mientras se quitaba la gorra—. Lo siento mucho. No tenía ni idea...

Leopold soltó el brazo de lady Appelton para dirigirse hacia el empleado. Quería estrangularlo, arrancarle la piel a jirones. Nadie podía hablarle de ese modo. ¡Nadie! Pero justo cuando había dado un paso hacia el frente, sintió una leve presión en el antebrazo derecho. Al mirar hacia esa parte de su cuerpo, descubrió que Priscila se atrevía a agarrarlo, delante de todos los que les observaban, para que no prosiguiera con lo que estaba a punto de hacer. Se quedó anonadado, sorprendido del impacto tan placentero que le provocó el minúsculo tacto de aquel guante sobre su piel. Le causó tal impacto que se olvidó de todo.

—Le ruego que durante mi presencia no intente matar a nadie. No he venido hasta aquí para ser testigo de un baño de sangre —declaró casi sin voz. Lo miró a los ojos, intentando averiguar si se había calmado y lo que vio en aquella mirada oscura la dejó sin aliento.

Pese a lo airado que se sentía, quiso soltar una enorme carcajada. Escuchar de aquella pequeña figura, de una mujer tan aparentemente frágil, un sarcasmo propio de un hombre lo dejó anonadado. Sin duda alguna la mujer que tenía a su lado ocultaba más secretos de lo que se había imaginado y entre ellos que era más valiente de lo que esperaba.

—¿Le importaría conducirme a su despacho para que podamos hablar con tranquilidad, señor Spencer? —añadió lady Appelton intentando desviar las miradas de todos los que estaban en el almacén. Si permanecían más tiempo contemplándose de aquella manera podrían dar a entender que entre ellos había algo más de lo que en realidad existía.

—Por supuesto, después de usted —dijo señalándole el camino por el que debía dirigirse. Antes de cerrar la puerta, antes de dar por zanjado un tema que para él no lo estaba, Leopold echó un reojo a sus empleados haciendo que todos ellos continuaran con la tarea.

—¡Vamos! —los alentó Karl—. ¡Tenemos mucho trabajo y no podemos holgazanear!

Karl entrecerró sus ojos y miró hacia el lugar por donde se había marchado Leopold, después de descubrir la razón por la que el empresario deambulaba de un lado para otro sin dirección, sonrió. «Así que esa pequeña

mujercita es la afortunada condesa viuda de Crowner —pensó para sí—. Mucho me temo, milord, que por cómo has reaccionado intuyo que estás en un grave problema».

XVII



El recorrido hasta la oficina no era largo, pero a Priscila le pareció infinito. Mientras ella tenía que dar dos pasos escuchaba a su espalda tan solo una zancada del hombre que la seguía. En varias ocasiones sintió el aliento de él en el cabello, como si quisiera inspirar su olor. Esto solo provocó que su afán por salir de aquel lugar aumentara. Intentó mantenerse erguida y alzar la cabeza al caminar, pero le temblaba todo el cuerpo y en lo único que pensaba era en apoyarse sobre la pared y tomar aire. Sin embargo, debía proseguir con su empeño en hacerle comprender que nada de lo que tramase haría que se marchara, que la propiedad era suya y jamás la abandonaría.

—Es la puerta de la izquierda —dijo Leopold con un tono suave pero firme.

Tal como le indicó, se giró hacia ese lado y extendió la mano para tocar la manivela. En ese instante él también había decidido alargar la mano para abrir la puerta y por unos segundos ambos volvieron a rozarse. Priscila cerró los ojos, pretendiendo no inmutarse ante aquel tacto, pero no pudo hacer desaparecer la emoción que le produjo ese pequeño roce. Aquel hombre, aunque ansiaba detestarlo, aunque necesitaba odiarlo con todas sus fuerzas, le provocaba un efecto tan placentero y pasional que apenas se reconocía. Nunca había sentido unas emociones semejantes. Jamás había necesitado ser reconfortada por un hombre, salvo cuando Anthony la abrazaba en algún momento de inquietud. Pero no eran iguales. Uno era ternura, cariño, y el otro originaba algo más peligroso.

—Lo siento —comentó Leopold retirando la mano con rapidez.

Priscila no dijo nada. Solo continuó con su propósito, abrió la puerta y se quedó de piedra al contemplar el desastre que había en el interior del despacho. Las prendas masculinas, chaqueta, corbata y chaleco, estaban desparramadas por la oficina. Las había tirado, arrojado desde la entrada de manera descuidada. No le había dado la impresión de que aquel hombre fuera

así. Pero la marquesa le recalcó una y mil veces que las apariencias engañaban.

—Perdone el desastre —se excusó Spencer adentrándose en el interior y recogiendo su ropa para colocarla adecuadamente en el perchero—. No suelo tener visitas de damas. Como comprenderá, hasta ahora, solo los hombres son los que trabajan en los negocios familiares. —Esperó a que ella hablara, a que emitiera otro sarcasmo, pero no lo hizo, se mantuvo callada, mirando todo lo que apreciaban sus ojos—. Por favor, tome asiento —indicó señalándole una silla con la mano—. ¿Desea un té, un café quizá?

—No se moleste, gracias —dijo sin apenas aliento.

—He de pedirle de nuevo disculpas por las inoportunas palabras de mi empleado. Estoy seguro de que si hubiera sido consciente de quién es usted la hubiese tratado con el respeto que se merece —dijo al tiempo que tomaba asiento.

—Reconozco que me he sentido humillada, pero si me hubiera marchado, si ellos no hubiesen descubierto mi identidad, el dolor del ultraje se habría ocultado en mí misma y nadie sabría que la condesa viuda de Crowner fue confundida con una vulgar ramera —comentó con solemnidad.

—¿Está recriminado mi actitud, condesa? —espetó confuso. La oscuridad de sus ojos se intensificó. Apretó la mandíbula y apenas pudo respirar tras escucharla. ¿Acaso no había sido consciente de su actuación? ¿Tan obcecada estaba que no advirtió la locura que estuvo a punto de hacer por ella?

—Sí —respondió tajante mientras fijaba su mirada en aquel rostro descuidado.

—No era mi intención —expuso tras suspirar.

No quería iniciar una batalla perdida. La tozudez de aquella mujer no tenía fin y, si continuaban así, no tendrían una conversación distendida, que es lo que había pensado mientras la acompañaba hasta allí. Sí, meditó mientras olía su precioso y embriagador perfume, que limarían las asperezas nacidas entre los dos y mantendrían una buena amistad, hasta que consiguiera descubrir qué sentimientos tenía hacia ella.

—¿Tampoco era su intención castigar a ese pobre ingrato? —preguntó enfadada.

—Mi querida condesa Crowner —alzó la voz al tiempo que colocaba las palmas sobre la mesa y se levantaba del asiento—, ¿qué está usted haciendo en mi imprenta?

Según parecía nada de lo que había pensado, de lo que había planeado iba a salir como esperaba. Priscila se asustó al ver el cambio de actitud del hombre. Volvía a tener los ojos rojos al igual que su rostro. Los músculos de sus brazos, esos que aún seguían desnudos, parecían tensos y descubrió que los botones de su camisa, que permanecían descaradamente desabrochados, desvelaban un pecho firme con un vello tan oscuro como su mirada.

—He escuchado en la ciudad que también acepta pequeños encargos — empezó a hablar con voz suave, esforzándose por recordar todo lo que había meditado decirle—. Y me gustaría saber si está interesado en ayudarme.

—¿Pequeños encargos? ¿A qué se refiere? —preguntó sin mover ni un solo músculo.

—Tarjetas de visita, milord —concretó.

—¿Tarjetas de visita? —repitió al tiempo que enarcaba las rubias cejas.

—En efecto. La marquesa de Riderland me explicó que usted puede hacer unas bonitas tarjetas de visita y dado que pretendo quedarme en Londres el resto de mi vida, necesitaré bastantes —prosiguió con una calma impresionante.

—¿Cuántas desea? —soltó antes de tomar asiento. Cogió su notario y una pluma para tomar el pedido.

—Cincuenta o mejor... cien. —Priscila se inclinó levemente hacia la mesa. Deseaba averiguar cómo escribía aquel hombre tan rudo. Si su hipótesis era cierta, con lentitud y con una letra ilegible.

—¿Qué desea anunciar en esas tarjetas? —continuó su interrogatorio sin mirarla. No podía hacerlo puesto que, si lo hacía, si volvía a mirar esos labios, esa boca tan sensual, saltaría por encima de la mesa y la besaría.

—Me gustaría que apareciera el escudo de Crowner y sobre él, con letras claras y en mayúsculas, lady Appelton, condesa viuda de Crowner, desea visitarle. También es preciso que ponga interés en las dimensiones de la tarjeta, milord, como pienso llevar una notable cantidad en el bolso, no han de tener un gran tamaño. ¿Le parece bien? —Priscila empezaba a padecer ciertos sofocos. La actitud calmada de él la estaba poniendo nerviosa. Había esperado que le gritara y que le ordenara que se marchara, pero para su desgracia tan solo escribía su nombre con una letra tan bella como su boca.

—Si a usted le parece aceptable que una viuda camine por Londres repartiendo tarjetas de visita, no tengo nada que objetar, milady —comentó punzante.

Ya no podía contenerse más. ¿Qué es lo que pretendía? ¿Le estaba

provocando? ¿Había llegado hasta allí para hacerle saber que aceptaría cualquier invitación sin importarle la intención de ello? Solo de pensar que visitaría hogares de personas no adecuadas o despojos de la sociedad, se le retorcían las entrañas. Ella no debía actuar como una descarada, debía permanecer en su hogar, mostrando decencia y esperando la llegada de un buen marido, tal vez, alguien como él.

—¿Está siendo sarcástico, señor Spencer? —preguntó con desdén—. Porque me ha dado esa impresión.

—Ha habido mucho sarcasmo, lady Appelton —respondió levantándose de nuevo de su asiento y caminando hacia ella.

—¿Por qué?

Apenas escuchó su propia pregunta. Leopold había rodeado la mesa y se posaba sobre esta con las piernas y brazos cruzados. Esa pose, esa forma inadecuada de permanecer a su lado debió asustarla, pero no fue así. Lo único que causó aquella cercanía y aquella manera descuidada de mantenerse a su lado fue calor, mucho calor. Tanto que terminó por desabrocharse los primeros botones de su abrigo. Ofreciéndole, sin percatarse, una insinuante visión de sus pechos al agitado Leopold.

—Porque no creo que debiera aceptar la presencia de extraños en su hogar ni visitar a tanta gente. Debe ser más comedida, lady Appelton. En esta ciudad si una mujer regenta varios hogares durante un período corto de tiempo solo puede indicar dos razones posibles; la primera que es usted una cotilla, una chismosa que, al no tener una vida interesante, se dedica a indagar en la de los demás. Y la segunda, algo más peligrosa y descarada, es la búsqueda de amantes. Más de un caballero supondrá, al verla tan dispuesta a abandonar su hogar, que sus excesivas salidas se deben a que se siente muy sola e incitará, a todos aquellos que la observen, a luchar por yacer en su solitaria cama —soltó sin respirar.

—¡Cómo se atreve! —exclamó enojada al tiempo que se alzaba de su asiento como si le hubieran clavado en el trasero una daga—. ¿Acaso usted y yo nos conocemos lo suficiente como para realizar unas conjeturas tan íntimas?

—Podría decirse que sí o... ¿acaso no recuerda cómo finalizó nuestro primer encuentro? —dijo mordaz. Tenía que utilizar lo único que poseía para hacerla entrar en razón. Y aunque no fue correcto, porque jamás le habría mencionado lo sucedido aquella tarde, no alcanzó a encontrar otra alternativa.

—Lo recuerdo perfectamente —respondió masticando cada palabra—. Por si la ingesta de alcohol que ha tenido durante la pasada velada le ha nublado la mente, fue usted quién apareció en *mi* hogar. Fue usted quién *me* asaltó y fue usted quién...

No terminó su airada declaración. Antes de poder señalarle con un dedo inquisidor, Leopold se lanzó sobre ella, la cogió de los brazos, la aproximó a su cuerpo y la besó con tanta necesidad, con tanta pasión, que no le permitió ni respirar.

No tenía la intención de besarla, se había propuesto no hacerlo. Pero mientras la acusaba de dar la imagen de necesitar un amante en su cama, un oscuro sentimiento de posesión primitivo lo atrapó. Aquella pequeña mujer era suya y no iba a permitir que ningún otro hombre pusiera sus ojos sobre ella. Si lo hacía, si alguien tenía el descaro de hacerlo, se los arrancaría con sus propias manos.

—Milord... —susurró Priscila cuando el hombre aflojó la intensidad de aquel beso.

Aquello no era un beso sino otra cosa que no llegaba a comprender con exactitud. No había calidez en sus labios, ni su lengua bailaba en el interior de su boca. Le había mordido el labio inferior, había clavado sus dientes en ella y los movimientos de la lengua no fueron suaves, sino rudos, como si quisiera marcarla allí donde la tocaba.

—Milady... —murmuró Leopold intentando tomar aliento.

Le temblaba todo el cuerpo. No había nada en él que no se encontrara agitado. Nunca había besado de esa manera a una mujer. Cada movimiento, cada presión de su boca en la de ella intentaba señalarla, poseerla. Era inconcebible padecer unos celos o la agonía de verla en brazos de otro hombre sin tan siquiera conocerla. Sin embargo, la quería a su lado, en ese momento y para el resto de su vida. Así se sentía. Era un hombre hechizado por una mujer que apenas le llegaba al hombro y que, para su deleite, se acoplaba a la perfección a su cuerpo. Ya no codiciaba otra cosa que no fuera besarla, amarla y disfrutarla cada día que pudiera respirar.

—No ha debido... —musitó aturdida.

Y la volvió a besar. Esta vez sus manos no permanecieron en los brazos de Priscila, sino que se enredaron en la cintura. La apretaba tanto hacia sí mismo que la obligó a sentir hasta qué punto se encontraba excitado. Era la primera vez que notaba el sexo erecto de un hombre. Jamás imaginó que aquella parte baja se endureciera hasta el punto de querer romper el pantalón

y alcanzarla. Por unos instantes se dejó llevar. Dejó que la pasión fluyera por sus venas. Percibió asombrada cómo aumentaba su temperatura, cómo ansiaba alzar sus brazos para rodear el cuello desnudo. Deseaba tocar aquel triángulo velludo, sentir en sus dedos la aspereza del pelo. Era la primera vez que descubría lo que significaba la pasión y el deseo. Aunque lo había visto. Había espiado a Anthony cuando se reunía con su amante en la biblioteca. Los vio besarse, acariciarse y gemir por la lujuria que crecía entre ellos. Ahora era ella la protagonista de una situación semejante. Ahora era ella quien anhelaba acercarse aún más a aquel fuerte y robusto cuerpo y mover con suavidad las caderas para que el estado de agitación que el hombre sentía por ella no mermara. Pero no había ido hasta allí para realizar un acto tan impuro, ella solo quería dejarle claro que no se marcharía, que no la asustaba por muy grande y fuerte que fuera.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó lady Appelton afanándose en liberarse del amarre—. Usted se ha confundido conmigo. Yo no soy una...

—¿Ramera? —terminó la frase al tiempo que procuraba relajar su arrebato pasional.

Todavía no había sido capaz de abrir los ojos, de ver el miedo que ella debía exhibir. No quería que sintiese pavor por sus manos ni por su abrazo. Aunque mucho se temía que la joven se paralizó al notar cómo de excitado estaba. ¿Por qué? ¿Por qué había temblado al ser consciente del deseo? ¿Acaso no había sido una mujer casada? ¿El conde no la besó con tanta pasión?

—No soy de ese tipo de mujer... —murmuró azorada.

—¿No? —preguntó arqueando las cejas. No quería continuar el camino que estaba tomando la conversación, sabía hacia dónde desencadenaría y no ansiaba que ella confundiera su sobresalto con otra cosa. La deseaba sí, pero no como una amante. Sus sentimientos, aunque confusos todavía, no tenían ese sentido.

—¡No! —gritó enérgicamente—. ¡Jamás lo he sido ni lo seré!

—Entonces aplaque las habladurías que recorren las calles de Londres —dijo procurando calmarse.

—¿Qué habladurías? —Priscila se llevó las manos hacia la boca y abrió los ojos como platos. Ahora lo entendía todo. Ahora sabía la razón por la que él la había asaltado aquella tarde. ¿Cómo había sido tan ingenua? ¿Cómo su mente no alcanzó a averiguar una cosa tan sencilla?

—Lady Appelton... —dijo dando un paso hacia ella. Extendió su mano,

intentando reconfortarla con su tacto, pero ella lo esquivó.

—Eso es... —murmuró perpleja—. Por eso usted me besó aquella tarde. Porque todo el mundo cree que me casé con mi marido porque soy...

—¡No! ¡No nunca he pensado eso de...!

Pero Priscila no le escuchó concluir la frase. Al creer que todo el mundo opinaba que era una zorra, una vulgar ramera que había utilizado sus encantos sexuales para casarse con Anthony logrando así no solo el título de condesa sino también la riqueza que este poseía, se giró y corrió hacia la salida llorando avergonzada. No podía imaginarse rodeada de personas que le ofrecían una sonrisa mientras meditaban sobre los encantos que utilizó para enamorar a su marido. No era capaz de afrontar una situación así. Debía alejarse, marcharse de Londres lo antes posible. Aquella no era su ciudad ni el sitio en el que podía vivir en paz.

Leopold se había quedado en un estado de atontamiento tan inmenso que no despertó del *shock* hasta que fue demasiado tarde. Cuando alcanzó la puerta, cuando sus pies pisaron los adoquines de la calle, Lady Appelton se había subido en el carruaje y había emprendido la marcha. La había perdido para siempre y todo por no desvelar que sus sentimientos no eran los que ella imaginaba. Enfadado, encorajado con él mismo, regresó a la oficina y empezó a destrozarse todo aquello que se encontró a su paso. Hasta alzó la mesa con sus propias manos y la volcó con las patas hacia arriba. Estaba a punto de partir una de esas patas de madera cuando la voz de Karl le frenó.

—¿Qué diablos ha sucedido aquí? —preguntó el empleado asombrado—. ¿Qué ha hecho, milord? —insistió mientras recorría con su mirada el desastre que había en el interior.

—Destrozarme la vida —gruñó apretando los dientes y dándole la espalda a la persona que trabaja junto a él desde que se aventuró a abrir la imprenta.

—Nadie es tan tonto como para hundirse en la miseria, señor. Si quiere romper todo aquello que encuentre a su paso hágalo, pero si puede recobrar algo de sensatez, si esa rabia que lo posee desaparece de una vez por todas, piense con coherencia. ¿Quiere verse así el resto de su vida o, por el contrario, quiere luchar por lo que anhela, por lo que su mente le ofrece, por su felicidad? —habló sin apenas respirar, rezando para que sus palabras fuesen suficientes para hacerlo entrar en razón.

—Ella piensa que soy un monstruo... Un asqueroso imbécil que la ha hecho creer que es una... —No pudo decir la palabra. No la sentía. Ella no

era de ese tipo de mujeres. Aunque había estado casada, aunque había permanecido al lado de un marido, sus besos y los temblores de su cuerpo no eran propios de una mujer experta. Parecía tan cándida, tan inocente, que le costaba imaginarla en brazos de otro hombre. No, pese a no parecer lógico, estaba seguro de que ella no se había entregado a nadie.

—¿Quiere seguir llorando, milord? ¿Quiere seguir caminando hacia un precipicio que terminará causándole su propia muerte? —insistió Karl—. Porque si yo estuviera en su lugar, si yo amara como ama usted a esa dama, correría tras ella y le gritaría lo que siento.

—¿Por qué sabes que la amo? ¿Por qué das por sentado que tengo ese tipo de emoción hacia ella si ni yo mismo sé con certeza lo que siento? —espetó encarándose con su fiel trabajador. Su altura y corpulencia podían atemorizar a cualquier hombre que se enfrentara a él, pero Karl se mantuvo inmóvil, observándolo con cautela.

—¿Acaso no es consciente de cómo se ha comportado en el almacén? ¡Ha estado a punto de matar a un pobre imbécil por haberla llamado puta! ¿Eso no es señal suficiente para usted, milord? ¿He de escribirle una nota en el notario que ha volado hacia algún lugar de esta habitación para que comprenda sus sentimientos?

—No puede ser cierto... —murmuró—. Además... Ella se marchará... —dijo afligido—. Lo he visto en su mirada, Karl. Ella ha decidido marcharse de Londres.

—¿Y a qué espera para impedírselo? —le gritó airado.

—¿Acaso crees que voy a presentarme en su casa, voy a llamar a la puerta y le voy a suplicar que no lo haga, que no puede irse porque la amo? —espetó alzando de nuevo la voz.

—Eso mismo es lo que va a hacer, milord —soltó mientras caminaba hacia la percha y le cogía la chaqueta—. Se va a presentar en la residencia de la condesa y se va a declarar como es debido.

—¡Estás loco! —clamó alzando los brazos—. ¿Cómo voy a hacer tal imprudencia?

—¿Quién está más loco de los dos, milord? ¿Un hombre enamorado que ve cómo la mujer que ama jamás volverá o un hombre que le explica a ese obtuso cómo debe alcanzarla?

Leopold lo miró desafiante, malhumorado. Pero para su desgracia, Karl continuaba firme, sujetando en alto la chaqueta para que pudiese meter los brazos. Sopesó las palabras, meditó con rapidez cada frase que le dijo.

Entre maldiciones y millones de improperios, se puso la chaqueta.

—Confío en ti para que la mercancía del señor Fish llegue a tiempo — dijo con dureza—. No sé cuánto puedo tardar en volver.

—Tarde el tiempo que precise y no se preocupe por la mercancía del señor Fish, hace rato que el carruaje salió hacia el embarcadero. Ahora, preocúpese en lograrla. ¡Y no regrese hasta que la convenza de su amor! — exclamó antes de liberar una sonora carcajada.

XVIII



No pudo conciliar ni una hora de sueño. ¿Cómo hacerlo si no cesaba de pensar en el regreso de Anais? Era la noticia más maravillosa que había tenido en años, hasta sobrepasaba la satisfacción que obtuvo al sostener por primera vez a su hijo en brazos. Federith se sentía pletórico, maravillado e incluso pecaminosamente feliz. Tenía ganas de hacer una locura, como salir sin corbata o gritar en mitad de la calle hasta quedarse sin voz. Ella había vuelto, había regresado, y seguía siendo la mujer más maravillosa del mundo. Notó cómo su corazón aumentaba el ritmo de sus latidos rompiendo, con ese desenfreno, la capa de hielo que lo rodeaba desde que ella se marchó. Sentía la sangre recorrer sus venas y cómo esta calentaba el cuerpo a su paso. De nuevo, comenzaba a vivir y ese resurgir era por ella. Nunca imaginó que aparecería de nuevo en Londres y ni mucho menos creyó que, al verla, retornaría ese bienestar que le otorgaba su presencia. Era cierto que empezó a olvidar el motivo por el que se había enamorado de Anais e incluso se desvaneció la pasión que tuvo en su niñez. Quizá la razón de ese estado de letargo se debió al casamiento con Caroline y al nacimiento de Eric. Todas las esperanzas de encontrarla se perdieron al igual que la felicidad. Sin embargo, el destino la había puesto de nuevo en su vida y, aunque parecía ilógico, parecía gritarle que tenía otra posibilidad para ser el hombre que deseó ser.

Federith se llevó dos dedos de su mano derecha hacia la boca y recordó la sensación que percibió al besarla. Fue tan bello y hermoso que estuvo a punto de arrodillarse frente a Anais. Ninguna de sus amantes la igualó, ni tan siquiera su esposa alcanzó ese estado de frenesí en él. Aunque si no recordaba mal, Caroline tampoco mostró mucho interés en volverlo loco de deseo. Ni la noche en la que gestó a Eric se comportó sin inhibiciones, al contrario, era fría como el témpano, como un glaciar, como una helada en mitad de la época invernal. Por el contrario, Anais no tuvo que empeñarse en

hacerle encontrar el deseo, todo en ella provocaba que Federith la deseara hasta la saciedad.

Cooper se acomodó en la silla de su despacho mientras miraba la bandeja que le había llevado una doncella con el desayuno. Cogió la taza de té y la bebió de un sorbo. Tenía que llevar a cabo el propósito que había meditado durante su vigilia, aunque fuera una locura. Tal como le indicó Roger, Anais no podía posicionarse en un primer lugar porque ese puesto ya lo ocupaba Caroline. Pero había una posibilidad de alcanzar ese objetivo y, pese a que no estaba bien visto en la sociedad que un matrimonio se divorciara, él se saltaría, por una vez en la vida, esos malditos protocolos sociales. Si quería ser feliz, si quería vivir con Anais y no volver a perderla, pondría fin a su matrimonio lo antes posible.

—Milord, la señora pregunta por usted —le informó el mayordomo desde la entrada de la habitación.

—¿Le ha dicho que estoy aquí? —preguntó inquieto.

—Aún no. Pero mucho me temo que ella misma deducirá dónde se encuentra cuando recorra todas las instancias de la casa.

—Está bien... —dijo levantándose de su asiento—. Dígale que estoy en mi despacho.

—Sí, milord —respondió antes de cerrar la puerta.

No era el mejor momento para hablar de sus pretensiones. Todavía tenía muchas cosas que hacer antes de comentarle qué iba a ocurrir entre ellos. Pero cuanto más postergara su decisión, peor se lo tomaría Caroline. ¿Cómo actuaría tras la noticia? ¿La aceptaría o lucharía con uñas y dientes por continuar un matrimonio abocado al fracaso? La respuesta la tendría pronto, tan pronto como ella se presentase frente a él.

—Parece que ambos hemos madrugado esta mañana —señaló Caroline al entrar.

Miró la mesa de su esposo y frunció el ceño al ver la bandeja. No esperaba desayunar con él, aunque si quería llevar a cabo su plan, tendría que hacerlo. No podía esperar mucho más tiempo, pronto se notaría y necesitaba allanar el camino.

—Buenos días, Caroline. Siempre me levanto al amanecer, lo paradójico es que tú hayas decidido abandonar tu lecho antes de las doce —apuntó sentándose de nuevo.

—Tengo muchas cosas que hacer, querido —indicó al tiempo que atravesaba la habitación con pasos demasiados largos para una mujer.

El vestido de color avellana emitía unos suaves sonidos al caminar. Federith la contempló durante intentando descifrar si de verdad era el instante adecuado de exponerle su decisión. Pero no lo era, ella tenía una extraña mirada y la actitud con la que se acercaba no parecía sosegada sino inquieta. ¿Qué le estaría rondando por la cabeza esta vez?

—Por si no lo recuerdas, dentro de dos días tenemos que asistir a una fiesta —aclaró parándose frente a él.

—Sí, lo sé. Fui yo quien te entregó la invitación, ¿recuerdas? —dijo apesadumbrado.

No era el momento de aparecer juntos en ningún evento social si pretendía divorciarse de ella. ¿Qué pensaría la gente cuando días después descubrieran que su aparición solo era una pantomima? Lo tacharían como mínimo de una persona cruel. Un individuo que le hizo creer a su esposa que su matrimonio era sólido cuando en realidad hacía aguas. Pero no podía faltar a esa invitación, hasta los Riderland se presentarían en aquella fiesta. Tal vez porque en el fondo, la señora Baithlarin se había convertido en una anciana a la que adoraban tanto que no podían faltar a la última ceremonia que ella ofrecería a sus amistades.

—Lo tengo todo preparado —habló Caroline obviando el comentario de Federith—. Tu traje está en el vestidor, el mío lo recojo esta misma mañana y Eric...

—¿Qué pasa con Eric? —Enarcó las cejas y fijó sus ojos azulados en ella. ¡Ese era el asunto por el que lo buscaba!

—Había pensado que sería conveniente para él cambiar de niñera —sugirió al mismo tiempo que entrelazaba sus manos. Ya había introducido el tema de su hijo, aunque no de una manera muy sutil, claro—. Me parece que la señora Meild no se está comportando como le corresponde. Está ocupando el papel de madre y, que yo sepa, Eric ya tiene una —matizó enfadada.

—Si defines el concepto de madre como la mujer que da a luz un hijo y se desentiende de él, pues sí, ya la tiene —declaró con sarcasmo—. La señora Meild cuida a nuestro hijo de manera intachable y no la despediremos —sentenció levantándose de su silla.

—Podemos hacer varias entrevistas. Pondríamos una nota en el periódico y buscaríamos otras posibles alternativas —comentó a la desesperada mientras tomaba asiento.

—Actúas como si ella se hubiese convertido en una persona no grata, Caroline. Y para mi entender, la nodriza cuida y protege a Eric cada hora,

cada minuto y cada segundo del día. No entiendo tu repentino deseo de despedirla.

—¡Lo está malcriando! —exclamó airada. Ella también se levantó y caminó hacia su esposo para enfrentarse con él cara a cara. No podía permitir que aquella mujer continuara usurpando su puesto. No ahora cuando dentro de sus entrañas otra criatura estaba creciendo. Otro hijo de Eric, por supuesto, aunque en esta ocasión no permitiría que fuera reconocido por Federith, sino por su verdadero padre.

—La señora Meild puede hacer lo que se le antoje, siempre que no actúe de manera insensata —afirmó con rotundidad—. Si tanto te preocupa que nuestro hijo no te reconozca como una madre cariñosa y tierna, sube a su habitación e interactúa con él. Pero te advierto que al principio llorará.

—¿Por qué va a llorar mi hijo al verme? —Caroline lo miró desafiante y desconcertada.

—Porque no tolera la presencia de extraños —puntualizó con burla.

Dibujó una amplia sonrisa de satisfacción al contemplar el rostro compungido de ella. Se lo tenía merecido, ella sola se lo había buscado. Desde que nació el niño le advirtió que no era propio de una madre comportarse de esa manera tan distante, pero no le hizo caso, ¡jamás le prestaba atención! Y ahora obtenía el fruto de su cosecha.

—¡Mi hijo sabe quién es su madre! —refunfuñó apretando los dientes.

—¿Querías algo más? —preguntó Federith apartándose de ella para dirigirse hacia la salida. No se iba a quedar allí escuchando sus quejas y sus miles de razones ilógicas para deshacerse de la niñera. La señora Meild permanecería al lado de Eric todo el tiempo que ella deseara.

—¡No! —respondió enojada—. No tengo nada más que decir —gruñó mientras se giraba hacia su esposo.

—Entonces... que tengas un buen día, Caroline. Y te recomiendo que no me esperes para almorzar. No sé cuándo regresaré —dictaminó antes de cerrar la puerta.

Lady Cooper mantuvo el cuerpo rígido hasta que escuchó cómo el mayordomo le ofrecía a su esposo el abrigo. Después de oír el chirrido de la puerta al cerrarse caminó hacia la ventana. Se alejaba en el carruaje y, si su afirmación de no regresar era cierta, ella no podría visitar a su querido Eric porque no sería aconsejable llegar a pie a la residencia donde se citaban. No solo porque la gente que la observara pasear por Londres sola no tardaría en averiguar qué ocultaba la señora del futuro barón de Sheiton, sino porque en

su estado cualquier esfuerzo sería peligroso.

Con mucho mimo, se llevó las manos hacia el vientre y lo acarició. No era justo para ella ni para sus hijos ser privados de la vida que deberían haber llevado desde el principio. A Eric le pertenecía el apellido Graves y no Cooper. Pese al tiempo transcurrido, continuaba consternada por la decisión de su amante. Le resultaba imposible excusar la razón por la que le obligó a encontrar otro padre para el hijo que llevaba en sus entrañas. ¡Ya tenía un padre y no era el que se acababa de marchar! Sin embargo, con este bebé sería diferente... Cuando le dijera que no podía alegar que había sido gestado por Federith porque en ese tiempo había permanecido enfermo y no pudo visitarlo tal como hacía una vez al mes, no le quedaría otra opción que hacerse cargo de su paternidad. Tal vez fuera la única manera de alcanzarlo puesto que ni sus ruegos ni sus lágrimas causaron efecto alguno. Cada vez que le hablaba de escaparse juntos y comenzar la vida que tanto anhelaban le respondía con evasivas: «Mi esposa no aceptará un divorcio... ¿Qué pensarían de nosotros?, ¿cómo viviríamos sin un penique?».

Siempre tenía una excusa para rehusar su petición. ¿Acaso importaba lo que pensaran los demás o la manera en la que vivirían si finalmente estaban juntos? Porque ella prefería tener una vida humilde junto al hombre que amaba a continuar con la falsedad que mostraba. Sin embargo, Eric no parecía entenderlo. Pese a sus palabras de amor, a sus poemas pasionales, no daba el paso necesario para abandonarla como amante y convertirla en su única mujer. Aunque, por supuesto, todo iba a cambiar. ¡Claro que todo cambiaría! Y aquel pequeño ser que crecía en su interior sería la única opción que poseía para hacerlo suyo por siempre. Hablaría con Eric y, cuando le indicara que no podía estar segura de esa paternidad, le recordaría los encuentros que mantuvieron la semana que enfermó Federith. No tendría más excusas absurdas. Él mismo la tomó aquellos días sin importarle el estado de salud de su esposo. Así que no le quedaba más remedio que hacer frente a ese hecho.

Caroline sonrió de placer. Por fin podría vivir junto a la persona que amaba, que adoraba y que veneraba desde el primer día que lo conoció. Habían pasado muchos años desde ese día, pero el final estaba cerca, muy cerca. Se giró sobre sí, caminó hacia la puerta y prosiguió con los quehaceres que se había propuesto, aunque en vez de ir a la modista, haría que ella se presentara en su casa. Para eso era todavía la señora de lord Cooper, ¿verdad?



Pese a que la conversación había sido muy diferente a la que deseó, Federith no malgastó su tiempo al escucharla puesto que le había quedado algo muy claro: Caroline tenía un secreto que le preocupaba. No le cabía la menor duda de eso porque hasta el momento no había prestado atención al comportamiento de la nodriza. ¿Qué motivo le habría dado la señora Meild para que ansiara despedirla? Y... ¿la única causa que ella alegaba era cierta u ocultaba algo más perverso? Desde que se casó con Caroline aprendió que nada en ella era lo que parecía. Podía estar pensando en romper la copa que sostenía en su mano, pero frente a los demás la observaría con tanta admiración que todos se figurarían que la adoraba de manera sobrehumana. Actuaba de manera semejante en el matrimonio. En las escasas apariciones sociales siempre se comportó como si fuera una esposa enamorada y bienaventurada, hasta una vez se atrevió a cogerle la mano en público. Pero cuando empezaban a subir las escaleras que los conducían a su hogar, esa mujer se transformaba en una fémina muy diferente.

Federith reposó la cabeza en almohadón y suspiró. No tenía la intención de pensar en su esposa durante el breve trayecto, tenía otras cosas más importantes que sopesar, aunque, como era lógico, estaría muy atento al siguiente movimiento de Caroline. Era mejor permanecer alerta y contrarrestar un golpe que recibirlo sin avisar. Miró por la ventana de su carruaje. En esta ocasión no corrió las cortinas como acostumbraba, sino que deseó ver lo que había en el exterior. Quizá porque necesitaba contemplar con otros ojos la ciudad. Sí, eso debía de ser porque hasta ese momento, Londres siempre le había parecido triste, gris, miserable e hipócrita. Sin embargo, ahora la observaba desde otra perspectiva; no era un día gris sino menos iluminado debido al juego que tenían las nubes y el sol. La suave brisa no refrescaba el ambiente, sino que lo calmaba de un intenso calor. Las calles no estaban sucias, sino que todavía no habían sido limpiadas, y ya no existía tristeza, puesto que la gente sonreía en silencio. Y sobre el tema de la hipocresía... Todos la utilizaban como medio de supervivencia así que empezó a verla también como la única forma posible de sobrevivir.

Federith sonrió ampliamente al advertir que por fin habían llegado a la calle dónde vivía la persona que iba a visitar. Sería un gran paso en su vida

puesto que se había jurado que jamás acudiría a dicho personaje. Él solo utilizaba el camino legal para conseguir sus logros y repudiaba las artimañas ilegítimas que otros realizaban para alcanzar sus objetivos. Pero si era la única persona que podía conseguir todo aquello que necesitaba para posicionar de nuevo a Anais en el lugar que le correspondía, tendría que humillarse, pedirle perdón por haber opinado inadecuadamente sobre él y rogarle que le ayudara.

«Anais... —susurró el nombre con tanta ternura y amor que volvió a notar cómo se le ensanchaba el pecho por la emoción—. Pronto volverás a ser la mujer que conocí...».

Ese era su único propósito, hacerla regresar al mundo que pertenecía. Aunque para ello él debía dejar atrás muchas creencias, convicciones e incluso juramentos. Pero valdría la pena. Cerró durante unos segundos los ojos para recordar de nuevo el beso, la suavidad de sus labios y el embelesador perfume que mantuvo retenido en su capa hasta que la envió llevar a la lavandería. Se odió por desprenderse de esa prenda porque ansiaba tenerla a su lado cada día, cada hora y cada segundo de su vida. Sin embargo, tenía que ser consciente de su actual estado...

—Milord, hemos llegado —le informó el cochero después de abrir la puerta.

Con prisa, Federith salió del interior de su vehículo, se acomodó el sombrero y miró a ambos lados de la calle. Por suerte, tal como había augurado, apenas había gente que pudiera descubrir quién se ocultaba bajo sus prendas oscuras. Apenas unos cuantos transeúntes, operarios y algún mendigo merodeaban aquella zona. Dio varios pasos hacia el frente, alargó la mano y golpeó con la aldaba la puerta hasta que escuchó la voz del hombre al que iba a visitar.

—¿Quién osa aparecer en mi humilde hogar a estas horas del día...? —Lawford refunfuñaba mientras se acercaba a la entrada—. ¿Acaso no pueden...? —se silenció al descubrir quién permanecía de pie frente a él. Sus ojos se abrieron tanto que empequeñecieron los cristales de sus lentes. Pero salvo esa sorpresa inicial, no mostró ningún sentimiento más.

—Buenos días, señor Lawford. ¿Podemos hablar? —preguntó Federith inquieto.

—¿Hablar? ¿No pretenderá hacer lo que la última vez, verdad? —espetó enfadado.

—Necesito su ayuda, si es que puede ofrecérmela —murmuró con

suavidad.

—Adelante, pase. No se quede en la puerta —habló atónito el administrador al tiempo que le dejaba el espacio suficiente para que accediera al interior de su casa.

Cooper caminó por el pasillo delante de Arthur observando todo lo que se encontraba a su alrededor. Era un lugar bastante humilde, más de lo que creyó en una persona como él. Imaginó que la cueva donde vivía el hombre menos honorable de Londres estaría atiborrada de ostentación, de riqueza y poder. Pero salvo estanterías con miles de ejemplares, alguna que otra figura de porcelana y varios relojes de madera, no había mucho más que encontrar.

—Si es tan amable, milord —le indicó Arthur con su mano para que pasara al despacho.

En silencio, Federith volvió a analizar la sala hacia donde lo conducía. Una mesa de caoba oscura de una largura superior a la acostumbrada, varias sillas colocadas frente a ella, el sillón lleno de cojines donde debía pasar horas sentado el administrador y otras dos estanterías con más libros, encuadernados en cubiertas verdes o marrones con letras doradas, se apilaban unos encima de otros. ¿Tan culto era el señor Lawford? Nunca habría imaginado que un hombre con tal reputación de miserable pudiese ser más instruido que cualquier magistrado londinense.

—No solo leo sobre leyes, milord —dijo el administrador como si adivinara sus pensamientos.

—Ya veo —comentó Federith volviéndose hacia él.

—Siéntese, por favor. —Arthur caminó hacia su sillón y tomó asiento cuando su visitante ocupó el suyo—. ¿A qué se debe su visita, milord?

—Imagino que esa pregunta estará rondándole la cabeza desde que me ha visto frente a su puerta —indicó Federith cruzando las piernas y acomodándose en su silla.

—Si me permite la osadía, he de decir que es usted la última persona que esperaba recibir algún día. —Arthur se reclinó en el asiento y juntó los dedos para llevárselos hacia sus labios. Las arrugas que aparecieron en su frente atenuaban la duda que le suscitaba la presencia de un hombre tan respetable como lord Cooper—. ¿Desea un té, un café? —preguntó para romper el silencio que surgió entre ellos después de su declaración.

—No, gracias. Pero sí que le aceptaría un puro, si tiene...

—Perdone, no sabía que fumaba —se disculpó mientras abría uno de los cajones de la mesa y sacaba una caja de color castaño.

—Creo que hoy es un buen día para retomar viejos hábitos —dijo cogiendo uno de los cigarros más pequeños, que, tras manosearlo, se llevó a los labios.

En efecto, hacía mucho que no disfrutaba de un buen habano. Si no recordaba mal, la última vez que lo hizo fue la noche que Roger y William lo sacaron de la universidad para terminar en mitad de la calle borrachos y cantando una melodía militar. Después de encenderlo y hacer que sus pulmones se acostumbraran al humo, miró hacia el suelo y descubrió una bolsa de viaje.

—¿He interrumpido algo, señor Lawford?

—¿Lo dice por eso? —señaló con la mirada la maleta—. No se preocupe, no ha interrumpido nada. Acabo de recibir la visita de mi sobrino. Mi hermana ha enviudado y según parece no tiene tiempo suficiente para hacerse cargo de su hijo. Así que ha decidido dejármelo una temporada. Imagino que no ha de ser fácil acostumbrarse a una vida sin la persona con quien pensabas envejecer.

—Supongo que no —contestó esquivo.

—Bueno, si es tan amable de explicarme la razón por la que ha venido hasta aquí... —Lawford clavó sus pupilas en el hombre y advirtió que empezaba a sentirse incómodo. ¿Qué le pediría?

—Su señoría, el marqués de Riderland, me ha hablado de sus múltiples cualidades para lograr ciertos asuntos que no todo el mundo puede resolver con facilidad —empezó a explicar mientras su pie izquierdo comenzaba a pisar reiteradamente el suelo—. Y quería preguntarle si usted puede ayudarme.

—¿Me pedirá que asesine a alguien? —espetó burlón.

—No me atrevería a tal osadía, señor Lawford —dijo con resquemor—. Mis temas son muy diferentes.

—Pues adelante —le alentó Arthur—. Estoy deseando escucharle.

—¿Todo lo que se hable en esta habitación quedará entre nosotros? —insistió Federith algo más relajado por la sedación que le provocó el humo del puro.

—No le quepa duda alguna de que todo será confidencial, milord. —Arthur pensó en coger su block de notas, pero desistió de tal idea al ver el ceño fruncido de su posible cliente. Volvió a reclinarsse en el asiento y escuchó con atención.

—Necesito varias cosas, señor Lawford. La primera que deseo

encargarle es averiguar quién o quiénes son los dueños actuales de la que fue residencia de los condes Kingleton.

—Esa respuesta se la puedo ofrecer ahora mismo, si lo precisa, puesto que fui yo quien realizó la venta de esa propiedad.

—¿Usted fue el mediador? —soltó Federith sorprendido.

—Así es —reafirmó con un leve movimiento de cabeza—. El mismísimo conde apareció una mañana y me preguntó quién estaría interesado en adquirir su residencia y le hablé del señor Polet, dueño aún de dicha propiedad.

—¿Sabe usted si estaría dispuesto a venderla? —preguntó entusiasmado.

—Todo se puede vender por una buena suma, milord. Lo que usted debe decirme es la cantidad que estaría dispuesto a pagar por ella —aclaró.

—Prefiero que indague sobre el señor Polet antes de ofrecer una cuantía. Necesito saber su estado económico, ya sabe... Es importante valorar si tiene deudas, si es un hombre aficionado al juego, a las malas inversiones...

—Entiendo... No quiere perder la oportunidad de obtenerla sin mermar su economía, ¿cierto? —Arthur se cruzó de brazos y observó a Federith con cautela. ¿Por qué un hombre como él deseaba una propiedad que no había sido mantenida como requería? El señor Polet era ya demasiado anciano como para hacerse cargo de un lugar tan inmenso. Pero no estaba allí para hacer preguntas sino para responderlas.

—Exacto. Por eso también le pido prudencia al realizar sus investigaciones. No quiero que se corra la voz de que estoy interesado en dicha residencia. Mucho me temo que el interés que suscitara tal rumor incrementaría el valor de la venta —indicó con firmeza.

—Creo que no se equivoca en su conjetura, señor. Si alguien descubre que esa residencia provoca cierto interés, más de un lord acaudalado pujaría por ella tan solo por adquirir algo que codicia otro caballero. Ya sabe cómo son los aristócratas...

—Sí, lo sé —respondió con un bufido.

—¿Y la segunda razón por la que ha venido? —recordó Lawford a su cliente.

—Esto no tiene nada que ver con lo anterior, pero deseo que pueda hablarme de qué trámites son necesarios para obtener un divorcio —comentó antes de colocar el puro sobre el cenicero de cristal que el administrador tenía sobre una pila de papeles.

—Un divorcio... —murmuró Arthur acariciándose la barbilla—. Lo primordial es averiguar si ambos cónyuges están de acuerdo con pactar dicha separación.

—En el hipotético caso de que ambos estuvieran de acuerdo, ¿qué deberían hacer? —insistió Federith.

Este punto era muy importante para él. Ninguno de sus conocidos había decidido separarse de sus esposas y no sabía qué repercusiones tendría. Aunque si terminaba viviendo con Anais, la pérdida de dinero no le supondría ningún problema. Empezaría a trabajar como magistrado, un puesto que le habían propuesto en más de una ocasión y que había rechazado por su padre. ¿Y vivir? Vivirían en la antigua casa de Anais si lograba comprarla antes de esa separación. Solo le quedaba un cabo suelto, su hijo. Tenía la esperanza de que Caroline no luchara por apartarlo de su lado y rezaba para poder criarlo como debía, con cariño y ternura, esa que su nueva madre les ofrecería a ambos.

—Es mucho más fácil de lo que se piensa —empezó a decir Lawford mientras se levantaba del sillón y caminaba hacia la estantería que tenía a su espalda. Buscó uno de los libros y regresó al asiento con él—. Si ambas partes están de acuerdo con la separación, solo deben firmar un acuerdo que se dictará por un administrador y se supervisará por un juez —leyó del libro tras encontrar la página que buscaba.

—¿Solo eso? —soltó Federith asombrado.

—Milord, la gente se divorcia desde hace siglos. Sin embargo, no es tanto el aspecto jurídico como el social por lo que se evita. En Europa se empieza a tomar como algo habitual, pero aquí no. Como bien sabe, muchos matrimonios son concertados ya sea por bienes económicos o por títulos nobiliarios y, por supuesto, nadie quiere evadir la razón por la que contrajo matrimonio. Aunque si me permite ofrecerle mi opinión, creo que esta sociedad es una pantomima. Si yo me casara, si abandonara mi soltería, no utilizaría esas dos causas para unirme a una mujer. A mi edad, y ya he sobrepasado los cincuenta, se pide mucho más de una persona que lo que puede tener.

—¿Por ejemplo? —insistió Cooper.

—El amor, el cariño, la compasión, el compañerismo, la solidaridad, la piedad, el deseo... Podría enumerarle mil cosas más por la que una persona debe casarse con otra. Y como advertirá, no ha escuchado de mi boca ninguna palabra que haga referencia al poder, al dinero ni a la posición

social.

—¿Y los hijos? ¿Qué ocurre con los hijos cuando un matrimonio decide separarse legalmente?

—Bueno... eso es un tema aparte. —Arthur lo miró sin parpadear. Recordó con rapidez el momento en el que el futuro barón de Sheiton contrajo matrimonio y cómo meses después se convirtió en padre. Era una buena razón para casarse, aunque existían muchos métodos para evitar un embarazo. Métodos que le había explicado la señora Johnson cada vez que la visitaba.

—¿Qué sucede con los hijos? —se interesó Federith.

—Lo que sus progenitores deseen. No hay nada todavía que regule con exactitud a quién se debe otorgar la custodia de los hijos. Mucho me temo que pronto saquen una ley sobre eso porque, como supondrá, no todos los padres ni todas las madres están capacitados para criar un vástago como es debido.

—No resuelve mi duda... —resopló Cooper inquietándose de nuevo.

—Es lo único que puedo decirle hasta el momento, milord. Quizá pueda alcanzar, en el hipotético caso de llevar a cabo un divorcio, un acuerdo con la madre. Estoy seguro de que una compensación económica aliviará cualquier dolor maternal —aclaró con sátira.

—Lo que usted pretende decirme es que tanto mi primera causa como la segunda estarán resueltas si consigo la suma que me pidan —indicó levantándose del asiento.

—Eso mismo, milord. Es usted un hombre muy inteligente e imagino que resolverá su segundo punto de una manera sencilla y acertada. Con respecto a la propiedad de los Kingleton, no se preocupe, antes del próximo lunes tendré sobre mi mesa un contrato de compra y venta. —Arthur también se levantó de su asiento y extendió la mano al dar por concluida la reunión.

—¿No me pregunta cuánto estoy dispuesto a pagar? —señaló Cooper asombrado.

—No creo que deba ofrecer una suma mayor que la que pagó el señor Polet —aclaró Lawford.

—¿Y cuánto abonó? —preguntó curioso.

—Quince mil libras —dijo el administrador.

—¿Quince mil libras?

—Era la suma que necesitaba el conde para pagar las deudas que poseía en Londres antes de marcharse —manifestó el hombre todavía con la mano

extendida.

—No es una cantidad muy alta... —susurró Federith aceptando por fin esa despedida.

—Es la cuantía que necesitaba ese bastardo para obtener la libertad —sentenció Arthur.

—Muchas gracias por atenderme, señor Lawford. Mañana mismo le haré entrega de sus honorarios. Según me dijo el marqués son diez libras, ¿verdad? —comentó mientras salía de la habitación.

—Sí, así es.

—Pues no hay nada más que decir. Esperaré con impaciencia su respuesta.

—La tendrá.

No le pidió que le acompañara a la puerta, necesitaba caminar solo y meditar sobre lo que acababa de descubrir. Jamás imaginó que el padre de Anais vendiese el hogar por una cantidad tan escandalosa. Pero eran conocidos sus interminables vicios. No solo el juego o la vida de libertinaje habían destrozado la economía familiar, sino que también era un hombre dado a invertir en proyectos que no ofrecían beneficios seguros. De ahí que nadie deseara que los Kingleton les visitaran. ¿Quién quería alojar bajo su techo o almorzar junto a una familia abocada a la destrucción? Nadie, salvo la suya, y lo admitían a regañadientes, puesto que cuando su padre descubrió las perversidades del conde, empezó a evitar sus visitas. Finalmente, acudieron a su hogar la condesa y su hija. Aunque a su madre no le agradaba tal visita, no podía evitar sentir caridad por ellas y les abrió la puerta como si nada de lo que sucedía fuera cierto. La última vez que se presentaron, la condesa les informó que debían marcharse de Londres. Continuaron con más excusas y con más engaños porque ni aquella dulce mujer fue capaz de explicar la verdadera razón por la que se alejaban de la ciudad, ni tampoco sintió misericordia por su hija, una muchacha que apenas comía lo necesario para subsistir. Si lo hubiera sabido, si hubiese intuido que ella no se alimentaba como era debido, jamás se habría reído de Anais cuando asaltaba la cocina y era incapaz de respirar con la boca llena. ¡Malditos bastardos que solo inventaron un fraude de vida! Pero eso iba a cambiar. ¡Por supuesto que cambiaría! Le hizo una promesa a Anais, le dijo que la cuidaría y la protegería hasta el final de sus días y cumpliría ese juramento aunque él mismo quedara arruinado.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora, milord? —le preguntó el cochero

mientras le abría la puerta.

—Iremos a St. Botolph's Church. Necesito unos momentos de paz — comentó antes de sentarse y reposar su cabeza sobre el esponjoso almohadón de color grana.

XIX



¿Qué deseaba hacer en su día libre? Esa era la pregunta que Anais se repitió una y otra vez desde que salió de la habitación de lady Priscila. Hacía mucho tiempo que no había disfrutado de un día de libertad y se encontraba perdida. Desde que empezó a servir a la condesa se levantaba y atendía las necesidades de esta sin pensar ni un solo minuto en qué podría hacer si no fuera requerida. Quizá porque nunca imaginó que un momento como ese llegaría.

Pero así fue y, aunque parecía ilógico, su mente se hallaba tan confusa que no era capaz de ofrecerle una alternativa. Pese a los gruñidos de la condesa, Anais la acompañó hasta el carruaje y observó con tristeza cómo se marchaba. Debía ocupar un asiento en el interior de ese vehículo. Debía permanecer al lado de la persona que servía, pero como lady Priscila no deseaba su compañía terminó por darse por vencida y asumir que se convertiría en una sirvienta prescindible. Era cierto que ya no necesitaba mantener a salvo su virtud o su honradez puesto que había estado casada y las viudas gozaban de una libertad que las muchachas solteras no disfrutaban, pero, aun así, podía ser asaltada en la calle por cualquier maleante. «Relájate —se dijo—, si la señora estuviese en peligro, el señor Nelsons la ayudará». Y por supuesto que lo haría. Si deseaba salvaguardar su apreciado puesto de trabajo como cochero protegería a la condesa con su propia vida si fuera necesario.

Anais se sentó en una esquina de su cama y miró el exterior a través de la ventana. Mientras ella intentaba averiguar qué podía hacer hasta finalizar el día, su mente no cesaba de cavilar sobre el repentino cambio de lady Priscila. Le resultaba inverosímil la metamorfosis que había sufrido desde que llegaron a Londres. Quizá la contaminó el aire de la ciudad, porque hasta ese momento jamás había pensado en ser social, salir sola y ni qué decir tiene de ese insistente deseo en comprarse vestidos y aceptar invitaciones. Atrás se

quedó la niña dulce, tímida e indecisa y surgía una mujer firme, extrovertida y atrevida. Tenía que alegrarse de ese cambio, pero no era felicidad lo que sentía sino miedo. ¿Qué sucedería si algún día le decía que no la necesitaba? ¿Qué haría ella si fuera despedida? No, la condesa no la despediría después de tantos años juntas, simplemente le cambiaría de función. «Una persona nace con un comportamiento, pero si es inapropiado suele ocultarlo hasta que al fin lo muestra con libertad».

Escuchó la voz de su madre hablarle como si permaneciera a su lado. Fue las palabras que salieron de su boca cuando llegaron a casa de su abuela y esta quiso desvelar a su hija la verdadera razón por la que dejaron Londres. Aunque ella ya lo sabía, puesto que escuchó las conversaciones que mantuvieron sus padres antes de partir. Su madre quiso que ella comprendiera que su padre siempre había sido un libertino, un despilfarrador y que jamás cuidó como debía a su mujer e hija.

Pero ese no era el caso de Priscila. No podía asemejar a dos personas tan diferentes... ¿o sí? Tal vez era cierto que la muchacha guardaba en su interior la fortaleza que empezaba a mostrar. Posiblemente nadie de los que estuvieron a su lado le permitieron actuar como ella deseaba y ahora, sin una persona que le indicara cómo comportarse, brotaba esa actitud que había reprimido durante años. Fuera lo que fuese, Priscila parecía bastante feliz y segura de sí misma. Pero no podía cesar en su empeño de advertirle las consecuencias que acarrearía si ella no actuaba con sensatez. No solo adquiriría una mala reputación, sino que también podía perder todo lo que poseía. ¿Quién iba a prometerle que no encontraría a un hombre como su padre que la cortejara para obtener su fortuna? Todos aquellos ansiosos de llenar sus arcas veían a la condesa viuda como la única manera de alcanzar tal finalidad. Solo esperaba que la muchacha fuera tan sensata como hasta el momento. Pero... ¿quién puede definir el amor como un estado de sensatez? Cuando una persona encuentra a otra y aparecen esos sentimientos, se pierde la capacidad de razonar.

Anais se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. Pensar en ese estado de locura le hizo recordar a Federith. Exactamente eso era lo que estaba sucediendo entre los dos... Respiró hondo e intentó no evocar la noche pasada. Como era de esperar, fue imposible. La cercanía de ambos, los besos que le dio y la forma tan cálida con la que la miraba la tenían desconcertada. En aquellos momentos se había sentido como la niña que abandonó en el pasado y se dejó llevar por el deseo de tenerlo a su lado el resto de su vida.

Sin embargo, todo había cambiado. Él estaba casado y ella fue degradada. Nada era como antes por mucho que las palabras de Cooper le insinuaran lo contrario. Jamás se convertiría en algo que repudió en su padre. ¿Cuántas veces vio a su madre llorar porque algunas de las amantes de su marido aparecían en la residencia para indicarle que terminaría siendo la única mujer que él amaría? Demasiadas... «Si hubieses sido algo más mayor —le confesó un día frente a la chimenea—, ahora serías la futura baronesa de Sheiton». Ella creyó en sus palabras. Estaba segura de que no erraba y, como niña, esperó encontrarlo algún día al abrir la puerta y pedirle lo que tanto soñó en el pasado, convertirse en su esposa.

Pero el tiempo pasó y ese sueño se fue desvaneciendo de su mente ocupada tan solo por la realidad que vivía. «¡Olvídalo ya!», gritó para sí al tiempo que convertía sus manos en puños y varias lágrimas recorrían su rostro. No podía engatusarse con palabras alentadoras ni con suaves caricias, él ya estaba fuera de su alcance y nada de eso iba a cambiar por mucho que lo deseara. Para afianzar su posición decidió salir a la calle y contemplar cómo había cambiado la ciudad durante sus años de ausencia. Tal vez hasta pasearía cerca de la casa que una vez fue su hogar y la observaría con anhelo. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Sería capaz de enfrentarse a ese duro pasado? Sí, debía lograrlo si quería dejar de soñar con algo imposible. Luego, cuando notara que las fuerzas la abandonaban, iría el único lugar donde se reconfortaría, St. Botolph's Church, la iglesia preferida de su madre y que visitaban todos los domingos. Rezará y suplicará que su vida se aclarase lo antes posible porque, si continuaba pensando en los cambios de la condesa o en los besos de Federith, enloquecería tarde o temprano.

Fue más doloroso de lo que se imaginaba... Cuando llegó hasta el camino de su antiguo hogar, Anais sintió una punzada en el pecho. No había pensado que la residencia pudiera estar tan deteriorada. Los jardines por los que corrió en su niñez no estaban atendidos como debieran y no había una sola superficie sin horrendas espigas salvajes. El pequeño estanque emitía un olor tan putrefacto que provocaba un sinfín de arcadas. La cancela metalizada empezaba a oxidarse y el color negro de antaño se había convertido en marrón. Anais agarró dos barrotes roñosos y metió la cabeza en su interior. La casa era una ruina. ¿Quién podría vivir en un lugar tan horrendo? ¿Tan poco interés le causaba al nuevo dueño, que la abandonó a su suerte? Enfada y muy desilusionada decidió entrar y averiguar quién era el nuevo

propietario, si es que vivía en aquella especie de castillo del terror.

Abrió la cancela como cuando era niña, colocando la punta de un pie, empujando hacia arriba y desencajando la cerradura. «¡Perfecto!», pensó orgullosa. Por lo menos eso no había cambiado. Con un paso lento, siguió el que un día fue un sendero de piedrecitas pero que se había convertido en un laberinto de hierbajos. Su vestido quedó atrapado en más de una ocasión por esas espinas dañinas. Aunque no abandonó su empeño de averiguar quién era el monstruo que vivía allí. Porque alguien habitaba en aquel penoso lugar, de lo contrario la chimenea no desprendería humo. Fue una odisea alcanzar la puerta de la entrada, hasta la escalera marmolada se había deteriorado por el paso del tiempo.

Anais se paró frente a la entrada, se estiró el vestido, se colocó el sombrero y alargó su mano para coger la aldaba para llamar. Durante un buen rato no escuchó a nadie acercarse para atenderla. Estaba a punto de darse la vuelta cuando alguien apareció frente a ella.

—Buenos días, señora —le dijo un hombre de más de setenta años que la miraba con recelo al ir vestida de riguroso luto—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días, soy la señorita Price y me gustaría hablar con el dueño de la casa —le informó mostrando una gran sonrisa.

—Lo siento, pero mucho me temo que el amo no puede atender visitas en este momento —aclaró el sirviente. Cuando creyó que la conversación había finalizado y que podía cerrar, se encontró que el pie de la mujer impedía su propósito.

—Imagino que podrá permitirme cinco minutos si usted le informa que soy la hija del difunto conde Kingleton. —¿Cuánto tiempo hacía que no utilizaba el título familiar para conseguir algo? Mucho, pero al ver que el hombre abría los ojos como platos al reconocer el nombre, se sintió más segura de lo que ella creyó. ¿Cómo era capaz de hacer regresar tan rápido a la niña que fue? Quizá porque siempre había estado ahí, aunque sedada.

Las palabras de su madre retornaron. Sí, en efecto, todo el mundo nace con un comportamiento y ella, por mucho que la asustara, había sido y era la hija de un conde. Uno que destrozó su vida, pero no podía olvidar la sangre que corría por sus venas.

—Si me disculpa un momento, milady... —El tono y la actitud del mayordomo cambiaron rápidamente.

—Por supuesto, pero no esperaré en la puerta —sentenció con esa voz

de firmeza que no había escuchado en años.

—Le ruego que me perdone. Es que el amo lleva mucho tiempo sin recibir una visita...

—No se preocupe —comentó accediendo al interior de la casa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al contemplar el estado de dejadez. A pesar de que los alrededores ya indicaban lo que encontraría dentro, no estaba preparada para ver cómo la baranda en la que se apoyaba para bajar tenía huecos en dónde debían ir los balaustres. Ya no había alfombras que ocultaran los peldaños, tampoco cuadros ostentosos ni candelabros de plata, hasta había desaparecido la gran lámpara de cristal que ella miraba desde abajo.

—El señor lleva mucho tiempo enfermo y apenas podemos encargarnos de cuidarla —dijo el hombre al ver el rostro de asombro que presentaba la mujer—. Tarde o temprano este edificio terminará muerto, como el dueño.

Intentó controlar esas lágrimas que deseaban brotar, pero fue incapaz de hacerlas parar. Su corazón estaba roto como algunas paredes del interior de la casa.

—¿Desea que le sirvamos un té en el salón de día mientras espera a ser recibida? —quiso saber el mayordomo.

Anais solo pudo negar con la cabeza. No le salían las palabras. No podía ni abrir la boca para sacar el aire de sus pulmones. Jamás pensó que su hogar se arruinaría como su propia alma.

—No tardaré —informó antes de dejarla sola en el *hall* y subir a la planta.

Lo miró ascender los peldaños con dificultad y lentitud. Dedujo con rapidez que todos los que allí servían debían de llevar junto al señor de la casa muchos años y por eso seguían manteniendo sus trabajos. No podía dar otra explicación, porque si no les unía una amistad, ¿cómo podría soportar un lord a un sirviente anciano y cansado? Anais tragó saliva y pensó si la casa habría corrido la misma suerte si al final no se hubieran marchado. Con las deudas de su padre y el despilfarro de su madre tal vez habría terminado mucho peor.

Dejó que los pasos la llevaran hacia el pasillo de la derecha. En aquella zona estaba la cocina y los dormitorios de los sirvientes. Prestó atención a todo lo que observaba y su boca se alargó dibujando una leve sonrisa al encontrar una marca de su niñez en aquel lugar. Alargó la mano y acarició una pequeña rotura en la pared que había justo en la puerta del primer

dormitorio. Siempre había sido muy traviesa y ansiosa y aquella señal lo demostraba. Apenas recordaba el motivo por el que lo hizo, pero tenía algo que ver con que su niñera no le abría la puerta. No entendía por qué, sabiendo que estaba en el interior porque la había escuchado reír, no obedecía. Así que enfurecida cogió el bastón que utilizaba su padre para pasear y golpeó la pared hasta dejar la marca. No logró su propósito. La niñera se mantuvo callada y no le permitió entrar, así que después de tanto insistir decidió marcharse al jardín. Al poco tiempo de estar jugando apareció su cuidadora y la reprendió por su actuación. Su padre, que salió tras su institutriz, la castigó con una semana encerrada en su cuarto. De repente, Anais se llevó la mano a la boca y corrió de nuevo hacia el *hall*. Ahora entendía la razón por la que no fue atendida cuando llamó a la puerta. Su padre y ella... ¡Maldita casa y malditos recuerdos! Se agarró el abrigo con fuerza y decidió salir de allí lo antes posible. Aquel lugar solo le traía malos recuerdos. Recuerdos que deseaba eliminar para siempre.

—¿Milady? —soltó confundido el mayordomo al ver cómo ella abría la puerta para irse.

—He pensado que será mejor que no moleste al señor si se encuentra...

—Quiere verla, milady. El señor Polet desea su visita —informó bajando hasta la mitad de las escaleras. Si tenía que volver a subirlas le resultaba más fácil regresar desde allí que desde abajo.

—¿No será una molestia? —insistió la mujer deseando que le respondiera que sí.

—Se lo pido por favor... Como le he dicho con anterioridad, el amo no tiene visitas desde hace tiempo y ha sonreído al ver que usted ha decidido aparecer. —No fue una súplica sino más bien un ruego a su humanidad.

—Muy bien —contestó cogiéndose con las dos manos el vestido para no tropezar—. Indíqueme dónde se encuentra el señor Polet —dijo con firmeza.

Evitó mirar más deterioro. No podía sentir más tristeza por lo que había allí, iba a ver al dueño de aquella casa, que ya no le pertenecía, y tras charlar se dirigiría a su siguiente parada, St. Botolph's Church.

La habitación en la que permanecía el propietario era la que un día ocupó su madre. Como era de esperar en un matrimonio que apenas tenían relación, yacían en dormitorios separados. Aunque en el caso de sus padres uno estaba al principio de la planta y el otro al final. Anais no paraba de pensar que su padre se sentía muy cómodo descansando en aquel apartado lugar. Así todo lo que se le antojara hacer con la niñera o con quién le

apeteciera no sería interrumpido. La ira crecía por segundos. ¿Cómo había sido tan ingenua de no comprender el horror que la rodeaba? ¿Tan inocente era?

—Milady... —La despertó de sus pensamientos al tiempo que ponía su mano en la manivela de la puerta—, he de advertirle que el señor se encuentra muy enfermo y puede sobresaltar a una mujer como usted.

«¿Una mujer como yo?», pensó. Nada podía asustarla después de haber vivido con un monstruo como su padre. El espanto, la alteración o la inquietud habían sido instruidas a base de palos.

—No se preocupe. Le aseguro que he vivido cosas peores... —dijo antes de avanzar hacia el interior de la habitación.

No había nada en aquel lugar que recordara lo que un día fue, hasta la chimenea que calentaba las noches gélidas de su madre había sido reconstruida. En mitad de la alcoba, una inmensa cama con dosel tipo barroco indicaba dónde se encontraba el enfermo propietario. Dos butacas a ambos lados de la cama, dos pequeñas mesitas y una alfombra, de pequeñas dimensiones, adornaban el lugar que un día pareció la galería más lujosa de un museo parisino. Anais caminó despacio, como si el enfermo estuviera durmiendo. Fijó la mirada hacia la chimenea y se complació al ver que el fuego ardía con fuerza. Por lo menos el pobre hombre no pasaba frío.

—¿Es cierto que es la hija del conde Kingleton? —preguntó Polet cubriendo aún más su cuerpo con las mantas de color borgoña.

—Así es. Buenos días, señor Polet —dijo haciendo una pequeña genuflexión antes de avanzar hacia los pies de la cama.

—Buenos días. Según me ha informado Ross, ha dicho difunto —recalcó.

—Mi padre murió hace algunos años de peste, según creo. —No había sido peste, había muerto en una trifulca en un bar, pero no deseaba dar muchas explicaciones sobre aquel malnacido.

—¿Qué le ha traído hasta aquí, milady? —preguntó intentando incorporarse.

Anais se acercó al anciano y le ayudó a enderezarse, le puso las almohadas en la espalda y luego se apartó.

—He regresado hace unas semanas y hoy me apetecía saber cómo estaba el hogar en el que viví —respondió.

—Tome asiento, por favor, lady Anais —dijo el anciano.

—¿Cómo sabe...? —Le desconcertó descubrir que el hombre sabía su

nombre de pila y que la tratara con tanta familiaridad.

—Su padre me habló de usted —aclaró Polet como si estuviera leyéndole sus pensamientos—. Cuando me ofreció la compra de esta casa me anunció que debía venderla para que su única hija tuviera el futuro que se merecía.

Anais apretó la mandíbula y las manos, aunque evitó fruncir el ceño no lo consiguió. Ese estado de ira que había aparecido al recordar la razón por la que su niñera no le abrió la puerta, se estaba transformando en una rabia implacable.

—Pero como puedo observar —habló mirándola con atención—, fui engañado como tantos otros caballeros londinenses.

—Si le valen mis disculpas... —señaló con un halo de tristeza.

—No tiene por qué dárme las, las hazañas de su padre le pertenecen solo a él y, por desgracia, Dios fue piadoso en acortarle la vida. Créame cuando le digo que usted no debe sufrir las consecuencias de haber tenido a ese sinvergüenza como padre.

—Gracias... —susurró—. No sabe cuánto agradezco escuchar algo así.

—No ha sido nada y... volviendo al presente, ¿qué motivo le ha traído hasta mi arruinado hogar? —espetó el anciano entornando los ojos.

—La verdad, señor Polet, es que necesitaba ver la casa en la que nací —confesó con pesar—. He pasado muchos años alejada de esta ciudad y me apetecía recordar los lugares donde fue feliz antaño. ¿Le parece una idea descabellada?

—No, no me resulta extraño que ansiara contemplar una residencia como esta. Aunque he de pedirle disculpas por el deterioro que ha encontrado. Llevo enfermo algo más de tres años y me resulta difícil gobernar la casa con la misma fuerza. Y, como habrá advertido, mi servicio tiene la misma enfermedad —comentó extendiendo las manos sobre la manta y tocándola como si quisiera eliminar una arruga que no existía.

—¿Qué enfermedad padece? —quiso saber Anais.

—Una que ningún médico puede sanar, lady Anais, la vejez —indicó antes de dibujar una sonrisa en el rostro anciano. Apenas le quedaba cabello y las pocas hebras eran blancas como la nieve. Sus ojos apenas tenían luz y los párpados empezaban a descender.

La muchacha también se extrañó de encontrar un hombre con las orejas tan grandes, aunque su abuela le explicó que crecían según se envejecía. Pero la mujer se quedó consternada al verle las manos, porque estaban repletas de

heridas sin cicatrizar. Hasta pudo observar que si las movía demasiado empezaban a sangrar. ¿Cuánto tiempo llevaba solo aquel hombre? ¿Cómo era capaz de seguir viviendo de aquella manera? ¿Nadie lo atendía por no pertenecer a la aristocracia? ¿Por qué las personas eran tan inhumanas?

—¿Qué es lo que piensa? —preguntó el anciano inquieto.

—Me estaba preguntado, señor Polet, si necesita una...

—Señor —interrumpió el mayordomo—, siento molestarle, pero tiene una visita.

—¿Otra? —soltó el anciano con asombro—. ¿De quién se trata esta vez?

—El señor Lawford, señor —informó con una voz fantasmagórica.

—Dígale que tengo otra visita y que vuelva en otro momento —dijo el anciano con rapidez.

—No se preocupe, señor. He de marcharme. No quiero molestarle. Solo pretendía...

Polet extendió las manos temblorosas hacia ella y Anais corrió a aceptarlas. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien no rehusaba tocarlo y eso le provocó al señor Polet una alegría inmensa.

—Me encantaría que volviera, lady Anais. Me gustaría saber cómo fue su vida fuera de Londres, porque cada día de mi vida deseé que el dinero que pagué por esta casa a su padre le ayudara en algo —explicó con cierto temblor debido a la emoción.

Anais tuvo que tragar saliva y apartar la conmoción que estaba sintiendo por las palabras del anciano. No podía contarle la verdad, no a él, porque no quería que aquel piadoso hombre se sintiera timado.

—Si así lo desea, vendré a verlo cada vez que pueda. —Acercó sus labios a la mano y le dio un pequeño beso en la muñeca.

—Chiquilla... —susurró Polet sorprendido.

—Buenas tardes, señor Polet —se despidió Anais con una leve genuflexión.

—Por favor, llámame Simon.

—Y usted puede llamarme Anais.

Cerró la puerta, bajó las escaleras y, una vez que saludó con una leve reverencia a la persona que esperaba ser atendida, Anais salió al jardín, se aferró al primer árbol que encontró y lloró hasta quedarse sin lágrimas.

XX



Hacía mucho tiempo que no aparecía en aquel lugar. Si no recordaba mal, la última vez fue cuando acompañó a la condesa Kingleton y a su hija a la habitual misa de domingo. Casi siempre se les unía la baronesa, pero ese día su madre estaba enferma y, por recomendaciones del médico, no podía salir de casa y el conde... El padre de Anais jamás acompañaba a su esposa salvo lo estrictamente necesario. Así que se ofreció a pasear con ellas para darles protección. Cooper sonrió de oreja a oreja al recordar aquel momento. Era un joven imberbe, escuálido, larguirucho y apenas tenía masa muscular cubriéndole el cuerpo. Si aquel día alguien hubiese intentado atacarles se habría divertido muchísimo al ver quién sería el oponente. Lógicamente ya no era así. Podían dar fe de ello todos los compañeros que osaron quedarse con sus apuntes por la fuerza. Cada vez que alguno de ellos intentaba amedrentarlo transformaba sus puños en dos bloques de acero dispuestos a golpear y dañar la zona de carne que tocaban. Por fortuna, había pasado mucho tiempo desde entonces.

Federith levantó la mirada y contempló la iglesia con añoranza. Durante los años que estuvo bajo la tutela de William y Roger no había visitado ninguna. La primera vez que apareció después de una década fue en su boda y tampoco le hizo mucha ilusión asistir a esa ceremonia. Sin embargo, a pesar del tiempo y de la pérdida de ánimo, allí se encontraba, frente a la entrada de un lugar sagrado. Se desabrochó el abrigo, se quitó el sombrero y caminó hacia el interior. Necesitaba un sitio tranquilo para poder meditar con claridad sobre toda la información que le había dado el señor Lawford. No solo estaba inquieto por lo que supondría adquirir la que fuera mansión de los Kingleton, sino también por el hecho de tener que afrontar un divorcio. No le cabía duda de que su padre intentaría sobornarle para que no llevara a cabo tal aberración. Le ofrecería todo lo que estuviese a su alcance para disuadirlo, tal vez hasta le pediría que aguantara el poco tiempo que tanto a él como a su

esposa le quedaran de vida para no ser testigos de esa locura. Sin embargo, Federith no iba a cambiar de opinión y aunque la confrontación que tendría con sus padres sería épica, estaba más preocupado por la reacción de Caroline. Albergaba la esperanza de que ella aceptara sin más, dado que su comportamiento no se asemejaba en nada al que debía tener una esposa felizmente casada. Pero era una mujer muy impredecible... ¿Se opondría a vivir un calvario social o tal vez se comportaba así esperando que él fuera el responsable de dicha propuesta? Fuera lo que fuese pronto lo sabría.

Cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz que había en el interior, descubrió que solo había dos personas sentadas en los bancos. Una, en el primer asiento de la derecha y la otra, en el último de la izquierda. Dos mujeres, ambas vestidas de riguroso luto. Durante unos instantes dudó sobre el sitio que debía ocupar para meditar con esa calma que requería, puesto que no deseaba molestar ni ser molestado. Avanzó por el pasillo central provocando que el sonido de sus zapatos causara un eco molesto para las señoras que rezaban. Miró de reojo a la mujer de la izquierda y descubrió que estaba llorando. Quizá sería una joven viuda que se lamentaba por la pérdida de su marido o una hija que se había quedado huérfana a una edad temprana. Despacio se alejó de ella, no quería incomodarla en un momento tan agónico. Prosiguió su caminar hasta colocarse frente al altar. Como hizo con anterioridad, miró de reojo a la mujer que había en su izquierda y tuvo que agarrarse al banco que tenía próximo para no caerse. Era... No, no podía ser. El destino no le sonreiría de nuevo.

Había tenido demasiada suerte con encontrarla después de tantos años como para regalarle otro momento a solas con Anais. Estaría delirando. Sí, eso debía de ser. Desde que la vio, soñaba con ella y la veía en todas partes. Su mente estaba tan ansiosa por contemplarla de nuevo que no actuaba con cordura. Confuso por tales pensamientos, Federith se arrodilló, colocó sus manos sobre el respaldo del asiento delantero y posó su frente en ellas. Necesitaba meditar, le urgía calmar esa inquietud que se había despertado al imaginarla junto a él y que no le dejaba pensar en otra cosa. Iba a cerrar los ojos, cuando advirtió que la mujer se movía incómoda en su asiento. Cooper dirigió una mirada discreta hacia ella y se quedó sin aliento. No estaba confundido, su mente no le había engañado. Aquella mujer era Anais.

Tuvo que contener las inmensas ganas de levantarse y colocarse a su lado. Debía mantener la compostura y no acercarse en lugares públicos. No solo podía perjudicarla, sino que él también estaría en grave peligro. Sin

embargo, ¿qué tenía de peligroso poder observarla durante unos momentos en silencio? Pero la pregunta se respondió con rapidez. En el momento en el que se cruzaron las miradas, Federith sintió que todo lo que tenía a su alrededor se desvanecía. Ya no se encontraba en una iglesia, sino a escasos pasos de la mujer que amaba y que amaría siempre.

Anais se quedó petrificada al descubrir que el caballero que caminaba por el pasillo de la iglesia era Federith. De todos los lugares en los que podían encontrarse ese era, sin duda, el más extraño. ¡¿Pero qué estaba haciendo allí?! No se le habría ocurrido la absurda idea de perseguirla, ¿verdad? Debía de ser una coincidencia. Sí, no había otra explicación posible. Era lógico que dos personas se encontraran en el mismo lugar y en el mismo momento en una iglesia alejada del hogar en el que residían. «Oh, señor...», dijo con un suspiro silencioso.

Se movió en el asiento, intentando aplacar la mezcla de felicidad y miedo que sentía. No podía mirarlo, no debía hacerlo porque no era adecuado que una mujer sin acompañante contemplara de forma descarada a un hombre que, por lo que podía apreciar, también se encontraba solo. Agachó la cabeza, afanándose en conseguir su propósito, pero le resultó tan difícil no observarlo y averiguar qué hacía, que finalmente desistió en su empeño. Aunque en el momento que su mirada se cruzó con la de él, notó cómo el cielo se postraba a sus pies. ¿Cómo podía ser el hombre más hermoso del mundo? ¿Cómo podía sonreír de esa forma tan embelesadora? Azorada, clavó sus ojos en el altar y continuó con su rezo. Hasta el momento de la aparición pedía al Señor que le indicara qué debía hacer para olvidar a Federith, pero Dios tenía que estar muy ocupado atendiendo los ruegos de otros feligreses porque, de lo contrario, habría evitado ese encuentro.

Se alisó la falda, intentando aparentar tranquilidad, sin embargo, sus manos temblaban tanto que no eliminaron las arrugas, sino que plegaron la tela asemejándola a un acordeón. Lo más sensato, dada la situación, era dar por concluido su rezo y marcharse lo antes posible. Pero había un problema... Federith se había sentado en el extremo del banco y se temía que, cuando pasara por su lado, la cogería de la mano. Examinó a su alrededor buscando otra forma de salir. Parecía tan desesperada como un ave salvaje enjaulada. No le cabía la menor duda de que Federith insistiría en acompañarla a su hogar sin importarle el escándalo social que supondría caminar los dos por las calles de la ciudad. Después de lo sucedido la noche anterior entre ellos, mucho se temía que aquel decoro que lo caracterizó de

niño había desaparecido.

Anais lo miró de reojo y advirtió que no solo había cambiado su carácter sino que el paso del tiempo también había transformado su físico. Cualquiera persona que se postraba ante una imagen divina debía presentar cierta sumisión, pero en Federith no había nada de eso. Su cuerpo mostraba firmeza, serenidad y una solemnidad inverosímiles. Atrás había quedado aquella figura larguirucha y escuálida. Ahora era un hombre fuerte, grande y fibroso. No albergaba duda de que el paso del tiempo había mejorado considerablemente el cuerpo de Federith. No solo había endurecido los músculos, sino que sus pómulos habían tomado una forma muy varonil. El cabello, pese a llevarlo corto según dictaba la moda, dibujaba unas bonitas ondas doradas. Anais estaba segura de que si se lo dejaba crecer luciría una melena tan hermosa como la de la baronesa. Observó después las manos. Continuaba teniendo unos dedos largos y delgados, pero al igual que todo lo demás mostraban fuerza y magnificencia. ¿Cuántas mujeres habrían gozado de sus suaves caricias? ¿Cuántas mujeres habrían gemido de placer al ser tocadas por esas manos?

Anais refunfuñó. No podía pensar en ese tipo de tonterías. Necesitaba centrarse en cómo salir de aquel lugar sin que Federith se obcecara en acompañarla. Sin embargo, en vez de cavilar cómo abandonar la iglesia su mente la traicionó recordándole la conversación que mantuvo la dependienta con su señora. Según explicó, Federith, el marqués y otro caballero que había sido malherido en un desafío habían sido los libertinos más codiciados de Londres. A Anais le costaba imaginarse a su Fed comportándose de esa forma. Él jamás fue un muchacho libidinoso, al contrario, era casto, honesto y virtuoso. ¿Cómo pudo olvidar sus principios morales con tanta rapidez? ¡Imposible! Aquella mujer mentía. Tal vez los calaveras fueran los otros dos y él obtuvo la misma reputación al permanecer con ellos.

La muchacha cerró los ojos por un momento y recordó la última noche que vivieron juntos. Nunca la pudo olvidar. ¿Quién sería capaz de obligarse a eliminar de su mente un momento tan especial? Federith la trató con ese respeto y decoro que le caracterizaba y estaba segura de que, si ella no le hubiera besado, él jamás habría osado hacerlo. Como era de suponer, evocar ese instante le ocasionó una perturbación tan inmensa que, en vez de centrarse en huir, su cuerpo se relajó para disfrutar de la felicidad y calidez que vivió en aquel momento. Nadie podía igualar Federith, ¡nadie! Ni su único prometido, con quien permaneció durante varios meses, consiguió que

uno de sus besos la hiciera sentir tan enamorada.

Con mucho cuidado y sin hacer apenas ruido se levantó de su asiento para dirigirse hacia el púlpito. Según pudo advertir, bajo este había dos inmensas columnas de madera donde podía esconderse con facilidad hasta que él se marchara. Era la única solución, ocultarse en aquel lugar a la espera de que Federith entendiera que no era prudente estar juntos y terminara alejándose. Caminó con lentitud, sus pasos eran tan suaves que apenas se escuchaban. Antes de girar hacia la zona en la que se encontraría a salvo miró hacia el altar. Al contemplarlo más de cerca pudo apreciar con más detalle las vidrieras que tanto la habían fascinado al entrar, pero ya no le resultaron tan interesantes porque su mente se centraba en una cosa, desaparecer. Después de realizar el giro para acceder a ese rincón donde se hallaría a salvo, observó que él continuaba rezando y, por fortuna, lo hacía con los ojos cerrados. Tras colocarse detrás de las anchas y grandiosas columnas de madera, caminó hacia atrás hasta que su espalda tocó la fría pared. Desde allí no podía verlo, pero él tampoco averiguaría dónde se encontraba. Cerró los ojos, estiró las manos hacia el suelo y contuvo la respiración. Necesitaba escuchar los pasos de Federith y si su corazón continuaba latiendo de esa manera, no lograría oír otra cosa salvo sus propias palpitaciones.

Durante la espera comenzó a meditar sobre el cambio que había dado su vida en menos de un mes. Toda esa tranquilidad que obtuvo desde que empezó a trabajar para lady Priscila había desaparecido. No solo la tenía alterada la presencia de Federith, sino que averiguar quién habitaba en su antiguo hogar y las condiciones en las que se encontraba el señor Polet aumentaron esa preocupación. El pobre anciano se estaba muriendo rodeado de miseria y destrucción. No era justo que una persona terminara su vida de aquella manera y, aunque no podría ofrecerle nada más que su compañía, lo visitaría cada vez que la condesa se lo permitiera. Y sabía que para poder acudir a su antiguo hogar debía confesarle ciertos aspectos del pasado. Tal vez no la culpara por los actos de su padre y sentiría piedad por esa niña, ahora mujer, que observó de manera pasiva cómo su mundo se hacía añicos.

Anais tragó saliva y contuvo las lágrimas que deseaban brotar. El señor Polet tenía razón, ella no podía vivir bajo la sombra de una perversidad que no había realizado. Ella era una víctima no una criminal. Se llevó las manos al pecho al recordar cómo se sintió al nombrarse con su título aristocrático. Los sentimientos de dolor y alegría se mezclaban una y otra vez. Dolor por las penurias que vio padecer a su madre hasta que falleció, y alegría al ser

consciente de que ella había sobrevivido. ¿La habría matado a ella también? ¿Si los padres de lady Priscila no la hubieran aceptado, su padre la habría asesinado como a ellas? Seguro que sí, o quizá la vendería en cualquiera de los prostíbulos que frecuentaba. Fuera como fuese, debía dar gracias a Dios por la caridad que mostró la familia Appelton al acogerla.

Anais empezó a pensar cuánto tiempo llevaba oculta tras las columnas, cuando escuchó el sonido de unos pasos alejándose. ¿Al fin Federith se marchaba? ¿Habría entendido que lo evitaba? Muy despacio caminó hacia su izquierda para comprobar si su conjetura era cierta y respiró al advertir que ya no permanecía sentado en el banco. No había nadie, ni tan siquiera la mujer que había entrado cuando ella lo hizo. Suspiró satisfecha de que Federith entendiera su propósito. Como cuando eran niños, no le hacía falta hablar para que él supiera en cada momento qué necesitaba. Por lo menos eso no había cambiado... Aliviada, se volvió hacia la derecha para abandonar el escondite cuando chocó contra una pared de músculo duro.

—¿Me estás evitando? —susurró tapándole la boca para que no gritara. Anais abrió los ojos como platos. No sabía qué hacer en ese momento. Estaba allí, a su lado, tocando sus labios con suavidad y mirándola como solo él podía hacerlo—. ¿O solo pretendes jugar al escondite como cuando éramos niños? —insistió sin borrar la sonrisa. Apartó con suavidad su mano y dejó que ella tomara aire.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo? —soltó en voz baja. ¿Había sonado enfadada? Porque lo estaba y mucho.

—He venido a expíar mis pecados, que últimamente son muchos... ¿Y tú? —dijo con sarcasmo al tiempo que la miraba con tanta fogosidad que podía derretir un iceberg.

—También —respondió avergonzada.

No podía observarlo tan cerca ni tampoco era conveniente sentirse como lo hacía. Anais notaba cómo su pulso se aceleraba y cómo su pecho se alzaba y bajaba al ritmo de una respiración entrecortada. ¿Por qué la alteraba tanto? ¿Por qué no era capaz de controlarse cuando él estaba tan cerca? La respuesta era sencilla, porque seguía sintiendo algo... Sí, eso era. Aunque habían pasado los años, aunque ninguno de los dos se asemejaba a lo que una vez fueron, sus sentimientos por aquel hombre no habían desaparecido. Por ese motivo no terminó casándose, por esa razón eludió la propuesta de matrimonio. ¿Cómo iba a vivir con un esposo que apenas le provocaba una décima parte de lo que Federith causaba en ella?

—Nadie lo diría al verte actuar de esa forma. Más bien pareces una mujer escondiéndose de un indeseable —dijo jocoso.

—Me estaba ocultando de ti —declaró con firmeza—. No quiero verte, no quiero que estés tan cerca... —dijo dando un pequeño paso hacia atrás.

—¿No quieres verme? —apuntó enarcando las cejas y colocando la palma de su mano en la pared como si estuviera sujetándola—. ¿Por qué? ¿Acaso he hecho algo que no te ha agradado? Si es así, te pido mil disculpas.

—¿Crees que besarme no es suficiente motivo para evitarte? —susurró enfadada.

—Sé que no soy el hombre más experto en el arte de besar, pero hasta ahora nadie se había quejado... —prosiguió burlón.

—Eres un pretencioso —indicó alzando la voz.

Federith volvió a taparle la boca con la mano libre y se quedó mirándola con la misma intensidad que un científico a una partícula nueva. Examinó con detalle el rostro y llegó a la conclusión de que el paso del tiempo había embellecido sus facciones. Hasta aquella nariz que parecía el pico de un halcón se pulió para mejorar y herosear la cara más perfecta que había contemplado jamás. ¿Cómo iba a separarse de ella otra vez? ¿Qué fuerza de voluntad debía adquirir para dejarla marcharse de nuevo? Ni quería separarse de Anais ni buscaría esa fuerza para alejarse. Ella sería suya y, aunque le costara toda su fortuna o el rechazo social al que se vería sometido después del divorcio, Anais se convertiría en la mujer que estaba destinada a ser, su esposa.

—Me han informado de que la condesa viuda de Crowner asistirá a la fiesta que la señora Baithlarin ofrecerá en Marylebone —explicó al tiempo que liberaba su boca—. Imagino que tú también asistirás...

—No sé qué va a hacer mi señora —señaló con recelo—, pero aunque así fuera, no se me ocurriría aparecer en esa fiesta. Por si no lo recuerdas, soy una simple sirvienta —recalcó malhumorada.

—Y como tal —dijo acercando su boca a la de ella—, permanecerás en el jardín charlando con las demás doncellas, ¿es así?

—Sí —afirmó Anais levantando el mentón para enfrentarse al hombre que había aproximado su cuerpo de manera inadecuada al suyo. Al hombre que emanaba un olor tan embriagador como hipnótico. Al hombre que acercaba sus labios a los de ella y que calentaba su rostro con su aliento.

—¿Crees que podrás librarte de ellas durante un tiempo? —preguntó mientras le acariciaba con el dedo pulgar la mejilla sonrojada—. ¿Serías tan

amable de concederme unos minutos, Anais?

¿Por qué le temblaban las manos? ¿Por qué escuchar de aquella boca su nombre la perturbaba tanto? Tenía que ser firme, debía ser sensata, debía negarse...

—Sí —dijo sin pensar.

—Gracias... —Acercó su boca a la de ella y le dio un beso tan apasionado que ella levantó, de manera inconsciente, su pie izquierdo.

Anais cerró los ojos y se dejó llevar. No era consciente en aquel momento de dónde se encontraba. Para ella, ambos estaban en la cima de la montaña que rodeaba su antiguo hogar, con la luna iluminándolos y sin nadie que pudiera interrumpirles. Federith siempre había sido la persona en quien soñaba, su príncipe, su caballero salvador. De repente, el recuerdo de las penurias que padeció con su padre golpeó su cabeza y eliminaron con rapidez toda esa pasión que Federith despertó. Justo cuando colocó sus manos en el pecho de él para apartarlo, notó cómo los fuertes brazos envolvían su cuerpo y la acercaban aún más. Los malos recuerdos desaparecieron, se eliminaron de su mente marchándose con ellos el miedo y el terror que vivió. Federith la protegía no solo de su presente sino también de su pasado. Abrió sus manos para aferrarse con fuerza a las solapas del abrigo. No podía dejarlo marchar, lo necesitaba más de lo que ella misma suponía.

Por un momento, pensó que ella pondría cierta distancia entre ellos, pero en ese instante Federith abrió los ojos y observó que Anais fruncía el ceño. Algo la preocupaba y por cómo arrugaba la frente era triste. Sin dejar de besarla, extendió los brazos y la atrajo hacia él. Necesitaba que ella sintiera esa protección que su cuerpo masculino podía ofrecerle. Por suerte, consiguió relajarla.

—Anais... —murmuró cuando su boca se separó.

—Federith yo... —intentó decir.

—Nos veremos en la fiesta de lady Baithlarin —atajó antes de que rechazara su propuesta—, y te aconsejo que vigiles tu espalda porque, cuando menos te lo esperes, me encontrarás detrás de ti —añadió antes de darle un beso rápido y marcharse.

Continuaba en una especie de trance agradable después de su marcha. No era capaz ni de pensar con claridad. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué había hecho? ¿Había aceptado encontrarse con él a escondidas? Debía correr tras Federith y negarle ese encuentro. Tan solo necesitaba dar varios pasos, llamarle y aclararle que no era posible lo que pretendía, pero en vez de actuar

con sensatez, descubrió que se sentía igual de excitada y emocionada que cuando era niña. El recuerdo de esas noches en las que Federith aparecía bajo el balcón se aglutinó en su cabeza de golpe. Sentía la misma euforia que antaño, hasta su corazón parecía haber rejuvenecido. ¿Cómo lograba convertirla en una persona tan diferente? ¿Cómo era capaz de hacer que su mente retrocediera en el tiempo como si los años no hubiesen pasado entre ellos?

Anais se tocó las mejillas y suspiró al notarlas calientes. No podía dejarse llevar de nuevo. Tenía que ser firme y aclararle que sus vidas se habían distanciado. Pero antes de eso, deseaba vivir una noche más de felicidad. «Solo una más y se acabó», se dijo mientras salía de su escondite. Cuando miró hacia el altar volvió a ruborizarse. ¿Cómo había sido capaz de besarla de esa manera en un lugar tan sagrado?

Abochornada por un acto tan impuro, aceleró el paso y salió a la calle. Necesitaba regresar a Longher y averiguar cómo le había ido a lady Priscila su aventura matutina. «Seguro que mejor que a ti», pensó mientras puso rumbo a la residencia.

XXI



No apaciguó su llanto ni cuando observó que estaba llegando a Longher. Se encontraba tan humillada y desdichada que ni contemplar la hermosa residencia en la que vivía la consoló. Priscila se limpió con el pequeño pañuelo blanco las lágrimas y se sonó la nariz. ¿Por qué había sido tan ilusa al pensar que conseguiría ganarle esa batalla? Ella jamás se había enfrentado a un problema sin el respaldo de otra persona y, como advirtió, seguía sin ser capaz de hacer nada sola. Apretó sus pequeños puños y deseó, por primera vez en su vida, golpear lo que tuviese a su alcance hasta causarse dolor. Se sentía tan herida que lo único en lo que pensaba era en regresar al lugar del que no debió partir jamás. Desesperada, cerró los ojos y volvió a verse en aquel almacén. Escuchó otra vez el insulto de aquel trabajador y la imagen del señor Spencer apareció de nuevo. «Él... —reflexionó—. Él tiene la culpa de todo...». Frunció el ceño, enojada, al recordarlo allí sentado sobre la mesa eliminando cualquier actitud adecuada frente a una señora como ella. ¡Claro que se permitía la osadía de comportarse de aquella manera! ¡Para él solo era una buscafornas, una mujer que engañó al conde para casarse!

Enfadada hasta límites insospechables, agarró la tela de su vestido y la apretó con fuerza. No solo él pensaba tales aberraciones, sino que toda la sociedad londinense atesoraba la misma idea. ¿Solo por haberse casado con un hombre tan mayor podían señalarla de arpía? ¿Nadie podía imaginar que se casó por otro motivo? Pero, claro está, la verdadera razón solo la conocían ella, el conde y Thomas y, por supuesto, ninguno de los dos que aún seguían con vida desvelaría nada.

Priscila suspiró hondo. Jamás creyó que aquel matrimonio destrozaría a la larga su vida. Imaginó que, una vez fallecido su esposo, conseguiría vivir como siempre soñó. Aunque empezaba a entender que no era así. La mejor solución para no seguir engañándose era marcharse y dedicarse a sobrevivir el resto de sus días en Bournemouth, el pueblo en el que fue feliz durante el

tiempo de casada.

—Milady... —dijo el cochero cuando abrió la puerta.

Priscila continuó sentada durante un buen rato, observando la entrada del lugar en el que creyó que alcanzaría la felicidad. Pero todo había sido una ilusión, un producto de su ansiosa y desesperada mente. Despacio, bajó los peldaños. Era la primera vez que su cuerpo pesaba más de una tonelada y le resultaba difícil caminar. ¿Sería eso lo que todos denominaban estado de resignación? Sí, lo era. Se resignaba a un futuro sin luchar, sin gritarles a todos esos malnacidos que ella no era quién decían y que jamás hallarían a la verdadera mujer que se escondía entre las ropas oscuras. A nadie le interesaba quién era ella en realidad. ¡A nadie! Afligida, se levantó el vestido, subió las escaleras y, cuando se encontró frente a la puerta, volvió a suspirar.

—Milady —la recibió el ama de llaves—. La señorita Price aún no ha regresado. ¿Quiere usted que le prepare...? —La criada no finalizó el ofrecimiento porque se quedó callada al advertir que tras la espalda de su señora una inmensa sombra corría hacia ellas.

Priscila se giró sobre sus talones para observar qué había interrumpido a su sirviente. Cuando descubrió una enorme figura aproximándose a gran velocidad y comprender de quién se trataba, todo ese gran peso que había sentido en su cuerpo se esfumó para convertirla en una mujer más ligera que una pluma.

—¡No estoy en casa! —gritó mientras aceleraba el paso—. ¡No estoy en casa! —repitió.

—Milord... —dijo la aturdida sirvienta a ese inmenso cuerpo que, parado en la entrada, no apartaba la mirada de la desesperada mujer—. La señora no se encuentra en la residencia, si puede venir en otro momento.

—Ya veo... —refunfuñó Leopold frunciendo el ceño. Pero no permitió que la empleada le prohibiera cumplir su propósito, apartó a la mujer con cuidado de no provocarle daño y accedió al interior—. ¿Pretende que la siga hasta su dormitorio, milady? —vociferó cuando pisó el primer peldaño de la escalera por la que ella pretendía huir—. Le aseguro que no será ningún problema perseguirla hasta su alcoba... —rugió con firmeza.

—¡Márchese! ¡Lárguese ahora mismo de aquí! —exclamó Priscila volviéndose con tal brusquedad hacia él que su vestido se enredó en las piernas provocándole un inevitable tropiezo.

—¡Señora! —gritó desesperada la doncella al ver que iba a rodar por las escaleras.

Leopold actuó con una rapidez propia de un dios. Subió las escaleras con gran velocidad y la cogió en brazos antes de que ella se golpeará en el primer peldaño. La alzó un poco para acomodarla mejor en sus antebrazos y comenzó a descender. No sabía si reír o maldecir por lo que hubiera sucedido si él no la hubiese alcanzado. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro, solo intentó sobrellevar una situación muy diferente a la que había esperado y con los ojos de la sirvienta clavados en ellos. ¿Qué imagen estaría ofreciendo al servicio? ¡Le importaba un comino qué pensaba aquella mujer! Porque en lo único que podía concentrarse en aquel momento era en la tragedia que pudo ocasionar si no hubiera llegado a tiempo para evitar que se golpeará.

—¡Suélteme! —tronó desesperada—. ¡Aparte sus manos de mí!

—¡No! —contestó con firmeza Spencer—. No voy a soltarla hasta que escuche lo que he venido a decirle —gruñó.

Y bajo la atenta mirada de la empleada, la bajó en brazos aguantando con estoicidad los golpes que ella le daba en el torso. Con el semblante imperturbable y con la actitud más serena que la que presentaba Priscila, la condujo sin soltarla hacia el pequeño salón que el antiguo conde poseía en la primera puerta del pasillo de su derecha.

—Que nadie nos moleste y si alguno de vosotros tiene la absurda idea de entorpecer la conversación que tendré con la condesa, será despedido de inmediato, ¿entendido? —sentenció con rudeza antes de cerrar la puerta y advertir que la ama de llaves asentía.

¿Podía mantenerla así eternamente? ¿Podía tenerla en sus brazos el resto de su vida? Porque a pesar de los aspavientos que ella realizaba y la fiereza que mostraba su rostro, Leopold se encontraba en el paraíso. Era pequeña para él. Parecía una muñeca de juguete, una muñeca soldado, por cómo luchaba por liberarse. Intentó no expresar el bienestar que sentía al agarrarla de esa manera, ni dejarse llevar por el deseo de meter su nariz entre aquel suave cabello para inspirar ese olor a flores que desprendía. Leopold echó un leve vistazo al torso de la mujer y notó cómo se le aceleraba el corazón al contemplar ese escote tan pecaminoso. ¿Podía acercar sus labios y besar la dulce piel? Sí, podía hacerlo si la acercaba un poco más, pero no sería un buen momento para ello puesto que la condesa no paraba de propiciarle pequeños puñetazos en el pecho que, por supuesto, no lograban hacerle daño.

—¿Puedes quedarte quieta de una vez? —preguntó con voz ruda.

—¿Cómo osa hablarme de esa manera? —espetó ruborizada por la ira.

—Todavía no soy un aristócrata —se burló al tiempo que posaba

aquellos pies agitados en el suelo—. Así que puedo hablar como me plazca.

Una vez que permaneció de pie, Priscila aceleró el paso hacia la puerta para salir de allí, aunque el cuerpo de Leopold le impidió el paso.

—He venido hasta aquí para hablar contigo —alegó gruñón—. Y no voy a marcharme sin hacerlo.

—¿Sin importarle lo que yo deseo? —señaló encarándolo.

Spencer se quedó mudo al advertir que los ojos de Priscila estaban rojos por el llanto que habría tenido desde que se marchó de su oficina. Deseó acercar sus labios a ellos y calmar el dolor con un sinfín de besos, pero no era el momento. En primer lugar, debía afianzar qué sentía por aquella mujer y después... trataría de averiguar qué sentimientos escondía ella. «Odio —pensó—. ¿Acaso estás tan ciego que no eres capaz de verlo por ti mismo?». Leopold apoyó la espalda en la puerta y se cruzó de brazos, dejándole bien claro que no se marcharía ni la dejaría escapar hasta que lo escuchara.

—Mi querida condesa... —empezó a decir.

—¡Ni se le ocurra dirigirse a mí con esas palabras de afecto! —le amenazó levantando un dedo hacia él.

Leopold dibujó una leve sonrisa y deseó acercar ese dedo enguatado a su boca para averiguar cómo reaccionaría al besarla. ¿Escondería bajo esa apariencia airada un sentimiento tan profundo como el suyo? Aunque no tenía muy claro de qué tipo era, necesitaba que la respuesta fuera afirmativa. Por lo menos sabía que cuando la besaba, ella se derretía en sus brazos hasta tal punto que le pareció una mujer inocente, pese haber estado casada.

—Mi querida condesa —repitió—. Creo que se ha marchado de mi oficina sin dejarme claro cuántas tarjetas necesita.

—¡¿Disculpe?! —preguntó arqueando las cejas y mirándolo sorprendida.

—Si desea hacerme un pedido, ha de explicarme qué cantidad exacta quiere y ha de efectuarme el debido pago —comentó burlón.

—¿Ha venido hasta aquí...? —Priscila agachó la cabeza y caminó despacio hacia la mitad del salón. Por mucho que intentaba dar una respuesta lógica a la aparición de aquel hombre en su casa, no la encontraba. Y lo que exponía era una tontería. ¿No le había quedado claro que se marcharía de Londres? Tal vez ansiaba escuchar otra vez lo que ya le había indicado—. No me harán falta esas dichas tarjetas —dijo abrazándose a sí misma—. He decidido regresar a Bournemouth.

—¿Por qué? —preguntó con una voz tan ruda que Priscila notó cómo se

le erizaba el vello al escucharlo.

—Porque este no es mi sitio —indicó sin mirarlo—. Londres no es un lugar adecuado para mí.

—Y... ¿por qué Londres no es tu sitio, Priscila? —insistió caminando hacia ella con un paso tan solemne que la mujer oyó el eco de esos pasos retumbar en la habitación.

—Eso solo me interesa a mí, señor Spencer. Si de verdad ha venido a obtener el pago de mi pedido, puede marcharse porque no se lo daré. Y si ha aparecido aquí para confirmar que será el próximo propietario de Longher, quédese tranquilo, lo será —aclaró con tristeza.

—No quiero esta maldita propiedad ni ese condenado pago —gruñó apretando los dientes.

—Entonces... —Priscila se giró hacia él para enfrentarse de una vez por todas al hombre que, por extraño que pareciera, le causaba una mezcla excepcional de sentimientos contradictorios—. ¿Qué es lo que desea en verdad de mí, señor Spencer?

Leopold colocó sus manos en la espalda y tensó la gran figura. No alcanzaba a encontrar la respuesta que ella esperaba puesto que ni él mismo sabía qué pretendía. Solo había una cosa que estaba muy claro para él: no permitiría que se alejara de su lado hasta descubrir la razón por la que se sentía un miserable, un ser incapaz de razonar sin la presencia de aquella figura femenina. Su vida se había trastornado desde que la encontró. Todo se había vuelto un caos a su alrededor. Hasta su cabeza le gritaba cosas que no conseguía asumir. ¿Acaso no se embriagó para olvidar esos pensamientos perturbadores? Aunque todo ese alcohol se evaporó al contemplarla en su almacén y descubrir que fue insultada por el empleado. ¿Por qué ansió estrangular al pobre ingrato? Según Karl solo podía actuar así porque la amaba pero... ¿podía enamorarse de una mujer por unos simples besos?

—Deseo saber por qué ha deducido que mi concepto sobre usted es tan inapropiado —apuntó mostrando algo de serenidad. Si quería resolver con prontitud su dilema necesitaba hablar con tranquilidad y observarla con detenimiento. Quizá si mantenían una charla distendida la solución a su pregunta aparecería de inmediato. ¿Qué mejor forma de eliminar un encantamiento que escuchar sandeces de la bruja que te ha hechizado?

—¡Oh! —exclamó burlona—. Parece que ha recobrado ese comportamiento aristocrático... —añadió mordaz.

—Priscila... —refunfuñó dando un paso más hacia ella.

Contuvo las ganas de soltar una gran carcajada al escucharla utilizar un tono tan malévolamente. No se esperaba que una mujer tan dulce y tan aparentemente frágil pudiera convertirse al mismo tiempo en un ser punzante e irónico. ¡Por todos los hechizos de sirenas, su encantamiento aumentaba!

—No se acerque más —indicó de nuevo con el dedo levantado—. Si lo hace, gritaré hasta quedarme sin voz.

—¿Cree que le permitiría gritar? ¿Acaso no ha observado el tamaño de mis manos? —preguntó mostrándole las dos grandes palmas—. No solo taparía su boca, sino todo su rostro —apuntó divertido.

—Pero tengo dientes, por si usted tampoco lo ha observado. Poseo una fuerte y cortante dentadura con la que puedo morder todo aquello que cubra mi boca —manifestó desafiante.

—¿Podemos volver a la conversación anterior? Y, por cierto, sí que he sido consciente de esa dentadura... más de una vez, me temo —explicó sarcástico.

—¿Cómo se atreve...?

—¿Le apetece seguir luchando o me explica de una vez por todas por qué ha dado por sentado que mis pensamientos sobre usted son inadecuados? —habló enfadado.

—Es difícil contestarle sin sentirme una vulgar fulana —aclaró después de tomarse algo de tiempo.

—Usted no es ninguna...

—Entonces... ¿por qué me asaltó en el jardín, señor Spencer? —solicitó al tiempo que enarcaba las cejas, fruncía el ceño y cruzaba sus brazos sin importarle que esa postura no era adecuada para una mujer como ella.

—Vine aquí para averiguar quién era la viuda de mi tío —expresó de manera calmada sin dejar de acercarse a Priscila con paso firme. Hecho que provocó que ella empezara a caminar hacia atrás—. Quise saber qué tipo de mujer impedía que me quedara con esta mansión que odio y que solo ansío vender para ampliar mi negocio. —Prosiguió andando—. Merodeaba por el jardín cuando la descubrí.

—¿Y? —insistió con los ojos abiertos como ventanas.

—Y entonces... Actué de manera inadecuada —confesó con seriedad.

—¿Por qué... *actuó* de manera inadecuada? —persistió.

Priscila notaba cómo su corazón latía con tanta fuerza que parecía estar a punto de salirse de su pecho. No podía apaciguarlo. ¿Cómo hacerlo delante de un hombre tan impresionante? Pese a ser demasiado alto para ella, no

podía obviar lo hermoso que le resultaba. Seguía con el pelo revuelto. Varios mechones intentaban ocultar aquellos ojos oscuros que la miraban con intensidad. Tampoco podía eludir cómo la tela de la chaqueta que vestía marcaba sus fuertes y robustos brazos, esos en los que había permanecido durante unos instantes. Tragó saliva mientras seguía avanzando hacia atrás, perpleja ante tal presencia masculina. Sí, eso desprendía aquel hombre, masculinidad, hombría y virilidad por cada poro de su piel. Estaba en un serio aprieto, más del que suponía porque, por muy extraño que le pareció, la proximidad de él no le resultaba peligrosa sino tremendamente sensual y erótica.

—Le pido mil disculpas por el atrevimiento de aquella tarde —dijo Leopold con una voz estrangulada por la vergüenza y el deseo.

No entendía la razón por la que ansiaba tocarla, besarla y acariciar cada milímetro de su piel, pero lo necesitaba mucho más que el aire para respirar. Debía abandonar aquel lugar antes de cometer otra locura, pero un delicioso olor llegó a su nariz y le causó una erección tan enorme que no podía ocultarla con nada que estuviera a su alcance. ¿De dónde procedía aquel delicioso perfume? ¿De qué lugar emanaría una esencia a mar y flores?

—Aunque le disculpara por ese día, aún debe explicarme por qué ha insistido en besarme esta mañana —habló con tanta suavidad que apenas pudo escucharse ella misma.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué notaba un calor insoportable entre las piernas? ¿Por qué ansiaba sentir aquellos labios recorrer su cuerpo? Estaba loca, esa era la única explicación razonable. El estado de ira la perjudicaba y necesitaba hallar algo de tranquilidad para que ese inapropiado comportamiento desapareciera, al igual que esa quemazón en su bajo vientre que, por una inexplicable razón, comenzaba a humedecerse.

—¿Acaso Adán pudo evitar morder la manzana cuando Eva se la ofreció? —respondió con evasivas.

—Pero Adán pudo rechazarla y evitar así el pecado —murmuró Priscila levantando el rostro hacia aquella figura que permanecía a escasos centímetros de ella.

—Adán fue incapaz de resistirse porque, como cualquier hombre, no se puede rehusar a desear lo prohibido —susurró entrecortado. ¿Por el amor de Dios! Ese aroma que lo tenía enloquecido procedía de ella. ¿Se encontraba tan excitada como él? ¿Tenía, entonces, una pequeña posibilidad de hacerla suya?

—¿Soy algo prohibido, señor Spencer? —indagó de una manera tan sensual, que las palabras golpearon en ese pecho masculino causándole un dolor mucho más intenso que sus puños.

—Sí, Priscila. Tú eres algo prohibido para mí... —dijo antes de acercar su boca a la de ella. Necesitaba besarla, le urgía averiguar si bajo aquella falda ella lo requería tanto como se estaba imaginando porque si erraba, si no eran ciertas sus conjeturas, moriría de frustración.

Priscila dudó durante unas milésimas de segundo si le permitiría besarla. Ella quería que lo hiciera. Precisaba urgentemente que su boca tocara la de ella y ansiaba sentir el calor de aquella lengua feroz en su interior. Pero si lo que deseaba mostrar era todo lo contrario a cómo deseaba comportarse, no podía permitírselo. En el momento que Leopold cerró los ojos, ella se agachó y esquivó sus manos para escapar. ¡Se había liberado! Sin embargo, no se encontraba feliz, sino triste de no haber gozado de esos brazos y de ese beso apasionado. ¿Por qué se sentía tan contrariada?

—¡Pues no volverá a pecar! —exclamó tan enfadada que no se reconoció—. Como bien ha dicho, usted no puede conseguirme porque no estoy a su alcance.

Leopold se giró hacia ella y, en vez de mostrar enfado, sus labios se extendieron para dibujar una enorme sonrisa. Era una mujer pequeña pero muy valiente. Nadie hasta ahora se había enfrentado a él por su tamaño o por esa fama de hombre monstruoso que poseía desde que se enfrentó, con quince años, al primo de su padre tras descubrir que extorsionaba a su madre para que se convirtiera en su amante. Sin embargo, allí estaba una mujer que no le alcanzaba el hombro encarándose a un titán. Un gigante que podía arrodillarse ante ella y suplicarle que le dejara besarla una vez más.

—Haga el favor de marcharse de mi propiedad —señaló con toda la solemnidad que pudo.

—¿Su propiedad? —espetó enarcando las cejas—. ¿No había dicho que se marchaba? —la chinchó.

Quizá no la había besado, quizá se alejaría de aquella casa llorando como un bebé por no acariciar sus labios ni descubrir qué zona de su delicioso cuerpo desprendía aquel aroma que lo tenía excitado, pero para su satisfacción ella permanecería en Londres durante más tiempo.

—Sí, mi propiedad —repitió.

—Está bien, su excelencia —murmuró al tiempo que le hacía una leve genuflexión—. Cumpliré su deseo de alejarme de su hogar, pero...

—¿Pero? —preguntó expectante.

—Pero no evitará mi presencia en cualquier otra parte de esta ciudad — declaró avanzando hacia ella hasta quedarse de nuevo a escasos centímetros—. Solo la salvarán los muros de este castillo, Priscila, porque ahí fuera, la prohibición desaparecerá... —manifestó antes de coger las manos que ella había colocado como barrera entre ellos para llevárselas a la boca y besarlas.

—Me protegeré... —murmuró sin poder apartar sus ojos de esa boca y sin mermar el temblor de sus manos.

—No habrá nada que pueda salvarla de mí, Priscila —susurró antes de soltarla y contemplar el hermoso rubor de sus mejillas.

—Buscaré quién me...

Pese a que había decidido no besarla, pese a que tenía la intención de marcharse de allí sin tocar sus labios, Leopold silenció esa boca con un beso. No hubo lujuria en él, ni insistencia en poseerla con su lengua. Solo mantuvo unidos sus labios a los de ella durante un segundo.

—Nada, Priscila. No habrá nada ni nadie que me impida tenerte — declaró antes de dejarla sola en aquel salón que, en ese momento, a la condesa le pareció inmenso.



Anais llegaba a Longher meditando sobre lo ocurrido entre ella y Federith. Tenía la mirada clavada en las escaleras cuando advirtió que una inmensa figura pasaba por su lado. Asustada, se apartó.

—Buenas tardes, señorita Price. Siento si la he atemorizado —se disculpó Leopold.

—Buenas tardes, milord —respondió con una leve genuflexión.

—¿Es usted quien se encarga de los cuidados de la condesa, verdad? —preguntó curioso.

—Desde hace algo más de una década, señor —contestó. ¿Por qué respondía a las preguntas de aquel hombre? ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué se interesaba por la condesa? Necesitaba subir, buscar a lady Appelton y averiguarlo lo antes posible.

—¿Sabe usted si está invitada a la fiesta de la señora Baithlarin? —preguntó con voz serena y firme.

¿Por qué deseaba saber si iría a esa fiesta? ¿Tan importante era esa

ceremonia? Anais reflexionó con rapidez concluyendo de que aquel hombre solo quería indagar si la condesa había decidido quedarse o marcharse y, como era lógico, si aparecía en eventos sociales era porque tenía la intención de permanecer en Longher más de lo que aquel caballero requería.

—Por supuesto que está invitada y asistirá, milord —dijo con entereza.

—Gracias —respondió Leopold bajando los peldaños que le quedaban hasta pisar el jardín—. Solo una cosa más —dijo volviéndose hacia ella.

—¿Sí? —apuntó preocupada.

—Si algún caballero osa llevarla en su carruaje, advierta a la condesa de que no conseguirá alcanzar Marylebone sin sufrir un altercado.

—¿Es una amenaza? —preguntó recelosa.

—No, es tan solo una advertencia, señorita Price. Buenas tardes.

—Buenas tardes, milord.

Y después de aquella *advertencia* se alejó de Longher caminando y silbando.

Anais se quedó petrificada. ¿Cómo osaba aquel monstruo hablar de ese modo? Cogió su vestido y subió las escaleras a gran velocidad. ¿Qué había ocurrido entre la condesa y el sobrino del difunto conde? Estas y miles de preguntas más brotaron en su mente mientras alcanzaba la entrada de Longher.

—¡Señorita Price! —exclamó al verla el ama de llaves. Esa euforia que mostró la mujer hizo que Anais dedujera que nada bueno había sucedido en esa visita.

—¿Y la condesa? —quiso saber desesperada.

—En el salón de visitas —le informó.

—Gracias —contestó corriendo hacia la puerta de esa habitación.

Cuando Anais abrió la puerta sin llamar, se quedó paralizada por el estado en el que observó a Priscila. Tenía los ojos cerrados, había entrelazado sus manos y los apoyaba sobre su boca.

—Milady... —murmuró caminando hacia ella—. He visto al señor Spencer marcharse...

—Sí, ha estado aquí unos minutos —aclaró sin mirarla. Sus manos, esas que permanecían cerca de su boca olían a él. Y el calor que emanó al besarlas seguía provocando un frío sudor bajo los guantes. ¿Qué había intentado decirle? ¿Qué deseaba explicarle cuando hizo referencia a *no me impedirán tenerla*? ¿De qué manera quería tenerla?

—¿Le hizo daño? —insistió Anais.

—¡No! —respondió con rapidez Priscila—. ¡Él jamás me haría daño!

La afirmación que expresó su boca la dejó desconcertada. ¿Por qué sabía que él jamás querría hacerle daño? No lo sabía con exactitud y tampoco era una experta en hombres, pero su corazón le gritaba que el señor Spencer no actuaba como un ser despiadado sino como... ¡No! Tan solo la utilizaba para quedarse con la residencia.

—He tenido unas palabras con él cuando se ha marchado —comentó Anais anonadada por el comportamiento de Priscila.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha comentado que usted no debe ir a la fiesta de lady Baithlarin en el carruaje de otro caballero o sufrirá un altercado —dijo enfadada.

—¿Eso te ha dicho? —Priscila se giró hacia su dama. Su corazón volvió a latir con frenesí y ese rubor que empezó a controlar regresaba con más ímpetu si cabía. ¡No quería quedarse con Longher sino con ella! Una sonrisa perversa apareció en ese rostro rojo—. Necesito que alguien le haga llevar una misiva a la marquesa de Riderland —informó al tiempo que salía del salón y se dirigía hacia la biblioteca.

—¿Quiere que se la lleve yo misma? —preguntó caminando detrás de ella.

—¡No! —respondió con celeridad—. Nosotras tenemos que encargarnos de las compras.

—¿De las compras? —cuestionó atónita.

—Sí, Anais. Tenemos dos días para comprar vestidos, sombreros, medias, camisones... —enumeró eufórica.

—Entonces... ¿ha decidido quedarse en Londres? —preguntó estupefacta.

—Sí, porque creo que Londres me ofrecerá aquello que tanto añoré —expresó feliz.

—¿Y qué es lo que tanto deseó y no obtuvo con anterioridad, milady? —se interesó Anais al tiempo que abría los ojos como platos y dejaba de respirar.

—¡Una vida! —tronó Priscila antes de dar una vuelta sobre sí misma.

XXII



Roger miraba a su esposa de reojo, no cesaba de reír y parlotear con su nueva amiga, la condesa viuda de Crowner. La había invitado, o eso le dijo ella, a acompañarlos en su carruaje hasta la mansión de lady Baithlarin. Pese a parecer una dulce e infantil reunión de amigas, Riderland sabía que algo escondían. Esas sonrisitas, esas miradas de complicidad y cómo, de vez en cuando, apartaban la cortina del carruaje contemplando con inquietud lo que había en el exterior, le provocaban escalofríos. Dirigió sus ojos hacia Anais, ella permanecía callada, con sus manos agarradas sobre su falda y con las pupilas clavadas en los pies mientras Natalie no cesaba de parlotear sobre su nuevo vestido. Prestó atención a cómo la señorita Price suspiraba. ¿Estaría al tanto de lo que pensaba hacer Federith en la fiesta? Por cómo se comportaba, no parecía saber qué ocurriría en algún momento de esa ceremonia y tampoco Cooper le concretó si ella conocía su plan. Lo único que le pidió cuando apareció la tarde anterior en Lonely Field fue que le ayudara a excusarse el tiempo que se ausentara.

Roger echó la cabeza hacia atrás y reflexionó sobre el cambio tan drástico de su amigo desde que averiguó quién era en realidad la dama de compañía de la condesa. Parecía otra persona. No solo porque sonreía más de lo habitual, sino que hasta se decidió a deleitarse con uno de esos puros que guardaba en el cajón de su escritorio. ¿Cuánto tiempo hacía que Cooper había dejado de fumar? ¿Siete, nueve años? Más o menos. Y de repente, toda la actitud que había olvidado retornó con más intensidad. William debería haber llegado durante la semana para ser testigo directo de ese inexplicable cambio. Tenía que haberse presentado antes de la fiesta de lady Baithlarin pero, según anunció en su última misiva, Beatrice pasó por unos días inquietos y el médico le recomendó algo más de reposo. Se había enfadado, sí, lo había hecho y mucho porque según pasaban los días percibía que algo malo iba a ocurrir. No entendía por qué tenía ese tipo de presentimiento, tal vez por el

cambio de Federith, quizá porque sospechaba que este estaba a punto de hacer una locura o podía deberse a ese revuelo que observaba entre su esposa y la condesa. Fuera lo que fuese estaba intranquilo. Hasta dejó de regañar a su hermano Logan.

Últimamente se había propuesto averiguar quién fue su verdadera madre. Al principio le explicó que no importaba quién lo había tenido en su seno durante nueve meses sino la mujer que lo cuidó durante sus primeros quince años de vida, pero el joven insistía en descubrirlo porque, según él, estaba teniendo ciertos dones misteriosos. Y tenía razón. Según John, ningún hijo de una sirvienta podía alcanzar el manejo tan concreto de un cuchillo y también estaba el tema de los sueños... No le habían dicho a quién veía en esas apariciones, pero cuando Logan las tenía, se levantaba al día siguiente sin fuerzas, alicaído y con los ojos repletos de ojeras. Hubo una ocasión que intentó llegar al comedor y no lo consiguió porque se desmayó en mitad del trayecto. «Apostaría mi cabeza que tu hermano es, de verdad, el hijo de una gitana», le había dicho el indio en más de una ocasión. Pero no podía ser. Su padre, aunque persiguió todo tipo de mujeres, jamás mezclaría su sangre con una cingara. Las repudió hasta su muerte. Siempre argumentaba que eran la escoria del mundo y lo ilógico sería haber mantenido un idilio con alguna. A pesar de ello, Logan y John perseveraron en descubrir quién fue la mujer que le ofreció un bebé recién nacido a una sirvienta del fallecido marqués.

—Hemos llegado —dijo Evelyn con un entusiasmo tan monumental que despertó a Roger de sus pensamientos.

—¿Es esa la residencia Marylebone? ¿Ahí es donde se celebrará la fiesta? ¿Cuánta gente acudirá? ¿Seré la única niña? ¿Se enfadarán por traerme? —preguntó Natalie sin respirar.

—No te emociones demasiado —comentó la marquesa—. Una dama jamás debe expresar tanto sus emociones.

—¿Por qué? —preguntó la niña mirándola atónita.

—Eso... ¿por qué? —intervino Riderland sorprendido al ver que su esposa había mostrado justo eso mismo cuando indicó que habían llegado.

—Porque podrían pensar que nuestra familia... —empezó a decir mirando a su marido con el ceño fruncido.

—La alta sociedad no debe exhibir tanta emoción porque no es apropiado —salió al paso Anais al apreciar la tirantez de los marqueses—. Aunque le parezca incomprensible, señorita Bennett, es más adecuado mostrar desdén ante grandes acontecimientos que entusiasmo.

—Entiendo... —murmuró la pequeña.

—Señoras... —habló Roger tras abrir la puerta—. Si me conceden el honor de ayudarlas a bajar.

Lógicamente la primera en salir fue Natalie que, agarrándose el vestido con la mano derecha, ofreció la izquierda a su hermano.

—Señorita Bennett —dijo Roger haciendo una leve genuflexión—, esta noche se ha convertido en la niña más hermosa de la velada.

Natalie sonrió y saltó al suelo. Acto que reprendió Evelyn, que fue la segunda en bajar.

—Mi amor... —indicó Roger acercando su boca a la mano enguatada de su esposa—, no sé lo que trama esa cabecita pero mucho me temo que alguien saldrá herido en este convite, ¿me equivoco? —preguntó arqueando las cejas.

—Mucho me temo que sí —murmuró—. Pero puedes respirar tranquilo porque esta vez el objeto de mi maldad no eres tú. —Sonrió.

«¡Gracias a Dios!», exclamó el marqués para sí. Estaba a punto de ofrecerle su ayuda a la condesa cuando alguien se colocó detrás de su espalda. Por la altura de la sombra, que se reflejaba en el suelo frente a él, solo podía tratarse de un hombre.

—¡Señor Spencer! —exclamó al verlo—. ¿Qué hace usted aquí?

—Buenas noches, Riderland. Imagino que lo mismo que usted, presentarme en la fiesta a la que he sido invitado. —Miró de reojo al interior del carruaje y observó que Priscila era la siguiente en salir. Apartando al marqués sin contemplaciones, extendió su mano hacia ella para ayudarla—. Si es tan amable de permitir que la ayude.

—Señor Spencer... —dijo Priscila, aparentemente sorprendida al advertir que era la mano de Leopold y no la del marqués la que la ayudaría.

—Milady... —respondió aferrando sus dedos con fuerza a esa pequeña palma—. Es un placer verla de nuevo rodeada de personas que tienen mi total afecto —apuntó con retintín.

Roger miró a su esposa y se quedó petrificado al contemplarla tan divertida. Solo le faltaba dar palmaditas y saltar sobre el suelo para mostrarle al mundo entero lo feliz que se sentía al presenciar ese momento. Maldijo la travesura de aquellas mujeres. ¿Cómo le habían puesto en un grave peligro sin ser avisado? ¿Acaso ninguna de las dos se había dado cuenta que aquel Hércules podría romperlo en pedazos? «Mujeres...», reflexionó.

Al ver que Leopold caminaba hacia la residencia sin soltar la mano de la

condesa, él ofreció ayuda a la pobre Anais, que se había quedado más inmóvil que él. ¿Tampoco la habían advertido a ella de sus propósitos? Bueno, eso lo consoló. Aunque pronto ella estaría en otro aprieto. «¡Maldito seas, William, por haberme dejado solo!», exclamó una vocecita en su cabeza.

—Señoras... —Riderland extendió sus brazos hacia su esposa y Natalie para que enredaran los suyos en ellos—. Intentemos disfrutar de una bonita y apacible noche.

Mientras ellos se dirigían hacia la entrada, Anais se quedó pensando qué debía hacer. No podía acompañar a su señora para liberarla de aquel monstruo, aunque tampoco le había dado la sensación de que ella pidiera auxilio al verlo. Su rostro mostraba sorpresa, cierto, pero no miedo ni pavor sino satisfacción. ¿Qué se había perdido? ¿Qué había ocurrido entre ellos para que ninguno de los dos mostrara disgusto? Porque el señor Spencer no presentaba desazón al mirarla sino... «¡Oh, Dios mío! —reflexionó sorprendida—. Pero... ¿cuándo, en qué momento ellos han mantenido un encuentro afectivo?».

¡Era imposible! No se habían visto hasta la tarde que pasó con la marquesa y la mañana que él fue a visitarla. ¿Qué habría ocurrido en realidad entre los dos? Esa respuesta no la obtendría jamás de la condesa, porque era más discreta de lo que imaginaba. Solo una mujer reservada podría esconder un secreto de tal índole. Anais prosiguió su camino hacia el lugar donde estarían las demás doncellas meditando sobre las últimas palabras de la mujer. «Una vida», eso es lo que había clamado. Aunque... ¿era una vida junto a aquel hombre? No podía tratarse de eso. ¿Acaso su señora no se había dado cuenta de que apenas podía alcanzar a mirarle a los ojos? Tendría que pasar el resto de esa vida que deseaba viviendo al lado de aquel gigante alzada sobre peldaños para poder hablarle a la cara. Y... ¿tampoco se había dado cuenta de las dimensiones de sus manos? ¡Eran aberrantes! Con una sola palma podía cubrirle el torso entero.

No, no podía ser esa la razón por la que su señora se mostraba tan encantada con el hombre. Sería otra cosa. Tal vez ideaba un malvado plan para encandilar al sobrino de su difunto marido pretendiendo, de esta manera, eliminar su ansioso deseo de alejarla de Londres. Sin embargo... Priscila no era tan perversa. Era tan solo una joven que apenas había comenzado a disfrutar de esa vida que tanto anhelaba tener. Fuera el motivo que fuese, Anais se obligó a no continuar pensando en todas las razones posibles de ese

cambio de actitud. Esa noche debía centrarse en Federith y, tal como le había dicho, estaría atenta a su espalda.



—Espero que esta noche mantengas a buen recaudo esa lengua afilada que posees —comentó Cooper a su esposa cuando advirtió la entrada de Marylebone.

—¿Mi... qué? —soltó asombrada al escuchar una insinuación tan maligna por parte de su esposo. Pero no lo habría entendido bien. Se encontraba tan abstraída pensando en si Eric podría acercarse a ella, pedirle un baile o poder saludarla, que no había podido entender de manera correcta.

—Espero que esta noche puedas controlar tu lengua dentro de la boca. No quiero que nadie salga huyendo de la velada gritando que ha sido envenenado por tu lengua viperina —respondió con irónicamente.

—¿Desde cuándo eres tan pérfido, Federith? Además, yo no enveneno, son ellas las que salen corriendo cuando escuchan aquello que no desean oír —dijo moviendo la mano derecha con desdén.

—¡Ni se te ocurra dejarme otra vez en evidencia, Caroline! Quiero tener una noche tranquila rodeada de gente que admiro y no deseo que provoques una situación incómoda como causaste en la casa del marqués —dijo levantando la voz.

—Sigues culpándome de algo que no realicé yo... ¿Estaban la condesa viuda y el futuro conde Crouner en nuestro hogar? ¿Fueron invitados por mí? No —comentó con voz tranquila—. Fueron ellos quienes los reunieron bajo un mismo techo. Yo solo... me tropecé.

—De todas maneras...

—No sigas hablando, Federith —le atajó moviendo la mano derecha para que no siguiera advirtiéndola—. Ya te he dicho que me portaré bien.

Federith la observó de reojo, no lo calmaron ni sus palabras ni la actitud que presentaba. No le cabía duda de que algo tramaba y si no se equivocaba sería como todo lo que había hecho hasta la fecha, pérfido. No podría estar tranquilo para llevar a cabo su plan uno que, por cierto, no estaba completo porque no llevaba en su bolsillo las escrituras del antiguo hogar de Anais. Según Lawford, el señor Polet deseaba mantener una charla antes de venderle su hogar.

Federith miró hacia el exterior sin centrarse en lo que había fuera sino en conjeturar qué desearía el anciano. «Está dispuesto a venderla, señor Cooper —le dijo Arthur justo esa misma mañana—. Pero desea, antes de pedirle la cuantía estipulada para la venta, hablar con usted en privado». ¿Qué necesitaría? ¿Qué podía pedir un hombre que estaba a punto de abandonar el mundo? «Una promesa... —reflexionó Federith—. Tal vez necesite saber que sus empleados continuarán trabajando a pesar de su vejez». Pero ese tipo de garantía no le hacía falta. Cuando Anais se quedara con la residencia, cuando por fin regresara a su hogar, ella no despediría a nadie. ¡Jamás haría tal aberración! Ella trabajaría junto con el servicio para reconstruir la casa y, después de que estos descubriesen su maravilloso corazón, la amarían como la amaba él.

—Milord, hemos llegado —anunció el cochero después de abrir la puerta.

Cooper bajó los peldaños con suavidad, miró hacia el gran edificio y suspiró. Aquellas paredes le traían demasiados recuerdos... Allí fue donde Caroline se le insinuó para yacer juntos aquella noche y donde Beatrice fue mancillada por el conde de Rabbitwood. Si pudiera retroceder en el tiempo, si pudiera encontrar la manera de volver atrás, él mismo se presentaría a su yo del pasado y le explicaría que debía mantenerse alejado de la señorita Midlenton y que debía presentarse en una de las habitaciones de la casa para evitar la violación de una mujer encantadora. Pero si regresara a ese tiempo... ¿William la habría encontrado? ¿Estarían felizmente casados Rutland y Beatrice? ¿Y él? ¿Habría encontrado a Anais de nuevo? Tal vez no...

—Según me han dicho, hay más de cien invitados —apuntó Caroline feliz—. Podríamos nosotros dar una fiesta así, Federith. Nunca me has permitido celebrar algo en nuestra casa.

—No tenemos nada que celebrar, Caroline —señaló con firmeza.

—No me diste una boda como me correspondía, no pudimos celebrar la llegada de Eric como...

—¿No recuerdas que nuestra economía es limitada? —preguntó parándose en seco—. ¿Acaso no entiendes que estás casada con un barón, no con un duque o un príncipe?

—Pero he escuchado las conversaciones que mantienes con el marqués —declaró enojada—. Y según oí, si las nuevas inversiones son acertadas, triplicaremos nuestra fortuna.

—¿Cómo has osado escuchar tras la puerta? —preguntó enfadado—.

¿Has perdido la poca decencia que te queda?

—Cuando se trata de nuestro bienestar económico —contestó tirando con fuerza de su esposo para que prosiguiera la caminata—, una mujer se ha de comportar como tal y olvidar la honestidad que nos obligan a mantener.

—Pues si estuviese en tu lugar, seguiría mostrando el debido recato —indicó Federith apretando los dientes.

—¿Es un ultimátum, Federith? —preguntó jocosa.

—No, es tan solo un aviso, Caroline.

Al acceder al interior de la casa, ambos actuaron acorde al protocolo dictado. Caroline se quitó el abrigo, luciendo el vestido color turquesa que se había comprado esa misma semana. Federith la miró con los ojos entreabiertos. No lograba averiguar qué diferencia encontraba con los demás vestidos, pero estaba seguro de que la había. No solo mostraba un generoso escote, cuyos pechos parecían haber aumentado de tamaño, sino que estilizaba una figura que, extrañamente, se empezaba a ensanchar desde la cintura.

—¿Por qué me miras así? —espetó Caroline con suspicacia.

—Te noto algo cambiada... —reflexionó Federith.

—Es el vestido —dijo con rapidez—. He cambiado de modista y no ha sabido tomar bien las medidas —explicó.

—Ya veo... —susurró al tiempo que le ofrecía la mano para dirigirse hacia el salón donde ya se podía escuchar las melodías de los músicos.

Tras ser anunciados, Cooper caminó hacia el lado izquierdo donde se encontraban Roger y el señor Spencer. Ambos estaban charlando sin apartar la mirada de las mujeres que tenían enfrente. Federith creyó que miraban a su esposa, que había decidido saludar a la marquesa y la condesa. Pero no parecía que observaran a Caroline, sino a las otras mujeres.

—Buenas noches, caballeros —les saludó—. ¿Algún problema?

—No hasta ahora —contestó Roger con el ceño fruncido—. Espero que le hayas explicado a tu esposa que debe mantener la compostura.

—Ese ha sido el tema de conversación desde que salimos. Sin embargo, ya sabes que no atiende a razones. Dudo que actúe como le he indicado.

—Si necesita mano dura —intervino Spencer—, puedo ofrecerle las dos que poseo —comentó jocoso.

—Creo que mejor sería que las guardaras —se entrometió Roger.

—¿Y eso? —preguntó Leopold apartando un momento sus ojos de Priscila.

—Porque mucho me temo que las utilizarás esta noche para espantar a los posibles pretendientes de tu querida condesa —señaló levantando la copa y apuntándola hacia el hombre que caminaba hacia ella.

—¡Maldita sea! —vociferó Leopold.

Se lo temía. Cuando Priscila se quitó el abrigo para ofrecérselo al sirviente de la anfitriona supo que tendría un problema. Por primera vez desde que la conocía, había decidido lucir un escote demasiado descarado. Sin obviar que ocultaba sus brazos bajo un encaje que dejaba entrever la palidez de su piel. En el momento que descubrió cómo la prenda se ceñía a su figura y cómo enseñaba más de lo que había deseado, tuvo el terrible impulso de sacarla a rastras de allí, devolverla a Longher y obligarla a decantarse por otra prenda menos lujuriosa. Pero allí estaba, sacando los dientes como un perro a punto de morder y apretando la copa con tanta fuerza, que ya había sentido en su mano cómo se rompía el fuste.

—Si me disculpan... —empezó a decir Spencer.

—Ni se te ocurra interrumpirles —le advirtió Roger—. Mantengamos la calma...

—Solo pretendo cambiar la copa que tengo en mi mano. —La mostró—. No quiero herirme con ella. —Y después se dirigió hacia la habitación de al lado donde la dueña de la mansión había colocado las bebidas.

—¡Qué ven mis ojos! —exclamó Federith divertido—. No esperé encontrar otro hombre tan posesivo como tú —indicó a Roger.

—¿Qué harías si fuera Anais la que estuviera siendo cortejada por otro hombre? —le preguntó Riderland en el oído.

No le hizo falta responder, solo con la tensión que mostró su rostro y la rápida desaparición de aquella sonrisa burlona lo dijo todo.

—Por cierto, ella está en el jardín —le informó antes de llevarse la copa a los labios.

—Lo suponía —manifestó Federith de malhumor al imaginarse la situación que le planteaba su amigo—. Pero no sería oportuno que me marchase nada más llegar. Caroline empezaría a preguntar a todo el mundo por mí y, como es lógico, comenzaría un inquietante rumor.

—Pues yo no tardaría mucho en salir —apuntó Roger más divertido si cabía—. He visto cómo los sirvientes y cocheros se agrupaban alrededor de las damas de compañía.

—¡Mientes! —gruñó Cooper—. Solo quieres provocarme un estado de ira que...

—¿De verdad? —Enarcó las rubias cejas y miró hacia Leopold, que ya había cambiado su copa y se dirigía hacia ellos.

—¡Eres un bastardo! —gruñó Federith—. Me presionas para convertirme en un inconsciente.

—Si te marchas por aquí —dijo señalándole las cortinas que había a su espalda—, nadie descubrirá tu ausencia.

—¿Y Caroline? —preguntó inquieto.

—Obsérvala tú mismo, está más dispuesta a conversar con todas las personas que están a su alrededor que en buscarte —explicó.

—Si ocurriera algo... —murmuró al tiempo que se dirigía hacia el lugar que Roger le había señalado.

—Te avisaré con prontitud —contestó.

«Buena suerte», pensó Roger sin apartar la mirada del grupo de féminas. Tal como predijo, nadie parecía advertir la ausencia de Federith. Sabía que se había colocado en el mejor lugar para facilitar la salida de su amigo. Lo primero que hizo cuando entró fue examinar la sala con la misma precisión que un soldado y descubrió, para su satisfacción, que aquel ventanal estaba abierto. Si Cooper seguía con el propósito de hablar a solas con Anais, el mejor lugar para salir sin ser descubierto era ese.

Roger sonrió de oreja a oreja al ver cómo su mujer lo miraba con la ceja derecha arqueada. Le preguntaba qué estaba pensando y qué estaba ocurriendo. Pero él solo levantó la copa y brindó por ella en silencio. Si ella tenía un plan respecto a la conquista del señor Spencer con la condesa, él tenía otro con su amigo y el ama de compañía de dicha mujer. «Te quiero, Evelyn», murmuró en silencio mientras su mujer leía en sus labios aquello que tanto le gustaba escuchar. «Yo te quiero más», le respondió de la misma forma. Roger suspiró y buscó a alguien con quien hablar, pero de repente, toda esa alegría que había sentido por el amor de su esposa se desvaneció con rapidez.

Acababa de entrar el hombre que llevaba tiempo buscando, el fantasma del que John hablaba, Eric Graves, vizconde de Gremont. Sosteniendo la mano de su esposa, caminó hacia el centro de la sala para, sin conversar tan siquiera con alguno de los presentes, comenzar el siguiente baile. Roger no apartó sus ojos del hombre, mientras él y su esposa empezaban a dar los primeros pasos acordes con la melodía, meditaba con detalle todo lo que había descubierto el indio. Caroline visitaba la hacienda contigua al hogar del vizconde, pero nadie aparecía. La permanencia de lady Cooper podía

comprender entre una hora o cuatro. Siempre ocultaba el carruaje en el mismo lugar y durante ese tiempo nadie aparecía en la casa. Sin embargo, ese palpito respecto a que el amante de la mujer de Federith era aquel sinvergüenza, aumentaba al ver cómo la miraba. No, no la miraba solo a ella, sino que también observaba a la condesa y a su mujer. Un suave clic le advirtió que le había sucedido lo mismo que a Leopold, había roto su copa por la presión que su mano había ejercido en ella. «Aparta tus asquerosos ojos de mi esposa, Eric Graves, o esta noche saldrás corriendo como un perro asustado, con el rabo entre las piernas».

—¿Qué te produce tanto odio? —preguntó Leopold intrigado.

—¿Quieres que la condesa sea tuya? —bufó en titubeos.

—¿A qué viene eso? —preguntó Leopold poniéndose en guardia.

—Mira a esa pareja, ¿sabes quiénes son? —le indicó con un leve movimiento de ojos.

—Sí, el vizconde de Gremont y su esposa. El padre de ella es uno de mis clientes y puedo asegurarte que...

—¡Fíjate bien! —le interrumpió—. Observa hacia quiénes mira y sonrío de manera descarada.

Leopold giró su cuerpo hacia el centro del salón, donde bailaban las parejas. Se centró en lo que comentaba Riderland y, cuando comprendió qué le estaba insinuando, volvió a romper la copa.

—¿Cómo se atreve? —masculló—. ¿No tiene suficiente con su esposa?

—Veo que eres de los nuestros —dijo con una enorme sonrisa Roger.

—¿De los vuestros? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Sí, nosotros, William y yo. Mi amigo y yo jamás compartiríamos nuestras esposas con nadie —aclaró.

—El día que me case, mi esposa no buscará a ningún otro hombre. Estará tan cansada en la cama que no albergará la idea de yacer con un amante.

—¿Y tú? ¿Eres de los que esconderán decenas de romances? —demandó divertido.

—Cuando entrego mi corazón, lo hago por completo no por partes, Riderland —afirmó con solemnidad.

—¡Un brindis por esa afirmación! —Levantó Roger su copa.

—¡Por nuestras mujeres! —secundó el brindis Leopold.

XXIII



¿Cómo podía ser el hombre más guapo de la fiesta y que ninguna mujer intentara coquetear con él? Quizá la razón por la que ninguna señorita casadera lo miraba era porque estaba junto al marqués de Riderland y, aunque según escuchó, en el pasado fue un libertino, había consolidado un matrimonio en el que no albergaba la posibilidad de admirar a otra mujer que no fuera su esposa. Priscila miró a su nueva amiga de soslayo. La marquesa era una mujer de belleza insuperable. Los bucles de su peinado parecían llamas de fuego cubriendo su rostro y espalda. También era esbelta y alta, muy alta para los cánones de belleza estipulados para las señoras, pero ese matiz empequeñecía al mostrar la elegancia y su saber estar. En cambio, ella, además de no poder lucir un vestido de color, su pelo palidecía al lado de la marquesa y aumentaba el defecto de su pequeño talle. Quizás eso fue lo que llamó la atención a su esposo la noche que la descubrió tras el desafortunado encuentro. La consideraría una muchacha débil, frágil y sin posibilidades de elegir otro matrimonio. Priscila suspiró después de tomar el primer sorbo del champán. No había impresionado a nadie, ni el señor Spencer le había insinuado lo bella que estaba con aquel vestido que, para su gusto, mostraba más piel de la que debería. Tan solo la había mirado y, tras resoplar como un animal, la condujo con paso algo más lento del que habían mantenido hasta ese momento. Le dio la sensación de que alargaba el camino para que nadie pudiera verla, como si se avergonzara de estar a su lado por esa indebida vestimenta.

Priscila volvió a mirarlo, había regresado de algún lugar al que se había retirado. A lo mejor necesitaba abandonar la sala de vez en cuando para sofocar su calor porque en aquel salón hacía bastante, demasiado para su gusto. Sin apartar los ojos de él lo observó con tranquilidad. El traje oscuro que había elegido para la ocasión se ceñía a su figura como un guante. Las piernas largas y musculosas no ocultaban su magnitud bajo la tela, sino que la

revelaban sin pudor. La chaqueta, de corte largo, contenía aquellos músculos que la habían sostenido días atrás. Y ese pelo rebelde permanecía inmóvil, como si tuviera miedo a moverse. Priscila soltó una leve sonrisa que ocultó con la mano. No podía dar crédito a sus pensamientos, no debía centrarse en aquel hombre sino en la conversación que mantenían la marquesa y la futura baronesa. Pero justo en el momento que intentó prestarles atención, advirtió que un caballero se acercaba por su derecha.

—Señoras... —dijo a modo de saludo—. Si me permiten la osadía, están espléndidas esta noche.

—Gracias por el cumplido, lord Nelson —respondió con rapidez la marquesa ofreciéndole la mano para que la besara.

Pero el señor Nelson mientras acercaba esa mano a la boca, la miraba a ella. Un repentino escalofrío recorrió el pequeño cuerpo de Priscila. ¿Por qué la contemplaba de esa forma tan descarada?

—Lord Nelson, le presento a la condesa viuda de Crowner —añadió Evelyn dibujando una sonrisa falsa.

—He oído hablar de usted. —Se giró hacia Priscila y esperó a que esta le ofreciera su mano.

—Espero que cosas buenas, milord —dijo intentando no seguir tocando aquella mano más de lo debido.

—Muy buenas... —murmuró el señor Nelson clavando esa mirada grisácea en el escote de la condesa—. Espero que me permita la ocasión de bailar con usted —dijo colocando sus manos en la espalda—. Será un gran honor disfrutar...

—Todos los bailes de la condesa están reservados —gruñó Leopold detrás del señor Nelson.

—¿Es cierto? —La miró a ella obviando la figura que se encontraba tan cerca.

—¿Está sordo? —preguntó Leopold colocándose entre Priscila y el atrevido caballero.

—No estoy sordo, señor Spencer. Tan solo estoy esperando a que la propia condesa confirme o niegue sus palabras —lo retó de manera descarada.

—Yo... —intentó decir Priscila sin poder mirar hacia otra cosa que no fuera el rostro airado de Spencer.

—El señor Spencer tiene razón —intervino Roger que había seguido a su nuevo socio—. Antes de entrar le hemos pedido a la condesa varios bailes.

Si no recuerdo mal, tres el señor Spencer, dos yo y otros dos mi estimado señor Cooper.

—Pero la fiesta tendrá nueve bailes, así que todavía le quedarán dos libres —farfulló el hombre sin querer darse por vencido.

—No me cabe la menor duda de que la condesa querrá descansar después de tanto algarabío —masculló Leopold acercándose peligrosamente al osado.

—Gracias por el ofrecimiento —comentó Priscila cansada de tanta palabrería masculina—. Seguro que me disculpará por *no haberme dado cuenta* de que mis bailes ya estaban comprometidos. Sin embargo, le prometo que la próxima vez que nos veamos le obsequiaré con dos, si es que decide repetir después de bailar conmigo la primera vez —indicó mostrando una enorme sonrisa y acercándole la mano para que se la besara.

—¡Por supuesto! —exclamó el señor Nelson—. Esperaré con impaciencia ese momento, milady —respondió posando el dorso de su palma en los labios—. Señoras... Señores...

Y con una actitud arrogante, el señor Nelson se marchó. Evelyn aún seguía con los ojos abiertos de par en par, movía el abanico y sonreía a Natalie cuando la chiquilla, sentada por el aburrimiento, llamaba su atención. Roger se colocó a su lado, posó la mano sobre su cintura y, después de ella afirmar algo que le susurró, se marcharon a bailar. Priscila era incapaz de mirar a Spencer, así que intentó tranquilizarse hablando con lady Cooper, que hasta ahora solo se había mantenido callada. Sin embargo, no pudo charlar con la esposa del barón porque cuando ya había buscado un tema para conversar, un hombre se acercó a ellas. No era demasiado alto para ser un caballero esbelto, pero sí que era bastante guapo. Lucía una melena rubia que anudaba en la nuca con un lazo. Su traje no se ajustaba como el de Leopold, pero tampoco le quedaba holgado. Cualquiera otro hombre se habría negado rotundamente a lucir un traje de color sangre, aunque a él le favorecía el contraste con su piel. Lo que dejó a Priscila fría como un témpano de hielo fue su mirada. Sus ojos eran negros como el carbón, como el ala de un cuervo, y desprendían la misma maldad que un diablo.

Priscila se movió incómoda hacia Leopold cuando advirtió que aquel caballero deseaba aproximarse a ellas. Echó un rápido vistazo a Caroline y la notó alterada, más de lo que debía presentar una mujer casada.

—Buenas noches, señor Spencer —comentó el caballero con una voz suave y armoniosa.

—Vizconde —respondió extendiendo la mano hacia él para saludarlo. Leopold notó cómo Priscila intentaba ocultarse detrás de su espalda, como si quisiera protegerse de aquella presencia con su cuerpo.

—¿Cómo evoluciona su pequeña empresa? Tengo entendido que ha cambiado de local, ¿estoy en lo cierto?

Priscila abrió los ojos como ventanas y arqueó la ceja derecha. ¿Cómo podía exhibir tanta maldad con una voz tan angelical? Y Spencer... ¿no se daba cuenta del tono y retintín con los que le hablaba? No era una mujer experta en actitudes humanas, pero no le cabía duda de que aquel hombre pretendía mostrarse muy superior a Leopold.

—No he cambiado de local, milord. Mi imprenta permanece en el mismo edificio, lo único que ha variado en mi negocio ha sido la adquisición de un almacén —explicó con una tranquilidad impropia en él, sin querer mostrarse agresivo delante de Priscila.

Pese a desear alargar sus manos y arrancarle la cabeza, mantuvo la compostura. No era la primera persona ni la última que lo infravaloraba por trabajar en su propia fábrica. ¿Qué deseaban aquellos que lo miraban por encima del hombro, que fuera como ellos? ¡Pues no! ¡No lo era! Era el hombre que entraba en primer lugar a su fábrica, el último que salía y nunca se ocultaba en la oficina para trabajar. Allá donde le requerían, él acudía. Sin embargo, aquel presuntuoso, ¿qué tenía? Salvo un buen porte, nada más. Él y todos sus ancestros habían sido afortunados, no solo por tener un título nobiliario, sino también por su belleza, motivo por el cual continuaban viviendo como reyes. A ninguno de los Gremont, pese a no tener fortuna porque la despilfarraban, se les negaba un buen matrimonio. ¿Tanto ansiaban los empresarios convertirse en aristócratas, que casaban a sus hijas con sinvergüenzas como el que tenía frente a sus ojos?

—Lady Cooper... —Sonrió levemente girándose hacia ella—. Es un placer verla de nuevo. ¿Ha venido sola? ¿No la acompaña su querido esposo?

—Buenas noches, milord —respondió con una leve genuflexión—. Gracias por su interés. Sí, mi esposo me acompaña esta noche, aunque... —Empezó a mirar de un lado para otro—, no sé dónde puede encontrarse en estos momentos.

—Una lástima que su esposo sea tan distraído con una mujer tan bella, ¿verdad, señor Spencer? Hoy en día no se puede abandonar a una señora mucho tiempo, cuando menos te lo esperas, ya está en brazos de otro hombre

—dijo sin apartar su mirada lujuriosa de Caroline que, al volver a inclinarse como agradecimiento a su cumplido, mostró tanto los senos que Eric deseó tocárselos allí mismo—. Disculpe que no la haya saludado —dijo mirando a Priscila—. ¿Y usted es...?

—La condesa Crowner —soltó Leopold colocándose delante de Priscila, que había percibido rápidamente la maldad de aquel individuo.

—La condesa Crowner... —repitió pensativo. Colocó las manos en su espalda, sonrió y esperó a que ella extendiera la mano para saludarla, pero no lo hizo. ¿Nadie le había enseñado buenos modales a aquella arpía? Porque según los rumores que había escuchado sobre ella había estado al acecho de un buen esposo y cuando murió, se marchó del hogar en el que permaneció con su marido para vivir *una nueva vida*—. Siento mucho la muerte de su esposo, el conde Crowner. Según he escuchado es usted una viuda muy codiciada.

—¿Y no ha escuchado que ya está prometida? —soltó sin pensarlo Spencer. La vena del cuello, esa que se hinchaba cuando se enfadaba, empezaba a extenderse por la garganta.

—¿Prometida? ¡Increíble! —exclamó sarcástico—. ¿Ha podido prometerse en tan poco tiempo? Y... ¿quién será el afortunado, milady? —preguntó Eric sonriente mirando a la pequeña mujer que seguía callada y escondida tras la espalda de aquel titán.

—Yo, milord —sentenció—. La condesa ha aceptado esta misma tarde contraer matrimonio conmigo y todavía no hemos tenido tiempo de hacerlo oficial —dijo sin respirar. Notó cómo su chaqueta empezaba a encogerse, pero no se debía a que él estaba aumentando de tamaño, sino a que Priscila empezaba a enroscar en una mano el pico de la misma.

—En ese caso, me complace ser el primero en darles mis felicitaciones... Estoy seguro de que serán un matrimonio muy fructífero —habló con aparente suavidad y dulzura, pero solo era una apariencia porque él se había propuesto observar a la condesa y averiguar qué buscaba en Londres, sin embargo, aquel hercúleo se le adelantó. Al no poder alcanzar a la condesa viuda decidió conseguir la presa más fácil. Al principio no le apetecía, pero luego pensó en lo divertido que sería bailar con su amante delante de su esposa y del marido de ella, y toda la desilusión que obtuvo por no lograr investigar un poco más a la viuda desapareció. ¿Qué mejor forma de pasar la velada?—. Lady Cooper —dijo mirándola—, ¿me concedería el siguiente baile? Si a su marido no le importa, claro está.

—Mi esposo estará encantado de ver cómo su mujer no se aburre en un rincón de la sala, milord —apuntó aceptando el brazo.

Priscila no fue capaz de moverse hasta que lady Cooper y aquel hombre se encontraron bastante alejados. Entonces, tras recuperar la calma, asimiló todo lo sucedido y, al recordar las últimas palabras de Spencer, sus piernas empezaron a temblar.

—¿Cómo se te ocurre decir que estamos prometidos? —le increpó alzando más de lo debido la voz y tirando con más fuerza de esa chaqueta que todavía no había soltado.

—No merece la pena hablar de ello —masculló—. Y en vez de regañarme, deberías estar agradecida por...

—¿Agradecida? —dijo desesperada—. ¿Crees que mereces un agradecimiento por haber iniciado otro rumor sobre mi persona? ¿No te parece suficiente que me señalen de arpía, de ramera?

—No eres nada de eso, ¿entendido? —refunfuñó al tiempo que la hacía caminar para esconderla tras unas columnas de mármol rosáceo. No deseaba que nadie de los presentes observara una disputa entre ellos dos. Como advertía Priscila, aquellos petulantes solo recordarían la fiesta de la anfitriona por el escándalo que iban a dar.

—¡Suéltame! —gritó mientras dirigía sus ojos hacia la salida. Solo tenía que dar unos cuantos pasos y se liberaría de todo lo que la rodeaba.

—No sería conveniente que me abandonaras ahora mismo. Ese imbécil pronto expandirá que estamos prometidos y, si nos ven discutir, mañana estaremos en boca de todo Londres —indicó con la esperanza de que ella entrara en razón.

Solo le pedía unos minutos para que todo se calmara entre ellos. Pensó que de este modo él podría conseguir el tiempo necesario para explicarle la razón por la que había actuado de esa manera. ¿Cómo había sido tan imbécil de decir que estaban prometidos? ¿No habría sido suficiente con señalar que era la viuda de su tío? ¡¡No!! Él no quería presentarla de ese modo, él deseaba que fuera suya y ahora entendía por qué. Porque tal como decía Karl, sus sentimientos eran demasiado fuertes. Leopold observó aquellos ojos enfurecidos y deseó calmarlos con besos, con caricias y con palabras de amor. Pero...

—¿Qué mejor manera de romper un compromiso ficticio que con una pelea? —se enfrentó.

Priscila deseó asestarle un bofetón. Le daba igual que fuera el hombre

más alto de Londres, que tuviese que saltar para alcanzarle el rostro o que empezaran a reír todos los que les observaban. ¿Cómo había sido tan imprudente de declarar semejante locura? Apretó con fuerza sus manos, resopló y comenzó a caminar hacia la salida. Tenía que marcharse, debía alejarse de allí lo antes posible.

—¿A dónde vas? —preguntó Leopold cuando la alcanzó en mitad del *hall*.

—¡Suélteme! ¿Acaso no entiende el significado de esa palabra? —bramó moviendo el brazo con desesperación.

—Respóndeme —gruñó él.

—Me marchó a Longher. Como ya le dije, este no es mi sitio —dijo con tristeza.

—Te acompaño —añadió Spencer liberándola de ese agarre. Levantó una mano hacia el sirviente—. Nuestros abrigos —dijo con firmeza.

—No quiero que me acompañe, milord. Tengo a mi dama de compañía en el jardín y ambas nos marcharemos tranquilas a nuestro hogar —manifestó Priscila más enfadada si cabía.

—No es un ofrecimiento, es una orden —aclaró con rotundidad.

—¿Una orden?! ¿Me está ordenando que soporte su compañía? —espetó atónita. No podía creer lo que estaba escuchando. ¡Se había vuelto loco! No le bastaba con humillarla delante de todo el mundo, sino que también se había concedido el beneplácito de mandarle lo que debía hacer—. ¡Te odio! —exclamó tuteándolo de nuevo antes de acelerar el paso hacia el exterior.

Leopold se quedó unos instantes contemplando cómo se alejaba. En una cosa ella tenía razón, no había actuado correctamente, pero... ¿quién puede hacerlo cuando los celos se apoderan de tu mente? Fue incapaz de soportar las miradas lascivas del vizconde sobre ella. ¿Cómo osó mirarla así? Pese a que su cabeza no razonaba, porque solo deseaba aplastarle la nariz con un puñetazo, sopesó que la otra opción era la más correcta para ambos.

—¡Priscila! —la llamó para que detuviese el paso, pero no lo hizo. Había decidido marcharse andando ella sola—. ¡Traiga mi carruaje! —gritó al sirviente que había al final de la escalera y corrió tras ella—. ¿Puedes parar, por favor? —le pidió con una voz más suave.

—¡Aléjese de mi lado! —dijo airada.

—¡Ni lo sueñes! Por mucho que lo intentes, no voy a apartarme de ti jamás —dijo serio.

Ante tal revelación, Priscila se paró. Leopold suspiró despacio, dando gracias porque hubiera cesado su caminar. Era el momento de ser sincero con ella y con él mismo, solo rezaba para que, después de confesarle lo que acababa de descubrir, no huyera para siempre.

—¿Por qué no se apartará de mí? —preguntó sin mirarlo—. Si es porque desea averiguar si al final Longher será suyo, no se preocupe, lo será... —manifestó entrecortada.

—¡No quiero esa maldita casa! —masculló acercándose a la espalda de ella. Su pequeño cuerpo se escondía bajo el suyo. Leopold agachó la cabeza e inspiró el olor que desprendía su cabello. Era tan cautivador, tan fascinante, que perdía toda sensatez al olerlo. ¿Cómo iba a imaginarse una vida sin poder disfrutar de ella cada día que se despertara? No, él necesitaba abrazarla cada día y susurrarle esas palabras que su boca ansiaba decir—. Te juro por mi vida que, si me quedo esa casa, la derrumbaré con mis propias manos.

—Entonces... ¿qué deseas, Leopold? ¿Qué buscas en realidad? —Sus lágrimas mojaban aquel semblante rojo.

—Priscila... —Su corazón dejó de latir cuando escuchó su nombre en aquella boca que deseaba besar el resto de su vida. Con cuidado, colocó sus manos sobre ambas mejillas y secó las lágrimas con los dedos—. Pequeña... no pretendo quedarme con esa maldita casa, quiero quedarme contigo —confesó sin dejar de acariciarle el rostro—. Solo te quiero a ti...

—¿Cómo puedes estar tan seguro de...? —inspiró profundamente y fijó sus ojos en él intentando averiguar si no la engañaba, pero no vio mentira en aquellos iris oscuros sino verdad. ¿La amaba? ¿Todo lo que había sucedido entre ellos se debía al inicio de un amor? ¿Así comenzaban una relación las demás parejas?

—Estoy tan seguro de lo que siento por ti, que soy incapaz de apartarte de mi lado, Priscila. Sé que no he actuado de manera racional ni tampoco acorde a cómo debe comportarse un caballero con una dama como tú, pero... disculpa si no he podido mantenerme sensato cuando he visto cómo ese desgraciado te miraba con lujuria.

—Pero sigo sin comprender cómo... —susurró mirándolo perpleja.

—Lo sé. No puedes corresponderme... todavía. Solo te pido una oportunidad. Déjame demostrarte que soy sincero, que te necesito para seguir viviendo. Déjame que te proteja cada día de mi vida y que mi amor haga crecer el tuyo... algún día. —Acercó su boca a la de ella lentamente—. Déjame tocar estos labios cada vez que lo desee... déjame averiguar a qué

sabe tu piel... déjame entrar en ti, Priscila, déjame...

Priscila se empinó y acercó sus labios a los de él, alargó sus brazos y los enredó en el cuello del hombre que le decía todo lo que ella deseaba escuchar. Sí, tras eliminar toda la ira y la desesperación que había vivido en el interior de la fiesta, ella también había llegado a la misma conclusión, estaba enamorada de aquel titán. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿No era consciente de todas las señales que le ofrecía su cuerpo cuando él permanecía a su lado? «¡Oh, Dios, le quiero!», exclamó una vocecita en su interior.

—Priscila... —murmuró agarrándola de la cintura y acoplándola a su cuerpo—. No soy el mejor de los hombres, pero... acéptame, te lo suplico.

—Te acepto, Leopold Spencer, conde Crouner, te acepto porque yo también te quiero —dijo antes de colocar su frente en el torso que se movía al mismo compás que el suyo.

¿Podía su corazón ensancharse más? ¿Podía agrandar su pecho al escuchar que ella también sentía lo mismo? Leopold la agarró con más fuerza, esperando a que en algún momento se despertara del sueño que estaba teniendo. Porque debía estar soñando para conseguir el mismísimo Edén.

—¿Milord? —les interrumpió el sirviente—. Su carruaje le espera.

Leopold separó la figura de la mujer que se convertiría en su esposa, le cogió la mano y la condujo hasta el carruaje. Con suavidad la introdujo y, una vez que se sentó, sonrió al ver que ella ocupaba un lugar demasiado alejado de él.

—Priscila ven a mi lado —le dijo con una voz tan suave que ella notó cómo las palabras le acariciaban la piel—. No quiero que te mantengas alejada de mí.

—Pensé que era apropiado mantener las apariencias... —comentó con inocencia.

—¿Las apariencias? —preguntó Leopold antes de soltar una gran carcajada—. Cariño, después de esta noche no tendrás apariencias que mantener. Con el tiempo comprenderás que, si deseo besar a mi esposa delante de un millón de personas, lo haré y me dará igual lo que piensen los demás.

Priscila se sentó a su lado e intentó poner su cabeza en la parte izquierda del torso de Leopold, pero, con un ágil movimiento, este la colocó sobre él, rodeando con sus piernas su cintura. Al principio se quedó tan sorprendida que se olvidó de respirar. ¿Qué escondía Leopold bajo el pantalón que chocaba contra ella?

—Mi pequeña mujercita, no te imaginas la felicidad que siento en estos momentos... —Colocó sus manos sobre su rostro y, antes de que pudiera responderle, la besó con esa pasión y desesperación que crecía en sus adentros.

—Leopold... —murmuró Priscila cuando comprendió que las manos de él empezaban a recorrer su cuerpo. Cerró los ojos y se dejó llevar por esa sensación de placer que le causaba el paso de las grandes manos sobre ella. Le escuchó respirar agitado cuando le quitó el abrigo y pudo tocar el escote a su placer.

—Esto es mío... —susurró Leopold acercando su boca a aquellas pequeñas manzanas—. Y de nadie más —aseguró mientras lamía esa piel descarada, esa que habían contemplado demasiados ojos y que arrancaría la próxima vez que se fijaran en ella.

Despacio, bajó sus manos por la cintura hasta llegar a las piernas. Con mucho cuidado masajeó los tobillos y fue ascendiendo lentamente, sin prisas. Lo único que deseaba en aquel momento era que Priscila olvidara cualquier caricia que hubiera tenido con el conde y que comprendiera que eran sus manos las que la tocaban y su cuerpo el que reaccionaba bajo su pantalón para entrar en ella.

—Leopold... —murmuró Priscila con una voz desconocida para ella. Esas manos que tocaban cada centímetro de sus pequeñas piernas empezaban a llegar a una zona que jamás nadie había tocado. Pero lo ansiaba... Aunque no entendía la razón por la que necesitaba que él alcanzara esa zona, lo ansiaba.

—Dime, amor mío... —respondió en voz baja.

—Deberías saber una cosa... —Colocó sus manos sobre los anchos hombros y apartó su rostro para contemplar cómo reaccionaría cuando le confesara que continuaba intacta.

Quería prestarle atención, de verdad que lo quería, pero cuando notó la calidez en su mano derecha no pudo contenerse, y tras buscar el pequeño botón que le pareció más escondido de lo habitual, empezó a frotarlo sin parar mientras sus labios aplacaban los gemidos de Priscila.

—¡Oh, cariño...! —exclamó Leopold abriendo los ojos para ver cómo ella se ruborizaba—. ¡Eres maravillosa! ¡Eres la mujer más increíble que...!

No fue capaz de seguir hablando, Priscila se alzó para besarlo con más fuerza. En ese momento, él aprovechó para desabrochar los lazos de sus pantalones y calzas. Quería tomarla allí mismo. No podía esperar unos

minutos a llegar a su hogar. Apartó despacio la lencería femenina y comenzó a invadirla lentamente, pero estaba demasiado prieta. Mucho más de lo que podía esperar de una viuda. «¡Oh, Dios mío!», exclamó saliendo de ella con rapidez.

—¿Qué querías decirme, Priscila? —¿Podía transformarse una persona con tanta rapidez en otra? Porque el desesperado, el lujurioso y ardiente Leopold había desaparecido para dar paso a un hombre aturdido y frío.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó avergonzada—. Pensé que no lo notarías.

—¿Qué no lo notarías? —soltó sorprendido—. Cariño... ¿nadie te ha hablado sobre las relaciones entre un hombre y una mujer? —Ella lo negó sin mirarle a los ojos—. ¿Puedes decirme por qué el conde no consumió vuestro matrimonio? —solicitó mientras posaba las manos sobre el sonrojado rostro y hacía que ella lo levantara para que lo mirase y comprendiera que no estaba enfadado sino confundido.

—Anthony se casó conmigo por un motivo que no desvelaré jamás —respondió sin apartar la mirada de Leopold—. Solo puedo decirte que él siempre me dijo que debía guardarme para el hombre que me protegería y me amaría tal como me correspondía. Y que debía ser paciente porque lo conocería una vez que él falleciese. Creo que por ese motivo me hizo jurarle que, después de su muerte, me marcharía de Bournemouth y residiría en Longher —explicó con tristeza.

—Pero él sabía que si aparecías aquí yo te... encontraría... —razonó sin dejar de sorprenderse.

¿Por qué había ideado ese plan su tío? ¿Se había casado con ella para cuidarla hasta que él la encontrara? ¿Cómo habría averiguado su tío lo que buscaba en una mujer? Leopold atrajo el cuerpo de Priscila hacia él, la abrazó y cerró los ojos. Le daba igual el motivo por el que el conde había decidido ponerla en su vida, lo único que le importaba era mantenerla a su lado para siempre.

—Priscila, amor mío, te prometo que te amaré y te protegeré el resto de mi vida —sentenció con firmeza antes de volverla a besar para que no le cupiese la menor duda de que cumpliría su promesa.

XXIV



Miraba a su alrededor con impaciencia. No sabía en qué momento aparecería, pero no le cabía duda de que ocurriría pronto. Anais se sentó en un banco que encontró frente a la ventana del salón de baile, desde donde podía observar cómo algunas parejas bailaban con elegancia. Ella podía haber sido una de las mujeres que danzaban en círculos y sonreían a sus acompañantes. Ese fue uno de sus sueños cuando era una infeliz niña. Pero ya no habría más bailes, ni reuniones ni nada de lo que una vez imaginó. Entrelazó sus manos y las apretó con fuerza. ¿Qué habría sido de ella si su padre no les hubiera llevado a la ruina? ¿Se habría casado con Federith como decía su madre?

Cerró los ojos por unos momentos, intentando recordar a la mujer que la había llevado en su vientre. Apenas pensaba en ella últimamente. La había dejado en el pasado junto con sus sueños, sus deseos y sus anhelos. Sin embargo, el regreso a Londres había abierto ese cajón en el que los guardaba y todo brotaba como si los años no hubieran transcurrido. Le encantaba bailar. Su madre era una experta bailarina y ningún caballero se resistía a danzar con ella una pieza. La rememoró realizando aquellos elegantes giros. Era la mujer más bella de Londres y la más deseada también. Varias lágrimas recorrieron su rostro al evocar esa parte de su pasado. ¿Quién se iba a imaginar que terminaría de aquella manera? ¿Quién hubiera creído que la hermosa condesa Kingleton acabaría sus días postrada en una cama, enferma y con una belleza siniestra? «Era lo mejor... —se dijo Anais—. No habría sido capaz de enfrentarse a una miseria como esta».

Se levantó de su asiento y caminó hacia un pequeño estanque que se encontraba a tan solo unos pasos de ella. En el silencio, puesto que desde allí no alcanzaba a escuchar la música, percibió una paz que le resultó extraña. Con la punta de su pie derecho golpeó una piedrecita que encontró en la orilla y la echó al agua.

—Te dije que aparecería —comentó Federith al verla tan afligida y deducir que esos pensamientos tristes se debían a él.

—Sabía que lo harías —respondió girándose. Esos recuerdos desaparecieron cuando lo vio. Solo él podía hacerla pasar de la aflicción a la euforia en milésimas de segundo.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber al tiempo que se acercaba y la abrazaba—. ¿Te ha ocurrido algo en mi ausencia?

—Nada malo podría sucederme si estás a mi lado —declaró confiada—. ¿Cómo has podido salir sin ser descubierto? —preguntó después de permanecer abrazada a él durante unos momentos.

—Me ha ayudado un buen amigo —explicó mientras cogía la mano de Anais y comenzaba a caminar hacia un pequeño bosque que había por los alrededores.

—¿Alguien más sabe que estamos juntos? —preguntó inquieta—. ¿De quién se trata?

—No te preocupes por eso —dijo llevando su mano para besarla—. Riderland jamás dirá nada que nos ponga en peligro.

—¿El marqués? ¿Te ha ayudado el marqués? —insistió aún más preocupada.

—Nunca he tenido secretos ni con él ni con Rutland —empezó a decir—. Ellos siempre han sabido de tu existencia y solo ellos me ayudaron a buscarte en el pasado.

—¿Me buscaste? —soltó asombrada—. Nadie me dijo...

—Nunca me di por vencido, Anais. Siempre supe que te encontraría, aunque perdí algo de esperanza después de tantos años.

Los árboles que les rodeaban le sirvieron de cobijo. Ocultos entre ellos nadie los descubriría. Anais notaba cómo el pulso se le aceleraba. Tal vez descubrir que él había intentado mantener la promesa que le hizo de niños la alteró. Había cambiado mucho, pero seguía siendo el muchacho sincero que conoció. Por eso ella debía también sincerarse y la mejor forma de comenzar era hablándole de su pasado. Sería la primera persona en conocerlo. Un repentino miedo la inquietó, ¿y si después de averiguar sus miserias la abandonaba? Pues tendría que afrontarlo con la mayor fuerza posible. No sería la única persona que la olvidaría, aunque sería la primera que le causaría un insoportable dolor.

—Cuando partimos de Londres —explicó—, mi padre nos llevó directamente hasta el hogar de mi abuela Claudine. Pensé que nos

quedaríamos allí, pero tras su muerte, decidió que debíamos marcharnos de nuevo. Así que emprendimos un nuevo viaje.

—¿Hacia dónde? —Federith apretó con más fuerza la mano de Anais para que entendiera que él seguía a su lado ofreciéndole todo el consuelo que necesitaba.

—No teníamos un lugar determinado. Mi padre solo intentaba huir de sus acreedores. En más de una ocasión nos dejó a mi madre y a mí solas en mitad de la nada. Según nos comentaba, debía abandonarnos para que nadie nos siguiera. Pero yo sé que mentía porque mi madre no cesaba de llorar cada vez que se ausentaba. Una vez nos alojó en un pequeño hostel. Ambas pensábamos que había pagado al posadero antes de su partida, pero no fue así. Nos dejó en aquel lugar para trabajar. ¿Sabes qué humillación padeció mi madre cuando se vio obligada a arrodillarse para limpiar los suelos que otros habían ensuciado? Si no hubiera muerto por enfermedad, lo habría hecho de tristeza...

—Lo siento tanto... —dijo afligido Federith—. Jamás debí renunciar a encontrarte. Tenía que haber sido más firme en mis ideales y no haberme dejado llevar por lo que mis padres indicaron...

—Éramos muy jóvenes, Federith. Demasiado para enfrentarnos a las decisiones de nuestros padres —le interrumpió. Ahora fue ella quien se acercó la mano de Cooper y la besó para tranquilizarlo. Estaba temblando y percibía en su forma de hablar cómo la rabia por no haberla encontrado se apoderaba de él—. Fue una gran suerte para mí que la familia Appelton me aceptara. Gracias a ellos pude salir de la miseria en la que estaba destinada a vivir.

—¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué no fuiste capaz de hacerme saber que estabas viva? —Cooper la giró hacia él para que contemplase la desesperación que sentía en aquel momento.

—No me resultó fácil admitir en quién me había convertido, Federith. Pasé muchos años intentando asimilar mi nueva etapa. Hubo un tiempo que creí que los Appelton se cansarían de escuchar los sollozos de una niña y me abandonarían también. Pero no lo hicieron, fueron pacientes conmigo.

—Si hubiera descubierto que seguías viva, nada ni nadie podría haberme parado hasta encontrarte —sentenció con firmeza. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él. Era perfecta, Anais era la mujer más perfecta que había conocido jamás.

—Era mejor así —alegó colocando su frente en el pecho masculino—.

¿Qué podría ofrecerte, Federith? ¿Qué podía proporcionarte antes y ahora?

—No quiero nada más... —dijo Federith solemne—. Me basta con tenerte a mi lado, Anais. ¿Acaso no te has dado cuenta de que he sido un hombre incompleto hasta que has aparecido?

—Pero, Federith, no puedes decirme esas cosas, ahora tienes una esposa... —murmuró sin levantar el rostro—. Y un hijo.

—Me casé con Caroline porque estaba embarazada y te juro por mi vida que solo se trató de una sola noche. Me arrepiento cada día de lo que hice, Anais, y si pudiera volver atrás...

—No digas eso, Federith. Ella te ha dado un hijo, un varón que podrá ostentar el título que algún día poseerás —dijo levantando su rostro.

—Ningún título, ni riqueza ni fortuna se puede comparar contigo... —dijo con la voz entrecortada por la emoción.

—Federith... Fed....

—Anais... —murmuró acercando sus labios a los de ella—. Te quiero y te he querido siempre. Siento cómo mi sangre fluye por mis venas ofreciéndome la vida que no he tenido hasta verte de nuevo. ¿Cómo he podido vivir sin ti, mi amor? ¿Cómo? —sollozó.

Anais contempló aquel rostro, aquellos ojos, y supo que sus palabras eran ciertas. No mentía por tenerla a su lado, la quería como siempre supo que lo hacía y ella... También lo amaba. Atrás quedaron las pesadillas, las tristezas y los calvarios. Era hora de vivir una vida a su lado, aunque se convirtiera en la otra... Acercó sus labios a los de él y comenzó un suave beso que fue cambiando hasta convertirse en una muestra de deseo, pasión y lujuria contenida. Su cuerpo reaccionaba a aquel beso con tanto afán, que podía dejarse llevar hasta consumir esa necesidad...

Federith se quedó impresionado por cómo un simple beso había tornado a un deseo ansioso y posesivo. Era un hombre sediento en mitad del desierto y Anais era ese oasis que rara vez se encuentra en un lugar tan inhóspito. El tiempo que había transcurrido entre ellos se esfumó. No había pasado una década, sino unas horas desde aquella vez en la que él le confesó que la amaba. Sus cuerpos empezaron a temblar, sus corazones palpitaron al mismo ritmo, y ese beso se hizo cada vez más intenso, más posesivo. Le urgía saborearla, tomarla y hacerla suya. Pero no era el momento, primero tenía que arreglar su alterada vida antes de convertirla en la mujer que tanto ansiaba.

—No he podido olvidar tus besos... —le confesó Anais ruborizándose

como una niña.

—¿Pretendiste hacerlo? —preguntó Federith arqueando una ceja.

—No seas sarcástico... —respondió dándole un suave y tierno beso—. Estuve comprometida, ¿sabes? —empezó a decir mientras proseguían caminando—. Pero finalmente me negué a casarme.

—¿Por qué? —se interesó él.

—Tenía miedo de convertirme en una esposa desdichada como mi madre. —Agarró con fuerza la mano y dejó que Federith colocara su brazo izquierdo sobre sus hombros—. Ella siempre decía que un verdadero...

—Un verdadero amor no desaparece con el paso del tiempo —finalizó Federith.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó deteniéndose para mirarlo con atención.

—¿No te acuerdas de esto? —preguntó sacando el reloj de su bolsillo—. Me lo regalaste la tarde antes de partir.

—Fue mi madre quien te lo compró —aclaró sosteniendo aquella pieza de oro en su palma—. Ella dijo que tenía la esperanza de salvarme la vida. Hasta el día de su muerte, ella afirmaba una y otra vez que mi destino estaba escrito y que la persona que debía permanecer a mi lado eras... tú —declaró mirándolo a los ojos.

—Pues tu madre no erraba, amor mío. Jamás he podido olvidarte porque, como dice la inscripción del reloj, un verdadero amor no desaparece con el paso del tiempo y el mío, Anais, se ha hecho más fuerte —expuso antes de abrazarla tanto que apenas la dejó respirar.

—Pero, Fed... —empezó a decir llorando—. No quiero convertirme en... No podría vivir siendo tu...

—¡No lo serás! —proclamó con firmeza—. Voy a divorciarme, Anais. Voy a comprar la casa en la que viviste y, una vez que lo arregle todo, nos casaremos.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó horrorizada—. ¡Tus padres... Tu mundo...!

—Nada es lo suficientemente importante para mí salvo tú —le dijo atrayéndola de nuevo hacia él y calmando su inquietud con un largo y apasionado beso.

Podrían haber estado así toda la noche, pero ambos sabían que no podían permitirse más tiempo, por ahora. Después de contarle Anais que había visitado su antiguo hogar y que había visto al señor Polet, ambos llegaron a un acuerdo; si de verdad podía quedarse con su antigua residencia, ella

cuidaría del anciano tal como debía porque jamás permitiría dejar a un hombre moribundo fallecer en la calle.

—Eso ya lo daba por hecho —dijo Federith antes de besarle las manos—. Sabía que serías incapaz de dejarlo desamparado.

—¿Y por qué lo sabías?

—¿No te acuerdas del día que encontramos aquel nido? A pesar de insistirte en que la naturaleza debía seguir su curso, te remangaste el vestido y subiste al árbol. Lo colocaste en su lugar y durante varios días me hiciste vigilar por si la madre no los aceptaba —comentó apretando con fuerza la mano de Anais.

—Y apareció...

—Sí y estoy seguro de que, si aquellos polluelos no hubiesen aprendido a volar, tú misma se lo habrías mostrado —dijo divertido.

—Federith... ¿cómo no has olvidado esas cosas? —le preguntó colocándose frente a él.

—Porque jamás he podido olvidar al gran amor de mi vida...

Estaba a punto de volver a besarla en los labios cuando escucharon unos pasos aproximándose a ellos.

—Sigue prestando atención a tu espalda, cariño, porque estaré detrás —le prometió Cooper antes de desaparecer.

—Señorita Price, ¿es usted? —preguntó una voz desconocida.

—Sí —respondió atusándose el cabello y estirando la tela de su vestido.

—¡Me alegro de encontrarla! —exclamó el joven sirviente—. Quería informarle que su señora se ha marchado y que la dueña dispone de carruajes que podrán llevarla a su hogar —le informó.

—¿Tan pronto? ¿Se ha marchado sola? —preguntó alterada.

—No, señora. La condesa iba acompañada del señor Spencer —explicó.

—Gracias —agradeció antes de levantarse el vestido y echar a correr.

¿Cómo se le había ocurrido marcharse sola con aquel energúmeno? Y... ¿cómo habría conseguido que ella lo acompañara? ¿Estaría su señora en un grave aprieto? ¿En peligro? Fuera lo que fuese, ella misma interrumpiría cualquier malvado plan y, aunque tuviese que enfrentarse a aquel titán, lo haría encantada si salvaba a la indefensa muchacha.



Cuando Federith entró al salón, buscó a Roger. Este estaba charlando con varios caballeros, pero en cuanto cruzaron sus miradas el marqués se disculpó y caminó hacia él.

—¿Salió todo como planeaste? —preguntó al acercarse.

—¿Ha notado mi ausencia? —preguntó a su vez Federith buscando a Caroline en el salón.

—Responde primero y yo te contestaré, aunque por el embriagador perfume que desprendes puedo deducir que todo salió bastante bien...

—No es lo que te imaginas —masculló Cooper.

—Yo no me imagino nada, amigo. Solo hago conjeturas...

—Le he dicho que voy a divorciarme de Caroline y que compraré su antiguo hogar —declaró.

—¿Qué vas a hacer qué? —soltó en voz alta.

—Que voy a comprar...

—¿Has dicho divorciarte? —Roger lo cogió del antebrazo y se lo llevó hacia una punta del salón donde podían hablar sin ser escuchados—. ¿Estás loco? ¿Cómo vas a hacer una cosa semejante? ¿Sabes cómo quedarás ante todos estos petulantes si decides divorciarte? ¿Y tus padres? ¿Qué opinarán ellos de que su mojigato hijo provoque un escándalo de tal índole? Y no hablemos de lo que difundirá tu esposa...

—¿Qué harías tú en mi lugar, Roger? ¿Te mantendrías pasivo mientras ves cómo la mujer que amas regresa de nuevo a tu vida? —inquirió nervioso.

—No tengo ni idea de qué haría en tu lugar, Cooper. Pero estoy seguro de que pensaría otra manera de...

—¡No la hay! Solo puedo pensar en tenerla, ¿acaso no sabes cómo actuamos cuando estamos enamorados? Mira a Evelyn. ¡Mírala! Imagínate que estás casado con Caroline y ella es la mujer de tu vida, la única que puede hacer que desees vivir, ¿la dejarías escapar?

—No... —murmuró después de contemplar a su esposa. Tan solo de pensarlo se le encogió el corazón. Solo una vez pensó que jamás la tendría y le causó tal demencia que estuvo a punto de finalizar su calvario con sus propias manos.

—Yo tampoco puedo vivir sin Anais —dijo en voz baja—. Ya no...

—¿Y ella? ¿Qué piensa tu querida señorita Price de la locura que vas a hacer? —espetó curioso.

—Por supuesto se ha negado mil veces cuando le he explicado cuáles son mis intenciones, pero me quiere. Aunque no me lo ha dicho todavía, sé

que lo hace. No puedes imaginarte cómo acepta mis caricias o mis besos...

—¡Por el amor de Dios, Federith! ¿Te estás escuchando? Nunca has comentado nada sobre tus anteriores conquistas, jamás has desvelado si las besabas o las mordías, y ahora, me narras que ella acepta tus... ¡Gracias a Dios que William aparecerá esta semana! —bufó.

—¿Rutland? —preguntó arqueando las cejas.

—¿Crees que podría enfrentarme a todo esto solo? Necesitamos su ayuda. De los tres es el más sensato, aunque he de admitir que siempre pensé que lo eras tú, pero, claro, no había aparecido la mujer que te volviera loco —explicó sin respirar.

—No aceptará mi decisión —susurró afligido.

—Ni yo tampoco, pero si de algo sirve la amistad es para apoyarnos en cualquier decisión que tomemos sin importarnos la repercusión que tendrá —sentenció.

—¿Quieres decir que, a pesar de todo, me apoyarás? —preguntó sorprendido.

—Sí, y ahora sonrío que viene tu esposa.

Ambos dirigieron la mirada hacia Caroline, que caminaba hacia ellos con su típica solemnidad. Saludaba con la cabeza y sonreía a quienes la miraban. Pero algo no andaba bien. Federith lo supo en cuanto la miró. Algo estaba tramando y, por cómo brillaban sus ojos, no sería bueno.

—Querido... —dijo al llegar—, te he estado buscando. El marqués me ha dicho que tenías una reunión con alguien importante.

—Sí, Caroline. He mantenido un...

—Y... ¿todo salió según planeabas? —preguntó con suavidad.

—Sí, todo salió cómo... —intentó decir, pero no pudo terminar la frase. Caroline le cogió de la mano y lo dirigió hacia donde se encontraban los músicos. ¿Qué pretendía?

—¿Pueden permitirme unos momentos? —le preguntó a uno de los músicos—. Mi marido y yo tenemos algo que confesar.

—Caroline... —le advirtió apretando los dientes.

—Buenas noches, disculpen esta interrupción —empezó a decir sin escuchar la advertencia de su esposo—. Mi querido marido y yo queremos anunciarles que el próximo sábado celebraremos una fiesta en nuestro hogar y que todos ustedes estarán invitados. Como es lógico, a lo largo de la semana se les hará llegar la invitación. Muchas gracias.

¿Podría ocurrir alguna tragedia más? Porque después de hacer esa

absurda pantomima, Federith estaba seguro de que no.

—¿Cómo te atreves a dejarme en evidencia? —le recriminó.

—He aprendido mucho durante estos años de casada y me temo que jamás me habrías permitido celebrar una fiesta en nuestra modesta casa salvo que lo hubiera hecho público... —aclaró mientras volvía a saludar a las personas que los miraban.

—Eres una persona dañina, Caroline.

—¡Claro que sí! —exclamó sonriente como si su esposo le hubiera gastado una broma—. Pero todavía no he terminado mi maldad, querido. Solo debes esperar un poco más y conseguirás averiguar el alcance que puede ofrecer la perversidad de tu esposa...

—Te mataré si te atreves a...

—¿Me matarás? —preguntó arqueando las cejas. Se volvió hacia él y, como estaban en mitad de la pista de baile, colocó sus manos para comenzar la próxima danza—. Eres tan débil que preferirías matarte tú antes que ponerme las manos encima. —Y soltó una carcajada de satisfacción.



Anais llegó a Longher asustada y agitada. Mientras el ama de llaves le abría la puerta advirtió que el carruaje del señor Spencer se encontraba estacionado en el jardín. ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué no se había marchado? ¿Acaso no llegaba a imaginar lo que significaría para la condesa que alguien descubriera su carruaje a esas horas en la residencia?

—Señorita Price —dijo la sirvienta al verla.

—¿Dónde está la condesa? —preguntó con ansiedad.

—En su alcoba —respondió sin mostrar en su rostro ningún signo de desagrado.

—¿En su alcoba? —repitió horrorizada—. ¿Y el señor Spencer? —preguntó después de hacer desaparecer el nudo de la garganta.

—Señorita Price, le informo que el señor Spencer también se encuentra en el dormitorio de la señora —dijo ruborizándose.

—¿Qué intentas decirme? —La miró atónita. ¿Cómo podía mantener la calma? ¿Cómo no evitó que él la acompañara?

—Su excelencia apareció en brazos del señor Spencer y ella misma me ordenó que nadie les interrumpiera —explicó la doncella inquieta.

—Pero... pero...

—Señorita Price... no se puede luchar contra las órdenes de un amo. Si ellos han decidido pasar un tiempo a solas... Debemos, tan solo, acatar sus mandatos. Si estuviera en su lugar, me retiraría a mi dormitorio y mañana, cuando decida salir el señor, les daría las felicitaciones.

—¿Las felicitaciones?

—Sí —dijo soltando una risita el ama de llaves.

—¿Por qué? —preguntó mirando hacia el piso de arriba.

—Porque escuché susurrar al señor a nuestra señora que iba a cumplir con su promesa y que mañana mismo todo el mundo sería informado de su compromiso.

—¿Compromiso? —insistió—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó llevándose las manos hacia el rostro—. Entonces... ellos dos...

—Estarán disfrutando de su primera noche —concluyó la sirvienta antes de dirigirse hacia la cocina.

Anais mantuvo su mirada en las escaleras durante un buen rato. No podía creer que Priscila estuviese enamorada de aquel hombre. Pero si había dado un paso tan importante como llevarlo a su residencia y yacer con él sin importarle la opinión de los que la servían, lo estaría. Agachó la cabeza y empezó a subir las escaleras. Debía meterse en su dormitorio e intentar pensar en todo lo que había ocurrido a su alrededor desde que llegó a Londres y cómo le afectaría la aparición de un nuevo conde.

De pronto, una sonrisa se dibujó en su cara y toda la inquietud que había sentido por su señora desapareció. La condesa se merecía otra oportunidad para ser feliz al igual que ella. «Mamá, lo has conseguido. Todo aquello que soñaste para mí se está logrando. Ahora, ya puedes descansar en paz».

XXV



Estaba desesperado. No paraba de merodear por el salón de un lado para otro esperando a que ella apareciera. Pero todavía no se había despertado y, aunque tenía unas ganas increíbles de aparecer en la habitación de Caroline y gritarle que debía anular esa fiesta a pesar de su negativa, se contuvo. No era apropiado que ofreciera un escándalo antes de empezar a tramitar su plan. A pesar de que las personas que se encontraban bajo su servicio tenían su confianza, mucho se temía que un escándalo así no podrían ocultarlo.

Con los brazos en la espalda, se dirigió hacia el escritorio, allí había posado el sobre que el señor Lawford le hizo llegar una hora atrás. No deseaba abrirlo hasta que no aclarara la situación con Caroline, pero como la espera era angustiosa, creía que era preferente mantener su cabeza ocupada con otra cosa que no fuera la desesperación que le causaba la rebeldía de su esposa. ¿Acaso no lo escuchó negarse a una celebración cuando ella se lo insinuó? ¿Tan poca atención le prestaba que obviaba cualquier orden? Cualquier otro esposo se hubiera impuesto por la fuerza, pero él no era así. Pese a no sentir por ella nada salvo aprecio por haberle dado un hijo tan maravilloso como Eric, no podía humillarla ni desprestigiarla. Además, si necesitaba que ella permaneciera tranquila para explicarle qué había pensado, lo mejor era mantener la calma...

Descruzó las manos y las dirigió hacia el sobre. Como era habitual entre los administradores, sellaba el anverso con su propia firma para que no cupiese la menor duda de la procedencia. Federith cogió el abrecartas de plata que le regaló en su último cumpleaños Roger y, con la misma suavidad que se acaricia el ala de una mariposa, abrió el sobre. Ávido por conocer qué había escrito el administrador, sacó el papel que tenía el sello de Lawford impregnado en tinta azul en la parte derecha. «¡Cuántas formalidades para un hombre tan deshonesto!», pensó Cooper. Sin atreverse ni a dar un solo paso, empezó a leer.

«Estimado lord Cooper, tal como acordamos aparecí en la residencia de la que hablamos y mantuve un encuentro con el dueño. Por supuesto, le ofrecí la suma que convenimos, pero el caballero, pese a encontrarse en una situación lamentable, afirmó que no respondería hasta que usted se presentara ante él y conversaran. He de admitir que el aspecto que mostró dicho caballero me dejó perturbado. Jamás imaginé que una persona quedaría abandonada de la mano de Dios. Y ni qué decir del deterioro que presenta el hogar. Si continúa interesado tendrá que presentarse, pero si cambia de opinión, conozco otras mansiones que podrá adquirir por la mitad de esa cuantía y se encuentran en muchísimo mejor estado.

Atentamente,

Arthur Lawford, administrador, contable y abogado».

Federith leyó dos veces la nota. Guardó la hoja dentro del sobre y lo partió en varios pedazos. Después, caminó hacia la chimenea y la tiró al fuego. Tras descubrir que Caroline escuchaba las conversaciones, no le cabía duda de que no solo espiaba a las visitas, sino que también rebuscaría en su despacho todo aquello que le interesara y lo único que le preocupaba era averiguar si poseían fondos sustanciosos para poder gastar. Se apartó del calor de la lumbre y se dirigió hacia la ventana que había a su espalda. Desde allí podía observar el jardín. Sonrió al ver que la niñera por fin había decidido sacar a Eric de su habitación. Había extendido una manta sobre el suelo y jugaba con las manitas. Él debería haber presenciado ese momento. Debía permanecer con su hijo y ser testigo de todo lo que le sucediera el resto de su larga vida. Sin embargo, se encontraba metido entre cuatro paredes intentando dar sentido a la suya...

—¿Me estabas buscando? —La voz de Caroline en la puerta causó que Federith se girara hacia ella con brusquedad.

—Sí —afirmó al tiempo que se acercaba. Estaba furioso, airado, y tenía unas ganas increíbles de estrangularla pero al contemplar su rostro, todo aquello que pensaba se disipó. ¿Por qué estaba tan pálida y sus ojos parecían mostrar desconsuelo?—. ¿Has desayunado? Podemos hablar cuando hayas acabado...

—No tengo hambre —dijo caminando despacio hacia la chimenea. Tenía mucho frío y le vendría bien calentarse con las llamas.

—¿Bebiste más champán de lo que sueles tolerar? —preguntó

caminando tras ella.

—No me acuerdo. Creo que perdí la cuenta en la décima copa que me ofrecieron —dijo con desdén.

—Caroline... —refunfuñó—. ¿Qué te sucede? Llevas bastante tiempo con ojeras y apenas pruebas bocado. ¿Hago llamar al doctor?

—No tienes que llamar nadie. Solo pienso que una mujer debe mantenerse bella a pesar de estar casada —indicó colocando sus manos en el vientre para que no descubriera la verdad.

—Pero deberías...

—¿Qué quieres decirme, Federith? —espetó mirándolo a los ojos sin parpadear—. Porque no creo que me estés buscando para informarme de que estoy perdiendo peso, ¿verdad?

—Quería hacerte cambiar de opinión sobre esa fiesta que has decidido ofrecer el sábado —comentó al tiempo que se sentaba frente a ella. Se desabrochó la chaqueta, dejando que ambas caras cayeran a los lados de su cintura, cruzó las piernas y juntó las manos como si pensara rezar. Los dedos golpeaban su boca con suavidad mientras su mirada azulada se fijaba en la grisácea de la mujer.

—Ya te lo aclaré de regreso a casa, no puedo retractarme. Muchos de los asistentes confirmaron allí mismo su presencia —argumentó—. Y causaríamos un gran escándalo si ahora lo anulamos. Además... solo será un baile. ¿Qué puede perjudicarnos una pequeña reunión de amigos?

—¿Reunión de amigos? —preguntó arqueando las cejas—. En la fiesta de lady Baithlarin había más de un centenar de personas. No podemos permitirnos acoger a tantas personas...

—¿De verdad crees que todas ellas asistirán? —preguntó levantándose del asiento—. Sabes muy bien que inventarán cualquier motivo para no aparecer en esta casa —le chinchó. Sabía que en cuanto indicara que su título aristocrático era degradado por la mitad de la sociedad londinense, su ego se alteraría y terminaría por aceptar.

—En esta ocasión no me importaría en absoluto que así fuera —apuntó levantándose del asiento—. Es más, los alentaría.

—¡Federith! —exclamó enojada—. ¿Cómo puedes hablar de esa forma? ¿Es que no tienes piedad con nosotros?

—¿Con vosotros? —inquirió Cooper entornando los ojos.

—¡Con tu hijo y conmigo! —clamó—. ¿Qué clase de vida ansías para tu hijo, Federith? ¿Quieres que sufra por tus decisiones? ¿Quieres que su futuro

esté marcado por las equivocaciones de su padre?

—¿Qué tiene que ver el futuro de nuestro hijo con la fiesta, Caroline? —demandó enojado.

—¿Quién aparece en los eventos? —preguntó en voz baja—. Todo el mundo importante —se respondió ella misma—. Y el día de mañana necesitamos que nuestro hijo posea buenas relaciones...

—Mis padres jamás tuvieron que... —intentó defenderse.

—¡Y te convertiste en un libertino! —gritó—. ¿No te acuerdas de quién fuiste? Porque yo no lo he olvidado...

—¡Eso no tiene nada que ver! —bramó Federith cogiendo a Caroline de los brazos—. ¿No me comporté cómo se esperaba? ¿No te di un hogar dónde vivir? ¿No compras aquello que deseas? —prosiguió airado—. ¿Acaso cuestiono dónde pasas tu tiempo cuando sales de nuestra casa? ¿O te pregunto por qué llevas semanas o meses sin mirarle a los ojos a tu propio hijo?

—¡Eso no es suficiente! —replicó liberándose del fuerte amarre.

—Nada será suficiente para ti, Caroline. Llevas mucho tiempo deseando algo que no consigues y llenas ese vacío con miles de cosas banales. Al principio crees que ellas suplirán aquello que ansías, pero con el tiempo... Nada puede igualar lo que verdaderamente deseas...

—¡Qué sabrás tú lo que deseo! —tronó girándose hacia él.

—La verdad es que no sé qué necesitas, pero sí sé qué necesito yo y mucho me temo que no tiene nada que ver contigo... —dijo bajando el tono. Había llegado el momento. Sí, lo sentía. Podía percibir que era el instante preciso de hablar sobre ello con Caroline.

—¿Qué no tiene nada que ver conmigo? —repitió confusa—. ¿Qué estás pensando, Federith? —Sus ojos se abrieron como platos. No, no podía ser que él hubiera llegado a la misma conclusión que ella. Él no era de ese tipo de personas...

—¿Eres feliz a mi lado? —La miró a los ojos y observó que había en su rostro una mezcla de sorpresa y miedo.

—Eric es... —intentó decir.

—No me refiero a Eric, sino a ti, ¿eres feliz a mi lado, Caroline? —Se acercó tanto a ella que apenas había entre ambos cuerpos el suficiente espacio como para que pasara el aire—. ¿Te gusta cuando mis manos tocan tu piel? —preguntó aproximando su mano al brazo de ella para tocarlo.

—¡No! —exclamó con rapidez apartándose bruscamente.

—Lo sabía... —Federith sonrió satisfecho.

—Si no me hubiese quedado embarazada de Eric jamás me habría casado contigo —dijo con tanta desesperación que Federith deseó consolarla.

—Caroline... —Caminó hacia ella abriendo sus brazos. Cuando observó que echaba unos pasos hacia atrás se paró—. No quiero tocarte como un hombre, solo quiero consolarte como un amigo —declaró—. Muchas veces necesitamos el apoyo de alguien que pueda entendernos.

—Pero tú... tú... —intentó decir antes de que las lágrimas brotasen de sus ojos.

—Yo, Caroline, soy el de siempre. —Lo intentó de nuevo y esta vez ella aceptó ese abrazo—. Siento si te marqué la vida. Siento si no pudiste alcanzar tu sueño por mi culpa —le dijo sin dejar de transmitirle cariño y ternura—. Si pudiese volver atrás en el tiempo jamás te habría tocado...

—Pero Eric... —sollozó—. Eric...

—Eric es un regalo de Dios, Caroline. Lo mejor que me ha pasado en mi vida. Si doy gracias todos los días es de haber tenido un hijo tan fuerte y hermoso. Eso... —dijo separándola de él para que lo mirase a los ojos—, es lo más bello que hemos hecho y, aunque nosotros no podamos vivir juntos, nuestro hijo no debe sufrir por nuestras malas obras, ¿no crees?

—Estás sugiriéndome que... ¿Quieres el divorcio? —espetó abriendo los ojos como platos—. ¿Sabes lo que estás diciendo? —preguntó aturdida—. No... no lo sabes, porque si de verdad estuvieras pensando con claridad no habrías insinuado ese tipo de aberraciones.

—Caroline, ¿no piensas que es la mejor forma de vivir? —intentó hacerla entrar en razón.

—Si estuviésemos en otra época o en otro mundo, sí. Pero aquí...

—¿Quieres vivir siempre al lado de un hombre como yo o prefieres vivir con aquel con quien sueñas?

—¿Cómo sabes...? —Se llevó la mano a la boca y abrió los ojos como platos.

—El embarazo de nuestro hijo podía cambiar tus necesidades íntimas, pero no hacerlas desaparecer para siempre. Caroline —dijo en voz baja—. Respóndeme a una cosa...

—Dime, Federith —contestó mirándole a los ojos. Era la primera vez que estaba conectada a su marido y, aunque le pareció extraño, también se sentía feliz.

—¿Eric es hijo mío? Te prometo que, aunque no lo sea, seguiré

amándolo como lo amo. Pero debes responderme a esta duda que me corroe desde que nació. ¿Estás segura de que es hijo mío? —perseveró desesperado.

Caroline sopesó durante unos segundos qué decir. Pero no era justo que su hijo padeciera el mismo dolor que ella. ¿Alguna vez Eric afrontaría su paternidad? No, nunca. Ni del primero ni del segundo...

—Federith... —dijo colocando sus palmas sobre el pecho del hombre—. Eric es hijo tuyo, te lo prometo —mintió. Pero lo hizo por su niño. Sabía que, si alguna vez le ocurría algo, él estaría a salvo bajo la protección de Cooper.

—Aunque no te lo creas, me acabas de hacer el hombre más feliz de Londres —dijo besándole la frente.

—Lo sé... —murmuró contra el pecho—. Lo sé... —repitió.

Después de la conversación con Caroline ambos pasaron la tarde junto con Eric. Jamás imaginó que ella decidiera salir al jardín y que se tumbara junto a su hijo en la manta que la niñera había tendido. Federith la observaba fascinado cómo jugaba con el pequeño, cómo le hacía reír o como lo abrazaba. ¿Sería posible que solo necesitara sentirse liberada de un matrimonio que ninguno de los dos deseó? Debía de ser ese el motivo del cambio de Caroline porque no encontraba otra explicación. Había aceptado. Fuera el motivo que fuese, ella había accedido a ello y, por muy extraño que pareciera, el odio que sintió por Caroline se transformó en cariño.

Era una mujer más intensa de lo que imaginó, pero el amor que escondía en su interior lo ofrecía a la persona que guardaba en su corazón, porque no le cabía duda de que ella amaba a otro hombre. Su rostro se iluminó como una estrella en mitad de la noche cuando entendió su sugerencia. ¿Cuánto tiempo llevaría amándolo? ¿Sabría él de sus sentimientos? ¿Estaría casado? No, no podía estar casado porque de lo contrario ella jamás habría dado un paso tan importante. Seguro que estaría soltero y permanecería a la espera de la llegada de su amada. «Pronto... —pensó Federith—. Pronto será tuya».

—¿De verdad tienes que marcharte? —le preguntó cuándo se levantó.

—Sí, he de zanjar un tema lo antes posible.

—Bueno, no te preocupes, tengo muchas cosas que preparar para la mejor fiesta de la temporada —explicó feliz.

—Si necesitas mi ayuda... —se ofreció.

—¿Un hombre disponiendo en cosas de mujeres? ¡Ni hablar! ¡Márchate de una vez, Federith Cooper!

Federith besó el rostro de su hijo, luego le ofreció otro casto beso a

Caroline en la frente antes de alejarse y caminó hacia el carruaje que Bastian había colocado en la entrada para no interrumpir aquella escena familiar.

—Buenas tardes, milord —dijo el cochero al verlo llegar.

—Buenas tardes, Bastian —le saludó mientras accedía al interior del vehículo.

—¿Dónde desea que lo lleve?

—Hacia Fetherwall —respondió.

Se apoyó en el respaldo y observó a Caroline. Se había levantado y se dirigía hacia la casa mientras la nodriza se encargaba de Eric. Intentó no pensar en las razones por la que ella había dejado de nuevo solo al pequeño y se concentró en hallar el tema del que hablaría con el señor Polet. ¿Por qué insistía en conversar con él antes de realizar el trámite de compra? ¿Solicitaría varias condiciones? ¿Cuáles y por qué? ¿Qué podía desear un hombre que vivía en un estado tan lamentable? Pronto lo averiguaría.

Federith cerró los ojos y dejó que su mente se relajara para ofrecerle la imagen más bella del mundo, el rostro de Anais. Era, sin dudarlo un solo segundo, la única mujer que amaría el resto de su vida. Se llevó la mano hacia el reloj y lo leyó de nuevo. Había sido su madre. Ella le había escrito aquella frase para que no olvidase jamás que un verdadero amor no se podía olvidar y la condesa no mentía. Desde el momento en el que Anais cogió su mano para que él aplacara sus miedos siendo una niña, supo que no solo le calmaría aquel temor hacia los monstruos del bosque que su mente le proyectaba, sino que la protegería de todos los miedos que sufriera el resto de su vida. Sí, parecía ilógico que desde ese instante alcanzara a sentir lo que otros no lograban en años, pero esa chispa que brotó cuando sus manos se entrelazaron fue la señal de su destino. Uno que estaba a punto de conseguir...

Simon respiraba con dificultad. Era la segunda vez que la tos era tan intensa que cuando finalizaba lo dejaba completamente abatido. Su cuerpo estaba cansado de luchar y quería descansar en paz, pero todavía no podía hacerlo porque tenía que cumplir una promesa. Una que creyó haber realizado años atrás y que tristemente no había sido así. Alargó la mano temblorosa hacia la mesita y abrió con dificultad el cajón. Metió los dedos en el interior y buscó alterado aquello que necesitaba acercar a su corazón. Habían pasado muchísimos años desde que una muchacha de pelo rubio y con unos ojos de color mar se lo había regalado, pero el recuerdo y el

sentimiento de aquel momento fue tan intenso que, para él, no habían transcurrido casi cinco décadas sino dos días. ¿Cómo olvidar el momento más hermoso de toda una vida? Simon se lo llevó a los labios y lo besó. Jamás la borraría de su mente y cuando falleciera sabía que volvería a estar con ella.

—Señor, ha llegado un caballero y desea ser atendido. Le he dicho que no se encuentra en condiciones de recibirlo, pero ha insistido en que ha sido usted quien ha requerido su presencia —informó la doncella preocupada.

—¿Te ha dicho cómo se llama? —preguntó Simon escondiendo bajo su camisón lo que aferraba en las manos.

—Sí, es lord Cooper.

—¡Oh...! —exclamó sorprendido—. ¡Hazle pasar de inmediato!

Cuando la doncella observó que el anciano intentaba levantarse, corrió hacia él y le ayudó colocándole las almohadas en la espalda.

—¿Quiere que me quede aquí por si me necesita? —se ofreció.

—Muchas gracias, Amie, por ahora puedo arreglármelas solo.

—Pero, señor... —insistió.

—Si me sucediera algo estoy seguro de que lord Cooper pediría ayuda.

—Cómo usted desee... —dijo mientras caminaba hacia la puerta. Amie lo miró con tristeza. No sabía de dónde sacaba tanta fuerza para aguantar todo lo que padecía. Cualquier persona con su edad y con su enfermedad habría fallecido años atrás y, sin embargo, él continuaba sobreviviendo por algún extraño milagro.

Simon miró al techo y contuvo la emoción de saber que el joven Cooper estaba en su casa. Si ella no había dudado de aquel hombre, él tampoco lo haría. Apretó con más fuerza el objeto que guardaba y suspiró. Había sido un regalo de Dios que Anais apareciera en su casa días atrás. Jamás imaginó poder contemplarla después de tantos años. Años que se dedicó a buscarla cuando le llegó la última carta de su amada Claudine. Justo antes de que ella muriese, le había escrito una misiva informándole de que tanto su hija como su nieta estaban en peligro. Siempre supo que ella no debió casarse con el arrogante conde Kingleton, pero para el esposo de Claudine era más importante el título que obtendría la muchacha que el futuro que este le ofrecería. «Ayúdalas —le había escrito—. Te pido por favor que las ayudes. Ese hombre no es bueno con ellas y sé que tú eres la única persona que puede protegerlas». Pero se equivocaba... Cuando supo que su amada Claudine había muerto se olvidó de su hija y de su nieta. Apenas podía respirar por la

angustia que le supuso la noticia. Luego, cuando se recuperó, sufrió otro fuerte golpe pues descubrió que su hija también había fallecido. Solo quedaba la pequeña y, para su pesar, parecía que la tierra se la había tragado. ¿Dónde estaría? Esa fue la pregunta que se estuvo haciendo durante diez años. Aunque, por fortuna, ya tenía la respuesta.

—Buenas tardes, señor Polet —habló Federith desde la entrada—. ¿Es un mal momento para conversar?

—Adelante, lord Cooper, es el mejor momento —contestó el anciano.

Tal como le había descrito Anais la velada anterior, el señor Polet apenas podía respirar. Mantenía un tenebroso aspecto y todo lo que le rodeaba aumentaba el ambiente lóbrego. En la habitación encontró pocos utensilios: una cama, dos sillas, dos mesitas pequeñas a ambos lados del lecho, una chimenea que ardía con fuerza y un fuerte olor a naftalina.

—Encantado de conocerle, señor Polet —dijo Cooper extendiendo su mano hacia él.

—El placer es mío —respondió—. Por favor, siéntese —le indicó con la mano temblorosa la misma silla en la que días atrás permaneció Anais—. Imagino que ha venido por el tema del que hablé con el señor Lawford, ¿me equivoco?

—No se equivoca. Él me ha hecho llegar una nota informándome que desea conversar antes de iniciar los trámites de la venta —explicó al tiempo que desabrochaba la chaqueta y se acomodaba en el asiento.

—Bueno... no era exactamente eso lo que indiqué a su administrador —dijo Polet con voz cansada.

—¿Ah, no? —quiso saber Federith arqueando las cejas, cruzando las piernas y posando sus manos sobre estas.

—No, milord. Lo que le dije al señor Lawford es que necesitaba hablar con usted para explicarle por qué no quiero venderle mi arruinada propiedad —apuntó con la esperanza de que aquel noble muchacho entendiera su propósito cuando pudiera exponerlo.

—¿No le agrada la cantidad que le he ofrecido? —se interesó Federith—. No creo que pueda valorar esta ruina en más de diez mil libras.

—Tal como está mi hogar después de tantos años, no pagaría por ella ni dos peniques —dijo jocoso el anciano.

—Una buena cifra para... —intentó decir Cooper.

—No está en venta —añadió con firmeza.

—Entonces, señor Polet, no entiendo qué hago aquí —expresó

confundido.

—Porque sé que su propósito es el mismo que el mío y creo que no hace falta tramitar nada si tengo su apoyo —señaló Polet acomodándose con gran dificultad en las almohadas.

—Adelante, le escucho, aunque mucho me temo que mi objetivo no será el mismo que...

—Esta propiedad debe pertenecerle a su verdadera dueña, la señorita Anais Price, hija del difunto conde Kingleton. Veo que por la expresión de sus ojos se acaba de quedar sin palabras, lord Cooper, ¿estoy en lo cierto? —preguntó dibujando una enorme sonrisa en su rostro.

—¿Cómo sabe que...? —comentó atónito.

—Es largo de contar, pero puedo hacerle un breve resumen si lo desea.

Federith tan solo pudo asentir puesto que se había quedado tan atónito que le resultaba imposible expresar una sola palabra. ¿Cómo sabía aquel anciano sus intenciones? ¿Se lo habría dicho Lawford? No, no había hablado con nadie de sus intenciones salvo con Anais.

—La joven Anais Price —prosiguió el anciano—, es mi nieta, lord Cooper.

—¿Su nieta? —preguntó confundido—. ¿Puede explicarme un poco más sobre por qué la señorita es su nieta?

—Solo puedo contarle que lady Claudine y yo mantuvimos una relación amorosa después de que ella se casara con el barón de Rossei. La conocí en una fiesta que se ofreció en su honor y... mi amor fue correspondido, hasta que el barón nos sorprendió en una situación comprometida. Dos días después, el esposo de Claudine la embarcó con rumbo a Gravesend. Pero, para desgracias del barón, ella llevaba en su interior el fruto de esa pasión que vivimos.

—La condesa Kingleton... —susurró.

—Sí, Claudine me informó años más tarde con una carta sobre el nacimiento de nuestra hija, aunque siempre afirmó que era del barón. Cuando esa niña convertida en mujer apareció en Londres, la estuve protegiendo hasta que el desdichado barón la hizo casar con el conde —continuó explicando.

—Según comentó mi madre, la baronesa se encontraba bastante enferma como para venir a la primera temporada social de su hija y la trajo su padre —recordó Federith.

—Claudine no regresó a Londres porque su esposo la tenía retenida en aquella ciudad. Solo pudo liberarse de esa prisión cuando enviudó y se

hallaba tan mayor que peligraba su salud si emprendía un trayecto tan angustioso —dijo apenado.

—¿Y la condesa sabía que usted era su verdadero padre? —preguntó con gran interés.

—Sí, lo sabía. Pero al igual que su madre, ella protegió el secreto hasta el día de su muerte. No hubo engaños entre mi hija y yo, hasta cuando el desalmado del conde comenzó a arruinarse, ella me rogó que protegiera a su hija porque no había salvación para ella. Apenas podía hacer nada de lo que deseaba —comentó enfadado—. Como bien sabe, aquellos que no tenemos sangre azul, aunque poseamos más fortuna que cualquiera de ellos, somos prácticamente invisibles en esta sociedad. Así que solo pude ayudarla ofreciéndole una desorbitante cuantía por la compra de esta casa. Creí que se reformaría y que terminaría dándoles un buen hogar lejos de Londres, pero erré en mis conjeturas. El conde se gastó todo lo que adquirió en pagar a los acreedores y en costear sus vicios durante un buen tiempo. Pero cuando el dinero desapareció, el conde se convirtió en un hombre muy peligroso. Ansiaba buscar cómo obtener lo que necesitaba de cualquier forma. Claudine estaba atemorizada. Mientras que permanecieron bajo su mismo techo ella me escribió advirtiéndome de que su vida corría peligro. Tal vez porque descubrió que el marido de su hija le robaba... Fuera el motivo que fuese, ella pedía protección no solo para su hija sino también para su nieta —dijo apenado.

—¿Cree usted que el conde...? —inquirió con sorpresa.

—No lo creo, estoy seguro de ello. ¿Soy el único que se ha parado a pensar sobre cómo dos mujeres con una vitalidad increíble fallecen de manera inexplicable?

—Anais me habría dicho... —pretendió decir.

—Ella no hablaría de ello —pronunció con fuerza Polet—. Esa muchacha ya ha vivido bastantes desgracias como para confesar tales crueldades. Además, si su padre hubiese tenido la sospecha de que ella conocía la verdad, habría corrido la misma suerte, ¿no cree?

—Lo que usted explica es... —Federith se levantó de su asiento, lo rodeó y agarró con fuerza el respaldo.

—Es condenable, lo sé. Pero... ¿se puede sancionar a un muerto? Porque el conde también murió.

—Y, como no se puede condenar a un muerto, ella no desea recordar esa tragedia... —meditó con voz apagada Cooper.

—En efecto. Ella no debe rememorar su pasado, ni tampoco puede culparse de algo que no pudo evitar. ¿Cómo viviría usted si cada día al dormir no pudiera saber si volverá a ver el amanecer? Pero gracias a Dios fue acogida por una familia piadosa —dijo el anciano aliviado.

Durante unos instantes, Federith meditó sobre cómo habría vivido Anais durante ese terrible tiempo. Se encontraría desesperada, triste, desamparada y con la esperanza de que él cumpliera su promesa de protegerla. La angustia se apoderó de él y ansió salir de aquella habitación para golpear lo primero que encontrase, pero debía actuar con sensatez y ofrecerle, por fin, la vida que se merecía.

—¿Qué pretende hacer, señor Polet? —preguntó mirando al anciano sin parpadear.

—Quiero que Anais obtenga lo que perdió —aclaró—. No solo esta casa le pertenece, sino que también debe gozar de la posición social que, por sangre, le corresponde.

—¿Quiere hacerla regresar a la sociedad? ¿Cómo? Porque mucho me temo que no sería posible salvo...

—Si el señor Lawford se hubiera presentado en mi hogar antes de la aparición de Anais habría pensado que usted solo pretendía recuperar un hogar arruinado para luego venderlo o quedárselo como patrimonio, pero después de la visita de mi nieta entendí que deseaba adquirirla para ella, ¿me equivoco? —inquirió.

Polet miró con atención al hombre y comprendió aquello que su hija le dijo en varias ocasiones; no habría nadie en el mundo que cuidara y protegiera a Anais como él.

—No se equivoca —respondió apartándose de la silla y colocándose en los pies de la cama.

—Entonces, ambos tenemos el mismo objetivo. Por un lado, necesito que usted avale mi testamento con su firma y, por otro, que ayude a Anais a presentarse en sociedad como la hija del conde Kingleton —explicó al tiempo que llevaba sus manos hacia el objeto que escondía.

—Por ahora solo puedo ofrecerle el primer punto; mucho me temo que me costará un poco más lograr el segundo —comentó en voz baja.

—Lo entiendo... Usted es un hombre casado y si apareciera con mi nieta, todo el mundo pensaría que ella se ha convertido en su amante... —reflexionó Simon.

—No he dicho que no pueda hacerlo —replicó con voz firme—. Solo

que tardaré un poco más en cumplir esa promesa.

—¿Su esposa no se opondrá a ello? —espetó arqueando las blancas cejas.

—Señor Polet, le he pedido esta misma mañana a mi esposa el divorcio y lo ha aceptado —le comunicó.

—¿Un divorcio? —preguntó asombrado—. ¿Sabe usted qué repercusión tendrá cuando se haga pública esa intención?

—Le aseguro que estoy bastante informado de las consecuencias que sufriré cuando anuncie la ruptura de mi matrimonio, pero no podría vivir sin su nieta y usted debe entenderme, porque un verdadero amor no...

—No desaparece con el paso del tiempo —murmuró Simon con tristeza. Apretó con más fuerza lo que tenía sobre su pecho y respiró hondo.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Federith entornando los ojos.

—Porque esa frase es mía, lord Cooper. Eran las últimas palabras que le escribía a Claudine en mis cartas.

—Entenderá que no puedo vivir sin ella después de aparecer en Londres —indicó Federith con solemnidad.

—Le entiendo perfectamente... Cuando el corazón se ofrece a una persona, no hay cabida para otra. Por ese motivo fui incapaz de casarme, milord. ¿Cómo podría vivir con una esposa a la que no podía darle nada?

—En mi caso... Bueno... Tuve que... —intentó excusarse.

—Lo comprendo. Y espero que la llegada de su hijo haya sido satisfactoria.

—Ha sido mi razón de vivir hasta que Anais apareció, señor Polet. Sin él, no me habría empeñado en continuar respirando. ¿Acaso la tristeza de la pérdida de una persona que se ama puede desaparecer? No. He padecido mucho dolor durante bastante tiempo y ya es hora de cambiar mi vida, aunque me cueste mi título o la exclusión social —sentenció—. Confíe en mí para que Anais vuelva a ser quién fue. Y hágame llamar cuando necesite esa firma.

—Muchas gracias, lord Cooper. Le estaré eternamente agradecido.

Federith volvió al lado del anciano, extendió su mano y sellaron el pacto.

—Nos veremos —dijo antes de marcharse.

—Cuando usted quiera —respondió Simon.

Lo había logrado. Había cumplido al fin la promesa que le hizo a su amada Claudine, ahora solo le faltaban unos días más y podría regresar a su

lado, lugar del que nunca debió alejarse. Con las manos temblorosas por la emoción, sacó la medalla que Claudine le regaló antes de marcharse, la besó y comenzó a llorar de alegría.

XXVI



Eric saboreaba una deliciosa copa de jerez mientras observaba cómo el humo del cigarro se arremolinaba sobre su mano. No existía un momento del día más placentero que el instante en el que se sentaba en el butacón, extendía las piernas hacia el reposapiés y se dejaba calentar por el calor de la lumbre mientras bebía. Todo a su alrededor permanecía en un completo silencio. Hasta los criados velaban por el confort de su amo evitando caminar por esa zona durante las horas de descanso.

Dirigió sus ojos hacia la etiqueta de la botella, adquirida a un contrabandista, y sonrió. Jamás creyó que poseería una igual. Pese a que todo lo que envolvía a ese licor parecía una leyenda, la gente tenía razón, existía, y él era una de esas veinte personas que podían gozar de una. La respuesta que su padre se había hecho durante años sobre cómo sería saborear el oporto máspreciado y codiciado que el oro, se la habría dado su propio hijo si aún estuviese vivo. Eric miró la etiqueta e intentó descifrar lo que había escrito, pero salvo la fecha de embotellado, 1775, no comprendió nada más puesto que él no entendía ruso.

Sonrió de nuevo, levantó la copa y exclamó: «¡A tu salud maestro!», antes de beberse el resto de licor que contenía su copa. Ese brindis y todos los que realizaría en el último sorbo de cada vaso, hasta que terminara la botella, estarían dedicados a la persona que le mostró cómo debía vivir, su padre.

Desde que cumplió los diez años su padre le inculcó que, por suerte, había nacido en una familia privilegiada y que su título nobiliario le facilitaría la vida. Hasta que no fue capaz de razonar, no comprendió cómo podía ser útil tener sangre azul, pero con el tiempo y bajo la atenta mirada de su progenitor lo comprendió a la perfección. En la sociedad que vivían no era tan importante la fortuna que guardabas en las arcas, sino qué tipo de sangre corría por tus venas. La suya era la quinta generación de vizcondes y, como auguró su padre, el hecho de convertirse en el futuro vizconde de Gremont le

permitió alcanzar el objetivo que se había marcado, encontrar una mujer deseosa de codearse con la aristocracia y muy rica. Pero su padre no le explicó que no sería fácil encontrar la esposa adecuada. Tardó más de dos años en hallarla y, para su desgracia, su pequeño capital para entonces estaba finiquitándose. Fueron muchos los padres que ofrecieron a sus hijas para casarlas con un futuro vizconde, pero Eric los rechazó con elegancia. No quería contentarse con la guinda del pastel cuando podía llevárselo entero...

Eric se movió inquieto en el asiento mientras recordaba cómo luchó por April. No le fue fácil sobresalir entre tanto candidato, pese a su hermosura y su galantería, ella se preocupó más en averiguar qué carácter tenía cada candidato. Tuvo mucha paciencia. Estudió cada hombre rechazado con precisión y cuando descubrió qué deseaba de verdad la señorita Campbell sonrió de oreja a oreja. Ya era suya y su fortuna también. ¿Quién no lucharía por ser el esposo de la hija del dueño de una flota de barcos mercantiles, de una fábrica textil muy productiva y un fuerte inversor en el ferrocarril? Como buen cazador, apuntó hacia ella y, cuando el primer cruce de miradas apareció, supo que ya era suya. Durante algunos encuentros, evitó mirarla, observarla e incluso fue reacio a su presencia. Eso causó tal interés en la mujer que ella hacía todo lo posible porque fueran presentados. Una noche, en la última fiesta de la temporada, esperó a que April saliera al balcón para tomar el fresco. Llevaba haciéndolo desde la cuarta vez que supo de su existencia, pero él jamás la seguía, tan solo se quedaba observando cómo los que aparecían eran rechazados de inmediato. Pero había llegado el momento.

—¿Quiere enfermar? —le preguntó con rudeza una vez que accedió al balcón.

—¿Disculpe? —April se giró rápidamente al reconocer su voz, pero se extrañó al escucharlo con ese tono tan abrupto.

—Le pregunto, señorita Campbell, si ha salido del salón para enfermar —indicó avanzando hacia ella.

—No, milord —dijo atónita—. Solo deseaba tomar un poco de aire, nada más. —April miró a ambos lados intentando averiguar si alguien podría verlos u oírles. No era adecuado que permanecieran solos, aunque eso era lo que había pretendido desde el momento que lo conoció, ansiaba saber cómo se comportaba ese hombre misterioso.

—¿Y su abrigo? —insistió Eric con aspereza.

—Lo tienen... —intentó decir, pero no lo consiguió al ver cómo aquel

caballero le ofrecía su chaqueta.

—Enfermar en esta época del año es muy cruel —explicó mientras le cubría los hombros y le tocaba la piel de manera descuidada con las yemas de los dedos—. Se perdería los meses más hermosos de Londres...

—Gracias, lord...

—Puedes llamarme Eric, si lo deseas. Aunque casi todo el mundo me conoce como Graves, futuro vizconde de Gremont —explicó procurando no mostrar arrogancia en su tono al tiempo que le cogía la mano y se la besaba despacio.

—En ese caso, muchas gracias, Eric, por prestarme su chaqueta —dijo con voz temblorosa.

—No he dicho que sea un préstamo —soltó Eric mirándola sin parpadear y sin liberar su mano.

—¿No? —quiso saber. Se encontraba más alterada que nunca. Su corazón latía desenfrenado y le sudaban las manos bajo los guantes. Sabía que debía correr, alejarse de aquel hombre tan peligroso; sin embargo... ¿no era lo que estaba esperando?

—No —negó tirando de esa mano que sostenía acercando su boca a la de ella—. Mi preocupación merece algo más que un simple gracias, señorita Campbell.

—¿Qué desea, milord? —preguntó sin apenas voz.

—Un beso. —Y después de sus palabras, la besó con tanta pasión y desenfreno como pudo mostrar.

Desde ese instante, supo que ella sería suya y así fue.

Sin embargo, no todo había salido tal como previó. Se había casado con ella, cierto, pero el detestable y huraño Campbell decidió concederle tan solo una ridícula renta a su amada hija. Si hubiese sido cualquier otro caballero se habría conformado con ese miserable fondo mensual, pero él no era un hombre que se contentara con tan poco. Necesitaba más, mucho más de lo que recibía. Apenas podía contar para comprar otro carruaje, o llenar su ropero con trajes de incalculable valor, y ni qué decir de poder convertirse en uno de los socios del famoso club Reform. Solo le alcanzaba para pagar la mitad de lo que requerían y, aunque les prometió que algún día sería tan rico que pisarían el suelo por donde caminara, nadie aprobó su solicitud. Pero pronto su vida cambiaría.

Eric sonrió de oreja a oreja al pensar en ello. Su *amado* suegro

empezaba a padecer los achaques propios de su edad y si Dios era piadoso con el desagradecido anciano, pronto se sentaría sobre un esponjoso colchón. Miró de nuevo su copa vacía. Contempló las hebras de licor que quedaron marcadas en el cristal. Parecían telas de araña, como las que él creó para atraer a April y atraparla. Nadie podía resistirse a sus encantos, ni tampoco a la posición que tras la muerte de su padre obtuvo. Y como un hombre afortunado con la vida que sobrellevaba y que un día adquiriría, disfrutaba de la misma sin preocuparse de lo que sucedía a su alrededor.

Eric se levantó del asiento y caminó hasta llegar a esa botella de oporto que había adquirido de estraperlo. La compró por mil miserables libras cuando podría alcanzar los cincuenta mil. Pero como ya sabía, nadie podía resistirse a no complacer a un vizconde que se convertiría en el segundo hombre más rico de Londres. Lo tendría todo, poder, aristocracia, fortuna, una esposa a la que mandaría a vivir con su madre viuda a la residencia de campo que poseería en Bristol, y continuaría, de este modo, su romance con Caroline. Aunque pronto la abandonaría.

Sí, desde que se había quedado embarazada y había dado a luz a aquel bastardo, su figura no era la de antaño. No le agradaba tocar unas caderas tan voluminosas, ni sentir bajo sus dedos un estómago que había albergado una criatura. Ya no era ni la mitad de hermosa que antes, ni su piel resultaba tan suave. Sin embargo, la mujer estaba enamorada de él y eso le suponía una gran ventaja. Nunca se negaba a practicar en la intimidad lo que se le antojara, ni tampoco debía esmerarse por complacerla. Pero el momento de poner fin había llegado. Después de ayudarla a buscar al señor Wyman, para invitarle a la fiesta de los Cooper junto con su esposa, y avergonzar a la famosa marquesa de Riderland, disfrutaría de la gratitud que Caroline le ofrecería y daría por concluido su idilio.

—Sabía que te encontraría aquí. —La voz de April lo desconcertó. No la escuchó llegar ni abrir la puerta.

—Es mi momento de paz —dijo enfadado.

—Mi padre quiere verte —aclaró adentrándose al salón.

Todavía llevaba puesto el abrigo con el que había salido a visitar a su progenitor. Aún podía notar el agua traspasando la tela, empapando el vestido que escondía bajo este. Pero no podía perder tiempo en esperar a su doncella para desvestirla. Su padre le había pedido que su esposo apareciera en el hogar familiar lo antes posible.

—¿Ahora? —preguntó en voz alta Eric—. Son casi las ocho y media —

informó tras mirar su reloj de bolsillo—. Tendrá que esperar a mañana.

—Para un hombre tan enfermo, el mañana es mucho tiempo —apuntó April con tristeza.

Eric la miró con cautela. Intentó averiguar qué escondía bajo aquel rostro afligido. Pero no halló nada salvo desconsuelo. Parecía que el momento que tanto ansiaba estaba a punto de llegar. Evitó mostrar la alegría que afloraba desde sus adentros, aunque notó cómo su corazón empezaba a latir con afán y su boca deseaba extenderse para dibujar una amplia sonrisa. Sin embargo, toda esa euforia fue camuflada con rapidez. Un hombre tan controlador como él dominaba hasta el gesto más simple.

—¿No le perturbará mi presencia a estas horas? —dijo al fin. Cogió la botella y la escondió en la vitrina. Debía mantenerla alejada de cualquier mirada. Esa delicadeza, esa exquisitez, solo podía beberla un hombre como él porque no era digna de otra boca que no fuera la suya.

—Si mi padre me ha hecho saber que puedes aparecer a estas horas será porque no le provocará ninguna perturbación —comentó serena, pero firme.

—¿Conoces la razón por la que me requiere? —preguntó sin mirarla. Cerró con llave la vitrina, se la guardó en el bolsillo derecho de su chaleco y se volvió hacia su esposa—. ¿De qué habéis hablado esta tarde? —insistió.

—De muchas cosas y de nada en concreto —evitó responder lo que tanto ansiaba averiguar.

—Como por ejemplo... —insistió al tiempo que caminaba hacia el butacón donde había permanecido con anterioridad para coger la chaqueta que dejó en el respaldo.

—Sobre los próximos encargos que realizará en sus barcos. En la posibilidad de invertir en otra fábrica textil. En la rentabilidad que le ofrecerá el avance de las obras que realizarán algunos de sus clientes —enumeró mientras se quitaba el abrigo y se dirigía hacia la chimenea para calentar no solo las prendas mojadas, sino también a ella misma.

—No entiendo la manía que tiene tu padre en hacerte partícipe de sus propuestas laborales —señaló enfadado—. El que debería estar escuchando esas conversaciones soy yo, no tú.

—Tal vez si lo visitaras con más asiduidad en vez de pasar el tiempo holgazaneando... —le provocó.

—¿Holgazaneando? —espetó frunciendo el ceño y apretando la mandíbula—. ¿Acaso crees que ser vizconde consiste en *holgazanear*? —soltó con retintín.

—Desde que tengo uso de razón mi padre jamás ha estado paseando por las calles como si todo el mundo debiera postrarse a sus pies. Ha trabajado incansablemente junto a sus empleados y nunca ha descuidado sus asuntos por presentarse a una fiesta o asistir al teatro —replicó con firmeza.

—Pero a ti te encanta aparecer en esos eventos cogida de la mano de un hombre como yo, ¿verdad? —se burló acercándose a ella.

—Si te refieres a las cinco celebraciones que he asistido y a las dos veces que he aparecido contigo en el teatro durante estos siete años de casados, no puedo denominarlo como trabajo. —Levantó su rostro y se encaró a la airada mirada de Eric. Había llegado el momento de enfrentarse a él. Atrás se quedaron los años de desconsuelos y llantos. Si quería lograr lo que planeó al casarse con ella, necesitaba hacerle saber que alcanzarlo requería un esfuerzo.

Eric tuvo la impetuosa idea de abofetear aquel semblante que lo desafiaba con tanta fuerza, pero desistió con rapidez. Si la tocaba de esa manera sus planes se zanjarían en el mismo momento en el que su mano la golpeará. Campbell no aceptaría que su hija fuera maltratada, ya se lo dejó bien claro la tarde que le pidió la mano de April. Como también le informó que el día que lo hiciera, recurriría a sus amistades para deshacer el matrimonio. Un hombre como él no se impresionaba por las consecuencias sociales que tendría un divorcio, no era de ese tipo de personas. Solo le importaba el bienestar de su única heredera y, claro está, a él también, puesto que todo aquello que poseyera su esposa le pertenecería por ley.

—No me esperes despierta —comentó después de meditar los pros y los contras de abofetearla.

—Nunca lo he hecho —aclaró con rotundidad.

Tras apartarse de ella, caminó erguido hasta la salida, abrió y cerró la puerta dando un portazo. No le quedaba más remedio que acatar la orden si de esa manera conseguía convertirse en un hombre poderoso. Pero sería la última vez que agacharía la cabeza y obedecería sin replicar. Porque si Dios era justo daría por concluida la vida de aquel ingrato lo antes posible.



Cuando April se marchó de la residencia familiar llorando y con el corazón encogido por la tristeza, Norman Campbell tomó asiento de nuevo y

reflexionó sobre la conversación que mantuvieron. Por mucho que su hija reiteró incansablemente que jamás abandonaría la esperanza de enamorar a su marido, sabía que en el fondo ella empezaba a perderla. No hacía falta nada más que mirarle la cara cuando lo visitaba para descubrir la aflicción en la que se encontraba sometida. Preocupado por el estado de salud de su única descendiente visitó al señor Flatman, el mejor doctor de Londres, para pedirle algo que la reanimara.

—No tengo cura para el desamor, señor Campbell —le dijo el médico—. Lo único que puede sanar un mal de amores es encontrar una persona que haga latir el corazón de nuevo.

Ante tal sugerencia, Norman, preocupado por su hija, le habló esa tarde sobre lo recomendable que era tener un amante durante un tiempo.

—¿Me está insinuando que ha engañado a madre y quiere justificarse? —vociferó levantándose rápidamente de su asiento para caminar en círculos sobre sí misma.

—¡Jamás engañaría a tu madre! —exclamó Norman mirando con sorpresa a su hija. ¿En qué momento de la conversación había dado a entender esa aberración? Si lo que pretendía era que ella encontrara un amante.

—Entonces... ¿A qué viene esa insistencia en el tema de la necesidad de tener una persona que te haga sentir lo que no puede ofrecer tu cónyuge? —preguntó mirándolo desafiante.

Norman contempló a su hija durante unos momentos en silencio. Estaba enfadada, muy enfadada. No solo las arrugas de la frente le indicaban lo que ya sabía, sino que también arrugaba la nariz. Se parecía muchísimo a su esposa. No solo había heredado su cabello oscuro y los ojos de color marrón, también poseía el carácter. Sin lugar a dudas, April lucharía por lograr que su matrimonio funcionara, aunque eso significara la propia destrucción.

—No me refería a mí, princesa, sino a ti. Estaba intentando decirte que buscaras un amante —dijo al fin.

—¡Padre! —chilló—. ¿Cómo insinúas tal aberración? ¡Soy una mujer casada!

—Toda la aristocracia, esa en la que ahora te hayas, ve con buenos ojos el poseer amantes —comentó con tranquilidad.

—Pero... ¿qué ha bebido esta tarde? —espetó asombrada.

—¿No crees que sería conveniente...? —intentó decir.
—¡Jamás sería infiel a Eric! —exclamó airada—. ¡Lucharé por mi matrimonio hasta el final de mis días!
—Pero...
—No, padre, no hay peros. Tengo fe de que algún día Eric recuerde la razón por la que nos comprometimos y nos casamos.
—¡Siete años, April! ¡Siete años! —repitió enfadado.
—¿Qué son siete años si luego lo tendré el resto de mi vida, padre? —soltó sin apartar la mirada de su hija.
—¿Eso es lo que deseas? —preguntó dándose por vencido.
—Sí —afirmó con rotundidad.
—Está bien, entonces no me queda más remedio que hablar con él —alegó.
—¿De qué quieres hablarle? —demandó desconfiada.
—De cómo ha de comportarse cuando mi fortuna pase a sus manos —sentenció.

La respuesta de April fue predecible. Se alegró de escuchar tal declaración puesto que ella pensaba que la culpa de ese distanciamiento con su esposo era que él no confiara lo suficiente como para trabajar a su lado. Sin embargo, Norman tenía otros planes. Fue consciente, desde el principio, la actitud que ofrecería el vizconde después de casarse con ella. Nadie en Londres desconocía la procedencia de Gremont así como el comportamiento desleal de sus antecesores. Pese a que April obtendría, mediante dicho casamiento, el título aristocrático que tanto deseó para su familia, debió haberle negado la proposición de casamiento. April era demasiado valiosa para un engendro como él. Aunque los ruegos de su pequeña lo enternecieron tanto que perdió la sensatez. Ella había sido cortejada con éxito puesto que terminó enamorada, pero Eric... Ese monstruo solo quería su fortuna. Pensó, erróneamente, que después de la ceremonia se comprometería a convertirse en un marido ejemplar. Sin embargo, después de escuchar a April aquella tarde, confirmó que debía actuar lo antes posible. Y la única persona que podía darle las alternativas más idóneas llegaría en cualquier momento.

—Señor Campbell —le llamó uno de los sirvientes desde la puerta—, ha llegado el señor Lawford.

—Hágale pasar —dijo Norman levantándose de su asiento. No había otra solución a su problema.

—Buenas noches, señor Campbell —le saludó Arthur Lawford mientras accedía a la habitación—. Me han hecho llegar su misiva.

—Me alegro de que haya venido. —Extendió su mano y el administrador se la aceptó—. Por favor, siéntese.

—Gracias —respondió Arthur.

Mientras tomaba asiento y el señor Campbell se dirigía hacia la repisa donde amontonaba varias botellas, observó con atención el interior de aquella habitación. Era enorme, casi podía albergar la primera planta de su hogar allí dentro. Los muebles de caoba oscuros, tallados con esmero, las lámparas de cristal, los candelabros de plata, los cuadros que colgaban de la pared... Todo a su alrededor mostraba el poder adquisitivo de aquel hombre. Por eso le extrañó tanto que un criado de la casa apareciera en su hogar con una nota pidiendo que se presentara lo antes posible. Como era de esperar, ante un hombre de tal índole, él respondió que aparecería en su residencia en menos de una hora.

—Se preguntará el motivo por el que le hecho llamar, ¿verdad? —preguntó Norman ofreciéndole una copa rebosante de brandy.

Arthur no pudo evitar llevarse esa copa a la nariz y olfatear el aroma de aquel licor. Sus ojos se abrieron como ventanas al descubrir que su mano sostenía una copa de brandy español. Si no fallaba mucho, y no solía hacerlo cuando se trataba de saborear una buena bebida, era un Osborne.

—Acaba de leer mis pensamientos, señor Campbell —respondió—. He de informarle que me quedé perplejo al ver de su puño y letra que deseaba verme.

—Según tengo entendido —empezó a decir mientras tomaba asiento—, tiene usted un don especial para encontrar solución a... determinadas situaciones.

—¿Determinadas situaciones? —apuntó arqueando las cejas—. Bueno, lo han denominado de muchas maneras, pero nunca había escuchado esa forma de nombrar mi trabajo.

—Seré sincero con usted, señor Lawford.

—Puede llamarme Arthur, si le complace —señaló antes de dar el primer sorbo a su bebida.

—Y usted Norman.

—Gracias —repitió el administrador tras chasquear su lengua por el delicioso sabor—. ¿Qué necesita?

—Como bien sabrá, soy poseedor de dos flotas de navíos comerciales,

de una empresa y...

—Y es usted uno de los socios capitalistas del ferrocarril. Sí, sé perfectamente a qué ha dedicado su vida, Norman. Por eso me pregunto qué puede ofrecerle una persona como yo a un hombre tan poderoso como usted.

—Necesito que me ayude a salvar a mi hija —soltó sin miramientos—. April se casó con el vizconde de Gremont pero mucho me temo que ella lo hizo por amor...

—Y cree que el lord lo hizo por la fortuna que ella obtendrá cuando usted fallezca, ¿estoy en lo cierto? —dijo enarcando otra vez las cejas.

—¡No me cabe la menor duda de eso! —gruñó—. Esa sabandija siempre ha ido un cazafortunas, como lo fueron sus ancestros.

—¿Qué desea hacer al respecto? —se interesó el afamado administrador.

—Necesito su ayuda para que ese bastardo no consiga lo que ansía. Pero no consigo encontrar la forma de evitar lograrlo sin que mi hija salga perjudicada —concretó.

—Esta sociedad es muy injusta todavía para las mujeres. Aunque llegue el día en el que ellas no dependan de un marido para mantener una independencia, mucho me temo que ni usted ni yo veremos ese momento. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Puede cambiar su testamento, si lo desea.

—¿Cómo? —se impacientó Norman.

—Podría añadir varias cláusulas a esa herencia. —Arthur se acomodó en el asiento y meditó lo que iba a exponer—. ¿No tienen herederos, verdad?

—No. Después de siete años de matrimonio ese eunuco no ha sido capaz de sembrar ni una mísera flor —comentó malhumorado.

—¿Tiene conocimiento de si lo han intentado? —No era una pregunta muy apropiada para un padre, pero debía tener la certeza de que alguno de los dos no era fértil.

—Duermen en habitaciones separadas... —murmuró Norman incómodo al desvelar un detalle tan íntimo de su hija. Pero no había secretos entre padre e hija, ni en el pasado ni en el presente y, según le dijo April, llevaban varios años sin consumar.

—Eso no indica...

—Indica lo suficiente —le atajó Campbell.

—Está bien —respondió Arthur entendiendo las palabras de Norman—. Sería conveniente entonces que una de las cláusulas de ese testamento hiciera

alusión al nacimiento de un hijo del matrimonio.

—No le entiendo... —dijo mientras se reclinaba en el asiento y cruzaba las piernas.

—Lo normal sería que su hija heredara toda su fortuna una vez que usted fallezca, pero si añade una pequeña condición para alcanzarla, empezaría a ponerle trabas a su yerno.

—¿Quiere decir que...? —Lawford asintió.

—No le quedaría más remedio que comenzar a... Bueno, usted ya me entiende.

—¿Y si no conciben un hijo? ¿Y si muero antes de que nazca el primer vástago? —insistió.

—No puede decantarse por el nombramiento de un tutor legal porque su hija ya está casada, aunque puede denominar a uno de sus sobrinos como heredero y que él se encargue de aportarle a su hija una renta mensual.

—Como le he dicho, no quiero hacer sufrir a mi hija, así que esa opción está descartada —afirmó con rotundidad.

—Pues la única alternativa que me queda, Norman, es que antes de que usted fallezca, asesine al marido de su hija. Así quedará viuda y gozará de la vida que tiene pensada para ella —explicó divertido. Un hombre tan sensato como el señor Campbell se reiría de esa alternativa.

—Esta opción no me parece muy descabellada —dijo en tono reflexivo—. Ella quedaría liberada de ese imbécil arrogante y yo no sería juzgado por el asesinato.

—Pero no podría contratar a nadie, tendría que hacerlo con sus propias manos —aclaró sorprendido. No era su intención salir de aquella casa ofreciendo la posibilidad de matar a alguien. Por mucho que ese alguien se mereciera que lo aniquilaran. Además, ¿tan desesperado estaba como para tomarse en serio una broma absurda?

—¿Hay otra elección en la que podamos meditar? —Aunque esa idea le estaba pareciendo la mejor, no quería que su hija maldijera su tumba cada vez que decidiera visitarlo.

—¿Un divorcio? —dijo con rapidez.

—April no quiere divorciarse. Se lo he comentado varias veces y ha rehusado a ello. Como le he dicho, está enamorada y es incapaz de concebir una vida sin él.

—Pues llegados a este punto, me decantaría por la opción de un hijo. Si usted nombrase como heredero al primer vástago del matrimonio evitaría que

el vizconde se apoderara de su fortuna. Y si, además, nombra a alguien de su confianza para hacerse cargo de sus posesiones hasta que esa criatura sea mayor de edad, lo tendrá retenido durante muchos años. —Arthur rezó por esa alternativa, no podría soportar que Norman se decantase por matar al esposo de su hija. Pese a que él no le provocaría la muerte, su conciencia no le dejaría tranquilo.

—¿Puedo nombrar a cualquiera? —soltó de repente Norman.

—Cualquiera que sea mayor de edad, sí. —Se alegró de que al final entrara en razones.

—Está bien —sentenció levantándose de su asiento—. Mañana mismo tendrá en su despacho las modificaciones de mi testamento.

—Será un placer llevar a cabo sus voluntades —señaló levantándose él también de la silla.

—No era lo que pretendía, pero será mejor que ver, de manera pasiva, cómo ese malnacido recibe lo que no le pertenece. —Extendió su mano y Arthur se la estrechó con gusto—. Le pido que no se demore mucho.

—En cuanto lo tenga sobre mi despacho me pondré con ello —sentenció.

—Buenas noches, Arthur.

—Buenas noches, Norman.

Lawford dejó la copa sobre la mesa y se marchó hacia su hogar. Era la primera vez que se había encontrado en una situación tan disparatada. Pero gracias a Dios, el señor Campbell había reaccionado como el hombre sensato que era.

XXVII



«Matarlo...», pensaba sin cesar Norman. No era mala idea, pero no tenía la fuerza necesaria para hacerlo con sus propias manos. Necesitaba buscar otra alternativa si ansiaba lograr ese propósito. Con una extraña y malvada emoción se dirigió hacia la estantería y revisó algunos de los libros que compró sobre medicina. Siempre le gustó averiguar cómo sanar ciertas enfermedades e imaginó que hallaría también la manera de causarlas. Se encontraba revisando uno de los capítulos sobre plantas peligrosas, cuando escuchó unos pasos acercarse al salón. Cerró con rapidez el libro y lo colocó en su lugar. Ya tendría tiempo más tarde para seguir leyendo.

—Señor, el vizconde de Gremont espera ser atendido —le informó el sirviente.

—Hazlo pasar —dijo volviendo a su sillón. Eric esperaba un hombre enfermo y si lo encontraba de pie mostrando esa vitalidad que en realidad poseía, empezaría a sospechar acerca de su engaño.

Como se esperaba, el marido de su hija apareció con rapidez. Norman intentó levantarse tras apartar la manta que cubría las piernas, pero Eric avanzó con premura hacia él para que no lo hiciera.

—No se moleste, señor Campbell. —Extendió su mano en señal de saludo.

—Gracias, Eric. Aunque debería saludarte como es debido dado tu título —dijo con aparente voz de fragilidad.

—No me perdonaría que usted sufriera un nuevo achaque por hacer un esfuerzo al realizar tal tontería entre nosotros, señor.

—Por favor, siéntate —dijo señalando con la palma derecha el sillón próximo al suyo—. Imagino que April te ha dicho que deseaba hablar contigo.

—Sí, aunque le expliqué que, dado su estado de salud, no sería conveniente visitarle tan tarde. Tal vez lo adecuado hubiera sido conversar

mañana —puntualizó intentando mostrar preocupación. Se sentó en la silla y miró con atención al hombre que tenía a su lado. Pese a no parecer muy desmejorado, April reiteraba que le quedaba poco tiempo de vida.

—Pero lo que quiero comentarte no puede esperar a mañana, necesito que empieces hoy mismo —aclaró con cierto aire de misterio.

—¿De qué se trata? —se interesó. Incluyó su cuerpo hacia Norman para escucharlo con atención. Había llegado el momento que tanto había esperado. Sí, podía intuirlo, podía apreciarlo en aquella mirada grisácea.

—Como bien te ha explicado April, mi estado ha empeorado desde hace semanas y, por mi edad, no creo que me recupere con prontitud, si es que Dios no decide dar por finalizada mi existencia antes de terminar la semana —explicó con suavidad. Le estaba costando mucho no agarrar del cuello a aquel sinvergüenza y asfixiarlo. Sin embargo, no le cabía duda de que al final quien fallecería sería él y todavía no había cambiado el testamento. Así que se serenó y prosiguió con el plan—. Pero antes de marcharme de este mundo necesito que me hagas un favor.

—¿Un favor? —Eric se reclinó hacia atrás y arqueó las cejas. ¿Qué le pediría aquel bastardo?

—Sí, un favor. Y no creo que te cueste mucho porque... amas a mi hija, ¿verdad? —soltó malintencionadamente.

—¡Por supuesto! ¿Acaso no he demostrado durante estos años que su hija es lo más importante para mí? —señaló ofendido.

—No te enfades, Eric. Un padre, pese a conocer la verdad, necesita saberla con palabras no solo con hechos.

—Lo entiendo... —dijo acariciándose la barbilla que empezaba a rascar—. Si yo estuviera en su lugar, haría lo mismo —declaró con entereza.

—Y por ese motivo te he hecho llamar —apuntó raudo.

—¿Para averiguar si mis sentimientos por su hija son los que usted piensa? —preguntó asombrado.

—No, por tu siguiente afirmación. Si estuvieras en mi lugar... ¿Cuántos años lleváis casados? —Norman entrelazó sus manos como si de verdad estuviera bastante enfermo y necesitara agarrarlas para que los supuestos temblores desaparecieran.

—Siete años —contestó.

—¿Y por qué en estos siete años no habéis sido capaces de regalarme unos encantadores y adorables nietos? —preguntó con aparente ingenuidad—. ¿Acaso April no es fértil y has intentado ocultármelo?

—¡Señor Campbell! —exclamó horrorizado levantándose de su asiento—. Creo que hay ciertos temas que no deben ser explicados fuera del matrimonio.

—¿Pero ella es estéril? —insistió.

—¡No, claro que no! —negó con rotundidad. ¿A qué venía ese tipo de preguntas? ¿Qué le había contado April a su padre? ¿Le habría hablado de que ambos dormían en habitaciones separadas y no permanecían juntos desde años atrás? ¿O tal vez estaba intentando averiguar si tenía una amante que calentara su lecho? Fuera lo que fuese, empezaba a tener un problema, puesto que una de las tantas condiciones que le puso al aceptar que se casara con su hija fue que nunca yacería ni mantendría una amante.

—Me alegra escuchar eso... —dijo en tono reflexivo—. Porque lo que voy a pedirte no te supondrá ninguna dificultad entonces.

—¿Qué desea pedirme? —preguntó colocando las manos sobre el respaldo de la silla y clavando la mirada en el anciano.

—Según me ha dicho el doctor, apenas me quedan seis meses de vida —mintió.

—¿Seis meses? —soltó sin pensar.

—Sí, lo sé. Yo también me sorprendí cuando me lo dijo. —Norman miró hacia la chimenea, mordiéndose la lengua para no gritarle que entendía a la perfección el asombro que exhibía. Pero solo respiró hondo y prosiguió—. Pese a no ser mucho tiempo y que no alcanzaré a ver a mi primer nieto, me gustaría irme de este mundo sabiendo que mi linaje no finalizará con April.

—No entiendo qué quiere pedirme, señor Campbell —señaló sentándose de nuevo.

—Me has dicho que April no es estéril, ¿verdad?

—Sí —contestó con recelo.

—Pues quiero que dejes a mi hija embarazada antes de que muera —dijo sin titubeos.

—Disculpe, pero no entiendo muy bien qué quiere decir con todo esto —dijo Eric más confundido y perdido que nunca.

—Es muy fácil de entender, Eric. Quiero un nieto antes de morir —afirmó.

—¿Cree usted que después de siete años ella quedará encinta en menos de seis meses? —manifestó atónito.

—Si duermes con ella e insistís, seguro que lo conseguiréis —dijo con

voz inofensiva.

—¿Y si no lo conseguimos? —espetó enarcando las cejas.

—April continuará con la renta que le paso mensualmente y toda mi fortuna pasará a mi sobrino Ferguson.

—¿Disculpe? —exclamó Eric enfadado.

—Estás disculpado... —señaló ocultando su diversión.

—¿Quiere decir...? —Eric frunció el ceño y apretó la mandíbula.

—No creo que debas enfadarte por una condición así, Eric. Solo te pido que me des un nieto y no creo que el acto de engendrarlo sea un problema para ti, ¿o me equivoco? —Arqueó las cejas.

—Amo a su hija tanto que no aceptaré esa proposición, señor Campbell. Si hasta el momento no hemos concedido una criatura habrá sido por algún problema diferente al que usted supone —dijo con solemnidad.

—Yo no supongo nada. Solo quiero advertir que...

—¡No ha de advertirme nada! —vociferó—. ¡No trataré a su hija como si fuera un animal de crianza! —exclamó con aparente indignación. Pero lo que mostraba era muy diferente de lo que pensaba. Si aquel viejo quería un nieto, lo tendría y lo convertiría en un futuro conde muy semejante a él. Y, cuando estuviera bajo tierra, llevaría a esa criatura frente a su tumba para que supiera quién fue el hombre que le dio a su padre una suculenta fortuna para disfrutar.

—No te enfades... —murmuró alargando la mano para que su yerno no se sintiera tan airado.

—¡No sé cómo se le ha ocurrido tal majadería! —exclamó girándose sobre sus talones y dirigiéndose hacia la salida.

—Por favor, Eric, no le cuentes esto a mi hija. No quiero que piense... —insistió en mantener ese tono de hombre agónico.

—¡Delo por seguro, señor Campbell! —sentenció antes de cerrar la puerta con fuerza.

Norman permaneció en silencio hasta que escuchó cómo abandonaba su residencia el airado lord. No estaba seguro de que fuera un buen plan hacerle creer que si le daba un nieto podría quedarse con todo, pero sí que tenía la certeza de que April iba a recuperar el tiempo perdido. Feliz y orgulloso por cómo había terminado el día, caminó hacia la licorera, se sirvió una buena copa y cogió de nuevo el libro que había empezado a leer antes de la llegada del imbécil.



Eric no podía apartar de su mente ni un solo instante la conversación con el padre de April. ¿Le estaba poniendo condiciones para heredar lo que le correspondía? O tal vez estaba insinuando que él no podía engendrar hijos. ¡Qué tontería! ¡Él ya tenía uno! Pero bastardo, claro. Sin embargo, le demostraría que su requisito sería alcanzado antes de que le llegara la ansiada muerte y, en ese momento, todo sería suyo. Despediría al administrador del señor Campbell y contrataría a uno de su confianza que duplicaría la fortuna tanto, que necesitaría tres vidas para gastarla. Y se reiría. Sí que lo haría. Visitaría su tumba y bebería a la salud del muerto mientras se follaba a su siguiente amante. Porque a Caroline la dejaría lo antes posible. No podía permitir que mientras le quedara un aliento de vida al vejestorio se enterara de que había incumplido una de sus normas. Estaba seguro de que cambiaría el testamento de manera inmediata. Se lo dejaría todo a ese lelo de sobrino al que apenas le había crecido la barba. ¡No, él no podía permitir que por una tontería su vida se convirtiera en un tormento! Le daría lo que tanto ansiaba, calmaría de una vez por todas a April y alcanzaría su propósito. Y nada de ello le supondría mucho esfuerzo.

—Milord, hemos llegado —le informó el cochero tras abrir la puerta.

Eric salió del carruaje con rapidez. No subió las escaleras que le conducían a la entrada de su hogar, sino que voló sobre ellas.

—¿Dónde está mi esposa? —gruñó al tiempo que le tiraba su abrigo a la confundida ama de llaves.

—En su alcoba, milord —respondió cogiendo la prenda en el aire.

—Que a nadie se le ocurra molestarnos hasta que requiramos vuestro servicio, ¿entendido? —bramó.

—Por supuesto, milord —dijo haciendo una leve genuflexión.

Eric subió las escaleras de tres en tres, caminó por el pasillo pisando el suelo con tanto afán que parecía querer atravesarlo. Estaba enfadado, no, estaba enfadado y excitado porque alcanzaría su objetivo de la manera más fácil. Sin llamar, abrió la puerta del dormitorio de April. Esta se sobresaltó y dio un brinco al verlo. Había permanecido sentada frente a su tocador antes de su llegada y, por cómo olía a flores, lucía el pelo suelto y vestía un camisón, llevaría horas frente a él. ¿Le estaría esperando? No, ella le dijo que no le esperaría.

—¿Qué... qué sucede? —se atrevió a preguntar al contemplar el rostro de su esposo.

—Tu padre quiere un nieto y lo tendrá —expuso mientras se desprendía de las ropas.

—¿Qué estás haciendo, Eric? —preguntó dando unos pasos hacia atrás.

—Lo que se supone que se hace para dejarte embarazada —concretó.

—Pero... pero...

No le dio tiempo a decir nada más. Su marido la asaltó. En un abrir y cerrar de ojos quedó desnuda y congelada al ver cómo Eric la miraba.

—No me había dado cuenta de lo hermosa que eres... —murmuró mientras acariciaba su cuerpo despacio.

—Pues siempre he sido así —señaló con voz estrangulada. Lo amaba, mucho más de lo que él pudiera pensar y mucho más de lo que se merecía.

—Quiero follarte —le susurró en el oído.

—¿Cómo follas a la amante que visitas en el edificio anexo?

—No tengo ninguna —refunfuñó asombrado.

—No mientas, Eric. Os he visto muchas veces —manifestó colocando sus manos sobre el pecho desnudo de su esposo.

—¿Y por qué no se lo has contado a tu padre? —preguntó asombrado—. Sabes que habría zanjado nuestro matrimonio de inmediato.

—Porque no quiero separarme de ti, Eric. Te quiero demasiado como para vivir lejos de tu lado. Solo esperaba que algún día fueras consciente de mis sentimientos... —confesó.

—¿Y? —insistió acercando su boca al lóbulo de la mujer para lamerlo despacio.

—Y quiero que me hagas todo lo que le haces a ella —sentenció.

—¿Todo? —La miró y enarcó las cejas. ¡No podía creer lo que escuchaba de April! Jamás imaginó que fuera una mujer tan sumisa y que aceptara sus perversiones sin oponerse a ellas. «¡Ya puedes morirte, bastardo! —pensó el conde—. Porque tu hija quedará embarazada antes de lo que imaginé».

—Todo... —murmuró arrodillándose. Con manos firmes, April cogió el sexo erecto de su esposo y se lo metió en la boca.

—Pues si eso es lo que quieres... —dijo agarrándola del pelo—. Conviértete en la furcia que tanto ansías ser.

XXVIII



Roger miró de nuevo el reloj de pared. Frunció el ceño al ver que las deseadas ocho se convirtieron en las ocho y media. William llegaba tarde. Nunca había sido un hombre que se caracterizara por la impuntualidad, pero en esta ocasión lo entendía. El viaje habría sido una pesadilla para Beatrice en su estado, así que lo más probable sería que el duque cuidara de ella hasta que se repusiera del malestar que le habría provocado el viaje. «Dos hijos...», pensó Riderland mientras se sentaba de nuevo en el sofá y miraba hacia la chimenea. William se había empeñado en tener una familia numerosa y si seguía al ritmo de un niño por año, terminaría con más hijos que él hermanos. Sin esperarlo, la idea de tener un niño apareció en su mente. Seguía sin agradarle el hecho de ser padre, pero reconocía que Evelyn necesitaba un bebé. Pese a cuidar a Natalie como si fuera su propia hija, advertía en ella cierta tristeza cuando observaba a la pequeña. Roger no entendía por qué el destino la había castigado de esa manera. Ella no se merecía una condena así por haberle salvado la vida. Dios tenía que premiarla, no solo por su bondad, sino también por seguir aguantando a un hombre como él. ¿Acaso no era suficiente vivir al lado de un ser tan posesivo y obstinado? Seguro que no, y por ese motivo ella no vería cumplido un sueño que, aunque no lo expresara con palabras, sí que lo hacía con hechos.

Roger extendió las piernas hacia delante y olvidó el pensamiento que lo había abstraído durante unos minutos; como él no podía hacer nada al respecto, reflexionar sobre ese tema era una pérdida de tiempo. Necesitaba centrarse en la conversación que tendría con William. No solo el tema del amante de Caroline era importante, sino que la decisión de Federith de divorciarse levantaría llagas en la sociedad. Nadie de sus conocidos, hasta el momento, había decidido disolver un matrimonio. Todos los que sufrían un casamiento erróneo se aseguraban de mantener cerca una amante que supliera aquello que no encontraba en la esposa. Pero eso estaba descartado para

Cooper, él había tomado la decisión de convertir a Anais en su mujer y nada le haría cambiar de parecer. Y lo entendía. ¡Claro que lo entendía! ¿Cómo rehusar al amor verdadero? Pese al tiempo que habían estado separados, Federith seguía enamorado de ella. Lo expresaba en su rostro, en sus gestos e incluso en su atrevido comportamiento. ¿Alguna vez pensó que su amigo se evaporaría como el humo en una fiesta para encontrarse con una mujer? Nunca. Ni cuando estaban solteros Cooper realizaba tales hazañas. Era más, todavía seguía preguntándose si verdaderamente era el libertino que todos decían. ¿Había hablado alguna vez de una amante? ¿Había mirado con deseo a alguna de las mujeres que aleteaban sus pestañas al contemplarlo? Que él recordara, nunca.

Fueron William y él quienes aprovechaban cualquier ocasión para escaparse con alguna ardiente esposa o viuda y apagaban ese ardor ocultos entre las sombras. ¿Qué hacía Federith mientras ellos mantenían esos idilios? Charlar con todos los que permanecían en la fiesta y cubrir sus espaldas. Pero eso no significaba que él no yaciera con mujeres cada vez que le apeteciera, un hombre no podía mantener el celibato toda una vida y, por supuesto, el claro ejemplo de que Cooper seducía a mujeres cuando nadie le observaba era Caroline.

Aunque los futuros barones alegaron que el niño había nacido prematuro, mentían. Porque de ser así, su amigo se lo habría dicho y él jamás había hablado sobre ello. Se mantuvo hermético cuando le preguntó por el motivo de su rápido casamiento y, si no recordaba mal, hasta William le increpó por su inadecuada decisión. Pero no hizo caso a nadie, se obligó a casarse y punto. Sin embargo, ahora debía estar arrepintiéndose de tal decisión. Mucho se temía que hasta desearía volver en el tiempo para no enredarse en la tela de araña que confeccionó Caroline. No obstante, no había manera de regresar al pasado y debía enfrentarse al presente si quería vivir un futuro junto a Anais.

Roger volvió a mirar el reloj. Tan solo habían pasado cinco minutos desde la última vez. Resignado por la tardanza de William, se levantó del sillón y fue a servirse una copa. Evelyn le perdonaría tal imprudencia cuando comprendiera la magnitud de sus pensamientos. O eso esperaba él...

—¡Te lo dije! —exclamó Logan cuando abrió la puerta sin avisar—. ¡Te dije que había algo y lo he encontrado!

Roger dirigió su mirada al joven y enarcó las cejas mientras tomaba un sorbo. Por la expresión de su rostro y la alteración de la figura, de grandes

dimensiones para su edad, mucho se temía que para sobrellevar la conversación con su hermano no solo necesitaría una copa sino toda la botella. «¡Juventud!», dijo para sí.

—¿Qué has descubierto? —preguntó con desgana. Caminó hacia su sillón y se sentó de nuevo. Parecía que los problemas aumentaban.

—¡Soy el hijo de una cingara! ¡Soy el hijo de una cingara! —repitió desesperado.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó con voz calmada.

—Lo hemos descubierto esta misma tarde —respondió el muchacho.

—¿Hemos? —dijo clavando su mirada en la figura que se apoyaba en el marco de la puerta y no se había decidido a entrar.

—¡John y yo! —prosiguió alterado—. ¡Hemos averiguado quién fue mi madre!

—¿Y? —continuó con tono apacible.

—¿Y? —gritó desesperado—. ¡Y esto lo cambia todo!

—No cambia nada, Logan. Sigues siendo el mismo muchacho que fuiste ayer a estas horas —dijo por fin John. Caminó hacia la licorera, se sirvió una copa y se dirigió hacia ellos.

—Estoy de acuerdo con él —apuntó el marqués—. Nada ha cambiado por ser el hijo de una gitana.

—¿Soy el único de esta sala que piensa con sensatez? —continuó excitado.

—Parece que sí... —murmuró Roger mirando a su hermano mientras tomaba otro sorbo—. ¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó después de ver cómo el joven deambulaba por la habitación de un lado para otro.

—¿Qué me preocupa? —repitió parándose en seco.

Su pelo negro estaba alborotado, al igual que su actitud. La camisa que, al principio de la mañana debió lucir un blanco nacarado, en aquellos momentos era de un color indeterminado y los pantalones oscuros eran pardos. ¿Dónde se habría metido su hermano para presentarse ante él como un mendigo?

—Sí, eso mismo Logan. ¿Qué te tiene tan alterado? Porque si miras por esa ventana verás la residencia donde se encuentran descansando, afortunadamente, el resto de tus hermanos y ninguno de ellos, que yo sepa, tiene la misma madre, solo el padre.

—Pero ninguno es hijo de una...

—¡Ya basta! —intervino John—. No entiendo por qué te obsesionas con

la mezcla de tu sangre, muchacho. Eres un Bennett y eso debería ser suficiente para ti —sentenció enfadado.

—Pero tal vez... —dijo suavizando el tono—. Cualquiera de mis otros hermanos se merece ese apellido antes que yo. —Tal como bajaba el ímpetu de su voz, fue mermando su exaltación. Por suerte para todos, Logan decidió sentarse, llevarse las manos a la cabeza y mirar el suelo—. Un mestizo no puede convertirse en un marqués... —murmuró.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó enfadado Roger—. ¿Crees que no serás merecedor del título que heredarás cuando yo muera? Que, por cierto, espero que sea dentro de ocho o nueve décadas...

—¿Cómo puedes mofarte de esto? —espetó el muchacho mirando a su hermano con los ojos llenos de lágrimas.

—No me burlo de tu procedencia, ¡imbécil! —gritó—. Solo quiero que entres en razón de una vez. Me da igual que tu madre sea una cingara... ¡como si es la trapecista de un circo! ¡Eres mi hermano y tu sangre es la mía! ¿Lo entiendes? Deja ya de buscar fantasmas donde no los hay. Ninguno de nosotros podemos arruinar nuestras vidas por lo que hicieron nuestros padres y confío en ti antes, ahora y siempre. ¿Está claro? —bramó.

—Pero si mi sangre gitana... —empezó a decir el joven.

—Me asusta más la sangre Bennett que la cingara. Seguro que si algún día me defraudas no será por tu madre sino por tu padre.

—Pero... ¿y mis visiones? ¿Por qué siempre veo una niña correteando por la casa?

—¿Una niña? —preguntó Roger mirando esta vez a John. Este le había hablado de los sueños de su hermano y cómo lo despertaban a media noche con el cuerpo empapado en sudor y gritando palabras que no entendía. Pero nunca le había hablado de una niña.

—Sí —contestó el indio—. Últimamente se levanta vociferando sobre una niña, aunque no sé quién es.

—La veo al lado de Evelyn, Roger. Ella la sienta en su regazo y la peina mientras canta —explicó con tristeza.

—Será Natalie a quien ves en tus sueños —manifestó el marqués con desdén.

—Natalie tiene el cabello dorado y esa niña tiene el mismo color... —Levantó su rostro hacia Roger para contemplar la mueca de dolor que le ofrecería cuando le explicara que la niña era de Evelyn.

—¿El mismo color de...? —insistió Roger enarcando las cejas.

—Que el de tu esposa —dijo al fin.

Durante unos instantes, Riderland pensó sobre ello. Se acercó al muchacho, colocó su mano sobre el cabello negro y le susurró.

—Si estás tomando algo que deba saber, dímelo cuanto antes. El doctor es un buen amigo y podría ayudarnos a solucionar tu problema...

—¡No estoy tomando nada! —exclamó Logan levantándose del asiento y apartando la mano de su hermano—. Te digo la verdad. Veo una niña, la hija de tu esposa y tuya.

—Está bien... Está bien... —medió John—. Encontremos algo de serenidad...

—Sabes que Evelyn no puede tener hijos —masculló—. Y te agradecería que jamás le hablaras sobre esas visiones. Ya sufre cada vez que cuida a tu hermana por no poder tener un hijo propio como para que tú le des esperanzas con tonterías.

—¡No son tonterías! —se defendió Logan—. ¡La he visto!

—Creo que ha sido un día muy agotador para todos —dijo John colocándose entre los dos hermanos—. Deberíamos retirarnos a descansar o tomarnos una botella de ese ron que guardas bajo llave.

—Estoy esperando a William —farfulló Roger con los ojos inyectados en sangre.

Adoraba a su hermano, lo amaba por encima de muchas cosas, pero no había nada que sobrepasara el amor que sentía por su esposa. Si él le hablara de esos sueños, ella se perdería en encantamientos y hechizos absurdos y, cuando descubriese que todo era una farsa, se derrumbaría tanto que él no podría sacarla de esa depresión.

—Haremos un trato —comentó después de hallar una pequeña calma—. Tú no vuelves a hablar sobre esa visión y yo te juro que si alguna vez tengo una niña se llamará Evah.

—¿Evah? —preguntó el indio tras respirar.

—Sí —afirmó Riderland—. ¿No significa *aquella que tiene vida*? Pues será muy apropiado para una niña que nace de un vientre inerte.

—También es la primera mujer que invitó a pecar a un hombre... —apuntilló John con suspicacia.

—Si esa niña se parece a su madre, hará pecar a más de uno, te lo aseguro. Entonces... —Se volvió hacia Logan—, ¿tenemos un pacto?

—Te estás burlando... —gruñó el joven encarándose con su hermano.

—No me estoy burlando, Logan. Solo te propongo un trato. ¿No quieres

que te trate como un hombre? ¡Pues acepta el trato!

—Está bien, lo acepto —sentenció el joven Bennett extendiendo la mano—. Pero recuerda una cosa, si algún día mis visiones son ciertas, no vengas a pedirme perdón porque no te lo daré.

—Será lo correcto, si tienes razón. Ahora sube a tu alcoba y aséate, no quiero que Evelyn se preocupe al verte tan desaliñado o ella misma te subirá a tu habitación de una oreja y te frotará con el jabón.

—Lo hago por ella, no por ti —dijo el muchacho algo más tranquilo. Se miró de arriba abajo y sonrió—. Es cierto que como me vea de esta guisa es capaz de meterme en un caldero de agua hirviendo. —Se giró sobre sí mismo y caminó hacia la puerta.

—Entonces... ¿todo bien? —preguntó John a ambos.

—¡Sí! —afirmaron al unísono.

Esperaron a que Logan se marchara para hablar con tranquilidad. Roger se llenó de nuevo el vaso y resopló. ¿Cómo podía decir su hermano tales sandeces? Y lo peor de todo era que se las creía. Solo esperaba que cumpliera su palabra y no alentara a Evelyn con tonterías.

—¿No me vas a preguntar cómo hemos averiguado quién era la madre del muchacho? —preguntó John mientras se dirigía hacia el sillón en el que había permanecido Logan.

—Estaba esperando a que hablaras —contestó malhumorado.

—Como bien sabes, tengo un don para buscar personas —empezó a decir.

—Bueno, no siempre has sido tan efectivo —apuntilló.

—¿A qué viene ese sarcasmo, Roger? —inquirió el indio con recelo.

—No descubriste el paradero de la señorita Price y resulta que está viva —le informó.

—¿La novia de Federith? —dijo asombrado.

—No era su novia, exactamente, pero sí, la misma. Parece ser que se convirtió en la dama de compañía de la condesa viuda de Crowner y ha vivido con ella durante todo este tiempo —añadió.

—¡Por todos los dioses! —exclamó John sentándose de golpe en la silla—. ¿Y la ha visto? —se interesó.

—No solo la ha visto, sino que ha decidido divorciarse de su esposa para casarse con ella —respondió mientras miraba de nuevo las llamas del fuego.

—Lo veo justo —afirmó John—. Ese hombre siempre ha estado pensando en esa mujer y es lógico que quiera rehacer su vida a su lado.

Además, cuando descubra que su querida esposa no le ha sido fiel...

—Por nuestra parte no lo descubrirá —sentenció Roger.

—¿No vas a decirle nada? ¿Mantendrás ese secreto hasta la tumba? —quiso saber asombrado.

—Si ha decidido ponerle fin a su matrimonio, que lo haga, pero de nosotros no saldrá ni una palabra sobre esa infidelidad. Todavía no sé cómo reaccionaría si lo descubriese... —reflexionó.

—Imagino que cuando hablas de *nosotros* también piensas en William, ¿me equivoco? —preguntó cruzando las piernas.

—Recuerda que Federith es el padrino de su primogénito y mucho me temo que un escándalo como el que vivirán cuando todo salga a la luz puede perjudicar al pequeño —añadió afligido.

—No entiendo vuestra sociedad... —murmuró John—. Podéis vivir rodeado de mentiras, de infidelidades, de desplantes..., pero sois incapaces de sobrellevar la separación de un matrimonio que está abocado a la destrucción.

—Yo no soy como ellos —sentenció refunfuñando.

—Pues desde un tiempo atrás lo pareces.

Roger no replicó. Se sumergió en sus pensamientos y meditó sobre lo que John le acababa de decir. No, él no era como los demás. Solo los necesitaba para poder alcanzar lo que se proponía, que no era más que ayudar a sus hermanos y buscarles una vida apropiada.

—¿Quién era la madre de Logan? —preguntó después de unos momentos de silencio.

—Según hemos descubierto, hará unos dieciséis años apareció un grupo de gitanos por Londres. El problema empezó cuando decidieron ocupar uno de los terrenos de tu padre. Él fue en persona para echarlos de allí cuando descubrió a una joven llamada Oana. Según hemos sabido, era la hija de una hechicera.

—¡Por el amor de Dios! ¿Sigues con la misma idea que Logan? —le interrumpió.

—Yo me limito a explicarte lo que me has pedido —declaró John enfadado.

—Está bien... continúa —dijo con un suspiro.

—Como iba diciendo, tu padre fijó sus pérfidos ojos en ella y les prometió que podrían vivir el tiempo que desearan en sus tierras si se la ofrecían.

—¡Maldito bastardo! —exclamó Roger lanzando la copa hacia el interior de la chimenea—. Y... ¿cómo terminó Logan viviendo bajo la protección de una sirvienta de mi padre? —preguntó interesado.

—La muchacha era demasiado joven, según nos contaron no tenía ni catorce años, y no pudo superar el parto. Su madre no quería hijos bastardos y mucho menos después de haber matado a su única hija. *Nacido del diablo* llamaron a tu hermano mientras permaneció en la comuna.

—Así que era un maldito... —murmuró Roger—. ¿Esa parte de la historia también la sabe él?

—Sí.

—Por eso no quiere continuar el legado... —reflexionó—. Pero he de hacerle entender que tiene el mismo derecho que yo, ¿acaso mi madre es una mujer digna de veneración?

—Has de ser paciente con el muchacho, Roger. Solo necesita algo de tiempo para asimilar todo lo que ha descubierto.

—Mucho me temo que eso no se asimila con facilidad, John.

—Lo sé, pero...

John se quedó callado al ver que alguien tocaba a la puerta. Se giró hacia la entrada y advirtió que era Anderson.

—Milord, el duque de...

—¡Buenas noches, Roger! —apareció William detrás del sirviente. Este se apartó para dejarle paso—. Siento la tardanza, pero Beatrice estaba más cansada de lo habitual.

—¡Pasa! —exclamó con mofa al ver que no le hacía falta permiso para caminar hacia el interior—. Te estaba esperando. —Se levantó del asiento y recibió a su amigo con un fuerte abrazo—. Te he echado de menos, Rutland —confesó.

—Eso he podido interpretar en tus cartas —comentó con firmeza—. Pues ya estoy aquí. Cuéntame eso del amante de Caroline y de la extraña aparición de la señorita Price.

—¿Sin obviar el tema del divorcio? —preguntó el marqués sarcásticamente.

—¿Divorcio? —exclamó asombrado—. ¿Quién quiere realizar un acto tan humillante?

—Siéntate mientras te sirvo una copa, William, mucho me temo que tendré que mandar a Anderson a la bodega antes de que finalicemos la conversación...

—John —dijo a modo de saludo el duque.

—William —le respondió extendiendo la mano para que la estrechara.

—¿Estás seguro de que Caroline tiene un amante? —espetó mientras Roger le servía esa copa.

—Mucho me temo que sí. Aunque sigo creyendo que es un fantasma...



William no había podido dormir nada durante la noche. Se movía incómodo en la cama y, para no despertar a Beatrice, decidió bajar al salón para meditar sobre todo lo que le había contado Roger. No podía dar crédito a la intención de Federith. Era inconcebible en él, aunque entendía que deseara permanecer el resto de su vida junto a la mujer de la que estaba enamorado. Pero... ¿un divorcio? ¿No había otra posibilidad menos escandalosa? Caminó hacia su sillón y se derrumbó en él. Todo se había vuelto un caos en la vida de su amigo y no sabía cómo podía ayudarlo. Pese a que él mismo le dijo que no debía casarse, no le hizo caso. Siguió empeñado en el deber y se dejó arrastrar por esa actitud honorable que lo caracterizaba. ¿A costa de qué? ¿De su propia felicidad? Era cierto que había tenido un hijo y él conocía de primera mano el amor que se sentía, sin embargo... ¿qué ocurriría con el pequeño si de verdad conseguía su propósito? ¿Y Anais? ¿Lo amaría tanto como él la amaba a ella? Porque no le cabía duda de que la mujer sabía qué intenciones tenía Cooper. Si no erraba, y rara vez se confundía sobre su amigo, se lo habría desvelado. ¿Lo aceptaría después de ser repudiado por la sociedad? Eso esperaba porque si se enfrentaba con entereza a una humillación de tal índole sería porque ella lo respaldaba. Aun así, tenía sus dudas.

William se cruzó de piernas y suspiró al pensar en la propuesta de Roger. Tenía razón en una cosa, debían informar a sus esposas antes de aparecer en la fiesta que Caroline ofrecería el sábado. Necesitaban estar alerta por si en algún momento ocurría cualquier tragedia. Porque, aunque según Riderland llevaba unos días bastantes tranquilos visitando con discreción la casa donde servía Anais, no podía afirmar qué pensaba Caroline. Según John, que continuaba espiándola, desde el domingo no había salido de la residencia Hemilton. ¿A ninguno le parecía extraño que no se ausentara de su hogar para informar a su amante que pronto sería libre? Porque a él le parecía una

actitud bastante sospechosa. Era cierto que debía planificar con rapidez una celebración y que eso conllevaba un gran esfuerzo, pero... ¿ni una hora? ¿Por qué no había salido de su hogar ni una mísera hora? Algo tramaba. William estaba tan confiado en ello que ofrecería sin dudar su brazo útil por averiguar qué cavilaba aquella mujer.

—Buenos días. —La voz somnolienta de su esposa lo sobresaltó—. ¿Por qué te has levantado tan temprano? ¿Sucede algo importante? —preguntó mientras caminaba hacia William.

—Buenos días, mi amor —le respondió levantándose del sillón y dirigiéndose hacia ella—. ¿Cómo va este pequeño? —preguntó acariciando el abultado abdomen.

—Este pequeño se interesa por el motivo por el que su padre se ha ausentado de su cama durante toda la noche —contestó Beatrice mirando a su esposo a los ojos.

—Ayer hablé con Roger —empezó a decir—, y quiere que almorcemos en Lonely Field.

—¿Hoy? —soltó atónita la condesa.

—Sí —afirmó.

—Pero... Pero tengo que prepararme para la fiesta de Federith. Necesito comprarme unos zapatos y unos lazos para...

—¿No puedes hacerlo mañana? —insistió William.

—Supongo que sí —respondió al notar cierta tensión en su marido. No era habitual en William sentirse tan inquieto. Desde que se casaron, y salvo cuando nació Elliot, siempre se mostraba bastante calmado. Pero algo le decía que la insistencia en viajar a Londres no tenía nada que ver con el evento de los Cooper. Había algo más y estaba segura de que Roger tenía la respuesta—. ¿Quieres que nos sirvan el desayuno? Si no te parece mal, me gustaría visitar a mis padres antes de llegar a Lonely. Seguro que desearán quedarse con Elliot mientras almorzamos.

—Me parece una idea magnífica —comentó William sin dejar de abrazarla.

—Entonces, si haces el favor de soltarme, indicaré a...

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —le murmuró en su oído.

—Lo sé, William. Al igual que soy consciente de que algo está sucediendo y que deseas evitarme algún tipo de sufrimiento —declaró colocando su rostro en el pecho del duque—. Pero sea lo que sea, los dos lo superaremos...

—Eso espero...

Desde que conoció a William nunca lo había visto con la mirada tan perdida ni tan distraído. Habían estado con sus padres y, aunque intentó comportarse como siempre, le resultaba imposible no evadirse de todo lo que le rodeaba para seguir pensando en lo que le rondara la cabeza. Beatrice intentó mantenerse distante y solventar esa ausencia de su esposo con conversaciones sobre los cambios de humor de su nuevo embarazo mientras su padre jugaba con Elliot. Pero su madre también percibió las distracciones de William.

—¿Le sucede algo? ¿Vuelve a sentir dolores? —le susurró Elisabeth a su hija tras advertir que el duque llevaba algo más de cinco minutos mirando a través de la ventana sin moverse.

—No, por suerte no los padece desde el verano pasado. Creo que se encuentra tan abstraído porque no le apetece asistir a la fiesta que celebra la señora Cooper. Nunca aprobó ese matrimonio y no le agrada presentarse ante ella fingiendo que acepta esa unión —respondió en voz baja.

—¿Nunca te conté lo que se decía de lady Caroline? —le preguntó alejándola del salón para que pudieran hablar con tranquilidad.

—No y pensé que no conocía a los Middlelton —dijo sorprendida.

—No los conozco, cariño, pero muchas de mis amigas sí que se relacionan con la familia. Según cuentan...

—Madre, sabe que no me gustan los cotilleos, ¿verdad? Acuértese de lo que me sucedió...

—¡Pero esto no son calumnias! —exclamó en voz baja enojada—. La propia madre de lady Caroline lo decía abiertamente.

—¿Qué decía, madre? —dijo dándose por vencida.

—Según lady Midlenton, su hija se había enamorado de un hombre casado. Le habían propuesto varios matrimonios durante sus dos primeras temporadas, pero ella los rechazó con rotundidad. Su padre no era capaz de hacerla razonar y solo consiguió liberarse de la angustia que su hija le provocaba cuando se casó con el señor Cooper que, como bien sabes, contrajo matrimonio con rapidez porque estaba embarazada.

—Por si no lo recuerda... —dijo con el mismo tono de voz insinuante—. Yo también me casé con un bebé en mi interior. Ese que se llama Elliot y que juega con padre.

—¡Pero yo no me refería a eso! —se defendió—. Quería que te preguntaras lo que todo el mundo se cuestiona, ¿cómo un joven como el

señor Cooper termina casándose con una joven que es reacia a otros matrimonios?

—¿Por amor? —respondió enarcando las cejas.

—¿De verdad piensas que cuando entregas tu corazón a una persona puedes casarte con otra? —soltó con rapidez.

—No sería ni la primera ni la última mujer que lo haría, madre.

—Ya, pero...

—¿Les interrumpo? —preguntó William mirando a ambas mientras sonreía.

—No, milord —dijo rauda Elisabeth—. Usted no interrumpe nada. Tan solo quería preguntarle a mi hija cómo está sobrellevando este nuevo embarazo.

—Mucho peor que con Elliot —informó William extendiendo su mano para que Beatrice se acoplara entre su cuerpo—. Pero es una mujer muy fuerte... —comentó besándole el cabello—. Querida, tenemos que marcharnos ya.

—¿Tan pronto? —soltó sin pensar Elisabeth.

—Volveremos para la hora del té —dijo Beatrice mirando de reojo a su esposo esperando una confirmación—. Mientras tanto, Elliot se quedará con vosotros.

—Pero si piensan que sería un inconveniente... —empezó a decir William después de guiñarle un ojo a su esposa.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué desfachatez! ¿Cómo voy a pensar que mi nieto es un inconveniente para nosotros? ¡Por favor, marchaos tranquilos! El barón y yo nos encargaremos perfectamente de nuestro pequeño. —Por su forma de hablar y de cómo los acompañaba ella misma a la puerta, los Rutland dedujeron que el comentario de William había tenido el efecto deseado.

—Muchas gracias, madre —dijo Beatrice dándole un beso en la mejilla.

—Señora...

—Su excelencia —susurró haciendo una leve reverencia.

Beatrice cogió el brazo que su marido le ofrecía, caminaron hasta llegar al carruaje y una vez dentro le dijo:

—No entiendo cómo apareces siempre en los momentos más adecuados.

—¿No te preguntaba por tu nuevo embarazo? —preguntó mordaz.

—Sabes que no era cierto. Me había retirado para informarme de ciertos

cotilleos —reveló afligida.

—¿Y eran interesantes? —preguntó William mientras levantaba el brazo para que su esposa se enganchara en él.

—¿Algún rumor puede ser interesante? —le recriminó.

—Ninguno —sentenció. Rutland le besó el cabello de nuevo, echó su brazo sobre el hombro de Beatrice y le acarició la barbilla al tiempo que miraba a través de la ventana.

Durante el viaje, la duquesa observó a su marido. De vez en cuando fruncía el ceño, se tocaba la barbilla o suspiraba. En varias ocasiones ella le tocó el pecho, para calmar esa respiración agitada, pero ni la miró. Estaba tan sumergido en sus pensamientos que solo reaccionó cuando el carruaje paró en el jardín de Lonely Field. No le dio tiempo al cochero a realizar su tarea, William se levantó del asiento y él mismo abrió y se bajó para tenderle la mano. Con mucho cuidado debido a su estado, caminaron hacia la entrada admirando el trabajo de John. Los setos seguían manteniendo las figuras de animales, había un inmenso colorido por el nacimiento de las flores otoñales y el sendero estaba impoluto. La duquesa continuó el paso, aminorando la velocidad al acercarse a la puerta. William se disponía a tocar cuando ella posó su mano sobre la de él y le preguntó:

—¿Necesito prepararme para afrontar algo importante? —Lo miró a los ojos, esperando que ellos le mostraran aquello que necesitaba averiguar. Pero la mirada oscura de su esposo no aplacó sus dudas ni le insinuó nada, al contrario, le provocó más incertidumbre y miles de sospechas.

—Solo puedo confesarte que, tal vez, lo que vas a escuchar no sea de tu agrado. Pero recuerda que yo siempre estaré a tu lado. Nunca dejaré de protegerte a ti o a nuestros hijos —dijo al fin.

Beatrice asintió, levantó el rostro, estiró sus labios para dibujar una sonrisa y esperó con paciencia a que alguien les abriera. Estaba ansiosa por averiguar aquello que perturbaba a su marido y que, inevitablemente, también la preocupaba a ella.

—Buenas tardes, sus excelencias —les recibió Anderson. Echó varios pasos hacia atrás, dejándoles paso para que accedieran al interior. Extendió las manos y recogió las capas de los invitados—. Si son tan amables de seguirme, les conduciré hasta el salón, donde les esperan los marqueses.

Caminaron detrás del sirviente, sin soltarse, sin hablar. Beatrice sentía cómo el corazón se aceleraba y una opresión en el tórax le impedía respirar. ¿Qué estaría ocurriendo? ¿Qué perturbaría tanto a William? Fuera lo que

fuese, debía de tratarse de algo muy importante si hacía que William se alejara de su hijo durante unas horas.

—¡Beatrice! —exclamó Evelyn al verla aparecer. Se levantó del asiento y corrió en su búsqueda. Tras abrazarla con fuerza, la miró desconcertada y le preguntó—: ¿Sabes qué ocurre? ¿Conoces el motivo de esta reunión clandestina?

La duquesa negó con un suave movimiento de cabeza. Fijó los ojos en su esposo, que caminaba hacia Roger, cabizbajo. Pero no era el único que mostraba aflicción. Roger no exhibía su típica sonrisa y la tensión de su cuerpo era más que evidente. Tras suspirar, Beatrice le dio unas palmaditas en las manos a su amiga y, al tiempo que avanzaban por el salón para tomar asiento, le dijo:

—Sentémonos y escuchemos qué desean explicarnos. Mucho me temo que no será de nuestro agrado.

Aunque permanecieron calladas esperando a que alguno de los dos comenzara a explicar el motivo por el que se habían reunido, ninguno se decidía a hablar. Beatrice abrió la boca para pedir una explicación, pero advirtió que su marido, tras asentir con la cabeza algo que había comentado con Roger, se giró hacia ellas y empezó la conversación que tanto esperaba.

—Disculpad tanto secretismo, pero necesitábamos un lugar seguro para poder hablar con total libertad. Como bien sabéis, ayer por la noche Roger y yo mantuvimos una reunión y decidimos que, después del descubrimiento, era vital poneros al corriente por lo que pueda suceder el sábado en el hogar de los Cooper. —William esperó a que ellas comentaran o preguntaran, pero al no hacerlo, prosiguió—: Desde un tiempo atrás, Roger ha tenido un pálpito sobre la familia Cooper.

—¿Qué tipo de pálpito? —preguntó Evelyn. La marquesa observó a su marido. Roger mantenía las manos en la espalda. Su pecho, oculto bajo una camisa blanca, subía y bajaba al ritmo de una respiración acelerada. Tenía sus ojos clavados en ella y apretaba con fuerza la mandíbula. Sin lugar a dudas, aquello que estaban a punto de conocer le provocaba dolor. Sin embargo, ¿qué podía dañar a su marido?

—Ocurrió en Haddon —intervino el marqués—. Estábamos hablando sobre la diferencia entre una amante y una mujer casada. Creo que me burlé diciendo que las dos necesitaban lo mismo cuando Federith intentó asestarme un puñetazo.

—Yo te habría dado tres... —murmuró Evelyn enojada.

—No se trataba de eso, cariño. Solo estaba bromeando con Federith, pero descubrí en sus palabras una tristeza que hacía tiempo que no mostraba. Eso nos advirtió, tanto a William como a mí, que nuestro amigo no era feliz.

—Si intentáis decirnos que el matrimonio de Federith es una pesadilla, no hace falta que nos reunáis de manera clandestina. Es evidente que ese casamiento ha sido el mayor error de su vida —indicó Evelyn de nuevo.

—No sería el primer enlace desafortunado —apuntó William—. Pero os prometo que la expresión de su rostro y esa forma de hablar nos alertó.

—Entonces, cuando regresamos a Lonely Field, le pedí a John que observara a la familia —añadió Roger que comprendió el interés que había suscitado en las esposas. Ambas se agarraban las manos, ofreciéndose la fuerza necesaria para mantenerse allí sentadas, escuchando todo lo que habían ocultado hasta el momento.

—¿Qué descubriste? —preguntó alarmada Beatrice.

—Según las investigaciones de John, Caroline abandona su hogar durante bastante tiempo. No hablo de una hora o dos sino de mañanas o tardes completas. Siempre actúa de la misma manera: se sube en un carruaje, sea propio o alquilado, viaja hasta una casa deshabitada que hay al norte de Londres, justo donde terminan las tierras de Eric Graves, esconde el vehículo en un bosque, accede al hogar y allí permanece hasta que decide regresar —expuso.

—¿Tiene un amante? —preguntó horrorizada Evelyn.

—Sí, lo tiene —afirmó Roger tajante.

—Sospechamos que se trata del propio Eric Graves, nombrado vizconde de Gremont tras la reciente muerte de su padre, aunque no podemos estar seguros. Por mucho que John ha intentado averiguar quién es el caballero que la visita, no ha logrado descubrirlo. Es como... si fuera un fantasma. Nadie entra salvo ella y nadie sale... salvo ella —apuntó Rutland entornando los ojos.

—Si la residencia más cercana es la del vizconde de Gremont, ¿no habéis pensado en un pasadizo oculto? —preguntó Evelyn—. Nosotros construimos el pequeño corredor después del incendio...

—Como bien dices, es la única opción que podemos barajar. Es muy conocida en Londres la reputación de los vizcondes de contraer matrimonio con mujeres adineradas para después mantener a sus amantes —explicó William.

—Eso explicaría... —susurró Beatrice soltando la mano a su amiga y

colocándola en el vientre.

—¿Qué explicaría? —insistió Rutland.

—El nombre de su hijo... —reflexionó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Evelyn alarmada ante la revelación—. ¡Federith morirá de pena cuando lo descubra! ¡Será una gran humillación para él!

—Bueno... —intercedió Roger—, creo que será capaz de afrontarlo porque se ha propuesto divorciarse.

—¿Divorciarse? —preguntaron las dos a la vez.

—Es una larga historia... —aclaró William intentando evitar hablar sobre la señorita Price.

—Hemos informado a mis padres que llegaremos a la hora del té y todavía no hemos ni almorzado. Eso quiere decir que tenemos mucho tiempo para que nos habléis de la razón por la que el hombre más sensato, prudente, juicioso y sabio de Londres ha decidido provocar el mayor escándalo de la ciudad —sentenció Beatrice acomodándose en el asiento.

—Está bien, escuchad —dijo Rutland.

XXIX



Sábado, residencia Hemilton.

Federith no podía borrar la sonrisa de su rostro cada vez que recordaba la cara del señor Spencer cuando lo vio aparecer en Longher. Estuvo a punto de echarle de allí a patadas sin preguntarle siquiera qué deseaba. Su mente celosa creyó que su intención era cortejar a la condesa viuda de Crowner, pero cuando le hizo entrar en razón y le explicó que lo único que pretendía era hablar con Anais, toda esa ira desapareció con rapidez.

—Siendo así —le dijo con tono más sereno—, puede entrar.

—No sabía que sus intenciones con la condesa fueran tan firmes —le preguntó con sarcasmo.

—Para serle sincero, Cooper, ni yo mismo tenía claro qué pensaba sobre ella, pero después de observar cómo el insensato del vizconde de Gremont la miraba con lujuria, despertó en mí un sentimiento de posesión que no pude aplacar hasta... Bueno, hasta que aceptó mi compromiso — explicó alargando sus esponjosos labios para mostrar una amplia sonrisa al recordar cómo de satisfactoria había sido la noche y la mañana siguientes.

—Hizo bien en apartarla de ese cretino. No es un buen hombre... Todo el mundo conoce la actitud de sus antecesores y, por lo que he comprobado, él continúa con el legado de canalla —añadió sobre el vizconde.

—Lo tolero porque el padre de su esposa es un buen cliente, pero si tuviera que elegir entre perder un buen cliente o perderla a ella, prefiero el cliente. Siempre puede sustituirse por otro, sin embargo, sería imposible que apareciera otra mujer como mi prometida —sentenció al tiempo que le hacía pasar al salón donde, una vez que se marchara Leopold, aparecería Anais.

—Le comprendo... —murmuró Federith mientras accedía a la habitación.

—¿Puedo concluir entonces que la señorita Price es una persona importante para usted? —inquirió Leopold enarcando las cejas.

—En efecto. La señorita Price y yo nos conocemos desde la infancia y el sentimiento que tengo hacia ella perdura desde entonces —afirmó con solemnidad.

—Recuerda que ella se encuentra bajo nuestra protección, ¿verdad? ¿Y que cualquier escándalo podría afectar a la condesa? —insistió serio.

—Conozco las repercusiones que el descubrimiento de esta visita puede tener, Spencer, pero también las asumiré.

—Si persiste en visitarla, sería conveniente que comprara una residencia adaptada para una...

—¡No quiero convertirla en mi amante! —exclamó enfadado.

—Pues mucho me temo que no le queda otra opción. Si no recuerdo mal, usted está casado —señaló manteniendo la calma.

—Voy a romper mi matrimonio para casarme con ella —confesó después de unos momentos de silencio que necesitó para reestablecer su serenidad.

—¿Usted? —soltó Leopold asombrado. No daba crédito a que un hombre como él, con una reputación tan intachable, deseara ofrecer un grandioso escándalo en Londres. ¿Hasta dónde puede llegar el alcance del amor? «Tú también sabes hasta dónde puede llegar...», se dijo.

—Sí —consolidó su respuesta con un leve movimiento afirmativo de cabeza.

—De todas maneras, Cooper. Ha de pensar sobre la opción de buscarle un nuevo hogar, aunque a mi futura esposa no le agrade la idea de alejarse de la mujer que lleva a su lado más de una década, necesita mantener una posición...

—Lo sé y por ese motivo estoy aquí, Spencer.

—Leopold —le corrigió.

—Federith —respondió.

—¿Qué pretende hacer, Federith? —Spencer le señaló con un dedo las botellas que guardaba en la licorera, pero Cooper rechazó la invitación.

—La señorita Price regresará a su antiguo hogar. He estado gestionando los trámites necesarios para reestablecer su posición en la sociedad —informó.

—Fetherwall, ¿me equivoco? Creo que fue adquirida por el señor Polet después de que los condes Kingleton se marcharan apresuradamente —

agregó Leopold.

—¿Cómo sabe usted la procedencia de la señorita Price? —preguntó Federith asombrado.

—Debía hacerlo, Federith. Cuando el conde falleció, mi abogado se encargó de averiguar cómo era la condesa viuda y, como ha de suponer, también indagó sobre la dama de compañía que permanecía cuidándola desde su infancia —expuso mientras tomaba asiento.

—Entonces también averiguaría la vida que ella padeció —dijo sentándose frente a Leopold.

—Una tragedia —expresó Spencer—. Tuvo que sufrir un verdadero calvario; encontrarse de la noche a la mañana sola en el mundo y sin nadie que pudiera ayudarla a sobrevivir.

—Yo la busqué —dijo con tristeza—, pero no fui capaz de encontrarla, si lo hubiese hecho nada de eso habría sucedido y hoy en día no tendría que pensar en las consecuencias que sufriré cuando me divorcie.

—Puede marcharse de Londres. Puede empezar otra vida lejos de aquí. Seguro que conseguirá...

—No voy a abandonar Londres como si ambos fuéramos unos delincuentes. Quiero que la señorita Price recupere su antigua vida no que viva una nueva —sentenció Federith.

—En ese caso, Federith, cuente con mi apoyo. Ella cuidó de mi futura esposa durante todo este tiempo y he de agradecersele sin importarme el cómo o el qué.

—Gracias, Leopold.

—No tiene por qué...

Ambos se quedaron callados cuando escucharon unos leves sonidos en la puerta. Tras invitar a pasar a quien llamaba, se presentaron Priscila y Anais. Raudo, Leopold se levantó del asiento y se dirigió hacia su amada.

—¿Qué sucede? —le preguntó inquieta la condesa.

—Nada que puedas temer, ¿verdad, señorita Price?

Anais no pudo responderle, tenía sus ojos clavados en Federith y su corazón latía a un ritmo desmesurado. Debía estar enfadada por presentarse allí y requerir su presencia. Pero era imposible recriminarle una acción que ella ansiaba con todo su corazón. Había cambiado. El joven que conoció jamás se hubiese atrevido a hacer una locura semejante. Sin embargo, esa parte de Federith que se había transformado le causaba tal satisfacción y seguridad, que deseaba presenciar qué otras locuras tenía pensado hacer el

resto de sus vidas.

—Señorita Price... —dijo al verla. Caminó hacia ella e intentó dominar ese inapropiado deseo de cogerla y besarla.

—Lord Cooper —respondió caminando hacia él.

Pero solo quiso dominarlo, no asegurarse de no hacer lo impropio. Cuando ella lo miró, cuando ella estaba a tan solo unos pasos de él, Cooper le cogió las manos, la acercó y la besó.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Priscila llevándose las manos a la boca para que su sorpresa no los alarmara.

—El amor provoca que un hombre no actúe con sensatez —le susurró Leopold.

—¿Eso es una justificación de tus actos? —preguntó Priscila enarcando las cejas y sonriendo.

—Todavía, amor mío, no has conseguido averiguar hasta qué punto mi amor por ti me hará realizar actos inapropiados.

Priscila notó la mano de Leopold rodeando su cintura. Mucho se temía que pronto tendría una idea del alcance de sus palabras. Miró a Anais y suspiró relajada al ver que se encontraba feliz, más de lo que nunca había estado. Por fin, ambas lograban la vida que tanto habían anhelado.

—Milord —dijo el ayuda de cámara ofreciéndole la chaqueta a Federith —, la señora le espera abajo para la recepción de los invitados.

—Gracias —contestó Federith mirándose en el espejo.

Sonreía, seguía sonriendo y no era capaz de borrar la felicidad que mostraba su rostro. Esa misma noche, cuando la velada finalizara, Anais le esperaría para visitar al señor Polet. Ambos le hablarían de quién era en verdad el anciano y la decisión que este había tomado. Se sorprendería tanto o más que él cuando le explicara el amor que sintió por su abuela y cómo fue incapaz de olvidarla. Como él. Dos generaciones de hombres que no habían podido negar a quiénes les pertenecían sus corazones. La historia se repetía, pero esta vez el final sería diferente...

—Estás preciosa —le reveló a Caroline cuando se puso a su lado—, aunque he de advertirte que esa nueva modista sigue sin ser consciente de tus medidas.

—Ya te dije que cambiaría de costurera cuando la fiesta finalizara —respondió aceptando el beso que Federith le dio en la mejilla.

—Tenemos que hablar sobre el divorcio, Caroline. Todavía no me has

dicho qué deseas —comentó mientras caminaban juntos hacia la puerta.

—Mañana hablaremos sobre eso. Ahora déjame disfrutar de mis últimos momentos como lady Cooper —declaró sosegada.

—¿He de temerte? —espetó mirándola de reojo.

—¿A mí? —preguntó burlona—. ¡No, Federith! —exclamó al ver que el hombre arqueaba las cejas—. ¡No tienes nada de que temer!

Poco a poco la casa se fue llenando de invitados. Como anfitriones, Federith y Caroline actuaron según los protocolos sociales. Hablaron amablemente con ellos, intentaron que ninguno de los asistentes permaneciera sin acompañante o sin bebida. Federith se sorprendió de cómo actuaba ella y quedó fascinado de lo rápido que había preparado la fiesta. El salón de baile estaba precioso y los músicos que contrató no destrozaban los oídos, una de las cosas que odiaba profundamente. Todo parecía calmado y apacible. Hasta se permitió el lujo de charlar con tranquilidad con Roger y William, quienes no apartaban sus ojos de Caroline cuando esta se acercaba a sus esposas.

—Relajaos —les dijo en una ocasión—. Me ha asegurado de que nada malo sucederá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —espetó Riderland mientras tomaba un sorbo de su cuarta copa de champán.

—Me lo ha prometido —aclaró Federith—, y, aunque me cueste creerlo, estoy seguro de que cumplirá la promesa.

Entonces, el mayordomo anunció la llegada de dos nuevas parejas: el vizconde de Gremont y el señor Wyman con sus esposas. Tanto el marqués como el duque refunfuñaron al escuchar el nombre de Gremont, pero solo Federith se quedó atónito cuando oyó el de Wyman. ¿Qué hacía aquel hombre allí? ¿Por qué su esposa lo había invitado? Miró con atención a Roger, pero este no mostraba ni enfado ni ira. ¿Acaso no conocía la historia de su esposa? ¿Nadie le había dicho que Scott Wyman había estado prometido a Evelyn cuando eran jóvenes? Según la reacción del marqués, no. Así que intentó imaginar que solo había sido una coincidencia y que no sucedería nada malo. Pero sí que sucedió...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Evelyn al escuchar el apellido de la persona que creyó muerta.

—¿Qué te sucede? —preguntó Beatrice cogiéndole la mano al verla tan alterada.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre un pretendiente que me abandonó

porque mi padre perdió la fortuna familiar? —le susurró Evelyn agitada.

—Sí —comentó la duquesa expectante.

—¿Ese que fingió su propia muerte para evitar el compromiso? —insistió la marquesa horrorizada.

—Sí, lo recuerdo —afirmó Beatrice.

—Pues acaba de entrar con su esposa —agregó sin poder apartar la mirada de la pareja.

—¡Por Dios bendito! —exclamó la duquesa atónita—. ¿Cómo se le ha ocurrido a Caroline hacer tal cosa?

—Mucho me temo que intenta avergonzarme —le confesó—. La última vez que apareció por mi hogar, apenas le presté atención y evité cualquier conversación sobre cómo conseguí casarme con un hombre como Roger.

—¡Maldita arpía! —murmuró Beatrice enfadada—. ¿No es consciente de lo que puede suceder si ese sinvergüenza se acerca a ti? ¿No ha pensado que Roger lo matará? —preguntó sin respirar.

—Ayúdame a evitarlo, Beatrice. Finge que te encuentras mal y marchémonos cuanto antes —le suplicó.

—¡Por supuesto! Creo que en estos momentos mi bebé ha decidido salir... —dijo al tiempo que cogía de la mano a su amiga y caminaban hacia sus esposos.

Roger entornó sus ojos al ver cómo su esposa se ponía rígida. Hablaba entre susurros con Beatrice y parecía temblar. No era propio de ella que mostrara tanta tensión ni que hablara con cuchicheos en público. Apretó la mano alrededor de la copa y pensó en el posible motivo por el que actuaba de esa manera. De pronto, dirigió su mirada hacia las dos nuevas parejas. Uno era el vizconde, al que descartó enseguida seguro de que nunca había tenido un encuentro inapropiado con su esposa. Desde que ella se convirtió en su mujer, y tras su regreso, nadie había osado acercarse a Evelyn si quería continuar vivo. Entonces miró al otro caballero. No lo reconocía ni tan siquiera había escuchado su apellido. Sin embargo, el hombre, después de saludar a Caroline y advertir cuántos invitados había, clavó su mirada hacia una parte del salón y sonrió. Cuando Roger descubrió que esos ojos estaban fijos en su esposa, escuchó un clic. Había roto la copa por la presión que ejercía su mano en ella.

—Tranquilo... —le dijo Federith—. No tiene por qué pasar nada.

—¿Quién es? —gruñó sin poder apartar sus ojos color mar, que empezaban a tomar un color negro, del tal Wyman—. ¿Por qué mira a mi

esposa de esa forma?

—¿No lo sabes? —preguntó Federith observándolo con cautela.

—¡No! —bramó.

—Si sabes quién es, Federith —intervino William—, será mejor que lo aclares antes de que Riderland salte sobre él y le arranque los ojos para que no contemple a Evelyn de esa manera.

—Se llama Scott Wyman —explicó Cooper dando un paso hacia delante para impedir que Roger se abalanzara.

—¿Scott? —preguntó Roger entornando los ojos—. ¿El tal Scott que dejó a...?

—Sí, el mismo —respondió Federith.

—Tenía entendido que había muerto en unas maniobras —masculló—. Aunque por lo que veo no fue así.

—Pensé que lo sabías —dijo Federith preocupado—. La historia que le contaron a ella era falsa. Huyó de Londres cuando los padres de tu esposa se arruinaron y tiempo después se casó con la hija de un acaudalado empresario americano.

—¿No me digas? —inquirió Roger dibujando en su rostro una enorme y maléfica sonrisa—. Así que ese sinvergüenza solo vaticinó lo que un día le sucedería...

—Mientras él no se acerque a tu esposa —intervino de nuevo William—, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—Sabes que no me voy a mantener impasible, Rutland. Como ese malnacido se acerque a mi esposa, ¡lo estrangularé! —sentenció.

—Mantened la calma —habló Cooper—. Beatrice y Evelyn vienen hacia aquí. Si me disculpáis, voy a tener unas palabras con Caroline. Ansío que me explique la razón por la que ha invitado a ese caballero —dijo antes de caminar hacia su esposa, que se encontraba hablando a solas con el vizconde de Gremont.

Roger avanzó hacia la sala para encontrarse con su amada, que dejó de temblar cuando le cogió la mano.

—¿Qué sucede? —preguntó William a Beatrice.

—Creo que nuestro hijo desea salir antes de tiempo —dijo la duquesa alarmada.

—No hace falta que mientas —comentó William con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabemos qué os sucede.

—Y... ¿qué nos sucede? —espetó Beatrice mirándolo sin parpadear.

—Bailemos la próxima pieza de música mientras te lo explico. — William tendió la mano a su esposa y, tal como sugirió, la llevó a bailar.

—¿Quieres regresar? —preguntó Roger a Evelyn.

—No, no quiero que nadie empiece a hablar sobre el motivo por el que nos hemos marchado tan precipitadamente —señaló algo más tranquila. Debía calmarse si no quería que su marido montara un escándalo y, tal como se encontraba, no sería de extrañar que al día siguiente algún periódico londinense anunciara en titulares el altercado que provocó en la primera fiesta de los Cooper.

—Voy a tomar el aire. Imagino que un poco de aire fresco aliviará mi tensión —dijo Evelyn.

—Por supuesto —respondió Roger cogiéndole de la mano para conducirla bajo su protección.

—Su excelencia —habló una voz que el marqués no conocía—, ¿le importaría que le robara unos minutos de su tiempo?

—No es adecuado... —empezó a decir Roger.

—No te preocupes —dijo Evelyn—. No sucederá nada. Solo estaré unos minutos fuera, después, si lo deseas, nos marcharemos.

A regañadientes, Riderland observó cómo su esposa caminaba hacia el balcón. Cuando desapareció, prestó atención al caballero que le había requerido.

—Señor, disculpe la interrupción. Soy Randall Moore y me gustaría hacerle un encargo —informó el hombre alterado.

—¿De qué encargo quiere hablarme, señor Moore? —se interesó.

—Según tengo entendido usted posee un barco que utiliza para viajes comerciales, ¿me equivoco?

—No se equivoca, pronto realizaré uno hacia Europa, ¿por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría saber si también acepta pasajeros —indicó Randall.

—¿Qué tipo de pasajeros? —preguntó Roger.

—Una niña, excelencia. Me gustaría saber si mi hija podría acompañarle en su próximo viaje —aclaró el caballero.

—Por ahora no... —Roger no continuó la conversación. En el descuido, no solo su esposa no se encontraba en la sala, sino que el tal Wyman tampoco —. Discúlpeme, señor Moore —dijo interrumpiendo la conversación.

—Pero... ¿milord?

—Si tanto ansía alejarse de su hija, señor Moore, ¡llévela usted mismo!
—bramó.

Randall Moore se quedó sorprendido ante el inapropiado comportamiento del marqués. Quería gritarle que lo escuchara, pero no lo haría. Tal como le había dicho su esposa, hasta que Anne no cumpliera los veintiséis seguiría viviendo con ellos y la maldición terminaría por cumplirse. Abatido, se giró sobre sus talones y se marchó a su hogar.

Cuando Roger salió al balcón, escuchó con atención la conversación que Evelyn y Wyman mantenían. Él no cesaba de decirle que la añoraba, que se arrepentía de lo que tuvo que hacer en el pasado y que, si ella quería, volverían a estar juntos. Le estaba ofreciendo convertirla en su amante y esa idea le provocó tal ira que deseó arrancarle la cabeza, pero esperó con paciencia la respuesta de ella.

—¡Jamás traicionaría a mi esposo! —gritó Evelyn azorada.

—Pero, Evelyn... —insistió Scott—. Yo sigo amándote... —La agarró del brazo y evitó que ella se alejara de su lado.

—¿Algún problema? —ladró Roger saliendo de su escondite.

La sombra que el marqués provocó cuando colocó su cuerpo en la ventana ocultó la cara de espanto de la marquesa. ¿Qué pensaría al verla de esa manera?

—¡Roger! —exclamó asombrada.

—Lo repetiré una vez más, ¿algún problema? —Su voz mostraba el enfado, la ira y la irracionalidad que ya no era capaz de controlar al presenciar aquella situación tan violenta.

—No —respondió ella—, ningún problema. Ahora mismo me disponía a regresar con Beatrice.

—Hazlo, yo iré después —dijo sin apartar la mirada del hombre que se había atrevido a tocar a su mujer.

—Roger, por favor... —le suplicó acercándose a él para tranquilizarlo.

—Vete, Evelyn —intercedió Scott nombrándola como si entre ellos todavía existiera afecto—, no creo que tu marido se atreva a...

No pudo terminar la frase porque una gran mano le agarró y lo levantó tanto que no era capaz de tocar el suelo ni con las puntas de los pies.

—¿A qué no me atreveré? —gruñó Roger colocando su nariz frente a la del osado.

—¡Suélteme! —gritó Scott sin apenas voz moviendo agitadamente sus pies.

—Te mataré... —masculló Riderland—. Te apretaré tan fuerte que dejarás de respirar antes de que puedas volver a pedir auxilio. Esa mujer es mía... Solo mía, ¿entendido?

Gracias a Dios, dos figuras más aparecieron en el balcón. William y Federith, tras descubrir la situación, caminaron despacio hacia los dos.

—Roger... —habló William con voz sosegada para no seguir alterándolo—. ¿Qué sucede?

—Este sinvergüenza ha osado tocar a mi esposa —bramó.

William miró a Evelyn, que aún seguía sin poder moverse. Cuando la marquesa advirtió que el duque la observaba ella afirmó las palabras de su marido.

—Evelyn, entra. Nosotros arreglaremos esta situación —le dijo Federith para tranquilizarla.

—¿Por qué la has tocado? —preguntó William sin impedir que Roger continuara aferrando el cuello del hombre, que se volvía de color violeta.

—Se cree con el derecho de hacerlo —aclaró Roger—, porque como bien sabéis fue pretendiente de mi esposa.

—Piensa una cosa, amigo —dijo el duque—, tu mujer está asustada y gracias a Dios podéis vivir una vida tranquila, ¿crees que merece la pena destrozar esa felicidad por un miserable como este?

—¿Qué hiciste tú, William? —preguntó el marqués recordándole con su pregunta el comportamiento que había tenido tras descubrir qué le sucedió en realidad a Beatrice con el conde Rabbitwood.

—Lo correcto. Por eso quiero que tú hagas lo mismo —declaró con firmeza—. ¿Quieres vivir con Evelyn o sin ella? —insistió.

Tras escucharlo, Roger aflojó el amarre y dejó libre al hombre. Después de toser y maldecir, Scott corrió como una rata huyendo de un barco hundiéndose.

—Tu esposa sabía que Wyman fue el pretendiente de Evelyn —comentó William. No era una pregunta sino una afirmación.

—Tal como se ha comportado, mi esposa es un ser despreciable y os pido mil disculpas por su actitud —dijo Federith afligido.

Le había prometido que no tramaba nada y lo había engañado. Si le había mentado en una cosa así... ¿qué estaría tramando para evitar el divorcio? Todo empezaba a encajar. Caroline nunca aceptaría la proposición y solo intentaba hacerle más daño si cabía.

—Como comprenderás, mientras estés con ella, mis visitas a tu hogar

quedan anuladas —masculló Roger al tiempo que se daba la vuelta y caminaba hacia el salón.

—Roger, por favor... —dijo Federith al ver que su amistad podía verse dañada por culpa de Caroline.

—No es el momento —explicó William—. Deja que la ira se desvanezca. Roger no actúa ni piensa con claridad cuando está cabreado ni cuando se trata de proteger a su esposa.

—Esta mujer... —reflexionó Cooper moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Si estuviera en tu lugar la observaría con más detenimiento. Mira demasiado al vizconde de Gremont —le advirtió.

—Mira con detenimiento a todo hombre que no sea yo —respondió Federith—. Pero como ya os advertí, pronto la dejaré libre para que haga u observe a quién ella desee.

—¿Estás seguro? —preguntó Rutland incrédulo.

—Si no lo hace por las buenas, lo hará por las malas —sentenció Cooper mientras ambos regresaban al interior de la residencia.



Cuando dos hombres tan importantes como el duque de Rutland y el marqués de Riderland abandonaron apresuradamente la fiesta, todo el mundo comenzó a extender los posibles motivos por los que los mejores amigos del anfitrión habían decidido marcharse tan temprano. Alarmados por lo que podía haber sucedido, pronto empezaron a poner excusas para ausentarse también. Antes de las diez, cuando la fiesta había comenzado a las ocho, no había nadie en Hemilton, ni los músicos desearon permanecer en la residencia durante más tiempo. Caroline evitó todo lo que pudo un encuentro con Federith. Sabía que le iba a pedir explicaciones por lo ocurrido, pero no había excusa posible. Ella misma se había sorprendido cuando Eric apareció con el señor Wyman.

Días atrás le envió una nota para que no prosiguiera con el plan que confabuló en la fiesta de lady Baithlarin, cuando se encontraron en una pequeña sala. Le había indicado que la situación había cambiado, que ya no deseaba causar un escándalo y que se lo explicaría en cuanto tuviesen un momento a solas. Sin embargo, no le hizo caso. Ignoró su petición y continuó

con el propósito sin tan siquiera responderle a esa nota aclarándole que él sí que continuaba adelante con el plan.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Caroline cuando pudieron encontrar unos minutos a solas—. ¿No te advertí que no lo hicieras? —demandó enfadada.

—No pude encontrar ninguna excusa sensata, Caroline. Además, ese era tu deseo desde el primer momento, ¿no es verdad? —indicó sardónico.

—Pero todo ha cambiado, Eric —declaró.

—¿Qué ha cambiado? —se interesó el vizconde. Algo le decía que pronto la situación con ella se transformaría y que el perjudicado sería él.

—Federith me ha pedido el divorcio —confesó—, y estoy dispuesta a aceptarlo.

—¿Cómo? —espetó Eric abriendo los ojos como platos al escuchar esa palabra que tenía dos significados muy distintos; para Caroline significaría liberación, pero para él destrucción.

—Sí, ¿no te parece maravilloso? —soltó feliz—. ¡Por fin podremos vivir la vida que tanto deseamos! Empezaremos de nuevo... Tú, yo y el niño que crece dentro de mí.

—¿Estás embarazada? —bramó cogiéndola del brazo y apartándola de la vista de todos los que había en la sala. Por suerte, su esposa estaba bailando y el esposo de Caroline acompañaba al duque de Rutland hacia el balcón anexo a la sala—. ¿Cómo puedes pensar que ese hijo es mío? —gruñó enfadado.

—Eric... —comentó asombrada—, lo concebimos la semana que Federith estuvo enfermo.

—¡Ese hijo no es mío! —exclamó airado.

—¡Por el amor de Dios, es tuyo! —insistió—. ¿Es que no te agrada la sorpresa? ¿Es que no me quieres como para hacer frente a la paternidad que la vida te insiste en dar? —Empezó a sollozar.

Estaba en un grave aprieto, el peor que jamás creyó encontrarse. Su amante iba a destrozarle la vida, justo después de haber tenido el ultimátum del padre de April. ¿Cómo podía liberarse de ella? ¿Cómo podía apartarla de su lado estando embarazada?, ¿cómo era capaz aquel mojigato de pedirle un divorcio? ¡¿Acaso todo el mundo estaba perdiendo la sensatez?!

—¿No me quieres? —le preguntó Caroline invadida por la desesperación.

Eric la contempló con atención. No iba a rendirse jamás. Ella lo arrastraría a la miseria y no podía permitirlo.

—Claro que te quiero... —le murmuró abrazándola—. Pero debes comprender que las noticias han sido muy sorprendentes para mí.

—¡Podemos vivir juntos, para siempre! —exclamó feliz Caroline.

—¡Toda una vida! —coincidió Eric—. Cariño... ¿qué te parece si después de la fiesta hablamos con tranquilidad? No quiero que nadie empiece a cuchichear sobre nuestra desaparición.

—¿En la casa...? —titubeó ella eliminando el gimoteo.

—Donde siempre, amor mío. Hasta que no encontremos nuestro camino en la vida, tendremos que seguir viéndonos en la casa anexa, pero todo cambiará muy pronto... —prometió. Eric miró hacia la sala. Su esposa había terminado de bailar y lo buscaba con la mirada. Con rapidez se apartó de Caroline—. Te espero esta noche, cariño. No me falles —añadió mientras caminaba hacia su esposa.

—Allí estaré... —murmuró contenta la mujer.

—Te estaba buscando... —gruñó Federith al encontrarla en su alcoba sentada frente al tocador. No se había cambiado el vestido ni quitado las horquillas del pelo. Parecía como si supiera que tarde o temprano él aparecería frente a ella.

—Te juro, Federith, que no sabía... —intentó decir.

—¡No mientas, Caroline! ¡No mientas más! —repitió al tiempo que golpeaba, con esos puños que utilizó en el pasado y había roto algún que otro hueso, la puerta de la habitación de la mujer.

Ante tal acto de violencia, Caroline se levantó del asiento, se cubrió la boca con la mano y caminó hacia atrás asustada. Nunca había visto a Federith enfadado de aquella manera y, aunque parecía increíble, empezaba a temer por su vida.

—No... No... hagas... ninguna tontería, Federith —balbuceó entre sollozos.

—¿Tontería? —bramó—. ¿Cómo cual, querida? —preguntó mordaz.

—Te prometo que no sabía que el señor Wyman aparecería en la fiesta —empezó a decir.

—¡Te he dicho que no mientas más! —gritó tan enojado que las cuerdas vocales se le tensaron tanto que le dolió.

—Está bien... —dijo caminando hacia atrás hasta que se topó con una

silla y estuvo a punto de caerse al suelo, pero Federith corrió hacia ella para que no ocurriera—. Gracias... —murmuró—. Tenías que haberme dejado caer...

—¿Para qué? —espetó entornando los ojos—. ¿Para que todo el mundo piense que te maltrato? ¿Que después del escándalo que has formado he decidido hacerte entrar en razón con golpes?

—No serías capaz. —Levantó el rostro y, a pesar del temor, se encaró con él.

—¡Por supuesto que no sería capaz! —ladró enojado—. ¡Jamás he golpeado ni golpearé a una mujer! —declaró—. Solo quiero que me expliques por qué has querido humillar a la marquesa de Riderland, ¿qué te ha hecho para que desees destrozarle la vida? Si ese hombre hubiese intentado sobrepasarse con la marquesa, su marido le hubiera arrancado el corazón con sus propias manos.

—No sabía que... —volvió a decir.

—¿No sabías que el marqués se convierte en un animal cuando se trata de su esposa? ¡Pues ya lo sabes! ¡Ella y la duquesa de Rutland son intocables! —sentenció con tanta fuerza que le dolió la garganta.

—Les pediré disculpas... —dijo alejándose de Federith y deambulando por la habitación—. Mañana iré a Lonely Field y me arrodillaré frente a ella suplicándole clemencia si así lo quieres.

—No quiero que te humilles... —dijo Cooper bajando la voz. Su propósito no era asustarla, sino averiguar por qué se comportaba de esa manera y, para conseguirlo, Federith se tranquilizó y continuó hablando despacio—. Solo quiero saber por qué lo has hecho.

—¿No eres capaz de averiguarlo tú mismo, Federith? —le indicó apretando los puños y agachando la cabeza. Caroline esperó la respuesta de Cooper, pero este no hablaba, sino que esperaba que ella misma se respondiera—. Tienen lo que yo nunca podré alcanzar... —murmuró al fin.

—Caroline... —susurró acercándose a ella.

—Jamás he visto un matrimonio semejante. Él siempre está al cuidado de su esposa. Es incapaz de respirar si no está la marquesa a su lado. Todo el mundo habla sobre ellos con fascinación, dicen que nadie hubiera imaginado al marqués de Riderland serle fiel a su esposa después de la vida que vivió...

—Eso es amor, Caroline.

—Lo sé —respondió alzando el mentón revelando unos ojos bañados en lágrimas.

—Siento si no he logrado darte lo que merecías —dijo Federith aproximándose aún más y extendiendo los brazos para que ella se reconfortara en ellos.

—He sido yo quien no deseaba tener nada de ti. Si en el pasado... Si no hubiésemos concebido a Eric —insistió con la única mentira que no desvelaría nunca—, tú y yo...

—Pero seguiremos adelante con la propuesta que te hice. Porque... sigues aceptándola, ¿verdad? —quiso saber.

—Sí. Ahora más que nunca... —susurró.

—¿Ahora más que nunca? —preguntó Federith cogiéndola con cuidado de los antebrazos y apartándola de él para ver la expresión de su rostro. Podía mentir con palabras, pero no con las expresiones de la cara.

—Se lo he dicho a la persona que amo... —confesó.

—¿Y?

—Y está feliz —dijo tan emocionada que Cooper volvió a abrazarla.

—Me alegro, Caroline. Te prometo que me hace muy feliz escuchar esas palabras porque pensé que después de lo sucedido esta noche...

—¿Me negaría a separarme? —terminó ella—. No, no voy a impedirlo. Al igual que tú, quiero liberarme de esta prisión.

—¿Y qué haremos con Eric? —solicitó alejándose de ella.

—¿No quieres quedarte con tu hijo? —preguntó asombrada. No podía hacerse cargo de dos niños. Por mucho que deseaba que Eric fuera reconocido por su verdadero padre comprendía que no podía lograrlo. Pasaría un tiempo de incertidumbre hasta que su amado pudiera estar tal como se merecía con ella y, a pesar de que no le faltaría sustento ni un lugar donde cobijarse puesto que viviría en la casa anexa, prefería que su nueva vida comenzara con un hijo no bastardo.

—¡Por supuesto que quiero tener a Eric a mi lado! —pronunció asombrado—. Pero pensaba que tú...

—Siempre será mi hijo, Federith. Aunque soy consciente de que tú lo amas mucho más que yo.

—No digas eso... —comentó Cooper con suavidad.

—No me avergüenzo de eso porque sé que a tu lado será más feliz que junto al mío —aclaró al tiempo que se sentaba sobre el lecho. Estaba muy cansada, demasiado para mantenerse de pie, pero todavía le quedaba lo más importante del día, hablar con Eric.

—Tengo que salir —la informó dirigiéndose hacia la puerta. No podía

entretenerla más. Su cuerpo, su rostro e incluso la forma de respirar le indicaban que ella estaba muy cansada. Debía recostarse y dormir. Ya habría tiempo para hablar sobre Eric y las necesidades de ella—. No me esperes despierta... porque...

—Márchate tranquilo, voy a quedarme en casa a descansar —respondió con una sonrisa.

—Buenas noches, Caroline.

—Buenas noches, Federith.

Y la dejó sentada sobre la cama, mirando hacia la puerta y dibujando una sonrisa infantil.

Cuando Caroline observó que Federith subía al carruaje, corrió hacia el pasillo, bajó las escaleras, ordenó que le hicieran llegar un coche alquilado y, mientras esperaba la llegada de este, pensaba en cómo sería esa vida que tanto había soñado al lado de Eric.



Federith observó su pañuelo con ternura. Aún seguían las lágrimas de Anais humedeciendo la tela. La mujer no pudo parar de llorar mientras el señor Polet le narraba la verdadera historia de su vida. En multitud de ocasiones, Anais pedía que se le explicara de nuevo aquello que confesaba Simon y este cumplía su petición con mucha paciencia. Era normal que se comportara tan desconfiada al principio porque el anciano desvelaba ciertos aspectos familiares que permanecían en un absoluto secreto. Pero después de ver el medallón de la abuela Claudine y leer las cartas que Polet guardaba como tesoros de incalculable valor, reconoció que no le estaba engañando.

—¿Volveré a ser la que fui? —preguntó aturdida—. ¿Y si no quiero tener esa vida? ¿Y si no deseo saber nada de Kingleton?

—La mayoría de las jóvenes aristócratas estarían locas por dar a conocer su procedencia —empezó a decir Polet—. Pero tú...

—Ese título está maldito para mí —refunfuñó apretando los puños y dejando que sus lágrimas bañaran el rostro.

—Eres lady Kingleton, Anais —la calmó Federith—. Y la futura señora Cooper... —le dijo en voz baja cogiéndole la mano.

A pesar de que el señor Lawford le mostró la documentación que la nombraba poseedora de todos los bienes del señor Polet, que resultaron ser

algo más elevados de los que esperaban, ella seguía incrédula. No era consciente de que podía ordenarle al servicio que le preparara esa misma noche una habitación para descansar, o que al día siguiente recogieran sus pertenencias del hogar de los condes Crowner. Anais decidió tomarse su nueva situación con calma y decidió regresar a Longher para hablar en persona con Priscila sobre su nuevo futuro. Por supuesto, Federith se encargó de llevarla sana y salva hasta la residencia. No solo para velar por su seguridad, sino también para disfrutar un tiempo a solas con ella.

En el trayecto le habló de lo sucedido en la fiesta y soltó una carcajada al describirle los rostros que mostraban sus invitados cuando se excusaban al marcharse. Anais lo escuchó atenta, agarrada a su mano mientras apoyaba la cabeza en su pecho. De vez en cuando, Federith percibía que respiraba tranquila, como si al permanecer a su lado se sintiera tan protegida que se abstraiera de todo lo que la rodeaba. Como cuando era una niña... Cooper recordó las incontables batallas a las que debía enfrentarse con Anais. Nunca prestaba atención porque sabía que él lo haría por ella. Siempre tenía que estar apartándola de los hoyos del camino, salvándola de los imprudentes cocheros o incluso de cosas tan inexplicables como la aparición de una piedra en el cielo que se dirigía hacia ella. Aquel impacto fue bastante doloroso para Federith, pero el pesar habría sido mayor si la hubiese tocado a ella.

—Milord, tiene visita —le dijo el cochero cuando abrió la puerta al llegar a Hemilton.

—¿A estas horas? —se sorprendió Federith.

Desconcertado, miró el reloj y observó que eran las cuatro de la madrugada. Salió del interior con rapidez, caminó hacia el carruaje que había en su jardín y se quedó petrificado. ¿Qué hacían allí? Rauda, subió las escaleras y antes de poder tocar la puerta, su mayordomo le abrió.

—Milord tiene... —intentó decir eliminando el temor y la sorpresa que mostraba todo su cuerpo.

—¿Dónde? —preguntó Federith quitándose la capa.

—En el salón de baile, milord. Están buscando alguna prueba...

—¿Alguna prueba? —Enarcó Cooper la ceja y miró al sirviente sin pestañear.

—Buenas noches, lord Cooper. Me alegro de que por fin haya regresado —comentó una voz desconocida para él.

—¿Quién es usted? —espetó Federith caminando hacia el desconocido.

—Soy el inspector O'Brian. —Se mantuvo frente a Cooper sin parpadear

ni extender la mano como debía hacer un caballero cuando se encontraba frente a otro, pero el agente no se basaba en absurdos protocolos, según apreció Federith.

—¿Qué busca en mi hogar, señor O'Brian? —preguntó sin amedrentarse ante un hombre tan célebre.

—¿De dónde viene, lord Cooper? —investigó el agente.

—De visitar a un conocido —respondió cortante.

—¿Suele visitar a *personas conocidas* a estas horas? —indagó mordaz el inspector.

—Podría preguntarle lo mismo, inspector. ¿Qué hace usted en mi hogar a las cuatro de la madrugada y mostrando una actitud tan insolente hacia mi persona? —solicitó enfadado.

—He venido para que me acompañe *amablemente* a Whitehall Place —contestó el hombre metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo oscuro.

—¿Por qué voy acompañarle a Scotland Yard, inspector?

—Porque usted es el único sospechoso de la muerte de su esposa —sentenció.

—¿Caroline? ¿Está muerta? —preguntó sin respirar Federith.

No podía ser cierto, aquel hombre mentía. Caroline estaba en su dormitorio descansando. Allí la había dejado antes de marcharse y allí debía estar. Aquel hombre le engañaba. Deseaba llevarlo a comisaría por otra razón.

—Eso es lo que vamos averiguar, lord Cooper. Por qué una mujer tan encantadora como su esposa ha terminado asfixiada y lanzada al Támesis. Con el frío que hace en este tiempo... ¿verdad, caballero? —dijo con un tono tan pérfido, que Federith no pudo evitar mirarlo con los ojos inyectados en sangre.

XXX



Pensó que llamaban a la puerta, pero no podía ser cierto. A esa hora nadie del servicio permanecía despierto y tampoco acostumbraban a interrumpir su sueño. William se giró hacia Beatrice somnoliento, colocó su mano sobre el vientre y lo acarició por encima el camisón. Estaba tranquilo. Aquel pequeño ser que crecía en el cuerpo de su esposa permanecía inmóvil para no inquietar a su madre.

—Bien hecho —susurró William orgulloso al comprender que todos los que rodeaban a Beatrice cuidaban de ella.

No había momento del día que no agradeciera haberla encontrado, haberse enamorado de ella y que lo aceptara pese a ser la mitad del hombre que una vez fue. Rutland cerró los ojos, inspiró el perfume de su esposa y sonrió al recordarla de nuevo en Hyde Park, con aquel vestido amarillo cubierto de barro y llorando por haber imaginado que el fallecido había sido él. Nunca pensó que una imagen tan triste le llenaría de tanto amor y tal fue así que, pese a ser observados por más de una decena de caballeros, la besó con esa pasión que le despertaba cada minuto, cada segundo del tiempo que ella permanecía a su lado. Beatrice se había convertido en todo lo que necesitaba para vivir y la llegada de sus hijos era el colofón de su felicidad. «No cambiaría nada, porque si lo hiciera no te habría encontrado», las palabras retumbaron en su cabeza con fuerza. Ella las empleó para confesarle que la amante que decidió contratar en Haddon Hall fue ella. En ese momento, William se sintió un villano, un monstruo, al recordar que, mientras ella consolaba con torpeza su necesidad sexual, sus pensamientos se centraban en una mujer, la única que lo había transformado en lo que era...

Estuvo a punto de besar el cabello de su esposa cuando escuchó que golpeaban con suavidad la puerta. No había sido un sueño, sino que ciertamente le requerían. Despacio, se deslizó por la sábana hasta poner los pies en el suelo, cogió la bata de seda negra y se la echó por encima. Primero

metió la mano que no obedecía ninguna orden y luego... la sensata, como así la denominaba. Caminó con lentitud, pero el peso de su cuerpo provocó que algunas maderas crujieran. Miró de reojo a su esposa, por suerte no la había despertado. Tenía que descansar. Necesitaba estar fuerte para el momento del parto que, para su alegría y miedo, sería pronto.

—¿Milord? —preguntó una voz tras la puerta.

William la abrió lentamente y se quedó pasmado al ver el espanto que mostraba el anciano señor Stone. Vestía con un camisón largo, no se había puesto las gafas y tal vez por eso contemplaba mejor la expresión desencajada de su rostro.

—¿Qué sucede? —inquirió Rutland cerrando tras de sí la puerta.

—¡Una tragedia, excelencia! —exclamó Brandon en voz baja—. Ha venido un sirviente de lord Cooper.

—¿A estas horas? —Entornó los ojos y los clavó en el hombre que no paraba de temblar por frío o por miedo—. ¿Para qué ha venido?

—¡Oh, milord! —volvió a decir el anciano atemorizado—. ¡El señor Cooper ha sido apresado!

—¡Apresado! —bramó William—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—El sirviente solo me ha dicho que un inspector llamado O'Brian se ha llevado a su señor hasta Scotland Yard porque piensan... —Era la primera vez en la vida que Brandon se encontraba en una situación semejante. No podía ni hablar por la tristeza y el pavor que sentía. Notaba cómo le temblaban las piernas y cómo a su vieja mano le resultaba imposible sostener el candil sin moverlo. ¡Era una catástrofe!

—¿Porque piensan...? —insistió Rutland.

—Porque piensan que ha matado a su esposa —aclaró el sirviente atónito.

Con la rapidez que le proporcionó la ayuda del señor Stone, William se preparó para salir. Su carruaje le esperaba y advirtió que el cochero mostraba la misma expresión que su mayordomo. Todos estaban consternados por la noticia de la muerte de Caroline, pero a la misma vez asustados al imaginar que Federith estuviese involucrado. Pero él tenía la certeza de que Cooper no había sido, algo en su interior le gritaba que era inocente y que debía demostrarlo lo antes posible. No dejó de pensar en la fiesta y en el altercado que sufrieron cuando Roger intentó estrangular a quien fue pretendiente de su esposa. Cuando todo pasó, Federith le confesó que Caroline le daría el divorcio por las buenas o por las malas. Sin embargo, Rutland sabía que eso

era tan solo la expresión de un hombre enfadado. Su amigo era incapaz de realizar un acto tan descabellado. Pero... ¿y los demás? ¿Y ese agente que lo apresó? ¿Por qué habían deducido que era él el asesino? ¿Habría ocurrido algo después de que Roger y él se marcharan?

Fuera el motivo que fuese, tenía que averiguarlo, necesitaba saber qué sucedió una vez que abandonaron la fiesta, pero primero requería de la ayuda de Riderland, él conocería a ese inspector y entre los dos podrían hacerlo entrar en razón.

Con paso firme, subió las escaleras que lo dirigían a la casa de Roger, tocó la puerta hasta que le recibió Anderson.

—¿Su excelencia? —preguntó el mayordomo asombrado.

—¡Llame ahora mismo al marqués! —ordenó el duque dando un paso hacia el interior de la casa.

Sin decir ni una palabra, el sirviente se apresuró a obedecer el mandato. Subió las escaleras mientras William caminaba de un lado a otro meditando cómo podría ayudar a su amigo. En cuanto escuchó los pasos de Roger, lo miró desesperado.

—¡Vístete! —le gritó—. Tenemos que ir a Londres lo antes posible.

—¿Qué sucede? —respondió Roger con los ojos abiertos de par en par—. ¿Acaso ese sinvergüenza de Wyman ha...?

—No se trata de Wyman sino de Federith —explicó rápidamente.

—¿Federith? —inquirió el marqués atónito.

—Han encontrado muerta a Caroline y creen que ha sido él —comentó Rutland apretando la mandíbula.

—¡Imposible! —gritó Roger estupefacto—. ¿Dónde está en estos momentos Federith? —preguntó entornando los ojos.

—En Scotland Yard.

—¿Qué diablos hace él allí? —escupió.

—Un tal O'Brian lo ha llevado...

—¡¿O'Brian?! —bramó Roger.

—¡Sabía que lo conocías! —exclamó aliviado—. Ese no era el que... —intentó decir.

—Sí, el mismo... —masculló el marqués mientras se giraba para regresar a su habitación—. Espérame un momento, Rutland, voy a adecentarme antes de presentarme ante ese inepto —indicó mientras subía las escaleras de tres en tres.

—Pero no podremos acceder a... —insinuó William.

—Entraremos donde nos apetezca. Y si alguien se atreve a impedirme llegar hasta donde se encuentra retenido Federith, tendrán que buscar un médico —sentenció.

William se quedó observando a su amigo hasta que desapareció. Mientras esperaba su regreso, no cesaba de pensar en una manera de salvar a Federith. Estaba seguro de que él no había asesinado a Caroline, pero tampoco tenía ni idea del nombre del posible criminal. ¿Quién habría tenido tanta maldad como para sesgar la vida de una mujer tan joven? ¿Qué plan estaría tramando la mujer para terminar de esa manera?

—¿Preparado? —preguntó Roger vestido con tan solo con unos pantalones y una camisa blanca.

—Sí —afirmó el duque al tiempo que caminaba hacia la puerta.



Federith volvió a colocar las manos sobre su rostro. No solo se encontraba confundido sino también enfadado. Su ira no tenía nada que ver con encontrarse en una de las salas de Scotland Yard, siendo interrogado por aquel que le intentaba condenar por algo que no había hecho, sino porque se sentía culpable de no haberla protegido. ¿Dónde se marchó y con quién? No le cabía duda de que ella fue en busca de alguien, tal vez de la persona que amaba, pero... ¿quién sería él?

—¿Puede repetirme otra vez dónde ha estado durante las últimas cuatro horas? —espetó O'Brian. El inspector se había quitado la chaqueta, se había remangado la camisa y apoyaba las palmas de sus manos sobre la mesa mientras clavaba sus ojos oscuros en el rostro de Cooper.

—Estuve en una reunión —respondió de nuevo Federith.

—¿Cuatro horas? ¿Quiere hacerme creer que mantuvo una reunión *secreta* durante tanto tiempo? —señaló el agente incrédulo.

—Teníamos muchos temas pendientes... —contó alzando su rostro hacia el hombre. Federith tenía la certeza de que habría utilizado todos los métodos que tuviese a su alcance para hacerle confesar algo que no había hecho, si él no hubiera dejado constancia de que era abogado y conocía sus derechos.

—¿Y entre esos temas pendientes se encontraba matar a su esposa? —preguntó alzando la voz y golpeando la mesa.

—No voy a desvelar dónde me encontraba y con quién, pero mi palabra ha de bastarle —apuntó enojado.

—¿Sabe cuántos criminales han insistido en que confíe en su asquerosa palabra, lord Cooper? —habló alzando la voz. O'Brian rodeó la mesa y se colocó frente al hombre, agarró con fuerza el respaldo de la silla donde permanecía sentado y lo apartó bruscamente de la mesa.

—Soy inocente —bramó Federith dirigiéndole una mirada desafiante—. Por mi honor como caballero no puedo desvelarle dónde estuve y quiénes fueron las personas con quien mantuve esa reunión, pero insisto en que soy inocente.

—¿No entiende mis preguntas, señor Cooper? —perseveró sin escuchar la declaración de su arrestado—. ¿Dónde ha estado las últimas cuatro horas? —tronó enfadado—. ¿Estaba con su esposa? ¿La engañó para asesinarla? ¿Fueron sus manos las que presionaron la pequeña garganta hasta fallecer? ¿Cómo pudo lanzarla al Támesis usted solo? ¿Por qué imaginó que si arrojaba su cuerpo al río no la encontraríamos? ¡Responda de una vez! —bramó.

—¡No he sido yo! —exclamó Federith al tiempo que se levantaba del asiento y se enfrentaba cara a cara al inspector.

—Y... ¿quién cree que ha podido ser, señor Cooper? —inquirió dibujando una pequeña sonrisa en su rostro por la satisfacción que sintió al ver que por fin el hombre se le enfrentaba. Solo podía retenerlos dos días, pero si lo alteraba y lo agredía, el tiempo podía alargarse una semana y sería suficiente para descubrir cómo y por qué había matado a su esposa.

Justo en el momento en el que Federith se disponía a decir que no lo sabía, la puerta de aquella habitación que olía a humedad y a podredumbre se abrió con fuerza. Cooper se quedó petrificado al contemplar unas figuras que conocía perfectamente, las de sus dos amigos.

—¿Qué hacen aquí? —gritó el agente con una mezcla de sorpresa y enfado.

—Buenas noches, inspector —habló Roger dando un paso hacia el interior—. Me alegro de verlo de nuevo... —masculló.

—¡Márchense! —bramó atónito—. ¡Esto no es de su incumbencia! — Con pasos largos y acelerados, el inspector se aproximó hacia ellos. Su cara se enrojeció por la ira y sus puños se convirtieron en dos bolas de acero.

—Su agente —empezó a decir William—, nos ha acompañado *amablemente* hasta usted para mantener una conversación.

—¿Conversación? —aulló O'Brian—. ¡Ustedes no deberían estar aquí! ¿Acaso no se han dado cuenta de que esto es una comisaría y no un club de caballeros? —vociferó con rabia.

—Mi querido O'Brian —intervino Roger con una sonrisa de oreja a oreja—, somos lores no imbéciles. Me entristece escuchar que un hombre como usted no sepa diferenciar dos conceptos tan diferentes...

—¿Por qué lo mantiene retenido? —increpó William caminado hacia su amigo.

—¿Están sordos? ¡Márchense de aquí si no quieren que se les acuse de desacato?

—Desacato... —murmuró Riderland tocándose la barbilla—. Una palabra muy aguda para un hombre que, hasta hace unos años, destruía su vida agarrado a una botella y lloriqueaba entre los brazos de la señora Johnson —añadió mordaz.

—¡Soy inocente! —gritó Federith—. Este agente piensa que maté a Caroline —explicó.

—¡Todos los criminales lo son! —dijo O'Brian mirándolo con rabia.

—Si lord Cooper afirma que es inocente, no dudo de su palabra —sentenció Rutland.

—Por supuesto... —refunfuñó el inspector entornado los ojos—. Pero usted no es un maldito juez para sentenciar su inocencia ni su culpabilidad.

—¿Dónde estuviste? —preguntó el duque obviando la pulla del inspector.

—Te juro que yo no la he matado —afirmó Cooper con solemnidad.

—Te creo, pero debes decirnos dónde has estado. Olvida de una vez por todas esa honorabilidad que te caracteriza y piensa con claridad. Si, como me explicaste, deseas comenzar una nueva vida haz todo lo posible para que se cumpla —le sugirió poniendo la mano sobre el hombro de su amigo para reconfortarlo.

—El señor Cooper mantuvo una reunión *secreta* durante cuatro horas —apuntó O'Brian de manera punzante.

—¿Con ella? —preguntó William mirando a su amigo sin parpadear. Se temía que esa era la razón por la que no había declarado dónde había permanecido. Federith no confesaba quién era ella para protegerla.

—Sí... —afirmó agachando la cabeza—. Pero no estuvimos solos —aclaró al tiempo que tomaba asiento.

—Continúa —le alentó el duque.

O'Brian no podía dar crédito a lo que veía. Había permanecido con el arrestado más de dos horas y no había obtenido ni una palabra. Sin embargo, nada más aparecer aquellos caballeros, a su prisionero parecía haberle crecido la lengua. Expectante, se cruzó de brazos y escuchó.

—No deberías haberlo traído —le susurró Roger—. Sigues siendo un inepto...

—Vuelve a hablar, Riderland, y te encerraré en el calabozo hasta que se le olvide a tu esposa que estaba casada —manifestó con firmeza.

—Inténtalo y te recordaré cómo saliste la última vez del burdel... —declaró burlón.

—Ya no tengo veinte años, marqués... —agregó O'Brian.

—Ni yo soy tan piadoso... —afirmó Roger.

—¿Quiénes estaban contigo? —insistió Rutland sin escuchar los cuchicheos del inspector con Riderland.

—Como te conté, quería divorciarme de Caroline para pedirle matrimonio, pero antes de que me aceptara decidí reestablecer su posición en la sociedad —comentó Cooper con tristeza—. Hablé con el señor Polet, el dueño de la residencia en la que vivieron los condes. Tenía la intención de adquirir la propiedad, sin embargo, no hizo falta que la comprara. El señor Polet se la legará cuando fallezca.

—¿Por qué motivo? —intervino Roger.

—Eso no puedo explicarlo porque solo le concierne a él.

—Está bien... Entonces, ¿no estabas solo? —señaló William.

—No. El señor Polet y el señor Lawford pueden confirmar mi versión —añadió.

—¿Qué hiciste después de la reunión? —continuó hablando el duque.

—La llevé a Longher y regresé a casa.

—¿La condesa viuda de Crowner puede corroborar sus palabras? —intervino O'Brian que, hasta ese momento, intentó mantenerse en un segundo lugar.

—La condesa no, pero el señor Spencer sí que puede ratificar mi declaración. Hablé con él sobre el futuro de... ella —aclaró Federith con pesar. No quería involucrar a nadie y ni mucho menos a Anais, pero, según advertía, no le quedaba otra alternativa.

—Enviaré a un agente a Fetherwall y otro a Longher para verificar su testimonio —comentó O'Brian con aspereza—. Pero hasta que no lo confirmen tendrá que permanecer en Scotland Yard.

Odiaba a los aristócratas. Los odiaba profundamente. Pensaban que estaban por encima de la ley y aquella situación confirmaba su creencia. Hasta el momento en el que el duque y el marqués se presentaron, el preso no había dicho ni una palabra, sin embargo, al verlos parecía que había recobrado la memoria y las ganas de conversar. «¡Malditos petulantes!», pensó.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó William.

—Dos días —respondió O'Brian mientras les acompañaba hacia la puerta.

—¿Y si descubrimos nosotros quién la asesinó? —intervino Roger.

—¿Tiene que confesarme algo interesante, Riderland? —preguntó O'Brian entornando los ojos.

—Podría ser... —reflexionó el marqués—. ¿Qué tiene pensado hacer en las próximas horas, inspector?

—Mucho me temo que seguirle... —refunfuñó el agente.

—¿Es que no le apetece atrapar al verdadero criminal y liberar a un inocente? —añadió divertido.

—Si te burlas de mí... te juro por Dios que ocuparás el asiento de tu amigo —le amenazó.

—¿Quiere encerrarse en un cuarto oscuro y húmedo conmigo? —preguntó guasón al tiempo que enarcaba las cejas—. Recuerde cómo...

—Roger... por favor —rogó Rutland—. ¿Estás seguro de que él es el asesino de lady Cooper? —preguntó a Roger mientras subían las escaleras hasta llegar a la oficina de la comisaría.

—Estoy seguro de que ha sido ese canalla —afirmó tajante.

—Pues intentemos averiguar dónde ha permanecido el vizconde de Gremont después de marcharse de la residencia Hemilton —dijo mordaz el duque.

—¡Oh, sí! —exclamó Roger entrecerrando los ojos—. Hagamos que esa rata nos deleite con su bello cantar.

—¿Debo preguntar cómo suponen que el vizconde de Gremont es el autor de la muerte de la señora Cooper? —preguntó O'Brian mirando a ambos caballeros.

—Porque era su amante —declaró Rutland.



Despacio, para no despertarla, Eric se deslizó por la cama hasta que pudo poner los pies en el suelo. Aunque ella le había rogado que no la abandonara después de quedarse dormida, todavía no soportaba pasar la noche entera a su lado. Le encantaba disfrutar de un sueño plácido, tranquilo y sin nadie que pudiera asaltarlo en mitad de la noche con palabras ñoñas o susurros absurdos. Se puso la bata de raso rojo y caminó despacio por la habitación hasta llegar al tocador de April. Tenía el cabello alborotado, debido al detestable deseo de su esposa en acariciarlo mientras la fornicaba, y la típica mirada cansada que mostraba tras el esfuerzo. Nunca imaginó que su esposa fuera la mujer más insaciable que había tenido hasta el momento. Se comportaba, para su placer, mejor que cualquier ramera experimentada del burdel de la señora Johnson.

La miró de reojo y sonrió. La suerte estaba de su lado y le presentaba, en una bandeja de oro, todo aquello que había soñado en el pasado; una mujer completamente entregada a él, fortuna, posición y poder. ¿Acaso había algo que no pudiera alcanzar? Volvió la mirada hacia el espejo y entornó los ojos. Se acercó un poco más y observó un alargado y fino arañazo. «¡Bastarda hija de puta!», gruñó enfadado. ¿Cuándo le había cortado su delicada piel? Ofuscado, se giró hacia la cama y estuvo a punto de despertarla para castigarla por haber osado marcarlo, cuando se quedó parado. «¡No ha sido ella!», dedujo al advertir que las uñas de su esposa estaban perfectamente cortadas. Se agarró al dosel de madera, posó la frente en él y cerró los ojos intentando averiguar en qué momento Caroline le había arañado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó entre susurros April. Apartó la sábana y caminó como una felina por la cama hasta acercarse a su esposo.

—Sí —respondió alargando su mano derecha hasta que alcanzó la mejilla de la mujer y la acarició con ternura—. Solo estoy fatigado por... —Agachó la cabeza, acercó su boca al oído de la mujer y le susurró—, por follarte, querida.

Eric sonrió al descubrir que los pezones de su esposa volvían a ponerse duros por debajo del camisón.

—Eres insaciable... —murmuró metiendo la mano en el escote para tocarlos—. Pero debes dejarme descansar un poco. Te prometo que cuando regrese te haré gritar de nuevo —declaró mientras apretaba el pezón derecho con tanta fuerza que April se sonrojó—. ¿Me esperarás? —preguntó acercando su boca a la de ella.

—Sí... —gimió ella.

—Muy bien...

—¿Podrías? —intentó decir la mujer.

—¿Podría? —repitió Eric presionando con más fuerza.

—Podrías disfrutar del regalo que te trajo mi padre esta mañana — señaló.

—¿Tu padre me ha hecho un regalo? —Se retiró de ella y enarcó las cejas.

—¿A qué viene ese asombro? —preguntó April volviendo a la cama—. Has aceptado su acuerdo y le he confesado que ahora visitas mi lecho para satisfacerme. Es lógico que quiera recompensarte con un carísimo y delicioso Bourbon.

—¿Cómo puedes ser tan descarada? —inquirió Eric divertido al saber que su querido suegro era consciente de todo lo que ocurría en su casa y que April se lo explicara. ¿Le hablaría de cómo se arrastraba por el suelo como una perra? ¿Le comentaría cómo follaba su boca? No, por supuesto que eso se lo guardaría para ella.

—¿No quieres que sea sincera con mi padre?

—Espero que no le hables de ciertos actos que...

—¡Ni se me ocurriría! —exclamó ruborizada—. ¿Cómo te atreves a pensar que yo...? —balbuceó horrorizada por la vergüenza.

—No te lo impediría... —le dijo mientras se dirigía hacia la puerta—. Así descubriría que no solo poseo a su hija, sino que dominaré todo lo que un día fue suyo —declaró antes de cerrar.

En cuanto se apartó de la mirada de April se llevó la mano hacia la herida. No era muy profunda y si utilizaba pañuelo en vez de corbata, ocultaría la marca hasta que sanara. Deprisa, bajó las escaleras y caminó hacia la biblioteca. Como un niño la mañana de Navidad, buscó en la licorera la botella que le había regalado Norman. Cuando la encontró, la cogió y soltó una sonora carcajada al ver la etiqueta. Sin duda alguna el anciano tenía buen gusto y aquel Bourbon estaba bastante codiciado en Londres. «Bebida de reyes...», murmuró mientras se servía una copa. Como un diestro catador, se llevó el vaso a la nariz, lo olió muy despacio, dio un pequeñísimo sorbo y, cuando sus pupilas gustativas detectaron el sabor, acercó la copa a sus labios y se la bebió de un trago.

—¡Magnífico! —exclamó mientras volvía a llenar su vaso.

Caminó con lentitud hacia el sillón, tomó asiento y mientras admiraba el

color del licor intentó averiguar en qué momento Caroline le había herido. Solo esperaba que aquella herida se cicatrizase lo antes posible sin dejar ninguna marca en la piel porque si así era, le resultaría muy desesperante contemplarla y acordarse de ella. Todo había terminado... Sí, para él la joven Caroline Cooper se había eliminado de su memoria.

—¿Quién era? —empezó a hablar como si alguien permaneciera a su lado hablándole de la inesperada muerte de la muchacha—. ¡Oh, qué tragedia! Nos invitó a su fiesta, pero no la conocía. Claro está, no tuvimos más remedio que asistir... —habló con desdén—. ¿Muerta? ¿Cómo? ¿Quién la ha asesinado? ¡Pobre hijo! ¿Ha sido el señor Cooper? ¡Qué Dios sea misericordioso!

Y después de tanta palabrería, Eric soltó otra enorme carcajada. Sí, ese sería el final del honorable y virtuoso lord Cooper. Mientras él gozaría de la vida que siempre deseó, aquel noble y digno caballero, que hacía sombra a todos aquellos que no eran capaces de ser tan respetables como un maldito e indigno barón, se moriría en la cárcel por el asesinato de su querida Caroline. Entusiasmado y sintiendo cómo la felicidad recorría sus venas hasta el punto de querer gritar, se bebió el whisky.

—¡Un poco más! —exclamó tras chasquear la lengua.

Se levantó y, una vez que estuvo frente a la bebida, decidió llevársela con él. En poco tiempo no tendría que contenerse para adquirir todo aquello que ansiara. Fuera lo que fuese, lo conseguiría en la cantidad que deseara sin importarle ni por cuánto ni cómo lo adquiriría. Estaba a punto de carcajearse de nuevo cuando tocaron a la puerta. Eric se quedó callado durante unos segundos pensando que su propio escándalo y la ingesta del licor le estaban provocando alucinaciones, pero no, alguien permanecía detrás de la puerta esperando a que él le invitara a pasar.

—Milord... —dijo el mayordomo haciendo una leve genuflexión.

—¿Qué haces todavía aquí? —soltó airado Eric—. ¿No te dije que te marcharas?

—Milord... he de insistir que... —intentó hablar el sirviente.

—¿No pretenderás chantajearme, verdad, malnacido? —bramó—. ¿No tienes suficiente con la bolsa que te he dado? ¿Quieres más?

—Milord, por favor... necesito...

—¡No necesitas nada, imbécil! —aulló. Se tomó lo que se había servido y caminó con los ojos inyectados en sangre hacia el lacayo—. ¿Quieres correr la misma suerte? —escupió—. Porque estas manos... —Se las mostró—,

tienen la suficiente fuerza como para dejarte a ti también sin aire —declaró apretando los dientes—. Según dicen, los hombres se asfixian con más facilidad que las mujeres y no me importaría...

—¿También tienen sus manos la fuerza suficiente como para arrojarlo al Támesis? —dijo Roger entrando en la habitación con tanta rapidez que el vizconde no tuvo tiempo de hacerle frente. Cuando quiso darse cuenta, las grandes palmas del marqués presionaban su propia garganta.

—Lo... lo... le... milord... —balbuceó el mayordomo atónito.

—¿Esto es lo que buscabas, O'Brian? —gritó Riderland sin soltar del cuello a Eric.

—Mucho me temo que no sé a qué se refiere, excelencia —comentó O'Brian con el mismo sarcasmo que había utilizado el marqués—. Solo veo una maldita rata que debe ser aniquilada antes de que propague la peste por todo Londres. ¿No le parece?

—Por una vez, mi querido inspector, estamos de acuerdo —comentó Roger bajando lentamente al vizconde—. ¿Creíste que nadie te encontraría? —masculló.

—¿De qué se me acusa? —preguntó pálido al agente—. No he dicho nada y ustedes no han comentado nada. Solo...

William, que hasta el momento había permanecido en la puerta hablando con el tembloroso sirviente indicándole qué debía hacer antes de confesar en comisaría, se puso rígido y caminó con solemnidad hacia el vizconde. Roger se apartó al ver que su amigo se acercaba al cretino y dibujó una enorme sonrisa al ver cómo la actitud poderosa de William no había mermado ni un ápice a pesar de mantener su brazo unido a su chaqueta por una ancha trabilla. El color oscuro de sus ojos, la presión de la mandíbula, la mano agarrada con fuerza al puño del bastón y el sonido de sus zapatos tocando el suelo causó que todos los presentes aseguraran que el duque de Rutland continuaba siendo una persona solemne y temible.

—Voy a velar para que cada año, cada mes, cada semana, cada día y cada hora que le quede de vida se pudra en el agujero en el que ha pretendido meter a un hombre inocente —amenazó—. Espero que Dios sea lo suficientemente justo como para que los hijos de mis hijos prosigan con mi legado.

—¡Soy inocente de todo lo que se me quiera acusar! —clamó Eric acercándose indebidamente al duque.

—Da un paso más y te mato aquí mismo —rugió Roger. Cuando intentó

avanzar, O'Brian se lo impidió.

—Dejen de una vez por todas que la justicia se ocupe de esto —habló acercándose al vizconde—. Señor Graves...

—¡Lord Gremont! —le corrigió Eric enojado. Echó varios pasos hacia atrás y cogió la botella que había estado vaciando hasta la aparición de aquellos que le miraban como si considerara usarla como un arma y atacarlos. Se la llevó a los labios y bebió el resto del licor.

—Lord Gremont, le indicaré a un sirviente que le asista antes de marcharnos a Scotland Yard. ¿No he de explicarle de qué se le acusa verdad? —Fijó sus verdes ojos sobre el vizconde. Al negar con la cabeza, O'Brian sonrió—. Caballeros... —Se dirigió a William y Roger—, dejémosle un poco de intimidad.

Los tres caminaron hasta el *hall* sin apartar las pupilas de lo que sucedía a su alrededor. Los sirvientes se movían inquietos por la casa, murmuraban y pasaban por allí sin subir la mirada. De repente, una mujer en camisón y con el pelo suelto bajó apresurada por las escaleras.

—¡Eric! ¡Eric! ¿Qué sucede? —gritaba asustada—. ¿Dónde estás?

O'Brian corrió hacia ella e indebidamente le cogió de la cintura para que no alcanzara la puerta donde el vizconde se vestía.

—Disculpe mi osadía, señora. Usted no puede hablar en estos momentos con su esposo porque ha de ser juzgado...

—¿Juzgado? —soltó sorprendida. Se volvió hacia el agente que, extrañamente, no había apartado sus manos de la cintura de la mujer.

—Su marido será juzgado por asesinato —le soltó a bocajarro.

—¿Asesinato? ¡Mentira! ¡Eric no es capaz de matar a nadie! —bramó enfrentándose al agente.

—Señora, por favor... —insistió O'Brian soportando en su pecho los golpes de los puños de April.

—¿A quién? ¿A quién se supone que ha matado mi esposo? —insistió vociferando.

—A lady Cooper —informó el inspector.

Cuando April escuchó el nombre de la amante de su esposo aflojó los golpes y sintió cómo no solo perdía la fuerza de sus manos, sino también de sus piernas.

—¡Lady Gremont! —exclamó O'Brian cogiéndola con rapidez entre sus brazos—. ¿Pueden ayudarme? —les dijo a William y a Roger que permanecían inmóviles en la entrada.

—Lo siento... Si mi esposa descubre que he tenido a otra mujer en mis brazos pronto la tendrá en su comisaría... —dijo divertido el marqués.

—Me encantaría ayudarle, inspector, pero como ha comprobado solo tengo una mano obediente —habló William con un tono tan serio que no mostró en sus palabras el sarcasmo que intentó expresar.

—¡Señor! ¿Qué le pasa? ¡Milord! ¡Respóndame! —voceó el sirviente que había entrado en el cuarto para atender al vizconde—. ¡Ayúdenme! —pidió.

Tanto Roger como William corrieron para averiguar qué sucedía. Tras abrir la puerta encontraron al vizconde tirado en el suelo medio vestido y al sirviente agarrándole la cabeza.

—Ha empezado... toda esa espuma... —intentó decir el lacayo asustado.

Cuando Roger se colocó al lado de Eric para averiguar qué le sucedía, el cuerpo del vizconde comenzó a zarandearse de manera espasmódica. Por su boca brotaba una espuma blanca que no tenía fin y los ojos se movían sin control.

—¿Qué le ha dado? —bramó Riderland al sirviente.

—Nada, excelencia, se lo prometo. No me ha dejado vestirlo hasta que se ha tomado todo el licor de esa botella —le señaló el lacayo con la mano temblando.

—¿De dónde ha salido esa botella? —preguntó el duque entornando los ojos en ella.

—Se la regaló el señor Campbell, el padre de la señora... —confesó.

Roger se levantó y miró a William. Ambos tenían claro qué había pasado, pero... ¿sería justo no decir la verdad? ¿Estarían condenados si no desvelaban qué había hecho el anciano para salvar a su hija?

—¿Qué ha ocurrido? —tronó O'Brian entrando en la habitación después de haber dejado a la esposa del vizconde en su alcoba.

—Por lo que he podido comprobar, inspector, ese bastardo no tenía duda de que se le culparía de la muerte de lady Cooper y tramó también la suya —comentó Rutland.

—¡Maldita aristocracia! —bramó O'Brian mirando con repulsión el cuerpo sin vida del vizconde—. No tienen el valor suficiente para enfrentarse a sus acciones.

—Me lo tomaré como un cumplido —apuntó Roger.

—¿Cuándo lo liberará? —preguntó William preocupado por cómo estaría

afrontando Federith la incertidumbre de no saber qué le ocurriría.

—¿A quién? —gruñó el inspector.

—Al inocente que retiene en Scotland Yard —puntualizó William serio.

—En cuanto regrese a comisaría —contestó el agente.

—Pues si no le importa, estaremos encantados de acompañarle —dijo Roger invitándole a salir de allí—. Cómo ha podido observar, hay demasiados peligros en esta ciudad y ni el duque ni yo podemos permitir que le suceda nada malo...

XXXI



Anais no podía parar de temblar. Las lágrimas vagaban por su rostro y se frotaba las manos tanto, que terminaron enrojeciéndose. Desde que el futuro conde Crowner le informó del motivo por el que un agente de Scotland Yard había aparecido a horas inapropiadas en Longher, apenas había podido comportarse con normalidad. No podía creer que alguien pudiera culpar a Federith por la muerte de su esposa y ni tampoco entendía la razón por la que no había intentado pedir ayuda al señor Spencer o a ella misma puesto que, como indicó el agente, había confesado que la última persona que permaneció con él fue una mujer. ¿Por qué no había dado su nombre? ¿Es que no confiaba en ella? ¿Pensaría que ante una situación tan espantosa rehusaría a defenderlo? Anais suspiró mientras se reclinaba en el carruaje y miró hacia la calle. ¿Cómo podía pensar así de Federith? Nada de lo que sopesaba era cierto porque ella, mejor que nadie, conocía que él había actuado así para protegerla. Si no había desvelado a nadie su nombre era para salvaguardarla de toda la humillación que padecería cuando el escándalo saliera a la luz.

Pero ella no se iba a mantener sentada mirando a través de la ventana esperando a que alguno de sus amigos apareciera en Fetherwall para informarla de que Federith se moría en una prisión. ¡No! ¡Y si pensaba hacer tal tontería estaba muy equivocado! Podía vivir soportando la pena de haber perdido a su madre, a su abuela y podía repetir todas las vivencias que padeció junto a su padre cuando no tenían nada que llevarse a la boca, e incluso pasaría de nuevo por el terror que la invadió cuando pensó que la entregaría como prostituta en cualquier burdel, pero jamás podría superar la pena de perderlo de nuevo... Ya no. Lo quería tanto que estuvo a punto de decirle que evitara la humillación social que supondría su divorcio y la convirtiera a ella en su amante. Sin embargo, no la habría escuchado... Ese nuevo Federith que se enfrentaba al mundo con una valentía impensable en el

muchacho que conoció prefería morir a desvelar el nombre de la mujer que podía salvarle.

Pero él no podía prohibirle que ella actuara por decisión propia, ni que su abuelo la respaldara en tal determinación. Anais miró a Simon de reajo y sonrió. El pobre anciano se negó a quedarse acostado en la cama cuando le informó que Federith estaba retenido porque le culpaban del asesinato de su esposa, y que ella iba a salvarlo aunque tuviese que enfrentarse a todos los agentes de Scotland Yard.

—¡Amie! —gritó a la sirvienta—. ¡Dile al hijo de la señora Melt que suba a mi alcoba ahora mismo! —le ordenó con una energía impropia de un moribundo.

—¿Qué pretende hacer? —le preguntó con los ojos abiertos como ventanas.

—¿Qué pretendo hacer? —repitió Simon atónito—. ¡Debemos sacar a ese cabezota de ahí! —exclamó con firmeza—. Ese hombre es más testarudo de lo que imaginé.

—No se enfade con él. Creo que la razón por la que no ha desvelado mi nombre ha sido para protegerme... —dijo Anais agachando la cabeza para que su abuelo no descubriese el sonrojo de sus mejillas.

—Estoy enfermo, chiquilla, no ciego... —indicó el anciano apartando la sábana de su cuerpo—. Sé la razón por la que lord Cooper no ha puesto tu nombre en sus labios.

—¿Por qué? ¿Tan evidente es? —preguntó Anais colocándose al lado del anciano para ayudarlo.

—Tu madre me comentó que desde niño ya estaba enamorado de ti, pero que erais demasiado jóvenes para daros cuenta y para actuar como adultos.

—Nunca pensé que madre estuviera tan atenta de mí... —dijo con tristeza.

—Ella velaba por ti como podía, Anais, e incluso te protegió cuando te escapabas con el joven Cooper por la ventana.

—Lo sabía y nunca le importó... —comentó reflexiva.

—Ella no tenía ninguna duda de que el futuro barón de Sheiton sería, algún día, tu esposo. Ella decía que jamás brillaron dos estrellas en la noche con tanta fuerza como para apagar la luz que vuestros ojos mostraban cuando estabais juntos —confesó—. Y tenía razón porque, como puedes

apreciar por el comportamiento de ese cabezota, es incapaz de salvarse si de ese modo ha de perjudicarte.

—Pero ese cabezota no ha pensado que ya no soy la niña a la que debía proteger de todo lo que la rodeaba. Ahora soy una mujer y...

—Y tienes un abuelo que apoyará todas las locuras que desees hacer —añadió el anciano divertido.

—¡Gracias! —exclamó Anais con lágrimas de emoción abrazando al anciano.

—No me las des todavía, pequeña. Primero vamos a salvar a ese distinguido lord y después, cuando hayas calmado ese miedo que te hace temblar, nos tomaremos una copa junto al fuego y aceptaré ese agradecimiento —explicó acariciando la espalda de su nieta para reconfortarla.

Y allí estaba, sentado sobre almohadas y cubierto de mantas, el hombre que la salvaría de la pobreza y quien se había afanado en reestablecer su posición en la sociedad... Su abuelo... ¡Tenía un abuelo maravilloso! Y no le cabía la menor duda de por qué su abuela Claudine se había enamorado de él. Era un hombre muy diferente a quién creyó su verdadero abuelo. Allí donde el barón de Rossei se comportaba como un huracán, arisco, déspota y frío, Simon era todo ternura y comprensión. ¿Qué habría sido de su abuela si no se hubiera casado con el barón y hubiese aceptado la proposición de Simon? ¿Su madre aún seguiría viva? ¿Y ella? ¿Habría nacido para conocer al hombre que amaba? No, no lo habría visto jamás porque se habría alterado el destino... Así que sus abuelos tuvieron que sacrificar su romance para que ella obtuviera el suyo...

—Ni se te ocurra entrar tú sola en esa comisaría llena de criminales —le advirtió el señor Polet cuando el carruaje se detuvo—. Deja que Brad informe de nuestra aparición. Si el tal inspector O'Brian mandó un agente a mi casa, ha de comprender que ahora sea yo quien requiera su presencia.

—Pero... —intentó decir.

—Anais, puedo permitirte hacer muchas cosas que las mujeres de tu posición no podrían ni soñar, pero te ruego que no entres ahí —le suplicó cogiéndole la mano y apretándola con fuerza.

—Está bien, no me moveré de aquí —prometió dibujando una sonrisa.

—¿Señor? —preguntó Brad al abrir la puerta.

—¿Puedes entrar y buscar a un inspector que se llama O'Brian? —

solicitó Simon—. Dile que el señor Polet le está esperando en el interior de su vehículo.

Brad afirmó y, tal como le ordenó, cerró la puerta antes de dirigirse al interior de la comisaría. Mientras tanto, abuelo y nieta permanecieron en silencio con las manos agarradas y rezando para que aquel hombre no se negara a presentarse ante ellos. Cuando escucharon pasos, cuando en mitad del silencio oyeron cómo alguien se aproximaba al vehículo, los dos contuvieron el aliento y cerraron los ojos.

—¡Anais! —gritó Federith al ver que ella se encontraba en el interior con el señor Polet.

—Fed... Federith —exclamó al tiempo que saltaba sobre él—. ¡Oh, Fed! ¡Estás libre! ¡Estás libre! —chillaba eufórica mientras Federith la hacía girar en mitad de la calle.

—No deberías estar aquí, cariño —le susurró después de hacer que sus pies volvieran a tocar el suelo. Atrapó su rostro entre sus palmas y estuvo a punto de besarla, pero desistió al ver que no se encontraban solos—. William... —dijo acercándose al duque con Anais de la mano—. Ella es Anais Price.

—Encantado de conocerla, señorita Price —comentó el duque extendiendo su mano hacia la mujer—. He oído hablar mucho de usted.

—Y yo de vos, excelencia —indicó Anais alargando su mano para que el duque se la besara al tiempo que hacía una leve reverencia.

—Nosotros ya nos conocemos... —añadió Roger divertido.

—Lord Riderland... —saludó Anais al marqués con una pequeña genuflexión.

—Señor Cooper... —dijo Simon después de toser tanto que parecía que tenía un verdadero ataque de tos.

—Señor Polet —habló Federith cogiendo, sin darse cuenta, a Anais de la mano.

—Veo que ya no necesita nuestra ayuda... —comentó sin apartar los ojos de aquel gesto entre ellos.

—Sí, señor. Han encontrado al hombre que sesgó la vida de mi esposa y me han liberado —explicó apretando con fuerza la mano de Anais mostrándole, con aquella presión, que la palabra esposa no tendría el mismo significado ni sentimiento cuando la convirtiese en la señora Cooper.

—Le felicito —dijo el anciano con tono solemne—, aunque también he de darle mis más sinceras condolencias —se corrigió con rapidez.

—Gracias, señor —respondió entornando los ojos y mirando con suspicacia al anciano. Intuía que iba a decirle algo que no le agradaría.

—Me temo que tendrá que descansar antes de preparar el funeral de su esposa, ¿verdad?

—Sí, señor —afirmó tras suspirar.

—Y tendrá que mantener el tiempo de luto apropiado, ¿cierto?

—Sí, señor —volvió a asentir apretando los dientes.

—Bien, pues cuando haya pasado ese período de duelo, le estaré esperando en Fetherwall si sigue interesado en pedir la mano de mi nieta —comentó con la solemnidad propia de un hombre de la nobleza.

—¡Abuelo! —le recriminó Anais—. ¿Cómo puedes...?

—Tiene razón —indicó Federith llevando esa mano a su boca para besarla—. No puedo sumergirte conmigo en esto, debes brillar y disfrutar de la vida que no has tenido hasta el momento. Cuando termine mi tiempo de luto, iré a Fetherwall y te preguntaré si continúas...

No terminó esa solemne exposición, Anais se empinó para besarlo delante de todos aquellos que la acompañarían en su nueva vida.

—Te amo, Federith Cooper, futuro barón de Sheiton —le susurró cuando su boca apenas se alejó de la del hombre—, y te amaré siempre porque mi corazón te pertenece. Creo que nunca ha sido mío...

Los ojos de Federith brillaron por las lágrimas, intentó hacerlas desaparecer, pero no pudo evitar que se derramaran por sus mejillas. Anais posó sus manos temblorosas sobre el rostro que amaba y se las secó con los pulgares.

—Te amo, Anais. Te amo tanto que soportaré esos seis meses y todo el tiempo que requieras hasta que decidas vivir a mi lado.

—Porque un verdadero amor... —empezó a decir Anais acercando sus labios a los de él.

—No desaparece con el paso del tiempo... —terminó Federith.

Y volvieron a besarse con tanta pasión que los brazos de Cooper rodearon la cintura de la mujer mientras ella levantaba ese descarado pie.



Anais miraba a través de la ventana de su dormitorio; había llegado por fin el día en el que Federith entraría en Fetherwall y le pediría a su abuelo

permiso para casarse con ella. Nunca había pasado una noche tan inquieta pensando en cómo debía actuar. Por suerte, Simon no se basaba en rígidos comportamientos protocolarios y la dejaba libre para actuar tal como deseaba. Sin embargo, se encontraba igual de desconcertada y asustada que una jovencita en su primer baile social. ¿Cómo debía actuar? ¿Tendría que permanecer encerrada en su dormitorio hasta que su abuelo la hiciera llamar? ¿Le dejaría Simon escuchar las palabras que utilizaría Federith para pedir su mano? Se llevó las manos al corazón e intentó sosegarlo con respiraciones pausadas, pero... ¿cómo se puede tranquilizar un corazón cuando es consciente de que su dueño pronto aparecerá?

Anais inspiró hondo y rezó por el alma de su madre y de su abuela, unas mujeres que dieron su vida para salvar la de ella. «Madre...», susurró mientras una lágrima brotaba. Cerró los ojos e intentó recordarla, pero justo en ese momento escuchó cómo los sirvientes empezaban a correr por la casa. Fijó los ojos en el exterior y sonrió al descubrir que el carruaje de Federith estaba cerca del viejo árbol. En apenas cinco minutos él estaría allí. Su corazón latió con fuerza llamando a su dueño. Sus manos comenzaron a sudar y notó cómo la emoción y la alegría le presionaban el pecho. Había llegado, el momento más esperado de su vida había llegado al fin.

—Señorita Price... —llamó la doncella cuando entró en la habitación—, lord Cooper acaba de llegar y sería conveniente que lo recibiera vestida con algo más elegante, ¿no cree?

—¡No me importa recibirlo en camisón! —exclamó Anais corriendo hacia la puerta.

—¡Señorita! —exclamó Amie atónita—. ¡Por el amor de Dios no lo reciba de ese modo!

Pero Anais no la escuchó. Corrió por el pasillo hasta que llegó al rellano. Miró hacia la entrada y observó cómo le ofrecía el sombrero y la capa a Brad, convertido en mayordomo cuando se jubiló este. El pecho de Anais subía y bajaba por la excitación de tenerlo allí, de ser consciente del cambio que daría su vida y de tener la certeza de que todavía seguía amándola. Pese a no poder verse durante los meses de luto, él estaba allí... por ella.

Cuando Federith levantó la mirada y contempló a Anais en camisón, con el pelo suelto y mostrando un rostro de sorpresa al verlo, tuvo que respirar varias veces para no subir las escaleras y abrazarla como había añorado durante los meses que permaneció enclaustrado en su hogar. Era cierto que se habían escrito todos los días y mientras él le narraba las hazañas del pequeño

Eric, ella le hablaba de cómo reconstruía la casa en la que había crecido y cómo la fortaleza de Simon aumentaba inexplicablemente. «Es un milagro...», decía el médico cada vez que lo visitaba.

—Milord... —rompió el silencio Brad al ver que ambos se habían quedado tan petrificados al verse, que no eran capaces de hablar, de moverse o de apartar aquella mirada de complicidad—. El señor le espera en la biblioteca.

—Gracias... —respondió. Estaba a punto de dirigirse hacia el salón cuando advirtió que Anais deseaba bajar—. Para, te lo suplico —le dijo—. Si bajas, Anais, no estaré en condiciones de poder hablar con tu abuelo.

—Lo... siento... —dijo divertida—. Te esperaré aquí... Si mi abuelo te concede mi mano, por supuesto —comentó perversa.

—Por supuesto —repitió Federith dibujando una inmensa sonrisa en el rostro.

Con paso firme y solemne, Cooper caminó hacia la biblioteca donde le esperaba el señor Polet. Al llamar y ser aceptado, abrió la puerta. Una vez que accedió al interior de la reconstruida biblioteca, Federith descubrió con satisfacción que el anciano permanecía sentado en un sillón, con un libro en sus manos y mostrando un aspecto inmejorable. Atrás habían quedado aquellos grasientos mechones blancos. Ahora lucía un cabello peinado, cortado y apenas se observaba la piel de su cabeza. Tal como le había contado Anais en sus cartas, el anciano había mejorado su salud milagrosamente. Y, por supuesto, ya no recibía a las visitas en camisón, sino con un elegante traje oscuro. Según podía apreciar, la costumbre del pijama ya había pasado del abuelo a la nieta...

—Señor Polet —le dijo extendiendo la mano hacia el anciano—. Me alegra observar que se encuentra en un estupendo estado de salud.

—Y a mí me alegra verlo aparecer por nuestra casa —respondió aceptando esa muestra de afecto y saludo.

—Ya le dije que jamás podría olvidarla. ¿Qué son seis meses para alcanzar el mayor deseo de toda una vida?

—¿La harás feliz? —preguntó Simon casi sin voz debido a la emoción—. ¿La protegerás? ¿Cuidarás de ella y de los hijos que nacerán de vuestra unión?

—No tengo otro propósito que hacerla feliz el resto de nuestras vidas. La protegeré hasta el punto de morir por ella y cuidaré no solo de los hijos con los que Dios nos bendiga, sino también del que apporto yo a este

matrimonio —declaró con firmeza.

—Eric, ¿verdad? —preguntó el anciano enarcando las cejas.

—Sí —afirmó con rotundidad.

—¿Él podrá aceptar a una mujer que no es su madre y respetarla como tal? —se interesó Simon.

—En mi hogar solo habrá una esposa a la que amar y una madre a la que adorar —dijo con tanta seguridad que no hubo resquicio alguno para la duda.

—¿Has traído el anillo? —consultó Simon—. Creo que para estos casos necesitas uno si quieres pedirle que se case contigo.

—He traído *su* anillo —recalcó Federith metiendo la mano en el bolsillo para sacar una cajita.

—¿*Su*? —se interesó Simone.

—Cuando Anais se marchó y me dejó como regalo el reloj con la inscripción, no tuve dudas de que ella sería la única mujer que querría a mi lado, así que la misma mañana que los condes se marcharon de Londres yo fui a una joyería con mi amigo el duque de Rutland y le compré un anillo —se lo mostró—. Desde entonces, ha estado guardado en la caja esperando a su dueña.

—¡Federith! ¡Federith! —gritó Anais llorando en la entrada después de escuchar las palabras de su amado.

—Señorita Price... —intentó decir Federith mudo por la emoción. Se arrodilló frente a ella, levantó la mano donde guardaba el mayor tesoro de su vida y se lo mostró—. ¿Me haría el inmenso honor de convertirse en mi esposa?

—Sí... —murmuró Anais sin poder hablar.

No podía calmarse al ver lo que le ofrecía su futuro esposo. Porque no había una manera más contundente de expresarle su amor que entregándole *ese* anillo. ¿Cómo podía haber prestado tanta atención en ella? ¿Cómo había guardado en su cabeza cada mísero detalle de lo que ella le contaba? Porque aquello que lo uniría para siempre era una muestra de eso... Una de las tantas noches que se habían escapado, él le preguntó cómo sería su anillo ideal de pedida y ella le respondió que de oro blanco con un hermoso topacio de color ámbar. Cuando él se interesó por la razón de ese color, ella le dijo que era el color de los ojos de su madre y que, de ese modo, jamás la olvidaría. Y allí tenía lo que había deseado para un día tan importante. Cooper se levantó, cogió el anillo y lo puso en el dedo de Anais.

—Por fin está en el lugar que le corresponde... —declaró feliz. La miró

a los ojos y le susurró—: Te quiero, mi querida Anais Price.

—Yo también te quiero... —murmuró antes de acercar su boca hacia la de él—. Te quiero tanto que padecería mil veces las penurias que sufrí para poder vivir el resto de mi vida a tu lado... —Y lo besó.

Seis meses después...



—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

Tenía dudas sobre lo que sucedería después de que el señor Lawford abriera la puerta y entregara a su hermano los documentos firmados. Era una locura, aunque Roger y Evelyn parecían muy seguros de esa decisión, él temblaba como un niño asustado. Era cierto que había cambiado su actitud desde que mantuvo la conversación con Federith, pero no sabía si con eso bastaba. Cooper le hizo entender que daba igual la sangre que corriera por sus venas, la actitud de un caballero y la honorabilidad de un hombre no estaban marcadas por la mezcla de esa sangre, sino por la labor que uno mismo realizaba día a día. Desde ese momento sopesó en quién quería convertirse y la respuesta surgió con rapidez, en su hermano. Para él, Roger era un ejemplo a seguir. Nadie podía compararse con el actual marqués de Riderland. Pese a que no era admirado y aceptado por sus análogos, jamás vio en su rostro ni un ápice de resquemor. Al contrario, se reía de aquellos que se vanagloriaban por las calles de la ciudad como si fueran una única estirpe de pavos reales.

No había un solo día que descansara, solo las noches junto a su esposa lo apartaban de su deber laboral. Sí, trabajaba muchísimo para la gran familia que había creado. Pero a pesar de todo su esfuerzo, de los sacrificios que realizaba para sostener a esa gran familia, jamás escuchó de su boca un reproche hacia alguna persona de las que vivían en Children Saved. ¿Qué noble aceptaría alimentar y cuidar a los vástagos de su padre? Nadie. Pero Roger era diferente, para el marqués todos eran sus hermanos legítimos y para cada uno de ellos hubiese deseado el mismo futuro, aunque, para su padecer tuvo que conformarse con dar el apellido Bennett y la posición pertinente a Natalie y a él.

—¿No quieres poseer el barco? —preguntó Riderland a su hermano con asombro—. Siempre he creído que sería el mejor regalo para ti.

—Es cierto, lo quiero —dijo con firmeza.

—¿Entonces? ¿A qué vienen esas dudas? —insistió.

—Vas a creer que estoy loco, hermano. Pero algo me dice que ese barco me cambiará la vida —comentó con un halo de misterio.

—¡Lo que te va a cambiar la vida será la patada en el culo que voy a darte, muchacho! —exclamó mientras lo apretaba contra su cuerpo y lo despeinaba—. Entremos de una vez y deja de hablar sobre predicciones y misterios. Tengo ganas de quitarme ese peso de mi espalda.

—No puedo hacer desaparecer ese origen cingaro que poseo —dijo el joven sonriente.

—Nunca olvides de dónde procedes, muchacho, eso te mantendrá cuerdo el resto de tu vida —dijo con firmeza—. Y ahora, si esa sangre gitana que tienes no augura que tras las puertas aparecerá una mujer que te deje sin aliento, ¡entremos! —lo animó.

—¿Una mujer? —Logan enarcó las oscuras cejas y lo miró con ironía—. Soy un Bennett, ¿recuerdas? No me conformaré con una sola mujer.

En mitad de unas grandes carcajadas, Roger tocó la puerta de la oficina del señor Lawford que, para su asombro, se abrió con rapidez. Ambos hermanos se quedaron pasmados cuando fijaron sus miradas en la entrada. No era propio de Arthur dejar acceder al interior de su oficina tan rápido. Como mínimo debían esperar unos diez minutos a ser recibidos, tiempo que el hombre empleaba para ocultar los documentos que nadie debía ver.

—¿Qué desean?

Un niño de apenas diez años era el causante de dicho desconcierto. El pequeño los miró con suspicacia, sin apartar la mano de la puerta.

—Buenas tardes, ¿podemos hablar con el señor Lawford? —habló Roger al niño como si frente a él se hallara un adulto.

—Voy a ver... —dijo antes de cerrar.

Tras unos momentos, ambos escucharon cómo Arthur gritaba a la criatura. Después, oyeron unos pasos que se dirigían hacia ellos y la puerta se abrió de nuevo.

—Perdonen a mi sobrino, excelencias —se excusó el administrador al tiempo que les permitía acceder al interior—. Mucho me temo que todavía no ha sido educado para recibir a eminencias como ustedes.

—No se lo tome en cuenta, señor Lawford, tan solo es un niño... —dijo Roger quitándose el abrigo y colocándolo en su antebrazo.

—Es el hijo de mi hermana, señor —empezó a explicar enfadado—. Su marido murió hace varios meses y decidió dejármelo durante una

temporada. Aunque según aprecio —continuó narrando mientras ofrecía asiento a sus clientes y rodeaba la mesa de su escritorio para sentarse también—, que ese período del que me habló se está alargando más de lo acordado.

—Quizá sea su sucesor —dijo divertido Roger—. Ya que usted se negó a tener descendencia, el destino le premia con un sobrino.

—No, milord. Yo no puedo hacerme cargo de un niño tan pequeño. ¿Qué puedo enseñarle? Además, no le conviene vivir a mi lado, podría destrozar su futuro. ¿Cree usted que algún padre sensato querría para su hija un marido criado por mí? —expuso con cierto pesar.

Roger lo miró durante unos instantes. Nunca había meditado la razón por la que el señor Lawford no se había casado. Mantenía amantes, sí, como la gran mayoría de caballeros de Londres, pero nunca había tenido descendencia. Sin embargo, ahora sabía la razón; se avergonzaba del hombre en el que se había convertido. Tal vez a él no le quedó otra alternativa puesto que su padre le enseñó el oficio desde que tuvo uso de razón, pero aquel gruñón y estafador deseaba librar al pequeño de la condena que poseía su apellido.

—No tiene por qué avergonzarse de sus orígenes, señor Lawford —apuntó Roger al tiempo que observaba cómo su hermano también había captado la desesperación del administrador—. Frente a usted tiene a dos hombres con orígenes reprochables y, como puede comprobar, no somos escoria.

—¿Piensa entonces que si el pequeño Garrett se educa entre estas paredes y bajo mi tutela será tratado como se merece? —preguntó con cierto entusiasmo mientras miraba al chico que se había sentado en una silla muy próximo a él.

—No me cabe duda de que su sobrino será un buen esposo. Me atrevería a presagiar que tendrá muchos padres interesados en acordar una unión matrimonial con ese muchacho —sentenció con firmeza.

—Bueno, solo me queda confiar en sus palabras, excelencia. No hay en esta ciudad un hombre más sensato que usted —comentó antes de suspirar.

Después de la breve reunión, en la que se declaró a Logan como dueño del barco, ambos hermanos se dirigieron a Lonely Field. Empezaban una nueva vida. Logan debía ir asumiendo ciertos compromisos que conllevaría el título y Roger podría vivir más tiempo al lado de Evelyn. Ambos sonreían y bromeaban sobre el futuro del muchacho. Estaban pletóricos y disfrutaban de

una complicidad que hasta meses atrás no poseían. Bajaron del carruaje sonriendo, pero esa sonrisa se disipó al ver que en el jardín de la residencia permanecía el vehículo del doctor Flatman. Intrigados a la par que asustados, subieron las escaleras con rapidez. En el instante que llegaron a la entrada, Anderson les abrió la puerta sin tener que llamar.

—¿Qué sucede? ¿Quién ha llamado al doctor Flatman? —preguntó Roger sin pausa.

—Milord, el médico ha venido para atender a la marquesa —explicó el mayordomo afligido.

—¿Evelyn? ¿Está enferma? ¿Dónde se encuentran? —continuó interrogando al sirviente sin descanso.

—En su alcoba, milord.

No pudo esperar a despojarse de su abrigo. Roger subió las escaleras de tres en tres. Su corazón no latía y apenas podía respirar de la sensación de angustia que le presionaba el pecho. Era cierto que Evelyn llevaba un tiempo extraña, pero jamás creyó que estaría enferma. Sin avisar, porque jamás llamaría a la puerta de su propia habitación, abrió y accedió dando inmensas zancadas. El doctor estaba cerrando su maletín, que lo había dejado sobre el sillón donde dormía cuando Evelyn se enfadaba, mientras que ella permanecía sentada sobre los pies de la cama. Riderland se quedó sin aliento al verla en camisón. No era propio de su esposa mantenerse de tal guisa después de las doce del mediodía. Sin apenas poder hablar, sin apenas poderse mantener de pie por la debilidad que sentía su cuerpo, caminó tambaleante hacia su mujer.

—Excelencia —le habló el doctor, pero él no miró a quien le saludaba, tenía sus ojos clavados en ella y en su pálido rostro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en voz baja mientras se arrodillaba frente a ella y le cogía las manos—. ¿Estás enferma? ¿Por qué no me lo has dicho?

Evelyn miró al señor Flatman esperando que este explicara a su esposo el motivo de su aparición, pero no dijo nada. Cogió su maletín y los dejó solos.

—Amor mío... —susurró el marqués besando una y otra vez las manos de la mujer—. Háblame, dime qué te sucede.

—Roger... —murmuró sin apenas voz—. Yo no me esperaba esto, cariño. No imaginé que este día llegaría...

—¿Qué no te esperabas?, ¿qué no te imaginabas? —insistió agónico.

—No sé cómo aceptarás este regalo divino —dijo al tiempo que elevaba

sus manos para que Roger dejara de besarlas y la mirara.

—¿Regalo divino? —El marqués enarcó las cejas rubias y entrecerró los ojos—. ¿Qué puede regalarme Dios si lo que ansío ya lo tengo? —preguntó confundido.

—Cariño... Amor mío... Estoy embarazada —soltó antes de mirar a su esposo con miedo.

—¿Embarazada? —gritó Roger pasmado—. ¡¿Estás embarazada?! —repitió la pregunta para confirmar que lo que estaba viviendo era real.

—Sé que jamás habías querido tener un hijo propio y pensé que...

—¿De verdad piensas que haberte quedado encinta es un regalo divino? —dijo elevando la voz—. No, amor mío, Dios no ha tenido nada que ver nada en eso, ha sido mi insistencia por amarte la razón por la que un hijo nuestro crece en tu interior.

—¡Oh, Roger! —exclamó Evelyn lanzándose a los brazos de su esposo—. Pensé que te enfadarías cuando te lo confesara. Llevo meses evitando imaginar que lo estaba, todo el mundo nos advirtió que tras el disparo nunca podría concebir. Jamás sopesé la idea de tener un bebé y como tú tampoco lo deseabas...

—Nunca me enfadaría contigo por darme el mejor regalo de nuestro amor, Evelyn. Me acabas de convertir en el hombre más afortunado del mundo —dijo al tiempo que la aferraba con más fuerza a él—. Solo te pido una cosa, amor mío.

—¿El qué? —La marquesa levantó la mirada y contempló la inmensa alegría que Roger mostraba ante la noticia.

—Prométeme que será una niña y que tendrá tu mismo color de pelo.

Epílogo



Londres. Octubre de 1882. Residencia Whespert, hogar de Logan Bennett.

Justo al entrar, Logan fue recibido por el señor Kilby, su mayordomo desde que, cinco años atrás, comprara el lugar que denominaba hogar. Se trataba de una casa de dos plantas, con un amplio jardín a su alrededor en la zona más prestigiosa de Londres, Mayfair. La única razón por la que se decidió comprarla fue por tener un lugar donde permanecer tranquilo después de sus viajes. Pese a que Roger insistió en que podía ocupar su antigua habitación el tiempo que deseara, Whespert se convirtió en el único sitio en el que hallaba esa paz que necesitaba después de meses navegando. ¿Quién le hubiese dicho a él que un día buscaría refugiarse de todo aquello que deseó vivir? Pero su vida estaba cambiando a pasos agigantados.

Aquella ilusión que sentía cada vez que se preparaba para embarcar empezaba a desaparecer. Ya no le llamaba la atención visitar otros continentes ni descubrir un sinfín de lugares paradisíacos. Sin lugar a dudas, comenzaba una etapa huraña. La felicidad que le aportaba vivir entre aquellos cimientos era superior a viajar por el mundo. Apenas recordaba la satisfacción que le producía permanecer en ciudades donde el sol brillaba todo el tiempo, sino que añoraba el clima frío y húmedo de su Londres.

Quizás el principio del fin de esa vida fue la alternativa que le ofreció el barón de Sheiton antes de su último viaje a las Indias. Hasta ese momento no se imaginó que una vida sedentaria sería tan gratificante. Él era un trotamundos, un hombre que disfrutaba viajando de allá para acá. Pero era cierto que cada vez que se alejaba de su familia y sobrevivía a los peligros que padecía en cada travesía, regresaba proponiéndose no partir de nuevo.

—Milord, ¿quiere que haga llamar a su ayuda de cámara? —preguntó Kilby al apreciar cómo los hombros de su señor se inclinaban hacia delante

por el cansancio.

—No, todavía no subiré a mi alcoba. Necesito beber una copa, tranquilo, en el salón intermedio —respondió mientras dejaba que le ayudara a despojarse de la chaqueta.

—El fuego está encendido, señor. Le advertiré al sirviente que no lo apague hasta que decida abandonar el salón. Como no seque pronto sus prendas, mucho me temo que terminará enfermo.

—Gracias, Kilby —contestó fatigado.

—¿Ha sido una bonita fiesta? —se interesó al ver cómo la figura de su señor permanecía alicaída.

—Sí, lo ha sido. Aunque he de confesarte que dudé en varias ocasiones que Natalie llegara al altar. Mi hermano no era capaz de dar dos pasos seguidos sin pararse —comentó jocoso.

—Pero el joven Lawford es un hombre respetable a pesar de que su tío sea un caballero de honor cuestionable...

—Cierto y todo el mundo opina de la misma manera, pero creo que mi hermano no está convencido del todo. Solo espero que Evelyn lo tranquilice porque de lo contrario, Natalie terminará abandonando Londres.

—¿Cree usted que la señorita... la señora Lawford será capaz de hacer algo así? —rectificó al comprender el nuevo estado de la muchacha.

—Es una Bennett, Kilby. Y ninguno de nosotros permitimos que alguien nos dicte qué debemos hacer...

—Doy fe de ello, milord —respondió el mayordomo con una amplia sonrisa—. ¿Desea alguna cosa más? —quiso saber.

—No, puedes retirarte.

—Entonces, buenas noches, señor. —Se despidió haciendo una leve reverencia.

—Buenas noches.

Logan se dirigió hacia el salón intermedio. Pese a que era la habitación más pequeña de la casa le resultaba la más encantadora. Sin duda alguna se decantó por la residencia cuando su anterior dueño le mostró aquel saloncito. El vizconde le explicó que una vez que su esposa enfermó, decidió reducir la sala de visitas y acoplar a la vizcondesa en un espacio más pequeño y acogedor. Y lo había conseguido. Unas cortinas aterciopeladas, de un fino grosor, que para su deleite dejaban pasar la luz solar, ocultaban lo que anteriormente era el balcón principal. En el centro se hallaba una mesa baja de color oscuro y a su lado una mecedera.

«Terminó por convertirse en su lugar preferido —le explicó el vizconde aguantando las lágrimas y la tristeza—. Le encantaba sentarse en esa mecedora, colocar sus utensilios de costura en la mesa y observar desde ahí lo que ocurría en el exterior».

Días después de comprarla, Logan se sentó en aquella silla y descubrió él mismo la fascinación que la difunta poseía al ocupar el lugar.

Tras acceder a la sala cerró la puerta, se aflojó la corbata, se desabrochó los botones de su chaleco gris y se dirigió hacia la vitrina donde guardaba el jerez que compró en París. Nunca imaginó que la ciudad le ofrecería sus dos mejores adquisiciones en aquel viaje, el jerez y los vestidos que le compró a lady Rose. «Rose...», pensó.

Con la imagen de la mujer en su cabeza, cogió la copa y se la llenó hasta rebosar. No pretendía pasarse el resto de la velada meditando sobre el ultimátum que la viuda le gritó antes de aparecer en la boda de Natalie, pero le resultó difícil no pensar en eso. Ella dedujo que después de un año de relación la llevaría del brazo y la posicionaría en el lugar que, según insistía, le correspondía entre la familia. Pero... ¿qué lugar era ese? Logan no tenía tan claro qué posición ofrecerle y cuándo. Era cierto que disfrutaba de la compañía de la viuda, pero en ningún momento consideró convertirla en algo más y ni mucho menos después de lo que le sucedió esa misma tarde... Si necesitaba una señal para averiguar qué clase de sentimientos experimentaba hacia Rose, horas antes de llegar a su hogar la obtuvo.

Con un paso lento, no solo por la desgana sino también por el cansancio, Logan se acomodó en el sillón y extendió las largas piernas sobre el reposapiés. Sus zapatos negros brillaban ante el reflejo del fuego y las plantas frías comenzaron a calentarse. Se tomó un sorbo del jerez, contempló con atención el baile de las llamas y entonces la vio de nuevo... ¿Cómo no la había visto con anterioridad? ¿De dónde procedía? ¿Quién la había invitado a la ceremonia matrimonial de su hermana? Estas y centenares de preguntas más asaltaban la mente del hombre. Estaba tan preocupado en averiguar quién era la joven, que se olvidó de Rose y de su temible ultimátum. No había podido apartar sus ojos de ella desde que la encontró en el salón. Había tenido sobre él un efecto tan adictivo e hipnótico que la maldijo por crearle un comportamiento tan incoherente. Él siempre se presentaba a las mujeres de frente, exhibiendo el porte que los Bennett tenían por genética paterna, pero en vez de pavonearse como solía hacer, se vio escondiéndose entre los muros de la sala intentando averiguar cómo sería la voz de aquel ángel o qué

le provocaría su risa cuando la escuchara. Y al averiguarlo le pareció el sonido más bello y armonioso del mundo.

No era una muchacha bajita, pero tampoco muy alta. Cada vez que pasaba por su lado, intentando captar su atención, él calculaba que con un leve movimiento de su cabeza podría besarla. «¡Por todos los mares!», exclamó Logan al recordarse actuando de aquella manera. No se reconocía. Él jamás se había comportado de esa forma. Nunca se obsesionaba con nada y ni mucho menos con una mujer, puesto que estaba seguro de que en los viajes ninguna le prometería fidelidad. Ni Rose logró serle fiel, aunque, según ella, lo intentó con todas sus fuerzas...

Se llevó la copa a los labios y, mientras observaba con atención las llamas, siguió pensando en aquella desconocida. Ningún caballero bailó con ella. Todos los que se aproximaban al grupo de mujeres con quienes hablaba se dirigían a las demás, pero nunca a ella. Eso le dio qué pensar. ¿Por qué una mujer tan hermosa era ignorada? En varias ocasiones la descubrió sentada, golpeando con su zapato el suelo al ritmo de la melodía, esperando a que alguien se decidiera sacarla a bailar. Él habría sido esa persona... si se la hubieran presentado. En más de una ocasión se cruzaron las miradas. Era normal después de no poder apartar sus ojos de ella. Pero Logan se quedó pétreo al observar que la mujer no hizo nada por atraerlo, por provocar un acercamiento entre ellos. Al contrario, cada vez que se contemplaban ella miraba hacia otro lado con rapidez. ¿Sería tímida? ¿Esa sería la razón por la que nadie le prestaba atención? Fuera el motivo que fuese, no entendía cómo una mujer con el rostro más angelical podía ser ignorada de manera tan descarada.

Enfadado y cansado, decidió regresar a su hogar, pero no fue el único que determinó marcharse. Ella también lo hizo. Se dijo que no la estaba siguiendo, que tan solo habían llegado a la misma conclusión y que finalmente se encontrarían frente a la salida, pero por alguna extraña razón se escondió de nuevo mientras observaba cómo Anderson le ofrecía su abrigo. Logan contuvo el aliento al ver que, al apartar el cabello para colocarse la prenda, dejaba descubierta una hermosa espalda. Empezó a sudar cuando se imaginó la suavidad que sentirían sus manos al acariciarla y su ira aumentó. Sí, al igual que la excitación. ¿Cómo podía sentir algo tan inexplicable por una mujer que ni conocía? Gracias a Dios, se tapó con el abrigo porque si hubiese dejado que admirara durante más tiempo esa delicada piel, habría tenido un enorme problema entre las piernas.

Cuando Logan se disponía a salir de su escondite, cuando se había relajado lo suficiente para que su erección desapareciera, escuchó unos susurros al otro lado de la escalera, justo en la puerta secreta. Un pequeño pasadizo construido y conocido solo por los miembros de la familia Bennett. Olvidando a la exótica joven, Logan dio unos pasos hacia atrás y pegó la oreja en la diminuta puerta.

—Eso lo dices porque todavía no has conocido a otra chica que te guste más que yo —susurraba Evah.

—Sabes que no hay ni habrá nadie que pueda cambiarme de padecer. Eres la única a quien amo —confesó Terry—. Te quiero Evah Bennett, te quiero más de lo que crees. —Y tras la confesión, se escuchó cómo se besaban.

Logan maldijo a todos sus ancestros. No tenía que haber sido testigo de aquel romance infantil. Ahora no podría mirar a su hermano sin que este adivinara que guardaba un secreto. «¡Maldita sea! ¡Maldita sea!», gritó para sí.

No podía creerlo. No podía imaginar cómo de furioso se pondría su hermano si descubría que su *pequeña rosa de fuego* ya no era tan pequeña y que sus besos no eran exclusivos para su padre. Con zancadas largas, se colocó en la puerta de la entrada. Debía salir de allí antes de que todo se descubriera, antes de que Roger hiciera explotar la casa con todos los invitados dentro. Le daría igual que Leopold fuera más fuerte que él o que le sacara dos palmos de altura, Roger querría sangre, la sangre del hijo mayor de su socio. Aunque, gracias a Dios, todo aquello no sucedería si la única mujer que le hacía razonar lo tranquilizaba, su esposa.

Logan se movió incómodo en el asiento. Recordarla le había provocado la misma agitación que antes. No comprendía cómo una desconocida con quien ni había hablado le causó una excitación mayor que cuando se encontraba frente al cuerpo desnudo de Rose. Ni tampoco daba crédito a por qué no pensó en su amante ni un solo instante de la velada. Aturdido por sus preguntas, se terminó la bebida, posó los pies en el suelo y se disponía a dirigirse hacia su alcoba cuando alguien tocó la puerta. Extrañado, y sin todavía levantarse del asiento, giró su cuerpo hacia la entrada.

—Adelante.

—¿Milord? —Kilby lo miraba desconcertado, como si estuviera a punto de darle la peor noticia de su vida.

—¿Qué sucede? —preguntó alzándose del sillón.

—Hay un hombre que desea hablar con usted —informó el mayordomo.

—¿A estas horas? —inquirió sorprendido. Echó un vistazo al reloj de pared y confirmó que eran las tres de la madrugada.

—Sí, señor. Le he dicho que está descansando, pero se niega a marcharse si no le concede unos minutos —dijo apesadumbrado.

—¿Quién dices que es? —preguntó resignado. Aunque no era frecuente que aparecieran en su hogar a esas horas y, ni mucho menos, exigiendo verlo a pesar de una negativa de su mayordomo, era muy normal que algún cliente *inapropiado* se presentara para precisar de un *encargo discreto*.

—El señor Moore —anunció.

—Bien, hazle pasar.

Kilby cerró la puerta tras su marcha mientras Logan regresaba a la licorera para llenar su copa y la de su invitado. No solían durar mucho ese tipo de visitas y esperaba que aquella tampoco se extendiera, porque se encontraba muy cansado. Acababa de coger las dos copas repletas de jerez cuando alguien llamó de nuevo a la puerta.

—Pase —respondió con voz firme.

—Señor Bennett, siento presentarme a estas horas, pero cuando aparecí en el hogar del marqués, el mayordomo me indicó que ya se había marchado —comentó su visitante sin tomar aire.

Un hombre de unos sesenta años, calvo y algo robusto, se quedaba en la entrada esperando a que Logan le permitiera entrar. No se había quitado la capa, dándole a entender que su mayordomo esperaba que la reunión durase poco tiempo o él mismo esperaba que su visita no durase demasiado. Sin embargo, el joven Bennett se quedó observándolo con atención. No era el típico caballero que aparecía a deshoras en su hogar para pedirle un servicio inadecuado, como contrabando de licor, que era lo habitual en aquel momento. Aquel hombre era bastante corriente y, como solía provocarle las situaciones inexplicables, su curiosidad creció. Sin saber la razón por la que pensó que debía de ofrecerle la copa de inmediato, caminó hacia el hombre y extendió su mano.

—Muchas gracias —dijo el anciano bebiendo de un trago la bebida—. Lo necesitaba.

—Siéntese, señor Moore. Hablaremos más cómodos si ambos tomamos asiento. ¿Otra? —preguntó arqueando sus oscuras cejas y levantando su copa.

—Si no le produce inconveniente alguno —indicó el visitante.

Logan llenó de nuevo el vaso del caballero y caminó hacia la chimenea donde el hombre permanecía de pie esperando a que le señalara el asiento que debía ocupar.

—Imagino que la causa que lo ha conducido hasta mi hogar a estas horas de la madrugada ha de ser importante, ¿verdad? Porque de lo contrario, hubiera esperado hasta mañana —dijo mientras ocupaba su mecedora y le señalaba la silla contigua.

—Me hubiera gustado presentarme en otro momento, pero me urge hablar con antes de que embarque en diez días.

—Un mes —concretó Logan.

—¿Un mes? —soltó Randall Moore asombrado—. Pensé que...

—He llegado a Londres hace una semana y pretendía permanecer aquí más tiempo del que suelo quedarme, señor Moore. Tengo que zanjar algunos temas importantes.

—Lo entiendo... —murmuró Randall agachando la cabeza y dando un sorbo de la bebida.

—Sin embargo, si usted me cuenta por qué necesita que parta antes de lo previsto, tal vez lleguemos a un acuerdo.

Las palabras alentadoras de Logan hicieron que el anciano alzara de nuevo su rostro y lo mirase con esperanza. Debía hacer cambiar de parecer al único hombre que podía salvar a su familia. Necesitaba que él se llevara a Anne si quería que la tranquilidad retornase a su humilde hogar.

—¿Hacia dónde tenía previsto partir? —preguntó Randal.

—No lo sé todavía, pero imagino que el Caribe sería un buen lugar para visitar en esta época del año —comentó Logan suspicaz.

Ningún comercial deseaba que sus pertenencias viajaran durante tanto tiempo en un barco y sobre todo en mares tan peligrosos. A pesar de las duras leyes redactadas para aquellos que ejercían la piratería, existían bucaneros que se arriesgaban a asaltar barcos comerciales, aunque ello les conllevara la muerte. Y, estaba claro que muchos comerciantes se negaban a que sus bienes más preciados fueran arrebatados por ese tipo de criminales.

—Muy lejos... —reflexionó el anciano.

—¿Qué negocio desea hacer, señor Moore? ¿Telas, oro, documentos...?

—Una mujer —le interrumpió.

—¿Una mujer? —Logan fijó su mirada en el hombre, esperando que se tratara de una broma. Todo el mundo sabía que su barco no se utilizaba para

transportar viajeros. Eran trayectos peligrosos en los que podía hacerse cargo de las pérdidas materiales, pero... ¿de personas? No. De manera categórica, no.

—Mi hija mayor, para ser más concretos —añadió antes de dar otro sorbo.

—Mucho me temo que no puedo ayudarle. Nunca he embarcado con más personal que mi tripulación. Y, además, no puedo permitir que una mujer viaje rodeada de cincuenta hombres. No podría protegerla —sentenció levantándose de su asiento y dando por zanjada la conversación. Pero el señor Moore no se alzó, continuó sentado observando cómo el líquido brillaba con la luz de la lumbre.

—¡Le cortaré el pelo! ¡La vestiré como un hombre si eso es suficiente para que acepte llevarla en su barco! —exclamó desesperado—. Debe hacerme ese favor, milord. De lo contrario mi familia quedará arruinada el resto de su vida. Por si no lo sabe, soy padre de cinco muchachas y, debido a los hechos acontecidos con la primogénita, no tendré posibilidades de salvar al resto de mis hijas —informó con pesar.

—No sé qué habrá podido hacer una joven para que sus padres decidan alejarla de su hogar, señor. Pero ha de buscarse a otro si desea realizar tal...

—¿No la ha visto, milord? ¿No ha visto usted a mi hija en la casa de su excelencia? Acompañaba a mi tercera hija, Elisabeth —expresó sin apenas respirar.

—Mucho me temo que no sé de quién me habla. En la ceremonia ha habido más de doscientas personas y...

—Seguro que ha reparado en ella, señor Bennett. Aunque no he podido asistir a una ceremonia tan importante, estoy seguro de que sería la única joven que permanecía sola en la sala. Ningún hombre se atreve acortejarla después de...

—¿Después de? —espetó con rapidez.

Logan se quedó petrificado tras escucharlo. Pero intentó mantener la calma y sofocar la inquietud que le habían causado las palabras de aquel padre. Por supuesto que en la multitudinaria ceremonia de Natalie había más de cincuenta jóvenes, pero él no había reparado en ninguna salvo en aquella desconocida y, aunque tampoco se le acercó ningún varón, no tenía por qué ser la misma mujer.

—De la maldición —aclaró Randall. Al contemplar la incertidumbre en la única persona que podía ayudarle prosiguió—: Hasta que me casé con la

señora Moore, ni mi familia ni yo mismo habíamos creído en actos tan insensatos, señor. Pero con el paso del tiempo, esa creencia se ha expandido por la familia y ninguno de nosotros estamos dispuestos a morir sin hacerla desaparecer.

—Explíquese. —Logan colocó sus brazos sobre la espalda y se mantuvo de pie, frente al hombre.

—Los familiares de mi esposa son gitanos rumanos, señor. Nunca me importó su origen, ni quienes fueron sus ancestros, solo quería estar con ella, amarla y protegerla. Una noche asalté el grupo donde vivía, la libré de la prisión en la que estaba sometida y me casé con ella. Ninguna de las dos familias mostró benevolencia con nuestro enlace, pero el amor que siempre he sentido hacia Sophia ha sido más grande que las desgracias que desearon que padeciéramos.

—Eso no explica que usted quiera mandar a su hija a otra parte del mundo y no me gusta que hable sobre creencias o maldiciones. Además, no es el primer hombre que se enamora de una cingara —gruñó.

—Cuando nació Anne, —empezó a decir sin sentirse intimidado por el hombre que lo miraba de manera irascible—, mi esposa sufrió durante semanas convulsiones, delirios y un sinnúmero de males de los que creía que no sobreviviría. Pero después de ese tiempo, ella se recuperó como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, sus ojos eran negros y no azules, milord.

—He de indicarle que una mujer después de dar a luz... —intentó aclarar.

—Sophia no deseaba ver a nuestra hija. Rehusaba cualquier contacto con la niña. Cada vez que se la acercaba para que observara la hermosa criatura que había crecido en sus entrañas, ella gritaba atormentada.

—¿No la visitó un médico? —dijo con desdén—. Conozco más de una madre que rechaza a su vástago al nacer.

—No se trataba de eso, milord. Sophia, durante esos episodios desgarradores, visualizó el futuro de la familia y me confesó que nuestra hija había sido maldecida por su bisabuela, una que odiaba a todas las mujeres que no contraían matrimonio con la raza a la que pertenecían.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quiere decirme que esa criatura nació maldita? —Randall afirmó con un leve movimiento de cabeza—. ¿Cómo puede creer un disparate semejante?

—Créame que yo al principio también pensé que solo eran delirios de mi esposa. Pero me confesó que durante esas visiones vio a nuestras otras

cuatro hijas. Supo que Mary nacería dos años después de Anne, que Elizabeth sería prematura y que aumentaríamos la familia con dos gemelas, Josephine y Madeleine.

—Sigo sin saber qué se propone y por qué necesita mis servicios para alejar a su primogénita y, mucho me temo, que la explicación sobre sus logros como procreador no me están ofreciendo ninguna pista —masculló enfadado ante la absurda exposición. Si era un hombre de recursos limitados, como podía apreciar, lo más apropiado era casar a sus hijas lo antes posible, no mandarlas fuera de Londres como si tuvieran la peste.

—Sophia adivinó el futuro de nuestra familia, señor Bennett. Nacieron tal como ella me avisó y, aunque poco a poco fue amando a nuestra hija, continuó afirmando que estaba embrujada, y que no cesaría la maldición hasta que se alejara de nosotros o encontrara un hombre de sangre gitana.

—¡Sandeces! —gritó enfadado Logan—. Señor Moore, ¿ha bebido esta noche más de lo que le he ofrecido al visitarme?

—¡Señor Bennett! ¡No le consiento que me hable de esa forma! ¡No soy un borracho solo un padre pidiendo clemencia! —respondió levantándose de su asiento.

—¿Cómo puede imaginar que me hará creer tal insensatez? ¿Maldiciones, supersticiones, embrujos? ¿A qué juega, señor Moore?

—¿Cómo denominaría usted a una joven que sus dos prometidos han fallecido inexplicablemente, milord? —Randall debía aprovechar la única oportunidad que le quedaba. Ningún hombre se atrevería a cortejar a su hija de nuevo, todos creían en esa maldición y sabía que solo él podía salvarlo. Muy a su pesar, aquel arrogante que lo estaba tratando como un loco, como un padre desesperado, era su única opción para meter a Anne en un internado lejos de Londres.

—¿Mala elección? —respondió Logan burlón.

—El señor Northon era un hombre diestro en el arte ecuestre. Según su padre, el joven supo montar a caballo antes que andar. Después de hablar conmigo para comprometerse con nuestra hija, se alejó para darle la noticia a su familia y, desafortunadamente, cayó del caballo que montaba desde hacía ya cuatro años y se rompió el cuello —explicó atemorizado.

—Bien, eso puede pasarle al jinete más experimentado del mundo. No explica que...

—Dos años después, cuando Anne, tras haber estado recluida en nuestro pequeño hogar, decidió acompañar a su hermana para ser la carabina de esta,

el señor Weed, el hijo menor de los condes Hoostun, se enamoró perdidamente de ella e intentó cortejarla. Ante sus continuos rechazos, apareció en nuestra casa para pedirme formalmente la mano de mi primogénita. Como es lógico, con cinco hijas a las que casar, mi respuesta fue afirmativa. Por mucho que ella se negara a contraer matrimonio, no le quedaba otra opción que convertirse en la señora Weed. Tres días después de anunciar el compromiso, un experto cazador como era el señor Weed, murió mientras limpiaba su arma antes de una batida campestre. Según anunciaron, el arma se disparó *de manera inexplicable*. —Randall no miraba a Logan, no deseaba ver en el duro rostro la sorpresa que le habría causado su exposición puesto que, como todos los demás a los que pidió ayuda, lo rechazaría.

—Mucho me temo, señor Moore, que su hija no está maldita. El único culpable de las desgracias de esa joven es usted por haber elegido inadecuadamente.

—No se mofe de mi padecer, señor Bennett —contestó Randall apretando la mandíbula—. Usted no entiende...

—Lo único que entiendo de su argumento es que desea alejarse de ella. Necesita que sus hijas no crean que están malditas y, para mi entender, eso es un despropósito. ¿Cómo puede cargarle esa pena a una hija? ¿Cómo puede ser tan mezquino para que ella acepte alejarse de su familia para salvarles?

—Es usted mi única opción —sentenció al tiempo que sacaba de su bolsillo un sobre y lo posaba sobre la mesa—. Aquí tiene la cuantía que puedo ofrecerle, señor Bennett. Son todos mis ahorros. Le pido que sopesé su decisión y me informe de ella lo antes posible. —Se giró sobre sus talones y empezó a dirigirse hacia la puerta.

—¡No quiero su dinero! —gritó Logan cogiendo el sobre con tanta fuerza que dispersó sobre el suelo todo lo que había en su interior.

Enfadado porque el anciano se había marchado sin detenerse. Se inclinó y empezó a recoger los billetes. De repente, clavó su mirada en un pequeño papel. Al principio pensó que se le había caído al anciano del bolsillo al sacar con aquel tembleque el sobre, pero no, lo había metido en el interior. Despacio, cogió aquella imagen y se acercó a la lumbre para verla con mayor claridad. ¡No podía ser! ¡No era real! ¿Cómo iba a tratarse de ella? ¿Cómo iba a estar maldito aquel ángel?

Nota de la autora

Mis queridas/os lectoras/es:

Quiero agradeceros ese apoyo que he sentido por vuestra parte al leer la serie de los caballeros. Espero que la historia de Federith haya alcanzado las expectativas que teníais, las mías sí se han logrado y me han dejado un buen sabor de boca.

Os estaréis preguntando qué le sucederá a Logan, pues tranquilas/os porque la vida de este Bennett se resolverá en la primera novela de la próxima serie que empezará a publicarse el año que viene. Por petición de mi madre se llamará la Serie las *ladies* y, como madre no hay más que una, la complazco en todo lo que está en mi mano.

La serie constará de cinco libros y, como os podéis imaginar, tratarán sobre la vida de las cinco hijas del señor Moore.

Un beso enorme.

Dama Beltrán.

Agradecimientos

No puedo concluir una novela sin agradecer ese apoyo que tengo por vuestra parte. Para mí el hecho de tener un montón de seguidoras/es que se autoproclamen damitas/os es muy gratificante. Empecé escribiendo con miedo pensando que nadie me leería, pero ese temor, aunque sigue latente, se desvanece lentamente. Gracias por estar ahí y por comentar cada novela que publico.

Claro está, también tengo mucho que agradecer a mi familia que día a día están ahí, dándome fuerzas para que continúe. Gracias por mantenerme cuerda, por alentar mis sueños y por empequeñecer mis inquietudes.

Por supuesto a mis hijos y esposo que, aunque a veces tenga ganas de estrangularlos, aguantan mis cambios de humor con resignación.

Y a mis amigas, ¿qué haría yo sin vosotras?

Un beso enorme...

Dama Beltrán.

Biografía de la autora

Sin lugar a dudas soy una escritora de brújula. Aunque intento estructurar mis novelas, no lo consigo. No sé cómo, pero mis personajes toman el control y finalmente son ellos quiénes me indican qué debo escribir y en qué momento.

Mi afición a este mundo de locos se remonta a mi niñez. Me encantaba escuchar a mis profesores eso de inventa un cuento, aunque en mi caso era una novela entera... En mi adolescencia dejé aparcadas mis historias para intentar ser yo la protagonista. No me quejo, pero descubrí que todo lo que brilla no es oro. Encontré una persona maravillosa, con quien tengo dos diablillos y que, en contadas ocasiones, puede llegar a comprender mi afición.

Escribí mi primera novela en el 2013 y, aunque pensé que sería la única, os prometo que hay Dama para años.

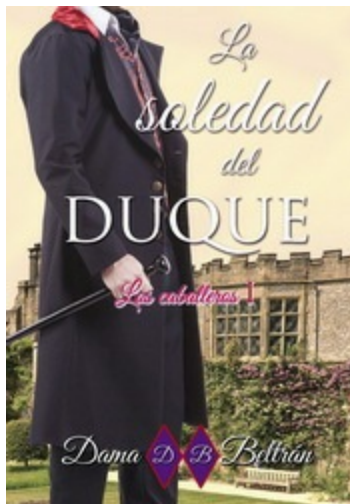
Puedes seguirme en:

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/autoradamabeltran/>

TWITTER: <https://twitter.com/EscritDamaBeltr>

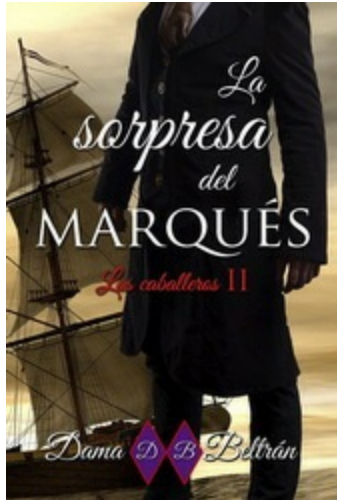
INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/dama.escritora/>

Otros títulos



La vida libertina del futuro duque de Rutland finaliza tras batirse en un duelo de honor con un marido engañado. Avergonzado por las secuelas de dicho desafío, decide abandonar Londres y marcharse a Haddon Hall, el apacible lugar donde creció, albergando la esperanza de encontrar la paz que tanto le urge obtener; sin embargo, la llegada de una noticia inesperada altera esa supuesta calma y provoca que el duque se emborrache. Pese a los consejos de sus allegados, decide montar a caballo y galopar por sus dominios. Cuando abre los ojos tras una desafortunada caída, descubre que una mujer lo ha estado cuidando en algún lugar apartado y escondido de sus tierras. Su nombre, Beatrice, y su único deseo, vivir en soledad el resto de su vida.

[Cómpralo en Amazon](#)



Roger Bennett, el futuro marqués de Riderland, se define a sí mismo como un caballero dispuesto a ayudar a las pobres infelices carentes de placeres sexuales. Le gusta tanto su vida que desea continuar así hasta el final de sus días. Sin embargo, una persona truncará esa vida de libertinaje que tanto ansía mantener.

Resignado por tener que vivir con una esposa a la que no conoce ni ama, decide enfrentarse con entereza a su futuro. Aunque cuando sus azulados ojos se clavan en Evelyn, descubre que todo aquello que deseó se ha evaporado. Pero el amor hay que trabajarlo y para un hombre al que le ha sido fácil romper corazones, le resultará increíble ver cómo el suyo se hace añicos como el cristal.

[Cómpralo en Amazon](#)



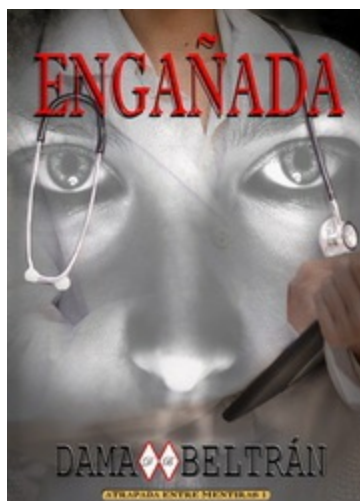
Thomas Sanders y Virginia Wallace quedaron unidos en el pasado por una apuesta, pero cada uno siguió su camino imaginando que lo sucedido no alteraría sus vidas.

Sin embargo, cinco años después se reencuentran en un remoto pueblo cerca de Texas. Durante este tiempo, Thomas ha intentado rehacerse de las secuelas que le produjo una ruptura matrimonial que lo llevó a la autodestrucción. Virginia, por su parte, observa cómo su mundo laboral se trunca y es apartada, sin poder remediarlo, a un lugar cuya existencia desconoce y donde se reencontrará de nuevo con el hombre que la dejó marcada para siempre.

Con el paso de los días, las vivencias entre ellos se hacen más intensas, fuertes e íntimas. Sin embargo, justo cuando Tom cree que puede conseguirla y alcanzar la ansiada felicidad, Virginia se aleja de él de nuevo.

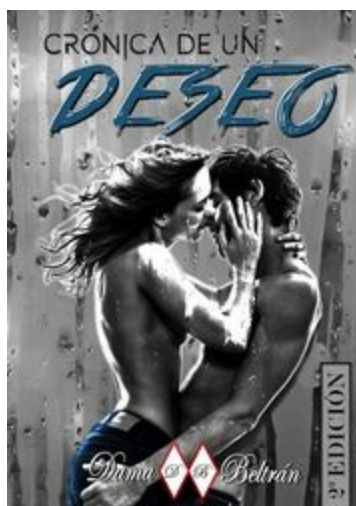
¿Podemos huir de nuestro destino? ¿Será capaz Virginia de vivir apartada de ese cowboy rudo, dominante y enigmático?

[Cómpralo en Amazon](#)



Esta es la historia de Adele, una médica forense que intenta hacerse un hueco en una profesión masculina. Sin embargo, toda su lucha laboral se verá interrumpida tras la llamada de un padre roto de dolor pidiendo que acepte el caso de su hija. A partir de este momento todo su mundo caerá en picado. Descubrirá algo que jamás creyó encontrar y esto será el motivo por el que se adentrará, sin darse cuenta, en una trama llena de emociones, mentiras y sufrimientos.

[Cómpralo en Amazon](#)



Obsesionado por vengar la muerte de su madre, convencido de que su asesino aún está impune y actuando en las calles, Javier regresa a su ciudad natal con la intención de atraparlo de una vez por todas. A través de su bufete de abogados y utilizando una empresa de seguridad como tapadera, crea una organización secreta con hombres de élite, que son sus ojos y oídos en los suburbios. Cuando al fin la investigación comienza a dar sus frutos, el cerco se cierra alrededor de un grupo de personas de gran poder e influencia que parecen ser responsables del tráfico de drogas, violaciones y asesinatos que asolan la ciudad. Todo se complica cuando ni sus hombres, ni él mismo, pueden evitar que la investigación llegue al plano personal. Dejándose llevar por peligrosos deseos e incontrolables pasiones, pondrán en riesgo toda la operación e incluso sus propias vidas...

[Cómpralo en Amazon](#)